BRIAN MERCHANT

Capitán Swing

SANGRE EN LAS MÁQUINAS

Los orígenes de la rebelión contra las grandes tecnológicas

SANGRE EN LAS MÁQUINAS

Los orígenes de la rebelión contra las grandes tecnológicas

BRIAN MERCHANT

Traducción de

Ángela Blum

Capitán Swing

«No cantéis más los viejos versos del audaz Robin Hood
pues sus hazañas quedaron atrás.
Que Nottingham entone las proezas del general Ludd
el nuevo héroe de la hermandad».

«El triunfo del general Ludd», cantada
con la melodía de la tonada «Poor Jack»

«Killer Mike: ¿Todavía hace falta el trabajo? ¿Debemos seguir impulsando esa agenda capitalista que obliga a la gente a trabajar por el salario más bajo posible para enriquecer a la élite?
El-P: Lo descubriremos pronto, cuando los robots se levanten de verdad. Si crees que ahora tienes problemas con tu trabajo sin contrato, espera a que venga Plucky el Robot a quitártelo».

«El alma vale más
que el trabajo o el oro».

George Mellor

Los personajes

Principales

Bispía infiltrado en el Comité de Trabajadores de Mánchester.

Charles Bell Charles Bell, algodonero esclavizado y soldado del sur de Estados Unidos.

George Mellor George Mellor, Huddersfield, Inglaterra.

Gravener Henson Gravener Henson, reformista y calcetero de Nottingham.

Lord Byron Lord Byron, sexto barón de Byron, poeta y lord de la abadía de Newstead.

Mary Godwin Mary Godwin, estudiante, adolescente londinense, hija de Mary Wollstonecraft y William Godwin.

Ned Ludd Ned Ludd, mítico del movimiento mecanoclasta, inspirado en la leyenda de un aprendiz que hizo añicos el telar de su maestro.

El príncipe Jorge El príncipe Jorge III; príncipe regente de Inglaterra tras la incapacitación de su padre en 1811; posteriormente subió al trono como Jorge IV (1820-1830).

Robert Blincoe Robert Blincoe, trabajador fabril mediante contrato de servidumbre.

William Cartwright William Cartwright, fabricante de paños y dueño de la fábrica Rawfolds situada el West Riding de Yorkshire.

William Horsfall William Horsfall, hombre de negocios y dueño de una fábrica en el West Riding, la Ottiwells Mill, en la que se producía paño de lana con maquinaria automatizada.

Secundarios

Andrew Ure: Apologeta de la teoría de la empresa y uno de los primeros adalides de la automatización.

Anna Laetitia Barbauld: Defensora de la educación infantil, poeta y autora del poema *Mil ochocientos once* (1812).

Ben Bamforth: Hijo de un tejedor y primo de George Mellor.

Ben Walker: Luddita de Huddersfield.

Carolina de Brunswick: Princesa de Gales, esposa separada del príncipe regente; reformista y amiga de Byron.

Coronel Ralph Fletcher: Magistrado de Bolton, Lancashire; contrató al espía conocido como B.

Ed Baines: Reformista defensor de la democracia y organizador del club republicano de Halifax.

Edmund Cartwright: Clérigo, poeta, inventor del telar mecánico en 1785.

Thomas Maitland: General al mando de las tropas de ocupación.

Francis Raynes: Capitán del ejército de la Corona, enviado a ocupar las Midlands.

Isabella Baxter: Mejor amiga de Mary Godwin.

John Booth: Aprendiz, owenita y radical político del West Riding.

Joseph Radcliffe: Magistrado, terrateniente y hombre de negocios de Huddersfield.

Lady Caroline Lamb: Poeta y novelista; mantuvo una relación romántica con Byron.

Lady Ludd: Nombre dado a las mujeres que organizaban acciones directas para incautar alimentos y repartirlos ilegalmente, bajando el precio para que los pobres pudieran permitírselos.

Lord Holland: Portavoz *whig* en la Cámara de los Lores, mentor de lord Byron.

Lord Hume: Portavoz *whig* en la Cámara de los Lores, defensor del *laissez faire*.

Mary Wollstonecraft: Escritora, filósofa, figura fundacional del feminismo; madre de Mary Godwin.

Percy Bysshe Shelley: Poeta. Es su aliado y heredero.

Princesa Carlota: Hija de Carolina y del príncipe regente.

Richard Arkwright: Hombre de negocios, empresario y «padre de la fábrica». Patentó la hiladora hidráulica y la cardadora, y puso en marcha las primeras operaciones fabriles en las Midlands.

Richard Ryder: Ministro del Interior durante el Gobierno de Perceval.

Robert Owen: Propietario fabril radical e influyente utópico.

Spencer Perceval: Primer ministro de Inglaterra (1809-1812); líder de los *tories*.

Thomas Smith

Tundidor de Huddersfield.

Vizconde de Sidmouth

Henry Addington; sucedió a Richard Ryder como ministro del Interior.

Will Thorpe

Tundidor de Huddersfield.

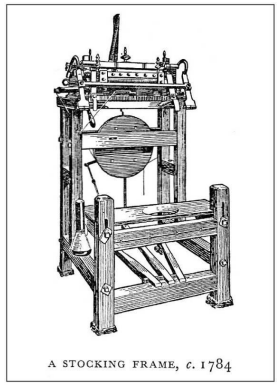
William Felkin

Aprendiz de tejedor de Nottingham que ejerció más tarde de historiador.

William Godwin

Escritor, filósofo, precursor del anarquismo; padre de Mary Godwin.

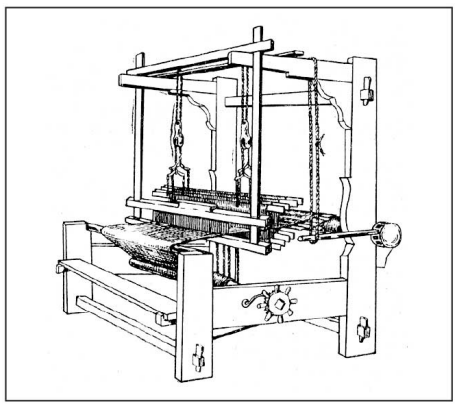
La maquinaria



A STOCKING FRAME, *c.* 1784

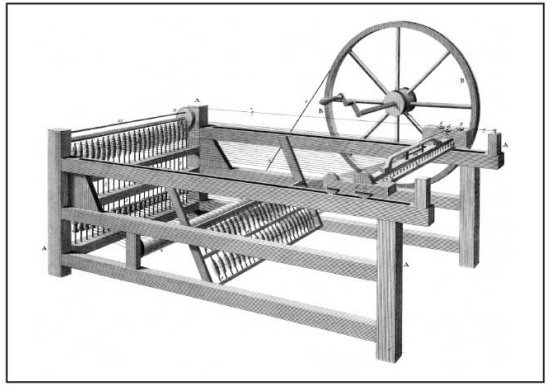
Bastidor de medias:

Máquina que usaban los calceteros para confeccionar géneros de punto, medias y encajes. Se inventó en Nottingham en 1589.



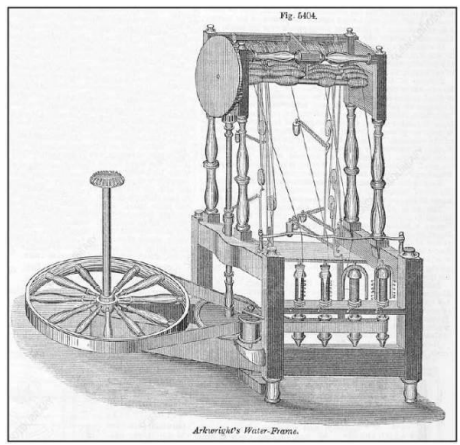
Telar manual:

Máquina usada para tejer paños de lana y de algodón. Los primeros telares datan del siglo v a. e. c.



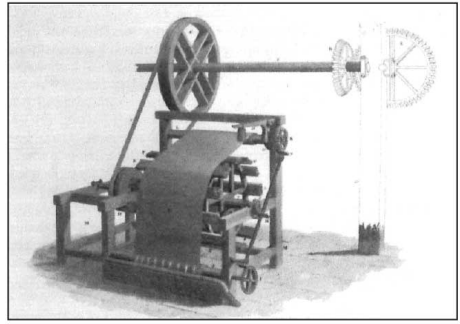
Hiladora Jenny:

Máquina inventada por James Hargreaves en 1764 que reducía el trabajo necesario para hilar la lana.



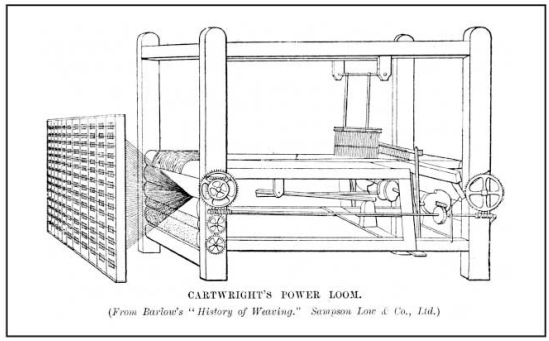
Hiladora hidráulica:

Esta máquina, patentada por Richard Arkwright en 1769, aplicaba energía hidráulica al diseño de la hiladora Jenny, automatizando todavía más el proceso de obtención del hilo.



Perchadora:

Este dispositivo, denominado también percha de paños, levantaba automáticamente la superficie vellosa de un tejido para sacar los extremos de las fibras, facilitando el acabado o nivelado.



CARTWRIGHT'S POWER LOOM.

(*From Barlow's "History of Weaving." Sampson Low & Co., Ltd.*)

Telar mecánico:

Esta máquina que se inventó en 1786 y fue mejorándose gradualmente durante las siguientes décadas automatizaba la labor de tisaje.

Breve nota sobre las fuentes[1]

Este libro bebe de recursos documentales originales y de abundantes investigaciones sobre un tema de notoria dificultad. Como veremos, las personas que participaron en la revuelta ludita tenían buenos motivos para mantener un perfil bajo y para que la información sobre su funcionamiento interno circulara por cauces no oficiales fuera de la vista del público. Las secciones que repasan la rebelión de 1811 están en deuda con el trabajo de historiadores como F. O. Darvall, Barbara Hammond y J. L. Hammond, E. P. Thompson, Malcolm Thomis, Maxine Berg, Adrian Randall, Kevin Binfield, Katrina Navickas, Kirkpatrick Sale, Leslie Kipling y Alan Brooke, así como con la labor archivística de Richard Holland.

Este texto también se apoya en fuentes primarias —como pasquines, memorias, cartas o artículos de prensa, muchos de ellos conservados en la Oficina de Registro Público británica, en los Archivos del Ministerio del Interior y en otros archivos regionales de todo el país— y en dos obras de historia oral que merecen una rápida mención. La crónica *The Risings of the Luddites* (Los levantamientos de los luditas) de Frank Peel, escrita en 1880, recopila testimonios de quienes participaron en lo sucedido y conocían de primera mano la rebelión. Dado que las entrevistas se hicieron años después de los hechos, hay que tomarlas con ciertas reservas. En la misma línea, la obra de 1898 *Ben o' Bill's, The Luddite: A Yorkshire Tale* (Ben, hijo de Bill, el Ludita: Un cuento de Yorkshire), de los historiadores del West Riding D. F. E. Sykes y George Henry Walker, se basa en entrevistas a personas implicadas e investigación histórica. Sin embargo, Sykes y Walker

optaron finalmente por presentar el libro como una novela, una decisión que desconcertó a algunos especialistas. Su descripción de los acontecimientos fundamentales y de las condiciones es bastante precisa, como corroboran otros informes, artículos de prensa e investigaciones. Los diálogos son ricos y fieles al estilo de la época, aunque también incluyen elementos folclóricos y ornamentales, algo que hay que tener presente durante la lectura. Siempre que se cite uno de estos libros, se indicará en el texto.

Los historiadores Adrian Randall y Alan Brooke leyeron este manuscrito prestando atención a su exactitud, una ayuda por la que les estoy enormemente agradecido. Cualquier error que pueda quedar es solo mío. Al final del libro se recoge una bibliografía completa.

SANGRE
EN LAS MÁQUINAS

Los orígenes de la rebelión contra
las grandes tecnológicas

Para Russell,
Aldus y Corrina,
mecanoclastas ahora
y siempre.

Introducción

Imaginemos a millones de personas corrientes angustiadas por el miedo a una tecnología desbocada. Les preocupa que las máquinas se queden con su trabajo, degraden su posición social, amenacen su futuro y alteren por completo su vida. Hay una desigualdad galopante, y el poder lo ejercen quienes controlan la riqueza y las nuevas tecnologías. Todos los indicios apuntan a un horizonte de colosales turbulencias sociales y económicas.

Podría ser hoy. También podría ser hace doscientos años, al inicio de la Revolución Industrial, cuando empezó a escribirse la historia de la rebelión contra el uso de esas máquinas —y contra los primeros gigantes tecnológicos.

Invierno de 1812

El West Riding inglés

Cuando se puso el sol empezaron a llegar decenas de hombres.[2] Se habían reunido así muchas veces y volverían a hacerlo después, ya fuera detrás de un *pub* que todos conocían o en algún paraje fuera del pueblo. En aquella ocasión, el punto de encuentro era una ladera embarrada al pie del camino principal.

El contingente, que crecía a medida que caía la noche, se componía de trabajadores, entre los que había artesanos, tejedores y maquinistas. Iban

formando filas sobre la hierba húmeda. Hacía mucho frío, tanto que se podía ver su aliento en el aire.

Llevaban la cara ennegrecida con polvo de carbón o cubierta con una máscara y se movían en formación militar con una naturalidad nacida de horas de entrenamiento. Iban armados con hachas y pistolas. Algunos estaban nerviosos; otros, hambrientos; a otros —puede que a la mayoría— les embargaba una justificada indignación. A todos les unía una causa común: destruir la maquinaria que los empresarios habían construido para sustituirlos.

Esas máquinas estaban realizando ahora el trabajo que había constituido la base de su medio de vida y de sus comunidades durante generaciones, y lo hacían de forma más barata y prescindiendo de buena parte de los conocimientos sobre el oficio. Debido a esas máquinas —o, más bien, a los empresarios y los propietarios fabriles que las habían instalado—, muchos de los que estaban en aquel campo oscuro no ganaban lo suficiente para alimentar a su familia.

Unos estaban al borde de la inanición. Otros no pasaban hambre, pero veían con demasiada claridad un futuro en el que esos aparatos y sus propietarios les arrebatarían la seguridad, el sustento y la dignidad. Algunos tenían aspiraciones más elevadas. Vislumbraban una oportunidad en el levantamiento contra las máquinas: la posibilidad de cambiar no solo el sistema de trabajo, sino también la organización social y la forma de gobierno.

Cuando llegaron los últimos hombres, su líder, su general, dio la señal. Se pasó lista y, una vez finalizado el recuento, la tropa se puso en marcha. Uno de ellos llevaba el enorme martillo al que llamaban Enoch. Las máquinas, paradas a aquellas horas, y sus dueños, vigilantes o en duermevela, esperaban.

Antes de que el movimiento mecanoclasta llegara a su fin, miles de máquinas acabarían hechas añicos. Las fábricas arderían. Y la sangre de hombres, mujeres y niños —ricos y pobres, aunque sobre todo pobres— teñiría el suelo que sostenía los engranajes de la industria.

* * *

Este libro trata de los motivos por los que se derramó tanta sangre sobre las máquinas a principios del siglo XIX —la primera vez que se usó la tecnología para reemplazar el trabajo humano en masa— y de la

tormentosa insurrección que le siguió. También es una historia del siglo XXI, con sus omnipresentes avisos sobre robots que van a quitarnos el trabajo y sobre el desmedido poder de las grandes tecnológicas, una época cuyas condiciones económicas les resultan demasiado familiares a los historiadores de la Revolución Industrial.

En el siglo XVIII, comerciantes, propietarios de negocios e industriales decidieron invertir en maquinaria automatizada y crearon las primeras fábricas. En su empeño, empezaron a relegar oficios que llevaban cientos de años dando sustento a los trabajadores y ya en el siglo XIX, habían concentrado la riqueza, el poder y los beneficios de la tecnología en una cantidad relativamente reducida de manos.

En el siglo XXI, ejecutivos de grandes compañías, fundadores de empresas emergentes y gigantes tecnológicos como Amazon y Uber están reeditando el mismo principio para establecer nuevos modelos de trabajo hiperautomatizados y digitales. En ese proceso, han hecho saltar por los aires los pequeños negocios y los medios de vida tradicionales, concentrando la riqueza, el poder y los beneficios de la tecnología en un número aún menor de manos.

En 1812, los tejedores cualificados temían que una fábrica llena de telares mecánicos automatizara el tisaje de los paños y los dejara sin trabajo.

En 2012, a los conductores de taxi veteranos les inquietaba que el algoritmo de Uber inundara el mercado con contratistas independientes atados a una aplicación, condenándolos al paro.

En 1812, esos temores llevaron a Gran Bretaña, la nación más rica y con la tecnología más avanzada del mundo, al borde de la guerra civil.

En aquel momento, en los albores de la Revolución Industrial, un pequeño pero creciente número de empresarios tomó el trabajo que los artesanos llevaban generaciones haciendo en su casa o en pequeños talleres —según sus normas y con sus familias—, lo automatizó con maquinaria y lo llevó a las fábricas. Aquellos trabajadores se enfrentaban a un futuro en el que tendrían que producir sin descanso con las máquinas de un patrón, pasando largas jornadas en un entorno tóxico y sofocante, para beneficio del propietario, y para el suyo propio. Eso, claro, si podían encontrar empleo.

Ahora, doscientos años después, en Estados Unidos vamos camino de volver a asomarnos al abismo.

La clase trabajadora no aparta los ojos de las empresas, los monopolios

tecnológicos y las firmas de capital riesgo que se desviven por encontrar nuevas herramientas —ya sea la inteligencia artificial, la robótica o la automatización informática— que sustituyan a la mano de obra. Se enfrentan de nuevo a la perspectiva de perder su trabajo en favor de la máquina.

Hoy en día, la empresa que apuesta por transformar radicalmente un sector recibe todo tipo de elogios; el capital riesgo busca unicornios que puedan constreñir el mercado al tiempo que consolidan su control. A menudo se presenta la automatización como un subproducto desafortunado pero inevitable del «progreso», una realidad obvia a la que la clase trabajadora de cualquier sociedad tecnológicamente avanzada debe aprender a adaptarse.

Pero en la primera década del siglo XIX la automatización no se veía como algo inexorable, ni siquiera como algo moralmente ambiguo. Los trabajadores creían que estaba mal usar máquinas «para quitarle el pan de la boca a un hombre»; por eso, miles de ellos se unieron a una resistencia enérgica y descentralizada cuyo objetivo era destruirlas. La gente animaba a estos rebeldes, que durante un tiempo fueron más grandes y poderosos que Robin Hood.[3]

Se les conocía como luditas e iniciaron el que fue «quizás el más puro de los movimientos de la clase trabajadora inglesa, popular de verdad, del pueblo», como lo describió un historiador.[4] Sus objetivos eran los emprendedores[5], los propietarios de fábricas y otros grupos que facilitaban la automatización y se lucraban con ella.

Aunque esta sublevación tuvo lugar hace dos siglos, es el germen de un conflicto que sigue dando forma a nuestra relación con el trabajo y la tecnología. En muchos sentidos, nuestro futuro todavía depende del resultado de aquel enfrentamiento.

* * *

Me propuse escribir este libro con la esperanza de que la historia de los que sufrieron el primer embate furibundo de las tecnologías «destructoras de empleos» y de la increíble reacción violenta que inspiró nos ayude a entender mejor la forma en que las máquinas modernas y sus propietarios están configurando el mundo laboral actual.

Al fin y al cabo, hoy encontramos por doquier predicciones que aseguran que la IA, los robots y la automatización informática volverán a

degradar o eliminar multitud de ocupaciones. Según un aciago estudio[6] realizado por investigadores de la Universidad de Oxford, la tecnología ya está en condiciones de sustituir casi la mitad de los puestos de trabajo estadounidenses. A pesar de las críticas que ha suscitado esa previsión, a nuestras grandes tecnológicas les encantaría que se hiciera realidad. Como dice la vieja máxima empresarial, los robots nunca se ponen enfermos.

Las empresas del sector digital, como Amazon, Uber, Facebook, OpenAI y Microsoft, han acumulado una cantidad ingente de poder e influencia. Están transformando nuestra vida laboral, desde los pequeños detalles a las cuestiones de calado. Estamos ante un futuro en el que el trabajo —incluso el de la denominada clase media y el de las profesiones intelectuales— es cada vez más informal y precario, organizado por tecnologías inescrutables que no rinden cuentas. Los algoritmos de las grandes tecnológicas ayudan a decidir si nos contratan, cuánto ganamos y si seguimos en nómina. Esas empresas invierten sumas colosales en iniciativas de automatización y en *software* para vigilar al personal. Su preferencia por los trabajos ocasionales controlados a través de aplicaciones está impulsando la sustitución de los contratos laborales con derechos por un modelo precario a tiempo parcial y arbitrado mediante tecnologías. Sus plataformas determinan las normas —o la ausencia de ellas— que regulan nuestros discursos, nuestro ocio y nuestras comunidades.

Sin embargo, si planteas alguna duda sobre esta situación, te acusan de estar en contra de los avances técnicos o del progreso. Te llaman ludita. Hoy en día, ese término se usa para designar a una persona que odia o no entiende las nuevas tecnologías, lo que no podría ser más erróneo desde el punto de vista histórico. Los luditas entendían la tecnología demasiado bien; y no la odiaban: a lo que se oponían era a la forma en que se estaba usando contra ellos. Como veremos, las tecnologías que suscitan esas protestas tildadas de ridículas suelen ser precisamente las diseñadas para generar beneficios a costa de la gente.

Por eso, en un momento en el que Amazon ampliaba sus inmensos almacenes automatizados y obligaba a su personal a hacer pis en una botella en lugar de darles un descanso para ir al baño;[7] en el que los prácticos algoritmos de Uber desplazaban a los conductores de taxi más experimentados; en el que los *chatbots* y el reconocimiento de voz hacían el trabajo de los equipos de atención al cliente, y en el que el arte de saldo generado por IA inundaba el mercado, quise volver la vista atrás, a los primeros artesanos que se resistieron a las máquinas de su época.

¿Acertaron al hacerlo? ¿Qué podríamos aprender de su ejemplo? ¿Cómo pervive su legado?

En busca de respuestas a estas preguntas, pasé tres años investigando las duras condiciones y las violentas algaradas que se produjeron durante los primeros días de la Revolución Industrial. Viajé a la cuna inglesa de la industria moderna, a los lugares en los que nacieron los sistemas tecnológicos que siguen conformando nuestra vida y en los que provocaron un conflicto prolongado y sangriento. Buceé en los archivos, entrevisté a historiadoras e historiadores, pasé tiempo con investigadores del movimiento ludita —hasta me alojé con uno, en la antigua casa de un tejedor— e intenté imaginar aquel mundo que daba sus últimos estertores. Para establecer un diálogo entre el pasado y el presenté, me reuní con especialistas en la historia de la automatización y la inteligencia artificial, asistí a protestas obreras contra Uber y Lyft y estuve en la sede de campaña del por entonces candidato a la presidencia Andrew Yang para oírle agitar el fantasma del apocalipsis laboral provocado por los robots.

Descubrí un fabuloso relato lleno de héroes y antihéroes inesperados, de aterradoras rebeliones, de sociedades secretas en las que había que prestar juramento y de espías cuya misión era infiltrarse en ellas, de veleidosas lealtades de célebres personajes como lord Byron y de la violenta cólera monárquica, que culminaría con la mayor ocupación militar interna de la historia de Gran Bretaña.

Este motín no solo conmocionó a la nación más poderosa del mundo, también sentó las bases para los sindicatos, el estado de bienestar moderno y la ciencia ficción. Comprender esta historia, los motivos que condujeron a aquella primera rebelión y el cataclismo que le siguió, quizás nos permita conjurar la necesidad de repetirla.

Este libro sigue la pista de los artesanos y los trabajadores que se levantaron; de los inventores que diseñaron las máquinas; de los empresarios e industriales que construyeron las fábricas donde albergarlas; de los poetas y escritores que dieron la voz de alarma sobre la crisis que se estaba gestando; del príncipe regente y de su Gobierno de tendencias autoritarias, que ignoraron los avisos, y de los reformistas que lucharon por una resolución democrática. El telón de fondo de esta historia es la primera década del siglo XIX, cuando Gran Bretaña era la gran potencia industrial, líder en desarrollo tecnológico. En el siglo XXI, ese lugar lo ocupa Estados Unidos, la mayor economía del planeta y hogar de Silicon Valley, así que ahí dirigiré la mirada cuando interrumpa la narración para añadir contexto

y comentarios sobre los paralelismos entre esta historia y la tormenta que se está formando a día de hoy.

Cuando la balanza se decantó en contra de los hombres y las mujeres trabajadoras, cuando las máquinas empezaron a cosechar beneficios para sus propietarios a costa de sus conciudadanos, algunos decidieron contraatacar. Nos enseñaron quién pone la sangre para que las máquinas muevan el mundo.

Preludio

Los telares mecánicos

1786

Edmund Cartwright

A juzgar por las palabras del inventor, lo que lo puso todo en marcha fue una simple convicción.[8] Edmund Cartwright había llegado a creer que cualquier trabajo que un humano pudiera hacer con una herramienta podría hacerlo también una máquina con los ajustes necesarios y una fuente de energía fiable. Incluso, por ejemplo, tejer un paño en un telar, el trabajo que llevaban a cabo cientos de miles de artesanos cualificados en Inglaterra. Pero cuando Cartwright defendió la idea de un telar mecánico en una cena, sus compañeros se burlaron de la ocurrencia. Insistieron en que tejer era una labor demasiado compleja.

Cartwright se había dado cita con unos amigos, un grupo de hombres de negocios y eclesiásticos, en Matlock, en la región de las Midlands inglesas. Dieron un paseo por las orillas verde esmeralda del río Derwent para visitar la inmensa fábrica de paños que acababa de construir Richard Arkwright, un barbero reconvertido en empresario que había mecanizado el proceso de hilado del algodón con un ingenio conocido como hiladora hidráulica.

Durante la cena, hablaron de lo mucho que les había impresionado, o incluso alarmado, aquella innovación, de la potencia de la manufactura alimentada con agua de Arkwright y del increíble volumen de hilo que producía.

Sin embargo, los amigos de Cartwright insistían en que *hilar* era una cosa, pero *tejer* era harina de otro costal. El oficio de la tejeduría requería destreza, y construir una máquina que replicara su complejidad resultaba imposible «debido a la variedad de movimientos necesarios». Cartwright, que hasta ese momento nunca se había fijado en el trabajo de los tejedores, argumentó que sin duda *podía* mecanizarse. *Tenía* que poderse.

«No hay ningún impedimento real; es posible aplicar potencia a cualquier pieza de una máquina, incluso de la más complicada, y sean cuales sean los gestos precisos para tejer un paño, un mecanismo diseñado con habilidad podría reproducirlos», aseguró. Dicho de otro modo, creía firmemente en el potencial de la automatización: la técnica de hacer que un aparato o un sistema funcione automáticamente o con la menor intervención humana posible. El término *automatización*[9] no se acuñó hasta los años cuarenta del siglo XX, cuando un vicepresidente de ingeniería de Ford lo usó para describir la robotización de las líneas de montaje en las fábricas de coches, pero el concepto era fundamentalmente el mismo en la década de 1780. Y Cartwright pensaba que tenía unas posibilidades casi ilimitadas.

No en vano había visto al Turco, un autómata diseñado para jugar al ajedrez, ganar partidas a personas reales. Tejer no podía ser más difícil que jugar al ajedrez. (Aunque es probable que él no lo supiera, en el interior de aquellos androides primitivos se escondía un jugador que ejecutaba los movimientos).

Cartwright no era ingeniero ni empresario industrial, y aún menos un experto en tejidos, sino un clérigo que escribía poesía, pero siempre había sido inquisitivo e ingenioso. Nació en 1743 en el seno de una acaudalada familia de terratenientes de las afueras de Nottingham. Su padre le prohibió seguir los pasos de sus hermanos en la Armada y lo dirigió hacia la vida religiosa. A los catorce años estaba estudiando en Oxford; a los cuarenta, era el prebendado de la catedral de Lincoln, en East Midlands. Publicó varios poemas con cierto éxito, como *The Prince of Peace*, en el que se compadecía de los revolucionarios estadounidenses que, en aquel momento, parecían caminar irremediablemente hacia la derrota.

Cartwright estaba ansioso por conocer el colosal complejo fabril de Richard Arkwright en Matlock, que llevaba años causando sensación. En 1771 se erigieron los primeros edificios, y en la década de 1780 el complejo ya se alzaba sobre la orilla del río. Dentro de sus muros traqueteaban sin descanso las máquinas que transformaban el algodón en

hilo, una tarea de la que hasta entonces se habían ocupado cuadrillas de mujeres y que requería más tiempo que la confección de la tela. Arkwright había recurrido a la fuerza del agua: una rueda de molino gigante instalada sobre el cauce del río y anexa al edificio de cuatro plantas movía su hiladora hidráulica patentada. Ya no necesitaba a las trabajadoras y podía hilar algodón de forma casi ininterrumpida.

Como señalaron los compañeros de mesa de Cartwright, esa innovación podía provocar un daño involuntario en la economía inglesa.

«Si este nuevo método de hilado con maquinaria se generalizara, se produciría mucho más hilo del que nuestros tejedores son capaces de procesar», le advirtió uno de sus amigos.[10] El volumen de hilo sería tal que habría que exportarlo a otros países, «en los que se podría tejer y transformar en telas mucho más baratas, con el consiguiente perjuicio para el comercio inglés».

«El único remedio para ese mal —replicó Cartwright— sería aplicar el poder de la máquina a la labor de tejido del mismo modo que a la de hilado, ideando telares que puedan trabajar las hebras con tanta rapidez como las crea el huso». Es decir, planteaba automatizar también la otra mitad del proceso, la parte que requería mano de obra cualificada (o, al menos, aquella de la que históricamente se habían encargado los hombres y, por tanto, se consideraba más compleja y meritoria).

Y así, Cartwright se lanzó a construir un telar automático, aunque, por supuesto, también tuvo otro aliciente muy tentador: «las espléndidas fortunas que ciertos mecánicos ingeniosos [...] podían llegar a amasar», en palabras de su biógrafa Mary Strickland. Un hombre de clase media como Arkwright estaba acumulando suficiente riqueza para rivalizar con los nobles más ricos de Inglaterra gracias a su molino hidráulico. Pero antes de que Cartwright pudiera aspirar a una recompensa similar, debía familiarizarse con la industria textil de la región.

Todo empezó con la lana.

* * *

Hacía siglos que los tejedores confeccionaban prendas de lana en las regiones húmedas al norte de Londres.[11] Como explicaba el historiador W. G. Crump, en la Edad Media, «cuando el centro de la civilización occidental se desplazó hacia el norte tras la caída del Imperio romano, la lana pasó a ser la principal fibra textil». La demanda se disparó y la industria de la lana

se convirtió en la más importante de Gran Bretaña: a finales del siglo XVIII, daba trabajo a más de un millón de personas, una décima parte de la población del país.[12] Según el historiador E. P. Thompson, «los tejedores eran el mayor grupo de obreros industriales de Inglaterra y probablemente llevaban siéndolo cientos de años».

Una industria de tal envergadura estaba lista para la innovación. La lenta evolución de la maquinaria para la pañería y de la organización de la mano de obra que la usaba adquirió de repente una velocidad vertiginosa. En 1589, William Lee de Calverton inventó una tecnología que dio pie a una de las revoluciones más sigilosas de la historia. Se dice que a Lee le molestaba que su esposa pasara más tiempo haciendo punto que con él, así que ideó el bastidor de medias para acelerar el proceso. La máquina de Lee, del tamaño de un escritorio grande, permitía al operario accionar pedales y barras para reproducir automáticamente los movimientos del tricotado manual con agujas, lo que facilitaba y aceleraba la confección de medias, calcetines, calzas y otras prendas de punto. (En aquella época, los hombres llevaban calzas, no pantalones).[13]

La máquina funcionó tan bien que intentó comercializarla, pero la reina Isabel se negó a concederle la patente con un argumento premonitorio. «Apunta alto, maestro Lee», le advirtió, antes de expresar su preocupación por el efecto que tendría aquel artefacto en quienes se dedicaban a hacer punto con agujas: «Piense [...] qué podría suponer ese invento para mis súbditos pobres. Con certeza, sería su perdición, ya que les privaría de su oficio, abocándolos a la mendicidad».[14] William Lee murió en la ruina, sin saber que había sembrado las primeras semillas de la Revolución Industrial. Sin embargo, su hermano James continuó con el invento, que más tarde se convirtió en una herramienta fundamental de la floreciente industria textil inglesa.

El bastidor de medias ejerció su dominio durante doscientos años. Junto al telar manual, su homólogo para los géneros de tela, contribuyó a que Inglaterra fuera conocida en todo el mundo por la calidad de su producción textil. Durante ese tiempo, la predicción de la reina se hizo realidad: los calceteros que manejaban un bastidor de medias se impusieron a los que hacían su labor con agujas, igual que la máquina hidráulica de Arkwright desplazaría a las hilanderas de algodón en la década de 1780. Se forjaron costumbres, normas y tradiciones en torno al trabajo con las máquinas, que los tejedores y los calceteros mantenían en su domicilio o en pequeños talleres. La ingente demanda de paños ingleses

seguía inspirando tanto innovaciones técnicas que facilitaban la vida a los trabajadores como tecnologías más disruptivas que prometían un aumento radical de la productividad.

En 1733, un aprendiz de artesano llamado John Kay patentó la lanzadera volante, que hizo que bastara un tejedor, en lugar de dos, para manejar un telar ancho.

En la década de 1760, James Hargreaves, hilandero de algodón y tejedor, inventó la hiladora Jenny, gracias a la cual un trabajador podía hilar hebras de múltiples bobinas con solo girar una manivela, una tarea que hasta entonces requería seis personas. Un par de años después, Arkwright aprovechó la fuerza del agua para construir su hiladora hidráulica y garantizar la producción de colosales cantidades de hilo. Para rematar aquella década prodigiosa, en 1769, James Watt patentó su máquina de vapor, que ofrecería una fuente de energía más eficiente y asequible para hacer girar los husos y mover los ejes de los telares de todo el país.

Se excavaron minas de carbón para alimentar los motores, se abrieron canales para conectarlos y en el horizonte irrumpieron los nuevos edificios de ladrillo. La siguiente generación de trabajadores textiles vería las primeras columnas de humo sobre pastos hasta entonces destinados a las ovejas, anunciando la llegada de la fábrica moderna y la era industrial.

* * *

En vista del ardiente interés que suscitaban en la época la automatización y la innovación, no era extraño que Edmund Cartwright estuviera tan seguro de poder mecanizar el proceso de tejido. En las décadas de 1760 y 1770, las tecnologías comerciales se transformaron a un ritmo sin parangón en la historia. Sin embargo, el primer intento de Cartwright fue un desastre. Diseñó su prototipo sin ni siquiera haber visto a un tejedor en acción y acabó con una máquina que necesitaba el doble de mano de obra para producir una sola prenda.

Tras la cura de humildad, organizó un viaje a Mánchester, adonde los tejedores habían acudido en masa para dar salida al excedente de hilo. La ciudad se estaba convirtiendo en una bulliciosa urbe a las puertas de la industrialización. La lana había cedido el testigo al algodón, más barato y adecuado para los procesos mecanizados, y no dejaban de llegar barcos cargados de materia prima desde la India y Estados Unidos. Mánchester

pronto se ganaría el sobrenombre de Algodonópolis, una ciudad erigida sobre un floreciente producto que no tardaría en ser la principal exportación del país.

El viaje de Cartwright tenía una doble finalidad. La primera era despertar el interés de los hombres de negocios locales por su máquina; la segunda, observar a los tejedores. Envió con antelación un prototipo de su «telar mecánico» a los trabajadores y les pidió que lo examinaran y le sugirieran mejoras.

Se negaron en redondo porque entendieron sus implicaciones de inmediato: si aquel artilugio funcionaba, les dejaría sin trabajo.

«En realidad, quienes emprendieron la labor perdieron la esperanza de conseguir que funcionara como estaba previsto», le escribió Cartwright a un amigo.[15] Tendría que automatizar el dispositivo él mismo.

Con sus facciones suaves y redondeadas y su pretendida apariencia aristocrática, Cartwright ofrecía una curiosa estampa en la fábrica algodonera. Iba vestido con elegancia a la moda de la clase alta. Puede que mientras estudiaba a los tejedores, se maravillara de la sencillez y la resistencia de las herramientas que habían dado vida a esas prendas.

Allí conocería de primera mano la intensidad y la complejidad de la labor del tejedor: las manos moviéndose a toda velocidad, los rápidos giros de muñeca y las rodillas subiendo y bajando sin descanso en perfecta sincronización con el aparato que tenían delante. Contemplaría al tejedor pisando y soltando los pedales, uno con cada pie; tirando la lanzadera volante; inclinando el batán; una sucesión de pasos ininterrumpidos para crear un tejido de calidad centímetro a centímetro. Era tal la seguridad de los gestos que podrían parecer más propios de una máquina.

Entre el estrépito de los engranajes, Edmund Cartwright observaba y tomaba notas. Perfeccionó su prototipo sin ser plenamente consciente de que los proyectos que estaba pergeñando acelerarían la Revolución Industrial ni de lo que significarían para hombres y mujeres como el tejedor al que había visto trabajar.

1797

Mary Godwin

El caos se había apoderado del Polígono. La casa de Mary Wollstonecraft y William Godwin, el número 29 de este complejo de edificios londinense con forma de hexadecágono, bullía con la frenética actividad de los médicos que intentaban desesperadamente salvarle la vida a la escritora y pensadora radical, que acababa de ser madre por primera vez. Tras nueve horas de lacerante dolor, había dado a luz a una niña.[16] Pero ahora algo iba muy mal y los doctores no sabían qué era.

William, filósofo radical y periodista siempre comprometido con la verdad, conoció a Mary, la aclamada autora de *A Vindication of the Rights of Men* (Vindicación de los derechos del hombre), en una cena en honor al revolucionario estadounidense Thomas Paine en 1791. Al principio no se prestaron demasiada atención. Pasaron toda la noche discutiendo sobre filosofía y política, dos temas sobre los que había mucho que decir. La sacudida de la Revolución francesa había abierto un mundo de posibilidades a los librepensadores y reformistas hastiados de una monarquía retrógrada. Si Francia, que estaba a menos de cuarenta kilómetros al otro lado del canal de la Mancha, podía deshacerse de su rey, ¿por qué no Inglaterra? La transformación industrial ya había iniciado su curso; podía seguirle un cambio político.

Mary había escrito su exaltada vindicación en 1790 para defender la Revolución francesa de las diatribas conservadoras del filósofo Edmund Burke, que describía a la clase trabajadora como una «turba vulgar» que no merecía votar. Fue un éxito rotundo desde su publicación. En 1791, *Los derechos del hombre* de Paine, que expresaba simpatías similares por la revolución, tuvo todavía más repercusión y vendió millones de ejemplares. Inspiró, entre otras muchas cosas, al poeta prerromántico Robert Burns para escribir los versos de *Un hombre es un hombre pese a todo*, sobre un futuro sin clases que «ha de llegar» y en el que «todos los hombres del mundo / serán hermanos». El movimiento cultural del Romanticismo estaba en plena expansión; sus artistas, que se inclinaban a celebrar el individualismo heroico al tiempo que rechazaban el insulso racionalismo de la Ilustración, ensalzaron la Revolución francesa. El himno de Burns cobró fama mundial.

Por toda Inglaterra empezaron a florecer movimientos reformistas democráticos y clubes radicales. En 1792, el zapatero Thomas Hardy fundó, junto a ocho compatriotas, una de las primeras organizaciones de la clase trabajadora, la London Corresponding Society, que reclamaba una reforma parlamentaria para conseguir una democracia real. Miles de

personas se unieron a sus filas y se abrieron delegaciones a lo largo y ancho del país. Su principio fundacional era «que el número de nuestros miembros sea ilimitado», lo que equivalía a que cualquiera podía afiliarse, un concepto inclusivo y radical para la época.[17]

Mary y William siguieron caminos separados tras aquella primera y acalorada cena, y ambos escribieron las obras que cimentarían su fama. En 1792, Mary continuó su serie reivindicativa con *Vindicación de los derechos de la mujer*, un influyente título de los albores del feminismo que reclamaba drásticas mejoras en igualdad de género y subrayaba la importancia de la educación para las niñas. Un año después, en 1793, William escribió *Investigación acerca de la justicia política*. Este libro, que abrió el camino al anarquismo, defendía una sociedad justa, igualitaria y sin matrimonio en la que la riqueza se distribuyera entre quienes más la necesitaban.

Era una época de esperanza; el cambio parecía inminente.

Entonces, el péndulo de la historia volvió a oscilar. La Revolución francesa se tiñó de sangre y devoró a sus hijos. Inglaterra le declaró la guerra a Francia. Los jacobinos —durante mucho tiempo la facción con mayor presencia y poder en la Francia revolucionaria— defendían una concepción política radical de la clase trabajadora, y fue uno de ellos, Maximilien Robespierre, quien dirigió el Reinado del Terror y llevó al rey Luis XVI a la guillotina. Estos acontecimientos infundieron un miedo cerval al rey inglés Jorge III, del que se decía que estaba loco, y a su primer ministro *tory*, William Pitt el Joven, que se obsesionó con una posible revolución en suelo británico. Reprimieron a la prensa, la libertad de expresión y la organización política. Promulgaron las Leyes de Asociación para ilegalizar la libre sindicación y prohibieron los clubes de la London Corresponding Society y los panfletos de Tom Paine.

Hardy y sus correligionarios fueron juzgados por traición. A duras penas escaparon de la horca, en parte gracias a Godwin, quien salió en su defensa con una furibunda diatriba contra los excesos del Estado que se publicó en el *Morning Chronicle* en 1794 y gozó de gran difusión. La corriente reformista y radical se vio obligada a retroceder; la fortuna personal de Mary Wollstonecraft y William Godwin quedó maltrecha.

Cuando volvieron a encontrarse, en 1796, Mary había dejado atrás un difícil viaje a la Francia revolucionaria y a William lo asediaban las deudas. En aquella ocasión, su agudeza intelectual y la falta de convencionalismos que compartían conectaron. Se casaron en marzo de aquel año.

De vuelta a septiembre de 1797, en el Polígono, la crisis médica se

agravaba. La placenta de Mary no se había desprendido durante el parto y su médico la había extraído manualmente, lo que con toda probabilidad le provocó una infección. Su estado empeoraba día a día, tenía fiebre y estaba débil. Los doctores no dejaban de entrar y salir. Uno de ellos anunció que Mary debía dejar de dar el pecho debido al riesgo de intoxicar a su hija.

Menos de un mes después de dar a luz a la niña a la que llamaron como ella —William la apodaba cariñosamente «el animalillo» cuando todavía estaba en el útero materno—, Mary Wollstonecraft murió.

Sin embargo, allí estaba la pequeña Mary, heredera del nombre de una leyenda, impulsada desde el principio por la vorágine de la historia, nacida en un mundo que se lamentaba ante la pérdida en medio del progreso.

Esas fuerzas continuarían moviendo a la joven Mary, mientras crecía entre ideas radicales durante uno de los periodos más turbulentos de Inglaterra, y le darían la capacidad de transformar la cultura popular para siempre.

1799

Robert Blincoe

El huérfano Robert Blincoe, de siete años, divisó desde la carretera el imponente edificio y pensó que debía de tratarse de una iglesia; era una construcción enorme, fastuosa, coronada con una cúpula. Desde que había salido hacia Nottingham cuatro días antes con otros ochenta niños del orfanato londinense de San Pancracio, parte de su entusiasmo se había desvanecido, pero ahora estaba ante una estampa preciosa —frondosos campos verdes y praderas salpicadas de molinos— y Blincoe se sentía optimista.[18] Aquel día, se había puesto el primero en la fila, vestido con sus mejores galas de domingo; en cuanto los carros llegaron a San Pancracio, se subió a uno de un salto y vitoreó con alegría la partida del convoy.

Los niños y las niñas pasaron las primeras horas jugando sobre el heno que tapizaba los carromatos. Pero el camino era malo, lleno de baches, y el traqueteo constante provocó el mareo de los pequeños, que enseguida se dieron cuenta de que estaban encerrados en aquellas tartanas.

Solo dos semanas antes, Robert se había colocado en otra fila con sus

compañeros, estirado y orgulloso, dejando que lo examinaran con la esperanza de ser uno de los elegidos para abandonar el orfanato y trabajar como aprendiz de mediero en una fábrica algodonera mecanizada. No había conocido a su madre ni a su padre, y tampoco recordaba en qué circunstancias lo habían dejado en el hospicio con apenas cuatro años; lo que sí sabía era que odiaba aquel sitio y que deseaba con todas sus fuerzas salir de allí. Por eso, cuando corrió la voz de que un remoto molino algodonero[19] de las Midlands iba a seleccionar aprendices de tejedores entre los internos de San Pancracio, se sintió «como borracho de felicidad».[20]

Los acólitos de la parroquia propagaron el rumor de que en Nottinghamshire a las niñas y a los niños «les darían de comer rosbif y pudin de ciruelas, les permitirían montar en los caballos de sus amos, tendrían relojes de plata y el bolsillo lleno de dinero». Podrían llevar las mejores ropas, les enseñarían a tejer medias y encajes, los tratarían como a damas y caballeros. Lo único que tenían que hacer era comprometerse a servir como aprendices en Lowdham hasta cumplir veintiún años, momento en el cual podrían ejercer el oficio como profesionales. Para el joven Robert Blincoe, esas condiciones supondrían catorce años de trabajo no remunerado en una fábrica. Fueron muchos los que aceptaron. Pasaron días discutiendo sobre quién sería el primero en poder cabalgar a lomos de la montura de su patrón.

Al llegar a Nottingham, la mayoría de las chicas y los chicos estaban pálidos, indispuestos y confundidos. Mientras los sacaban de los carros, Robert oyó que alguien se refería a ellos como «ganado». Los vecinos salieron de sus casas para ver cómo los llevaban a sus barracones, a casi un kilómetro de la fábrica.

«Pobres desgraciados, que Dios los ayude», murmuró una mujer. «Bonito grupo de criaturas; no tienen ni idea de la vida de esclavitud a la que se han condenado», añadió otra.

«Que el Señor tenga piedad de ellos», se lamentó una tercera.

Puede que aquellas palabras cazadas al vuelo hicieran mella en Robert, que acababa de señalar un edificio «grande y majestuoso» con aspecto de iglesia que se veía más adelante. Los hombres que conducían el carro se burlaron de él, advirtiéndole de que pronto descubriría los sermones que se escuchaban allí.

* * *

A finales del siglo XIX, todavía no eran muchas las grandes fábricas en funcionamiento en Inglaterra, pero sí había unas cuantas famosas. Las de Arkwright en Cromford eran las más conocidas, tanto por sus ingenios mecánicos como por sus penosas condiciones y el tipo de mano de obra que empleaba. De sus casi doscientos trabajadores, dos tercios eran niños y niñas, muchos de ellos de apenas seis años.

El concepto mismo de fábrica —de operarios organizados para hacer un trabajo repetitivo y no cualificado, a cambio de un salario, durante largas jornadas, entre cuatro paredes, bajo el control de un capataz— resultaba aborrecible fundamentalmente por la misma razón que llevaba a la población de Nottingham a temer por el futuro de aquellos huérfanos.[21] La fábrica anunciaba una vida opresiva de monotonía, riesgos y enfermedad. Representaba una nueva concentración de poder que no surgía de alianzas de sangre ni de la fuerza de las armas, sino de dispositivos como el telar mecánico de Cartwright. En Nottinghamshire sabían lo que la vida fabril hacía a aquellas criaturas a las que los dueños de las pañerías reclutaban en las casas de pobres y orfanatos de toda Inglaterra, y les repugnaba.

La primera comida de Lowdham se sirvió en un enorme comedor donde Robert pudo ver al fin a sus nuevos compañeros aprendices.[22] Los últimos rastros del sueño que le habían vendido —paseos a caballo, libertad y ropa limpia y bonita— se desvanecieron. Muchos de aquellos muchachos harapientos iban descalzos y sin chaqueta, con borras de algodón enredadas en una maraña de pelo sucio. Se percibía la amargura en el ambiente, y el aire estaba cargado con el olor de la grasa quemada. Cuando sonó la señal, los chicos avanzaron para recibir su cena: extendían el faldón de la camisa y los encargados dejaban caer en ella una solitaria patata. Parecían demacrados, enfermizos, algunos incluso lisiados. En Lowdham, los niños aprendices trabajaban catorce horas al día, seis días a la semana, librando solo el domingo.

Robert iba a descubrir que la mala comida no sería la mayor de sus preocupaciones. Estaba a punto de comenzar su vida en la fábrica, entre las incansables hiladoras de algodón. Aquellas máquinas y la afición de los capataces a usar el látigo le someterían a tormentos diarios y a un régimen de trabajo interminable que devoraría su juventud.

La mayoría de la clase trabajadora inglesa todavía no había aspirado el humo tóxico del interior de las fábricas, pero ya sentían el mismo miedo que los huérfanos que llegaban a Lowdham: que la fábrica se tragara su

futuro.

1803

Ned Ludd

Durante los primeros compases de la Revolución Industrial, antes de que el dominio de las máquinas fuera una certeza, se forjó la leyenda de un joven que las destruía.

Dice la historia que, en 1779, en un pequeño pueblo de las Midlands inglesas, vivía un chico llamado Edward Ludd. El joven Ned era un aprendiz del gremio textil que se estaba instruyendo en el manejo del telar, pero no le gustaba su trabajo. Era una labor repetitiva, intrincada y difícil, su patrón tenía mal carácter y él era solo un niño. Así que Ned hacía lo que suelen hacer los chavales de su edad cuando los obligan a enfrentarse a tareas aburridas: holgazanear.

Según una crónica temprana del episodio, «dada la aversión de Ned a la reclusión del telar, su esfuerzo no satisfacía las expectativas de su maestro».[23] Como castigo por su falta de productividad, el magistrado local recomendó azotar al muchacho. Tras la zurra, el joven Ned, furioso por el maltrato, «aprovechó la primera oportunidad que se le presentó de enarbolar un gran martillo y destrozó por completo la máquina».

Ludd hizo añicos el telar causante de su infortunio y huyó a Sherwood, donde se dice que se escondió como el último héroe que había habitado el bosque, Robin Hood. A su debido tiempo, inspiró a otros hombres oprimidos a destruir los instrumentos con los que se lucraban sus patronos. No fue el primero y, sin duda, no sería el último.

La épica del relato y las simpatías que despertaba lo encumbraron, pero seguramente Ludd nunca existió. Sin embargo, su personaje se convirtió en un símbolo, una herramienta de organización, un guiño o, dicho de otro modo, un poderoso meme decimonónico. Como Robin Hood, Ned Ludd le prestó su nombre a una lucha más amplia que era muy real, lo fuera él o no. Toda buena leyenda necesita un origen.

Para quienes habían quedado atrapados en los engranajes de la Revolución Industrial, Ludd sería un capitán, un general, un rey.

* * *

Durante el verano de 1802, un espectacular incendio redujo a cenizas una fábrica de perchado de Littleton.[24] El director de la fábrica, un hombre llamado Clyde Heath, aseguró tener la certeza, a pesar de la cerrada oscuridad de la noche y del hecho de que la figura llevaba el rostro ennegrecido con carbón, de que el culpable era un chico de dieciocho años, Thomas Helliker. Heath insistía en que había sido Helliker quien lo había retenido a punta de pistola mientras sus secuaces prendían fuego a la fábrica, destrozando la maquinaria del interior y provocando daños por valor de ocho mil libras (una cuantiosa suma, equivalente a unos 780.000 dólares actuales).[25]

Helliker no era más que un «mozo», un aprendiz del gremio de acabado de paños, cuyos oficiales, conocidos como tundidores o desborradores, se encargaban de igualar o alisar el género ya tejido. En el condado de Wiltshire al que pertenece Littleton, estaban inmersos en una virulenta huelga. Las autoridades intentaron convocar a Helliker para hablar con él, pero se negó. A pesar de que rápidamente surgieron pruebas de que ni siquiera había estado allí, se enfrentaba a la horca.

El mayor inversor de la región en el sistema fabril y la maquinaria automatizada era John Jones, némesis de los trabajadores. Había construido la Staverton Superfine Woollen Manufactory, una avanzada fábrica de seis plantas «llena de toda clase de máquinas recién inventadas»[26] que había desatado una encendida oposición pública, y ahora lideraba una campaña para recortar los salarios de los tundidores. Cuando los trabajadores fueron a la huelga, invirtió todavía más en dispositivos automáticos en un obvio intento por sustituirlos. Esa fue la gota que colmó el vaso; los tundidores y sus aliados hicieron añicos las ventanas de la manufactura Staverton y organizaron un asalto a la fábrica de Littleton con la intención de incendiarla.

Gracias a este acto de sabotaje, los propietarios de las fábricas se rindieron. Aceptaron no bajar los salarios y abandonaron las tecnologías de perchado y tundido. Jones, por su parte, juró vengarse.

* * *

Incidentes como el de la quema de la fábrica de Littleton constituyen una parte de la historia de la Revolución Industrial que no se suele contar: cada

gran innovación que redujo la necesidad de mano de obra desencadenó también convulsos estallidos de protestas de los trabajadores afectados. Y dada la insuficiencia y el incumplimiento generalizado de las leyes de regulación y protección de los derechos del gremio, los artesanos textiles se oponían a las condiciones que consideraban desfavorables destrozando las máquinas usadas para explotarlos. Si los comerciantes o los dueños de talleres se negaban a pagar los precios fijados o intentaban sortear el ordenamiento jurídico con nuevas tecnologías, los trabajadores reaccionaban machacando aquellos artefactos «detestables». En una época en la que los sindicatos estaban prohibidos, la estrategia por la que optaban aquellos cuyo empleo pendía de un hilo y no tenían otro recurso era la de la «negociación colectiva por medio de la revuelta», según el término acuñado por Hobsbawm.[27] «El patrón del siglo XVIII era consciente de que una demanda intolerable provocaría no ya una pérdida temporal de beneficios, sino la destrucción» de su maquinaria.

Aquellos trabajadores no creían que la tecnología fuera por definición un avance; no les habían enseñado a reverenciar la disrupción. Para ellos, los ingenios que degradaban su situación laboral o menoscababan su capacidad para ganarse la vida eran, simple y llanamente, una inmoralidad. Artesanos y menestrales sabían exactamente lo que presagiaban esas máquinas para su oficio y veían la tecnología como una fuerza que iba tomando forma no de cara al futuro, sino en «el tiempo presente», como señaló el historiador de la tecnología David Noble.[28]

Por ese motivo, los tejedores de Mánchester no quisieron ayudar a Cartwright con su telar: conocían demasiado bien el tipo de innovaciones que estaban acelerando la Revolución Industrial. En 1710, los comerciantes de paños habían decidido emplear sus propios bastidores de medias y servirse de aprendices no remunerados para su manejo en lugar de pagar salarios justos a trabajadores cualificados. Tras semanas de infructuosas negociaciones, los medieros hicieron añicos centenares de aquellas máquinas de las casas-taller.[29] En 1768, después de que James Hargreaves desvelara la existencia de su hiladora Jenny, un tumultuoso grupo de hilanderas irrumpió en su taller y lo destrozó. Había desarrollado su invento en secreto, temiendo precisamente este resultado, y se vio obligado a dejar la ciudad antes de intentar comercializarlo. En 1779, unos trabajadores furiosos quemaron hasta los cimientos una de las fábricas de Arkwright mientras los alguaciles locales los contemplaban con simpatía. En 1792, fueron los tejedores de algodón los que despedazaron la primera

veintena de telares mecánicos que Edmund Cartwright había conseguido vender. El mismo destino había corrido la perchadora de Jones, nacida para automatizar la labor que llevaban a cabo los tundidores, uno de los gremios más fuertes de la pañería. El espíritu de Ned Ludd flotaba en el ambiente.

* * *

Según los lugareños que presenciaron el devenir de los acontecimientos con impotencia, el juicio a Thomas Helliker fue una farsa. Uno de sus amigos confesó a las autoridades que la noche del ataque se habían emborrachado juntos y que había encerrado a Helliker en una habitación mientras se le pasaban los efectos del alcohol. Por lo tanto, era imposible que hubiera estado en la fábrica en el momento del incendio. Por otra parte, Heath, el director de la fábrica, tenía motivos para culpar a Helliker, ya que su jefe le había ofrecido una cuantiosa recompensa por identificar a los alborotadores. Sin duda, Heath había visto a Helliker por el pueblo, podía identificarlo fácilmente y debió de pensar que era un blanco fácil. Por último, era muy improbable que a Helliker le hubieran permitido siquiera unirse al motín: siendo solo un mozo, quedaba excluido de las reuniones importantes y de las acciones que emprendían los menestrales con más antigüedad.

A pesar de todo, Jones continuó presionando y amenazando a Helliker si no delataba a los atacantes. Si el chico conocía a los hombres que asaltaron la fábrica, no dijo ni una palabra. Lo colgaron el día de su decimonoveno cumpleaños. La marea de rabia y dolor fue abrumadora, y la resaca superó con creces los confines de Littleton. Los trabajadores llevaron su ataúd a través de la emblemática llanura de Salisbury en una grandiosa procesión, acompañados por «miles de mujeres vestidas de blanco», hasta una tumba en su ciudad natal, en la que se le recuerda como un mártir.[30] En su lápida figura la inscripción «Thomas Helliker: una vida segada en la flor de su juventud».

* * *

La primera década del siglo XIX tocaba a su fin y la Revolución Industrial estaba en pleno apogeo. Los industriales y empresarios de más éxito —a quienes bien podríamos referirnos como los primeros gigantes tecnológicos

— habían acumulado una cantidad colosal de riqueza y poder, y muchos más seguían sus pasos. Los hombres de negocios estaban mecanizando la principal actividad económica inglesa, automatizando oficios vinculados a la tradición durante generaciones y construyendo nuevos monumentos de dominio y producción. El malestar político no dejaba de crecer, la organización laboral y las ideas radicales estaban proscritas y la impopular guerra en la que se había embarcado el país estaba a punto de entrar en su tercera década.

Las fábricas y las máquinas anunciaban un futuro sombrío para las generaciones más jóvenes de menestrales y artesanos. Y aquellos trabajadores, ya fueran oficiales, aprendices, maquinistas o tundidores, disponían de muy pocas herramientas para devolver el golpe. Pero se tenían los unos a los otros; tenían la pluma y también el martillo.

PARTE I

EL GRAN COMETA

George Mellor

Primavera de 1811

Noche tras noche, en el cielo se perfilaba un cuerpo celeste extraño. A unos les parecía una cruz; a otros, una daga. Seguiría viéndose en el norte de Inglaterra durante buena parte del año, un total de doscientos sesenta días, y la mayoría pensaba que era un mal augurio. El astro había empezado a brillar en primavera y alcanzaría su máxima intensidad en otoño.

El gran cometa de 1811 fue tan famoso que quedó plasmado en grandes obras de la cultura popular, como *Guerra y paz*, donde Pierre, el hijo pródigo, se queda mirando el «gigantesco y brillante cometa […] del que decían que anunciaba toda clase de horrores y el fin del mundo».[31]

Los presagios aciagos son habituales en épocas difíciles, pues es fácil predecir que llegará más miseria cuando estás rodeado de ella. Y en 1811, para la clase trabajadora inglesa, todo era miseria.

La Corona ejercía una enorme presión fiscal sobre su clase media para pagar la interminable guerra contra los franceses.[32] Además, había prohibido por orden real el comercio con los aliados de Francia —entre los que se contaba Estados Unidos—, cerrando la puerta a mercados vitales para el descomunal sector textil inglés y hundiendo a las regiones productoras de paños en una crisis económica. Los telares y los bastidores de medias habían enmudecido en todo el país. Dos años de malas cosechas habían disparado los precios de los alimentos. Y mientras el comercio de paños atravesaba un momento de debilidad, los empresarios introducían máquinas cada vez más automatizadas en sus fábricas y talleres.

A sus veintidós años, George Mellor también pudo contemplar el gran

cometa desde su pueblo natal, Huddersfield, justo en el centro de Inglaterra.

* * *

George, nacido en 1789, el año en que estalló la Revolución francesa, tenía un rígido código moral, la lengua afilada y carisma a raudales. Según la descripción de un historiador local, medía «su buen metro ochenta, iba con la espalda siempre erguida y su firme y enérgico apretón de manos sobrecogía. Sus ojos castaños brillaban con ímpetu y el pelo, de un color cobrizo oscuro, se le ensortijaba alrededor de la cabeza. Tenía su temperamento, concedámoslo, pero no albergaba malicia».[33]

La mandíbula cuadrada e imponente de George acentuaba su «apariencia resuelta y determinada».[34] Era un hombre honrado, impaciente y franco, con una «voluntad de hierro y una temeraria osadía». Su padre había muerto cuando él tenía tres años y su madre se había vuelto a casar con el propietario de un pequeño taller de acabado de paños llamado John Wood. Sus riñas con George eran constantes.

El declive del negocio le agrió el carácter a Wood, que veía cómo los encargos que solían hacerle eran ahora redirigidos a talleres más grandes y con maquinaria más avanzada instalados fuera de la localidad. A George, por su parte, le molestaba cada vez más que le dieran órdenes. En una ocasión, en un arrebato de ira, se escapó de casa de Wood y solo regresó después de redactar una lista de condiciones que su padrastro debía aceptar si quería que volviera a vivir bajo su techo.

George se alistó para derrotar a los franceses, como hicieron tantos jóvenes trabajadores en las décadas de 1790 y 1800. Sirvió en la campaña británica contra Napoleón en las lejanas tierras del continente europeo y, como otros tantos veteranos de clase trabajadora, llegó a detestar aquella guerra que no acababa nunca.

Siendo adolescente, George inició su periodo de siete años como aprendiz de tundidor. La labor de tundido requería manejar unas enormes cizallas que podían llegar a pesar más de veinticinco kilos. El tundidor usaba cardas para levantar la superficie vellosa del lienzo de paño tejido y, a continuación, pasaba aquellas descomunales cuchillas sobre la lana para igualarla. Era un oficio especializado y duro hasta el extremo.

Un buen tundidor era fundamental para confeccionar prendas de calidad.[35] Los tundidores ganaban más que la mayoría de los trabajadores

textiles y acumulaban más poder, ya que un buen acabado aumentaba el valor del paño, mientras que un igualado torpe podía arruinarlo. También eran conocidos por su rebeldía y su espíritu indómito, por su firme determinación y por estar organizados. A pesar de las Leyes de Asociación, habían sabido recurrir a la huelga en protesta por los bajos salarios o para oponerse al uso de máquinas que pudiesen poner en riesgo sus empleos.

Su trabajo curtía el cuerpo, dejándolo doblado y moldeado: se podía distinguir a un tundidor por sus imponentes antebrazos y por la «pezuña»[36] de piel encallecida que se les formaba alrededor de la muñeca. En la primavera de 1811, George tenía poco más de veinte años y había dedicado toda su adolescencia y su primera juventud a aprender el oficio. Siete años de trabajo duro y extenuante, siete años de esfuerzo que se tradujeron en un sentimiento de orgullo profesional, de hermandad, de identidad.

George se había entregado al aprendizaje con entusiasmo, haciendo amigos y aliados por el camino. Llegó a ser uno de los tundidores más carismáticos del taller de John Wood, respetado por sus compañeros y querido en todo Huddersfield. En palabras del escritor D. F. E. Sykes, «George Mellor fue un buen hombre, íntegro y cabal».

* * *

Con una población de apenas diez mil almas, Huddersfield era una ciudad pequeña, pero vivía tiempos convulsos. Estaba a unos treinta kilómetros al suroeste de Leeds y a algo más de cien al noreste de Nottingham, en el distrito del West Riding del condado de Yorkshire, cuya capital era la ciudad medieval de York. Como gran parte de Gran Bretaña, el West Riding se estaba industrializando a toda velocidad —gracias a aquellas máquinas y fábricas que Wood y George miraban con recelo— en contra del deseo y el bienestar de muchas personas. La fama de la región como hogar de una ciudadanía proclive a la disidencia creció hasta tal punto que se ganó el sobrenombre de «la metrópolis del descontento».[37]

Pero solo unas décadas antes, la imagen de la tierra natal de George, envuelta en niebla y rodeada de empinadas colinas verde musgo, era la de un lugar idílico. Cuando el escritor Daniel Defoe viajó al West Riding en los años veinte del siglo XVIII, quedó fascinado. Además de la belleza de sus paisajes, elogió su gran calidad de vida, su incesante actividad y la inusual igualdad de su sociedad: «Las laderas de las colinas, que son muy

escarpadas por todas partes, están llenas de casas. A pesar de ser un terreno montañoso y de que apenas se ha bajado un cerro cuando ya hay que empezar a subir otro, es esta una región muy populosa [...] Sus habitantes están siempre manos a la obra; no se ve ni un mendigo, ni una sola persona ociosa».[38] A Defoe le gustó tanto la zona que se trasladó allí para acabar la novela por la que pasaría a la historia. Incluso hizo que su héroe, Robinson Crusoe, fuera oriundo de este condado.

La actividad que mantenía ocupados a los residentes de Huddersfield era, lógicamente, la pañería.[39] Cuando Defoe visitó estos pueblos, sus gentes ya llevaban siglos tejiendo lana y prácticamente toda su población tenía algún vínculo con el sector textil. George era tundidor, su padrastro tenía un taller de acabado de paños, su tío William era maestro tejedor y el hijo de William, Ben, que tan unido estaba a su primo, seguía los pasos de su padre con el telar. La tejeduría de William, en la que participaba toda la familia, estaba en su propia casa, junto a una pequeña granja. Y así había sido siempre hasta donde alcanzaba la memoria.

En la obra *Ben o'Bills,* de D. F. E. Sykes y George H. Walker,[40] Ben describe el negocio familiar, permitiéndonos contemplar una escena de la vida diaria de cualquiera de las decenas de miles de tejedores ingleses que trabajaban de un modo muy similar:[41]

> [Mi padre] compraba la lana al tratante de Huddersfield, el viejo Abe Hirst; se lavaba y se teñía en cubas en el corral; la hilaban mi madre y mi prima Mary, y también Martha, la muchacha que limpiaba la casa y ordeñaba las vacas [y] ayudaba con la hilaza. Preparábamos las urdimbres y tejíamos en casa, en la cámara larga del piso de arriba. Teníamos cuatro telares y, además, dábamos trabajo a los vecinos. No faltaba ocupación, pueden estar seguros.

Si disponían de cuatro telares, Ben y su padre debían de tener contratados a varios oficiales tejedores. Vendían el paño tejido a un comerciante local, que encargaba el acabado a un taller como el de John Wood. Defoe apuntó que los habitantes del West Riding, como George y su padrastro o Ben y su padre, «solían vivir hasta una edad avanzada, prueba incuestionable del carácter benigno y saludable de la región» y de que «estaban siempre empleados [...] trabajando duro».

Así era el «método artesanal» original, adaptado a una forma de vida flexible y familiar. Era una labor exigente y se esperaba que todo el mundo

participara en ella, pero también era habitual trabajar solo treinta horas semanales, sin horarios fijos y con largos fines de semana. La novelista londinense Elizabeth Gaskell escribió sobre la conmoción que le produjo la igualdad social de Yorkshire, donde «casi cada vivienda parecía estar dedicada a algún tipo de comercio. Al cruzar apresuradamente la localidad, costaba adivinar cuál sería la consabida residencia del médico o del letrado, pues apenas nada diferenciaba las casas de la clase media profesional». Le «repugnó» la familiaridad con la que la gente trabajadora se dirigía a quienes tenían «una posición superior».

En 1811, aquellos pequeños negocios luchaban por sobrevivir. Habían llegado nuevos propietarios y las herrerías locales se afanaban en construir maquinaria. De hecho, a lo largo de toda la vida de George, el cambio parecía haberse apoderado de su tierra natal, y, en su opinión, pocas cosas habían ido a mejor. El incesante cercamiento había convertido las tierras comunales de Huddersfield en propiedades privadas que ahora estaban bajo el control de una selecta élite de terratenientes. Las fábricas afeaban el paisaje; las minas de carbón y las máquinas de vapor lo degradaban todo. Huddersfield estaba a la vanguardia de la Revolución Industrial, aunque en 1811 todavía nadie la llamaba así.

Para George, era algo personal. Por la región empezaban a aparecer dos nuevas máquinas, la perchadora y la tundidora, que permitían hacer con un solo operario no cualificado, incluso un niño, el trabajo que a los tundidores les costaba años dominar. La perchadora levantaba automáticamente las fibras desiguales del paño tejido y la tundidora mecanizaba el corte. Ya en 1803, los tundidores de Wiltshire habían boicoteado el avance de las perchadoras con una huelga e incendios premeditados. Pero en ese momento el comercio flaqueaba, los tundidores tenían menos influencia y los empresarios volvían a mirar a las máquinas. Los herreros mantenían alta la producción y los grandes hombres de negocios imponían el uso de tecnología en sus fábricas y talleres.

George Mellor había terminado sus siete años de estricto aprendizaje justo a tiempo para que los propietarios de aquellos artefactos amenazaran con liquidar su futuro. Sabía tan bien como cualquiera que la clase trabajadora de Inglaterra tenía motivos de sobra para ver malos augurios en el cielo nocturno.

Gravener Henson

Marzo de 1811

Para Gravener Henson, calcetero de yeintiséis años, las Leyes de Asociación eran una farsa, y tenía la intención de demostrarlo.

Era bien sabido que esas leyes, aprobadas una década antes en respuesta a la desquiciada obsesión de la Corona por los movimientos reformistas, impedían a los trabajadores formar sindicatos. Sin embargo, en teoría, esa normativa funcionaba en ambos sentidos: los empresarios también tenían prohibido asociarse. Eso significaba que no se podían fijar precios ni pactar salarios.

Por ese motivo, a Henson se le antojaba absurdo que un grupo de lenceros —los dueños de negocios que compraban y vendían medias y calcetas— de Nottingham hubiera anunciado con toda naturalidad su decisión conjunta de rebajar los sueldos. Cuatro de los principales empresarios lenceros de la ciudad habían acordado pagar menos a los calceteros o medieros —los trabajadores que, como él, manejaban un bastidor de medias para confeccionar encajes, calzas y géneros de punto— y habían publicado un artículo en el *Nottingham Journal* exponiendo sus motivos.

Esa carta suponía una nueva escalada en el conflicto entre los calceteros y los lenceros, es decir, entre los trabajadores y los patronos. El momento elegido por los empresarios para su confabulación no podría haber sido peor. Como sucedía en Huddersfield, el sector textil de Nottinghamshire se había hundido debido a las sanciones comerciales, los impuestos para sufragar la guerra y las malas cosechas. Nottingham era el epicentro de la industria mediera: el tejido y la producción de encajes

representaban casi la mitad de la economía regional.

Aunque los calceteros no llegaron nunca a los niveles de prosperidad del gremio de los tundidores al que pertenecía George Mellor, tejer medias era desde hacía mucho tiempo una forma respetable de ganarse la vida. Eran trabajadores cualificados y comprometidos que, sin llegar a recibir una remuneración extraordinaria, gozaban de flexibilidad y autonomía para organizar sus jornadas laborales. El vendedor de paños William Gardiner dedicó un fragmento de sus memorias de 1838 *Music and Friends* (Música y amigos) a describir la vida de un mediero antes de la depresión:

> Lo que contribuía a su buena situación eran los campos comunales abiertos. El mediero tenía guisantes y judías en su pequeño huerto, además de un generoso barril de reconfortante cerveza. A estas comodidades se sumaban dos mudas de ropa, la de faena y la de los domingos; no obstante, lo primordial era el tiempo de esparcimiento, que en verano resultaba una bendición y una delicia. Su año, lejos de ser una anodina sucesión de jornadas de labor, estaba salpicado de festividades, descansos y ferias. Quienes tenían bastidores de punto en casa rara vez trabajaban más de tres días semanales.[42]

En el momento en el que transcurre nuestra historia, había una enorme cantidad de calceteros desempleados. Con la caída de la demanda, los empresarios lenceros habían recortado los salarios, recurrían a aprendices y a mano de obra infantil para abaratar costes y producían en serie artículos de ínfima calidad. Repetían la cantinela de la guerra: corrían tiempos difíciles y no podían hacer nada ante la contracción de los mercados. Además, aducían que ese año las medias no estaban de moda; y en eso no se equivocaban. Un inquietante indicio de la creciente brecha entre ricos y pobres era que en Londres eran más populares los pantalones y las botas que las calzas ceñidas, pues cubrían mejor la corpulenta silueta de la muy bien alimentada aristocracia.

También había lenceros que caían en comportamientos inmorales, como obligar a los trabajadores a aceptar pagos «en especie». Más sangrante aún era el caso de los especuladores ajenos al sector que, al descubrir que la mayoría de los calceteros alquilaban los bastidores con los que trabajaban, se habían lanzado a comprarlos al por mayor para inflar los precios. Era habitual que esos hombres de negocios se quedaran con el 30 por ciento de los ingresos de los calceteros.[43]

Si los trabajadores se unían para reclamar a los lenceros un aumento de los salarios o la resolución de alguno de sus problemas, podían acabar en la cárcel debido a las leyes que proscribían la libre asociación. Sin embargo, cuando aquellos cuatro lenceros de Nottingham anunciaron de común acuerdo que iban a «rebajar el precio pagado a nuestros trabajadores, dejando totalmente a su criterio la decisión de aceptar o rechazar las tarifas que ofrecemos»,[44] lo hicieron con la descarada confianza de quien sabe que no le va a pasar nada.

Gravener Henson decidió tomar cartas en el asunto. Iría al juzgado e interpondría una denuncia contra ellos por infringir las Leyes de Asociación.

* * *

Henson, nacido en Nottingham en 1775, carecía de una educación formal sólida, pero le gustaba leer y empezó a asistir a las clases dominicales gratuitas que organizaba una iglesia metodista wesleyana. Aprendió por su cuenta a escribir y, más tarde, a escribir bien. Se inició en el oficio de la calcetería y dedicó años al gremio antes de despuntar, contra todo pronóstico, como activista y agitador. Era bastante socarrón, pero también una persona comprometida, tan vehemente como peculiar, y podía pasar de la grosería a una inesperada elocuencia. Uno de sus contemporáneos lo describió como «un hombre fornido de ojos pequeños y sagaces, con el cuello corto y una cabeza muy ancha en la base, que se elevaba angularmente hasta una altura inusual».[45]

Esa cabeza grande y angulosa guardaba una cantidad sin parangón de conocimientos sobre el sector de la pañería y las leyes que lo regulaban. «Tenía una memoria extraordinaria y se complacía con las historias sobre manufacturas y comercio —escribió un colega—. Conocía la mayoría de las leyes de su país y de Francia sobre estas cuestiones».

Había corrido la voz de que era un experto en la materia y, en 1809, varios calceteros requirieron su ayuda para resolver una disputa que tenían con sus patronos. «Me obligaron amablemente a actuar —relató años más tarde con sorna—. Pararon la máquina con la que estaba trabajando».[46]

En 1811, Henson se dirigió al Ayuntamiento de Nottingham, pertrechado de sus conocimientos textiles y su experiencia lidiando con las autoridades, donde denunció a los fabricantes por haber llegado a un acuerdo para recortar los salarios. Pero la justicia permaneció impasible.

Henson contó así el episodio: «Los magistrados me respondieron que carecía de pruebas. Entonces, saqué a relucir el periódico; les dije que citaran al editor en virtud de las Leyes de Asociación y él se las presentaría». Cuando insistieron en preguntar de qué pruebas estaba hablando, el calcetero no se mordió la lengua: «Las han publicado en la prensa, durante semanas, firmadas por cuatro personas distintas, con el fin de bajar los salarios».

Nada de aquello movió a los investigadores locales a abrir diligencias contra los negocios más importantes de la ciudad. Recomendaron a Henson que desistiera. Le enseñaron la puerta. Pero él no se amilanó, volvió a la carga y, cuando lo hizo, los magistrados admitieron a regañadientes que la demanda tenía base. Acordaron dictar una orden judicial contra los propietarios y enviaron a Henson a la oficina del secretario municipal, donde se topó con otro obstáculo.

«Se negó a darme una orden —aseguró— porque no podía demostrar en qué parroquia se habían reunido». Abandonó su empeño, pero la situación había quedado clara: los calceteros y los lenceros que se beneficiaban de su trabajo no estaban sujetos a las mismas normas. Eso no hizo más que agravar el rencor instalado entre los trabajadores y los empresarios. Los calceteros siguieron defendiendo su causa, cada vez más desesperados; los lenceros habían ido demasiado lejos con la bajada de salarios y la subida de alquiler, poniendo a muchos al borde del precipicio.

«Los fabricantes no quisieron escuchar —contaría después Henson a las autoridades— y [los medieros] al final se movilizaron. Se intuía que los hombres iban a empezar muy pronto a destrozar las máquinas».

Los mecanoclastas

Marzo de 1811

A mediados del mismo mes en que hizo aparición en el cielo el gran cometa, el 11 de marzo de 1811, una muchedumbre desesperada y furiosa a la que llegaron a unirse más de mil personas tomó la mugrienta plaza medieval del centro de Nottingham.[47]

La ciudad, atestada y asediada por la pobreza y la insalubridad, olía a excrementos. Muchas urbes inglesas estaban experimentando una explosión demográfica y las autoridades locales eran incapaces de gestionarla.

Entre 1650 y 1750, la población de Inglaterra se había mantenido relativamente estable en poco más de cinco millones de personas. El 15 por ciento residía en las ciudades; el resto, en áreas rurales como el West Riding natal de George Mellor. Pero en 1811, el censo rozaba los nueve millones de habitantes, que se convertirían en diez millones en 1820. La distribución entre el campo y la ciudad se había invertido, concentrando a un 85 por ciento de la población en las áreas urbanas. En Nottingham, «los pobres vivían apiñados»,[48] ya que apenas se construían suficientes viviendas.

«Durante los doce últimos meses, muchos trabajadores se habían dedicado a limpiar las calles, cobrando una miseria de la ciudad, al no haber más empleo. Habían jurado vengarse de los empresarios lenceros que hundían los precios [...]. Había allí hombres venidos de todas las partes del condado», recordaba William Felkin, aprendiz de calcetero.[49]

Estallaron los discursos exaltados y desde las tribunas se dio voz a las quejas. Algunos culpaban a la Corona por la guerra contra Napoleón y por sus órdenes reales. Otros arremetían contra los tenderos, que cobraban

demasiado por los alimentos mientras familias enteras, incluidos niños y niñas, pasaban días sin comer. Había incluso quienes reclamaban una reforma política: salarios mínimos, protección de los trabajadores, representación.

También se lanzaron diatribas contra otra realidad apremiante, la de la automatización. Vituperaron a los lenceros y los hombres de negocios que habían dado en usar un dispositivo conocido como bastidor ancho para acelerar el ritmo de producción de las prendas y justificar un nuevo recorte de los salarios. Esas máquinas —protestaban los medieros— estaban dejando sin trabajo a los artesanos. La tecnología de bastidor ancho se conocía desde hacía tiempo, pero se destinaba principalmente a confeccionar artículos baratos de escaso valor. Ahora, en tiempos de escasez, los propietarios textiles recurrían a ellos para que también los niños, los mozos sin experiencia y los trabajadores no cualificados pudieran hacer medias. No hacía falta conocer el oficio: con esta máquina cualquiera podía trabajar seis veces más rápido que un mediero, aunque el producto resultante era, obviamente, de peor calidad. Los calceteros veteranos confeccionaban toda la media en una sola pieza, mientras que los bastidores anchos producían en serie «mitades» que después se unían con una costura.

Al gremio no le habían inquietado estos bastidores cuando se empleaban para hacer prendas simples como las calzas, ya que no suponían ninguna competencia. Tampoco los odiaban ni los temían por ser una tecnología nueva. Como apunta Thomis, «si los trabajadores se oponían a ciertas máquinas, era por la forma en que se utilizaban, no porque fueran máquinas ni porque fueran nuevas».[50] Los calceteros habían defendido en numerosas ocasiones las nuevas tecnologías, como cuando pidieron a los lenceros que adoptaran una máquina que contaba con precisión los hilos de una prenda para certificar la calidad de su trabajo. Pero la mayoría de los lenceros la rechazaron porque preferían conservar la potestad de decidir unilateralmente sobre la calidad de una prenda y, así, ofrecer a los trabajadores el pago que consideraran oportuno.

Dado que los propietarios textiles aprovechaban los bastidores anchos para reducir costes —y los salarios de los medieros—, esos artefactos se convirtieron en el símbolo de las cada vez más numerosas formas de explotación que padecían, y la sustitución de trabajadores despertó la ira. Puede que los calceteros no fueran ricos, pero eran orgullosos. Los comerciantes y empresarios, no contentos con imponerles alquileres altos y

pagos en especie, ahora también se servían de máquinas y mano de obra infantil para quitarles el trabajo y aumentar sus beneficios en tiempos de penuria. Aquel año, la mitad de los treinta mil habitantes de la ciudad figuraban en el censo de pobres, desesperados por recibir ayuda de la beneficencia. La situación económica era tan nefasta que la angustia estaba llevando a algunos calceteros al suicidio.[51]

* * *

Antes de que la crisis llegara a su punto culminante, los trabajadores textiles de Nottingham, animados por hombres como Gravener Henson, habían intentado defender su postura ante los lenceros y los magistrados. Argumentaron que los productos de mala calidad menoscabarían la reputación del sector, que los bastidores anchos infringían las ordenanzas sobre el empleo de aprendices promulgadas por Carlos II y que era inmoral dejar a los hombres sin trabajo con el único fin de llenar el bolsillo de unos pocos en un momento en el que había tanta gente viviendo en la miseria.

Todas eran buenas razones.

A pesar de ello, su discurso público cayó en saco roto, igual que lo habían hecho sus presiones políticas. El grupo sectorial que representaba a tejedores, calceteros y tundidores llevaba una década pidiendo al Parlamento que obligara a los fabricantes a cumplir la legislación vigente. Pero, una y otra vez, el Parlamento se ponía en contra de los trabajadores. En 1809, el Gobierno, encabezado por el primer ministro Spencer Perceval, había derogado toda la regulación gremial. Y el año anterior había frustrado un movimiento popular de masas que reclamaba el establecimiento de un salario mínimo.

Las protestas pacíficas no habían cosechado mejores resultados. Solo unas semanas antes de que los trabajadores se amotinaran en Nottingham, una partida de calceteros se había colado al anochecer en una fábrica llena de bastidores anchos y los había inutilizado retirando las levas de las fonturas. Este tibio acto de rebelión no había hecho mella en los empresarios lenceros, que seguían negándose a volver al nivel salarial anterior.

Fue esa corriente de fondo la que cristalizó aquel día de marzo de 1811, cuando la multitud se congregó en una plaza de Nottingham.

Según el *Nottingham Journal*, «varias personas de los pueblos vecinos [habían acudido a la ciudad] con la intención de hacer partícipes a sus

empleadores de las dificultades que estaban atravesando, así como de intimidar para que se cumplieran sus demandas, de cuya satisfacción dependía su capacidad para ganarse el sustento».

Los ánimos se caldearon y los funcionarios municipales, presa del nerviosismo, llamaron a los dragones —un cuerpo de infantería montada con tendencia a blandir la espada— para contener el tumulto. A pesar de la tensión y la inquietud, fue una manifestación de protesta pacífica hasta las nueve de la noche, cuando el gentío se dispersó y los soldados dejaron de hacer guardia.[52]

Entonces, la muchedumbre se reunió de nuevo fuera de los límites de la ciudad y sus filas se fueron engrosando con disidentes llegados del condado vecino hasta sumar dos mil o incluso tres mil personas.

La nutrida y desorganizada legión de trabajadores puso rumbo a la cercana ciudad de Arnold, donde acababa de abrir una nueva fábrica textil. En medio de la oscuridad, los hombres se cubrieron la cara con máscaras negras e irrumpieron en el interior de las instalaciones. Gravener Henson había acertado: estaban listos para destrozar máquinas. Con un enorme martillo de herrero, la emprendieron contra los instrumentos de la automatización. Antes del amanecer, habían hecho añicos sesenta de aquellas «detestables máquinas», una a una.

Durante los días siguientes se produjeron nuevos ataques, pequeños y organizados, a manos de grupos de hombres encapuchados que destruyeron únicamente bastidores anchos.

Los disturbios convencieron a los empresarios lenceros de Nottingham para convocar una reunión dos semanas después, el 26 de marzo, cuyo primer punto del orden del día fue condenar «las medidas ilegales a las que habían recurrido algunos calceteros».[53]

El segundo punto era anunciar que habían resuelto «recomendar a todo el sector el pago del trabajo de calcetería clásica de acuerdo con los PRECIOS ANTIGUOS».[54]

Los mecanoclastas habían ganado; por el momento, podrían seguir ganándose la vida.

Los empresarios

Década de 1800

«Santo Dios, Francis, es vano pretender que usted, o cualquiera que no posea instalaciones como las mías, pueda dedicarse a la pañería», así se burlaba el fabricante John Jones de un rival menos pudiente a comienzos de la década de 1800.[55] Quería decir que, a menos que automatizara su negocio y abrazara la producción en serie, no podría competir.

A pesar de las protestas de los trabajadores locales, Jones había construido la fábrica de paños más grande y mecanizada de la zona occidental de Inglaterra. Fueron sus perchadoras las que provocaron la ira de los tundidores en 1803, y fue su empeño el que llevó al jovencísimo aprendiz Thomas Helliker a la horca por los destrozos causados. Además, fue la cruzada por levantar fábricas punteras en la que se embarcaron hombres como él lo que incitó a otros propietarios textiles a usar maquinaria, incluso dejando de lado sus propias reticencias y obviando el rechazo de la comunidad.

Como señaló una historiadora de Yorkshire, «los comerciantes más emprendedores y algunos grandes maestros pañeros llevaban años atisbando las riquezas que podrían acumular si conseguían organizar todas las fases de la producción bajo un mismo techo, aprovechando las máquinas que ya estaban transformando la industria algodonera».[56] Desde el punto de vista logístico, era relativamente fácil dar el salto a ese sistema productivo que suponía, en esencia, crear pequeñas fábricas. El sector textil de la época era «la tierra de las oportunidades para cualquier hombre ambicioso y enérgico con algo de capital», según un historiador económico de la Revolución Industrial.[57] Dicho de otro modo: era el momento ideal

para poner en marcha una *start-up*.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, muchos de los emprendedores que se habían subido al carro de las nuevas tecnologías lo habían hecho en modestos espacios alquilados: viejos graneros o almacenes vacíos, los garajes llenos de trastos de Silicon Valley de la época. El equipamiento necesario para arrancar no era demasiado caro; con un modesto préstamo o algo de dinero ahorrado se podían conseguir unos cuantos telares usados, alquilar una instalación fabril lo bastante grande e incluso pagar una cuota mensual por una máquina de vapor si el negocio lo requería. (Aunque entonces, como ahora, la concesión de créditos dependía de numerosos factores, como la posición social de una persona, su origen y su reputación, lo que limitaba los posibles candidatos desde el principio).

Sin embargo, mientras los empresarios invertían en maquinaria, experimentaban con la división del trabajo y aumentaban sus márgenes de beneficios, también quedaba patente que sus ganancias tenían un coste: estaban sembrando desigualdad y resentimiento. Habían oído rumores de protestas, amenazas y máquinas hechas pedazos y sabían que los trabajadores, que a menudo eran sus propios vecinos, se oponían a sus acciones.

A pesar de la tendencia al alza, todavía no había muchos comerciantes que se atrevieran con tales empresas. Estaba, por ejemplo, William Horsfall, un hombre particularmente ambicioso que tenía una enorme instalación lanera a las afueras de Huddersfield en la que trabajaban cuatrocientas personas. La había llenado con hileras e hileras de tundidoras, y, según el *Leeds Mercury*, su sistema había «logrado una considerable perfección».[58] Sin embargo, la mayoría de la producción textil seguía en manos de fabricantes de paños como aquel al que Jones hablaba con condescendencia, y eran también ellos los que poseían la mayoría de las máquinas.

Y, con más frecuencia de lo que pudiera parecer, *esos* hombres simpatizaban con los tejedores, los medieros y los tundidores cuando se quejaban de que la maquinaria amenazaba su trabajo. Con todo, muchos pequeños propietarios se vieron arrastrados al lado de los gigantes tecnológicos de su época, en lugar de junto a los trabajadores con los que se solidarizaban. ¿Por qué?

Imagina que gestionas un próspero negocio de lanas en la era preindustrial. Compras el vellón o la lana ya hilada y se la entregas a un tejedor, que confecciona un lienzo de paño en bruto. Llevas ese paño a un

taller de tundido, donde lo desborran, lo igualan y lo suavizan para convertirlo en una tela acabada, que luego podrás vender a tus clientes o en el mercado.

Entre tus clientes hay tanto compradores locales como grandes distribuidores que llevaran el producto a sitios lejanos como Londres o incluso Estados Unidos. Heredaste el negocio y la mayoría de tus contactos de tu padre, que también se dedicó al comercio de paños, como su padre. No ganas una cantidad exorbitada de dinero, pero te va bien, y mantienes una estrecha relación con los tejedores y los tundidores a los que subcontratas las distintas tareas. Conoces a sus familias, algunos son tus amigos, y estás encantado de pagarles un precio justo por su trabajo. Estás contento con el sistema; obviamente, no siempre es perfecto, a veces hay conflictos por la calidad de un paño o por algún retraso, pero casi todo el mundo se siente respetado, bien remunerado y satisfecho con el nivel de autonomía del que disfruta en su oficio. Continúa la tradición y mantiene unida a la comunidad.

Sin embargo, últimamente el negocio va mal. La demanda se ha hundido debido a las sanciones comerciales, que despiertan un odio enconado en la mayoría de la gente de tu entorno, desde los tejedores a la competencia. En el mercado textil han aparecido nuevos comerciantes y parte de los de antaño han cambiado de actitud. Estos empresarios, que no suelen pertenecer a la comunidad y no conocen el gremio, no muestran el mismo compromiso con las personas que viven aquí. En lugar de comprar el paño a los tejedores que trabajan por su cuenta, emplean a aprendices y oficiales directamente en sus talleres. Además, disponen de préstamos bancarios para invertir en maquinaria que automatiza el proceso que tú llevas años cubriendo con trabajadores de carne y hueso. Aunque la mayoría son pequeños talleres, cada vez hay más.

Entonces te das cuenta de que algunos de los viejos maestros pañeros, más calculadores que tú, y un puñado de nuevos competidores han redoblado la inversión en tecnologías para levantar instalaciones mastodónticas que agrupen a todos los obreros bajo un mismo techo y ahorren mano de obra: han construido fábricas. Saben que al pueblo no le gustará, pero están ahí para hacer *mucho* dinero; se presentan como el futuro, hablando de progreso y citando la doctrina del *laissez faire* que propugna el libre comercio. (Podrías culpar de estas ideas a Adam Smith y al libro que publicó en 1776, *La riqueza de las naciones*, que había cobrado una enorme popularidad entre los hombres de negocios en las últimas

décadas). Hay incluso quien parece creer que la innovación es una virtud en sí misma.

Ahora estos competidores pueden vender sus telas más baratas que tú. Algunos de tus clientes, con quienes te has encontrado en la lonja de paños todas las semanas durante la última década, te han informado de que deben optar por la opción más económica. *Lo sentimos, no es nada personal, son tiempos difíciles.* Tu negocio de paños no es lo bastante grande para encajar muchos golpes como este, y todas las señales apuntan en la misma dirección. Quizás el futuro sí que es la perchadora, con la que un aprendiz que no es más que un niño puede hacer el trabajo de varios tundidores, o el bastidor ancho que produce en serie medias hechas por piezas, mucho más rápido y a un precio muy inferior.

Así que te enfrentas a una decisión: ¿vas a comprar máquinas para no quedarte atrás y estar en disposición de bajar los precios, mientras te disculpas con esos hombres y mujeres a los que conoces de toda la vida y a cuyo desempleo estás contribuyendo, o te quedarás del lado de los obreros pañeros viendo cómo tus ingresos se esfuman?

Hubo comerciantes, maestros pañeros y pequeños fabricantes que respaldaron a los trabajadores frente a los grandes empresarios, negándose a comprar aquellos nuevos ingenios. *Ben o' Bill's* retrata este dilema en la práctica: el padre de Ben, el maestro tejedor William Bamforth, está sopesando invertir en maquinaria automatizada siguiendo el ejemplo de la competencia, y las posibles consecuencias le preocupan tanto que va a ver a su párroco, el pastor Webster, en busca de consejo. Webster le cita un versículo que reza así: «pues la Escritura dice que no pondrás bozal al buey que trilla y digno es el obrero de su salario».[59] Dicho de otro modo, usar esos artefactos supondría aniquilar la capacidad de los tejedores de ganarse el pan honradamente. Además, previene a Bamforth contra «tener prisa por enriquecerse», como parece ser la norma en la nueva generación de empresarios afines a las nuevas tecnologías. Y continúa:

> Habla de construir una fábrica para dar cabida a estos nuevos métodos. Déjeme preguntarle, hermano Bamforth, ¿puede ser rico ante Dios si cimenta su fortuna en la ruina de sus congéneres? Asegura que esos nuevos bastidores de apresto harán la labor de cuatro, tal vez seis hombres. Se oye también hablar de telares cuyo manejo no precisará de ninguna pericia. Quizás sea cierto, no lo sé. Mas si llega ese día, traerá la desdicha a este valle y a toda la comarca. ¿Qué será de esos que ahora sí

disponen de un techo decente bajo el que cobijarse?

Porque, a pesar de ser tiempos difíciles, los hombres todavía ganaban algo para alimentar a sus familias, a sus hijos recién nacidos. «Puede crear máquinas nuevas, pero no nuevos hombres según sus deseos». En la historia, Bamforth, que daba empleo a varios oficiales tejedores, decidió no automatizar su taller.

Otro poderoso comerciante de paños, padre del futuro político conservador y reformista del trabajo infantil Richard Oastler, también se negó a invertir en la mecanización por creer que se trataba de «un medio de opresión de los ricos que acarrearía degradación y miseria a los pobres» y prefirió abandonar el negocio. Otros permanecieron fieles al sistema de trabajo doméstico, incluso a riesgo de caer en la bancarrota.

Muchos, por supuesto, siguieron otro camino.

Las dudas atormentaron a buena parte de los que se unieron a la carrera tecnológica. Sabían que cada máquina añadida a un taller era un ultraje al pacto social que los trabajadores habían respetado durante generaciones. Por otra parte, se sentían arrastrados por los emprendedores más decididos. Y esos empresarios, como Jones, Gott y Horsfall, no albergaban ningún remordimiento por los obreros a los que sustituían; les movían la ambición, una firme creencia en las bondades de la popular filosofía del libre mercado de Smith, la codicia o una combinación de todo ello.

Fue este proceso difuso el que puso en marcha la Revolución Industrial: inversiones prudentes y comedidas de pequeños fabricantes que seguían la estela de los grandes propietarios fabriles. En realidad, el mismo mecanismo que impulsó las revoluciones industriales posteriores. Como escribió David Noble, historiador especializado en la automatización en el siglo XXI, «los directivos de las empresas creen que deben automatizar sus operaciones porque “todo el mundo lo está haciendo”, por miedo a que los desbanquen otros competidores más actualizados (una obsesión que fomentan los vendedores de equipamiento). Existe la vaga creencia de que la automatización es inevitable, ineludible, y esa idea se convierte en una profecía autocumplida».[60]

Hubo suficientes empresarios que se mostraron impasibles ante la situación de la clase trabajadora como para que la desafección creciera entre sus filas. «Ahora los amos están empeorando las cosas con estas máquinas nuevas —asegura Jack el Miliciano, uno de los personajes de *Ben*

o' Bill's, refiriéndose a los hombres de negocios de Huddersfield—. No paran de repetir que cada uno ha de mirar por sí mismo y al diablo con los demás».

En la década de 1800, los trabajadores sabían quién estaba de su lado en su comunidad. Sabían quién rechazaba las nuevas máquinas, quién se había esforzado por mantener la tradición y pagar salarios justos y quién creía tener el derecho divino a comprar artefactos que dejarían a sus vecinos sin empleo en medio de una profunda recesión.

El príncipe regente

Verano de 1811

Al rey, conocido por sus problemas mentales, lo declararon finalmente incapacitado para gobernar.[61] Tras pasar largos periodos de su reinado luchando con episodios psicóticos, Jorge III cayó en un estado de enajenación permanente en 1811. Su hijo mayor, Jorge, príncipe de Gales, se convirtió en príncipe regente y soberano de Inglaterra, aunque se limitó su poder durante un año en previsión de que el rey pudiera recuperarse. Una de las primeras decisiones del regente fue regalarse la fiesta más fastuosa que se había visto en Londres en años, sin reparar en gastos. La lista de invitados superó los mil quinientos nombres, entre ellos, el de Luis XVIII, autoproclamado rey de Francia, que iniciaba su tercera década en el exilio después de que la Revolución francesa barriera la monarquía. Asistió la flor y nata de la sociedad británica y del Parlamento, además de las celebridades más notables de la época: escritores, artistas y aristócratas.

El baile acaparó todas las conversaciones de la sociedad londinense, eclipsando cualquier otra noticia, desde la guerra contra Napoleón a la convulsa desesperación de los pobres de la nación.

En la tarde del 19 de junio de 1811, fue tal el trajín de carruajes que llevaban a la nobleza británica a la celebración del príncipe en Carlton House que el tráfico inundó las calles y en muchas no había forma de moverse.[62] Se formó una multitud para ver llegar a los invitados. Como señaló el diplomático británico George Jackson con una elegancia acorde a su cargo, «los comentarios del pueblo sobre los ocupantes de las carrozas, que se arrastraban entre traqueteos con una lentitud exasperante, fueron ocurrentes y certeros, aunque no siempre elogiosos».[63]

La aristocracia pudo al menos aliviar la espera contemplando la magnificencia de Carlton House, cuyo esplendor, según proclamaban algunos, «igualaba el de Versalles» tras las obras de renovación que había encargado el príncipe y que se habían prolongado durante años.

Cuando por fin llegaron, la lujosa estampa no defraudó sus expectativas. Entraron en el Salón del Terciopelo Azul, bajo un techo pintado en el que relucía una araña de cristal de tres niveles; a continuación, pasaron al Salón del Trono, con sus «hornacinas románicas adornadas con cortinas y flanqueadas por columnas corintias doradas».[64] En las salas de audiencia envueltas en seda, se exponían cuadros de inmenso valor, como la obra maestra *El constructor naval y su esposa* de Rembrandt, la última adquisición del príncipe. Una fuente de plata surtía de agua a un canal interior que recorría el intrincado invernáculo gótico. «El valor de los diamantes —escribió Jackson— excedía sin duda cualquier otra cosa vista antes en una reunión social».

Los asistentes accedían finalmente al salón de baile, profusamente decorado, en el que se congregaban los invitados de honor, incluidos los exiliados franceses, cuya presencia constataba que el príncipe regente adoraba la realeza y tenía a Luis por el monarca legítimo de Francia. El príncipe, ataviado con un uniforme de gala de coronel (rango que en realidad no había conseguido durante su carrera militar), saludaba a sus huéspedes con una insignia en forma de estrella en el pecho y un sable colgado del cinturón.

Alejado de su entorno más íntimo, el regente ofrecía una estampa esperpéntica frente al malestar, el hambre y la conflictividad que asolaban la Inglaterra de la década de 1810. Era un hombre obeso y narcisista al que sus propios súbditos ridiculizaban por su ignorancia en cuestiones políticas internas y por su tendencia al boato.

«Había algo en su rostro que recordaba a un niño haciendo trastadas, un aire de pillería, o incluso de inocencia, que casaba mal con una corpulencia casi indecente. Sus facciones, redondeadas y angelicales, coronadas por una fina cabellera castaña clara que todavía no había empezado a ralear, siempre habían evocado más el encanto que la gallardía. En sus mejores momentos, sabía hacer gala de una exquisita cortesía, pero no era habitual que se condujera siquiera con la educación más elemental. Su infantilismo tenía un cariz irritable; se enfadaba y podía ser mezquino, llegando a menudo a la crueldad».[65]

Era un vividor sin experiencia, nacido entre inmensas riquezas y

catapultado al poder. «La imagen de Jorge IV que ha quedado para la historia es la del "principito", un bufón obeso, lascivo y fatuo a la espera de que los problemas mentales de su padre se convirtieran en una declaración de incapacidad para gobernar», apuntó uno de sus biógrafos.[66] También era un manirroto: en 1795, ya acumulaba una desorbitada deuda de 630.000 libras, el equivalente a unos 76 millones de dólares actuales. El rey se negó a saldar la deuda si no se casaba, así que Jorge contrajo matrimonio y la Corona pagó la cuenta. Aquella unión a regañadientes no impidió al príncipe tener incontables queridas y amoríos (y, según los rumores, una nutrida descendencia) ni que lo persiguieran los escándalos durante su mandato. Llegó incluso a intentar nombrar a una de sus amantes camarera mayor de su esposa, con autoridad para supervisar a las damas de honor de la reina, pero le disuadieron de la idea por la humillación que habría supuesto.

Jorge III había sido un gobernante atento, incluso hasta la obsesión; llevaba un meticuloso registro de los votos y las posturas políticas de los ministros y los parlamentarios, y se implicaba con fervor en la política nacional y las operaciones militares. Prolongó la guerra de independencia de las colonias americanas durante años, incluso después de que fuera evidente que Inglaterra saldría derrotada, movido por un furioso sentimiento de agravio personal y decidido a someter la voluntad de resistencia de los rebeldes.

El príncipe regente no tenía inclinación por la política ni los asuntos militares, prefería limitarse a sellar los documentos que le preparaban sus asistentes. Así lo describió lord Joseph Farington: «se sienta a la mesa con el general Turner a un lado y el coronel McMahon al otro; uno le pone un papel delante para que lo rubrique, el otro retira la hoja».[67] Fue nombrado regente en febrero de 1811 y, para agosto, ya había firmado miles de documentos de ese modo.

En una ocasión, durante una de esas sesiones de firmas, el príncipe le espetó a uno de los lores presentes que ejercer de rey no era ninguna sinecura.

Este periodo de la Regencia en Inglaterra, que abarcó de 1811 a 1820, fue lo que a los historiadores les gusta definir como «un tiempo de contrastes».[68] Mientras los campesinos, los artesanos y los trabajadores que ahora llamaríamos de clase media soportaban un nivel de sufrimiento e incertidumbre nunca visto, las élites disfrutaban de unos lujos sin precedentes. El arte, la moda y la arquitectura cosmopolitas florecían, y la

sed de elegancia y alta cultura estaba a la orden del día; todo ello encarnado —y a menudo financiado— por un nuevo gobernante con unos gustos contumazmente suntuosos. (Pocos periodos siguen fascinando tanto a la cultura popular como la Regencia inglesa; en esta época se sitúa el marco aristocrático y galante de *Orgullo y prejuicio* o de *Sentido y sensibilidad*, y, dos siglos más tarde, de la elegante opulencia de la serie de Netflix *Los Bridgerton*).

«Parece que los ingleses solo piensan en el placer, día y noche», observó el embajador iraní Mirza Abul Hassan Khan tras una visita en la que pasó cierto tiempo con el príncipe regente y su corte.

El animado baile del regente resultó para quienes lo presenciaron embriagador y grandioso. La cena se sirvió a las dos y media de la madrugada, corrió el alcohol y hubo cuadrillas enteras de sirvientes dedicados a complacer cada capricho de los invitados. Si bien los más pudientes calificaron la fiesta como un éxito glorioso, la celebración dejó un sabor amargo en todos los que se quedaron contemplando los fastos a las puertas de Carlton House.

«Se dice que este entretenimiento costará 120.000 libras. Y no será el último capricho que la nación deba comprar para distraer a este infante demasiado crecido de la Regencia», se quejó el joven Percy Bysshe Shelley.[69] Eso equivalía a casi diez millones de dólares de 2023, gastados en un banquete en un momento en el que cientos de miles de trabajadores y campesinos ingleses ni siquiera podían llevarse un trozo de pan a la boca. El político, abogado y reformista Samuel Romilly, que asistió a los festejos, escribiría más tarde: «No parece probable que vaya a granjearle al regente demasiada popularidad. El enorme coste de este pasatiempo se opone a la miseria de los tejedores famélicos».[70]

Apenas habían pasado unos meses desde la revuelta de los tejedores. No obstante, en los círculos de la capital, en especial entre la clase dirigente conservadora, se habían burlado de los disturbios y de los obreros: que el destino de la crisis comercial y las malas cosechas les hubiera repartido tan malas cartas era una desgracia, pero dedicarse a destrozar maquinaria productiva ponía de manifiesto su incapacidad de ver más allá. El historiador Frank Peel retrató del modo más sarcástico lo que pensaba la élite de la época: «Esos menestrales son demasiado ignorantes para entender que, si ellos pasan hambre y penalidades, sus amos estaban librando una guerra memorable y gloriosa; solo hablan de los lastimosos lloros de sus hijos pidiendo algo que comer [...]. Si tuvieran una mejor

instrucción, sabrían que su deber es acostarse en la zanja más cercana y dejarse morir».[71] Los pobres deberían haber reconocido, como hacían las clases altas, que así era el progreso.

Una tropa de trabajadores precarios, enfadados y empobrecidos que crecía rápidamente por todo el país; nuevas tecnologías y novedosas formas de control y producción que generaban beneficios a unos pocos a costa de muchos; un líder distante, vanidoso y despreciado: la luz del cometa se había atenuado en verano, pero estaba a punto de brillar más que nunca.

George Mellor

Verano de 1811

—Hay cientos de hombres, mujeres y bebés indefensos muriendo de hambre. Y ahora los patronos quieren cambiar a esos hombres y a esas mujeres por ingeniosos artilugios con los que las piernas y los brazos ya no servirán para nada —le contaba George Mellor a su primo Ben mientras caminaban una tarde por los verdes y húmedos campos de Huddersfield.[72]

Estaban hablando sobre una pobreza que parecía estar por todas partes y que afectaba a todos sus conocidos, y también hablaban sobre la automatización.

—Pronto el agua y el vapor harán el trabajo que la naturaleza había previsto que hiciera un trabajador honrado con buenos músculos —le aseguró George a Ben.

Tenía sobrados motivos para hacer esa predicción, pues no dejaban de proliferar las máquinas que podían sustituir eficazmente partes esenciales de su oficio. Entre la década de 1790 y la de 1820, la cantidad de mano de obra necesaria para producir una pieza de paño fino se reduciría un 75 por ciento.[73] Un solo trabajador podría encargarse de lo que antes requería cuatro. En un sector como el textil, al que habían llegado a dedicarse un millón de personas, esa conversión equivalía a cientos de miles de empleos perdidos. Y quienes se quedaban sin trabajo no solían tener nada más a lo que agarrarse. Por eso la ciudad de Nottingham había puesto a tantos a barrer las calles antes de la insurrección de marzo, porque no tenían más opciones.

—Ahorrar algo de trabajo aquí y allá es una cosa, pero lo que tú profetizas es el reemplazo total de la intervención humana —contraatacó

Ben.

El que una máquina ayudara a aligerar la faena tampoco era para tanto. A pesar de que tenía solo diecisiete años, Ben era incluso más alto que George y tenía tanta fuerza que hasta a él le asustaba, según confesó en un pasaje de *Ben o' Bill's*. Podríamos imaginarnos a Ben negando con la cabeza, desdeñando las visiones de ese apocalipsis laboral con robots *steampunks*, pidiéndole a su primo que se relajara.

George Mellor no lo habría hecho. Entendía que el problema no residía en las máquinas, sino en sus dueños.

—Me haces perder los estribos, Ben —le avisó—. Si los obreros ingleses no se levantan y luchan por sus derechos, pronto no habrá ni derechos ni obreros. Llevo mucho más tiempo que tú pensando en esto y veo las señales. La tendencia apunta en una sola dirección.

Lo que a George le preocupaba no era que las máquinas se convirtieran en ingenios todopoderosos, sino que sus propietarios las usaran para acumular poder y riqueza a su costa. Hay una gran diferencia. (Ben no debería sentirse mal por confundir los términos; la gente sigue haciéndolo dos siglos después). George se había dado cuenta de que quien recurre a la automatización puede aprovecharla para fines como socavar la capacidad de los demás de ganarse la vida o quedarse con las ganancias que antes le correspondían a un trabajador.

Durante décadas, su sector se había regido por la noción de los «beneficios justos», un acuerdo sobre lo que se consideraba un rendimiento ético y razonable para un comerciante o un hombre de negocios que vendía el fruto del trabajo de un obrero. Los empresarios y propietarios fabriles estaban empleando la maquinaria y la filosofía del libre mercado para echar ese pacto por tierra. George temía que esa tendencia que apuntaba en una sola dirección condujera a un mundo en el que un puñado de gente (los primeros gigantes tecnológicos) amasara una gran cantidad de riqueza, obligando a los trabajadores a someterse a sus condiciones. Y sentía que ninguna de las esferas de poder —ni el Estado, ni los magistrados, ni los hombres de negocios— se preocupaba lo más mínimo por los obreros ni por los pobres.

—Lo que he visto me reconcome —aseguró George—. En este país ya no cuentan los derechos naturales del hombre; los derechos antinaturales de la propiedad se los han tragado. Todo por la propiedad.

Es lógico que George vinculara los lamentos por el auge de la automatización con la pérdida de derechos de propiedad. Había crecido en

la época del «cercamiento», cuando el Gobierno nacional forzó la transformación de las tierras comunales —campos para apacentar las ovejas, huertos y zonas de recreo que antaño estaban a disposición de toda la comunidad— en parcelas privadas controladas por un número mucho más reducido de propietarios, los terratenientes.[74] El cercamiento alcanzó el pueblo de George cuatro años antes de que él naciera. Habría visto cómo se erigían por primera vez muros de piedra entre las casas y alrededor de los pastos, cómo cobraba vida el nebuloso concepto de la propiedad privada.[75] Esa experiencia sin duda contribuyó a convencer a George de que la fiesta de la mecanización estaba canalizando sus ganancias hacia una economía caracterizada por el aumento de la privatización y la desigualdad, cada vez más excluyente para hombres como él y sus compañeros.

«Durante dos siglos, se ha producido una constante concentración del poder económico en manos de una clase pequeña», escribieron J. L. Hammond y Barbara Hammond en *The Skilled Labourer: 1760–1832*.[76] Estos historiadores repasan el crecimiento de ese poder por medio de

> la apropiación de las tierras monásticas, la decadencia y desaparición de las corporaciones gremiales, los cercamientos, los cambios en escuelas y universidades, el surgimiento en sucesivos sectores de actividad de una forma de capitalismo que permite que unos pocos controlen la energía productiva de la mayoría… En los pueblos medievales, aquí como en todas partes, en toda Europa, el ciudadano tenía ciertos derechos. Con la disolución de aquella vieja sociedad rural inglesa, los derechos desaparecieron.

Esa desigualdad se plasmó también en otro ámbito: en la Inglaterra del siglo XVIII, la población vivía bajo la constante amenaza de un virus, el de la viruela, que causaba en la época hasta el 10 por ciento de los fallecimientos. Según los estudios de demografía histórica, «la viruela fue probablemente la enfermedad más letal de Gran Bretaña en el siglo XVIII». En 1796, cuando George Mellor era todavía un niño, se descubrió una vacuna,[77] pero la combinación de la desigualdad con el mortífero virus generó una tendencia perniciosa. El cambio de siglo fue testigo de «la emergencia de las diferencias de clase en materia de mortalidad»,[78] siendo que la población rica y urbana tenía «unas probabilidades de supervivencia notablemente superiores a las de los ciudadanos pobres de

entornos rurales».[79]

A una persona joven, el futuro debía de parecerle lúgubre, un porvenir frustrado por fuerzas ambiguas que estaban desplazando las bases sobre las que se asentaba el mundo de George. Este nuevo poder aniquilaba siglos de tradición y alteraba las costumbres sobre quién controla qué, como los propietarios fabriles que instalaban maquinaria para devaluar las convenciones y arrebatar su actividad a los tundidores.

George lo tenía claro: «Los franceses tienen más seso que nosotros». Ellos vieron la amenaza y derrocaron a la clase dirigente con su revolución. Aunque esa afirmación rozaba la traición, no era el único que pensaba así. Otro vecino de Yorkshire compartía la misma opinión y aseguraba que, dado el hartazgo del pueblo por «los sobornos, la corrupción, el boato, la tiranía, la opresión y la pobreza», si Napoleón hubiera invadido Inglaterra, «se habrían unido a Bonaparte, pues se sentían tan sojuzgados que estaban dispuestos a cometer cualquier acto de violencia y desesperación, y dado que nadie tenía suficiente pan, muchos morirían por esa carencia».[80]

—Los franceses —le recordó George a su primo— vieron que los nobles y el clero se estaban apoderando de todas las cosas buenas [...]. Vieron que otros se hacían ricos gracias a su esfuerzo; que los *seigneurs*, como ellos llaman a los lores, y la Iglesia disfrutaban de la riqueza que ellos producían, dejándoles nada más que las sobras, apenas lo suficiente para seguir respirando [...]. Por eso despacharon a todas esas damas y caballeros presuntuosos.

Los agravios duelen más si son personales, y ese era sin duda el caso de George. Los vertiginosos cambios de la época, la implacable aceleración de las tecnologías, la dura política de la desigualdad, la privatización y la pandemia: estaba sufriendo la injusticia de ver cómo lo despojaban de su identidad como trabajador, de que le dijeran que sus siete años de formación no tenían ningún valor.

—Hay una confabulación en marcha para mejorar y mejorar —advirtió —. Hasta que el trabajador, que no tiene nada más que sus manos y su oficio para alimentarse y alimentar a sus hijos, vea cómo también se le *mejora* borrándole de la faz de la tierra.

La cuestión de la maquinaria

Década de 1800

Puede parecernos inconcebible que, a principios del siglo XIX, trabajadores textiles como Ben Bamforth y George Mellor contemplaran la posibilidad de perder su agencia ante unas máquinas que eran simples telares de madera movidos con agua. Al fin y al cabo, nuestras imágenes de la automatización en el siglo XXI están pobladas de inteligencias artificiales omniscientes y brillantes robots autónomos. Sin embargo, la discusión de George y Ben estaba impregnada de preocupaciones más profundas: se preguntaban qué valor tiene el trabajo humano, o incluso la vida humana, en un mundo en el que las tecnologías parecen estar siempre a punto de sustituirnos. De hecho, presenta una notoria semejanza con cuestiones que seguimos planteándonos doscientos años después, en libros como *El auge de los robots*, sagas de películas como *Terminator* y noticias sobre el inminente dominio de la IA.

La fascinación por la idea de que algún día las máquinas que construimos harán nuestro trabajo, serán tan inteligentes como las personas o incluso llegarán a sustituirnos por completo y a vivir con nosotros como seres humanos se remonta a los inicios de la cultura popular. El mito hebreo del gólem, una masa antropomorfa de barro o arcilla que cobra «vida» gracias a la intervención divina, es anterior a la Biblia. La IA es más vieja que Jesús, y la primera historia célebre sobre máquinas que reemplazan a trabajadores es incluso más antigua.

Según Adrienne Mayor, historiadora de Stanford especializada en ciencia antigua y folclore, la palabra *automaton* apareció por primera vez

en la literatura occidental en la *Ilíada*, donde se usa para describir las «máquinas autónomas e inteligentes que fabricaba Hefesto».[81] Homero escribió alrededor del año 700 a. e. c. sobre los diversos inventos automáticos del dios de la fragua y la metalurgia, entre ellos, «una flota de carros de tres ruedas que, sin necesidad de cochero, acudían a entregar néctar y ambrosía para los banquetes de los dioses», puertas automáticas, fuelles que se autorregulaban para soplar con la fuerza necesaria o una colección de androides femeninos de color dorado que, gracias a su inteligencia artificial, se anticipaban a todas las necesidades del insigne herrero. Y los griegos se basaban en tradiciones orales ancestrales. «Eso significa que hace más de 2.700 años la gente era capaz de imaginar autómatas y artilugios que se movían por sí solos mucho antes de que las invenciones tecnológicas los hicieran posibles», explica Mayor.

Estas innovaciones imaginarias se forjaron con el fin de maravillar.[82] Los mitos griegos sobre la automatización, al igual que los dispositivos semiautomáticos que intentaron construir, presentaban una visión esperanzadora del futuro de la maquinaria, alejada de toda amenaza, como señala Kanta Dihal, historiadora de la IA. También demuestran su comprensión del potencial de estos artefactos: si podían ayudar a los *dioses*, debían encerrar un extraordinario poder.[83]

Tanto poder como para que no fuera necesaria la esclavitud, argumentaban los filósofos. En uno de los fragmentos más odiosos de su *Política*, Aristóteles expone sus argumentos en defensa de la «esclavitud natural» —en esencia, que algunos hombres están más predispuestos a ser serviles— y plantea que los esclavos no serían necesarios si se pudiera automatizar el trabajo que llevan a cabo. «Pues si cada uno de los instrumentos pudiera cumplir por sí mismo su cometido obedeciendo órdenes o anticipándose a ellas, si, como cuentan de las estatuas de Dédalo o de los trípodes de Hefesto, [...] las lanzaderas tejieran solas y los plectros tocaran la cítara, los constructores no necesitarían ayudantes ni los amos, esclavos», escribió.[84]

Dicho de otro modo: la automatización podría abolir la esclavitud. Aristóteles tenía esclavos, y eso contribuyó a consagrar la idea de que a cierto tipo de personas se las puede sustituir por máquinas, una postura que dio alas a las acciones de las élites durante los siguientes milenios. El filósofo también inauguró la tradición de proclamar que la explotación de las personas trabajadoras es un mal necesario en el camino hacia la plena automatización, que siempre está a la vuelta de la esquina. Cabe mencionar

que, cuando Ben y George tuvieron la discusión a la que nos hemos referido, *ya se había* automatizado la labor de la trama del tejido gracias a un dispositivo conocido como lanzadera volante, pero no por ello dejó de haber en Inglaterra una gran cantidad de siervos y trabajadores pobres.

Durante casi un milenio, antes de que hubiera tantos ejemplos reales en los que basarse, los anhelos tecnológicos plasmados en la prosa y la poesía fueron optimistas. La idea seducía a las élites, que preferían no verse obligadas a tener esclavos ni a pagar a sirvientes, quizás ni siquiera a contratar trabajadores, quienes, por su parte, también hubieran preferido no tener que trabajar. Esos sueños fueron una fuente de esperanza y entusiasmo hasta la Revolución Industrial. En la Edad Media, la población empezó a temer las máquinas automatizadas como una fuerza peligrosa que podía descontrolarse, pero no las vio como una amenaza para nuestra humanidad hasta la Revolución Industrial, cuando sus efectos se hicieron sentir en los medios de vida de las clases medias y educadas e incluso de las clases altas, que son las que suelen generar la cultura.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, las fábricas que emitían premonitorias columnas de humo y contaminaban el cielo ofendían la sensibilidad de algunos aristócratas y de todos los poetas, y cundió el malestar por la automatización. La maquinaria y la producción en serie impulsaron el surgimiento de la «ciudad factoría» y la industrialización del campo, con su desagradable estética y sus riesgos para la salud. Eran el corazón de «las oscuras manufacturas de Satán», como las definió en sus célebres versos el poeta romántico William Blake, que convertían el idílico paisaje pastoril en una ruina contaminada y mecanizada. Eran los motores que impulsaban la explotación de las personas trabajadoras, de los niños…, pero ¿traerían también el progreso? ¿La adopción en masa de la tecnología valdría la pena?

Estas inquietudes se articularon en la llamada «cuestión de la maquinaria»: en esencia, el «¿los robots nos quitarán el trabajo?» de la Revolución Industrial. De acuerdo con la historiadora Maxine Berg, «el desarrollo definitivo, el más emocionante y también el más amenazante de todos, fue la sustitución del hombre por la máquina».[85] Se impuso a todas las demás reflexiones sobre los efectos de la tecnología. Y en el siglo XIX, era una cuestión abierta: no se sabía a ciencia cierta qué camino tomaría la historia ni cuáles serían las consecuencias de la automatización generalizada. La posibilidad moral de revertir toda la «tendencia», por usar el término de George Mellor, era muy real. «Estaba lejos de dilucidarse si

era el presagio de una inevitable revolución económica o, simplemente, una más de las posibles vías de desarrollo, una que podían secundar o rechazar», nos recuerda Berg. La maquinaria «¿generaría riqueza solo para sus dueños o para toda la sociedad? ¿Daría trabajo o provocaría desempleo? ¿Uniría a la población o fomentaría los conflictos de clase?».

Como sucede hoy, la respuesta a la cuestión de la maquinaria solía variar en función de la posición social. La clase media, los románticos y los pequeños propietarios tendían a oponerse a la nueva tecnología, mientras que los emprendedores y las élites la recibían con los brazos abiertos. En cuanto a los afectados directos, los trabajadores, entonces —como ahora— la cosa estaba mucho más clara: no les reportaría ningún beneficio si la maquinaria se usaba para degradar o eliminar su trabajo.

El crítico y escritor Thomas Carlyle conjeturó que, si los trabajadores perdían la fe en Dios, presumiblemente el único consuelo que les quedaba frente al demoledor sistema fabril —el «antidiós ciego de la necesidad y el mecanismo, que los atenaza entre sus fauces como una odiosa máquina de vapor hecha mundo»—,[86] las consecuencias serían evidentes: «su único recurso será, con esperanza o sin ella, la revuelta».

Ned Ludd

Otoño de 1811

Tras atenuarse durante los meses de verano, el astro volvió a refulgir en el cielo. Ahora podía verse en todo el mundo. A Napoleón le preocupaba que pudiera traerle mala suerte mientras preparaba su campaña rusa. La tripulación del *New Orleans,* el primer barco de vapor en navegar por los ríos occidentales de Estados Unidos, podía divisar el cometa desde la cubierta.[87] Los astrónomos determinarían más tarde que la cola del gran cometa llegó a superar los 150 millones de kilómetros, y su cabellera era más grande que nuestro sol.

Los soldados que llevaban acuartelados en Nottingham desde los disturbios de la primavera de 1811 habían pasado unos meses muy tranquilos, incluso aburridos. Centenares de trabajadores textiles se habían sumado a las filas de los desempleados, según los datos de un estudio parlamentario,[88] y ni las cosechas ni la situación del comercio habían mejorado en lo más mínimo. El precio de los alimentos ya casi doblaba el nivel previo a la guerra. Miles de tejedores, artesanos y maquinistas habían pedido ayuda al Parlamento y se habían encontrado con una rotunda negativa.

A finales de octubre de 1811, se publicó en Nottingham un anuncio oficial que ofrecía una recompensa por facilitar información sobre un incidente acaecido en Arnold, el mismo lugar en el que se habían producido las escaramuzas de la pasada primavera. Alguien había asaltado un taller y había «destrozado totalmente»[89] cinco telares de un importante lencero. Durante las primeras semanas de noviembre, otros seis bastidores anchos corrieron la misma suerte en Bulwell. Los hombres actuaron en

plena noche, se abrieron paso por puertas y ventanas y, después del ataque, dispararon un tiro al aire y se dispersaron. No tocaron las máquinas antiguas, que quedaron intactas.

Estos episodios fueron solo un anuncio.

El 10 de noviembre, una cuadrilla de setenta obreros, pertrechados con martillos, hachas, pistolas y espadas, marcharon hasta el taller del maestro lencero Edward Hollingsworth, en cuyo interior se alineaban los bastidores anchos que usaba para producir calzas baratas por mitades.

El empresario, advertido de la llegada del peligro, había parapetado su casa y había puesto de guardia a media docena de trabajadores, a su cuñado y a unos cuantos vecinos armados con mosquetes. Cuando el ejército de artesanos se acercó y vio las defensas, pidió a Hollingsworth que entregara los bastidores voluntariamente, pero él se negó.

Sonó un disparo, luego otro, y el intercambio se convirtió en un furioso tiroteo. Los hombres corrieron hacia el edificio y empezaron a echar la puerta abajo a martillazos. En medio del caos, al joven calcetero John Westley le alcanzó una bala mientras intentaba retirar los postigos de las ventanas.[90] Se quedó atrás, sabiendo que su herida era fatal.

«Continuad, mis valientes camaradas, yo estoy listo para morir», les gritó antes de desplomarse. Fue la primera víctima mortal de la rebelión contra los promotores de la automatización durante la Revolución Industrial.

Sus compañeros sacaron su cuerpo de la línea de fuego y regresaron al taller de Hollingsworth «con una furia irrefrenable a la que no cabía mostrar oposición». El maestro calcetero y sus guardas huyeron escaleras arriba, cruzando disparos con los mecanoclastas, que, movidos por la rabia, hicieron añicos hasta el último bastidor ancho, además del mobiliario y las puertas.

Los hombres dejaron el cadáver junto a la carretera que atravesaba el bosque de Bulwell, donde fue encontrado al día siguiente. Westley era padre soltero; sus dos hijos pequeños acababan de quedarse huérfanos.

Este episodio desató la tormenta.

La misma noche del asalto de Bulwell, otro grupo se infiltró en una fábrica de Kimberley cuyo propietario estaba abusando de la mano de obra infantil y sin experiencia.[91] Los obreros pulverizaron diez de sus bastidores. Cuando los lenceros y los fabricantes supieron que los motines se habían descontrolado, muchos organizaron convoyes para trasladar sus inversiones a Nottingham, donde creían que su tecnología estaría más

segura. Los rebeldes interceptaron los carros y acabaron con las máquinas a plena luz del día, machacando las piezas metálicas para dejarlas inservibles y prendiendo fuego a los restos de madera.

Cerca de Sutton-in-Ashfield —una localidad conocida por el uso intensivo de bastidores anchos, la fabricación de productos baratos y la costumbre de los empresarios de pagar en especie—, una cervecería acogió una reunión a la que acudieron más de un centenar de hombres. Muchos iban armados, algunos repartían pólvora. La guarnición se dirigió a la propiedad del lencero Francis Betts para exigirle que entregara sus telares anchos. Ante su negativa, sacaron las setenta máquinas de la fábrica a rastras, una a una, y las destrozaron en la calle. Una milicia local alcanzó a los tejedores y consiguió capturar a unos cuantos; arrestaron a cuatro hombres que quedaron bajo custodia.

Fueron cuatro ataques importantes en dos días. Tras ese estallido de ira mecanoclasta que se había adueñado del condado, los magistrados convocaron una reunión de emergencia para organizar la respuesta militar local y nombrar alguaciles para la vigilancia. Mientras, las noticias sobre los levantamientos corrían de boca en boca y, en los condados vecinos, las concesiones de los lenceros, deseosos de evitar el mismo destino, no se hicieron esperar: aceptaron subir los salarios para frenar otra oleada de sabotajes.

A William Felkin, un aprendiz que por aquel entonces tenía diecisiete años, su jefe le ordenó que ensillara el caballo y recorriera lo más rápido posible los pueblos cercanos anunciando que todos los trabajadores textiles recibirían una paga anticipada si indultaban las tres mil máquinas que tenían él y sus socios.[92] Felkin cabalgó «bajo la cellisca y la lluvia de una plomiza tarde invernal» para dar la noticia a los calceteros de toda la región. Los bastidores, que «sin duda estaban condenados, [...] ya que pertenecían a una de las casas más influyentes del mercado», se salvaron. «Ninguna de las máquinas sufrió ningún daño y el dueño no volvió a temer por la seguridad de su fábrica».

Sin embargo, no todos los fabricantes estaban dispuestos a pagar más para detener la carnicería. Algunos se opusieron por principios; otros por miedo a no poder competir.

La milicia que los magistrados locales habían formado para investigar los «disturbios» buscaba testigos de los delitos e información sobre los autores, pero no obtuvo el resultado esperado. Lo que sucedió provocó animadas conversaciones entre tejedores, trabajadores y tundidores como

George Mellor, que no dejaban de hablar del tema: nadie mencionó a nadie. No apareció ninguna prueba. Nadie abrió la boca.

El 14 de noviembre, tres días después del asalto a Hollingsworth, se celebró el funeral de John Westley, al que asistieron mil personas para presentar sus respetos al trabajador caído. En aquella época, la población total de Arnold apenas llegaba a los tres millares de habitantes. Ben Bamforth, que también estuvo presente, lo describe en *Ben o' Bill's*:

> Vi su cadáver cuando los dos alguaciles lo traían al pueblo en una camilla. Tenía los ojos abiertos, igual que la boca; le colgaba la lengua entre los dientes amarillentos y le bajaban regueros de sangre por los lados de la barbilla; una mano la tenía abierta con los dedos muy estirados, la otra apretaba el puñado de hierba y arena al que se había agarrado; la rodilla derecha, doblada hacia arriba, estaba tan rígida que no habían podido estirar el cuerpo.

Lo llevaron por las calles como si fuera un santo caído, encontrando a su paso, según un periodista local, «miradas adustas de salvaje desafío en cada semblante».

Todos habían escogido bando.

En vista de que todavía había muchos propietarios que se negaban a abonar salarios decentes, dejar de pagar en especie o reducir el uso de bastidores anchos, las escaramuzas se recrudecieron. Se allanaban las fábricas y los talleres más grandes y se destruía la maquinaria. Grupos con la cara pintada de negro tendían emboscadas a las caravanas comerciales que llegaban cargadas de nuevos bastidores y los hacían pedazos.

El ritmo de destrucción no tardó en llegar a las cincuenta unidades semanales, pues había una incursión casi cada noche en algún punto de las Midlands. El patrón de acción era evidente: los lenceros y los fabricantes más odiados, los más agresivos en el uso de los bastidores anchos, eran los objetivos principales. Estos artilugios hacían un ruido fuerte y muy distintivo cuando se empleaban para producir patrones por piezas, así que los insurgentes sabían bastante bien donde estaban aunque sus dueños intentaran mantener su existencia en secreto. Como norma, solo la emprendían a golpes con ese tipo de bastidores destinados a denigrar la producción, y dejaban en paz el resto de la maquinaria.

Los grupos mecanoclastas se habían preparado para el levantamiento: estaban organizados, tenían una estrategia y medían sus demostraciones de

poder. Sin duda, la tranquilidad de los meses de verano había resultado muy productiva. «Tenían por costumbre formar partidas de entre seis y sesenta hombres, según requirieran las circunstancias, bajo el mando de un supuesto líder que tenía un control total y dirigía las operaciones: apostaba a los centinelas armados con cuchillos o fusiles en los puntos elegidos, ordenaba a los demás entrar en la fábrica para destrozar los bastidores con martillos, hachas u otras herramientas y, cuando la vandálica tarea había finalizado, pasaba lista a sus hombres, que respondían con un número concreto; por último, daba la señal para retirarse disparando su pistola, lo que significaba que toda había salido bien», escribió en el *Nottingham Review* John Blackner.[93]

En todos estos grupos, el cabecilla siempre recibía el mismo nombre: general Ludd.

Los magistrados locales, que arengaban con desesperación a los voluntarios de las milicias y de los cuerpos montados de reservistas, pidieron al Estado que enviara ayuda militar. Poco después, el ejército tomó Nottingham y los pueblos vecinos, se organizaron patrullas de guardia y se instauró una estricta vigilancia, pero los asaltos continuaron.

A menudo los atacantes anunciaban su visita clavando una nota o una carta en la puerta de una fábrica, como la que recibió Hollingsworth dos días antes de que le tocara el turno a su taller.

Sr. H[94]
De Bulwell

Señor,
si no se deshace de los bastidores
deja de pagar en mercaderías
y produce de forma completa
mi compañía visitará sus máquinas
para ejecutar el proceso contra usted
—al Sr. Bolton, el penado,
también lo visitaré—
Ned Ludd
Reyes

La petición era clara: si no retiras los bastidores, los destrozaremos.

La revuelta de los luditas había comenzado.

Lord Byron

Otoño de 1811

El desorden lo envolvía todo.[95] Su ruinosa hacienda, sus asuntos personales, toda su ciudad natal, la región en general; todo parecía sumido en el caos.

Después de un viaje de dos años, navegando por el Mediterráneo y visitando Portugal y España, el joven de veintitrés años George Gordon, lord Byron, había decidido volver a casa, a pesar de que no era lo que más le apetecía.

«El futuro no se me antoja muy halagüeño», le escribió Byron a su amigo Francis Hodgson durante su viaje de regreso desde Grecia a bordo de un barco lleno de soldados británicos que volvían de la guerra.[96] Le perseguían los rumores sobre una supuesta conducta sexual inapropiada, estaba en bancarrota y su poesía todavía no había conocido el éxito que creía merecer.

> Abochornado por asuntos íntimos, con una total indiferencia por el mundo, en soledad y sin ningún anhelo de socializar, con el cuerpo debilitado por una sucesión de fiebres, pero con un espíritu, confío, todavía indómito, vuelvo a casa sin esperanza, sin albergar deseo alguno... Lo primero con lo que habré de encontrarme será un abogado, después vendrá un acreedor, le seguirán los mineros, los campesinos, los agrimensores y todas las placenteras diligencias que corresponden a una propiedad necesitada de reparaciones.

Los acreedores codiciaban su casa, la extensa abadía de Newstead,

enclavada al norte de Nottingham, desde donde su madre había estado gestionando sus negocios. Aunque él no lo sabía, estaba delicada de salud. «Será tan amable de tener mis habitaciones de Newstead preparadas —le escribió Byron después de dos años sin verla—. Solo debo informarla de que hace ya mucho que me limito a una dieta estrictamente vegetal, ni carne ni pescado forman parte ya de mi régimen, por lo que espero una abundante provisión de patatas, verduras y galletas. También me abstengo del vino». Y concluía: «Confío en que gobierne mi pequeño *imperio* y su triste carga de deuda nacional con prevención».

Recaló en Inglaterra en verano y decidió quedarse en Londres, visitando a unos amigos y haciendo las gestiones para la publicación de la obra que había escrito durante sus viajes. Byron no estaba del todo convencido de que *Las peregrinaciones de Childe Harold*, una epopeya épica con una fuerte carga política y claramente inspirada en su vida, pudiera llegar a la imprenta, pero un socio comercial lo persuadió de lo contrario. Vendió el manuscrito a un emprendedor librero de Fleet Street llamado John Murray que acababa de embarcarse en la edición de literatura y que pronto publicaría también a Jane Austen y Thomas Malthus.

Todavía estaba en Londres cuando recibió la noticia de que su madre había caído gravemente enferma. Partió a toda prisa hacia Newstead, pero no llegó a tiempo. «Supe un día de su enfermedad y al día siguiente de su muerte», escribió. Su pena no hizo sino crecer, pues a esa muerte se sucedieron otras: en cuestión de meses, fallecieron tres de sus amigos, dos de tuberculosis y el tercero, ahogado.

Muchos días, Byron ni siquiera salía de Newstead. Adoraba esa casa, que más tarde inmortalizaría en su célebre *Don Juan* como «repujada en un valle alegre / coronada por majestuosos bosques en los que se alza / el roble druida».[97]

La belleza natural del paraje y la añoranza de la infancia le resultaban profundamente evocadores; sin embargo, la tranquilidad que una vez le ofreció se había desvanecido, primero por la pérdida de su madre y sus amigos, y ahora, por la revuelta de los obreros. El regreso de Byron había coincidido con el punto álgido de los disturbios en Nottinghamshire, cuando se asaltaban talleres y fábricas casi cada noche. Ese ambiente de anarquía aturdió al poeta, conmocionado por la pobreza rampante de su condado natal, el atroz descontento y el hecho de que el Gobierno pareciera ignorar las penurias de sus compatriotas. Puede que también tuviera ganas de destrozar algo.

Byron había dejado su escaño en la Cámara de los Lores solo dos años antes, en 1809, antes de poner rumbo a Italia y Grecia. A pesar de sus orígenes aristocráticos, no era el heredero directo del señorío, pero una serie de muertes familiares y una intrincada línea sucesoria lo habían dejado al frente de Newstead. Como romántico que defendía la libertad del espíritu individual frente a los sistemas que lo reprimen, Byron simpatizaba con los artesanos. Pensaba que tenían sobrados motivos para sublevarse y que el Estado debía intervenir para resolver su situación con limosna, no con soldados. Temía que, si la tensión seguía creciendo, el futuro les deparara una rebelión total, incluso una revolución sangrienta.

«La furia nocturna, transmutada en devastación al alba, está en su apogeo. Y no solo están expuestos a sufrir insultos y pillajes los dueños de los bastidores, que son aborrecibles por su ocupación, sino también personas que no tienen vínculo alguno con los disidentes o sus opresores», le relató a un amigo por carta.

Pasó gran parte del otoño afligido por la depresión, corrigiendo las páginas de *Las peregrinaciones*, intentando poner su propiedad en orden y seduciendo —o, más bien, acosando, como solían hacer los poderosos terratenientes de su rango— a las sirvientas jóvenes que trabajaban para él. Su apariencia y sus apetitos rozaban lo ignominioso, aunque mantenía un férreo control de su imagen pública. Solo permitía que circularan retratos favorecedores y soberbios que ocultaban la realidad; lo cierto era que a menudo presentaba un aspecto pálido, aniñado, incluso frágil. Para dormir, se ponía papeles rizadores en el pelo.

Asediado por las deudas, puso en marcha un plan para reclamar unos derechos de propiedad en Lancashire que habían quedado en suspenso mientras estaba fuera. Esperaba poder vender la tierra o empezar a explotar sus ricas minas de carbón. Durante el breve viaje que hizo para reconocer el terreno, se alojó en casa de un amigo, donde otra visitante inmortalizó así al poeta: «Es un joven pálido y lánguido que parece incapaz de andar erguido de pura debilidad. Tiene unos bonitos ojos, grandes y azules, pero su mirada es tan salvaje y extraña que, si sobrevive, no me cabe duda de que se volverá loco».[98] Byron llevaba «pantalones largos de lino blanco, una ostentosa cadena de oro al cuello y camisas bordadas de estilo extranjero». Tenía una pierna más corta que la otra debido a una deformidad en el pie derecho, lo que muchos describían como pie zambo, y andaba con una ligera cojera que le acomplejaba en extremo. La huésped añadió en su descripción una referencia a su actitud inquieta, que «le

aceleraba el corazón».

La inquietud era comprensible. Desde que había regresado a Inglaterra, sus amigos y familiares parecían estar muriendo uno tras otro. Volvían a correr rumores, la mayoría de ellos ciertos, de que había mantenido relaciones sexuales con un joven y de que tenía una aventura con su medio hermana. Sus socios comerciales intentaban censurar el contenido político de *Las peregrinaciones*, mientras le aseguraban que el libro causaría sensación. A esas preocupaciones se sumaba la ansiedad de saber que pronto tendría que someterse al juicio de la opinión pública: se esperaba que los nobles participaran en política, y él tenía pendiente dar su discurso de presentación en la Cámara de los Lores. Sabía que aquella intervención inaugural sería una magnífica oportunidad para ganar notoriedad antes de la publicación de su obra, prevista para principios de 1812.

El sufrimiento de los destructores de telares podía ser un tema digno de atención. Si era tiempo de tragedia, quizás podía canalizar su tristeza y su ira para hablar en nombre de sus convecinos, por muy diferentes que fueran las causas de su aflicción.

George Mellor

Otoño de 1811

NOTTINGHAM, 1 DE DICIEMBRE

Tres escuadrones del decimoquinto regimiento ligero de dragones se han acuartelado en la ciudad y han enviado destacamentos a los pueblos vecinos en pequeñas partidas de entre ocho y diez hombres. Los magistrados del condado capitanean los cuerpos montados de reservistas de Bundy. También están aquí dos compañías de la segunda milicia local de Nottingham, bajo el mando de los magistrados.

La pasada noche, varias partidas de hombres de Ned Ludd (como se conoce a los mecanoclastas), que sumaban a unos doscientos cincuenta individuos, destrozaron bastidores en localidades cercanas [...].

Solo hicieron pedazos las máquinas de quienes han bajado los salarios; los propietarios que han mantenido los precios no sufrieron ningún daño; anoche, en un taller, vandalizaron cuatro de los seis bastidores, siendo los dos que se salvaron de maestros que no han reducido las tarifas que pagan.

Se especula con que los maestros pañeros retomarán los precios antiguos, lo que pondrá fin a esta situación.

Leeds Mercury, 7 de diciembre de 1811[99]

Cuando George Mellor oyó hablar de las revueltas, su reacción fue inmediata: «Me encantaría estar allí».

Los hombres se autodenominaban luditas. Habían recuperado la

tradición de destrozar maquinaria —la herramienta de negociación de último recurso—, la habían revitalizado con el mito del joven Ned Ludd, que se sublevó contra su maestro, y habían organizado una rebelión temible, incluso sobrecogedora.

Los mecanoclastas continuaron con sus asaltos durante todo el otoño y el invierno, apuntándose una victoria tras otra; la noticia corrió como la pólvora y llegó a pueblos de tejedores como Huddersfield y a ciudades que se estaban industrializando a marchas forzadas, como Mánchester. Estos entusiastas relatos de los irreverentes —y aparentemente *exitosos*— ataques a los empresarios lenceros y los patronos fabriles prendieron la llama allí donde los hombres veían levantarse fábricas que se llenaban de nuevas máquinas, donde los salarios de los tejedores estaban en caída libre, donde los oficios tradicionales y el trabajo independiente de los artesanos en sus domicilios estaban al borde de la extinción.[100]

«Los muchachos de Nottingham están enseñando a la soldadesca cómo se juega», proclamó un día George en el taller de acabado de John Wood ante una sala de compañeros y amigos tundidores, que mostraron su acuerdo a gritos.[101]

Entre esos hombres estaban un tundidor que trabajaba al otro lado de la calle, Will Thorpe, cuyo «aspecto impasible»,[102] aderezado con una mirada «algo fantasiosa», ocultaba una convicción tan profunda como la de Mellor, y Thomas Smith, la mano derecha de George en el taller de John Wood.

Todos tenían poco más de veinte años y, como George, habían terminado su largo y duro periodo de aprendizaje justo cuando el oficio para el que se habían preparado se enfrentaba a una amenaza existencial. Otros trabajadores de manufacturas como esta habían sido tundidores toda la vida y carecían de cualquier otra perspectiva.

Admiraban a los seguidores de Ned Ludd y su campaña contra las máquinas, que era metódica, precisa e inteligente. Les maravillaba que los grupos estuvieran tan bien organizados como para colarse en las fábricas —incluso con guardas apostados a tiro de piedra—, hacer pedazos los artilugios que contravenían los códigos y escapar sin ser vistos. De noche, se movían con sigilo, en formación militar, de forma no muy distinta a una máquina eficiente. De día, eran audaces y se habían ganado el corazón de los pobres y la clase obrera.

Se contaban temerarias hazañas, como la del ludita que entró a escondidas en el taller de un lencero y, él solo, pulverizó todos los

bastidores anchos del tercer piso antes de que lo descubriera un alguacil que iba acompañado de una pequeña patrulla.[103] Los vigilantes rodearon el edificio y el ludita, que había visto una pila de tierra recién cavada en el jardín trasero de la casa contigua, saltó por la ventana. La familia que vivía allí se disponía a cenar en ese momento; lo vieron caer, le dejaron entrar por la puerta de atrás y pudo escaparse por la de delante, para alborozo del gentío que se había formado en la calle.

Un día, George expresó sus deseos en voz alta:

—Sería glorioso romper esas malditas máquinas en mil pedazos.

—Sin duda, pero de nada sirven las palabras. Me parece que ya hemos aguantado demasiado —le respondió Thorpe.

—Tienes razón, Will. Pero ¿qué podemos hacer dos o tres? ¿Qué estamos haciendo nosotros aquí? —se lamentó George.

Lo que no estaban haciendo en demasía era trabajar. Los pedidos entraban en el taller a cuentagotas. «La suerte de John Wood está echada», [104] solía decir George, lo que significaba que la suya también.

No está claro hasta dónde llegaban los contactos de los «muchachos de Nottingham» con los trabajadores de las regiones vecinas. Sin embargo, gracias al liderazgo simbólico de Ned Ludd, no era *imprescindible* que hubiera una estrecha coordinación entre ciudades lejanas para que surgieran nuevas células y declararan la guerra a aquellos instrumentos de explotación. Al fin y al cabo, el movimiento mecanoclasta no se oponía a los nuevos dispositivos, sino a los hombres que los usaban para transformar las relaciones sociales y ampliar su poder. Los luditas eran especialistas en tecnología; ni odiaban las máquinas ni las veneraban sin motivo.[105]

El levantamiento había inspirado acciones similares en las regiones dedicadas a la fabricación de paños, como Leicestershire y Derbyshire. La fiebre se estaba extendiendo y la razón era evidente: en ese momento, todos los tejedores, tundidores y comerciantes conocían a una o varias familias que habían caído en la indigencia por la falta de trabajo.

—Deberíais haber venido conmigo ayer a casa de Tom Sykes —les reprochó Ben Walker, con quien compartían oficio. Hacía un mes que Sykes no encontraba trabajo y no podía ni comprar pan. Su mujer, «una criatura frágil», había caído enferma y había muerto de hambre—. Se consumió hasta el último aliento, eso es lo que dijeron. Y no dudo de que fuera así. Cuando llegué, Sykes estaba echando a un hombre de su casa, gritándole que no quería su compasión, pues si ella no seguía viva, era por personas como él. El cadáver de su esposa yacía en la cama; solo piel y huesos, nada

más.

La mitad de los trabajadores de la región llevaba meses sin trabajar. Los subsidios concedidos por la Ley de Pobres habían llegado a una cifra récord de 6,6 millones de libras, pero muchos de los tejedores que acababan de quedarse sin trabajo no tenían derecho a ellos.[106] Y nada indicaba que fuera a llegar ningún otro tipo de ayuda.

Los tundidores todavía no habían caído en la mendicidad, pero veían la injusticia acercarse a su puerta. No había ninguna razón para que la gente estuviera famélica, pues los propietarios de las fábricas seguían obteniendo beneficios. Si paraban las nuevas máquinas, habría más trabajo para todos. Además, los artesanos que respetaban las tradiciones y los acuerdos del gremio no creían que fuera ético ni justo usar maquinaria para ganar cuota de mercado a costa de los obreros. Les enfurecía que los emprendedores y los propietarios fabriles reclamaran el derecho a automatizar su trabajo cuando era tan obvio que provocaba sufrimiento.

Imagina dedicar años a aprender un oficio difícil que, en teoría, te va a asegurar una vida decente —siguiendo las normas del juego, estudiando, formándote en una profesión, invirtiendo una cantidad colosal de tiempo y recursos en conseguir un nivel modesto de estabilidad y seguridad— y descubrir de pronto que han anulado el contrato. Tu fe en el funcionamiento del sistema se haría añicos como un telar bajo los golpes de un martillo.

Ni siquiera sabes cuándo ni cómo desaparecerá tu oficio, y con él tu identidad. Imagina no tener ninguna alternativa realista. Lo que sí sabes es que otra persona, que dispone de medios de los que tú careces, puede adquirir una nueva tecnología que le permitirá reorganizar el sistema a su favor.

¿Qué opciones tienes? Podrías ir a trabajar a la fábrica que ha engullido y degradado tu profesión. Cobrarías menos, las condiciones serían deplorables, la libertad que tenías se habría esfumado y tus jefes controlarían hasta el más mínimo aspecto de tu rutina diaria, criticando y denigrando tu trabajo. En cualquier caso, seguro que preferirían un aprendiz menor de edad: son más maleables y no protestan. ¿Tal vez deberías reconvertirte, aprender otro oficio? Has creado una vida en torno al empleo que creías tener, le has dedicado años y te enorgullece lo que haces. Empezarías desde mucho más abajo, ganarías menos y carecerías de experiencia en ese campo. Eso si hay nuevos trabajos para todo el mundo: en esos pueblos y regiones dominados por uno o dos sectores, lo más

habitual es que, simple y llanamente, no haya otra cosa. ¿Empezar un negocio o desafiar a los emprendedores e industriales en su terreno? ¿Con qué dinero? Igual es una opción para quienes disponen de capital para competir con los hombres que amenazan tu medio de vida o para quienes saben cómo ganarse el favor de los bancos para conseguir un crédito. Pero la mayoría no está en esa situación.

Puede que no tengas que imaginarte nada porque vives en el siglo XXI y una gran compañía, una plataforma o un directivo están aprovechando una nueva tecnología para reescribir el contrato social que una vez definió tu trabajo. Tal vez eres conductora de taxi, has ahorrado durante años para tener coche propio y licencia, conoces kilómetros y kilómetros de calles como la palma de tu mano, todo para encontrarte de pronto con Uber, que ha entrado en escena bajando los precios gracias a su capital riesgo y a su sistema de gestión algorítmico, tirando toda tu inversión a la basura. O quizás llevabas años trabajando de comercial, haciendo contactos y cuidando la relación con los proveedores, hasta que tu empresa puso en marcha un portal automatizado que se encarga de casi todas tus funciones. También cabe la posibilidad de que seas una escritora o un artista al que ya no le llega ningún encargo de la empresa que solía publicar tu trabajo y que ahora usa IA para generar contenido. O eres mozo de almacén, tu familia depende de tu sueldo y te pasas el día corriendo para seguirle el ritmo a los robots con los que de pronto compartes espacio. Quizás eres camionero, tienes a las espaldas años de experiencia recorriendo interminables tramos de autovía y has leído algo sobre una enorme plataforma autónoma capaz de ir de Los Ángeles a Las Vegas sin conductor.

Puede que hayas dedicado años a las clases y a la universidad, estudiando y dejándote la piel para sacar buenas notas y engordar el currículo, pero lo único que encuentras después de graduarte son empleos precarios y sin derechos a través de agencias de trabajo temporal o aplicaciones digitales.

Ya sea un telar mecánico del siglo XVIII o una plataforma uberizada del siglo XXI, las nuevas tecnologías son a menudo el «medio que permite a unos pocos controlar la energía productiva de la mayoría», como lo expresaron los historiadores J. L. Hammond y Barbara Hammond.[107] Los obreros pañeros que se rebelaban entendían que esas máquinas no solo brindaban a los empresarios una vía para mejorar la eficiencia, sino también una excusa para alterar la organización laboral, incluso aunque el producto obtenido no fuera mejor que el resultado del trabajo humano. Es

un vector útil para transformar una pauta, sacudir un sistema[108] o burlar normativas y reglamentos. Y ni siquiera es necesario *automatizar* la tarea por completo: la clase trabajadora puede notar los efectos de estas tecnologías de forma indirecta, a través de bajadas salariales, un aumento de la vigilancia y del control del rendimiento o una mayor demanda de productividad. La automatización es solo la expresión más sencilla y directa[109] de la dinámica que ha definido el capitalismo tecnológico desde sus inicios, y que adoptó su manifestación más siniestra cuando la sufrieron tejedores pobres como Tom Sykes.

Esta fue la lógica de los acontecimientos: Tom Sykes tenía un oficio; alguien construyó una máquina que podía hacer su trabajo y otra persona decidió aumentar sus ganancias comprando el nuevo invento. Ese artilugio pasó a encargarse de todas las labores —o de buena parte de ellas— que solía hacer Tom, por lo que tenía menos trabajo. Beneficios para el dueño y miseria para Tom, que no tuvo ni voz ni voto en ningún momento.

La clase trabajadora lleva siglos oyendo que este proceso no solo es normal, sino incluso deseable, ya que beneficia a la sociedad a largo plazo al aumentar la disponibilidad de productos y abaratarlos. Pero a los hombres como Tom Sykes y George Mellor no les servía esta justificación. En su época, un artesano podía caminar frente a la fábrica en la que funcionaba la maquinaria que lo había reemplazado, mientras él pasaba hambre y el propietario de la manufactura se enriquecía cada vez más. (Hoy, con el empleo deslocalizado a otros continentes o gestionado a través de aplicaciones digitales, la indignación puede parecer más difusa). No hubo ninguna negociación para pactar este cambio en el reparto de los beneficios, que a los trabajadores les pareció un robo descarado.

No sorprende que tantos obreros jóvenes estuvieran furiosos, tenían sobrados motivos: habían abolido sus tradiciones, el mundo que les habían prometido había saltado por los aires y el nuevo entorno hacía mella en su salud y lo contaminaba todo. Estaban viviendo un cambio de paradigma y, allí, al timón, se alzaba la nueva tecnología automatizadora de la que se aprovechaban los especuladores. Se habían desvanecido las esperanzas de tener trabajo, estabilidad, un futuro. Podemos imaginarnos a George Mellor, con su metro ochenta y su imponente físico, lleno de frustración masculina.

Y entonces, una vez más:

—Me encantaría estar allí.

Ned Ludd

Noviembre de 1811

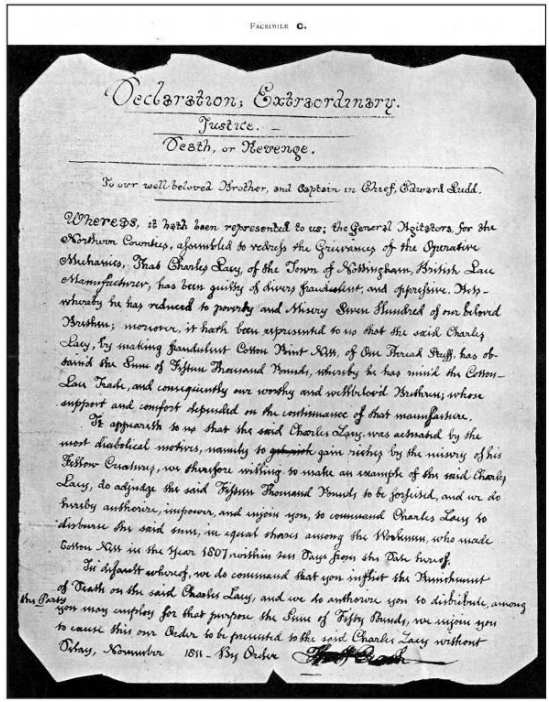
Los hombres que se autodenominaban luditas hicieron gala de una pluma portentosa.

> DECLARACIÓN: EXTRAORDINARIA.[110]
> Justicia.
> Muerte o venganza.

La primera carta de aviso, dirigida al dueño de una fábrica de Nottingham, Charles Lacy, exhibía un tono contundente y amenazante. Se publicó en forma de pasquín y pronto la reprodujeron los periódicos.

> A nuestro queridísimo hermano y capitán en jefe, Edward Ludd.Considerando que se nos ha informado a nosotros, los agitadores generales de los condados del norte, reunidos para reparar los agravios de la mecánica productiva, de que Charles Lacy, empresario lencero británico radicado en la ciudad de Nottingham, ha sido declarado culpable de diversos actos fraudulentos y tiránicos que han dejado en la pobreza y la miseria a setecientos de nuestros queridos hermanos [...].

La denuncia continuaba con la exposición de las injusticias cometidas y prometía venganza si no se detenían las máquinas.



FACSIMILE C.

Declaration, Extraordinary.

Justice. —

Death, or Revenge.

To our well-beloved Brother, and Captain in Chief, Edward Ludd.

Whereas, it hath been represented to us; the General Meetings for the Northern Counties, assembled to redress the Grievances of the Operative Mechanics, That Charles Lacy, of the Town of Nottingham, British Lace Manufacturer, has been guilty of divers fraudulent, and oppressive Practices whereby he has reduced to poverty and Misery Seven Hundred of our beloved Brethren; moreover, it hath been represented to us that the said Charles Lacy, by making fraudulent Cotton Point Nets, of One Thread Reed, has obtained the Sum of Fifteen Thousand Pounds, whereby he has ruined the Cotton-Lace Trade, and consequently our worthy and well-beloved Brethren; whose support and comfort depended on the continuance of that manufacture.

It appeareth to us that the said Charles Lacy, was actuated by the most diabolical motives, namely to ~~enrich~~ gain riches by the misery of his Fellow Creatures, we therefore willing to make an example of the said Charles Lacy, do adjudge the said Fifteen Thousand Pounds, to be forfeited, and we do hereby authorize, impower, and injoin you, to command Charles Lacy to distribute the said sum, in equal shares among the Workmen, who made Cotton Nets in the Year 1807 within ten Days from the Date hereof.

In default whereof, we do command that you inflict the Punishment of Death on the said Charles Lacy, and we do authorize you to distribute, among this Party you may employ for that purpose the Sum of Fifty Pounds, we injoin you to cause this our Order to be presented to the said Charles Lacy without Delay, November 1811 — By Order

Una de las primeras cartas conocidas de los luditas es esta proclama, una amenaza dirigida a un destacado inversor tecnológico de Nottingham (Imagen cortesía de la Sociedad Thoroton de Nottinghamshire),

La firmaba el «general Ludd».

Estas misivas se convirtieron en la tarjeta de presentación de los destructores de máquinas; un aluvión de cartas, escritas por distintas manos, que siempre llevaban un nombre, el de Ned Ludd. En algunas lo llamaban general Ludd, en otras era capitán o incluso rey. Esta acusaba a Lacy de haberse aprovechado de la pérdida de empleos para amasar la nada desdeñable cantidad de quince mil libras y de malograr la reputación de los comerciantes locales con los desmañados productos que salían de su fábrica.

Los disturbios que seguían a las cartas no debían confundirse con actos aleatorios de vandalismo. Era un movimiento organizado, con nombre, un símbolo y un principio por el que luchar.

Su objetivo era destruir específicamente «la maquinaria perjudicial para el bien común», aquella que desgarraba el tejido social, lucrando indebidamente a una sola parte a expensas del resto de la comunidad. Si los propietarios fabriles seguían reemplazando a los artesanos por

máquinas que hacían un trabajo más burdo y barato, recurrirían a un remedio sencillo: los luditas harían pedazos esos artilugios que les estaban «robando el pan».

Los relatos sobre los primeros asaltos de Bulwell, donde habían matado a John Westley, hablaban de un tal Ned Ludd que había dirigido el motín, pero nadie sabía quién era.

Ese general Ludd se convirtió rápidamente en una figura legendaria que permitió la rebelión de un movimiento anónimo, la movilización por una causa común sin salir de la clandestinidad. Fue una nueva versión del mítico héroe de Nottingham, Robin Hood, un icono reconocible al que emular, un líder para los oprimidos. Demostró ser una forma ingeniosa y descentralizada de organizarse: distribuía el poder, mantenía el secretismo y alimentaba un mito, todo un meme decimonónico.

Pero ¿por qué «Ludd»? La leyenda de Ned Ludd no es más que eso, una leyenda. Podría haber existido un Ned Ludd real en Leicester (o en cualquier otro sitio) que hubiera destrozado el telar de su maestro y provocado suficiente revuelo como para que los trabajadores insurgentes adoptaran su nombre. O puede que los mecanoclastas retocaran alguna otra historia para ponerla al servicio de su causa. Por ejemplo, la de Lludd Llaw Eraint, un heroico rey galés que perdió un brazo en una batalla y, durante su exilio, recibió un nuevo miembro de plata que le permitió volver convertido en una especie de deidad guerrera cibernética; el mito de Lludd Mano de Plata pasó al folclore británico como un cuento de hadas en el que ponía fin a tres plagas, vencía a dos dragones, acababa con una epidemia de abortos y fundaba la ciudad de Lluodon o Loudon, Londres. Un periódico de la época sugirió esta teoría:

> En galés, la palabra *uuyd* significa ejército o campamento miliar, *lluydda* es guerrear y *lluyddar*, soldado. Los alborotadores de Nottinghamshire y Cheshire han adoptado el nombre de «luditas», quizás alentados por algún galés que haya entre ellos, ya que Cheshire limita con Gales.[111]

El escritor Brian Bailey[112] apuntaba al antiguo rey británico Lud, a quien «tradicionalmente se le atribuye la construcción de la puerta londinense de Lud en el año 66 a. e. c. Fue enterrado cerca de aquella puerta, que ya por entonces recibía el nombre de Porthlud en britano y de Ludgate en sajón», según contaba Geoffrey of Monmouth. Bailey continúa así:

En la iglesia de St. Dunstan-in-the-West, en Fleet Street, se conserva una estatua póstuma del rey Lud procedente de la antigua puerta medieval. La sede de la Corporación del Gremio de Calceteros, demolida hace mucho, estuvo antaño a menos de un kilómetro, en Redcross Street.

Sea cual fuera su origen, el nombre de Ludd tuvo un enorme valor: todo el mundo, tanto los obreros como los dueños de las fábricas, leían esas cartas cuando la prensa las publicaba. La rebelión fue «un movimiento que cobró una fuerza extraordinaria y se extendió a otras regiones porque se generó [...] mediante la "creación y apropiación del epónimo de Ned Ludd"», sostiene la historiadora Katrina Navickas.[113]

Mientras las autoridades se empeñaban en buscarles distintos calificativos —se repitieron algunos como «alborotadores», «jacobinos» o «saqueadores» para intentar contrarrestar su popularidad—, los luditas seguían publicando sus propias cartas y firmándolas como el general Ludd. El término se asentó, otorgándoles el poder que da controlar la narrativa.

«El miedo alimentó rumores de disturbios que llegaron a paralizar por momentos algunas localidades, incluso aunque no ardiera ninguna máquina ni aparecieran cuadrillas de merodeadores», señala Navickas. La acechante amenaza del general Ludd también contribuyó a transformar las quejas rutinarias en reclamaciones perentorias. Puso una herramienta a disposición de los trabajadores.

Las algaradas mantuvieron su ferocidad: incursiones nocturnas, más telares destrozados e incluso alguna acción a plena luz del día, con quién sabe cuántos testigos pero sin ninguna delación. Era el tema que acaparaba todas las conversaciones.

El príncipe regente

Noviembre de 1811

Después de varias semanas, el príncipe regente seguía en cama. Se había torcido el tobillo mientras le enseñaba a su hija un paso de una danza popular escocesa, el *Highland fling*,[114] y aseguraba estar demasiado dolorido para las tareas de gobierno. Se pasaba el día tumbado boca abajo en su lecho, anestesiado con láudano, una mezcla de alcohol y tintura de opio que él mismo se había prescrito: cien gotas cada tres horas.

«No firma nada ni soporta ninguna conversación sobre asuntos serios. […] lo que, como imaginará, pone en enormes aprietos y dificultades a los ministros —le escribió William Fremantle al marqués de Buckingham el 28 de noviembre—. El duque de Cumberland ha empezado a decir que es una farsa, que podría levantarse y estaría perfectamente bien si lo deseara».

El duque no era el único que acusaba al regente de fingir para no asumir sus obligaciones. El príncipe disfrutaba en extremo de las fiestas y la pompa, pero no tenía ningún interés en la política. Cuando el Parlamento lo refrendó en su cargo, también le impuso varias restricciones importantes: no podía nombrar pares vitalicios —es decir, concederle a alguien el título de lord y, con él, un escaño parlamentario— ni ministros por periodos superiores a un año. Estas limitaciones y el pretexto de no molestar a su padre enfermo le dieron la disculpa perfecta para no implicarse en política y mantener el impopular gabinete *tory* derechista que había nombrado Jorge III. En lugar de acometer reformas que podrían provocar divisiones, se abstenía de las complicadas cuestiones gubernamentales y evitaba hacerse enemigos.

Sin embargo, esa regencia limitada estaba llegando a su fin y la

posibilidad de tener que participar en la formación de un nuevo Gobierno era cada vez más real. La clave de su actitud residía en que siempre se había vanagloriado de ser liberal y había profesado públicamente su lealtad a los *whigs* más progresistas, muchos de los cuales eran viejos amigos. Además, sabía que el pueblo detestaba a los *tories* dirigentes por haber impulsado aquella guerra que tanto aborrecían y los culpaba de la miseria generalizada. Por otra parte, el rey, un acérrimo *tory* conservador, ejercía una fuerte influencia sobre el príncipe. Por ese motivo, estaba a favor de seguir financiando la contienda contra Napoleón y se oponía a la emancipación católica de Irlanda, dos posturas que chocaban frontalmente con el ideario *whig*. En cuanto a los luditas, no parece que al príncipe le preocuparan demasiado.

El primer ministro, el *tory* Spencer Perceval, que ya había enviado al ejército al norte para reprimir las revueltas mecanoclastas en primavera, estaba optando por hacer lo mismo ahora que las aguas se agitaban en Nottingham.[115]

Poco después de que Jorge asumiera la regencia, los *whigs*, creyéndose sus aliados, le instaron a formar un nuevo Gobierno, pero el príncipe era reacio a la confrontación y no soportaba la presión. Eludió la petición amparándose en que su padre podía recuperarse y debía mantener a los *tories* al mando hasta que finalizara la regencia restringida: *entonces* podría asumir plenos poderes sobre Inglaterra.

Siempre había sido bastante indeciso, incluso perezoso. Tras la celebración que supuso su nacimiento como el primer heredero varón a la corona británica en 75 años, a ojos de su padre todo habían sido decepciones. Creció rodeado de lujos en la residencia real de White House, en Kews. A diferencia de sus hermanos y hermanas, tenía un carácter voluble y apático; si se caía mientras practicaba algún deporte, lo abandonaba, pues prefería evitar toda posibilidad de hacerse daño. Cuando la vacuna de la viruela lo dejó postrado en la cama durante semanas, el príncipe aseguró estar muy contento allí tumbado, mientras sus compañeros se quejaban y alborotaban, impacientes por salir a la calle a jugar. A uno de sus preceptores le inquietaba que Jorge no consiguiera convertirse no ya en un miembro respetado de la corte real, sino en «un caballero aceptable».

Su aislamiento de la dura realidad de la época, su acomodación a una vida de lujo y placer, así como su permanente indecisión, se hicieron sentir en su mandato en un momento en el que debía encargarse de supervisar lo

que de pronto se había convertido en la mayor ocupación militar interna de la historia del país.

Richard Ryder, nombrado ministro de Interior por Perceval y encargado de velar por la seguridad nacional y el orden público, había destinado un millar de soldados de infantería y novecientos de caballería a Nottingham. Sumados a las milicias locales, el contingente reunido para sofocar los motines ascendía a varios miles de hombres. Los magistrados civiles y militares reclutaron a más alguaciles, impulsaron toda una serie de ordenanzas y restricciones estrictas —por ejemplo, los *pubs* tenían que cerrar a las diez de la noche—, y se decretó la ley marcial en toda la zona.

Los dragones armados y los milicianos que patrullaban las calles y abarrotaban las tabernas sin rendir cuentas a nadie se convirtieron en una constante de la vida diaria.

La ocupación se enfrentó al enfado y las protestas de la ciudadanía, que temía que el movimiento no solucionara nada y desatara otra ola de violencia. De hecho, no estaba dando ningún fruto. El *Leeds Mercury* se hizo eco en un editorial del desasosiego popular:

> La coerción militar no está funcionando en Nottinghamshire como cabía suponer la semana pasada. Los asaltos de los destructores de telares continúan y, con la evolución de los acontecimientos, parece haberse fraguado «un método en su locura» que inevitablemente genera inquietud [...]. Cuán alarmante será la crisis de este país cuando su fuerza militar, en lugar de hacer frente a nuestros enemigos extranjeros, se ve obligada a actuar, con renuencia, contra nuestros propios ciudadanos, que han caído en la rabia ciega y la desesperación por la privación y la necesidad. Por otra parte, la causa de este ánimo de revuelta no se circunscribe a Nottinghamshire, sino que se extiende a prácticamente todas las zonas del reino dedicadas a la producción.[116]

El editorial acaba sugiriendo que la Corona está intentado presentar a los mecanoclastas como salvajes ignorantes para justificar el uso de la fuerza, una estrategia que no engaña a nadie. Todo el mundo sabe, insiste el periódico, que el problema reside en que el Gobierno sigue aferrándose a los principios del libre mercado que alentó el anterior primer ministro, William Pitt el Joven, y negándose a adoptar medidas para regular la industria o socorrer a la clase trabajadora:

> Estos disturbios no deben su origen y su agravamiento al oro de Napoleón, sino a las políticas de Pitt y sus acólitos; mientras el sistema siga actuando según los dictados del ministro, podrá afligirnos, pero no nos sorprenderán ni el desastre fuera de nuestras fronteras ni la conmoción en casa.[117]

Nottingham se había convertido en un territorio ocupado. Mientras el pueblo pedía ayuda, las máquinas ardían.

El príncipe seguía en cama bajo los efluvios del opio.

«El príncipe está todavía muy débil y se cree que la enfermedad le ha paralizado un brazo —escribió lord Grenville, un *whig* progresista ansioso por que el regente tomara cartas en el asunto de la emancipación católica y otras reformas—. La corte da a entender que no ha tomado ninguna decisión».

Hasta entonces, cuando el Parlamento se reunía, el príncipe se sumía en un estado de letargo, prefiriendo la convalecencia a gobernar lo que iba camino de convertirse en la gran potencia industrial del mundo.

En la carta de Grenville, casi se pueden oír los suspiros al ver cómo se desvanecen sus esperanzas: «No es otra cosa que posponer el fatídico día».[118]

William Horsfall

Otoño de 1811

Cada martes por la tarde, William Horsfall cabalgaba desde su fábrica en la aldea de Marsden a la lonja de paños de Huddersfield, uno de los puntos más animados del bullicioso centro de la localidad. Ataviado con sombrero de copa, chaleco de botonadura simple y una elegante casaca, el empresario fabril ofrecía una estampa familiar e imponente mientras atravesaba pastos verdes y pequeños pueblos. En la planta de Horsfall trabajaban cuatrocientas personas encargadas de accionar los mecanismos automatizados que más odiaban los artesanos: tundidoras y perchadoras.

Era un viaje de una hora durante el que Horsfall solía ser objeto de las burlas de los niños de la zona, algunos de cuyos padres se habían quedado sin trabajo por culpa de su fábrica.

Le asaltaban gritando «¡Soy el general Ludd!»,[119] a lo que él respondía repartiendo vergazos con la fusta.

Horsfall sabía que no gozaba de muchas simpatías —además de no esconder su intención de seguir automatizando la producción, ridiculizaba sin tapujos la lucha de los tejedores—, pero eso no parecía importarle. Cuando los trabajadores pañeros se levantaron y muchos emprendedores decidieron imprimir a sus negocios una prudencia recién descubierta, Horsfall juró redoblar sus esfuerzos.

«Seguiré comprando maquinaria aunque eso signifique tener que cabalgar entre ríos de sangre ludita que le lleguen a mi caballo hasta la panza», fanfarroneó ante otros fabricantes locales.[120]

Su beligerancia nacía de un agravio personal. Hacía unos años, en torno al cambio de siglo, unos trabajadores furiosos habían quemado la

pañería de su familia, Ottiwells, después de que su padre y su tío instalaran las primeras tundidoras, que todavía eran ilegales.

Horsfall creía en la fábrica por encima de todo. Reconstruyó Ottiwells, reemprendió la actividad, adquirió perchadoras y más máquinas de tundir, y animó a unos emprendedores herreros, los hermanos Enoch y James Taylor, a abrir un taller al lado.[121] Les encargó herramientas y nuevos dispositivos hechos a medida para su negocio, lo que supuso una gran ventaja en una época en la que el transporte a larga distancia de piezas y maquinaria resultaba difícil o arriesgado. Horsfall se había granjeado la fama de ser probablemente el emprendedor más agresivo de la región en lo referido a la automatización. Tuvo éxito donde su padre había fracasado: en 1807, abrió camino en el uso de tundidoras para mecanizar el trabajo de los artesanos, lo que le permitió bajar los precios y obligó a la competencia a seguir su ejemplo.

El único hombre de la zona que podía rivalizar con la desmedida ambición de Horsfall era William Cartwright, un emprendedor mucho más taciturno y menos grandilocuente. Cartwright, que no tenía ninguna relación con el inventor del telar mecánico con el que compartía apellido, había llegado al West Riding en 1809. No se conocían sus orígenes, pero sí su agresividad comercial, pues pronto llenó su fábrica de Rawfolds de tundidoras.

Era un hombre enigmático; hablaba francés, motivo más que suficiente para que los locales lo encontraran interesante, y mantenía cierta amistad con Patrick Brontë, un excéntrico reverendo de Yorkshire. Cuando conoció a la hija de Patrick, Charlotte, dejó una profunda impresión en ella. Más tarde, la escritora se inspiró en él para crear uno de los personajes principales de su segunda novela, *Shirley*, que se publicó tras el éxito de ventas de *Jane Eyre*.[122] En una charla con su biógrafa, Elizabeth Gaskell, Brontë describió así a Cartwright: «Un hombre muy notable que tiene, según se dice, parte de sangre extranjera, lo que resulta evidente al ver su tez oscura, igual que sus ojos, su gran estatura y sus modales, amables, pero muy singulares».[123]

Charlotte Brontë, que recurrió a lo que ella sabía de Cartwright y a lo que de él se contaba en la zona y en las crónicas de los periódicos para documentar y escribir *Shirley*, presenta a su homólogo ficticio, Robert Gérard Moore, como un empresario denostado por impulsar el progreso.

«La miseria genera odio», escribió.[124]

> Los que sufrían odiaban las máquinas que, en su opinión, les robaban el pan; detestaban los edificios que las albergaban y a los fabricantes a los que pertenecían esos edificios. [...] Se tenía la fábrica de Hollow [el correlato de Rawfolds] por el lugar más abominable; Gérard Moore, en su doble condición de medio extranjero y acérrimo defensor del progreso, era el hombre más aborrecido.

El texto exagera el odio por las máquinas, pero no el que profesaban a las fábricas y a sus dueños. La colosal fábrica de Cartwright se convirtió, como Ottiwells, en el imponente símbolo de un cambio de época, así como del poder y el capital de quienes estaban obrando ese cambio. Según el historiador Adrian Randall, «la intensidad y el grado de hostilidad a la maquinaria no pueden explicarse como simple miedo a la redundancia. La resistencia con la que solía toparse la innovación no procedía solo de quienes se enfrentaban al riesgo inminente de perder su trabajo o de los que percibían ese peligro a más largo plazo, sino también de otros sectores y grupos para los que las máquinas no suponían una amenaza. En muchos sentidos, el miedo que unió a todos los que se opusieron fue el miedo a la fábrica».[125]

Los trabajadores no solo se rebelaron con el objetivo de hacer añicos la maquinaria que empeoraba sus condiciones de trabajo ni de conquistar mejoras a corto plazo, sino en un intento de desmantelar el sistema fabril naciente que impulsaban hombres como Cartwright y Horsfall. Mánchester, la ciudad del condado vecino de Lancashire en que vieron la luz el telar mecánico y la hiladora hidráulica, experimentó una notable explosión económica. Lo que a principios del siglo XVIII era una localidad comercial de diez mil habitantes creció hasta convertirse en uno de los primeros centros industriales del mundo, una ciudad que en 1820 albergaba casi doscientas mil almas y, en apariencia, otras tantas fábricas. La degradación de las condiciones de trabajo fue brutal: en 1810, una inspección definió una de estas fábricas textiles como un lugar «atestado» con una «acuciante necesidad de ventilación».[126] Los trabajadores recibían una «alimentación insuficiente», «las letrinas estaban en tal estado que nos ha sido imposible acercarnos» y los «aprendices se quejaban del exceso de trabajo». Los «abusos físicos y la explotación» eran la norma.

Para finales del siglo XIX, la producción textil se había multiplicado por quince, llevando a la extinción a toda una clase de trabajadores: cualificados y orgullosos artesanos que llevaban cientos de años

preservando su oficio. Muchas ciudades inglesas se llenaron de pobres y de personas que se vieron obligadas a dejar sus pueblos para trabajar en la fábrica, ese símbolo cruel de conformidad, de sumisión individual y de pérdida de las tradiciones.

«La imagen de la fábrica era increíblemente potente y suscitó un temor generalizado, ya que encarnaba un nuevo poder, una nueva fuerza centralizada en la industria», explica Randall.[127] El desprecio que despertaban estas fábricas entre los trabajadores por la dominación que se verían obligados a soportar era mucho más profundo que el de los poetas que denunciaban el destrozo del paisaje rural. Recordaban a las casas de trabajos forzosos para pobres —literalmente, prisiones—, lo que contribuyó a consagrar «la asociación popular de la fábrica con espacios de confinamiento y pérdida de libertad».

No sorprende que los trabajadores las odiaran y odiaran a los hombres que las construían. Sin embargo, a empresarios como Horsfall y Cartwright no les molestaba esa animadversión; de hecho, les servía de acicate.

La historiadora Maxine Berg ha señalado que «frente a esa resistencia», los propietarios fabriles y sus socios «adoptaron una actitud optimista y determinista cada vez más agresiva. Asumían el carácter natural y evolutivo del cambio mecánico como un axioma, lo consideraban el motor mismo del progreso».[128] Esa postura sigue dominando el sector tecnológico moderno doscientos años después. La historiadora Margaret O'Mara, especializada en Silicon Valley, describe el afán «casi obsesivo»[129] de la región por diseñar nuevas tecnologías comerciales, y apunta que «como consecuencia [las empresas tecnológicas] suelen prestarle muy poca atención al resto del mundo. ¿Por qué dedicarle tiempo a entender cómo funcionan las instituciones gubernamentales o esas viejas industrias cuando tu propósito es cortocircuitarlas para dar lugar a algo mucho mejor? ¿Por qué preocuparte por la historia cuando estás construyendo el futuro?».

La fe de los emprendedores en el «progreso» se anclaba en la popular filosofía del economista escocés Adam Smith. Según el historiador Brian Bailey, «el *laissez faire* se había convertido en el dogma político de la burguesía inglesa. En la práctica, suponía libertad para los empleadores y una represión intolerable para los trabajadores».[130] A pesar de que *La riqueza de las naciones* no había tenido una gran acogida cuando Smith lo publicó en 1776, su influencia se multiplicó durante las siguientes décadas. El libro, una síntesis de las últimas corrientes del pensamiento económico,

presentaba la doctrina del *laissez faire* —la idea de «dejar que la gente haga» (lo que considere oportuno)— como una ciencia. Estaba totalmente a favor del libre comercio y de la empresa, y radicalmente en contra de la regulación y los monopolios.

«Fue un ataque deliberado a las políticas económicas vigentes y a los preceptos económicos dominantes», señaló el historiador económico Kirk Willis.[131] El mercantilismo monopolístico al estilo de la Compañía de las Indias Orientales se quedaba anticuado; se imponían la competencia, el libre mercado y la desregulación, y con ellos, las fábricas y sus propietarios como puntales de la prosperidad económica. «El planteamiento de Adam Smith en *La riqueza de las naciones* unió dos conceptos clave: la división del trabajo como motor para generar prosperidad y los sistemas de mercado basados en el interés individual como combustible de ese motor», explica el politólogo Mike Munger.[132]

Dos de los primeros y más influyentes seguidores de Smith fueron los dirigentes que comandaron la política económica británica tras la guerra de independencia estadounidense: el conde de Shelburne y William Pitt el Joven.[133] Como muestra, el panegírico que Pitt le dedicó a Adam Smith durante un debate sobre la situación fiscal de la nación celebrado en la Cámara de los Comunes el 17 de febrero de 1792: «Los escritos de un autor de nuestro tiempo [...], de un celebrado tratado sobre la riqueza de las naciones [...], proveerán, en mi opinión, la mejor respuesta a cualquier cuestión relacionada con la historia del comercio o los sistemas de la economía política». Aquellas teorías imbuyeron a los «nuevos» *tories* de Pitt de una apariencia de modernidad y aportaron un fundamento ideológico para el ascenso de la clase empresarial.[134] Los propietarios fabriles empezaron a citar a Adam Smith, mientras que los trabajadores empezaron a detestarlo. (Y años después de que dejara el cargo, los columnistas seguirían arremetiendo contra Pitt por transformar las ideas de Smith en políticas públicas).

En sus viajes semanales al animado mercado de Huddersfield, Horsfall y Cartwright se convertían en el foco de atención por las transacciones que cerraban y por las sumas cada vez mayores de dinero que movían. Ya entonces daba la sensación de que estaban haciendo algo más que enriquecerse a costa de los artesanos a los que sus dispositivos habían dejado sin trabajo; estaban utilizando esas máquinas para imponer al pueblo una forma totalmente nueva de trabajar.

Sus manos guiaron las nuevas tecnologías que contribuyeron a forjar la

esencia misma del capitalismo industrial.

B

Noviembre de 1811

En una reunión secreta celebrada en el hotel Falstaff de Mánchester en una oscura noche de noviembre, un hombre que se había presentado como obrero pañero y vestía como tal escuchaba la intervención de un delegado de la localidad de Royton. Este aseguró que su gente estaba «harta de pedir» y que estarían «listos para dar un paso al frente en cuestión de días si tuvieran un líder». El resto de delegados fueron interviniendo uno a uno para repetir lo mismo, mientras el hombre tomaba nota.

Cuando volvió a casa, registró los detalles de la reunión clandestina de aquel grupo, que se autodenominaba Comité de Mánchester y que era cada día más numeroso. A continuación, envió una carta a un magistrado de Bolton, el coronel Ralph Fletcher,[135] que le proveía de una paga diaria y le reembolsaba los gastos. Firmó la misiva como «B».

B era un espía.

Llevaba desde octubre asistiendo a asambleas secretas a la luz de un puñado de faroles en trastiendas de tabernas, en campos anegados de las afueras de Mánchester y por todo Lancashire y Cheshire. Se sentaba entre artesanos, tejedores y dueños de pequeños talleres, a algunos de los cuales fingía conocer desde hacía años, y ponía el oído mientras hablaban de lo que ellos llamaban «el negocio». Asentía y animaba cuando se extendían los llamamientos a la rebelión y cuando los luditas maldecían a los propietarios de las máquinas y los patronos de las fábricas. B planteaba sus propias propuestas sediciosas y traicioneras.

En un encuentro con un contacto de Cheshire, B supo que había un millar de trabajadores listos para rebelarse. Estaban armados y sabían

pelear; el «sentir general era el deseo de revolución».

B era uno de los agentes de una vasta red estatal organizada por magistrados como Fletcher y financiada por las más altas esferas del Gobierno. Eran confidentes a sueldo, mercenarios pagados para infiltrarse en reuniones furtivas e informar sobre movimientos radicales y supuestas insurrecciones. Se trataba de un sistema de espionaje remunerado pero informal, en el que no se rendían cuentas, por lo que sus mensajes deben leerse con escepticismo.[136] Muchos delatores eran leales a la Corona y transmitían información bastante precisa, aunque con frecuencia actuaban como instigadores para conseguirla. Otros, intuyendo que los rumores sobre la inminente revolución alimentaban la imaginación y los prejuicios de sus empleadores y, por tanto, aumentaban la demanda de sus servicios, adaptaban sus informes en consecuencia. Hay más de una forma de ganarse la vida en tiempos revueltos.

Los espías como B descubrieron pronto que infiltrarse en las células luditas no era tan fácil como parecía. Durante décadas, este tipo de agentes habían sido una herramienta para subvertir clubes políticos radicales, en los que la mayoría de los miembros no se conocían más que de las reuniones semanales y donde una cara nueva no llamaba demasiado la atención.[137] Los confidentes que se movían en estos ámbitos eran muy efectivos, ya que, además de obtener información destinada a detener y condenar a los disidentes, sembraban la desconfianza y la discordia entre los grupos reformistas. Sin embargo, los luditas eran una comunidad muy unida; los hombres vivían y trabajaban juntos, a menudo durante años, y los forasteros levantaban sospechas.

La tarea parecía algo más viable en Mánchester, donde trabajaba B. Lancashire, Cheshire y Derbyshire eran condados algodoneros, y juntos formaban el tercer gran foco de actividad ludita. A diferencia del West Riding de Yorkshire, hogar de la producción de lana, y de Nottingham, especializada en la seda y el encaje, la industria textil del algodón en Mánchester era relativamente nueva. Allí no había costumbres arraigadas ni tradiciones centenarias que definieran los oficios, como tampoco gremios fuertes para protegerlas.

El algodón no era un cultivo autóctono; durante décadas se había importado desde la India. El sector no despegó en Lancashire hasta que las colonias de los estados americanos y de las Indias Orientales no empezaron a mejorar su propia tecnología —lo que se tradujo en un dramático incremento de la esclavitud y las plantaciones de algodón— en respuesta al

aumento de la demanda. La mayoría del algodón entraba a través de Mánchester, aquella ciudad que la mecanización y las fábricas habían transformado en Algodonópolis.

El número de husos en funcionamiento en los molinos algodoneros pasó de 1,7 millones en la década de 1780 a entre cuatro y cinco millones en 1812, triplicando la producción y convirtiendo el algodón en «la industria manufacturera más importante de Gran Bretaña».[138] El sector tenía una gran necesidad de mano de obra barata, así que recurría a la población infantil: niñas y niños que, como el joven aprendiz Robert Blincoe, llegaban desde los orfanatos para trabajar gratis en las primeras máquinas hiladoras junto a trabajadores migrantes irlandeses y la ingente cantidad de mujeres que habían perdido su trabajo debido a la última ola de mecanización.

En la Inglaterra patriarcal de la era de la industrialización, lo que desató la ira más furibunda fue la pérdida de trabajos masculinos, pero las hilanderas manuales, que también trabajaban en casa, con sus familias, habían visto cómo su medio de vida desaparecía de la noche a la mañana debido a tecnologías como las *jennies* y la hiladora hidráulica. «Las hilanderas manuales constituían el grupo de trabajadores industriales más numeroso de toda Europa. Se las olvidó porque eran mujeres, pero su oficio se extinguió en solo quince años», recuerda la historiadora de la economía Jane Humphries.[139]

Ahora, los artesanos y los tejedores de Lancashire se enfrentaban a una de las tecnologías automáticas con mayor potencial disruptivo. Si los calceteros de Nottingham se habían levantado contra los bastidores anchos y la producción de medias por piezas y los tundidores del West Riding dirigían su odio a las perchadoras y las tundidoras, los tejedores de Lancashire tenían ante sí el telar mecánico de Edmund Cartwright.

Le había llevado un par de décadas y habían sido necesarios varios ajustes e innovaciones para que fuera rentable, pero Cartwright por fin había construido su dispositivo. En Mánchester, esos telares solían concentrarse en fábricas en las que además se usaban máquinas de vapor. Todavía no había un gran número de telares mecánicos en marcha, pero, como en el resto de las Midlands y de Yorkshire, el comercio estaba de capa caída, la pobreza no dejaba de aumentar y las familias sufrían.[140] Cualquier emprendedor que deseara instalar un telar mecánico de vapor o que ya tuviera alguno tendría que vérselas ahora con la ira de miles de tejedores de algodón.

Cuanto más crecía la producción y más fábricas recurrían al trabajo infantil o a los telares mecánicos, más se desplomaban los salarios —en Lancashire, la paga semanal de un tejedor bajó de 25 chelines en 1800 a catorce en 1811—, lo que propició que los trabajadores se organizaran para reclamar un sueldo mínimo. Ante la resistencia con la que se toparon, emprendieron una huelga pacífica y muy bien orquestada que dio algunos frutos, aunque la recuperación salarial no duró mucho. El siguiente paso de los tejedores de Lancashire fue presentar el caso a su magistrado, quien les recomendó escribir al ministro del Interior. Richard Ryder respondió sin rodeos que «los telares a vapor prestan un gran servicio al Estado».[141]

La indignación se extendía, como en todas las partes. Los tejedores de algodón intentaron reunirse con los patronos de las fábricas para llegar a un acuerdo, pero se estaban quedando sin opciones.

La carta más reciente de B indicaba que la última asamblea a la que había asistido se había convocado con un objetivo bastante sencillo: enviar a un delegado ludita a recorrer los condados cercanos para recoger información, comprobar cómo «bajaban las aguas políticas, económicas y sociales» y calibrar si estaban listos para la sublevación. Planeaban volver a reunirse en dos semanas, «con informes de sus áreas locales sobre cuántas personas deseaban participar en el negocio».

Sin duda, serían muchas.

B era muy productivo. Ya había aportado una buena cantidad de atestados sobre reuniones de apariencia sediciosa y había incluido multitud de detalles: los delegados de otros condados que asistían a ellas, el avanzado estado de las conversaciones sobre la inminente insurrección —su «especialidad»—, el número de hombres que se preparaban para rebelarse y las armas que iban a usar.

La infantería, los dragones reales y las milicias habían sido el rostro visible de la oposición de la Corona a los luditas en Nottingham. Los espías, como es lógico, se mantenían en las sombras, pero los trabajadores eran muy conscientes de su existencia.

Los luditas de Nottingham habían conquistado, a pesar de todo, ciertas victorias y concesiones. No solo eran populares entre los obreros pobres, también habían forzado a algunos propietarios a abandonar las nuevas máquinas, subir los salarios y devolver el trabajo a los menestrales. Los luditas suponían una amenaza en toda regla al poder económico de la clase dirigente.

Los magistrados como Ralph Fletcher estaban convencidos de la

necesidad de erradicar esa amenaza de inmediato, ya fuera por la fuerza de las armas a plena luz del día o con arrestos nocturnos, para evitar que se propagase.

* * *

DESEMPLEO GENERALIZADO, INSURRECCIÓN Y OCUPACIÓN MILITAR

Hay veinte mil medieros desempleados. A la ciudad han llegado seis regimientos desde distintos puntos del país, y trescientos nuevos alguaciles han jurado mantener la paz. Sin embargo, todo parece en vano, pues continúa la práctica de quemar pilas de heno y maíz y de destrozar talleres.

Son ya novecientos los bastidores de encaje que han acabado hechos añicos; cada uno vale ciento cuarenta libras, y en una sola noche han llegado a caer entre veinte y treinta. Toda la región, en veinte millas a la redonda, es testigo de estos catastróficos actos, que escapan a todo control. La cárcel de Nottingham está llena de personas insolventes, y la angustia llega también al campo. Sin comercio, no hay dinero.

La situación se ha prolongado durante dos meses. La ciudad es ya un acuartelamiento en el que impera una estricta ley marcial.

Solo Dios sabe cómo acabará todo esto; nada nos aguarda salvo la ruina.

The London Statesman, 15 de diciembre de 1811

Ned Ludd y el príncipe regente

Diciembre de 1811

Las localidades cercanas al bosque de Sherwood estaban llenas de máquinas hechas pedazos. Los ataques a los bastidores anchos habían continuado sin tregua durante más de un mes, el saldo de pérdidas crecía día a día y las cartas que advertían de nuevas incursiones se acumulaban frente a las puertas de fabricantes y magistrados. Los tumultos se habían propagado desde Nottingham a los condados vecinos de Leicester y Derby.

El Ayuntamiento de Nottingham había fijado una recompensa de quinientas libras por cualquier información sobre «los autores, redactores, editores o remitentes de las cartas firmadas con el nombre ficticio de Ned Lud».[142] El duque de Newcastle, por su parte, ofrecía hasta dos mil libras a quien supiera algo de «los actos ilegales y las felonías que se cometen en la localidad».

Algunos sugerían que Gravener Henson, un calcetero inteligente y con dotes de orador que había ayudado años atrás a los trabajadores a organizarse contra los empresarios lenceros, podía estar implicado. Pero si alguien sabía algo más, no se lo reveló a las autoridades.

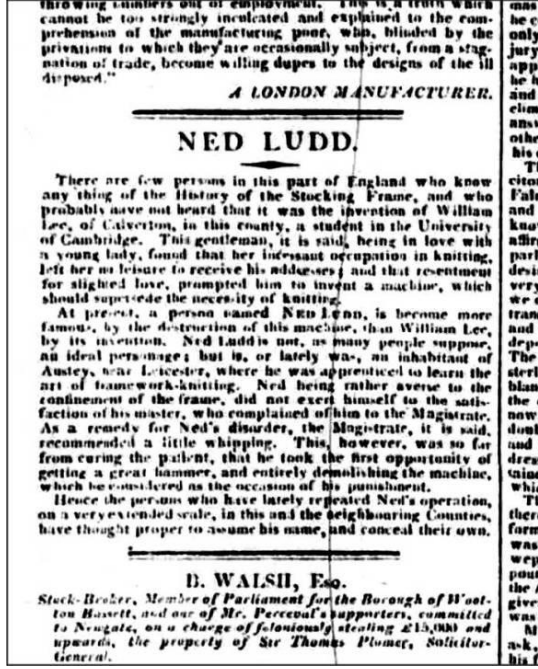
Los avisos de recompensa colgados en las puertas de fábricas y edificios municipales avivaron la difusión viral de la narrativa ludita. Para las clases trabajadoras, la historia de la rebelión era irresistible: la precisión quirúrgica de los golpes, la clandestinidad y las identidades secretas que adoptaban los sublevados, la descarnada moralidad de las amenazas, el nombre del general Ludd en la tierra de Robin Hood. Era como vivir una leyenda en tiempo real. Las cada vez más frecuentes misivas que recibían

los patronos fabriles, los magistrados y los dueños de las máquinas transmitían la sensación de que los luditas estaban en todas partes y de que estaban unidos.

Ya fuera porque la prensa había citado la historia de Ned Ludd, el joven aprendiz enfurecido por los varazos de su maestro, quizás en un intento de darle al movimiento un aire pueril o ingenuo, ya fuera por obra de los luditas, que deseaban dotar a su rebelión de una historia fundacional, empezaron a circular relatos detallados sobre sus orígenes.

El 20 de diciembre de 1811, The *Nottingham Review* publicó esta noticia:

> Hay pocas personas en esta parte de Inglaterra, que algo sabe de la historia del bastidor de medias, que no hayan oído hablar de su inventor, William Lee, natural de este condado y estudiante de la Universidad de Cambridge. Se dice que este caballero, prendado de una joven dama, encontraba que su incansable dedicación a las labores de punto no le dejaba un momento de asueto para recibir sus atenciones; el resentimiento por ese amor frustrado le sirvió de acicate para inventar una máquina que dejara obsoletas las agujas de tejer.
>
> Hoy, un hombre llamado Ned ha cobrado más fama por su destructiva cruzada contra esta máquina de la que gozó William Lee por inventarla. Ned Ludd no es, como muchos suponen, un personaje ficticio; es, o era, un vecino de Antsley, cerca de Leicester, donde aprendió el oficio de la calcetería y el manejo del bastidor.
>
> Ned no cumplía con su cometido a satisfacción de su maestro, que se quejó de él al magistrado. Como remedio para el mal comportamiento de Ned, el magistrado recomendó usar la fusta.
>
> Sin embargo, lejos de curar al paciente, esta medicina lo animó a aprovechar la primera oportunidad que se le presentó para conseguir un martillo y pulverizar el ingenio que consideraba culpable de su castigo. Ese es el motivo por el que las personas que en los últimos tiempos han repetido el ataque de Ned, a una escala mucho mayor, en este condado y en los limítrofes, han juzgado adecuado adoptar su nombre y ocultar su identidad real.



cannot be too strongly inculcated and explained to the comprehension of the manufacturing poor, who, blinded by the privations to which they are occasionally subject, from a stagnation of trade, become willing dupes to the designs of the ill disposed."

A LONDON MANUFACTURER.

NED LUDD.

There are few persons in this part of England who know any thing of the History of the Stocking Frame, and who probably have not heard that it was the invention of William Lee, of Calverton, in this county, a student in the University of Cambridge. This gentleman, it is said, being in love with a young lady, found that her incessant occupation in knitting, left her no leisure to receive his addresses; and that resentment for slighted love, prompted him to invent a machine, which should supersede the necessity of knitting.

At present, a person named NED LUDD, is become more famous, by the destruction of this machine, than William Lee, by its invention. Ned Ludd is not, as many people suppose, an ideal personage; but is, or lately was, an inhabitant of Anstey, near Leicester, where he was apprenticed to learn the art of framework-knitting. Ned being rather averse to the confinement of the frame, did not exert himself to the satisfaction of his master, who complained of him to the Magistrate. As a remedy for Ned's disorder, the Magistrate, it is said, recommended a little whipping. This, however, was so far from curing the patient, that he took the first opportunity of getting a great hammer, and entirely demolishing the machine, which he considered as the occasion of his punishment.

Hence the persons who have lately repeated Ned's operation, on a very extended scale, in this and the neighbouring Counties, have thought proper to assume his name, and conceal their own.

B. WALSH, Esq.

Stock-Broker, Member of Parliament for the Borough of Wootton Bassett, and one of Mr. Perceval's supporters, committed to Newgate, on a charge of feloniously stealing £15,000 and upwards, the property of Sir Thomas Plomer, Solicitor-General.

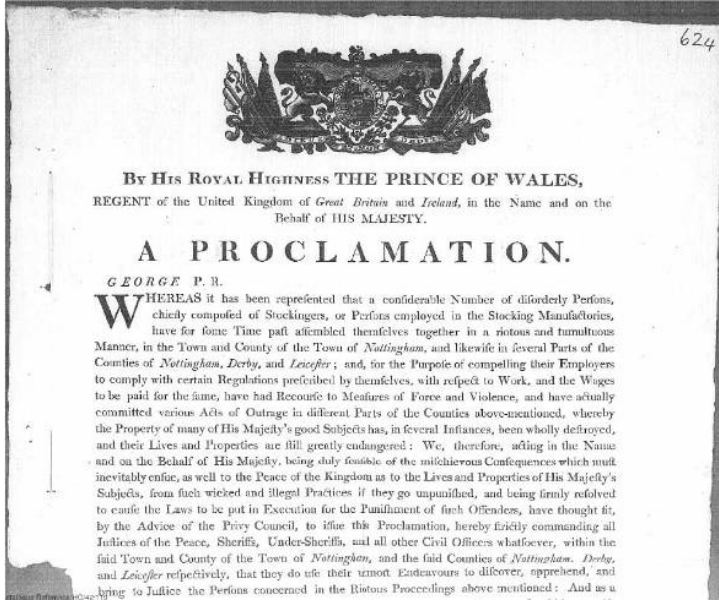
Esta noticia breve publicada en The Nottingham Review el 20 de diciembre de 1811 es la primera explicación conocida del origen de los luditas.

La prensa de toda Inglaterra se hizo eco de ese relato.

El mismo día que se publicó ese texto en The *Nottingham Review*, la Corona promulgó un edicto real que comenzaba así: «Desde hace un tiempo, se están formando grupos sediciosos y alborotadores compuestos por un número considerable de personas de tendencias agitadoras, la mayoría dedicadas al oficio de la calcetería».[143]

Esas «personas» estaban intentando «obligar a sus empleadores a cumplir con ciertas normas que ellas mismas han estipulado», recurriendo para ello a «medidas de fuerza y violencia». El edicto anunciaba con grandilocuencia que el Estado haría uso de todo su poder para castigar a los culpables y prender a los luditas, a quienes no se refería por ese nombre.

El príncipe regente prometía que cualquier ciudadano que facilitara información conducente a la detención de estos rebeldes «tendría derecho a la suma de cincuenta libras por cada persona a la que fuera posible condenar», así como al indulto si el denunciante también podía ser considerado responsable.



624

By His Royal Highness THE PRINCE OF WALES,

REGENT of the United Kingdom of *Great Britain* and *Ireland*, in the Name and on the Behalf of HIS MAJESTY.

A PROCLAMATION.

GEORGE P. R.

WHEREAS it has been repreſented that a conſiderable Number of diſorderly Perſons, chiefly compoſed of Stockingers, or Perſons employed in the Stocking Manufactories, have for ſome Time paſt aſſembled themſelves together in a riotous and tumultuous Manner, in the Town and County of the Town of *Nottingham*, and likewiſe in ſeveral Parts of the Counties of *Nottingham*, *Derby*, and *Leiceſter*; and, for the Purpoſe of compelling their Employers to comply with certain Regulations preſcribed by themſelves, with reſpect to Work, and the Wages to be paid for the ſame, have had Recourſe to Meaſures of Force and Violence, and have actually committed various Acts of Outrage in different Parts of the Counties above-mentioned, whereby the Property of many of His Majeſty's good Subjects has, in ſeveral Inſtances, been wholly deſtroyed, and their Lives and Properties are ſtill greatly endangered: We, therefore, acting in the Name and on the Behalf of His Majeſty, being duly ſenſible of the miſchievous Conſequences which muſt inevitably enſue, as well to the Peace of the Kingdom as to the Lives and Properties of His Majeſty's Subjects, from ſuch wicked and illegal Practices if they go unpuniſhed, and being firmly reſolved to cauſe the Laws to be put in Execution for the Puniſhment of ſuch Offenders, have thought fit, by the Advice of the Privy Council, to iſſue this Proclamation, hereby ſtrictly commanding all Juſtices of the Peace, Sheriffs, Under-Sheriffs, and all other Civil Officers whatſoever, within the ſaid Town and County of the Town of *Nottingham*, and the ſaid Counties of *Nottingham*, *Derby*, and *Leiceſter* reſpectively, that they do uſe their utmoſt Endeavours to diſcover, apprehend, and bring to Juſtice the Perſons concerned in the Riotous Proceedings above mentioned: And as a

El edicto del príncipe Jorge se publicó en la misma edición del 20 de diciembre de The Nottingham Review. También se distribuyó en forma de octavillas como la que aparece en la imagen.

Corrían rumores sobre una propuesta para incluir el destrozo de máquinas entre los delitos capitales, ya que varios legisladores *tories* muy poderosos creían que la severidad era la única forma de disuadir futuros levantamientos. Pero el sentir popular era otro.

El poeta Percy Bysshe Shelley escribió esto a un amigo el 26 de diciembre:

> Esta propuesta será, de concretarse, una prueba de la imbecilidad de la aristocracia. La realidad me ha llevado a razonamientos que me impulsan a odiar cada vez más a las clases dirigentes, en cualquier ámbito. He presenciado escenas de miseria. Los productores se ven abocados a la indigencia. Mis amigos militares han puesto rumbo a Nottingham. […] Malditos sean sus propósitos si suponen perder a uno solo de esos habitantes asediados por el hambre. [Robert] Southey cree que la revolución es *inevitable*.[144]

Shelley tenía una opinión desoladora sobre lo que ocurriría si los gobernantes seguían tensando la cuerda: «Pueden ignorar los lamentos de los desdichados hasta el último instante de esta infame bacanal, hasta que

la tormenta estalle sobre ellos y los oprimidos emprendan su devastadora venganza contra los opresores».

El Estado había puesto precio a la cabeza de los luditas, por si alguien se atrevía a reclamarlo.

En cuanto colgaron el edicto real en la puerta de la iglesia de Sheepshead, al lado apareció otro anuncio: dado que el Gobierno había ofrecido una recompensa de cincuenta libras por cada condena, había preparadas cincuenta balas para el primer hombre que hablara.[145]

Lo firmaba Ned Ludd.

George Mellor

Día de Navidad de 1811

Las campanas de la iglesia repicaron a medianoche, mientras George Mellor avanzaba con tiento por el suelo helado de camino a la granja de su tía en Lower Helm. Menuda forma de celebrar la Navidad. Hacía un frío glacial, y prácticamente había huido de casa de su padrastro, que estaba de un humor de perros por la marcha de su negocio.[146] Caía la nieve y en la ladera todavía titilaban las luces de varias casas. Deberían haber sido más. Al llegar a la puerta, se aclaró la garganta.

A modo de saludo, vociferó el primer verso de un conocido villancico: «¡Despertad, cristianos, dad la bienvenida a la feliz mañana!». En la escena descrita en *Ben o' Bill's*, la llegada provoca un pequeño revuelo en el interior de la modesta pero espaciosa casa de cuatro habitaciones, en cuyo segundo piso descansaban los telares de su tío, el tejedor William Bamforth.

William abrió la puerta y George se asomó mientras se quitaba una enorme bufanda roja y el gabán empapado que cubría su corpulenta espalda. También llevaba mojados el pelo, de color cobrizo, y la barba castaña. Cuando entró, le dio a su tía un «sonoro» beso y otro a Martha, la sirvienta, quien le devolvió el beso con tanto entusiasmo que todos los presentes estallaron en carcajadas. Allí estaban también su primo pequeño Ben, el afable gigantón; su encantadora e inteligente prima Mary, a la que dedicó una generosa sonrisa, y 'Siah, el mozo de cuadra, bastante bebido. Apartaron a un lado los platos sucios y los restos de una comida singularmente copiosa.

Los Bamforth, además de los cuatro telares del piso de arriba, tenían la

granja, por lo que disponían de huevos, leche y verdura, una defensa decente contra el hambre y material suficiente para un pequeño festín en tiempos difíciles. Más de lo que podían decir muchos de sus vecinos. George sabía que esa era la verdad incómoda que velaba cualquier muestra de júbilo, incluso en Navidad: para la mayoría, no había nada que celebrar.

«Parece que ha pasado un siglo desde la última vez que os vi. En casa no hay nadie demasiado alegre ahora mismo. El trabajo ha caído en picado y John Wood está a punto de explotar —les confesó George para explicar su llegada a esas horas de la noche—. Pero os he traído esta rama de muérdago».

Sacó la planta festiva, la familia volvió a reír de nuevo y Ben fue a por más cerveza. Justo en ese momento, un grupo que cantaba villancicos se detuvo delante del porche.

* * *

La noche siguiente, George le propuso a Ben ir hasta Marsden para tomarse una pinta en el Red Lion. Caminaban en medio de la oscuridad, entre los pastizales, en dirección a Huddersfield, hablando animadamente y gastándose bromas. Cuando se disponían a entrar en el pueblo, oyeron una voz que les sorprendió.

—Ben, ¿eres tú, chico?

Quien había formulado la pregunta era William Horsfall, el empresario fabril, que trataba al padre de Ben con una educada cordialidad.

—Buenas noches, señor —le respondió Ben.

—Feliz Navidad, Ben, saluda de mi parte a mis buenos amigos de Helm. ¿Y quién es tu compañero? —quiso saber Horsfall.

Ben le presentó a su primo. El empresario recordó que había conocido a su madre hacía años y le tendió la mano, aunque George permaneció impasible.

—Venid conmigo a Ottiwells y así probáis nuestra cerveza especiada. A mi esposa le encantará charlar un rato con vosotros —les propuso Horsfall.

Ben estaba a punto de aceptar, pero George, que parecía tan contento un minuto antes, no se movió. No dijo nada. El fabricante no estaba acostumbrado a que nadie rechazara sus ofertas y se dio la vuelta mientras Ben se deshacía en disculpas. Los movimientos de George se habían limitado a una seca inclinación de cabeza y un apretón de manos desganado.

Cuando Horsfall estuvo lo bastante lejos, George volvió a la vida y estalló:

—No sé cómo puedes hablarle con tanta educación a un hombre como ese. ¿No sabes que Horsfall es el que más presiona para usar las nuevas máquinas? ¿Que las ha instalado en Ottiwells? ¿Que ha despedido a los oficiales veteranos y solo emplea a criaturas que puedan aprender a manejar esos dispositivos? ¿No te has enterado de que hay muchas familias en Marsden ahora, en esta felicísima Navidad que acabamos de desearnos como cotorras, a las que les falta leña para el hogar, un trozo de carne para poner en la mesa o ropa para abrigarse por culpa de Horsfall y de los que son como él?

A esas alturas, todo el mundo sabía del odio de Horsfall por los trabajadores sublevados, y era de dominio público que se había jactado de que seguiría cabalgando aunque tuviera que meter su caballo hasta la panza en sangre ludita.[147]

—¿No has oído que Horsfall se atrevió a gritar en el mercado de Huddersfield que la horca no es suficiente para los compañeros de Nottingham? Si no lo sabes, es porque vives con los ojos cerrados y los oídos taponados, Ben, pues me niego a creer que puedas tener el corazón tan duro. ¿Y encima me preguntas por qué no quería irme de paseo con él?

—Pero ¿qué tiene que ver *precisamente* Horsfall con todo eso? —le preguntó Ben, que seguía sin entender la réplica de su primo.

—Tiene mucho que ver, Ben. Desde que empezó esta época de penuria, a los ingleses nos han dicho que debemos estar unidos, trabajar codo con codo contra un enemigo común, como un deber patriótico.

George continuó perorando, recordando que mientras el sufrimiento se había repartido entre ricos y pobres por igual, todo había ido bien. Los ricos no tenían el monopolio del patriotismo; al fin y al cabo, él mismo había ido a la guerra por Inglaterra. Pero entonces, sucedió una cosa curiosa: entre tanta calamidad, los ricos empezaron a enriquecerse todavía más.

Esas máquinas nuevas reducían los costes hasta un nivel imposible, le explicó George a Ben. En Nottingham, un bastidor ancho costaba ciento veinte libras y hacía el trabajo de cuatro calceteros, así que el propietario recuperaba la inversión en un año. «Él se lo ahorra, pero ¿quién lo pierde? Pues los que trabajan para ganar un jornal, claro», dijo George indignado. Por ese motivo, había veinte mil medieros sin trabajo en Nottingham. Se pararon en la calle. En los ojos de George se veía furia; en los de Ben,

preocupación.

—¿Y qué puedes hacer tú? —preguntó Ben, que siempre había sido el más cauto y, además, quería mucho a su primo—. No puedes luchar contra las leyes inglesas; los patronos las tienen de su lado. No vale de nada dar coces contra el aguijón. Supongo que no tienes nada que ver con el destrozo de las máquinas, ¿no?

George frunció el ceño:

—Justo ahora avanzo a tientas en la oscuridad. Despedazar telares y quemar almacenes puede parecer simplemente un acto de venganza, pero es hacer algo, y diría que algo hay que hacer. Cuando nos sometemos como el ganado manso, nuestros gobernantes dicen que estamos contentos y no tenemos queja; cuando nos unimos en grandes grupos y gritamos nuestros males, nos cuelgan por sedición. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué camino debemos tomar?

Fue entonces cuando se lo contó.

Escogió las palabras con cuidado: «Hay que dar pasos». A pesar del eufemismo, cualquier trabajador textil de la región habría sabido exactamente lo que quería decir. El objetivo de esos «pasos» era «disuadir» a los fabricantes de destruir empleos con maquinaria automatizada. Lo primero era prestar juramento, comprometerse a no trabajar nunca con máquinas que resultaran perjudiciales para el colectivo ni en fábricas o talleres en los que se hubieran instalado esos artefactos. Después, había que presionar a los fabricantes para que dejaran de utilizarlos, aunque George tuvo la prevención de apostillar que «no debe emplearse ningún tipo de violencia ni contra las personas ni contra las máquinas, al menos si los patronos se avienen a razonar». Sobre eso, George no albergaba dudas.

Al fin y al cabo, muchos de los patronos eran hombres a los que George y Ben conocían de toda la vida, hombres que conocían a sus familias, su historia, su comunidad. Estos vínculos sociales no son fáciles de romper; no es sencillo mirar a los ojos a un amigo y decirle que vas a quitarle el trabajo. (Una de las ventajas de la maquinaria es que también sirve como herramienta retórica para enturbiar la claridad moral de la situación, una función que sus propietarios no han dejado de aprovechar desde entonces: los que van a dejarte sin trabajo son los robots, no tu jefe).

—No podrán resistir si permanecemos unidos; nuestra debilidad reside en la acción desorganizada y sin método —proclamó George.

Debía ser una campaña perfectamente disciplinada. Muchos de los oficiales artesanos tenían, como George, experiencia militar, y muchos

habían participado en algún tipo de organización, si bien de forma clandestina, ya que era ilegal.

—Si plantamos cara con decisión al uso de estos sustitutos modernos del trabajo humano, como mínimo forzaremos a los propietarios a esperar hasta que los tiempos mejoren y el comercio se recupere —aseguró George; no parecía una exigencia radical—. Quizás cuando las guerras terminen y el mercado demande una producción mayor y más rápida, sea posible introducir la maquinaria sin poner en dificultades a quienes han crecido con los viejos métodos y no saben desenvolverse con los nuevos.

Dicho de otro modo: ¿qué pasaría si, después de que su campaña dejara claro la urgencia y seriedad con la que se tomaban el asunto, los artesanos y los propietarios fabriles se sentaran a hablar para decidir democráticamente la mejor forma de emplear las máquinas? ¿Para decidir cómo podían beneficiar tanto a los empresarios como a los trabajadores del gremio? ¿Para decidir cómo podían aliviar el trabajo e incrementar los beneficios sin destrozar vidas ni comunidades? George tenía la certeza de que, si lo conseguían, en el proceso también descubrirían «el secreto y el valor de la asociación», es decir, de crear un sindicato: «podríamos dedicar nuestra organización a la protección y la mejora de las condiciones del trabajador y a conquistar esos derechos que ahora nos niegan».

Con todo, George conocía los riesgos. Ben volvió a insistirle y él confesó sus reticencias:

—Mire hacia donde mire, no consigo ver la luz.[148]

Robert Blincoe

«Les grité con todas mis fuerzas
que pararan las máquinas»

1811

Robert Blincoe, el huérfano que había subido a un carro rumbo a Nottingham más de una década antes, acababa de correr más de seis kilómetros sin parar.[149] Había atravesado las escarpadas rocas y las verdes cañadas que ocultaban la fábrica del mundo exterior y tenía el cuerpo cubierto de verdugones, moratones y sangre. Cuando llegó sin aliento a la puerta de Johnny Wild, que había sido su capataz, Robert parecía «una criatura salvaje». Wild trabajaba ahora como mediero en su propia casa y se asustó al ver llegar a su antiguo discípulo a la carrera, medio desnudo, empapado en sudor y con «el terror dibujado en el rostro».

Dejó su bastidor de medias y salió disparado a abrir a Blincoe. No lo veía desde hacía una década, cuando era todavía un niño que servía como aprendiz en la pañería de Lowdham, a las afueras de Nottingham. Descubrió que Blincoe, que ya tenía casi veinte años, se dirigía a ver al magistrado local para informarle de los constantes y graves abusos que sufrían él y el resto de los aprendices a manos de su actual patrono en la fábrica de Litton, adonde lo habían trasladado desde Lowdham. Había llegado al límite. Mientras Wild y su esposa se apresuraban a darle algo de comer, Robert les contó sus penalidades, señalando las heridas que le cubrían la cara y el pecho.

Lowdham, su anterior fábrica, era horrible: la comida era espantosa y trabajaban a un ritmo infernal durante jornadas interminables. Al

principio, Blincoe había sido obligado a hacer trabajos peligrosos, como sacar las borras de algodón que se acumulaban en la estruendosa maquinaria para evitar atascos; más tarde, había pasado a manejar las mechas que alimentaban las enormes hiladoras. Todavía era pequeño y, con solo siete años, «era incapaz de seguir el ritmo de la maquinaria por mucho que me esforzara». La mayoría de los capataces no eran tan amables como Johnny Wild y estaban siempre listos para darle una buena tunda si se retrasaba, lo que sucedía con tanta frecuencia que sus cardenales parecían «las manchas de un leopardo».

Si se quejaba al director, este le replicaba que, si no quería que lo pegaran, solo tenía que hacer bien su trabajo. Los capataces cobraban por cumplir unas cuotas de producción, y se arriesgaban a ser despedidos si no lo conseguían. Los malos tratos eran una práctica tolerada de forma tácita para incentivar el trabajo en todo el sistema fabril, que en aquel momento empleaba a veinte mil niños solo en el sector algodonero. Blincoe se dio cuenta de que era inútil quejarse. Catorce horas de trabajo entre el ruido metálico de la maquinaria y el hedor del aceite, la grasa y el sudor, bajo la constante amenaza del látigo, era demasiado, así que decidió emprender su primera fuga.

«No puedo negar que siento cierto orgullo cuando recuerdo que, con solo siete años y medio, tuve el valor de indignarme y resistirme a la opresión —contaría años más tarde—, además de la generosidad de compadecerme del sufrimiento de mis desvalidos compañeros». Contó su plan a otros chicos y los invitó a unirse a él, pero ninguno quiso arriesgarse a hacer el largo camino de vuelta a Londres, lo que quizás fue un acierto por su parte, ya que a Blincoe lo descubrió un socio de la dirección de la fábrica en cuanto traspasó sus muros. Había una recompensa económica para quien capturara a aprendices que se hubieran escapado, lo que pasaba con bastante frecuencia. Su captor le dio una paliza y lo devolvió a Lowdham.

El pequeño, amedrentado, no tuvo más opción que someterse. Trabajaba tan duro como podía, aceptando los golpes cuando no conseguía ir lo bastante rápido. En las fábricas algodoneras, a la amenaza de los patronos se sumaba la extrema peligrosidad de la maquinaria. Cuando se cumplió un año de su llegada a Lowdham, la mayoría de los chicos de su grupo había sufrido alguna herida. «Algunos tenían los nudillos descarnados hasta el hueso por los golpes con las devanaderas; otros tenían algún dedo machacado o habían perdido una falange en los engranajes de

las hiladoras», relató en sus memorias. Un día, mientras Blincoe se ocupaba de la maquinaria, una de las ruedas dentadas le arrancó parte del índice de la mano izquierda. Los capataces se rieron de él cuando, gritando de dolor y totalmente desesperado, intentó «colocar el trozo aplastado de nuevo en el dedo, entre los borbotones de sangre». Corrió al médico, que le vendó la herida y le mandó de vuelta al trabajo.

Podía haber sido peor. Una noche, a Mary Richards, una niña de diez años que ya estaba a punto de acabar su turno, se le enganchó el delantal en el eje horizontal que movía los inmensos rodillos de estirado y la maquinaria la engulló al instante. Blincoe era uno de los pocos trabajadores que quedaban en la fábrica aquella noche; pidió socorro, pero poco pudo hacer mientras veía a la niña «dar vueltas y vueltas» en la máquina y oía el espantoso crujir de huesos. «Es indescriptible lo que sentí ante aquella escena dantesca. Les grité con todas mis fuerzas que pararan las máquinas. Cuando vi su sangre salpicar en todas direcciones, como el agua cuando giras una fregona mojada, me desmayé». La cabeza «parecía haberle estallado» y tenía el cuerpo «destrozado». Increíblemente, sobrevivió al accidente, aunque quedó mutilada de por vida. A pesar de todo, tuvo que volver a la fábrica.

Blincoe se recordaba a sí mismo con ocho años, parado frente a una ventana del piso de arriba, sopesando la posibilidad de lanzarse al vacío.

Era horrible, pero en la mayoría de las fábricas era práctica habitual explotar de ese modo a aprendices, niños y niñas, mujeres y obreros pobres no cualificados. Las condiciones en los talleres textiles variaban hasta cierto punto, pero la mayoría tendía a exigir demasiado: ritmos de producción despiadados, catorce horas al día, seis días a la semana.

Muchos propietarios fabriles, sobre todo los que tenían su negocio en lugares remotos, no encontraban suficiente mano de obra —no querían oficiales cualificados porque eran más caros y menos maleables, y muy poca gente quería trabajar en estos talleres voluntariamente—, así que habían llegado a acuerdos con casas de pobres y orfanatos como el de San Pancracio, del que procedía Blincoe. Paradójicamente, la decisión de algunos de esos empresarios, como Richard Arkwright, de construir sus instalaciones en zonas apartadas era deliberada: se alejaban de los centros de población donde la clase trabajadora intuiría que las fábricas auguraban un futuro laboral infernal e intentaría echarlas abajo. Ocultas a la vista, estas plantas solían convertirse en el infierno que tanto temían los trabajadores.

Esa población obrera descontenta y contraria a las fábricas —personas como las que se adhirieron al movimiento ludita— tenía ante sí toda una colección de ejemplos perturbadores. Todavía no se había difundido el alcance real de los horrores que se vivían en las explotaciones textiles, pero sí existían demasiados ejemplos como para ignorar la situación.

Cuando el político y propietario fabril Robert Peel visitó sus instalaciones, de cuya dirección se ocupaba un subordinado, le impresionó descubrir lo malas que eran las condiciones *en su propia fábrica*.[150] Se encontró con una mano de obra infantil formada por niños lisiados, con la piel cetrina y claramente malnutridos, privados de cualquier tipo de educación o ejercicio. Quedó horrorizado y lamentó no haber tenido tiempo para supervisar personalmente lo que ocurría en su negocio. Eso le llevó a impulsar un cambio legislativo para limitar el número de horas de trabajo infantil e incidir en las condiciones de vida de los menores, aunque no dejó de emplear a niñas y niños en su fábrica. Los necesitaba para que las máquinas siguieran funcionando.

En 1802, el Parlamento aprobó la reforma sin oposición. Poco después, un comité de investigación acudió a Lowdham y elaboró un detallado informe que propició una mejora radical de las condiciones: se construyeron nuevos alojamientos, se limitaron las horas de trabajo y se mejoró la ventilación dentro de la fábrica. Sin embargo, la planta no tardó mucho en cerrar. A Blincoe lo vendieron a otro patrono para que permaneciera con él hasta que terminara su contrato de servidumbre, para lo cual faltaba casi una década.

Una vez más, fue subido a un carro y trasladado a su nuevo lugar de trabajo: una fábrica en un valle aislado, lejos de cualquier ciudad importante, en Litton, Derbyshire. Las vagas esperanzas que Robert albergaba de que la situación mejorara en su nuevo destino se desvanecieron rápidamente, pues Litton era incluso peor que Lowdham.

Se trabajaban más horas, la comida era más inmunda y los barracones estaban más mugrientos y abarrotados. Todo era más miserable, desde los talleres a los dormitorios, donde las enfermedades hacían estragos. En Litton, el maltrato trascendía el castigo cruel; los capataces lo elevaban a la categoría de deporte sádico. A los pequeños los maniataban y los pegaban, los obligaban a saltar a la pata coja alrededor de las mortíferas máquinas o los colocaban sobre un rodillo dispuesto en el sentido de giro de los radios de la hiladora, de modo que, si no los esquivaban lo bastante rápido, podían caer y acabar engullidos por los engranajes. Les limaban los dientes,

les tiraban de las orejas hasta hacerles sangrar y los arrastraban por el pelo por todo el taller.

A pesar de lo terrible que era Lowdham, ningún niño perdió la vida mientras Robert estuvo allí. En Litton, habían muerto tantos que la dirección de la fábrica había repartido los cadáveres por distintas iglesias de la región para no despertar las sospechas de los pastores que tenían que enterrarlos.

Blincoe había sobrevivido a este tormento durante casi diez años, y ahora, a punto de entrar en la veintena y cerca de alcanzar la libertad, le desbordaba la rabia. Le habían prohibido entrar en los barracones para aprendices durante la noche y le habían quitado la comida como castigo por haberse saltado parte de su jornada de dieciséis horas diarias. Cuando le dejaron volver a entrar, el dueño de la fábrica, Ellis Needham, la emprendió con él a bastonazos hasta que le dejó el cuerpo ensangrentado y cubierto de heridas. Blincoe decidió huir. Echó a correr y solo se detuvo para comer algo; al fin podría contarle al magistrado lo que estaba pasando en la tejeduría de Litton.

Cuando estaba en Lowdham, ni siquiera sabía que gran parte de lo que sucedía en la fábrica era ilegal: a pesar de que la reforma del trabajo infantil de Peel se había aprobado, no existía ningún mecanismo que obligara a cumplirla. Después del interés inicial que se vivió en 1802 por mejorar las condiciones e investigar a los infractores, la ley se convirtió en papel mojado. Las instalaciones fabriles como Litton no cambiaron; si acaso, fueron a peor. Los cadáveres jóvenes se iban acumulando.

La esperanza de vida en los siglos XVIII y XIX no era demasiado alta; las personas trabajadoras podían considerarse afortunadas si llegaban a los cincuenta. Además, el progreso empezaba a perfilar dos sendas separadas. Aunque ya había una vacuna para la viruela —y hasta Blincoe había recibido su dosis—, las condiciones fabriles hacían mella en los trabajadores pobres, que sufrían raquitismo por desnutrición o perdían la vida prematuramente entre la maquinaria. Y ese tipo de muerte, a manos de la tecnología más moderna y en aras de la rentabilidad, proyectaba una sombra muy oscura. Los fallecimientos también protagonizaban noticias en la prensa, que exponía sin rodeos los riesgos de la industria e insistía en que esta carnicería se estaba convirtiendo en algo demasiado habitual.

Imaginemos a los calceteros, los tundidores y los tejedores, que ya temían que el sistema fabril acabara con ellos, leyendo o escuchando estos relatos detallados de abusos durante sus reuniones. Imaginemos la reacción

de George, de Ben o de Gravener al enterarse de estos hechos,[151] todos ellos sucedidos en 1811, el año en que apareció en el cielo el gran cometa y los luditas se levantaron contra la automatización, la explotación y la fábrica:

> El jueves, un niño que estaba jugando en una fundición de Leith Walk se quedó atrapado en una máquina y murió en el acto.
>
> *Perthshire Courier*, 28 de febrero de 1811

> Andrew Bordie, empleado de un batán de Buxburn, localidad cercana a Aberdeen, resbaló mientras trabajaba en el tejado y cayó hacia atrás sobre la rueda hidráulica, que le provocó la muerte al instante. El cuerpo, que había detenido el funcionamiento de la maquinaria, fue retirado inmediatamente.
>
> *Belfast Commercial Chronicle*, lunes, 4 de marzo de 1811

> El pasado domingo día 4, por la mañana, se produjo un espantoso accidente en el taller de cardado de Beckfoot, cerca de Skinburness, en Cumberland. Una máquina engulló el cuerpo de Isaac Saul, propietario del negocio, y lo aplastó hasta morir. Las horribles amputaciones y laceraciones que presentaba el cadáver escapan a toda descripción.
>
> *Westmorland Advertiser and Kendal Chronicle*,
>
> sábado, 17 de agosto de 1811

> El miércoles por la mañana, un niño que trabaja en la fábrica de Fisherton se enganchó en una máquina y sufrió espeluznantes lesiones antes de que pudieran liberado. El chico tenía fracturas en la cabeza, en un brazo y en la cadera, y parte del cuero cabelludo levantado.
>
> *Salisbury and Winchester Journal*, lunes, 23 de septiembre de 1811

> El sábado por la noche, un empleado del molino harinero de mostaza que se encuentra en las cercanías de Mile End se acercó demasiado a la maquinaria, que lo succionó al instante. Se fracturó el cráneo, las dos caderas —una de ellas por dos partes— y cuatro costillas del lado izquierdo.

Sin embargo, había otros muchos accidentes de los que no se hablaba, desgracias acontecidas en fábricas que los empresarios habían automatizado a toda prisa; lugares como la tejeduría de Litton, a la que no llegaba ningún periodista y en la que ningún director informaba de los fallecimientos.

Movido por la rabia de la paliza, y a un paso de convertirse en una estadística invisible durante demasiado tiempo, Blincoe sí contó su historia. Se ganó las simpatías de su antiguo superior, Johnny Wild, y de su esposa, que le ofrecieron ayuda, comida y refugio. El joven era consciente de que los malos tratos que había sufrido no solo eran injustos, sino también ilegales; lo que todavía no sabía era que su padecimiento contribuiría a sacar a la luz la barbarie de todo el sistema fabril.

Después de descansar, Blincoe salió corriendo de nuevo en busca del magistrado para intentar, aunque fuera en vano, que uno de los primeros gigantes tecnológicos rindiera cuentas.

Los primeros gigantes tecnológicos

Los primeros gigantes de la tecnología no construían redes mundiales de información ni naves espaciales comerciales. Fabricaban hilo y paños. Mucho hilo y muchos paños.

Al igual que sus homólogos modernos, comenzaron su andadura como emprendedores, un concepto que no se convirtió en un fenómeno cultural hasta el siglo XIX.[152] Por supuesto, los comerciantes asumían riesgos y buscaban nuevas formas de incrementar sus beneficios, pero la idea popular del empresario heroico, del hombre de negocios con iniciativa, no se gestó hasta después del nacimiento del capitalismo industrial. El término lo popularizó Jean-Baptiste Say en su obra de 1803 *Tratado de economía política*.[153] Say, que era un gran admirador de Adam Smith, creía que en *La riqueza de las naciones* faltaba una mención a las personas que se aventuraban a poner en marcha nuevos negocios, una figura a la que llamó *entrepreneur*, que en francés significaba entonces «pionero» o «iniciador».

Para un trabajador, aspirar a emprender era mucho más que intentar ascender en la escala social.[154] La progresión habitual de un tejedor cualificado y con ambición empezaba tras acabar su periodo de aprendizaje y obtener la categoría de oficial; entonces, podía trabajar en un taller o alquilar un telar hasta conseguir uno propio, convertirse en maestro tejedor y gestionar un pequeño negocio en el que daría trabajo a otros oficiales. Esa era la costumbre.

En los siglos XVIII y XIX, como sucede en el siglo XXI, los emprendedores entendían la tecnología como una oportunidad para alterar

los usos establecidos y aumentar la eficiencia, la producción y el beneficio personal. Había pocas formas de emprender sin algún tipo de automatización: quien controla las tecnologías de producción puede beneficiarse de ellas, requerir a los demás un pago por su uso o arrebatarles cuota de mercado. Antaño, como ahora, los emprendedores montaban pequeños negocios asumiendo ciertos riesgos financieros, ya fuera pidiendo un préstamo para comprar telares manuales usados y alquilar una humilde manufactura o utilizando el capital heredado para adquirir una máquina de vapor e instalar telares mecánicos.[155]

Los emprendedores más ambiciosos apostaron por tecnologías que todavía no se habían probado y por formas nuevas de organizar el trabajo; los que tuvieron más éxito cambiaron para siempre la naturaleza de la vida cotidiana, estableciendo unos patrones que siguen vigentes hoy en día; los que fracasaron se arruinaron, algo que tampoco ha cambiado.

Durante los inicios de la Revolución Industrial, hubo un emprendedor que sobresalió entre todos los demás e hizo suficientes méritos para ganarse el título de primer gigante de la tecnología. Richard Arkwright nació en una familia de sastres de clase media y se inició como aprendiz de barbero y fabricante de pelucas. Abrió una tienda en la localidad de Bolton, en Lancashire, en la década de 1760. Allí, inventó un tinte a prueba de agua para las pelucas que estaban de moda en la época y viajó por todo el país en busca de pelo para fabricarlas. En sus viajes por el país, conoció a hilanderas y tejedores, y se familiarizó con la maquinaria que usaban para confeccionar prendas de algodón. Bolton estaba en pleno centro del principal foco de actividad algodonera de la Revolución Industrial.

Arkwright invirtió el dinero que había ganado haciendo pelucas y la dote de su segundo matrimonio en mejorar la maquinaria de hilado. «La mejora del hilado estaba en boca de todos, había muchos hombres trabajando en ella por todo Lancashire», apunta el biógrafo de Arkwright.[156] James Hargreaves había inventado en 1767 la hiladora Jenny, una máquina que permitía a una sola persona hilar ocho hebras a la vez, pero la hilaza resultante no era demasiado fuerte. Arkwright, valiéndose de la ayuda de uno de sus empleados, John Kay, perfeccionó el diseño para obtener un hilo más fuerte usando energía hidráulica o una máquina de vapor. Patentó su hiladora hidráulica en 1769, sin reconocer la contribución de Kay, además de una máquina de cardado en 1775, y atrajo inversiones de ricos lenceros de Nottingham para levantar sus instalaciones. Construyó su fábrica más famosa en 1771, en Cromford.

Su verdadera innovación no fue de carácter tecnológico, ya que había varias patentes previas de máquinas similares a la suya, sino la creación y puesta en marcha del sistema de trabajo fabril moderno.

Según el historiador económico de Oxford Peter Mathias, «Arkwright no fue un gran inventor ni un genio técnico; fue el primer hombre en conseguir que las nuevas tecnologías, la imponente maquinaria y las fuentes de energía funcionaran como un sistema integrado desde el punto de vista técnico, organizativo y comercial. Como resultado, amasó la primera gran fortuna personal y recibió el título honorífico de "sir" siendo un industrial del sector textil».[157] Richard Arkwright Jr., que había heredado su negocio, se convirtió en el plebeyo más rico de Inglaterra.

Podríamos decir que Arkwright fue el fundador de la primera *start-up* que alcanzó la valoración de empresa unicornio y el primer emprendedor tecnológico en hacerse inmensamente rico. Lo consiguió fusionando las tecnologías emergentes que automatizaban la hilatura con un nuevo e implacable régimen de trabajo. Su legado sigue vivo en compañías como Amazon, que tratan de automatizar sus operaciones tanto como sea viable económicamente, a la par que implantan programas de vigilancia intensiva para aumentar la productividad de la mano de obra.

Arkwright, considerado por muchos el abuelo de la fábrica, no fue quien tuvo la idea de organizar la mano de obra en turnos estrictos para producir bienes con la máxima eficacia, pero intensificó la estructura «manufacturera» de forma despiadada y demostró claramente que esa práctica rendía suculentos beneficios. Su sistema fabril, que ganó multitud de adeptos rápidamente, dividía a sus cientos de trabajadores en dos turnos solapados de trece horas. La campana sonaba dos veces al día, a las cinco de la mañana y a las cinco de la tarde; las puertas se cerraban y el trabajo empezaba una hora después. Si un trabajador llegaba tarde, se quedaba fuera y perdía el jornal. (Los empresarios de la época promocionaban esta práctica como algo positivo para los trabajadores, aduciendo que ofrecía más flexibilidad y evitaba al empleado «tener que avisar» si no podía acudir a su puesto. Esta lógica recuerda a la de las aplicaciones de trabajo a demanda del siglo XXI). Durante sus veintidós primeros años, la fábrica funcionó como la seda, empleando principalmente a niños como Robert Blincoe, algunos de los cuales apenas llegaban a los siete años. En su momento álgido, dos tercios de su plantilla de mil cien personas eran menores.[158] Richard Arkwright Jr. admitió en un testimonio posterior que parecían «exhaustos y muchos rara vez dormían más de unas cuantas

horas», pero insistió en que recibían un buen sueldo.

El industrial también construyó alojamientos en su propiedad, atrayendo a familias enteras de todo el país. Les concedía una semana de vacaciones al año «con la condición de que no salieran del pueblo». Hoy en día, incluso algunos de nuestros productos de consumo más vanguardistas se siguen fabricando en condiciones similares, bajo procesos de producción estrictamente regulados, en descomunales fábricas que disponen de dormitorios para los trabajadores procedentes de otros lugares. Empresas como Foxconn gestionan fábricas en las que el régimen de trabajo es tan extenuante que ha provocado una epidemia de suicidios entre la plantilla.

Los horarios rígidos y las numerosas reglas establecidas imponían un sentido de la disciplina a los obreros; los turnos largos y penosos entre las paredes de la fábrica se convirtieron en lo habitual. Hasta entonces, se venía haciendo un trabajo similar en las casas o en pequeños talleres, donde los turnos no eran tan inflexibles ni obligatorios.

Según el precursor de la teoría de la empresa Andrew Ure, el «mayor escollo» al que se enfrentó Arkwright no «residió tanto en inventar un mecanismo adecuado de estirado y torsión del algodón que produjera un hilo continuo como en enseñar a seres humanos a renunciar a sus inconstantes hábitos de trabajo y a identificarse con la invariable regularidad de un autómata complejo».[159] Ese fue su legado. «Concebir y administrar un código de disciplina fabril fructífero, adaptado a las necesidades de la diligencia debida en las instalaciones, fue una empresa hercúlea, la noble hazaña de Arkwright —continuaba Ure—. De hecho, se requería un hombre con la osadía y la ambición de Napoleón para reprimir el carácter insumiso de la gente trabajadora».

Ure no exageraba: muchos trabajadores veían a Arkwright como un invasor enemigo. Cuando, en 1779, abrió una fábrica en Chorley, Lancashire, cientos de trabajadores pañeros irrumpieron en ella, destrozaron las máquinas y la quemaron hasta los cimientos. No volvió a intentar asentarse allí.

Arkwright también defendió con vehemencia sus patentes en el sistema legal. Percibió regalías por su cardadora y su hiladora hidráulica hasta 1785, cuando un tribunal dictaminó que él no había inventado las máquinas, sino que se había limitado a copiar piezas de otros ingenios, y le retiró las patentes. Para entonces, ya era astronómicamente rico. Antes de morir, su patrimonio ascendía a medio millón de libras, unos 425 millones de dólares actuales, un auténtico imperio fabril que su hijo seguiría

ampliando.

Aparentemente, el éxito se le subió a la cabeza y hasta sus admiradores lo consideraban arrogante. Esa arrogancia resultó clave en su ascenso; como escribió Ure, mostraba «una enorme fortaleza frente a la oposición pública». Hacía oídos sordos a las críticas cuando le señalaban, por ejemplo, que tenía a cientos de niños trabajando durante trece horas seguidas en salas llenas de máquinas. El ingrediente secreto de su arrollador éxito y de todas sus innovaciones fue la explotación laboral.

En Arkwright encontramos el origen de quienes más tarde, en las décadas y los siglos venideros, ascendieron al olimpo de la tecnología. La soberbia de Arkwright encuentra su reflejo en la de los obstinados ejecutivos de la tecnología moderna, para los que la predisposición a ignorar las normas y a llevar a los trabajadores al límite resulta una virtud, o en la de quienes, como Elon Musk, inician alegremente guerras en Twitter contra supuestos enemigos en lugar de encajar las críticas por su forma de gestionar el negocio. Como Steve Jobs, que pronunció la famosa frase «Nunca nos dará vergüenza robar grandes ideas», Arkwright estudió las tecnologías de su época, identificó las que funcionaban y podían ser rentables, plagió inventos y usó todo ello para poner en marcha una ofensiva sin parangón.[160] Como Jeff Bezos, Arkwright afianzó un nuevo sistema de trabajo fabril buscando formas de imponer disciplina y rigor a sus trabajadores, y obligándolos a adaptarse a los ritmos de la maquinaria y los dictados del capital, en lugar de lo contrario.[161]

Podemos volver la vista atrás, a la Revolución Industrial, y lamentar las condiciones de trabajo, pero la cultura popular sigue encumbrando a emprendedores cortados por el mismo patrón que Arkwright, que decidió emplear a miles de niños y niñas como mano de obra infantil e instituir un sistema de trabajo fabril deshumanizador para aumentar los beneficios y reducir los costes. Hemos interiorizado la idea de que esa explotación es inevitable o incluso natural, mientras calumniamos a movimientos como el de los luditas, tildándolos de tecnófobos por intentar ponerle coto. Olvidamos que la clase trabajadora se opuso enérgicamente a esa explotación desde el principio.

La impronta de Arkwright nos resulta familiar en esta época en la que reinan los emprendedores. Lo mismo podría decirse de toda una retahíla de grandes pioneros tecnológicos, como James Watt, por ejemplo, el inventor de la máquina de vapor que impulsó innumerables fábricas en la Inglaterra industrial. Cuando Watt estuvo seguro de que su producto funcionaba, dio

el mismo paso que daría mucho después Bill Gates: vender suscripciones. Watts y su socio, Matthew Boulton, instalaban el motor y después cobraban una cuota anual calculada en función de lo que el cliente se ahorraba en combustible con respecto al sistema anterior.[162] Más tarde, también como Gates, Watts demandaba a cualquiera que hubiera podido violar su patente, haciéndose en la práctica con un auténtico monopolio. El Instituto Mises, un laboratorio de ideas enmarcado en la corriente del ultraliberalismo, sostiene que esa estrategia limitó las innovaciones en la máquina de vapor durante treinta años.[163]

También están los casos de William Horsfall o William Cartwright. Más que innovadores, fueron implacables en su intento de transformar el sistema de trabajo y monopolizar el mercado. (Cabe señalar que el término *innovación*[164] tuvo connotaciones negativas hasta mediados del siglo XX; es famosa la descripción de Edmund Burke de la Revolución francesa como «una revuelta de innovación»). Quizás podamos considerarlos precursores al estilo de Travis Kalanick, el fundador de Uber, beligerante antagonista del sector del taxi. La idea de negocio de Kalanick —que resultaría práctico poder pedir un taxi desde el móvil— no era especialmente ingeniosa. Sin embargo, su determinación y su agresividad lo ayudaron a pasar por encima de los cárteles del taxi y de las ordenanzas de decenas de ciudades. Esa actitud también se reflejó en el trato a los conductores y las conductoras de Uber —que según la empresa no son empleados, sino contratistas independientes— y en la cultura endémica de acoso y maltrato a las mujeres de la plantilla.

Puede que estos sean casos extremos. No obstante, con frecuencia hay que tomar medidas extremas para acabar con las normas establecidas, y los posibles réditos también son incalculables. Del mismo modo que los propietarios fabriles hicieron saltar por los aires las normas y las tradiciones decimonónicas automatizando la tejeduría, los emprendedores actuales pretenden acabar con una categoría laboral tras otra mediante plataformas de trabajo a demanda o la inteligencia artificial, y animan a otros a seguir su ejemplo. Existía una razón por la que Arkwright y sus fábricas despertaban tanto temor como admiración; dos siglos después, los gigantes tecnológicos más exitosos siguen suscitando los mismos sentimientos.

PARTE II

LA METRÓPOLIS DEL DESCONTENTO

«El inicio del [año] 1812 ha sido
tan lúgubre, en medio de un ambiente
tan gélido y plomizo, que hasta
la esperanza misma parece perdida,
con el futuro en suspenso».

The Manchester Gazette,
1 de enero de 18121

George Mellor

Invierno de 1812

La luna brillaba baja en el cielo mientras los hombres se organizaban en un descampado a las afueras de Huddersfield. Pronto fueron una docena, luego veinte, y al final llegaron a cuarenta y cinco.[165] Iban vestidos de negro, algunos disfrazados, con la cara tiznada de carbón. Unos iban armados con pistolas; otros, con hachuelas y cuchillos.

Los congregados, nerviosos y eufóricos, la mayoría de ellos en la veintena, se movieron sin demasiado orden hasta formar en tres compañías. Algunos se guiaban por su experiencia militar, otros todavía eran novatos en esas lides. Eran las once de una noche de sábado invernal y el regimiento tenía un objetivo claro: destrozar la maquinaria que socavaba su trabajo y desgarraba el tejido social de su comunidad.

Los luditas habían mantenido un largo debate para escoger el blanco. Había quien quería asaltar la enorme fábrica de Bradley, pero al final la mayoría decidió que no estaban preparados para una operación de esa magnitud. «Estaban dando sus primeros pasos, aquella noche no tenían más que once pistolas», cuenta una crónica.[166]

Marcharon hasta el taller de Joseph Hirst, donde encontraron al maestro y a dos de los niños que trabajaban para él ocupados todavía delante de las máquinas. Los que llevaban pistola se adelantaron para pedir paso a los chicos, que se lo franquearon sin rechistar. Mientras dos centinelas vigilaban, la tropa se dividió en dos pelotones: uno se quedó de guardia, el otro despedazó metódicamente las siete perchadoras del taller y veinticuatro pares de cizallas.

«Ahora las ventanas», arengó alguien, y los hombres abrieron fuego

contra la casa. Ya habían hecho añicos tres ventanas cuando un miembro del grupo al que todos llamaban general ordenó parar y todos obedecieron.

«¡A por la casa y a por el patrón!», bramó otro más allá.

De nuevo, el general los frenó: «Esto bastará por ahora. No le toquéis ni un pelo». Les advirtió que era una consigna definitiva, a no ser que Hirst retomara la producción automatizada de paños y se vieran obligados a volver. En ese caso, les aseguró, «nos emplearemos a fondo».

La figura disfrazada, que llevaba un sable en una mano y una pistola en la otra, pasó lista a los hombres, esperando a que cada uno respondiera con su número. Se oyó un disparo al aire y el grito del general.

Los luditas del West Riding habían completado su primera misión.

El segundo al mando le hizo un gesto de asentimiento a su general, un hombre al que todos conocían en el trabajo y en el pueblo como George Mellor, y se encaminaron hacia su siguiente objetivo.

Anna Lætitia Barbauld

Febrero de 1812

En un año que había empezado con la prensa publicando crónicas sobre la sensación de desesperanza que lo invadía todo, los poetas románticos británicos habrían faltado a su deber si no hubieran escrito sobre las lúgubres perspectivas de futuro. A principios del gélido 1812, Anna Lætitia Barbauld, una respetada poeta cuya obra influyó en escritores como Coleridge y Blake, publicó el que se convertiría en uno de los poemas más descorazonadores, pesimistas y, precisamente por eso, realistas del momento.

El épico *Mil ochocientos once* de Barbauld, teñido de una visión apocalíptica, censuraba a los despóticos gobernantes ingleses por dedicar los recursos de la nación a la guerra mientras su pueblo moría de hambre:

Fuerza sobrecogedora de poder colosal
que a su paso arrasa todo atisbo de libertad;
los deseos del déspota la postran y la someten
mientras las silentes naciones maldicen y obedecen […].
El hombre denuncia la hambruna y no la invoca en vano
pues, a su estela, enfermedad y rapiña están aguardando.
Al arado estorban las huestes con su pesada marcha,
ya no siega las mieses la hoz, sino la espada,
mas cuando es el soldado quien cosecha el magro botín,
al desvalido campesino no le queda sino retirarse a morir […].
Cántenle los aduladores, pero Gran Bretaña lo sabe:
quien participa de la culpa también el castigo comparte.

No está lejos la hora; corren los rumores en voz baja,
se susurran miedos, cristaliza la temida amenaza.
La devastación, como un cataclismo, ya está aquí.

El descarnado poema ponía voz a lo que muchos, especialmente los pobres, sentían sin poder expresar: que debido a la guerra eterna de Gran Bretaña contra los franceses y a su ceguera para con las necesidades de su propia ciudadanía, la nación se enfrentaba al desastre; que a los campesinos y los trabajadores solo les esperaba la ruina, y que incluso la antigua colonia de Inglaterra en América, Estados Unidos, eclipsaría pronto su poder.[167]

Los vaticinios de Barbauld fueron más que polémicos, supusieron un auténtico escándalo para la alta sociedad. Tras la aparición del poema, las críticas alcanzaron tal nivel de virulencia y repulsión que Barbauld se sintió intimidada y no volvió a publicar nada en toda su vida. *Mil ochocientos once* había ido demasiado lejos, y la aristocracia no estaba dispuesta a tolerarlo. Esa solidaridad con la clase trabajadora, el antibelicismo, la oposición al abuso de poder del Estado y la idea de que esos factores conducían a la decadencia eran conceptos demasiado radicales para los hombres que forjaban la cultura de la época. Sin embargo, es probable que otros, como George Mellor, estuvieran de acuerdo con ella.

El hombre que ostentaba —al menos en teoría— ese «poder colosal de fuerza sobrecogedora», el «déspota», sabía que la guerra que había heredado era muy impopular. Por eso el príncipe regente se alegró tanto cuando, el 19 de enero, la estrella rutilante de la campaña militar inglesa contra Napoleón en la península ibérica logró una excepcional y decisiva victoria. Con un rápido e inesperado ataque, el duque de Wellington hizo caer las defensas de la fortaleza de Ciudad Rodrigo y arrebató la ciudad española al ejército napoleónico.

La conquista, a pesar de su modestia, tuvo enormes repercusiones.[168] Abrió a los británicos una vía de entrada a España, que estaba en manos de los franceses, y sirvió de justificación al príncipe regente para seguir apoyando la guerra. Y justo a tiempo, porque estaba a punto de perder su protección: la regencia restringida del príncipe Jorge expiraba al mes siguiente. Ya había transcurrido casi un año desde su nombramiento como regente y apenas había modificado el Gobierno *tory* formado por su padre, quien seguía apartado por su enfermedad mental. El príncipe, que por fin había salido de la cama tras aquel mal paso de baile, se vería obligado a gobernar. Algunos de sus antiguos aliados del partido *whig*, de perfil más

progresista y convencidos de que la guerra resultaba desastrosa, mantenían la esperanza de que Jorge cumpliera su palabra y pusiera al frente del Ejecutivo a sus líderes, lord Grey y lord Grenville.

La promesa iba perdiendo fuerza. Durante el último año, no habían visto ningún movimiento que los acercara al poder, solo una larga lista de excusas, evasivas y deferencias hacia Jorge III y los *tories*.

Los *whigs* no eran los únicos que presionaban para lograr un cambio de Gobierno. También lo hacían los luditas. El 8 de febrero, el *Leeds Mercury* informó de que los grupos mecanoclastas no habían provocado ningún disturbio en Nottinghamshire durante los últimos días, y apuntaba que podía deberse a una carta que había recibido el alcalde de Nottingham.[169] La misiva la firmaba el general Ludd y decía así:

> No se destruirán más máquinas mientras permanezcan vigentes las restricciones a las que está sujeto el príncipe regente y que llegan a su fin el día 18. Cuando eso suceda, esperamos que su Real Majestad le preste la máxima atención a la angustiosa situación de nuestros gremios; de no ser así, los luditas, la última esperanza de encontrar reparación, destrozarán todos los ingenios y telares que encuentren en el condado.

Sin embargo, el Gobierno, con Spencer Perceval a la cabeza, no tenía ninguna intención de aliviar la angustia de la gente trabajadora. Al contrario: tras los ataques de ese invierno contra los bastidores anchos en Nottingham, los *tories* de Perceval, liderados por el ministro del Interior, Richard Ryder, habían iniciado la redacción de una ley cuyo objetivo era castigar a los luditas con todo el poder del Estado.

Cinco días antes de que vencieran las limitaciones a su mandato, el príncipe escribió al duque de York. En la carta aseguraba que, si bien el mantenimiento de los miembros del Ejecutivo se había debido hasta entonces a su «sentido del deber» hacia su padre, había llegado «una nueva era» y no podía «sino contemplar con satisfacción los sucesos que han marcado este breve periodo de regencia». La victoria en España había «sumado territorios de la mayor importancia» al imperio británico, y, dada su aversión al riesgo, eso era suficiente. También le pedía al duque que transmitiera su mensaje a los lores Grey y Grenville. Las señales estaban claras.

«Pondré todo mi cuidado —escribió Jorge— en evitar cualquier medida que pueda llevar a mis aliados a pensar que pretendo apartarme del

sistema vigente».

Ned Ludd

Invierno de 1812

El 1 de enero de 1812 se publicó en Nottingham un pasquín titulado escuetamente «Declaración de los calceteros».[170] El documento explicaba que los calceteros tenían «derecho a romper y destrozar todos los bastidores o artefactos usados para fabricar artículos de modo fraudulento y deshonesto», dado que esa maquinaria vulneraba las normas promulgadas por el rey Carlos. Se referían a una ley antigua que, efectivamente, permitía desmantelar máquinas con las que se produjeran mercancías falsificadas. Esa declaración aportaba nuevos argumentos: las acciones mecanoclastas no solo tenían justificación moral y ofrecían una ventaja estratégica, también eran legales.

En la firma del cartel aparecía la leyenda «Oficina de Ned Ludd, bosque de Sherwood».

La prensa inglesa seguía informando sobre las razias nocturnas de los luditas contra los propietarios de maquinaria. El anuario *Nottingham Register* describió así la situación que se vivía en la ciudad el 29 de enero: «Es “imposible” encontrar las palabras adecuadas para transmitir el sentir general en estos momentos. El constante desfilar de soldados durante la noche y sus movimientos en todas las direcciones noche y día nos dan la sensación de vivir en estado de guerra».[171]

Los rebeldes continuaban demostrando una audacia que la mayor parte del pueblo consideraba heroica. Un escuadrón de luditas se infiltró en una fábrica a solo unos cientos de metros de un barracón militar y destruyó allí una veintena de bastidores. Un hombre que llevaba una máscara hecha con pelo de cabra y barba hasta la cintura interceptó un convoy de bastidores

anchos que se dirigía a Nottingham y los redujo a astillas. Un sábado por la noche, una partida de luditas cruzó el río Trent y despedazó decenas de máquinas en una fábrica de un pueblo llamado Clifton. En medio de la incursión, se vieron rodeados de repente por una unidad de caballería procedente de un cuartel cercano. Los soldados de la Corona creían tener a los luditas atrapados, pero los hombres se hicieron con un bote que no estaba vigilado, se separaron en dos divisiones y escaparon por el río «sin un rasguño».

Los luditas se afanaban por controlar su imagen popular. Llevaban máscaras para ocultar su identidad o incluso se disfrazaban de mujeres o de héroes legendarios de la zona, imprimían carácter y originalidad a sus cartas de amenaza y hasta desmentían las noticias que se publicaban cuando era necesario. Después de que un periódico los acusara de un robo ajeno a su causa, se apresuraron a hacer circular una carta explicando que no había sido obra de los luditas y que, de hecho, habían encontrado al responsable y lo habían castigado: lo «colgaron durante tres minutos y lo soltaron después»,[172] advirtiéndole de que no volviera a delinquir.

Todas estas acciones tuvieron lugar en las Midlands, en los alrededores de Nottingham, donde la campaña de los luditas llevaba un tiempo en marcha y ya no era novedad. Pero sin duda en Yorkshire sí llamó mucho la atención un artículo publicado en la última edición de febrero del *Leeds Mercury* con el titular «Maquinaria destrozada».[173]

«Lamentamos tener que informar de que en las cercanías de Huddersfield se han producido recientemente desafueros de un cariz y una magnitud alarmantes», empezaba la noticia. Una cuadrilla de hombres entró por la fuerza en la fábrica de Joseph Hirst y «procedió a destruir toda la maquinaria destinada al acabado de los paños, como las aprestadoras, las cizallas y otras herramientas que se usan junto a los artefactos conocidos como perchadoras, que sufrieron gravísimos estragos».

Esa partida, u otra similar, se trasladó a continuación a otro taller, propiedad de James Balderson, en el que se empleaba el mismo tipo de máquinas. También las hicieron pedazos.

Como en el caso de la prensa de Nottingham, el periódico describía la precisión quirúrgica del ataque:

> Los malhechores, o luditas según su argot, se reunieron con el máximo secreto en el lugar elegido para la incursión y se *dividieron* en dos grupos, siendo los más temerarios y curtidos los que irrumpieron en las

> instalaciones, pertrechados de los útiles necesarios para la labor de destrucción, que completaron con total sigilo y celeridad. [...] Aparentemente, solo causaron daños a la maquinaria.

El movimiento ludita había llegado a Yorkshire, a la tierra natal de la producción de lana y de sus orgullosos trabajadores independientes, que convivían desde hacía siglos en comunidades diligentes, enérgicas e igualitarias. Allí muy pocos estaban dispuestos a someterse a la maquinaria del emprendedor.

Gravener Henson

Febrero de 1812

El destrozo de máquinas no podía continuar para siempre. Por muy ingeniosos y populares que fueran los luditas, su táctica no era sostenible. Y llegados a ese punto, en Nottingham y en los alrededores, después de tres meses de asaltos, parecía que la mayoría de empresarios lenceros, propietarios fabriles y dueños de talleres estaban tan dispuestos a encontrar una solución como los obreros textiles, los artesanos y los jornaleros. Una solución más *permanente*.

Con esa idea en mente, los trabajadores pañeros de Nottingham se propusieron llevar ante el Parlamento una ley que prohibiera las peores transgresiones de la industria textil inglesa. Se constituyeron en el Comité Unido de Calceteros y trazaron un plan: sondear a los propietarios y trabajadores locales sobre la situación y, después, hacer campaña para obligar al Parlamento a promulgar la legislación necesaria para regular el sector. El promotor de esta iniciativa era Gravener Henson.

Para empezar, Henson y un compañero escribieron al conde de Waldgrave, que estaba al mando de parte de las tropas destacadas en Nottingham.[174] Le aseguraron que el comité de trabajadores se había reunido con los maestros lenceros, la mayoría de los cuales se mostraban receptivos a su causa. Habían recibido «el cordial apoyo y la cooperación de varios de los más respetables», que, según Henson, se habían tomado «nuestro negocio de la mejor manera, siendo plenamente conscientes de la bondad de nuestras intenciones y de los beneficios que se derivarán de nuestros esfuerzos». Añadía, además: «Confiamos humildemente, mi lord, en su bien conocida generosidad y en que respaldará noblemente cualquier

empeño que conduzca al bien común».

Dos semanas más tarde, Henson anunció una reunión en el *Nottingham Journal*, animando a los medieros a unirse a él y al comité para debatir las demandas que expondrían al Parlamento.[175]

A LOS CALCETEROS DE NOTTINGHAM,
SU CONDADO Y LOS PUEBLOS
Y LOCALIDADES LIMÍTROFES

> El estado de turbación al que se han visto abocados los lugares anteriormente mencionados debido a la presión de los tiempos y a las operaciones de los destructores de bastidores resulta de gran importancia para el Parlamento, y dado que muchos de sus miembros han expresado el deseo de contar con toda la información posible sobre la causa probable de estos disturbios, muchos trabajadores han considerado prudente contribuir, al igual que el resto de sus compañeros trabajadores, a facilitar toda la información posible.

Henson pidió que todas las ciudades, pueblos y aldeas enviaran dos representantes al Sign of the Sir Isaac Newton, un pub de Nottingham, el martes siguiente a las doce del mediodía. La reunión sería pública y se daría traslado de la información allí recabada a lord Holland, un influyente político *whig*, y a otras personalidades, incluido Samuel Whitbread, el comprensivo parlamentario *whig* que había animado a los trabajadores a plantear una reforma en el Parlamento.

En Lancashire se estaban haciendo los mismos preparativos. Había reuniones previstas en Bolton, en plena jurisdicción del coronel Fletcher, precisamente donde podían actuar los espías.

La campaña de Henson para lograr apoyos tanto entre los trabajadores textiles como entre los propietarios de negocios, dentro y fuera de las Midlands, le valió la distinción de convertirse en el que podría haber sido el primer representante sindical con sueldo (aunque, por supuesto, el comité no era *técnicamente* un sindicato: eso habría sido ilegal).

A pesar de las peticiones bien escritas de Henson y de su labor en defensa de los trabajadores textiles, la situación empezaba a despertar sospechas. No en vano había otra campaña de envío de cartas en marcha, una de naturaleza muy distinta y cuyos destinatarios eran los propietarios de talleres mecanizados, que verían menguar considerablemente su parque

de maquinaria. Corría el rumor de que Henson estaba implicado en la rebelión ludita. Algunos creían que, de noche, comandaba las tropas entre bosques y páramos para acabar con las máquinas contrarias al bien común, mientras que por el día recurría a sus buenas maneras y a la influencia ludita para reclamar reformas.

Algunos iban más allá y aseguraban que era el mismísimo rey Ludd.

B

Febrero de 1812

«Ahora las reuniones están muy concurridas», escribió el espía, que sabía bien de lo que hablaba.[176] B había estado muy ocupado. Tras asistir a los encuentros secretos de tejedores, hilanderos y artesanos, redactaba enfervorecido los informes para su benefactor, el magistrado y coronel Fletcher. Le contaba con inquietud que un representante de Sheffield había dicho en una de esas asambleas que, en su ciudad, había «niños que no llegaban a los catorce años rebelándose contra este Gobierno».

Si la filtración era cierta, un patrón común estaba comenzando a tomar forma.

B también aseguraba que, según había relatado un contacto de Irlanda, había doscientos mil católicos y protestantes «listos para levantarse en abril o mayo, con una sociedad en la que las divisiones religiosas y sectarias parecían menos arraigadas que nunca». Cuando esos insurgentes se rebelasen, recibirían ayuda del malévolo enemigo militar de Gran Bretaña: «tendrán el auxilio de los franceses en forma de armas y tropas».

Las revelaciones de B, que estaban pensadas para avivar la paranoia de Fletcher, sugerían que los luditas eran solo el principio, que el levantamiento generalizado de los trabajadores desafectos era inminente y que las clases bajas inglesas se unirían a los jacobinos para derrocar a las élites gobernantes (como él).

Había suficiente ira y desesperación en la región como para que fuera una posibilidad real: las condiciones no habían mejorado ni en Lancashire ni en ningún punto del norte de Inglaterra. El 22 de febrero, el *Leeds Mercury* publicó: «casi una sexta parte de la población de Liverpool y casi

una quinta parte de los habitantes de la mayoría de las localidades importantes de Lancashire necesita ayuda de la caridad para sobrevivir. [...] Es una situación que no parece tener precedentes».[177]

En medio de la peor crisis de pobreza en una década, los trabajadores algodoneros, que llevaban años luchando por un salario mínimo, no habían conseguido ningún avance, ni siquiera un aumento de sueldo temporal. Además de escuchar a los delegados que hablaban sobre la actividad ludita o de las revueltas de las que tanto le gustaba informar a B, en las reuniones de la región también se trataba una cuestión mucho más prosaica: un último intento desesperado de conseguir un pago justo por la labor de tisaje del algodón.

Años de peticiones al Ministerio del Interior, de súplicas para ralentizar el despliegue de los telares mecánicos y de organización pacífica no habían arrojado ningún fruto ni conseguido ninguna protección para los tejedores de Lancashire. Finalmente, en febrero de 1812, solicitaron al magistrado local que convocase un encuentro entre representantes de los trabajadores y los fabricantes. Se celebró la conferencia, en la que los propietarios de fábricas y talleres aceptaron un pequeño pero significativo aumento del sueldo base.[178] Sin embargo, pocos días después, los maestros fabricantes volvieron a reunirse por su cuenta y anunciaron que no habría ninguna subida.

«Me dijeron que estaban jugando con nosotros, afirmando una cosa en presencia del magistrado y otra distinta cuando estaban solos», explicó más tarde Joseph Sherwin, el hombre designado por la magistratura para representar a los tejedores.[179] Puede que los empresarios hubieran mentido a los trabajadores para quedar bien o puede que cambiaran de opinión después de encontrarse para fijar los precios. En cualquier caso, los tejedores no recibieron bien la noticia. Aquella noche, las ventanas de una fábrica de Stockport en la que había telares mecánicos acabaron destrozadas y hubo disparos en una instalación similar propiedad del emprendedor John Goodair.

Con todo, los tejedores no abandonarían el intento de encontrar una solución pacífica. El siguiente punto del orden del día de aquella atestada reunión a la que se refería B había sido «solicitar al príncipe regente una reforma y el fin de la guerra». También se convocó una asamblea «para la zona de Mánchester». B insistía en que la organización entre los miembros estaba mejorando: el comité estaba en contacto con otras células luditas y con distintos aliados y grupos de simpatizantes.

El crecimiento había sido tal que otros infiltrados informaban de la creación de un código para reconocer a compañeros luditas. El santo y seña funcionaba así:[180]

> Tápate el ojo derecho con la mano derecha y, si hay un compañero ludita cerca, se tapará el ojo izquierdo con la mano izquierda. A continuación, tócate el lado derecho de la boca con el índice derecho; el otro se tocará el lado izquierdo con el meñique izquierdo y te preguntará cómo estás, a lo que responderás «Dispuesto». Volverá a preguntarte para qué. Tu respuesta será: «Para la libertad soberana».

Estos informes, ciertos o no, reforzaban la conclusión de los confidentes de que la campaña mecanoclasta amenazaba con convertirse en una insurrección mayor. «No solo en Nottingham —escribió B—, sino también en los alrededores están preparados y a la espera» de que aparezca un cabecilla, «de una revelación [*sic*] y de nada más, porque nada más hace falta».

La errata es reseñable: muchos luditas habrían preferido una revelación —que la Corona hubiera entendido la necesidad de un sueldo mínimo y de regular el sector— a una revolución.

George Mellor
contra John Booth

(El ludismo frente a la
bendición de las máquinas)

Invierno de 1812

Era sábado por la tarde y hacía más frío de lo habitual.[181] En el taller de John Wood apenas había actividad. George Mellor y el resto de los tundidores se habían agrupado en torno a un visitante, un joven aprendiz pálido y de facciones delicadas, que leía en alto las noticias de Nottingham.

Era el «día grande de la semana», cuando a Huddersfield llegaban las noticias del mundo exterior gracias a algún periódico, como el *Leeds Mercury* local, y los trabajadores podían opinar sobre las novedades, debatir o incluso discutir. Los tundidores pasaban buena parte del sábado y a veces también del domingo hablando de «la interesante información que poblaba las columnas de los periódicos», según el historiador Frank Peel.[182] Muchos de los trabajadores textiles eran analfabetos y escuchaban con atención al encargado de leer.

El aprendiz cumplía su función emocionado. Se llamaba John Booth y era hijo del reverendo Booth, un clérigo anglicano que gozaba de cierta fama en la zona. El reverendo había trabajado como tundidor y tenía un espacio en el local, donde su hijo John había trabado amistad con George y otros tundidores. Todos los presentes estaban muy interesados en la nota que estaba leyendo en alto, que detallaba el último levantamiento de trabajadores ingleses descontentos contra sus patronos. Los tundidores

gritaban entusiasmados entre frase y frase, aunque una voz destacaba sobre las demás.

—¡Bien hecho! Los muchachos de Nottingham están dando una buena tunda a los torpes soldaditos —aulló George Mellor.

El rubor de las mejillas de Booth y su voz aguda no se debían únicamente a la escena que estaba describiendo, sino también a la sensación de cambio que se respiraba.

Quizás siguiendo los pasos de su padre, Booth se había sentido atraído primero por los estudios y después por la política radical. Era seguidor de Robert Owen, propietario de una fábrica y colectivista que creía que los trabajadores debían organizarse en cooperativas y recibir salarios más justos y una buena educación. De acuerdo con la descripción de Peel, Booth tenía «totalmente interiorizada la idea de que toda la estructura social estaba desencajada y de que las naciones y los Gobiernos de todo el mundo precisaban de una remodelación completa».

Hacía menos de una generación que la Revolución francesa había desalojado a la monarquía del poder al otro lado del canal de la Mancha, dando paso a una frágil democracia, acefalias, una sanguinaria guillotina y, finalmente, a Napoleón Bonaparte. Y, a pesar del florecimiento inicial de clubes reformistas en suelo británico, no se había visto mucho fervor revolucionario desde entonces. Ninguna muestra de *fuerza*. Nada como los luditas.

Un reportaje del *Leeds Mercury*, puede que el mismo que Booth estaba leyendo en ese momento, apuntaba que «desde el inicio del movimiento ludita en el área de Nottingham, habían sido destruidos 42 bastidores de encaje, con un coste aproximado de sesenta libras cada uno, y 544 bastidores de medias de seda y algodón, que valían, nuevos, entre dieciocho y veinte libras por unidad».[183] Eso suponía un total de unas 13.400 libras de 1811, unos doce millones de dólares de 2020.

Eran daños de gravedad.

Allí, en el taller de su padrastro, George se mostró «profundamente conmovido por las novedades», hasta tal punto que las venas de las sienes se le marcaban «como si fueran cuerda de tralla, debido a la viva emoción que parecía agitar hasta la última fibra de su cuerpo». A su lado estaban su mano derecha, Thomas, con quien trabajaba a diario, y su amigo Will Thorpe, un compañero de un taller cercano.

Booth, que reconocía el carisma y la capacidad de liderazgo de George, había intentado atraerlo a la política «con un éxito muy relativo». George,

por su parte, intentaba que el mozo se uniera a *su* causa.

George había seguido adelante con el plan que le había insinuado a Ben la noche después de Navidad. Con su personalidad magnética y su experiencia militar, había reunido a los tundidores, los tejedores y los artesanos de Huddersfield en un escuadrón local de luditas. Habían dado al menos dos golpes, de los que Booth se había enterado tanto por su amistad con los implicados como por el periódico.

La revuelta de Nottingham había cosechado éxitos reales y concesiones de los fabricantes, lo que asustaba a hombres como el coronel Fletcher y animaba a otros como Mellor.[184] El frente de la rebelión parecía estar ahora en Huddersfield, donde agresivos emprendedores como Horsfall y Cartwright seguían ampliando sus fábricas y llenándolas de perchadoras y desborradoras con el objetivo de prescindir de los tundidores. El centro de la lucha entre maquinistas y propietarios de las máquinas se desplazaba hacia la metrópolis del descontento.

Para Booth, la extensión de la insurrección apuntaba a algo más que disputas laborales, anunciaba una posibilidad de cambio radical.

Para George, la situación no tenía nada de teórica.

—Fijaos en Booth —dijo George—, viene aquí y nos habla durante horas de los males que padecemos los trabajadores, y nos explica todos esos nuevos conceptos que ha aprendido de los socialistas; sabe bien que esa maquinaria nos está destruyendo y que pronto no quedarán para nosotros sino los trabajos forzados en una casa de pobres, pero nunca va más allá, solo palabras. Únete a nosotros, muchacho, ya has hablado bastante, es hora de actuar. […] Aunque es cierto que esas máquinas no le están quitando el trabajo a Booth, quizás si fuera así vería las cosas con otros ojos.

—Vamos, George, seamos justos —replicó un tundidor a su espalda—. Es algo que difícilmente se le puede reprochar al chico, él nunca ha fingido ser uno de nosotros.

En lugar de sentirse insultado, a Booth le conmovieron las palabras de Mellor:

—Como sabéis, amigos míos, estoy bastante de acuerdo con vosotros con respecto al daño que os inflige la maquinaria, pero sería la mayor de las bendiciones para la humanidad, en lugar de su condena, si la organización de la sociedad fuera otra.

Si la organización de la sociedad fuera otra.

Ahí estaba, de nuevo, la cuestión de la maquinaria. La misma que

animaba tantos debates y tertulias de intelectuales y que se impuso en todos los rincones de Inglaterra durante la mayor parte del siglo XIX. (En realidad, nunca llegó a desaparecer). «La máquina no era un logro impersonal para quienes vivieron durante la Revolución Industrial, era un *tema esencial*[185] —planteó la historiadora Maxine Berg—. Era fundamental para las relaciones diarias entre patronos y trabajadores, además de suscitar un enorme interés teórico e ideológico».[186]

La visión de la acechante expansión fabril enfurecía a unos y desconcertaba a otros. El violento estruendo del metal, el silbido del vapor: la aversión estética que inspiraba el sobrenatural paisaje sonoro de la industrialización encajaba con el temor de que las máquinas sustituyeran a los humanos. El capitalismo todavía no se había consolidado y distaba mucho de ser una realidad aceptada o glorificada. La cuestión de abrazar o rechazar la automatización, ensalzarla o regularla, generaba encendidos debates. George Mellor y Ben Bamforth habían hablado sobre ese tema mientras atravesaban los montes Peninos aquella noche, y ahora John Booth volvía a plantearlo en la desocupada tundiduría de John Wood.

«Provocaba a los clérigos de pueblo tanto como a los intelectuales cosmopolitas; afectaba al político tanto como al trabajador y al empresario, al reformista social como al científico y al inventor. Estos grupos discutían sobre los costes y los beneficios de la nueva tecnología —explicaba Berg—. Especulaban y sentían pavor o complacencia por los cambios que las máquinas introducirían en las relaciones sociales. [...] Esa fuerza desconocida que avanzaba inclemente, derribando la vieja sociedad a su paso, despertaba entusiasmo y miedo a partes iguales. [...] En aquella época incierta, todavía parecía posible detener el proceso del rápido cambio tecnológico». Era esa posibilidad la que corría sin freno por las venas de George.

A excepción de la idea final, esas polémicas presentan una notable semejanza con las que suscita hoy la automatización. *La riqueza de las naciones* de Adam Smith sostenía que la división del trabajo y la adopción tecnológica concomitante crearían tantos empleos como los que eliminarían, puesto que la optimización de las operaciones con los nuevos métodos aumentaría la producción y, con ella, la demanda. Por eso, la mayoría de la élite política británica estaba convencida de que era positiva (o la veían al menos como un poderoso instrumento para potenciar sus intereses). Al fin y al cabo, la maquinaria estaba convirtiendo a Gran Bretaña en la mayor potencia económica del mundo y multiplicando la

riqueza de las clases altas durante el proceso. El que se perdieran unos cuantos empleos a corto plazo y se precarizara el trabajo de las clases medias era un contratiempo inexorable. El precio del progreso.[187]

Los trabajadores como George, Thomas y Will, por su parte, sabían al instante si una máquina concreta suponía un riesgo para su oficio, y en esos casos, la respuesta a la cuestión de la maquinaria estaba clara: «no». Algunos trabajadores odiaban las máquinas como símbolo de la opresión, mientras que otros reconocían su utilidad en circunstancias distintas. Pero para la mayoría resultaba bastante obvio que las máquinas iban a servir para que aquellos que pudieran permitirse comprarlas, organizarlas y ponerlas a funcionar en grandes cantidades bajo un mismo techo acumularan riqueza y poder. Que los propietarios se lucraran a costa de los trabajadores no se les antojaba una innovación inspiradora ni una empresa audaz. Lo consideraban inmoral.

Según el historiador Adrian Randall, «cuando la maquinaria mejoraba o facilitaba el empleo dentro de la estructura de trabajo existente, rara vez provocaba resistencias. En cambio, si amenazaba el empleo o lo trasladaba al nuevo sistema fabril, se enfrentaba a una hostilidad generalizada».[188] Como cuando se encontró con los luditas.

Sin embargo, también se planteó, igual que ahora, otra respuesta a la cuestión de la maquinaria: debemos abrazar las máquinas al tiempo que acometemos reformas políticas y sociales para que todos los hombres y mujeres participen de los beneficios. Esas máquinas que harán nuestro trabajo serán una bendición si nos centramos en reorientar su fundamento político, no sus pistones.

Ese era el gran proyecto del héroe de Booth, Robert Owen, quien, a pesar del significativo desgaste personal que le supuso, dedicó años a intentar convencer a los prebostes ingleses de transformar sus comunidades industriales en colectivos diseñados a imagen y semejanza de su propio sistema fabril. En él, la jornada de trabajo era limitada y los niños tenían acceso a la educación; su esperanza era que todo el mundo se beneficiara de las máquinas de un modo más equitativo. Owen se había hecho rico gestionando una tejeduría de algodón que después heredó, y se había dado cuenta de que el sistema aceleraba el desempleo y la desigualdad (por no hablar de la rotación de trabajadores).[189]

Booth defendió la postura owenita en el taller:

—Nuestro país, como otros, tiene ya tal cantidad [de maquinaria] que mucha gente está desocupada contra su voluntad y necesita ayuda para no

morir de hambre. Lo sabemos bien, pero ¿eso ha de llevarnos a concluir que las máquinas son diabólicas por naturaleza? —preguntó ante los murmullos escépticos del grupo—. El tundido manual que ahora practicáis no es en modo alguno un trabajo sencillo. Todos sabemos lo penoso que es para los aprendices manejar las cizallas hasta que no tienen callo en las muñecas. Ahora fijémonos en esos artefactos, en las perchadoras y las tundosas, en la belleza y la suavidad de su funcionamiento. Hacen a la perfección la parte más ardua del trabajo. Como todos sabemos, con su ayuda, vuestro trabajo se ha convertido básicamente en una labor de vigilancia y supervisión.

Esta última afirmación podía resultar insultante para aquellos hombres que se enorgullecían de su habilidad y su dominio del oficio, pero Booth continuó con su exposición:

—Es a todas luces absurdo sostener que una máquina que puede hacer eso sea para vosotros una maldición. En las circunstancias adecuadas, sería casi una bendición divina, pero, por desgracia, esas condiciones favorables no existen.

Si esa tecnología estuviera al servicio de toda la sociedad, sería una auténtica bendición. Se estaba planteando el sueño del lujo automatizado y de la sociedad del ocio, y quizás, gracias a aquella oleada inédita de maquinaria realmente productiva —las hiladoras hidráulicas, los telares mecánicos y las perchadoras—, podría hacerse realidad por primera vez.

—Si los capitalistas y los millones de personas desempleadas se trasladaran de las grandes ciudades a comunidades de tamaño mediano, si todos disfrutaran de un empleo según las condiciones económicas que propiciara esa unión, ya fuera en la agricultura, fabricando máquinas o manejándolas por el bien común, en pocos años esas islas presentarían un aspecto totalmente distinto y la pobreza y el hambre serían realidades desconocidas —profetizó Booth.

Era una solución radical a lo que Owen consideraba una rápida escalada de la desigualdad y la explotación laboral. (También presagiaba la forma de pensar de empresarios humanistas como Andrew Yang, que se ha hecho famoso por defender una renta básica universal, otra solución de arriba abajo ante los males de la automatización y la explotación).

—¡Si esto, si lo otro, si lo de más allá! ¿Qué sentido tiene dar sermones a la gente que se muere de hambre? —rugió Mellor.

Esa era la réplica incontestable a la cuestión de la maquinaria. En realidad, todo se reduce a saber quién tiene el poder y el privilegio de

hacerse preguntas, y quién sufrirá las consecuencias de las respuestas. ¿La maquinaria que ahorra mano de obra es una ventaja para la sociedad? Si tienes máquinas en propiedad o te beneficia el éxito de la clase propietaria, es mucho más fácil que tu respuesta sea positiva. Si esas tecnologías están precarizando o destruyendo tu medio de vida, el largo plazo resulta irrelevante; lo que te preocupa es el ahora.

—Si los hombres obraran como dices, todo sería mejor, ya lo sabemos. Pero no van a hacerlo. Los patronos solo se preocupan por sus intereses. ¿Por qué iba a importarles que un millar o dos de los nuestros se consuman hasta morir si pueden llenar su bolsa un poco más rápido? —le interpeló George.

Esta crítica a la promesa de la automatización, expuesta sin medias tintas por una de sus primeras víctimas, sigue a la orden del día. Ahora el mantra es que la robótica y los algoritmos se encargarán de «los trabajos sucios, aburridos y peligrosos» que los humanos no quieren hacer.[190] La automatización *debería* ser una bendición, nos dicen. Nos lo han repetido hasta la saciedad. De hecho, el influyente economista John Maynard Keynes predijo en 1930 que la mejora de la maquinaria y el subsiguiente aumento de la productividad nos conduciría hasta la semana laboral de quince horas, como mucho.[191]

Si se aprovechara la automatización para el «bien común», como sostenía Booth, ese podría ser un resultado plausible. Sin embargo, lo que ha sucedido una y otra vez es lo que temía Mellor: que la tecnología laboral ha potenciado la acumulación de capital en manos de una élite cada vez más selecta. Hoy los conocemos como el 1 por ciento. Los defensores de las tecnologías de automatización sostienen que deberíamos aceptarlas y abrazar su capacidad para mejorar la calidad de vida; los críticos replican que, mientras no haya un mecanismo fiable que permita a los trabajadores participar de los beneficios, solo servirán de amenazante alternativa a su mano de obra, una baza jugada en su contra para desplazarlos y precarizarlos aún más.

—¡Alto ahí! —protestó Booth—. Nadie se compadece de los pobres trabajadores hambrientos más que yo, pero creo que el camino que han tomado los luditas para resolverlo no es el adecuado. Os confieso que me atormentan las dudas. Me temo que vuestro plan no tendrá éxito, pero tampoco veo la manera de crear una sociedad mejor y más justa en este momento, dado que la mayoría de los trabajadores carece de educación.

Benjamin Walker, otro tundidor del taller de John Wood y, según Peel,

un hombre «violento», no pudo reprimir su enfado:

—¿Compadecerte de los que pasan hambre? O mientes o eres un cobarde. ¿Cómo osas decir que te importan si no mueves ni un dedo para ayudarles?

—No soy un cobarde, Walker, y repito que siento, desde el fondo de mi corazón, lo que os está sucediendo... Es muy duro que la gente muera de inanición en su propia casa en una tierra cristiana, pero ¿no sería mejor exponer estas cosas a los patronos y razonar con ellos, en lugar de enfurecerlos destrozando sus máquinas y...?

—Intentar razonar con ellos es como intentar razonar con las piedras, pues tienen el corazón más duro que el pedernal —le interrumpió Thorpe —. ¿Qué provecho sacaríamos de hablar con un hombre cuyos intereses lo empujan en sentido opuesto? Si morimos todos, seguirán teniendo esas máquinas. El único compañero al que escuchan es a Enoch, el mejor orador que he conocido, pues cuando despedaza algo, ¡vaya si lo entienden!

Enoch era uno de los hermanos y socios comerciales de William Horsfall y, paradójicamente, se dedicaba a construir tanto tundidoras como los gigantescos martillos que los luditas usaban para triturarlas. Hasta tenían un dicho: «Enoch las hizo, Enoch debe destruirlas».

Booth se había quedado sin argumentos; de haber habido otro oficio viable en la región, les habría recomendado cambiar de trabajo, pero no era así, y al final lo reconoció:

—No sé qué consejo daros ni qué decir.

—Di que te unirás a nosotros —le sugirió Mellor.

—Me uniré a vosotros —contestó el muchacho—. La cabeza me dice que estáis equivocados, pero el corazón pesa demasiado. Quizás los patronos, viendo que os han llevado a la desesperación, se sientan obligados a estudiar las circunstancias.

Se oyó un murmullo en el taller. Varios hombres se acercaron a él y le estrecharon la mano.

—Dado que al fin has decidido sumarte a nuestra causa y te has declarado ludita de corazón, te tomaré juramento y pasarás a ser un miembro más de nuestra sociedad —le dijo Mellor.

Un par de tundidores cerraron la puerta mientras el resto formaba un semicírculo en torno a Booth y a Mellor, que ya tenía en la mano el Nuevo Testamento.

Destrozar telares era un delito grave, al igual que afiliarse a una asociación o sindicato o cualquier otra actividad relacionada con los

luditas, por lo que la discreción era esencial y los miembros debían prestar juramento. Ese voto también era ilegal, se consideraba traición y se penaba con el «traslado» a Australia u otra colonia británica. Además, quienes se vinculaban mediante esa promesa lo hacían con la máxima seriedad; era un peso, una carga compartida, una hermandad. Incluso ante la amenaza de acabar en prisión o de algo peor, los que habían prestado juramento solían cumplirlo, tanto por respeto a la causa como por miedo a las consecuencias de la delación.

El juramento de la fraternidad, como se lo conocía, se usaba para sumar nuevos adeptos a la causa ludita por toda Inglaterra. George Mellor dio un paso adelante y tomó a Booth de la mano.

—¿Cómo te llamas?

—John Booth.

—¿Estás dispuesto a ingresar en nuestra sociedad y servir sin reparos ni objeciones a las órdenes del general Ludd?

—Lo estoy.

—Entonces, repite conmigo: «Yo, John Booth, declaro y juro solemnemente, de forma libre y voluntaria, que nunca revelaré a ninguna persona que habite bajo la bóveda celeste el nombre de los miembros de este comité secreto, ningún dato referente a sus actos, reuniones, lugares de residencia, vestimenta, rasgos o complexión ni nada que pudiera conducir a su identificación, ya sea de palabra, por escrito o mediante señales, so pena de abandonar este mundo a manos del primer hermano que me encuentre, sabiendo que mi nombre y mi persona desaparecerán para siempre y únicamente se recordarán con desprecio y repugnancia. Y juro, asimismo, que pondré todo mi empeño en castigar con la muerte a cualquier traidor que pueda aparecer entre nosotros, allá donde pueda encontrarlo, y que, aunque tenga que llegar hasta los confines de la naturaleza, lo perseguiré con incesante venganza. Que Dios me ayude y me bendiga para no faltar jamás a mi palabra».

Mellor le entregó la Biblia a Booth, que la besó. Eso fue todo. Le entregaron al joven una copia impresa del juramento y le ordenaron aprenderlo de memoria, por si se diera el caso de tener que ejercer él de oficiante para otro recluta.

Castigar con la muerte a cualquier traidor. Desaparición eterna del nombre y la persona. Incesante venganza. Booth «estaba dentro» oficialmente.

Ya era un ludita.

Mary Godwin

Febrero de 1812

El vicepresidente estadounidense había ido otra vez a cenar. Su vida parecía una epopeya jalonada de osadas proezas, giros extraños y sucesos dramáticos; además, estaba en la ruina y probablemente esa era la razón por la que seguía dejándose caer por casa de los Godwin.[192] Aaron Burr había estado a punto de ser presidente de Estados Unidos tras empatar a votos electorales con Thomas Jefferson, pero al final la balanza cayó del lado de Jefferson y Burr se quedó con la vicepresidencia. Más tarde, mató en un duelo a Alexander Hamilton, otro de los padres fundadores, y lo obligaron a abandonar la política. Compró unas tierras en el oeste del país, lo acusaron de traición y tuvo que huir a Europa, donde pasó sus últimos años vagabundeando y sin un penique.

Para la mayoría de las chicas de catorce años, tener sentado a la mesa a un exvicepresidente habría sido un acontecimiento, pero no para Mary Godwin.

Siempre había personas como él entrando y saliendo. Mary había compartido mantel con bohemios, filósofos, hombres de Estado, artistas, escritores y revolucionarios. Sentía predilección por los poetas (como Walter Scott, la sensación del momento) y por la vida literaria. Su padre, William Godwin, había ayudado a promocionar una serie de charlas que su amigo Samuel Taylor Coleridge estaba impartiendo ese invierno, y ella había asistido a las cuatro últimas con su hermano pequeño, William Jr. No le habían entusiasmado: encontraba la retórica de Coleridge demasiado dispersa. Quien quizás sí despertó su interés fue otro de los asistentes, el poeta lord Byron, cuyas fama y obra no dejaban de crecer de la mano de su

reputación disoluta.

La vida siempre había sido así; o incluso más intensa, al parecer, cuando su madre estaba viva. Mary Wollstonecraft, después de todo, había atraído la atención de todo tipo de personalidades y eruditos de su tiempo.[193] Su despiadada obra de 1790, *A Vindication of the Rights of Men*, y su radical defensa de la democracia y la igualdad supusieron el inicio de su prolongada vinculación con la Revolución francesa. En 1792, *Vindicación de los derechos de la mujer* la convirtió en una celebridad literaria e hizo que más tarde se la conociera como una de las figuras fundacionales del feminismo. Recibió a visitantes de todo el mundo, incluido Charles de Talleyrand-Périgord, a quien instó a garantizar que las niñas recibieran una educación igualitaria en la nueva sociedad francesa sin monarquía. Wollstonecraft había viajado a París un mes antes de que pasaran a Luis XIV por la guillotina y fue testigo de su sangriento final.

A pesar de que todo eso había sucedido en un siglo distinto y de que la joven Mary no había conocido a su madre, había heredado su talento para la escritura y el pensamiento político. A comienzos de la década de 1810, también se interesó por la política radical. Según una de sus biógrafas,[194] «el estimulante entorno intelectual en el que vivía alimentó y potenció su capacidad de observación y reflexión», unas facultades que se nutrieron, además, de las turbulencias y la oscuridad de la época, del malestar y las desigualdades, «de la ansiedad y la incertidumbre que, como pájaros de mal agüero, sobrevolaban su hogar sin alejarse nunca demasiado».

Con todo, eran días felices en la caótica vivienda familiar de la londinense calle Skinner, y, de acuerdo con su biógrafa, «es muy probable que aquellos pocos meses fueran los mejores que Mary pasó en su casa», a pesar de que la familia estaba al borde de la bancarrota.

La sempiterna preocupación de su padre por las considerables deudas que arrastraba resultaba evidente incluso para los visitantes: en la entrada de su diario sobre la visita a los Godwin, Burr hizo referencia a las dificultades financieras de su anfitrión.

Sin embargo, si de algo disfrutó el solitario y agradecido Burr fue de su increíble prole.

Inspirado por los oradores, William Jr. decidió dar su propio discurso desde una pequeña tribuna que su padre había construido en casa. El joven William se colocó ante su audiencia y expuso su disertación «con notable seriedad y decoro».

Su intervención versó sobre «la influencia del Gobierno en el carácter

de una persona», y el texto lo había escrito su hermana Mary.

Richard Ryder

14 de febrero de 1812

Las cartas seguían llegando y el ministro del Interior, Richard Ryder, apenas daba abasto. Buena parte de ellas, remitidas por magistrados o fabricantes, estaban escritas en un tono familiar, cargadas de alarma y súplicas. Los hechos que relataban eran muy similares, igual que la naturaleza de las quejas.

Joseph Radcliffe, un magistrado de Huddersfield presa de la exasperación, le informaba en una de ellas de que «los alborotadores se reúnen en la oscuridad, atacan por sorpresa las máquinas y huyen. Los luditas disparan sus pistolas durante la noche por toda la región para atemorizar y confundir».[195] Todas las misivas concluían con idénticas peticiones: apoyo militar, enviar a la caballería, restaurar el orden con una demostración de fuerza. «Dos escuadrones serán suficientes si nos concede cien soldados de infantería —continuaba Radcliffe—, ya que necesitaríamos hombres acuartelados en todos los pueblos vecinos».

La lenta respuesta a los disturbios de Nottingham de parte del ministerio, que se había limitado a enviar al norte unos cuantos pelotones de soldados sin demasiado éxito, había suscitado críticas.[196] En aquella época, las ciudades no disponían de fuerzas policiales; si se producía algún conflicto, los magistrados podían nombrar alguaciles entre la población local, y todos los hombres mayores de edad estaban obligados a asumir el cargo en virtud de una antigua ley.[197] En circunstancias extremas, los magistrados como Radcliffe podían escribir al Ministerio del Interior en Londres para solicitar asistencia: un escuadrón de dragones armados o una autorización para fuerzas especiales.

Spencer Perceval había puesto a Richard Ryder, su diligente factótum, al frente del Ministerio del Interior en 1810. Era un político de carrera que se había forjado una reputación trabajando al servicio del partido y haciendo el menor ruido posible. En ese momento, con el escaso personal que tenía a su disposición —apenas dos docenas de empleados, incluidos el subsecretario y varios administrativos—, Ryder se veía sobrepasado por la envergadura y la ferocidad de la sublevación ludita.

Carta tras carta, quedaba claro que los empresarios, los magistrados y los terratenientes se sentían profundamente sacudidos por el movimiento mecanoclasta. Tanto era así que los propietarios de maquinaria y sus aliados habían optado por pedir refuerzos militares al Ministerio del Interior incluso para los pueblos en los que no se habían producido revueltas. (Aunque no todos ellos: con su silencio, algunos lores y funcionarios demostraban su tácita simpatía por la causa ludita). Había al menos un motivo de peso que explicaba por qué las fuerzas del orden no conseguían capturar a más alborotadores, y esa razón era la popularidad de los luditas. Como señaló el historiador Malcolm Thomis, «quizás la traba más importante a la que se enfrentaban las autoridades era el hecho de que los destrozos de máquinas se produjeron en un contexto de solidaridad casi generalizada con los trabajadores».[198]

Los pocos luditas arrestados en Nottingham al inicio de la revuelta estaban a la espera de juicio, pero eso no había detenido a sus compañeros.

Los magistrados, los lores y la alta burguesía rural temían que las acciones luditas desembocaran en algo más siniestro: una conspiración para derrocar a la monarquía. En palabras del historiador F. O. Darvall, «una opinión muy extendida en ese momento era que los luditas tenían un objetivo mayor y más importante, el de subvertir el sistema de gobierno vigente».[199]

¿Qué se supone que debía hacer Ryder? ¿Enviar dragones a cualquier funcionario que se pusiera nervioso y le escribiera una carta? Ya había destinado a Nottingham un destacamento importante, de hecho, más numeroso que el que estaba luchando contra Napoleón en España. ¿De cuántos soldados creía esa gente que podía prescindir? Quizás no se dieran cuenta, pero estaban en guerra.

El Ministerio del Interior se encargaba de gestionar todos los asuntos internos, desde emitir certificados de cambio de nombre hasta registrar patentes o supervisar prebendas y nombramientos eclesiásticos, además de prestar ayuda militar dentro del país para mantener la paz. Era una

estructura poco habitual que se había establecido unas décadas antes, en 1782, cuando se declaró la guerra en las colonias americanas. El enorme poder del ministerio brindaba a la magistratura, al Parlamento y a los funcionarios públicos una vía de contacto con el rey en cuestiones internas. Sin embargo, no tenía suficiente personal y carecía de una jurisdicción clara, lo que propició la confusa reacción de Ryder a la revuelta ludita. Movido por la frustración, remitió directrices a los magistrados para crear comités y contratar más informantes.

El 14 de febrero de 1812, Ryder se dirigió a la Cámara de los Lores y propuso una ley para convertir el destrozo de maquinaria en un delito castigado con duras penas.[200]

En su intervención, Ryder presentó a los luditas como terroristas, «malvados» artífices de «unos disturbios que se han prolongado durante tres meses y cuyo carácter bordea la insurrección». No mencionó que los trabajadores de Nottingham estaban desesperados ni que los artesanos habían acudido en repetidas ocasiones a la Corona y a su administración en busca de ayuda. Ryder aseguró que «no iba a hacer comentarios sobre el motivo de la disputa», aunque aventuró que el origen del problema podría residir en «las desafortunadas fluctuaciones del mercado».

En su turno de palabra, el coronel Eyre, representante de Nottingham, secundó la moción y apostilló, con una condescendencia que pronto muchos considerarían puro sentido común: «cuando esos hombres engañados, los mecanoclastas, se emplean a fondo para hacer pedazos la maquinaria, no son conscientes de que se están privando de los medios para ganarse la vida».

Con el fin de demostrar lo lejos que había llegado para detener a los luditas, Ryder informó de que a finales de diciembre ya había destinado novecientos soldados de caballería y mil de infantería a Nottingham. Aseguró que «era una fuerza mayor que cualquier otra que hubiera sido necesario emplear nunca para sofocar un disturbio local».

Y, aun así, no había suficiente: algunos fabricantes habían aumentado los salarios y otros estaban abandonando las máquinas. La caótica rebelión de los luditas iba ganando terreno, y para doblegarla sería preciso un castigo más severo. Las leyes que estipulaban una pena de década y media de exilio por destrozar maquinaria «habían demostrado ser totalmente insuficientes», afirmó Ryder.

Su propuesta consistía en «declararlo delito capital».

Los luditas que quebraran los telares de los fabricantes se enfrentarían

a la pena de muerte por oponerse con violencia a la automatización.

El príncipe

Febrero de 1812

Al fin había llegado el momento: el príncipe regente había asumido oficialmente las riendas del país tras el vencimiento de la regencia restringida el 18 de febrero. Los *tories* y los *whigs*, impacientes unos, expectantes los otros, dirigieron la mirada al nuevo soberano de Inglaterra, el hombre que era tan bueno como un rey.

Lo mismo hicieron los cientos de miles de mujeres y hombres de clase trabajadora que se asomaban al abismo de la pobreza o ya habían caído en él. Muchas voces se habían unido a los luditas, cuyo contingente de Nottingham había cumplido su palabra de detener los asaltos a la espera de que el príncipe aprobara reformas cuando concluyera su regencia restringida. El príncipe Jorge tenía ante sí la oportunidad de ayudar a los que sufrían, de hacer algo más que ocupar sus tierras con soldados y milicias o poner precio a la cabeza de los mecanoclastas. Podía derogar las órdenes reales para revitalizar el comercio, regular el uso de la maquinaria o socorrer a los hambrientos mediante la mejora de la Ley de Pobres. Podía, al menos, marcar un nuevo rumbo ofreciendo a sus viejos aliados la posibilidad de liderar el Gobierno.

En lugar de dar alguno de estos pasos, Jorge anunció que mantendría al *tory* ultraconservador Spencer Perceval en el cargo de primer ministro. No habría cambios. Fue su «traición final» a los *whigs*.[201]

La inercia del poder pesaba demasiado; Jorge se había permitido actuar como progresista cuando era un príncipe libertino, pero ahora, investido con todo el poder real, no quería alterar la maquinaria gubernamental que su padre había puesto en marcha. Aunque el abandono

de los intereses *whigs* era previsible desde hacía tiempo, sus antiguos amigos montaron en cólera. Algunos incluso habían mantenido la esperanza, creyendo que tenía las manos atadas por las circunstancias y por la enfermedad de su padre. No lo entendieron como un simple movimiento que podía generar división, lo sintieron como una inexcusable puñalada por la espalda y, salvo dos, no lo perdonaron nunca.

Lord Moira, que había sido uno de sus asesores más cercanos durante dos décadas, le escribió lo siguiente: «Me aflige tener que transmitirle que la perplejidad general ante el paso que ha dado solo es comparable a los terribles presagios sobre su futura seguridad. Un espectador imparcial se cuestionaría el motivo de ese rechazo sin explicaciones ni condiciones de los principios que durante tanto tiempo ha profesado».[202]

Leigh Hunt, el editor del periódico londinense *Examiner*, publicó una carta abierta ridiculizando al príncipe regente y calificándolo de «incumplidor de la palabra dada, libertino irremediablemente endeudado».[203] Tras su bandazo hacia la derecha, el príncipe, contagiado por la tendencia de su nuevo partido a castigar al disidente, demandó a Hunt y a su hermano, propietario del periódico, por calumnias. Los Hunt pasaron los dos años siguientes en prisión.

Días después de decantarse por los *tories*, el regente defendió su actuación durante una cena en Carlton House con una cruel diatriba contra los líderes *whigs* que lord Buckingham describió más tarde en sus memorias como «un ataque furibundo y atroz».[204] Incluso la hija de Jorge, la princesa Carlota, que tenía apenas once años, se levantó llorando de la mesa después del discurso. Su padre le había enseñado a admirar a los *whigs* y su política, y consideraba a muchos de ellos amigos íntimos de la familia.

«La princesa Carlota se retiró porque iba a asistir por primera vez a la ópera, pero lo hizo entre lágrimas y saludó con efusividad» a uno de los *whigs* presentes, desafiando a su padre. Luego, en el teatro, Carlota vio a otro eminente *whig* en el palco; se puso de pie y «le mandó varios besos con la mano, a la vista de todos», demostrando su solidaridad con el partido al que acababan de traicionar.

En aquella época, era habitual que escritores y poetas reaccionaran a los acontecimientos políticos señalados publicando versos y poemas anónimos en los periódicos. Después del espectáculo de Carlton House y de la ópera, apareció en el *Morning Chronicle* un poema titulado *A una dama que rompió a llorar*.[205]

Llora, hija del monárquico linaje,
por el sino del reino y el aciago padre.
Qué dicha si cada lágrima derramada
tuviera el poder de enjugar sus faltas.
Llora, pues esas lágrimas iluminan
el sufrimiento de estas pobres islas.
Y que tenga en un futuro ese llanto
la sonrisa del pueblo en pago.

El poeta anónimo, como se sabría más tarde, no era otro que lord Byron.

Lord Byron

Invierno de 1812

En el idílico interior de Newstead, el invierno había transcurrido envuelto en una niebla de melancolía. El lord seguía regodeándose en la pérdida, interrumpiendo su duelo de cuando en cuando para acosar a sus sirvientas. Se había dedicado a escribir, a terminar los preparativos para la publicación de *Las peregrinaciones de Childe Harold* y a atender las cuestiones económicas. Había decidido vender Newstead.

Fuera, Nottingham se veía asolado por el caos, la violencia y, ahora, las fuerzas de ocupación. Los asaltos luditas habían continuado por todos los rincones de Nottinghamshire y más allá de sus confines. La amenazante presencia de las milicias y la infantería se había adueñado de los pueblos, ciudades y *pubs* de las Midlands.

Byron había sido testigo de los efectos de la ocupación, de la incapacidad del ejército para apaciguar nada, de la miseria de los trabajadores de Nottingham, de las revueltas luditas que proseguían su curso con decisión. Percibía la rabia desbordante y simpatizaba con ella. Creía que la situación había llegado a un punto crítico.

«Por lo que puedo observar —le escribió Byron a un amigo—, estoy convencido de que, salvo que se tomen pronto medidas conciliatorias, podemos esperar las consecuencias más infaustas».[206] Gracias a su reciente incorporación al Parlamento, contaba con un medio para dar la voz de alarma. Había decidido aprovecharlo y convertir su discurso de presentación en la Cámara de los Lores en una entusiasta defensa de los luditas.

Le explicó su razonamiento a lord Holland, un destacado *whig* que se

había convertido en su mentor político, ya que veía en el poeta una figura atractiva y cada vez más célebre que podía contribuir a su causa.

«A mi juicio, los fabricantes se asemejan a un grupo de hombres heridos de gravedad, sacrificados en aras de la visión de ciertos individuos que se han enriquecido despojando a los calceteros de su oficio», le expuso Byron a Holland por carta el 25 de febrero.[207] «Por ejemplo, con la adopción de un tipo concreto de bastidor, un hombre puede hacer el trabajo de siete, lo que deja a los otros seis sin empleo. Además, cabe señalar que el producto elaborado por estos medios es de una calidad tan inferior que difícilmente podría comercializarse en nuestro país, así que se fabrica a toda prisa para la exportación».

Byron continuaba:

> Mi lord, por más que nos regocijemos ante cualquier mejora de la técnica que pueda beneficiar a la humanidad, no hemos de permitir que esa humanidad se sacrifique en el altar de los avances mecánicos. La supervivencia y el bienestar de los trabajadores pobres es un propósito de mayor trascendencia para la comunidad que el enriquecimiento de un puñado de monopolistas a través del perfeccionamiento de las herramientas de la industria, que le arrebatan al trabajador el pan de la boca y lo dejan en una situación en la que «no es digno de su salario».
>
> El motivo por el que me opongo a la ley es su evidente injusticia, además de su innegable falta de eficacia. He visto las condiciones miserables en las que viven estos hombres y son una deshonra para un país civilizado. Sus excesos pueden ser condenados, pero no han de asombrar. La consecuencia de esta ley será empujarlos a una auténtica insurrección.
>
> Las palabras que me aventuraré a pronunciar el jueves se basarán en estas opiniones que me he formado observando la realidad sobre el terreno. Por indagaciones previas, estoy convencido de que es posible que estos hombres vuelvan a trabajar y el condado recupere la tranquilidad. Quizás no es demasiado tarde y, sin duda alguna, merece la pena intentarlo.

La defensa de los mecanoclastas resultaría polémica y muy poco popular en el interior del Parlamento, algo con lo que seguramente contaba Byron, que nunca desaprovechaba la oportunidad de ser el centro de atención.

No obstante, Byron reconocía que la empatía tenía sus límites y no vaciló en añadir esto a su carta: «Condenando, como todo el mundo ha de

condenar, la conducta de estos desdichados, considero que existen agravios que más que castigo merecen piedad». Es decir, a pesar de su disposición a defender su causa, Byron seguía considerando a estos hombres «desdichados dignos de compasión». A Holland le pareció el tono adecuado —racional y pragmático, compasivo y contundente—, si bien sus posibilidades de impedir la aprobación de la ley eran muy escasas. La mayoría de los lores de la Cámara albergaba pocas simpatías por las víctimas de la automatización.

Esos lores entendían que la automatización industrial y la producción fabril a gran escala abrían la puerta a una formidable oportunidad de monopolizar nuevos mercados y consolidar el poder económico de la nación. Los nuevos sistemas iban en camino de garantizarle a Gran Bretaña el liderazgo mundial indiscutible como productora y exportadora de productos textiles. Con esas máquinas, podían importar el algodón recolectado en América, procesarlo y vender artículos manufacturados baratos por todo el mundo. Las factorías mecanizadas eran sinónimo de buenos negocios y dominio geopolítico. Puede que las tejedurías artesanales hubieran sido el pilar de la economía local, pero no le reportaban al país poder internacional en un momento en el que el Ejército napoleónico estaba disputándole su supremacía.

El sistema político británico giraba en torno a una oligarquía de aristócratas terratenientes y lores que ostentaban el poder desde antaño, como explicó el historiador Eric Hobsbawm.[208] Sin embargo, cuando los propietarios fabriles «llevaron la industria a sus tierras, los fabricantes ganaron poder político y, ya en 1750, tenían más influencia que los comerciantes». En paralelo, Gran Bretaña se estaba convirtiendo en «la manufactura del mundo». Y con el respaldo del Estado, los innovadores y emprendedores maniobraron para sortear la oposición de los trabajadores: «Fue el anticuado Parlamento en su periodo más radicalmente conservador el que instauró plenamente el *laissez faire* en las relaciones entre el empresario y el trabajador».[209]

Eso era precisamente lo que estaba sucediendo con los artesanos, los tejedores y los tundidores: durante la primera década del siglo, el gremio textil había presionado al Parlamento para mantener la regulación que restringía el uso de maquinaria en la pañería, pero su esfuerzo había sido en vano. Cuando a la tendencia automatizadora se sumaron dos años de malas cosechas que condujeron a la población al hambre y la angustia, los tejedores acudieron cívicamente al Parlamento en busca de una ayuda que

también se les negó.

¿Por qué? Porque los parlamentarios estaban disfrutando de un nivel de riqueza y poder sin parangón. La mayoría de ellos estaban tan alejados de la ciudadanía a la que gobernaban que la comunicación no parecía siquiera viable. (Pensemos en Estados Unidos en el siglo XXI, cuando lo raro es que los congresistas *no* sean millonarios. Y pensemos en la postura que han adoptado con respecto al sector tecnológico desde su *boom* en la década de los noventa. «La clase política nacional hizo gala de una reseñable laxitud a la hora de regular las prácticas de recopilación de datos de un sector cuya tecnología apenas entendía, pero cuyo crecimiento meteórico impulsó la economía del país», escribió la historiadora Margaret O'Mara.[210] «Cuando aquel Internet financiado con fondos públicos se abrió por fin a la actividad comercial a comienzos de la década de 1990, tanto el partido demócrata como el republicano estuvieron de acuerdo en que la regulación debía ser mínima»).

«La aristocracia y los terratenientes británicos solo notaron los efectos de la industrialización para bien —apuntaba Hobsbawm—. Sus rentas se multiplicaron debido a la demanda de productos agrícolas, a la expansión de las ciudades (el suelo era suyo) y de las minas, las fundiciones y el ferrocarril (todo ello en terrenos de su propiedad). Su preponderancia social permaneció inalterable, su poder político en el ámbito rural no decreció ni un ápice». El primer medio siglo de industrialización masiva fue una «época dorada para los británicos con tierras y títulos».[211] Las tendencias que estaban sacudiendo Huddersfield y Nottingham eran tremendamente beneficiosas para la clase alta.

Si bien Byron no era capaz de solidarizarse plenamente con los trabajadores empobrecidos, veía lo injustas que eran sus circunstancias. La mayoría de los ministros de Londres prefería atribuir las acciones de los luditas a la pereza, a la ignorancia o a una fantasiosa sed de caos antes que a la situación económica, al fracaso de sus políticas o a la inseguridad propiciada por la tecnología. Byron, el eterno provocador, se dispuso a hacer suya la causa de los mecanoclastas.

La carta dirigida a lord Holland incluía una pícara posdata: «Mi lord, no le negaré que me provoca cierta desazón que pueda pensar que soy demasiado benevolente con estos hombres o, incluso, *medio ludita*».

Ned Ludd

Invierno de 1812

Lamentamos comunicar que todavía no ha sido posible doblegar el espíritu de revuelta y violencia de los trabajadores.[212] Durante la semana pasada, fueron muchos los destinatarios que recibieron cartas con la firma ficticia de «Edward Ludd». Esas misivas les conminaban, bajo amenaza de muerte si no se avenían a cumplir en un plazo dado, a desistir de ciertos tipos de trabajos que los remitentes consideran ofensivos para el oficio.

Esta mañana, una partida de mecanoclastas ha cometido la atrocidad más temeraria en la residencia Broad Lane Paddock, de la calle West Street de esta localidad: entre las cinco y las seis, justo después de que se hubiera ido el vigilante, el grupo de hombres ha accedido a la vivienda del señor Harvey gracias a una escalera de mano que les ha permitido llegar a la ventana del segundo piso y, tras forzarla, han irrumpido en el interior, subiendo consigo la escala. Una vez en el taller, que albergaba siete bastidores anchos, han destruido las máquinas.

El proyecto de ley para castigar con la pena de muerte a las personas que, en lo sucesivo, sean declaradas culpables de destruir bastidores de medias o de encajes se leyó por segunda vez en la Cámara de los Comunes el pasado miércoles, y ayer quedó vista para una tercera lectura, después de lo cual se trasladará a la Cámara de los Lores. Esperamos sinceramente que este instrumento legal provoque el debido efecto en la mente de esos hombres a los que han embaucado y que llevan demasiado tiempo desafiando la decencia y el orden, y que los disuada de cometer en el futuro actos delictivos que, en sus consecuencias, son equivalentes a la alta traición.

Algunos periódicos simpatizaban con la causa ludita; otros más conservadores, como el *Nottingham Journal*, se adherían a la línea de indignación que había marcado la Corona. Sin embargo, todos coincidían en que lo que había empezado como una oleada de ataques a los instrumentos de la producción en serie se había convertido en una insurrección en toda regla. Los luditas se estaban levantando en Nottingham, en Leicester, en Mánchester, en el West Riding, en Derby. Estaban en todas partes.

Puede que los lectores de prensa corrientes que vivían en localidades ajenas a los «disturbios» no tuvieran claro qué eran exactamomio furibundo? Las autoridades los describían como alborotadores, saqueadores o incluso terroristas. Pero, si era así, ¿por qué sus acciones solían ir acompañadas de los vítores de las multitudes que se congregaban para ver cómo asaltaban una fábrica o destrozaban una máquina? ¿Por qué nadie —y eso era algo realmente increíble—, *ni una sola persona*, facilitaba a las fuerzas del orden información sobre unos actos que acumularían ya miles de testigos? Sin duda, ayudaba que los objetivos de los luditas fueran máquinas, no personas.[213]

Gracias al uso de las tecnologías mediáticas disponibles en la época —imprimir octavillas y pasquines, escribir cartas amenazantes, adoptar un meme como símbolo—, consiguieron que su revuelta pareciera no tener límites. Pensemos en los movimientos descentralizados modernos que surgen de una idea, no de un líder, como Occupy Wall Street o Black Lives Matter. El anonimato y la unidad de los luditas ayudaron a alimentar el entusiasmo de la población, replicando el fenómeno de Robin Hood. También disponían de un mecanismo para que cualquiera que compartiera sus quejas se uniera a ellos; no eran una plataforma exclusiva con una lista de demandas (aunque, sin duda, las tenían) y un dirigente carismático. Allá donde estuvieran, estaba el general Ludd, la encarnación del mensaje: si la maquinaria de los ricos y poderosos te empuja al hambre y a la pobreza, podrías responder destruyéndola.

La apertura de este enfoque hizo posible que distintas regiones con problemas y políticas diferentes eligieran a Ned Ludd como imagen de su lucha. Si vivías en Nottingham y los especuladores te cobraban un alquiler exagerado por tus herramientas de trabajo, te obligaban a cobrar en

especie y usaban bastidores anchos para producir en serie artículos baratos cuyo precio tenías que igualar, podías recurrir al general Ludd. En Huddersfield y en el West Riding, si los emprendedores y los propietarios fabriles locales decidían automatizar tu trabajo en plena depresión económica, el rey Ludd te ayudaría a impartir justicia. En Mánchester y en Lancashire, donde las nefastas condiciones de trabajo, los telares mecánicos y el auge de las grandes fábricas oprimían a la población hambrienta, podías llamar a Ned Ludd, que llegaría con su martillo, sus cartas intimidantes y su ejército de reparadores. Era el polifacético avatar de la venganza dispuesto a abanderar cualquier causa.

No era un mensaje dirigido en exclusiva a los tejedores, los aprestadores de paños o los calceteros, y eso era lo que más preocupaba a los magistrados y al Ministerio del interior. Podían sumarse a la lucha artesanos, sombrereros, zapateros, albañiles o propietarios de pequeños talleres. También los mineros del carbón y los ferroviarios, cuyos sectores estaban en auge debido en parte a la automatización, porque el movimiento ludita no iba de tecnología, sino de derechos de los trabajadores. El ludismo nació como una huelga táctica contra las tecnologías de control y explotó en una expresión mayor de rabia contra un sistema en el que unos cuantos privilegiados con acceso a las palancas adecuadas podían progresar y ascender a costa de la mayoría.

«A las autoridades les sorprendió y les inquietó que trabajadores a los que no les afectaba la nueva maquinaria de forma directa ni personal se hubieran unido a los disturbios —señaló uno de los primeros historiadores del ludismo, F. O. Darvall—.[214] Desde fuera cabría preguntarse por qué los mineros del carbón o los peones camineros que trabajaban en los canales o en el ferrocarril habrían de ayudar a los tejedores de algodón a destrozar telares a vapor. ¿Acaso los telares no eran de hierro y quemaban carbón, lo que aumentaba la demanda de mineral?». Para las autoridades, la presencia de estos trabajadores en los tumultos resultaba «asombrosa e irracional».

En el caso de los calceteros, el método obvio para protestar contra la galopante desigualdad era hacer pedazos los bastidores que exacerbaban el desequilibrio. El simbolismo de ese objetivo podía resultar muy sugerente, en particular en una región en la que robar a los ricos para dárselo a los pobres constituía una virtud cultural encarnada en una leyenda. Por eso, los luditas hicieron colectas entre sus filas en beneficio de sus miembros más pobres.

Ned Ludd, Robin Hood —di los nombres en voz alta, uno tras otro—, ambos acometían gestas formidables. Empezaron a circular canciones populares sobre los luditas; una de las más conocidas fue «El triunfo del general Ludd», compuesta en enero de 1812, que se cantaba con la melodía de otra famosa tonada de la época, «Poor Jack».[215]

No cantéis más los viejos versos del audaz Robin Hood
pues sus hazañas quedaron atrás.
Que Nottingham entone las proezas del general Ludd
el nuevo héroe de la hermandad.
El valiente Ludd la violencia no solía usar,
pero sufría ya de tal manera
que por defenderse se tuvo que levantar
y prepararse para la pelea.

Teman los culpables, pero su meta no es vengarse
del hombre justo ni del Estado;
su ira caerá solo sobre los modernos telares
que los precios han arruinado.
Esas máquinas pagarán con la pena capital,
por decisión de los trabajadores,
y Ludd, a quien nadie osará desafiar,
se encargará de hacer los honores.

Es una canción tabernaria bronca y animada, casi un himno de guerra, que culmina reclamando garantías laborales, el control de los salarios y que llegue el día en que la maquinaria no sea una amenaza para el sustento de nadie. No es una incitación a destruir todas las máquinas, sino a forjar un mundo en el que los «altivos» no las usen para oprimir a los «humildes».

No todos los compositores que compartían esta visión permanecían en el anonimato. El hombre que estaba a punto de convertirse en el poeta más renombrado del mundo también estaba a un paso de abrazar la causa ludita.

Lord Byron

27 de febrero de 1812

Byron empezó su intervención declamando en un tono vehemente bien ensayado: «Como persona vinculada en cierto grado al condado que está sufriendo, he de apelar a la indulgencia de sus señorías mientras expongo varias reflexiones sobre un tema en el que confieso estar profundamente interesado».[216]

La Cámara de los Lores estaba llena para la presentación del poeta, que se dejó llevar por su inclinación a la teatralidad, haciendo uso de lo que él mismo describiría después como «frases de gran violencia» y «una modesta insolencia», para plantear su fragorosa defensa de los luditas con un discurso apasionado y efectista.

Continuó poniendo de manifiesto que toda Inglaterra conocía la situación:

> Entrar en detalles sobre estos disturbios sería superfluo. La Cámara ya sabe que se han cometido todo tipo de desafueros a excepción de derramamientos de sangre, que los propietarios de los telares detestan a los alborotadores y que cualquier persona que pueda tener una conexión con esas máquinas se expone al insulto y a la furia. Durante el breve tiempo que he pasado en Nottinghamshire, no han transcurrido ni doce horas sin nuevas noticias de actos de violencia; el mismo día que salí del condado, me informaron de que la noche anterior habían destrozado cuarenta artefactos como viene siendo habitual, sin resistencia ni detección.

Byron había estado allí, en medio de la violencia que engullía su tierra natal, lo que dio más dramatismo a su discurso cuando pasó a declarar su simpatía por los hombres que estaban arrasando con la maquinaria.

> Aunque ha de admitirse que esas tropelías han alcanzado un nivel alarmante, no puede negarse que se derivan de circunstancias que implican el más inusitado sufrimiento [y que] nada salvo la necesidad acuciante podría haber impulsado a ese gran número de personas, hasta entonces honradas y laboriosas, a cometer excesos tan peligrosos para sí mismas, para sus familias y para su comunidad.

«Esos hombres —insistió el poeta— nunca habían destrozado sus telares hasta que estos se tornaron instrumentos inservibles, o algo peor, un auténtico impedimento para el esforzado trabajo con el que se ganan el pan».

Ante el asombro de lores que lo escuchaban —algunos divertidos, otros irritados—, Byron tomó un rumbo aún más brusco. Se burló del gran contingente militar que ocupaba Nottingham, presentando un cáustico retrato de los soldados como un puñado de desgraciados que iba siempre un paso por detrás de los luditas.

> ¡Esas marchas y contramarchas! ¡De Nottingham a Bulnell, de Bulnell a Bareford, de Bareford a Mansfield! [Byron hizo un gesto de desdén]. Y cuando finalmente los destacamentos llegan a su destino, con todo «el orgullo, la pompa y la circunstancia de la gloria bélica», lo hacen justo a tiempo para dar fe de los daños ocasionados y confirmar la huida de los autores; para cobrarse los *spolia opima*, esos codiciados trofeos de guerra, entre los pedazos a que han quedado reducidos los bastidores, y volver a sus cuarteles soportando el escarnio de las ancianas y las carcajadas de los niños.

Fue un discurso largo y despiadado. Byron recordó a los lores que esos luditas a los que despreciaban considerándolos una turba necia eran «la turba que labra sus campos y sirve en sus casas, la que construye sus caminos y se alista en su ejército»; la fuerza «que les permite desafiar al mundo entero y que también puede desafiarles a ustedes cuando el abandono y la desgracia abocan a la desesperación».

Los previno de que endurecer el castigo solo forzaría a los luditas a

adentrarse más en la clandestinidad: la solución no era más violencia, adujo, sino abordar las causas primarias del sufrimiento. Pero estaba claro que a Byron no le interesaba tanto la diplomacia como el espectáculo, y enseguida dirigió sus dardos a los lores que habían propuesto la ley y a todos aquellos que estaban dispuestos a apoyar medidas punitivas más agresivas.

«¿No hay ya suficiente sangre sobre su código penal que ha de derramarse más hasta ascender a los cielos y testificar contra ustedes?». Después de declamar, volvió a la burla.

> ¿Cómo van a aplicar esta ley? ¿Piensan encerrar a todo el condado en sus propias prisiones? ¿Van a levantar un cadalso[217] en cada campo y a colgar a los hombres como espantapájaros? ¿O van a decantase por diezmar? ¿Declararán la ley marcial, despoblarán y devastarán todo a su paso, revertirán el bosque de Sherwood a su antigua condición de coto de caza real y refugio de bandidos para regalárselo a la Corona? ¿Son esos sus remedios para una población desesperada y famélica? ¿El hambriento desventurado que ha desafiado las bayonetas palidecerá ante el cadalso? Cuando parece que la muerte es el único alivio que le dispensarán, ¿habrá forma de obligarlo a serenarse? ¿Lo que no han conseguido sus granaderos lo lograrán sus verdugos?

¿Se puede amenazar a un hombre sin futuro con arrebatarle el mañana? Byron cargó contra el cruel dislate que era ampliar los delitos castigados con la pena de muerte para declarar «culpable al pobre menestral que se muere de hambre». Byron fue elevando el tono del discurso y citó la antigua Grecia antes de apuntar al corazón.

> Los artífices de tal ley se complacerán en heredar los honores de aquellos legisladores atenienses de cuyos edictos se decía que no estaban escritos con tinta, sino con sangre. Supongamos que esto hubiera pasado antes: pensemos en uno de esos hombres, tal como yo los he visto, escuálido por falta de sustento, taciturno y desesperado, indiferente a una vida a la que sus señorías podrían estar a punto de poner un precio inferior al de un bastidor de medias; pensemos en ese hombre rodeado de hijos a los que ya no puede procurar el pan ni arriesgando su existencia, al que van a apartar para siempre de una familia a la que antaño podía mantener con un oficio tranquilo y que no ha cometido ninguna falta para no poder alimentar ya a los suyos; pensemos en ese hombre —y tienen

> decenas de miles así entre los que podrían escoger a su víctima— arrastrado ante un tribunal para ser juzgado por este nuevo delito, según esta nueva ley; para que ese hombre fuera condenado harían falta aún dos fuerzas que desearan sentenciarlo, que son, en mi opinión, doce carniceros como jurado y un Jeffreys como juez.

El juez al que se refiere Byron es el barón George Jeffreys, que fue lord canciller un siglo antes y condenó a la horca a más de setecientos hombres sobre los que pesaban dudosas acusaciones de traición. El mensaje del poeta estaba claro: al pretender imponer la pena de muerte para los luditas, el Estado entraba en el terreno de la irracionalidad, la psicosis y la sed de sangre.

La publicación del discurso en la prensa inglesa fue un guiño de la Cámara de los Lores a los luditas y a los trabajadores pobres, una forma de decirles que alguien con influencia entendía su crítica situación e incluso podía criticar la respuesta gubernamental. Los John Booth y los George Mellor de toda la región, de las Midlands y del West Riding, podrían leer aquellas agresivas frases en voz alta.

Podría ser motivo de entusiasmo, los luditas podrían sentir una chispa de solidaridad que llegaba desde fuera de los talleres de tundido, las granjas o las fábricas, incluso aunque nunca hubieran oído hablar de Byron. Por fin, alguien con poder comprendía que se estaba produciendo una injusticia y que no eran ellos los que la estaban cometiendo.

Pero el Estado llevaba siglos haciendo frente a la disidencia organizada precisamente como había denunciado el poeta: con violencia. Y eso no iba a cambiar por un discurso elocuente ni por unas cuantas máquinas astilladas.

Ned Ludd

27 de febrero de 1812

A William Hinchcliffe le despertó el sonido de un disparo en mitad de la noche.[218] Según relataría después a las autoridades, eran entre la una y las dos de la madrugada y el ruido de la detonación fue tan fuerte que casi se cae de la cama. Todavía aturdido e impresionado, Hinchcliffe se acercó a la ventana para ver qué sucedía fuera y pudo ver las siluetas oscuras de una multitud de hombres. Le parecieron medio centenar. A la tenue luz de la luna solo pudo atisbar que llevaban la cara tiznada de negro.

Hinchcliffe era fabricante de paños, maestro aprestador y dueño de un taller de tundido de tamaño medio. Al igual que el padre de Ben, el maestro tejedor William Bamforth, Hinchcliffe tenía el corazón dividido entre las costumbres de su oficio —y los hombres a los que daba trabajo— y su futuro, que parecía pertenecer a las máquinas. Pero, a diferencia de Bamforth, se había decantado por la automatización. Acababa de instalar unas tundidoras nuevas en su taller de Leymoor, a las afueras de Huddersfield, y sabía exactamente a qué habían ido allí los luditas.

Empezaron los golpes; el repetido impacto del martillo contra el portón de su taller. Oyó cómo crujía y, cuando se vino abajo, cómo aplastaban lo que sabía que eran sus máquinas, una tras otra, sin detenerse.

Hinchcliffe salió corriendo de la habitación, condujo a su familia al salón y atrancó la puerta lo mejor que pudo, intentado mantener la calma.

Volvió a sonar el martillo, pero esta vez en la entrada de su casa, que también cedió, dejando el paso libre para que los hombres se colaran en tropel.

Oyó los gritos: «¿Dónde está? Sacadlo fuera, vamos a matarlo».

La manilla de la puerta del salón en el que se habían escondido Hinchcliffe y su familia empezó a moverse.

«Dejadlo en paz», gritó alguien, y el forcejeo cesó. Hinchcliffe oyó los pasos de un hombre acercándose a la puerta y una advertencia desde el otro lado: «Si tenemos que volver otra vez por este asunto, pagará con su vida».

Desde fuera de la casa llegó la orden de salir y formar filas.

Hinchcliffe, cobijado aún en el salón, escuchó el eco de las pisadas de cientos de botas mientras los hombres formaban filas.

Tras un largo silencio, el empresario entreabrió la puerta nervioso, se cercioró de que los luditas se habían ido y se dispuso a evaluar los daños.

William Horsfall

27 de febrero de 1812

Dos días después del ataque a la manufactura de Hinchcliffe, apareció un cartel colgado en todos los talleres del West Riding.[219]

EN LA ASAMBLEA GENERAL
A LA QUE ASISTIERON MAGISTRADOS,
COMERCIANTES, FABRICANTES Y
HABITANTES
DE HUDDERSFIELD Y SUS ALREDEDORES,
SE ADOPTARON LAS SIGUIENTES
RESOLUCIONES:

> Esta asamblea considera que, entre los trabajadores empleados en diversos oficios y manufacturas, en especial entre los tundidores, se ha instalado un violento y decidido espíritu de insubordinación, una rebeldía que se ha organizado de tal modo que no solo resulta alarmante para el comercio en general, sino también, y en particular, para la pacífica población de esta localidad y sus alrededores.
>
> Condenamos sin reservas los intentos de cohibir el ingenio de nuestros inventores y el empleo de nuestro capital y de imponer el modo en que deben realizarse las distintas labores propias de nuestra actividad, sobre todo las que ahora se efectúan en esta comarca, mediante la destrucción de la maquinaria usada para el acabado del paño de lana.

Así se anunció la formación del Comité para la Eliminación de los

Disturbios en Huddersfield. El día del ataque a Hinchcliffe, el magistrado local Joseph Radcliffe, totalmente exasperado, convocó una asamblea de urgencia en la posada George Inn. Los fabricantes que habían sufrido la ira de los luditas, como el propio Hinchcliffe, William Horsfall y su hermano Joseph, se reunieron con los emprendedores y terratenientes más destacados de la ciudad para acordar una respuesta a la campaña de destrucción de su maquinaria.

Huddersfield.

AT A GENERAL MEETING
OF THE
MAGISTRATES, Merchants, Manufacturers, And Inhabitants
Of Huddersfield, and its Vicinity,

Convened by Notice, to be holden at the House of Mr. John Townsend, the George Inn, in Huddersfield, aforesaid,

On Thursday, the 27th. Day of February, 1812,

The following Resolutions were agreed to:

IT appears to this Meeting, that a violent and determined Spirit of Insubordination has gained much Ground amongst the Workmen employed in various Trades and Manufactures, and particularly amongst the Shearmen, and that the same is organized and supported in a Manner, not only Alarming to Trade in general, but to the Peaceable Inhabitants of this Town and Neighbourhood in particular.

THAT We cannot sufficiently deprecate all Attempts to limit the ingenuity of our Artificers, the employment of our Capital, and to prescribe the mode in which the different operations of our Trade shall be conducted, and particularly those now making in this Neighbourhood, for the Destruction of the Machinery used in the finishing of Woollen Cloth.

THAT the Destruction already Committed upon this kind of Machinery in this Neighbourhood, and the Threats of future Depredations, evidently proceed from an illegal Combination of Desperate Men; And We conceive it the duty of all Men to suppress, as much as lies in their power, such Vicious and Unlawful Combinations, and to assist and use their utmost endeavours, to detect and bring to Justice, not only the Perpetrators, but such as Countenance and Support them.

THAT a Subscription be immediately entered into, for the purpose of procuring Information of the Proceedings of any Illegal Combination, and of liberally Rewarding any Person, giving such Information as may lead to the Detection and Conviction of any such Offenders.

THAT the Management of this Subscription be under the Direction of a Committee, any Five of whom shall have power to act, as Occasion may require.

In Pursuance of the above Resolutions,

A Subscription has been entered into, and the Committee hereby offer a Reward of

One Hundred Guineas,

To any Person or Persons who will give Information, so as to lead to the Conviction of any of the Parties recently concerned in Destroying the Dwelling Frames of Mr. Joseph Hirst, of Marsh; Mr. James Balderston, of Crosland Moor; and Mr. William Hinchliffe, of Ley Moor, all near Huddersfield; and also the same Reward will be given to any Person or Persons, who will give *Private Information* of the intention of the Depredators to commit any further Mischief, so as such Information shall lead to the Apprehension and Conviction of any of the Offenders, and *Inviolable Secrecy will be observed.*

Huddersfield, 28th. February, 1812.

LANCASHIRE. PRINTED. HUDDERSFIELD.

El pasquín que anunciaba la creación del Comité para la Eliminación de los Disturbios, una coalición de propietarios cuya finalidad era combatir a los luditas.

Los propietarios no estaban dispuestos a quedarse cruzados de brazos mientras echaban por tierra sus inversiones. Consideraban los ataques un intento de «cohibir el ingenio de nuestros inventores» —inventores que no eran otros que ellos mismos—, vulnerar su derecho a «emplear el capital» como consideraran oportuno e «imponer el modo en que deben realizarse las distintas labores propias de nuestra actividad». Condenaban, por encima de todo, que se coartara su libertad para innovar, invertir su dinero y dirigir sus negocios. Les enfurecía la idea de verse obligados a admitir a la fuerza las peticiones de las personas trabajadoras a las que afectaban sus

inversiones.

Los hombres que formaban el núcleo duro del comité habían ejercido presión en el Parlamento para revocar las regulaciones sobre aprendices y maquinaria; la mayoría de ellos también había apoyado a un agresivo candidato *tory* muy favorable al mundo de la empresa, Henry Lascelles, en unas elecciones celebradas en 1807 que bascularon en gran medida en torno a la cuestión de la maquinaria.[220] (Lascelles perdió).

En los últimos tiempos, Joseph Radcliffe había enviado al Ministerio del Interior un alud de cartas, una por cada nueva algarada ludita, y había suplicado a Richard Ryder que destinara más soldados a Huddersfield. Ahora que los luditas habían dirigido el golpe contra uno de los grandes talleres de la zona, el de Hinchcliffe, quería que la Corona respondiera con mano firme.

Radcliffe, cuyo nombre original era Joseph Pickford, siempre había sido ambicioso y tenaz. La muerte de su tío soltero William Radcliffe le brindó la oportunidad que estaba buscando: el sobrino heredaría un notable patrimonio en el West Riding si trasladaba allí su residencia y se cambiaba el apellido, a lo que accedió de buen grado.

Entrado ya en la mediana edad, Joseph Radcliffe era un hombre «corpulento y paticorto, de rostro caballuno, nariz prominente y pobladas patillas canas».[221] Había convertido la hacienda provinciana en un hogar en el que vivía feliz, se había hecho un nombre en los círculos políticos locales y había conseguido que lo nombraran magistrado. No se dedicaba al sector tecnológico, sino a la agricultura, ya que sus posesiones habían crecido exponencialmente con el proceso de cercamiento. (Sus tierras eran tan extensas que en la zona las conocían como Plantación Radcliffe). Sin embargo, no había tardado en ponerse del lado de los propietarios fabriles y los empresarios tecnológicos, intuyendo que eran el nuevo poder emergente, e incluso los había ayudado a encontrar mano de obra.[222] Como magistrado, se había encargado de buscar a huérfanos como Robert Blincoe para enviarlos a trabajar a las tejedurías.

Además, tenía la vista puesta en la siguiente esfera de poder, la de la nobleza. Radcliffe había empezado a pensar cómo podría ganarse el título de baronet, creyendo que un avance de tal calibre en la escala social, aunque viable, requeriría prestar algún servicio muy meritorio. Desempeñar un papel clave en la represión del levantamiento obrero que tanto detestaban y temían la industria y la Corona podía encajar en esa definición.

Por eso creó el comité en el que participaban Horsfall y su hermano, además de William Cartwright, propietario de la imponente fábrica de Rawfolds, y hombres como Joseph Hirst y Francis Vickerman, fabricantes y comerciantes que tenían un interés urgente y personal en detener la oleada de sabotajes. Muchos habían recibido las cartas intimidatorias del general Ludd ordenándoles desmantelar su maquinaria. Cartwright había decidido dormir en la fábrica, y la mayoría había empezado a fortificar sus instalaciones.

Algunos de los hombres del comité eran más agresivos y directos que otros: Horsfall no ocultaba su animadversión por los luditas, y el reverendo Hammond Roberson, vicario de Liversedge, escribió a Radcliffe que tenía «buenos motivos para creer que ya habríamos recibido una visita de esos tundidores de no haber estado tan preparados. Aunque casi desearía que lo hubieran intentado, pues habríamos dado buena cuenta de ellos».[223]

Además de la amenaza inminente que parecía pender sobre muchas de sus fábricas, les preocupaba que los luditas pudieran ganar la guerra de la opinión popular también entre sus filas. Buena parte de los pequeños fabricantes ya habían claudicado a las demandas de los trabajadores, y algunos incluso expresaban abiertamente su simpatía por la causa de los mecanoclastas. Recordemos que no todos los emprendedores y dueños de talleres estaban tan convencidos de la moralidad de la automatización, pero los acontecimientos estaban obligándolos a tomar partido. Al menos un gran fabricante había cerrado su taller por miedo y por solidaridad con los luditas. William Horsfall lo había tachado de cobarde y le había retirado la palabra.

El elegido para dirigir el Comité para la Eliminación de los Disturbios fue Joseph Horsfall, mientras que Radcliffe se encargaría de la seguridad local y de las relaciones con el Ministerio del Interior en Londres. Denunciaron los actos de destrucción que «evidentemente tenían su origen en una asociación ilícita de hombres desesperados». Su pasquín ofrecía una recompensa de cien guineas, unos diez mil dólares actuales, a cualquiera que aportara información sobre «quiénes podrían ser esos hombres». Por último, el comité abrió un fondo común para las contribuciones con las que pagarían las recompensas y las operaciones de las milicias. La recaudación llegaría a superar las 2.400 libras, alrededor de 230.000 dólares de 2023, una cantidad que los industriales dedicarían a defenderse de unos trabajadores cuyo salario no llegaba ni para alimentar a sus familias.

George Mellor
y Ned Ludd

Marzo de 1812

Uno de los hombres llevaba una grotesca máscara hecha con un trozo sanguinolento de piel de vaca que destacaba incluso entre el elaborado camuflaje de la partida nocturna.[224] Otros iban vestidos de negro, con la cara cubierta con una media o tiznada con carbón. Todos eran miembros de los luditas del West Riding.

Will Thorpe era uno de ellos. También estaban Joshua Schofield, el encargado de hacer guardia; George Lodge, que llevaba un fajín y se hacía llamar sargento, y Thomas Smith, pertrechado con su hachuela. La espeluznante máscara roja y blanca pertenecía a John Walker, «uno de los luditas más desesperados», cuya amplia familia estaba al borde de la inanición. La figura más imponente era la de George Mellor, armado con una pistola y un sable.[225]

Llovía con tanta fuerza que uno de los grupos había tenido que darse la vuelta, por lo que eran solo dieciséis los hombres que avanzaban a través del barro y la húmeda oscuridad de la noche hacia su objetivo.

En algún momento entre la una y las dos de la madrugada, los luditas llegaron a la propiedad del maestro aprestador de paños Samuel Swallow. «Llamaron con violencia» y, cuando el dueño abrió la puerta, exigieron entrar. Uno de ellos, con la cara ennegrecida, se quedó vigilando a Swallow «con una pistola en una mano y una vela en la otra», mientras los demás se apresuraban a hacer su trabajo con diligencia: trituraron cuatro pares de cizallas, dos tundidoras y una cardadora.

A continuación, la cuadrilla se trasladó al taller de William Cotton,

donde ataron al capataz, John Sykes, y a su mujer mientras reducían a pedazos diez tundidoras y una cardadora. Para cerrar aquel «negocio», usaron un enorme martillo Enoch.

Dejaron a Cotton con la amenaza de volver y arrasar con todo si volvía a emplear maquinaria.

Se extendió un peculiar rumor sobre los luditas del West Riding: solían ser muy educados al llegar y al irse, y no destrozaban nada si el propietario de las máquinas era comprensivo y prometía dejar de usarlas.

En una declaración posterior, Swallow recordó que uno de los asaltantes llevaba una «máscara horripilante», pero que le habían dado las buenas noches con amabilidad y hasta le habían recomendado cerrar la puerta cuando ellos se fueran.

Lord Byron

Marzo de 1812

El 2 de marzo, el *Morning Chronicle* y el *Nottingham Review* publicaron un poema anónimo.[226] El proyecto de la Ley de Bastidores estaba a punto de finalizar el trámite parlamentario, lo que significaba que romper una máquina se convertiría en un delito capital. Los lectores reconocieron sin duda en esas líneas a Richard Ryder y a su aliado lord Eldon, los dos principales responsables de la ya inminente aprobación del proyecto al que tantos se habían opuesto, incluso los funcionarios municipales de Nottingham.

Era una sátira despiadada:

¡Bien hecho, lord El-n! ¡Gran trabajo, R-er! ¡Bravo!
Con sus sabios consejos, Gran Bretaña no hará sino prosperar.
Hawkesbury, Harrowby, siempre prestos a guiarlos,
con remedios que matando erradican la enfermedad.

Esos villanos tejedores con su impenitente rebeldía,
¡osando incluso pedir auxilio!
Cuélguenlos por docenas, rodeen todas las pañerías,
así acabará de una vez el martirio.

Quién sabe si la malicia les impulsaría a robar,
mejor será no darles qué llevarse a la boca.
Si podemos ejecutarlos por hacer pedazos un telar,
la sarga nos ahorrará carne, y no poca.

Cuánto más fácil es hacer hombres que perchadoras,
y una vida jamás alcanzará el precio de un encaje.
¡Ah, los cadalsos de Sherwood! ¡Será una vista encantadora!
Nada ha de impedir que el comercio y la libertad avancen.

Algunos sin duda encontrarán sorprendente,
cuando hay hambruna y la pobreza todo lo invade,
que la calceta pueda tener más valor que la gente
y romper telares con rotura de huesos se pague.

Tan solo tengo un anhelo y es que, de confirmarse,
sean los necios de - - los que sufran las primeras fracturas
(quién no estaría de acuerdo con tan bella imagen)
por ofrecer una soga cuando se precisaba una cura.

Adivinar la identidad del autor no habría sido difícil: bastaba con saber que, hacía poco, un joven y grandilocuente poeta había pronunciado un discurso muy similar con unos argumentos casi idénticos en la Cámara de los Lores.

Las «violentas frases» de Byron no consiguieron detener la aprobación del proyecto de ley, a pesar de que él había quedado muy satisfecho con su actuación: «Vertí injurias contra todo y contra todos e irrité al lord canciller», alardeó ante un amigo, al que aseguró que había salido del auditorio «resplandeciendo de éxito».

A lord Holland le impresionó menos.[227] La dramática intervención de Byron había parecido más una actuación que una defensa sincera de la causa. «Presentó un texto cargado de figuras retóricas, ingenio y diatribas, pero también afectado, poco razonado y muy alejado de lo que entendemos por elocuencia parlamentaria», escribió Holland a un colega. Su preciosismo pudo haber allanado el camino para que los parlamentarios lo desdeñaran; su forma de hablar, con un estilo cantarín y declamatorio, suscitó todavía más críticas. Dado que su segundo discurso, en defensa de la emancipación católica, tampoco tuvo una buena acogida, el poeta sintió

su estreno político como un fracaso.

La publicación de este poema anónimo dirigido contra sus homólogos de la Cámara no fue una maniobra política calculada, sino fruto de su enfado. Al fin y al cabo, era un romántico; su instinto lo empujaba al lado de los oprimidos, de los que luchaban por su derecho a existir. Más tarde, Byron aseguraría que nunca le había interesado la política y que el Parlamento y sus riñas le repugnaban. Le aburrían las sesiones: solo asistió a quince e intervino en apenas tres. Miraba al vacío durante los discursos y detestaba los prosaicos métodos para llegar a acuerdos e intercambiar favores. En una carta a su amigo Leigh Hunt describió el Parlamento como «el lecho en el que puede yacer una nación enferma», y le aseguró: «si supiera en qué guarida desesperanzada y letárgica de mediocridad y aburrimiento se convierte nuestro hospital durante los debates y en qué masa de corrupción transforma a sus pacientes, no le sorprendería que rara vez tome la palabra, sino más bien que en alguna ocasión lo haya intentado».

Con todo, su inquietud no duró mucho tiempo. Al día siguiente de que viera la luz la «oda» en la que ridiculizaba a Ryder y a los promotores del proyecto de ley, John Murray publicó la primera parte de *Las peregrinaciones de Childe Harold*, el poema épico que Byron había estado retocando desde que volvió a Inglaterra.

Para su sorpresa, fue un éxito inmediato. Las primeras ediciones se agotaron enseguida y empezó a recibir cartas elogiosas de lectores y de otros poetas. Como él mismo dijo: «me desperté un día y era famoso».

Mientras tanto, Ryder y los *tories* continuaron adelante, indiferentes a las protestas y las burlas de Byron. El 5 de marzo, dos días después de la publicación de *Las peregrinaciones*, las dos cámaras del Parlamento aprobaron la Ley de Bastidores.[228]

A partir de ese momento, cualquier persona considerada culpable de desguazar maquinaria podía ser condenada a muerte.

George Mellor
y Ned Ludd

Marzo de 1812

La partida guerrillera de George Mellor respondió al nuevo decreto con el martillo de Enoch.

Tras ajustar cuentas con Swallow y Cotton, los luditas se dirigieron al taller de George Roberts, en Nether Moor, donde destrozaron dos bastidores y lo amenazaron con volarle la cabeza si volvía a poner las máquinas en marcha.[229] A continuación le tocó el turno a John Garner, de Honley, al que destrozaron dos tundidoras y siete perchadoras; después, a Clement Dyson, de Lockwood, en cuyo taller hicieron añicos «dos bastidores anchos, una cardadora, siete tundidoras, cubas y otros utensilios».

El 9 de marzo, un eminente emprendedor del West Riding recibió una contundente, detallada y amenazante carta de Ludd:[230] «Nos ha llegado información de que es usted poseedor de varias de esas detestables tundidoras y es deseo de mis hombres que le escriba y lo conmine a desmantelarlas». Ludd le advertía de que, si no desistía de usar las máquinas para el final de la semana siguiente, enviaría a uno de sus tenientes con un destacamento de trecientos hombres para destruirlas. Lo amenazaba con reducir toda la fábrica «a cenizas», añadiendo que, en caso de que alguien disparara contra sus hombres, tenían órdenes de matar al empresario «y quemar su vivienda». El Ludd que escribió esta carta rebosante de indignación se tomó la molestia de dar muchas más explicaciones de lo habitual. Aseguró que se estaba ofreciendo una imagen errónea de su causa y de sus hombres, y que su sufrimiento no debía ser

«objeto de burla».

> La causa inmediata por la que iniciamos este camino fue la desfachatez de la carta que el príncipe regente envío a los lores Grey y Grenville, que nos arrebató cualquier esperanza de cambio para mejor, pues mostraba que había caído en brazos de esa condenada banda de granujas, Percival y compañía, a quienes atribuimos todas las miserias de nuestro país. Esperamos la ayuda del emperador francés para deshacernos del yugo del Gobierno más corrupto, malvado y tirano que haya existido jamás [...] y poder vivir en una República justa.

Insistía en que había 2.782 «héroes» en Huddersfield y el doble en Leeds, todos los cuales habían jurado «reparar las injusticias sufridas o perecer gloriosamente en el intento». De Mánchester a Sheffield, y en todo el «país del algodón», había trabajadores preparados para unirse a ellos, a los que también se sumarían los tejedores de Escocia e Irlanda.

> No nos rendiremos hasta que la Cámara de los Comunes apruebe una ley que desmantele toda la maquinaria dañina para el bien común y revoque las normas que permiten colgar a los luditas. Nosotros no pedimos nada más. De no lograrlo, la lucha será un deber.
>
> Firmado por el general del Ejército de
> los Reparadores
> El trabajador Ned Ludd

Los luditas del West Riding se habían forjado una formidable reputación encargándose de esa «maquinaria dañina para el bien común», pero hasta entonces se habían dirigido a pequeños fabricantes, que eran objetivos relativamente seguros. Eso estaba a punto de cambiar. Llevaban preparando un asalto a mayor escala desde que supieron que Horsfall, Radcliffe, Cartwright y el resto de patronos fabriles habían creado el Comité para la Eliminación de los Disturbios y habían puesto precio a su cabeza.

Pocos días antes de los idus de marzo, alguien dejó otra carta en la propiedad de un miembro del comité, Francis Vickerman. Una advertencia más, una nueva amenaza de destrozar la maquinaria automatizada «si no se retira de circulación».

Vickerman era un empresario importante y, como miembro del comité, disponía de dos escuadrones de dragones armados para proteger su fábrica. Llegaban pronto, a las nueve de la noche, y se quedaban allí hasta el alba. Cuando los luditas fueran a por él, tendría que ser con un plan bien trazado y ejecutado con «precisión militar».

* * *

George Mellor pidió a tres jóvenes —un primo de Will Thorpe y sus amigos — que se reunieran con él en el *pub*. Al caer la noche, George ya había convencido a uno de que se quedara de guardia cerca del campanario y diera la alarma cuando los militares se aproximaran al taller de Vickerman. Los otros dos debían apostarse junto al campamento de los dragones y disparar un tiro al aire cuando iniciaran la marcha.

A las ocho en punto, cincuenta luditas se dieron cita en un campo cercano a la fábrica; a las ocho y media ya estaban frente a la puerta de Vickerman. Los rebeldes dispararon un solo tiro e irrumpieron en la casa. El dueño salió a su encuentro.

«Ned Ludd de Nottingham me ha ordenado romper este reloj», dijo uno de los luditas, y acto seguido hizo trizas el adorno con el cañón de su pistola. Vickerman salió corriendo escaleras arriba.

Los luditas se trasladaron a toda velocidad hacia la fábrica, reventaron el portón con su martillo de Enoch y arrasaron con todo lo que encontraron a su paso. Incluso George Mellor sacó su sable y se dedicó a romper en mil pedazos hasta el último cristal del taller.

Las campanas de la iglesia repicaron.

«¡Fuera! ¡Fuera!», gritó alguien.

Uno de los hombres arrojó un retal a la estufa en un vano intento de provocar un incendio; otros dispararon sus armas. Se oyó un tiro en la distancia: los dragones estaban cerca. La tropa de Ludd formó filas y salió marcando el paso. Cuando el primer soldado llegó a la propiedad de Vickerman, ya se habían esfumado.

En menos de media hora, habían reducido el taller a escombros.

Tal grado de destrucción seguía siendo la excepción, no la norma. En incursiones anteriores, los luditas habían sido mucho más selectivos y moderados. Puede que la violencia ejercida en la visita a Vickerman fuera un castigo por su adhesión al Comité para la Eliminación de los Disturbios o el pago por el intenso desprecio que despertaba entre sus trabajadores.

En cualquier caso, el mensaje era claro: ni siquiera los empresarios más poderosos, los que más se envanecían de su oposición a los luditas, estaban a salvo de su campaña.

Cabe incluso la posibilidad de que George hubiera dejado que la cólera se apoderara de él. Había demostrado ser un líder comedido, metódico y enérgico, que irradiaba carisma y un entusiasmo contagioso. Tenía un talento innato, pero también era temperamental y creía firmemente en que los luditas estaban impartiendo justicia.

En *Ben o' Bill's*, Ben, quien también se había unido a los mecanoclastas, reconocía así los méritos de su primo: «Es siempre el mejor y el más brillante en la acción. […] Lo obedecen, sin preguntar, muchos centenares de hombres, todos ellos vinculados por un juramento solemne que atestigua que se fían de él».[231]

Esa fe impulsó operaciones como el decisivo ataque a Vickerman, y contribuyó a que los luditas cosecharan nuevas victorias y ganaran confianza. «Los soldados y los alguaciles no eran más que nuestro entrenamiento —aseguraba Ben—. No suponían un obstáculo importante para nada de lo que intentábamos, al menos al principio».

La campaña mecanoclasta estaba siendo un éxito en Huddersfield, como lo había sido en Nottingham. Según el relato de Ben, «los propietarios de las fábricas tenían miedo por sus máquinas y preferían pagar a pelear. Y la inmensa mayoría de la gente, que tenía que trabajar para vivir, creía en el general Ludd. Había algo en esa idea que no podían comprender ni explicar, pero que les devolvía a los buenos tiempos, al oficio de antaño, a las despensas llenas y la chimenea encendida, a arropar a los pobres niños que tiritaban de frío».

Por eso, cuando el Gobierno dio pasos para detener y castigar a los luditas, el movimiento cobró todavía más fuerza. Una serie de notorios éxitos envalentonó a los mecanoclastas de las Midlands. Las asambleas estaban más concurridas y animadas, se marcaban objetivos más ambiciosos, las organizaciones crecían y actuaban con más audacia. Ese ambiente devolvió cierta esperanza a las personas trabajadoras afectadas. Era el motivo de celebración que tanto necesitaban; algo por lo que brindar.

Esa energía se palpaba cuando los jóvenes luditas se reunían en la taberna, como aquella noche que Ben Bamforth recordaba en *Ben o' Bill's*: «Un hermano que había salido volvía con una gigantesca jarra de cerveza. Las pipas humeaban y había tabaco de picadura. No sé quién pagaba las

rondas, pero había oído que los maestros que recibían amenazas abonaban una suma para no recibir visitas o incluso para que visitáramos las fábricas vecinas».

Se habían impuesto unos principios y un propósito, y tenían capacidad de acción, los ánimos altos y hasta dinero en el bolsillo. Por primera vez en mucho tiempo, se sentían al mando de la situación. Habían devuelto el golpe, al menos de momento.

«Lo que sí sé —apostilló Ben— es que no faltaba la cerveza».

Dos siglos de disrupción

El desarrollo tecnológico es dinámico por naturaleza: el ser humano no deja de mejorar sus herramientas, experimentar con dispositivos o escribir nuevos programas. A Gravener Henson le fascinaba ese proceso y conservaba prolijas notas sobre los innumerables avances que los artesanos habían introducido en las técnicas textiles a lo largo de las décadas.

Sin embargo, a menudo se describe la tecnología como una sucesión de periodos «explosivos» de «rápida aceleración», como la Revolución Industrial o la «segunda era de las máquinas» de la inteligencia artificial y la automatización informatizada que se está perfilando en el siglo XXI. La explosión no se produce cuando la tecnología llega a un punto concreto, sino cuando *se usa* para transformar radicalmente la forma en que trabajamos y vivimos.

La disrupción tecnológica no es un fenómeno accidental ni inevitable; es una decisión consciente. Hace doscientos años, como sucede hoy, los emprendedores en ciernes y los gigantes tecnológicos emergentes vieron la posibilidad de sustituir la mano de obra cualificada por una tecnología más barata y eficiente que producía a mayor escala. Entendieron que era una oportunidad para la disrupción, y esa era la meta. Sabían que sus máquinas descabalarían la sociedad y las tradiciones, pero también que les reportarían beneficios. Eran conscientes de que estaban pisoteando las regulaciones existentes, pero argumentaban que esas normas eran antiguas y habían quedado obsoletas, y se decían que más adelante podrían justificarse. Acuciados por la competencia de sus colegas y la promesa de ganancias, a menudo con acceso privilegiado a los recursos, impusieron sus tecnologías y sus normas, de arriba abajo, en comunidades que ya mantenían una larga relación con la tecnología.

Esta forma de decidir con qué tipos de tecnología desea convivir una sociedad es profundamente antidemocrática y, por qué no decirlo, presenta una clara propensión a provocar explosiones de ira.

Los luditas no tuvieron un arrebato, no se levantaron un día y decidieron sin más pertrecharse de martillos y destruir todas las máquinas. Su campaña fue, sobre todo, una respuesta *lógica*. Fue el resultado de años soportando injusticias: años viendo a los emprendedores echar por tierra su medio de vida mediante métodos muchas veces ilegítimos, presionando a su Gobierno para que garantizara el cumplimiento de *la legalidad vigente* y comprobando que sus líderes políticos no hacían nada.

Los trabajadores textiles ingleses del comienzo de la Revolución Industrial tenían sobrados motivos para estar enfadados; no estaban siendo «irreflexivos»[232] al oponerse a la maquinaria. Incluso plantearon propuestas para amortiguar la adopción de la automatización y que la situación resultara más equilibrada para trabajadores y empresarios. Pero los excluyeron del proceso, ninguneándolos y ridiculizándolos, hasta dejarlos morir de hambre.

Intentaron en vano que el despliegue de la tecnología fuera justo o incluso democrático. Su historia encierra evidentes paralelismos con la economía moderna y la industria tecnológica del siglo XXI, cuando los reguladores y los Gobiernos hacen caso omiso de los trabajadores y se decantan una y otra vez por los emprendedores y sus ideas disruptivas.

Durante siglos, la pañería británica se había regido por una larga lista de edictos, reglamentos y ordenanzas que estipulaban, por ejemplo, cuántas personas podían trabajar en el gremio o los métodos que debían seguirse para confeccionar los tejidos. Una ley prohibía abiertamente el uso de perchadoras; los emprendedores simplemente la ignoraron. Algunas de esas normas eran muy antiguas y no habían variado en muchos años, otras incluían modificaciones recientes. En las regiones en las que regían, eran bien conocidas: regulaban la calcetería en Nottingham, el tisaje de algodón en Mánchester y el tundido en el West Riding.

«Por obsoleto que fuese el estatuto de Eduardo VI de prohibición de las perchadoras, es importante recordar que los tundidores lo conocían y sostenían que esa protección frente a la maquinaria que podía sustituirles era no un mero "derecho", sino un derecho *constitucional*. También tenían presente la cláusula de la Ley de Artesanos isabelina que imponía periodos de aprendizaje de siete años, así como el decreto de Felipe y María Tudor que limitaba el número de telares de los que podía disponer un solo

maestro. Conocían esas leyes y, además, luchaban por que se cumplieran», señaló E. P. Thompson.[233]

Ese es el motivo por el que el himno «El triunfo del general Ludd» declaraba que los bastidores pagarían con la pena capital por «decisión de los trabajadores». Los obreros los consideraban ilegales, pues técnicamente lo eran —a pesar de que las normas que los proscribían datasen de mucho tiempo atrás—, y, por tanto, entendían que la ley amparaba el desmantelamiento de esas máquinas. No obstante, a principios de la década de 1800, antes de que el general Ludd lanzara esas proclamas, los trabajadores habían desafiado las leyes contra la sindicación y habían recaudado suficiente dinero para contratar abogados, formar a representantes y llevar su caso ante el Parlamento.

Cuando los luditas se levantaron en 1811, ya habían hecho denodados esfuerzos para lograr que los dirigentes parlamentarios hiciesen cumplir las normas y aprobasen protecciones esenciales como una ley de salarios mínimos. Creían que obrando de buena fe y planteando con franqueza sus aprietos económicos, de los que existían abundantes pruebas, podrían persuadir a su Gobierno de no dejar caer en la pobreza a sus laboriosos trabajadores cualificados.

En 1802, los representantes del gremio textil empezaron a dirigir peticiones al Parlamento. Recogieron miles de firmas, remitieron una instancia perfectamente redactada y enviaron representantes a Londres. Les negaron la audiencia una y otra vez. En 1803 y 1806, volvieron a apelar al Parlamento de todo corazón y con toda su energía, presentando datos sobre su productividad, su importancia económica y la caída de los salarios. La frustración estaba llegando a un punto incontenible. Sus ingresos no dejaban de caer y eran conscientes de que la maquinaria y el sistema fabril agravarían la situación. Mientras, el Parlamento permanecía impasible.

Según el historiador Adrian Randall, «el debate sobre la legislación tradicional no era una mera cuestión de eliminar las trabas obsoletas al crecimiento económico, reflejaba una cruenta batalla ideológica entre la vieja economía política basada en el orden, la estabilidad, la regulación y el control asociado a la costumbre y la nueva economía política que depositaba su confianza en las fuerzas del libre mercado y el poder del capital. Ese es el verdadero fundamento de lo que supuso la Revolución Industrial: no se trataba solo de usar cada vez más máquinas, sino de una reorientación total de las percepciones sobre las relaciones sociales y económicas».[234]

Los trabajadores pañeros insistían en que podían perder mucho más que sus salarios si la nación rendía su economía a las fábricas y a las máquinas, subordinándose a los patronos que las dirigían. Muchos esperaban poder formular una alternativa «a la imagen de progreso que ofrecían los innovadores». Por eso, «no pretendían únicamente combatir la maquinaria, sino también refutar la ética del capitalismo industrial del *laissez faire* que encarnaba».

Su causa despertaba simpatías, excepto en las más altas esferas del poder. Muchos lores y aristócratas, incluso entre la élite de los terratenientes, se sentían muy molestos con la irrupción de aquellos emprendedores advenedizos y ambiciosos que adoraban la maquinaria automatizada. Y, por supuesto, también multitud de comerciantes y propietarios de pequeños talleres. Ese es el motivo por el que, como señala Thompson, «los tundidores habían albergado cierta esperanza de lograr una negociación general en el gremio y encontraban tan indignante la actitud de algunos patronos, motivada, a su parecer, por la "venganza o la avaricia"».[235]

Pero el primer ministro Spencer Perceval, la mayoría de los influyentes *tories* y varios *whigs* se oponían a cualquier regulación que obstaculizara el libre mercado, y ganaron la partida sin problemas. En las décadas de 1800 y 1810, igual que en el Silicon Valley actual, los emprendedores podían contar con que el Gobierno —que veía la tecnológica industrial ante todo como una increíble bendición para sus intereses económicos— se pusiera de su parte.

El Parlamento aceptó por fin la petición de los obreros textiles en 1806 y creó una comisión especial. Después de investigar a los trabajadores por sus actividades sindicales, nombró a un equipo de defensores de la desregulación para estudiar el asunto.

* * *

Además de tener iniciativa, visión jurídica y una inquebrantable tenacidad para reclamar un trato justo, los obreros textiles eran muy creativos. Reconocían que la tecnología estaba mejorando, en muchos casos gracias a ellos, y no cejaban en su empeño de encontrar estrategias más equitativas que permitieran incorporar la maquinaria a los talleres en beneficio de todos.

Estaba, por ejemplo, la idea de mitigar el golpe de la automatización

con impuestos a la tecnología: «Se habían lanzado propuestas para introducir las máquinas de forma gradual, una vez que los hombres sustituidos hubieran encontrado un empleo alternativo, o de imponer una tasa de seis peniques por yarda de paño aprestado automáticamente y usar la recaudación como fondo para los desempleados en busca de empleo». Sugirieron programas de formación y reciclaje, periodos de adopción progresiva o esperar a que las condiciones económicas mejoraran para que el cambio no fuera tan drástico.

De hecho, en aquella primera década del siglo XIX, los obreros pañeros pusieron sobre la mesa prácticamente todas las ideas que han cobrado fuerza en el siglo XXI para paliar los estragos de la automatización.

Sin ir más lejos, la formación es una de las soluciones preferidas de las empresas que están automatizando las tareas de las que antes se ocupaba su plantilla. Según un informe de 2018 de la consultora McKinsey, la mayoría de los ejecutivos encuestados le daba prioridad a la «mejora de competencias» de los trabajadores precarios.[236] En 2019, Amazon invirtió setecientos millones de dólares en programas de reconversión profesional para los empleados a los que la automatización iba a dejar sin trabajo.[237] Hoy en día, como entonces, las tasas de éxito de esas iniciativas son descorazonadoramente bajas. Aun así, algunos programas de reciclaje y colocación laboral sí que han funcionado, sobre todo cuando cuentan con la garantía de un convenio colectivo.

El sindicato más potente de Nevada es el del sector hostelero de Las Vegas, que representa a sesenta mil trabajadores de restaurantes y casinos. En 2018, uno de los objetivos principales de la negociación del nuevo convenio colectivo fue conseguir protecciones frente a la automatización. Las grandes empresas de juegos de azar, como MGN, estaban empezando a instalar dispensadores de autoservicio que amenazaban a miles de camareros y baristas.

«Hemos estado investigando cómo ha sido el proceso de introducción de la tecnología en otros países», explicaba en una entrevista Geoconda Argüello-Kline, la secretaria y tesorera del sindicato.[238]

> Nos hemos fijado en países en los que ya ha avanzado mucho, como Japón, donde tienen camareros robóticos capaces de llevar la comida a la mesa que cuestan novecientos dólares. Eso nos da una idea de lo que puede pasar. Hay muchos restaurantes que ya cuentan con esa tecnología, así que ¿cómo va a afectar a la plantilla la instalación de

> máquinas que sirvan bebidas? Eso va a suceder aquí y puede que más rápido de lo que creemos. Hasta ahora solo se han dado pequeños pasos, pero… lo que queremos es proteger los puestos de trabajo.

Su solución fue incluir una serie de verificaciones previas sobre automatización que estipulaban la obligación de notificar al sindicato con ciento ochenta días de antelación la adopción de cualquier nueva tecnología y de informar «a qué personas iba a afectar». Las empresas debían ofrecer alternativas de formación a los empleados que se vieran amenazados por estas tecnologías y una indemnización por despido de seis meses en caso de que finalmente el puesto de trabajo desapareciera. Además, las personas que se quedaran sin empleo debido a la automatización tendrían prioridad en las nuevas contrataciones.

Las negociaciones de 2018 fueron duras: el sindicato tuvo que convocar una huelga en Las Vegas para que los casinos aceptaran y firmaran el nuevo convenio resiliente a la automatización.[239] «Sabemos que nadie va a parar la tecnología —confesaba Argüello-Kline—, pero tenemos que buscar la forma de dar oportunidades a los afiliados, de que puedan elegir, como yo, que estoy cerca de la jubilación y prefiero una indemnización por despido y seguro médico. Y la parte del reciclaje profesional es muy importante, porque si tienes una máquina que hace ensaladas, necesitas a alguien que prepare los ingredientes y se encargue de la máquina». Esa es una tarea para la que se puede formar a un trabajador y que afecta mínimamente a su modo de vida. «Aunque no nos oponemos a la tecnología, sabemos que las máquinas pueden sustituirnos si no defendemos nuestros empleos», concluía Argüello-Kline.

Pensemos ahora en la propuesta de los obreros textiles de 1803 de gravar cada retal de paño hecho a máquina y destinar lo recaudado a una red de seguridad para los que se quedaran sin trabajo. Se parece mucho a la idea del impuesto a los robots, o a lo que el excandidato a la presidencia estadounidense y a la alcaldía de Nueva York Andrew Yang llamó «IVA tecnológico», que suponía deducir un pequeño porcentaje de cada transacción de una compañía. De acuerdo con el sitio web de la campaña de Yang, «este IVA les impide beneficiarse del pueblo estadounidense, de la automatización y de las infraestructuras sin pagar una contribución justa. Con la implantación de este impuesto al valor añadido, la sociedad se quedaría con una minúscula fracción de las operaciones de los grandes ganadores de la economía del siglo XXI, las compañías tecnológicas que

ganan billones de dólares».[240] Los ingresos generados por este IVA se destinarían a una renta básica universal diseñada para proteger a la clase trabajadora de los efectos adversos de la automatización.

Los impuestos directos a la automatización y la robótica se han ganado aliados inesperados: desde alcaldes neoyorquinos o dueños de monopolios tecnológicos hasta países como Corea del Sur. Bill Gates se ha mostrado favor de gravar los robots industriales a un tipo equivalente al que pagarían las personas a las que sustituyen. «Cuando una persona genera un trabajo por valor de, por ejemplo, cincuenta mil dólares en una fábrica, esos ingresos están sujetos a impuestos, hay que pagar la renta, la Seguridad Social y todo lo demás —argumentó en una entrevista con *Quartz*—.[241] Si aparece un robot que hace esas tareas, es lógico pensar que debe pagar los mismos impuestos».

Cuando el exalcalde de Nueva York Bill de Blasio presentó su candidatura a la presidencia en 2019, abogó por obligar a cualquier empresa que optara por la automatización y eliminara puestos de trabajo a pagar los impuestos equivalentes a cinco años de nóminas y a ofrecer cursos de reciclaje a las personas despedidas. De Blasio también planteó la creación de un ente, la Agencia Federal de Automatización y Protección de los Trabajadores, dedicado a recopilar datos sobre la automatización y el empleo y a proteger a las personas trabajadoras. Sostenía que esa oficina debía encargarse además del reemplazo laboral provocado por las plataformas de aplicaciones.[242] Como explicó De Blasio:

> Ya hemos librado las primeras batallas en el campo de los vehículos autónomos, con empresas que querían circular por las calles de New York y a las que no se lo permitimos por razones de seguridad. Su efecto en el empleo podría haber sido devastador. Solo tenemos que ver lo que ha pasado con los vehículos con conductor, como Uber y Lyft, que obviamente no implican una automatización en el sentido estricto, pero sí incluyen una nueva tecnología que ha automatizado ciertas funciones, trastocando completamente nuestro sector del transporte.

Corea del Sur es por el momento el único país que ha aprobado algo parecido a un impuesto robótico: eliminó las ventajas fiscales de las que disfrutan las empresas por invertir en tecnología cuando lo que compran son sistemas de automatización. Fue un intento de reducir el atractivo de las inversiones en robótica, y se vio como una señal de que el Gobierno

preveía una caída de los ingresos imponibles debido al reemplazo de mano de obra por máquinas.

Los obreros pañeros que plantearon diversas variaciones de estas mismas ideas —sobre todo lo que era, en esencia, un impuesto al valor añadido para la tecnología de automatización textil— merecen pasar a la historia por contarse entre los primeros futuristas de la política.

* * *

George Mellor había pasado siete años como aprendiz de tundidor porque así lo dictaba la ley y la tradición. Había seguido las normas, a diferencia de muchos de los emprendedores que compraron maquinaria y abrazaron el sistema fabril durante las primeras décadas del siglo XIX. Entonces, como ahora, los más ambiciosos recurrieron a la tecnología y ampliaron sus fábricas sin preocuparse lo más mínimo por estar infringiendo unas cuantas leyes anticuadas. Cuando los trabajadores protestaron, ellos presionaron descaradamente al Gobierno para forzar su derogación.

Adujeron que las normas de los viejos ordenamientos, que durante generaciones habían ofrecido una protección insuficiente pero básica a los trabajadores y habían contribuido a estabilizar el mercado laboral, no se podían aplicar a las fábricas ni a los productos textiles hechos a máquina.

«Atacaron los antiguos controles legislativos que regulaban la instalación de telares y el sistema de aprendizaje tildándolos de desfasados», relataba Randall.[243] Los emprendedores sostenían que «era absurdo temer que las fábricas fueran a universalizarse después de la revocación de los decretos. La mayoría de los innovadores, muchos desde una total hipocresía, negaban su intención de montar fábricas. Decían que los comerciantes pañeros del este de Inglaterra preferían el sistema de tejeduría doméstica, siempre que pudieran evitar los fraudes». Lo que afirmaban, simplemente, era que aquellas arcaicas reglas sobre los aprendices «eran innecesarias para oficios tan sencillos, como ya demostró Adam Smith, y restringían injustamente las libertades».

Resumiendo: las leyes tradicionales están desfasadas, no tiene sentido aplicarlas a las nuevas tecnologías y coartan la innovación; tampoco son tan importantes y, además, nadie tiene pensado saltárselas; la nueva tecnología permite procesos más seguros y transparentes, e imponerle límites es una afrenta a la libertad para hacer negocios. ¿Suena familiar?

Estos argumentos son semejantes a los que han estado enarbolando

Uber y otras destacadas empresas de la economía de plataformas, como Instacart y Doordash, en las décadas de 2010 y 2020. La gran innovación de Uber no es una aplicación que te envía un coche adonde estés gracias a un teléfono móvil y una señal GPS. Es que ha aprovechado este sistema relativamente novedoso para defender que su negocio de taxis no quede sujeto a la normativa vigente en un mercado que ya estaba regulado.

Uber asegura que no es una empresa de taxis, sino una empresa de *software*. Insiste en que sus trabajadores no son taxistas, en que ni siquiera son *trabajadores*, sino contratistas independientes que, por mera coincidencia, utilizan su *software* exclusivo. Uber ha alegado exactamente lo mismo en todas las ciudades a las que ha llegado, una tras otra, contratando a conductores, haciendo campañas publicitarias y prestando sus servicios con independencia de lo estipulado en las ordenanzas locales. Bajo la dirección de su temerario fundador Travis Kalanick, poco amigo de la regulación, Uber ha seguido una estrategia consistente en debilitar a los taxistas locales; presentar su servicio como una alternativa más barata, eficiente y moderna, y hacerse con una posición de mercado sólida, cuando no dominante, pasando por encima de las normas laborales del sector y gestionando la situación con las autoridades locales a toro pasado. El periodista del *New York Times* Mike Isaac ha documentado la agresividad y sofisticación del funcionamiento de Uber, incluso en ciudades como Portland, que opusieron resistencia.[244] La empresa puso en marcha en los nuevos mercados un sistema de vigilancia que, entre otras cosas, podría haberse usado para identificar las cuentas de investigadores que intentaban usar los servicios todavía ilegales de la empresa, incluirlas en una lista negra y rechazarlas si pedían un coche.

Como consecuencia, los taxistas y los conductores de coches de alquiler sufrieron un duro golpe; algunos vieron cómo su medio de vida desaparecía o quedaba tocado para siempre. La expansión de Uber por todo el mundo ha ido de la mano de las protestas de los taxistas y de la petición de regular la empresa como un servicio de taxi, ya que eso es lo que es, por mucho que los usuarios encarguen los coches desde el móvil.[245] A pesar de todo, Uber ha seguido entrando por la fuerza en nuevos mercados.

Tanto en la década de 1800 como en 2010, la estrategia funcionó. En el caso de Uber, ciudad tras ciudad, los usuarios se fueron acostumbrando a la comodidad y a los precios bajos; el servicio se popularizó y las propuestas de regularización se hicieron cada vez más inasumibles para la mayoría de los políticos. No olvidemos que Uber nunca ha sido un negocio

rentable. Si se puede permitir cobrar menos que los taxis en tantas ciudades es porque dispone de un enorme arsenal de capital riesgo que le permite operar con pérdidas sostenidas.

En el Londres de principios del siglo XIX, los sistemas tecnológicos bien financiados que los emprendedores esperaban usar para controlar a los trabajadores eran distintos —fábricas automatizadas, no aplicaciones algorítmicas—, pero las circunstancias no diferían demasiado. Cuando la comisión especial creada en 1806 emitió por fin su dictamen, quedó patente que los destinatarios de sus críticas eran los trabajadores. Los acusaron de participar en actividades sindicales y se burlaron de ellos públicamente por oponerse al progreso, un resultado que anticipaba lo que sucedería más tarde. Uno de los parlamentarios aseguró que no tenía sentido plantear el asunto de las máquinas en vista de sus obvias ventajas: «¿Por qué preocuparnos por la utilidad general de la maquinaria en una nación que ya se ha beneficiado tanto de ella? Es la herramienta que nos ha permitido excluir a otras naciones del comercio exterior. Restringir su uso sería una locura». Otro aseguró que los argumentos de los obreros contra las máquinas «apenas merecían un comentario». «De ahí que los partidarios de derogar la regulación pidieran eliminar todas las restricciones al sector de la lana y que el Parlamento fomentara la competencia», explicó Adrian Randall.[246]

Los propietarios fabriles siguieron produciendo en serie, reemplazando a los trabajadores cualificados y ganándose el trato de favor de sus poderosos amigos. Las máquinas ofrecían un paño de peor calidad que el confeccionado por los tejedores, pero podían fabricar mucho más. Los empresarios compensarían la caída de valor con el aumento de la producción, pero los artesanos independientes y los talleres pequeños no podían permitirse ese lujo y se verían obligados a competir en precio con las telas baratas hechas a máquina. En 1809, el Parlamento derogó todas las regulaciones, dejando a los trabajadores atribulados y expuestos al vendaval de la automatización, el sistema fabril y el capitalismo industrial.

Según Randall, «la revocación de estas leyes en 1809, a pesar de la ferviente oposición, dio inicio al proceso de destrucción y desmantelamiento de los viejos conceptos de tradición y, en última instancia, de comunidad».

PARTE III

ROMPER TELARES, ROMPER HUESOS

El príncipe regente

Primavera de 1812

Buena parte de las tierras del príncipe Jorge eran territorio ocupado. Del bosque de Sherwood a los montes Peninos de Yorkshire, Inglaterra estaba patrullada por miles de soldados reales, aunque hay pocos indicios de que el hombre que ocupaba el trono se hubiera implicado mucho en la campaña, si es que sabía algo de ella. Con sus *soirées*, sus vacaciones y su obsesión por las artes, parecía indiferente al cataclismo que devastaba el país.

Sus súbditos sí lo tenían presente. «Mucha gente del sur tenía la impresión de que todo el norte estaba en llamas. Era como una pequeña guerra civil industrial», relata la historiadora Jenny Uglow.[247]

Sin embargo, el regente estaba en Brighton, con su propio regimiento militar, el décimo de húsares, conocido también como el Regimiento Real del Príncipe de Gales, entreteniendo a los oficiales con fiestas, partidas de caza y carreras de caballos.[248] Entre los viajes, las juergas y las noticias que llegaban sobre los avances de Wellington en la guerra contra Napoleón, aparentaba no ser del todo consciente de que al norte de Londres se había desatado una insurrección.

En cambio, el ministro del Interior, Richard Ryder, tenía pleno conocimiento de lo poco que habían progresado sus tropas. Las molestas y paranoicas cartas de magistrados como Radcliffe y los descabellados informes de espías como B le daban sobradas muestras de que muchos creían que la rebelión ludita era una amenaza para el Estado.

Ryder había enviado miles de soldados al norte. En palabras del historiador Robert Reid, «de repente, tanto Leeds como Huddersfield

parecían más ciudades de guarnición que dos pacíficos y prósperos centros de la industria de la lana». Ryder impulsó la aprobación de la Ley de Guardia y Vigilancia,[249] que permitía a los magistrados locales obligar a cualquier ciudadano mayor de diecisiete años a «hacer guardia de noche y mantener la vigilancia de día» en nombre del Estado frente a los luditas. Tenían el deber legal de actuar como policías contra los mecanoclastas.

Solo a Huddersfield, cuya población ascendía a unas diez mil personas, llegaron mil soldados. No había cuarteles oficiales ni bases militares; por decreto estatal, los soldados se distribuyeron por las posadas y tabernas de la ciudad, a cuenta de sus propietarios.

En Leeds, cuando uno de los oficiales, sir George Armytage, atravesó la ciudad marchando al frente de una milicia que se dirigía al campo de maniobras, los vecinos salieron a la calle a gritar todo tipo de insultos a su paso. A punto estuvo de producirse una revuelta en toda regla, por lo que el alcalde de Leeds escribió a Ryder suplicándole que, en el futuro, los militares sortearan el centro de la ciudad para evitar incidentes.

Sin embargo, Ryder no conseguía que todos los generales atendieran sus demandas: por cada Armytage dispuesto a hacer una demostración pública de fuerza, había un William Dyott que, a pesar de estar al mando de varios escuadrones en las Midlands, no toleraba que lo molestaran y lo sacaran de su casa de campo. (Cabe la posibilidad de que los militares de la zona simpatizaran con los luditas o, como poco, que vieran con indiferencia a los propietarios fabriles).

Los esfuerzos del ejército contra los luditas eran cada vez más infructuosos. El destrozo de máquinas continuaba y los soldados seguían llegando demasiado tarde para detenerlos; su presencia en la ciudad solo parecía servir para caldear los ánimos y propagar el caos. Con cientos de reclutas llenando día y noche las tabernas sin apenas supervisión, la receta para el desastre estaba servida.

La amenaza que suponía la ocupación podía verse con claridad alrededor de Huddersfield, que estaba totalmente sitiado.

Para el decimoctavo cumpleaños de Ben Bamforth, su familia celebró una fiesta en casa. Según el relato de *Ben o'Bill's*, estaba siendo un día alegre y animado, con George, su amigo Jack el Miliciano, su prima Mary y Ben Walker jugando a juegos de salón y cantando canciones al ritmo de un pequeño piano. En un momento dado, Mary salió con Ben Walker para encargarse de los preparativos de la cena. Cuando volvió, tenía el vestido roto y el rostro encendido, y no dejaba de llorar y lamentarse ante Walker,

que suplicaba detrás de ella. Todo el mundo pensó lo peor, pero Walker solo era culpable de haber actuado como un cobarde.

Después de salir de casa, habían adelantado a uno de los soldados acantonados en el pueblo. Los militares ya habían flirteado alguna vez con Mary, pero sin malicia, creía ella, y a plena luz del día, así que no le había dado importancia. Aquella noche, se le acercó un soldado, probablemente borracho, y, con el respaldo de sus camaradas, que no dejaban de animarlo, la agarró. Mientras ella intentaba liberarse, el militar le metió la lengua hasta la garganta, así que ella lo mordió y echó a correr. Walker, su escolta, no hizo nada. Su regreso a casa interrumpió la celebración. Mary regañó a Walker, apoyándose en su primo Ben, mientras la familia la consolaba y se indignaba por lo sucedido. George se levantó, aprovechó la oportunidad para maldecir la injusticia de la ocupación y les dio «un gran discurso contra el ejército, los oficiales y los hombres».

Mientras tanto, en Brighton, el príncipe regente se había llevado a sus oficiales húsares a cazar liebres. Como no encontraban ninguna, sugirió cambiar la actividad por una carrera a caballo, saltando sobre el equipamiento que habían dejado tirado en el suelo.

Dice la leyenda que así nació la modalidad hípica del salto de obstáculos. El príncipe regente había ayudado a crear un nuevo pasatiempo para la clase alta.

William Godwin y Percy Bysshe Shelley

Marzo de 1812

A principios de 1812, William Godwin recibió una sorprendente carta de un joven admirador. Con una prosa exuberante y florida, el autor aseguraba ser un incondicional de *Investigación acerca de la justicia política* y le contaba cómo su adhesión a sus principios casi había provocado que lo echaran de la universidad. Era escritor, poeta y librepensador, y tras enfrentarse a su padre, este lo había desheredado por sus opiniones políticas.

El contenido de la misiva solo era cierto en parte, pero Godwin la leyó con mucho interés, pues estaba claro que no se trataba de un seguidor ocioso, sino de un hombre con talento, quizás con una retórica demasiado excesiva, pero sincero, e hijo de un adinerado lord de Sussex. El remitente se presentaba como un paria, un incomprendido tratado de forma injusta por una sociedad a la que no podía sino rechazar, junto con el lucrativo título de baronet que su padre estaba deseando endosarle.

Se llamaba Percy Shelley y tenía diecinueve años. Sus cartas detallaban sus desgracias e infortunios, sus posturas políticas —a pesar de su juventud, ya era un fiero crítico del príncipe regente y de los *tories*— y sus abnegadas cruzadas. Shelley se ganó rápidamente a toda la familia de Godwin, hasta el punto de que, como señala una historiadora, «a Mary, Jane y Fanny, el nuevo corresponsal de su padre les parecía el héroe de una aventura romántica».[250] Estaban «embelesadas».

En realidad, a Shelley lo habían expulsado de su facultad de Oxford por publicar un panfleto titulado *La necesidad del ateísmo*. Y se había

distanciado de su padre, cuya paciencia se estaba agotando debido a los problemas académicos de Percy, su amenaza de rechazar el título de baronet y su reciente fuga para casarse con la heredera Harriet Westbrook.

Las cartas eran largas y rebosaban dramatismo. Shelley, que acababa de leer todas las obras de Godwin incitado por un amigo, le pedía al radical que compartiera con él su sabiduría, lo instruyera y le permitiera ser su mecenas. Godwin recibía muchas cartas de jóvenes que aspiraban a convertirse en sus protegidos, pero no estaba acostumbrado a que le ofrecieran ayuda económica. Y las deudas lo asediaban.

Es fácil entender por qué a un joven idealista le entusiasmaba la obra de teoría política más conocida de Godwin, que abogada no por la revolución, sino por la anarquía. En la introducción de su libro, Godwin había señalado que «la complejidad política es uno de los errores que con más fuerza arraigan en la mente»; a su juicio, de acuerdo con lo que había aprendido de la Revolución francesa, «lo deseable es un Gobierno con la estructura más sencilla posible», libre de la pesada carga de las restricciones y la represión excesiva.[251]

Mary, mientras tanto, había tenido un brote de dermatitis y estaba perdiendo el interés por sus estudios. Los doctores habían recomendado un retiro junto al mar, así que Godwin estaba pensando enviarla a la costa escocesa con unos amigos sandemanianos, una comunidad austera que rechazaba la acumulación de riqueza.

El oscuro invierno avanzaba y la correspondencia entre Godwin y Shelley continuaba a un ritmo febril, despertando la curiosidad de la familia. «No puede imaginarse lo interesadas que están las mujeres de mi familia, la señora G. y las tres chicas, por sus cartas y su historia», escribió Godwin el 4 de marzo;[252] en otra misiva, le relataba cómo se emocionaban al ver aquella «escritura que tan bien conocían» y cómo se ponían casi «de puntillas» para conocer las últimas noticias sobre las hazañas de Shelley.[253]

En marzo, Godwin le contó a Shelley lo orgulloso que estaba de sus hijas, que se estaban convirtiendo en unas mujeres impresionantes: «Semillas de intelecto y conocimiento, semillas de juicio moral y conducta, eso es lo que he sembrado, pero durante largo tiempo se me antojaba que el suelo respondía con “ingratitud al cuidado de los brotes”. No era así. Las operaciones más felices tienen lugar en silencio, pasan desapercibidas y, en el momento en que resultan de la mayor importancia, salen a la luz para deleite del observador».[254]

Finalmente, Godwin aceptó la petición de Shelley, sellando lo que veía como un acuerdo para recibir su mecenazgo hasta la muerte. Quedarían unidos de por vida en una relación mucho más estrecha de lo que cualquiera de los dos podía imaginar. Mary, por su parte, se preparaba para el viaje por mar a Escocia para vivir entre los igualitaristas.

George Mellor

Primavera de 1812

El código era sencillo y se lo tomaban muy en serio.[255] Cruzar las puertas batientes del Saint Crispin. Establecer contacto visual con el centinela apostado en el pasillo. Hacer la señal con la mano. No llamar la atención.[256]

Una entrada usada para acceder a una reunión ludita secreta, recuperada por un espía y entregada al Ministerio del Interior.

Cuando el guardia, que parecerá aburrido, con una jarra y una pipa por toda compañía, responda con un movimiento, continuar recto, sin entrar en los abarrotados salones que se encuentran a izquierda y derecha. Subir las estrechas escaleras hasta la pequeña sala de reuniones del segundo piso. Allí, dar el santo y seña (según consta, «ganar, trabajar»)[257] al segundo

vigía. Si todo va bien, acceder al lugar de reunión secreto de los luditas.

Rituales como este se repetían por todo el país, en tabernas, casas y campos, bajo el más estricto de los secretos. A pesar de ser una estructura descentralizada sin un mando único, el movimiento ludita destacó por su impenetrabilidad. El Estado recurrió a un ejército de confidentes, pero fueron muy pocos los que cosecharon algún éxito. Muchos de los luditas habían compartido taller, eran del mismo pueblo y habían crecido juntos, tejiendo unos lazos que hacían sospechar de cualquier extraño. Para el resto, estaban los juramentos y la organización clandestina que habían desarrollado durante años debido a las prohibiciones de las Leyes de Asociación. En una entrada para una de esas reuniones se lee su divisa: «Entra. Que no haya más general que Ludd es para los pobres una virtud». [258]

El Saint Crispin era un *pub* de Halifax llamado así por el patrón de los zapateros. Esa noche había acogido ya a varias decenas de luditas que habían hecho las señales y pronunciado la contraseña. En paralelo a todo el sistema de códigos, juramentos y ceremonias, estaba emergiendo un movimiento más estructurado. Los delegados de los distintos focos de la rebelión —sobre todo de Nottingham, que seguía siendo su centro neurálgico— visitaban las divisiones recién creadas.

Aquella noche, en la sala privada del piso de arriba, reunidos en torno a una larga mesa que antaño se usaba para resolver disputas comerciales, los luditas —George Mellor, Will Thorpe, tejedores, herreros y otros hombres que habían jurado lealtad— y los reformistas locales esperaban impacientes noticias del delegado de Nottingham, que estaba a punto de llegar. A pesar del frío y la humedad, el ambiente rebosaba entusiasmo.

De levantar acta se encargaría John Baines, un sombrerero que, con sus dos hijos, dirigía el club republicano local de seguidores de Tom Paine, un grupo de demócratas progresistas que aspiraba a reformar la monarquía parlamentaria británica. Por descontado, eran afines a la causa ludita, aunque Baines le doblara la edad al mayor de los presentes, como él mismo se encargaría de señalar. Bordeando los setenta, con el pelo ralo y «profundas arrugas» en el rostro, Baines no había perdido ni un ápice de su energía para defender el proyecto democrático. Fue el primero en tomar la palabra.

—Desearía disfrutar del privilegio de decir unas palabras antes de que nuestro amigo Weightman de Nottingham nos presente su informe. Estoy encantado de ver aquí a tantos jóvenes y espero que su entusiasmo ayude a

hacer realidad el fin de este movimiento.

El hombre de Nottingham saludó.

—¿Y cuál es ese fin? —continuó Baines—. ¿Es la destrucción de esas condenadas máquinas que están robando el pan de la boca a nuestros hijos? Bueno, es un magnífico objetivo, sin duda, pero, amigos míos, ¿ese es el *fin*?

—¡Abajo con los malditos aristócratas! —vociferó alguien.

—¡Amén! ¡Los vampiros llevan demasiado tiempo alimentándose de nuestra sangre! —profirió Baines.

A continuación, el sombrerero arremetió contra los aristócratas terratenientes —«todos los cargos del país están en manos de ellos y sus amigos»— y denunció la explotación que sufrían los trabajadores a manos de la «vieja corrupción».[259] Para concluir, proclamó a voz en grito:

—¡Dejemos que el pueblo se alce con toda su grandeza! Por viejo que sea, estoy seguro de que veré el glorioso triunfo de la democracia.

Varios luditas se pusieron en pie, aplaudiendo a rabiar. A algunos, el monólogo del sombrerero les conmovió tanto que estiraron el brazo para estrecharle la mano por encima de la mesa. George se apartó instintivamente. No se sentía tan idealista. No estaba en desacuerdo con la política, pero él se había comprometido a emprender acciones más contundentes.

A pesar de su juventud, conocía la historia de la última década de esfuerzos del gremio de tejedores para persuadir al Parlamento de mantener las regulaciones del oficio y lo fútiles que habían resultado. Al fin y al cabo, habían pasado poco más de dos años desde que en 1809 el Parlamento decidiera echar por tierra sus ordenanzas y ponerse del lado de los propietarios de las máquinas. Como le había recordado a John Booth en la tundiduría, la reforma democrática era una meta vaga y lejana. Y sus vecinos se morían de hambre en ese preciso momento. Ya había mantenido esa discusión antes, y la había ganado, así que volvió a la carga:

—Nos ocuparemos de los aristócratas de Londres a su debido tiempo, pero, muchachos, ¿no deberíamos antes hacer algo más cerca de casa? No conozco aristócratas más tiranos que nuestros patronos, y creo que primero deberíamos ajustar cuentas con ellos.

—Nuestro compañero tiene razón —terció Weightman, el delegado de Nottingham—, aunque también se equivoca. Acierta en su deseo de derrocar al déspota dispuesto a robarle el pan y a dejarlo morir de hambre solo para que arrecie la lluvia de dinero que ya desborda sus arcas; yerra al

pensar que ese es su principal opresor.

Weightman volvió a preguntarles cuál pensaban que era el fin de aquel conflicto. Entre «la decadencia del comercio» y «la hambruna del pueblo», las condiciones eran tan nefastas que había llegado la hora de ir más allá del sabotaje y el destrozo de telares.

La cuestión de la función que desempeñaba la organización política clásica en el movimiento ludita ha generado numerosos debates académicos. Se conservan pocos documentos internos, ya que para los luditas la escritura era ante todo una herramienta de negociación descarnada e intimidatoria. Nunca publicaron un manifiesto político claro y unificado. Los defensores de la reforma democrática, como Baines, eran aliados naturales. Es evidente el solapamiento de grupos como los luditas con los ideales reformistas republicanos, algo que se trasluce en el espíritu revolucionario de muchas de sus cartas y actas, sobre todo tras las fases iniciales.

A medida que el movimiento y su audacia crecían, muchos tomaban conciencia de sus limitaciones: entendían que su objetivo popular, el de hacer añicos las máquinas que estaban abriendo camino al sistema fabril, era, en el mejor de los casos, una forma de arenga, apenas un alivio temporal. Cada vez eran más las voces —y no solo de reformistas como Baines—que pedían trascender el propósito original.

Ejemplo de ello es un himno anónimo que empezó a circular durante la primavera de 1812.[260] Empezaba así:

Bien hecho, Ned Ludd, noble es tu guía
Pon a Perceval en la diana,

y proclamaba:

Estamos listos para unirnos a filas
Cuando escuchemos tu llamada,
Y que libre corra la sangre indigna
De tiranos de toda calaña.

Había que llevar la lucha a Londres, a la puerta del primer ministro.

—Ahora que conocemos nuestra fuerza y hemos demostrado que podemos acabar con los tiranos locales, vayamos a la raíz —afirmó Weightman en el *pub* de Halifax.

Spencer Perceval era bien conocido por su acérrima oposición a los derechos de los trabajadores. Después de rechazar la petición de los tejedores al Parlamento de regular el sector, admitió que la audiencia pública había sido una pantomima. Sabía que, si les concedía audiencia, al menos podría aparentar que el asunto le preocupaba: «Era preferible que los tejedores de algodón se sintieran decepcionados por el resultado del debate sobre los méritos de su solicitud que por la negativa a tomarla en consideración». El Estado ya había decidido cómo iba a gobernar.[261]

El delegado de Nottingham estaba convencido de que era el momento de subir la apuesta y hacer lo que más temía el Gobierno británico que hicieran: prender la mecha de una revolución.

—Nuestro movimiento es fuerte en todo el territorio; hemos acumulado miles de armas y contamos con brazos fornidos para empuñarlas —continuó Weightman—. Nuestro consejo está en comunicación permanente con las sociedades de todos los focos de desafección y llamamos a un levantamiento general en mayo.

A George Mellor, Will Thorpe y el resto de luditas de Huddersfield, que habían empezado a organizar incursiones el mes anterior, la idea podría haberles parecido tan seductora como abrumadora. Weightman les recordó que, desde el asesinato de John Westley en Arnold, la rabia contra los patronos y sus máquinas se había redoblado: «Todo el pueblo se solidariza con nosotros».

Mientras Horsfall y Cartwright ampliaban sus fábricas sin reparos, sus vecinos, incluso aquellos con los que siempre se habían mostrado amistosos, como los Bamforth, se veían abocados a la pobreza. Los propietarios fabriles más presuntuosos mostraban indiferencia —o incluso algo peor— ante la desigualdad rampante que se adueñaba de Yorkshire. La simpatía de la gente estaba del lado de quienes querían contraatacar, lo que podría haber envalentonado aún más a los luditas.

—En nuestras filas, muchos abogan por la política de disparar contra los patronos que se han propuesto darnos caza y acosarnos, pero a algunos les repugna la idea del asesinato a sangre fría —reveló Weightman.

—Entonces, que hagan lo correcto. Si dejamos que esos escrúpulos sin sentido nos paralicen, no conseguiremos nada. Si nos disparan, ¿por qué no habríamos de responder del mismo modo? —George hablaba todavía de forma figurada, pero se acercaba el momento de poner la vista en un objetivo mayor que enviara una señal inequívoca a los industriales—. Hay dos en las cercanías a los que habría que coger desprevenidos y a la vez.

Me refiero a Cartwright, de Rawfolds, y a Horsfall, de Marsden. La mayoría sabéis cómo se jactan esos dos todos los días, en la lonja de Huddersfield, de lo que harían a los luditas si se acercaran a sus fábricas. ¿Qué nos impide atacar Rawfolds? Apenas hemos hecho nada por esa zona, y eso que allí somos bastante fuertes.

Todos coincidieron en que había al menos un impedimento: para una operación de esa envergadura, necesitaban más armas.

Cartwright estaba convirtiendo su enorme fábrica en una fortaleza; había contratado a mercenarios para hacer guardia y estaba levantando sólidas defensas. Thorpe sugirió ir a por Horsfall, que profería amenazas más agresivas contra ellos:

—Me ponen enfermo las noticias que llegan al taller sobre ese presuntuoso y sus bravatas. Cartwright no es ni la mitad de malo que él.

Varios secundaron su propuesta y comenzó la discusión. Según la crónica de Peel, el asunto se resolvió tirando una moneda al aire. Cara, Cartwright; cruz, Horsfall.

Salió cara.

Aquello era mucho más que venganza. Si los luditas de Huddersfield conseguían asaltar la mayor instalación de la región, la victoria sería una formidable inyección de moral y un considerable activo estratégico.

—Ya que el hombre del que hablas os está desafiando, cuanto antes os encarguéis de él, mejor —sentenció Weightman.

A continuación, ofreció una visión de cómo funciona la negociación colectiva por medio de la revuelta:

> Hemos logrado inspirar tal sano pavor en Nottingham, entre todas las clases, que la sola amenaza del general Ludd suele ser suficiente. Nuestros movimientos han sido tan rápidos y nuestra información sobre la posesión de armas es tan precisa que son muy pocos los que se atreven a desafiarnos. Como es habitual, los rumores magnifican nuestras acciones y nos atribuyen muchas que no son obra nuestra; pero las autoridades, os lo aseguro, están más que contrariadas por el fruto que arroja hasta ahora su intento de someternos. Muchos de los que simpatizan con nuestra causa se burlan por lo poco que han avanzado.

Esta reivindicación de poder era fundamental para el éxito de los luditas. Weightman sostenía que le habían dado la vuelta a la partida, pero para conservar la mano ganadora tenían que mostrarse como una amenaza

incluso para los emprendedores más ricos y potentados. Debían enfrentarse a los gigantes de la tecnología.

George, Thorpe y los luditas locales empezaron a trazar el plan. Tenían que infiltrarse en una fábrica del tamaño de una fortaleza y vaciarla de máquinas automáticas. Acabar con esa tejeduría supondría devolver cientos de trabajos a sus compañeros con un solo golpe y, lo que era más importante, dar un paso enorme para conquistar la capacidad de negociación que necesitaban para cambiar las tornas con el resto de los industriales.

Peinarían los talleres y las casas de toda la zona en busca de armas y municiones. Movilizarían a todos los regimientos del ejército de Ludd y se prepararían para un ataque a gran escala.

Sería el intento más arriesgado de los luditas.

Señalaron una fecha en el calendario: el sábado 11 de abril, unirían sus fuerzas y cientos de hombres marcharían al anochecer para tomar la imponente fábrica de Cartwright en Rawfolds.

B y los espías

Abril de 1812

Los trabajadores de Nottingham, del West Riding y de Mánchester podían estar listos para unirse a una revolución, pero no así los de Londres. Todavía no. Allí apenas llegaban a 7.400 luditas (o eso le comunicó B al coronel Fletcher en abril), una cifra que palidecía frente al cómputo en el norte, que no paraba de crecer.[262]

Sin embargo, sus líderes habían empezado a dividir estratégicamente las bases, según había oído, para mejorar la organización y preparar el terreno para hacer incursiones en la capital de la nación. El mes anterior, B había enviado una carta sobre una reunión en las afueras de Mánchester con hombres de Stockport. Los describió como «individuos peligrosos y temerarios», y aseguró que al menos cuatro habían participado «en la rebelión irlandesa», algo que sin duda deseaban repetir.

Más preocupantes eran las noticias sobre una asamblea secreta celebrada en el King's Arms, en Salford, en la que se había infiltrado otro de los confidentes de Fletcher, John Stone. Su objetivo era coordinar los ataques a fábricas importantes de la región y habían asistido delegados luditas de Bolton, Stockport, Mánchester y otras localidades más pequeñas de los alrededores. Cada vez tenían más apoyo.

Un delegado de Eccles anunció que solo llevaban dos semanas reclutando hombres y ya contaban con ciento ochenta voluntarios, incluido un miliciano que podía facilitarles el acceso a montones de armas. El cónclave mantuvo un tono táctico y más agresivo que los anteriores: ya estaban en marcha las labores de reconocimiento y la planificación de estrategias para subir los salarios. Todos los presentes estuvieron de

acuerdo en que el objetivo debía ser «derrocar a los hombres ilustres que tanto tiempo llevan pisoteándonos».

Se estaba gestando una «quema de factorías» coordinada que se ejecutaría simultáneamente en todas las ciudades representadas en la reunión el 13 de abril a medianoche. Se dijo que debía arder la tejeduría de Westhoughton, que albergaba doscientos telares mecánicos a vapor.

Según los delatores, alguien sugirió que los incendios fueran acompañados de un ataque directo a los oficiales del Ejército y a los magistrados, que serían ejecutados en el acto. Sin embargo, según las revelaciones de B, cuando presentaron el plan al comité ludita de Mánchester, este lo rechazó por considerarlo demasiado agresivo.

En una curiosa nota al pie, Stone relataba que un delegado había llegado a la reunión cargado con lo que parecían fragmentos de algún tipo de artilugio. Mientras los demás se preguntaban para qué servirían, puso todas las piezas en la mesa y las ensambló. Cuando vieron la pica, los hombres se dieron cuenta de lo que estaba haciendo: demostrándoles que cualquier cosa de aspecto inofensivo podía convertirse en un arma letal.

William Horsfall

Primavera de 1812

El ataque a Vickerman había redoblado la determinación de los grandes fabricantes de Huddersfield. A pesar de las reticencias de los más modestos, el Comité para la Eliminación de los Disturbios, con Horsfall al mando, estaba forzando a los emprendedores locales a defender su derecho a hacer negocios a cualquier precio. Además, la organización había aumentado la recompensa para cualquiera que informara sobre las operaciones de los luditas.

Los luditas habían destrozado la maquinaria de una docena de talleres en Huddersfield. También habían interceptado un gran cargamento de máquinas para la tejeduría de Cartwright y las habían hecho pedazos. William Horsfall estaba furioso y había proclamado su ira a los cuatro vientos. Había repetido tantas veces su amenaza de derramar «la sangre ludita» que ya se había convertido en un chascarrillo que muchos empleaban para burlarse de él a sus espaldas y, a veces, a la cara. Los niños seguían ridiculizándolo durante su trayecto semanal a la lonja de paños. Sin embargo, ninguna de estas chanzas invalidaba su amenaza.

Había gastado una suma considerable en fortificar su fábrica.[263] Había mandado construir un enorme muro de piedra a lo largo de toda su propiedad, en la ladera colindante a la carretera por la que se accedía a Ottiwells. Toda la parte superior estaba almenada, con troneras para que los defensores pudieran cubrirse mientras disparaban a cualquiera que se acercara. También había armado a sus hombres. Su deseo de violencia y su dedicación al futuro industrial le habían hecho decantarse por un perfil muy concreto: soldados y miembros de las milicias dispuestos a vigilar la

fábrica día y noche.

Además, Horsfall había recurrido a los escuadrones de dragones que acababa de enviar Richard Ryder. La caballería armada flanquearía cualquier turba o ejército que pretendiera atacar la fábrica de frente.

La agresiva militarización de Horsfall lo distinguía incluso de sus homólogos más voluntariosos. Quizás la decisión del Gobierno de convertir el destrozo de telares en un delito capital le había servido de inspiración y pretendía tomarse la justicia por su mano, o quizás solo estaba abriendo camino con su estrategia de proteger la maquinaria productiva costase lo que costase. Había algo casi místico en la convicción de Horsfall de que un hombre tenía derecho a usar la tecnología para aumentar sus beneficios con independencia de las consecuencias y de que nada importaba más que la eficiencia; más que una idea, parecía un precepto religioso o una profecía.

Cartwright, por su parte, era mucho más sutil. Taciturno y reservado por naturaleza, no incitaba a nadie a empuñar las armas en su nombre, pero había contratado una guardia de mercenarios para su fábrica y seguía con sus importaciones de máquinas automáticas. De puertas para afuera, apenas parecía que estuviera en guerra con los luditas.

Horsfall acababa de abrir nuevos vanos en su enorme muro para hacer sitio a su dispositivo más letal: un cañón con cureña que había comprado para la ocasión.

Lord Byron

Primavera de 1812

Para sorpresa de nadie que lo conociera, Byron estaba disfrutando lo indecible de su nueva posición, convertido en el centro de atención de la flor y nata londinense.[264] Trabó amistad con grandes figuras literarias como *sir* Walter Scott, asistió a bailes y galas e inició un escarceo amoroso que hizo correr ríos de tinta.

A finales de marzo, estuvo en Melbourne House, una mansión en el campo que resultó albergar todo tipo de «peligros físicos y sexuales, con sus espacios elevados y los "oscuros y serpenteantes pasillos y escaleras" que daban acceso a ellos».[265] Durante su primera visita al lugar, a resultas de la invitación de Caroline Lamb —una conocida aristócrata y escritora que estaba muy interesada en él—, Byron resbaló mientras bajaba una escalera de caracol acompañado del poeta Thomas Moore y ambos bromearon con que había sido «un mal augurio».

Byron y lady Caroline entablaron una intensa aventura que muy pronto estuvo en boca de todos. Ante la consternación de Byron, ella no se molestaba ni lo más mínimo en ser discreta y no estaba tan preocupada por su reputación como él. En una de sus primeras cartas, el poeta escribió: «Corazón mío, mi pobre Caro, ¡qué tierno volcán! Ríos de lava corren por sus venas, mas no desearía que se atemperase ni un ápice».

El éxito de ventas de su poema épico, la escandalosa relación con una mujer de la alta sociedad y la defensa de los oprimidos luditas contribuyeron a desatar lo que más tarde se conoció como «Byronmanía». El innovador y sensacional estilo de *Las peregrinaciones de Childe Harold*, el mito del heroísmo romántico al que él mismo había dado alas, su cuidada

imagen pública, el sugerente atractivo de su palidez e incluso su singular cojera hicieron de Byron una figura sin parangón. De hecho, iba camino de convertirse en el hombre más famoso de Europa junto a Napoleón Bonaparte.[266]

Diversos académicos han calificado el nivel de notoriedad que llegó a alcanzar como difícil de entender desde los parámetros actuales. (Imaginemos que en nuestra cultura popular no hubiera más que un único icono y que todo el mundo lo conociera). Byron jugaba en su propia liga. Sus obras se agotaban rápido y los artesanos estampaban su rostro en distintos productos, una práctica reservada casi en exclusiva a los reyes.

Por ese motivo, aunque sus discursos no fueran muy bien recibidos en la Cámara de los Lores, Byron se convirtió en una fuerza política con la que había que contar. Los políticos de la Regencia eran abrumadoramente conservadores, lo que no encajaba en absoluto en su perfil, y a los *tories* les inquietaba su creciente influencia. La figura de Byron les indignaba profundamente, si no por su relación con Caroline Lamb, por su supuesta aventura con su medio hermana o por las especulaciones sobre sus amantes homosexuales, sí porque desafiaba su poder.

Poco después de su primer encuentro, Caroline aseguró que Byron era «un loco malvado al que resulta peligroso conocer», una definición que hizo fortuna. La afirmación transmitía en pocas palabras su capacidad real para hacer daño a las mujeres —podía ser despiadado, cruel, intimidador y violento— y la opinión del ala conservadora del Parlamento, que lo veía como una amenaza por distintos motivos.

Esa intensidad temeraria impregnaría su mito —y su habilidad para crear mitos— de más poder del que él o Caroline querían reconocer. Su interés por los luditas podría haberse desvanecido cuando alcanzó la fama, y no porque su simpatía por la causa no fuera sincera. Sin embargo, su notoriedad fue una herramienta crucial para impulsar la solidaridad con la clase trabajadora y el movimiento ludita por medio de la prosa romántica y el pensamiento popular.

La batalla de Rawfolds

Ned Ludd y George Mellor

Abril de 1812

Había llegado la hora.[267] Los luditas del West Riding se habían citado a las once en punto, mucho después de que oscureciera, junto a un obelisco de piedra conocido como «el campanario mudo». Empezaron a llegar hombres por decenas hasta superar el centenar.

George Mellor estaba al mando, con su robusta estampa, irradiando una confianza que ofrecía un rayo de esperanza a los hombres sumidos en la oscuridad. Thorpe y Thomas también estaba allí, junto a Ben Walker, John Booth e incluso Ben Bamforth, el primo de George, que en otras ocasiones había dudado en unirse a las algaradas luditas. Sumaban unos ciento cincuenta, y había más en camino.

Los hombres se organizaron en la penumbra, a poco más de medio kilómetro de la fábrica que estaba a las afueras de Huddersfield. Se habían pertrechado con hachuelas, picas y pistolas, escopetas, trabucos y mosquetes. Formaron filas con la naturalidad que dan meses de práctica. Pasaban los minutos y no había ni rastro del contingente de Leeds, que había acordado unirse a ellos. Decidieron continuar de todos modos: quizás se habían adelantado; si no, ya los alcanzarían.

Los luditas marchaban campo a través; en el horizonte empezó a recortarse el formidable complejo de Rawfolds, oscurecido por un muro defensivo y un foso. La patrulla de reconocimiento había informado de al menos dos centinelas fuera, un perro guardián en las instalaciones y guardas armados apostados en el interior. El único acceso era el grueso

portón de madera de la parte delantera.

Enviaron dos grupos con los mejores combatientes luditas para ocuparse de los centinelas sin hacer ruido; los dos actuaron a la vez, desarmando a los guardias con sigilo y retirándolos de su puesto. Otro equipo se había situado ya en la verja de la entrada y se empleaba a fondo con las palancas para forzar los goznes de la puerta, que acabó cayendo y estrellándose contra el suelo. Delante les esperaba otra puerta, también enrejada, al igual que las ventanas del primer piso de aquella mole de seis plantas.

«Hacheros, avanzad —ordenó George—. Los demás, despejad el camino».

Los hombres avanzaron a la carrera, con las picas y las hachuelas en alto. En el interior, un perro empezó a ladrar. Los luditas que tenían armas de fuego dispararon una descarga, haciendo saltar por los aires los cristales de las ventanas cercanas.

Los encargados de los martillos la emprendieron con las puertas principales. Ben Bamforth, tan grande como cualquiera de los presentes, era uno de ellos, según el relato de *Ben o' Bill's*, en el que describe cómo irrumpió en Rawfolds junto a sus compañeros:

> Los cristales saltaban en pedazos uno tras otro; nos abalanzamos hacia delante bajo una lluvia de palos y piedras. El estruendo de las descargas de los mosquetes no cesaba, y desde las ventanas y las aspilleras nos respondieron con más disparos. Veíamos la chispa de la detonación en los cañones y oíamos el agudo silbido de las balas pasándonos por encima de la cabeza. Nuestros hombres bramaban, rugían, aullaban frenéticos.

Los luditas empezaron a golpear la puerta con hachas y martillos.

Como Horsfall, Cartwright había fortificado su fábrica para defenderse de ese tipo de ataques. Él y una decena de hombres deslizaron sus armas sobre unas losas que manejaba mediante poleas: cuando las bajaba, servían de barricada; cuando las subía, dejaban un hueco que les permitía disparar. A los tiradores luditas les resultaba casi imposible alcanzarlos desde el exterior.

Mellor reunió a sus hombres y les ordenó dar la vuelta a la fábrica para intentar un ataque por la retaguardia.

Entonces, una voz rugió desde dentro: «Venid, os estamos esperando».

Era Cartwright.

Un grupo de luditas corrió a la parte de atrás, pero el río y el azud del molino les impedían acercarse más. Uno de ellos, Thomas Brook, resbaló, cayó al agua, perdió el sombrero y tuvo que ser rescatado por sus compañeros de armas.

No había otra opción, tenían que atacar de frente.

«¡Dejad paso a Enoch! ¡Dejad paso a Enoch!», gritaron los luditas. Ben estaba otra vez ante la puerta con un camarada, blandiendo el enorme martillo del herrero.

En el parapeto de la fábrica sonó una campana, la señal para alertar a los dragones acantonados a las afueras del pueblo. George reaccionó al instante: «¡Maldita campana! Apuntad a la campana». Los luditas abrieron fuego y, durante un momento, se hizo el silencio. La celebración duró poco, pues al instante volvió a sonar: le habían acertado a la cuerda, pero todavía se podía tocar.

Ben seguía golpeando el martillo con escaso éxito. La puerta estaba reforzada con grandes pernos que tachonaban la hoja de madera.

«Solo había sitio para nosotros dos», cuenta Ben en *Ben o' Bill's*, refiriéndose a sí mismo y a Enoch, el martillo. Y continúa:

> Por encima del rugido de la multitud; de los alaridos, las maldiciones y los gritos; del ruido sordo de las piedras y el crujir de la cal y los cristales rotos cayendo al suelo; del tañido de la campana y del estrépito de las pistolas y los fusiles; por encima de todo, se oían los poderosos golpes de Enoch retumbando como truenos. Con cada intento, sentía una sacudida que me subía por el brazo, haciéndome temblar, como si el martillo quisiera soltarse de mi mano, pero no dejaba de atacar la puerta, y, aun así, aquella sólida madera no cedía ni una pulgada.

Varios luditas se agacharon frente a las ventanas de la fábrica, que ya habían roto a tiros y con las picas. Mellor los espoleó para iniciar la invasión: «Adentro, muchachos».

En el interior de la fábrica Rawfolds, Cartwright dirigía la defensa. Envió a dos de sus guardias al tejado para asegurarse de que la campana seguía sonando. Se dio cuenta de que uno de los hombres de la barricada no estaba disparando y le preguntó si se le había encasquillado el arma, a lo que este le respondió que no.

—Entonces, ¿por qué no disparas? —le interrogó Cartwright.

—Porque podría dar a uno de mis hermanos.

Los luditas consiguieron por fin abrir brecha en la entrada delantera y el aviso corrió como la pólvora.

Cuando los hombres metieron la mano para intentar forzar la puerta y acabar de abrirla, uno de los soldados de Cartwright disparó una salva a través del hueco. John Booth cayó hacia atrás, gritando y ensangrentado, con la pierna destrozada por una bala de mosquete. Otro disparo le arrancó el martillo de la mano al herrero Jonathan Dean cuando intentaba ensanchar el agujero de acceso. A Ben Bamforth lo alcanzaron en el hombro y se desplomó en el acto.

Samuel Hartley, un tejedor manual de veinticuatro años al que habían despedido de aquella misma fábrica seis meses antes, cayó al suelo escupiendo sangre después de que una bala le atravesara el pecho.

Las campanas repicaban, habían soltado a los perros, seguían lloviendo balas. Ya llevaban media hora de asalto y los luditas no habían conseguido siquiera irrumpir en la fábrica. No tenían ni idea del tamaño de la fuerza armada que se escondía en el interior de Rawfolds y sus hombres estaban cayendo. Se arriesgaban a que acabara siendo una masacre. Uno de los luditas recordaría más tarde que George actuaba como si «no estuviera en sus cabales»: se encaramó al alfeizar de una ventana y se agarró al marco, con los cristales rotos a su alrededor, sacudiéndose y rechinando los dientes. Tuvo que llegar la noticia de que Ben estaba herido para sacarlo de ese estado de locura.

Desesperado por la carnicería que tenía delante, dio el alto el fuego y ordenó la retirada.

A esas alturas, los soldados de la Corona ya estarían en camino. Los luditas habían sacado a los compañeros maltrechos de la línea de fuego y habían dejado con cuidado a Booth y a Hartley sobre el suelo polvoriento, donde se retorcían de dolor. Los dos se estaban desangrando y ninguno podía moverse por su propio pie; su destino parecía sellado.

Había que tomar decisiones rápido. Estaban a kilómetros de un lugar seguro, y no había forma de llevarlos hasta allí. A Ben también lo habían alcanzado, pero no estaba tan mal y George podría ayudarlo.[268]

Con lágrimas en los ojos, George volvió con los demás para decirles que su única opción era dejar atrás a los heridos, no se podía hacer nada. Les recordó el juramento, prometió venganza, se lamentó por lo que pudiera pasarle a Booth, disparó un tiro al aire y se unió a sus hombres para escapar.

Fue la primera gran derrota de los luditas, y fue mucho más devastadora de lo que nadie habría podido imaginar.

Poco después de que Mellor, Thorpe y el resto de los supervivientes huyeran, Cartwright salió de su fábrica-fortaleza para contemplar la atroz escena que se dibujaba ante su puerta. El ruido había atraído a los vecinos, a la gente del pueblo y a los milicianos, que se congregaron en torno al propietario mientras este preguntaba a los heridos quién había organizado el ataque.

La multitud rogó a Cartwright que llamara a un médico, o que dejara pasar a uno, pero el emprendedor se negó a hacerlo hasta que no tuviera los nombres que buscaba. Booth y Hartley, doblados por el dolor, entre sangre y gemidos, no hablarían; al final, a Cartwright le pesó demasiado la creciente indignación de quienes lo rodeaban y mandó que los llevaran al médico, pero no al del pueblo, que estaba más cerca, sino al de la siguiente cuidad, para lo que debían recorrer un largo y sinuoso camino.

Trasladaron a Booth y a Hartley a la taberna Star de Roberttown, donde les esperaban los médicos y el clérigo de la parroquia. Cuando se supo la noticia, frente al *pub* se formó una multitud; según algunos testimonios, había cientos de personas bajo la atenta vigilancia de la guarnición del pueblo.

El reverendo Roberson, el predicador *tory* que había colaborado con Radcliffe para organizar las milicias locales contra los luditas, presionó a los moribundos para que confesaran y delataran a sus camaradas. Hartley se negó a abrir la boca. Todo lo que dijo Booth fue que se había unido a los luditas «en un momento de debilidad» y que se arrepentía, pero no dio más información.

Casi al alba, los médicos decidieron amputarle la pierna a Booth, pero había perdido ya tanta sangre que empezó a convulsionar durante la operación.

Roberson siguió intentando arrancarle una confesión a Booth hasta el último aliento. Según los presentes, al final Booth le hizo un gesto al pastor para que se acercara.

—¿Sabe guardar un secreto? —le preguntó Booth.[269]

—Por supuesto —respondió Roberson.

—Yo también —replicó el ludita.

El joven idealista expiró poco después, a las seis de la mañana del domingo.

Hartley falleció durante las primeras horas del lunes. Ninguno de los

dos rompió su juramento. Se convocó un jurado para establecer la causa legal de la muerte y en apenas un día se emitió el veredicto: «homicidio justificado». Se cree que también murieron Jonathan Dean y al menos otro ludita, que fueron enterrados a las afueras de Hartshead, en una tumba sin nombre, en una ceremonia secreta oficiada por el pastor Patrick Brontë, cuya hija Charlotte contaría más tarde el episodio en su novela *Shirley*.

Llevaron el cadáver de Hartley a Halifax, acompañado de una multitud de seguidores que formaron un enorme cortejo fúnebre, como muestra de la compasión y la empatía del pueblo por el ludita caído. Jonathan Saville, el pastor que dio el sermón después del funeral, describió así lo sucedido en sus memorias:

> El domingo oficié ante la mayor congregación que se hubiera reunido jamás en la capilla de Halifax.[270] Había muerto un joven que recibió un disparo mientras ayudaba a forzar la entrada de una tejeduría cercana a Cleckheaton durante un asalto cuyo fin era destrozar la maquinaria; y lo trajeron a Halifax para enterrarlo. El domingo, después del funeral, llegó gente desde todos los sitios para presentar sus condolencias al fallecido [o, más bien, para sumarse a la manifestación política]. Llenaron la capilla hasta desbordarla; cientos se quedaron fuera por falta de espacio, mientras los alguaciles vigilaban la puerta para mantener la paz.

Sin duda, tal concurrencia inquietó a las autoridades. Recordando que el funeral de John Westley, el ludita asesinado unos meses antes, había suscitado una ingente ola de solidaridad, el magistrado Radcliffe y los gobernantes de Huddersfield decidieron enterrar a Booth —que no solo era un joven idealista y muy popular, sino también hijo de un brillante predicador— al amparo de la noche.

La prensa publicó las noticias sobre el asalto y el baño de sangre, proclamando a bombo y platillo el triunfo de Cartwright y la primera gran derrota ludita.

Charlotte Brontë, que creció escuchando las dramáticas historias sobre aquella batalla trascendental de boca de su padre, de los lugareños e incluso del mismísimo Cartwright, describió en *Shirley* el suceso desde el punto de vista de la élite empresarial:

> Los alborotadores no se habían topado nunca con tal oposición. En otras fábricas que habían asaltado, no habían encontrado resistencia; jamás

> habían imaginado enfrentarse a una defensa tan resuelta y organizada. Cuando sus cabecillas vieron que el fuego procedente de la fábrica no amainaba, advirtieron el aplomo y la determinación del propietario, oyeron cómo les desafiaba sin ambages a enfrentarse a la muerte y presenciaron cómo caían heridos sus hombres, se dieron cuenta de que allí no había nada que hacer… Se dispersaron por los campos, dejando tras de sí una estela de silencio y ruina.[271]

Ni siquiera quienes estaban del lado del vencedor creyeron que hubiera sido un «espectáculo agradable», escribió Brontë.

> Las instalaciones se habían convertido en un borrón de desolación en un fresco amanecer estival. La arboleda que coronaba el valle resplandecía fresca y cubierta de rocío, el alto de la colina reverdecía; pero justo allí, en el centro de aquella dulce cañada, la Discordia, liberada de todo control durante la noche, había hollado el suelo con sus pesadas pezuñas, dejándolo yermo. La fábrica se desperezaba entre la ruina, descubriendo las ventanas sin cristales y el patio cubierto de piedras y trozos de ladrillos; justo al pie del edificio, los fragmentos brillantes de los vidrios hechos añicos; mosquetes y otras armas tiradas aquí y allá; además, una mancha carmesí oscuro visible en la grava: un cuerpo yacía inerte boca abajo junto a la verja.

El golpe fue tan dramático como sugiere la descripción de Brontë, lo que contribuyó a cimentar la leyenda de la batalla. Los luditas recibieron a los que habían participado en la refriega como héroes: guerreros míticos y casi imparables en su cruzada contra las máquinas y en defensa de la clase obrera. Sin embargo, también aprendieron una dura lección; el fracaso del asalto dejó dolorosamente clara la tendencia general. No importaba cuánto extendiera sus garras la pobreza, el Estado seguiría defendiendo a los propietarios de las máquinas, no a los hombres que las hacían funcionar. Y era obvio que los luditas no disponían todavía de las armas ni la estrategia necesaria para oponer una resistencia sólida y real a un oponente militarizado y organizado.

Muchos de los luditas resultaron heridos, y los hombres que escaparon se desperdigaron por los campos, dejando el rastro de su derrota por el camino: prendas de ropa enganchadas en los arbustos y oscuras salpicaduras de color rojo.

Salvo los caídos, pocos sintieron tanto la pérdida de Rawfolds como

George Mellor, que había apostado a liderar este movimiento. Se podía seguir la pista de la sangre por todo el trayecto de vuelta hasta Huddersfield, a más de seis kilómetros.

William Cartwright

Abril de 1812

Tras evaluar los daños en Rawfolds, Cartwright anotó en el inventario de desperfectos cincuenta cristales reventados y el destrozo de ocho ventanas con sus marcos. El portón delantero había quedado inservible, sin posibilidad de reparación, pues los martillos y las hachas de los luditas se habían empleado a fondo con él, hasta casi echarlo abajo.

Cartwright fue aclamado como un héroe entre los suyos. Su increíble victoria sobre los luditas había sido decisiva: no solo se había impuesto en el campo de batalla, repeliendo a los asaltantes por primera vez, también había ganado en los tribunales. Dado que las muertes de Sam Hartley y John Booth se consideraron «homicidios justificados»,[272] ni Cartwright ni sus hombres se enfrentarían a consecuencias legales. Más bien al contrario.

Con la aprobación de la pena capital para los actos mecanoclastas, los propietarios fabriles interpretaron el resultado de la escaramuza de Rawfolds como una señal de que la forma de vencer a los luditas era golpear con toda la fuerza posible hasta aplastarlos. Los trabajadores podían ser feroces en sus ataques contra las máquinas, pero jamás habían derramado una gota de sangre. El truco estaba en tratarlos como si esos dos delitos fueran equivalentes. El Estado había enviado al Ejército, y eso estaba bien, pero lo más importante era que había autorizado públicamente la violencia, dándole curso legal y otorgando a los emprendedores el

derecho a defenderse a sangre y fuego.

Mientras la élite de la región vitoreaba a Cartwright, la gente trabajadora del pueblo lo despreciaba más que nunca. Todos sabían que se había negado a que los jóvenes que se desangraban recibieran atención médica mientras intentaba sonsacarles una confesión. Circulaban rumores de que al final había obligado a los luditas a hacer un viaje innecesariamente largo para ver al médico y, peor aún, de que las autoridades habían torturado a los hombres en sus últimas horas. Por todo ello, el jefe de la fábrica se ganó un nuevo mote: «la hiena».

Habían muerto al menos dos hombres, aunque probablemente fueran cuatro, y muchos más habían resultado heridos. Y, una vez más, había quedado meridianamente claro qué tipo de personas acababan en la tumba.

Con todo, Cartwright no tenía ningún interés en ganarse la simpatía de la comunidad. En cuanto pudo, denunció a las autoridades al miliciano que se había negado a disparar a los luditas, y el sábado siguiente cabalgó hasta el pueblo para testificar en el tribunal militar. Cartwright era consciente de lo mucho que lo odiaban, por lo que tomaba todo tipo de precauciones en cuanto ponía un pie en la calle, negándose incluso a comer fuera por miedo a que lo envenenaran.

George Mellor, mientras tanto, estaba furioso con las autoridades por haber enterrado a su amigo John Booth en secreto para impedir una asistencia multitudinaria al funeral. Sus compañeros tuvieron que arrastrarlo hasta el taller de tundido para que no se hiciera daño a sí mismo ni a nadie, ni los delatara con sus acciones. Allí, en la tundiduría de John Wood, George, Thorpe, Thomas Smith y el resto de los presentes comentaron la noticia de que Cartwright iba a acudir al *pub* Plough el fin de semana siguiente para declarar sobre el ataque a la pañería de Rawfolds. Sabían exactamente qué camino iba a tomar. Se echaron a suertes quién iba a esperarlo.

El juicio duró menos de dos horas. Cartwright declaró; el soldado no negó los cargos. El hombre que había rehusado disparar contra sus hermanos recibió su sentencia: trescientos latigazos en la plaza pública por traición. El miliciano se quedó sin respiración cuando leyeron la resolución, pues era una condena a muerte. Hasta Cartwright pidió clemencia, pero el presidente del tribunal no tuvo ninguna.

De vuelta a Rawfolds, en el punto en el que el pueblo empezaba a dar

paso al campo, Cartwright pensó que sería mejor acelerar el paso. Picó espuelas y puso su caballo al galope justo en el momento en el que una bala pasó silbando sobre la grupa de su montura. Se agachó, pegándose al caballo, y cabalgó a toda velocidad. Desde el otro lado del camino zumbó una segunda bala. Cartwright escapó ileso, pero le quedó claro que era un hombre marcado.

Por poco que le importara la opinión de los demás, Cartwright sabía la mala imagen que daría si castigaban al soldado insubordinado al lado de su fábrica e intentó, sin éxito, que fuera en otro sitio. La flagelación pública tenía una obvia intención disuasoria para cualquiera que pudiera dudar de la misión de la Corona de erradicar a los mecanoclastas. Pero aquel acontecimiento también grabaría a fuego en la memoria colectiva el vínculo entre Cartwright y la violencia gratuita contra quienes simpatizaban con los trabajadores. Sus temores estaban bien fundados.

Cientos de lugareños acudieron a presenciar el ajusticiamiento, sumándose a las decenas de soldados que rodeaban la zona: un espectáculo a la vista de todo el mundo.[273]

El miliciano condenado llevaba la camisa rasgada y las manos atadas. Cuando el oficial que iba a actuar de verdugo se adelantó con el látigo, «los espectadores contemplaron las preparaciones con evidente preocupación», según la crónica de Frank Peel. El oficial levantó el látigo:

> Restalló y descendió a gran velocidad cortando el aire hasta la blanca espalda del soldado, en la que apareció una ancha línea roja, tan visible como el temblor de sus músculos.

La tortura había comenzado y solo iría a peor.

> El látigo subía y bajaba una y otra vez; los espectadores se estremecían al ver cómo la piel se iba abriendo a cada golpe, con la sangre goteando lentamente, y pronto la visión resultó nauseabunda. Las mujeres presentes, que eran muchas, apartaron la mirada; ni siquiera los hombres más bravos pudieron contener una expresión de conmiseración hacia el pobre desgraciado que, con el rostro pálido y los labios apretados, sufría aquel horrible tormento.

No había desobedecido las órdenes de un superior del Ejército, sino de un emprendedor. Cartwright tenía muy claro lo fácil que sería establecer

aquella conexión, no solo para la gente del pueblo, sino también para los soldados, que, al fin y al cabo, también eran trabajadores y podían empezar a cuestionarse al servicio de quién ponían sus armas.

Se produjo cierto revuelo entre la gente, y Cartwright, fuertemente escoltado por los guardias, se acercó al oficial. «Muchos se apartaron con hosquedad, dedicándole a aquel hombre severo una mirada intimidante, con el ceño fruncido y entre murmullos de rabia». La opinión mayoritaria era que la hiena había ido a regodearse, y no pocos se sorprendieron cuando pidió al oficial que detuviera el castigo.

El militar lo escucho un momento y ordenó que continuara el suplicio.

> El látigo volvió a silbar, y cada azote parecía arrancar la piel desde los hombros a los riñones. Apenas había recibido veinte; aún restaban doscientos ochenta para completar la sentencia. Estaba claro que el hombre no viviría para recibirlos todos. Los lamentos de las mujeres cobraron fuerza; el amenazante rumor que corría entre los hombres se tornó más violento. El médico examinó al reo y le tomó el pulso. La creciente multitud se acercó para oír su informe, pero el imperturbable funcionario se limitó a regresar a su sitio sin pronunciar palabra, y se dio la señal de proseguir. Cinco latigazos más y la turba llenó el aire de incontrolados gritos de furia.

La imagen era tan brutal y el sufrimiento del hombre tan palpable que Cartwright volvió a acercarse para pedir que dejaran de azotarlo. Si los soldados lo mataban, delante de su fábrica y en su presencia, quién sabe, quizás tuviera que enfrentarse a más asaltantes rabiosos sin nadie dispuesto a defenderlo. El Estado transigió al fin. Cuando lo soltaron, el miliciano simpatizante de la causa estaba «aturdido y casi inconsciente», con la espalda convertida en una masa sanguinolenta,.

Poco después, a Cartwright le informaron de que los trece pares de cizallas que había enviado a afilar al herrero de Huddersfield habían acabado hechos trizas.

Gravener Henson

Abril de 1812

El objetivo del proyecto de ley que Gravener Henson y el Comité de Calceteros estaban preparando para presentar al Parlamento era sencillo: contener los excesos de los propietarios fabriles sin escrúpulos y estabilizar el sector para todos los trabajadores. Sencillo y, en un momento en el que la insurgencia ludita gozaba de una enorme simpatía, también popular.

Si en Yorkshire las incursiones mecanoclastas alcanzaban cotas explosivas, en Nottingham se habían apagado. En la ciudad medieval se había instalado una calma tensa mientras los calceteros organizaban la reforma legislativa. Henson había pasado los últimos meses reuniéndose con representantes de todas las Midlands, redactando el borrador y ultimando la estrategia para llevar la propuesta a Londres. Contaba con el respaldo de medieros, lenceros, tejedores y menestrales de toda la región, y seguía trabajando incansablemente para recabar adhesiones y firmas por cualquier medio.

El resultado fue el proyecto de ley «Para evitar fraudes y abusos en la manufactura de calcetas y en el pago a las personas empleadas en ella», un título que reflejaba a la perfección su contenido. Pretendía prohibir los productos baratos y de mala calidad, como las medias hechas por mitades, que, a su juicio, estaban arruinando la reputación del sector, hundiendo los precios y engañando a los consumidores. Establecía precios mínimos para un amplio abanico de artículos textiles con el fin de garantizar un salario justo a los trabajadores y beneficios a los comerciantes y, además, proscribía la práctica de los patronos de pagar en especie o con artículos que los trabajadores se veían obligados a destinar a la reventa o el trueque.

El 19 de abril, Henson llegó a Leicester, donde escogió muestras de paños para demostrar a los políticos londinenses el fino trabajo del gremio y se reunió con la organización local de tejedores, a los que pidió opiniones y apoyo. Escribió a la sede del comité en el *pub* Sir Isaac Newton de Nottingham informando de los avances. Seguía reuniendo de forma casi obsesiva todas las telas de calidad que caían en sus manos y anotando hasta el más mínimo detalle sobre su confección. También había conseguido miles de firmas en defensa de su proyecto de ley. Su minuciosidad queda clara en la carta que envió aquel día:[274]

> Cuando enviéis el Libro Rojo, mandad también los informes de pruebas que ha recopilado Blackner;[275] tratad de reunir todas las muestras de urdimbres, en bruto y aprestadas; medias de algodón puro y calzas de seda, tanto de gasa como de organza; un par de bombachos del taller de Alliotts y otros de Tutin, y el balance medio de vueltas dobles que habéis calculado. Contad las hiladas de los bastidores de punto canalé alemán que tengáis, y que se haga también el cómputo para las calzas de algodón y de seda. Calculad el tiempo que precisan los bastidores y el precio original, si es posible. Contad los aumentos y las hiladas del canalé de seda en el taller de Woods, en York Street, y pedid a Columbell que haga lo mismo y nos envíe los balances.

Henson y el Comité Unido de Calceteros no eran los únicos trabajadores textiles que buscaban desesperadamente soluciones pacíficas. El 24 de abril, ochenta mil tejedores de algodón de Lancashire firmaron y enviaron una súplica de ayuda al príncipe regente.

«Consideramos nuestro deber ineludible poner en conocimiento de su Real Majestad las crecientes e inéditas penurias que están sufriendo los pobres productores de este distrito antaño floreciente. Sabedores de su benevolencia y de los valores constitucionales liberales que siempre ha enarbolado su Real Majestad, albergamos el convencimiento de que no hará oídos sordos a ningún tipo de padecimiento que aqueje a sus súbditos», escribieron los tejedores.[276] Informaban al regente del «inmenso número» de artesanos que trabajaban por «menos de una cuarta parte de lo que ganaban antes del inicio de la guerra con Francia, mientras lo necesario para el sustento casi ha doblado su precio desde entonces». Reclamaban asistencia directa del Estado o una intervención política, describiéndole una realidad poblada de «semblantes pálidos y cadavéricos,

ropas miserables y andrajosas, casas vacías y muebles empeñados, criaturas famélicas y medio desnudas que lloran pidiendo pan o mendigan lastimosamente de puerta en puerta en busca de caridad».

Henson tenía un enfoque más proactivo. Con su batallón de cifras y ejemplos, demostraría al príncipe regente y a sus ministros lo singular que era la tejeduría inglesa, la funesta situación que estaba viviendo y los daños que podía acarrear. Y, por supuesto, la gran cantidad de personas que respaldaban su iniciativa, pues su petición ya había registrado más de diez mil firmas, incluidas las de un buen puñado de maestros pañeros y comerciantes lenceros. Con su proyecto de ley ya bosquejado y un plan para presionar al Parlamento y propiciar la toma de consideración en la Cámara de los Comunes, Henson dio instrucciones al comité de Nottingham de que distribuyera el texto y reuniera fondos:

> Enviad hojas de suscripción para la campaña de nuestro proyecto de ley al comité de Leicester y pedid que la ciudad recoja las donaciones; remitid las circulares a los caballeros de los condados de Derby y Nottingham, además de copias a los caballeros que he dejado señalados en el libro del comité y una considerable cantidad de circulares a Southwell, Derby, Mansfield y todos los demás pueblos que puedan difundirlas entre la aristocracia rural.

Al día siguiente, Henson pondría rumbo a Londres.

Lady Ludd

Primavera y verano de 1812

La demoledora derrota de la fábrica Rawfolds no hizo sino encolerizar a los luditas. La enorme pérdida que supuso alimentó la rabia de miles de trabajadores precarios de toda Inglaterra. Durante la semana siguiente se desató una intensa actividad: ataques a la maquinaria y a empresarios, incursiones en fábricas y hasta motines del pan.

Solo tres días después del asalto a Rawfolds, se produjo otro levantamiento de carácter distinto en la ciudad algodonera de Stockport, en Lancashire. Allí, los propietarios fabriles habían tomado por costumbre hacer falsas promesas sobre incrementos salariales que acabaron colmando la paciencia de los tejedores. Miles de personas tomaron la calle y dirigieron su ira contra los emprendedores que habían mentido. Llegaron como una turba a la mansión del propietario de la mayor fábrica de la ciudad y rompieron todas las ventanas. A continuación, pasaron a la siguiente. Los cabecillas de los grupos más multitudinarios eran hombres que llevaban ropa de mujer y se hacían llamar «las esposas del general Ludd».

Era un cambio de género radical para la época,[277] pero no era extraño en las guerrillas luditas. De hecho, esta práctica inspiró algunas de las imágenes más recordadas de la rebelión: puede que la ilustración más famosa que se conserva de aquella época sea una que representa a un gigante travestido guiando a sus seguidores a la batalla mientras a lo lejos se quema una fábrica.

El cartel «El cabecilla de los luditas», de mayo de 1812, es una de las escasas ilustraciones contemporáneas que se conservan. Esta imagen satírica y burlona representa a Ned Ludd con un vestido de calicó estampado confeccionado en la región. Condenados a la pobreza por las máquinas textiles a vapor, el general Ludd y su banda de tejedores manuales habían prendido fuego a una fábrica.

La parte del trabajo textil de la que se encargaban tradicionalmente las mujeres —el cardado y el hilado de la lana y el algodón— fue la primera víctima de la automatización, décadas antes de la insurrección ludita. Aquel proceso de mecanización también había generado resistencia, aunque pasara más desapercibida: el inventor de la hiladora Jenny, James Hargreaves, había visto cómo asaltaban su casa ya en la década de 1760, y el mismísimo Richard Arkwright se había topado con tal oposición a sus planes de construir una fábrica en Mánchester que tuvo que trasladarla al este de las Midlands para evitar los continuos ataques. El hilado suponía una parte importante de los ingresos de los hogares, y su automatización fue un duro golpe para la economía familiar. Y no lo habían olvidado.

El que los líderes luditas usaran ropa de mujer en su cruzada contra la mecanización se ha interpretado como un gesto de solidaridad con las hilanderas que habían perdido su medio de vida. Además de servir de disfraz, los atuendos femeninos reflejaban el sentido de esperanza de las protestas, una muestra de que el poder del pueblo era capaz de cuestionar

y desafiar las normas patriarcales. Aunque la tejeduría, la confección de punto y el tundido eran oficios predominantemente masculinos, había mujeres en las filas luditas y también entre sus simpatizantes, donde eran legión. Es improbable que las mujeres participaran en las incursiones nocturnas, pero cuando el movimiento empezó a crecer, encabezaron protestas, organizaron motines para reclamar comida e impulsaron la causa ludita.

El 30 de abril, el propietario de una fábrica de algodón de Mánchester recibió una de las misivas más elocuentes enviadas jamás por los luditas. La firmaba Eliza Ludd y comparaba el levantamiento con la guerra de independencia de Estados Unidos: «Sin duda, estará usted al tanto de la historia política americana. En tal caso, deberá reconocer que fue la tiranía ministerial la que azuzó el glorioso espíritu con el que las colonias británicas conquistaron su autonomía por la fuerza de las armas». La carta lamentaba la pérdida de «ríos de sangre, sí, ¡sangre británica!» e imploraba al emprendedor que detuviera su maquinaria. «Déjeme persuadirlo de abandonar su postura actual, deponer la espada y trabar amistad con los oprimidos; maldito sea el hombre que levante siquiera una caña contra la sagrada causa de la libertad».

De haberlos, no se conocen casos de mujeres que participaran directamente en el destrozo de telares, pero, como indican los historiadores Malcolm Thomis y Jennifer Grimmett, «las mujeres desempeñaron un papel muy destacado durante las algaradas de 1812».[278]

> Encabezaron las protestas en los mercados en Mánchester y Macclesfield, y se cree que las «pobres criaturas desorientadas» que participaron en los motines del pan de Sheffield en agosto lo hicieron de la mano de multitud de mujeres. [Más tarde, durante los motines del pan de Nottingham], una de las divisiones asaltantes llevaba en alzas una silla en la que se sentaba una mujer que daba las órdenes y a la que habían concedido el título de lady Ludd; en una escena similar a la que se produjo en Leeds… Allí, una partida de mujeres y niños dirigidos por lady Ludd tomó las calles, asaltando las tiendas de comida y los molinos harineros.

En Lancashire, las esposas del general Ludd «capitanearon una turba de hombres, mujeres y niños que arrasaron la zona del mercado de Stockport, destrozando los puestos de alimentos y cambiando los precios del pan y las

patatas». Fue un tumulto feroz e implacable: a un propietario fabril que decidió proteger sus telares lo recibieron a golpes y lo echaron de la ciudad.

Otro de sus objetivos fue el destacado pionero tecnológico John Goodair, cuya fábrica, llena de telares a vapor automáticos, ya había sufrido un asalto unas semanas antes. Cuando su esposa vio que empezaba a gestarse una algarada, hizo las maletas y huyó. Goodair, que quizás había intuido de dónde soplaba el viento, ya estaba en Londres. Las esposas del general Ludd y sus hombres irrumpieron en la fábrica, que fue pasto de las llamas.[279]

Insurrección

Ned and B

Abril de 1812

«En todas las puertas está escrito “Venganza por la sangre de los inocentes”», se lee en un informe que un coronel envió a su superior pocos días después de las muertes de Rawfolds.[280] La metrópolis del descontento no se había tomado bien la pérdida de los luditas locales. A la amenazadora pintada que decoraba las puertas de todo Huddersfield, se sumaban pasquines con un mensaje conminatorio: «La sangre inocente reclama venganza. Ahora o nunca».[281]

La conclusión del coronel —«la situación es muy preocupante»— se quedaba corta.

Los luditas asaltaban cada vez más fábricas y destruían cada vez más máquinas, telares y tundidoras.

Cientos de hombres y mujeres armados irrumpían en los almacenes para robar carne y harina (los soldados habían intervenido, arrestando a cuarenta personas, «sobre todo, niñas»). Habían prendido fuego a un granero que guardaba una trilladora automática, habían reducido a cenizas una filatura de Bolton,[282] las máquinas amanecían hechas pedazos.

Las sociedades secretas de trabajadores y las agrupaciones sindicales ilegales se reunían de noche. B, el espía, asistía a muchas de esas asambleas en Lancashire y no dejaba de avisar a Fletcher (quien, a su vez, informaba a Ryder) de que se estaba planeando «una sublevación general» para el primero de mayo y de que había medio millón de hombres preparados para iniciar una revolución.

Los motines del pan asolaban Mánchester, el centro neurálgico de la industrialización, y los pueblos de los alrededores. Tejedores, luditas, grupos de manifestantes, artesanos furiosos y pobres movidos por la desesperación se echaban a la calle e instigaban lo que se dio en conocer como «descuentos por iniciativa propia»: en lugar de robar a los tenderos y los proveedores, las mujeres arremetían contra los mercados pidiendo que los alimentos se vendiesen a un precio justo. Por todas partes, el pueblo allanaba las tiendas cerradas a cal y canto y repartía comida a quien la necesitaba. Un hombre mayor que solía ayudar con la distribución llevaba escrito en el sombrero «General Ludd».

Justo una semana después de la batalla de Rawfolds, la rabia cristalizó en un nuevo objetivo: la fábrica de Daniel Burton en Middleton, a unos ocho kilómetros de Mánchester. El propietario y sus hijos eran conscientes del creciente descontento —y de que su pañería estaba repleta de telares que funcionaban con carbón—, así que, inspirados, según se decía, por la iniciativa de Cartwright, habían armado a cincuenta de sus hombres y les habían enseñado a disparar. Los Burton también estaban preparados para la guerra.[283]

Durante los dos días siguientes, la furia y la angustia de los pobres se enfrentaron al belicismo de los propietarios fabriles, que estaban envalentonados.

Miles de amotinados por el hambre se unieron a los agitadores tejedores, a la gente del pueblo y a los luditas sublevados frente a la fábrica de los Burton.[284] Casi nadie llevaba mosquetes ni pistolas, solo «palos y mazas», aunque alguien disparó una pistola en medio del alboroto. Cuando la multitud avanzó para irrumpir en la tejeduría, los hombres de Burton descargaron una salva intentando amedrentarlos. Cuando se dieron cuenta de que no era munición real, los insurrectos volvieron al ataque.

En medio de la refriega, resonó el grito de Daniel Burton: «Si os atrevéis a asaltar esta fábrica, resistiré con la fuerza de las armas». Según Samuel Bamford, tejedor y escritor reformista que vivía en Lancashire y estuvo presente aquel día, la turba «siguió tirando piedras y haciendo uso de los garrotes».

Burton y sus secuaces abrieron fuego.

Murieron cinco personas; entre ellas, un chico de dieciséis años. Dieciocho más resultaron heridas. Los luditas huyeron, «jurando que quemarían la casa de Burton hasta los cimientos como castigo por lo que consideraron un asesinato a sangre fría».

Al día siguiente, los luditas se reagruparon y reunieron un contingente todavía mayor. Regresaron a Middleton, y esta vez iban pertrechados de pistolas, sables, espadas y horcas.

En lugar de dirigirse directamente a la fábrica, se dividieron en varias facciones. Un grupo puso rumbo a la mansión de los Burton, sabiendo que no habría nadie, y la saquearon. Bamford describe cómo los alborotadores más jóvenes dieron cuenta de «las conservas, relamiendo los frascos» y se comieron el azúcar a puñados. Después de reducir a astillas hasta el último mueble, entraron en escena Clem y Nan, dos de las hijas de un veterano tejedor local.

Una le propuso a la otra acabar el trabajo, así que recogieron unos trapos que había por el suelo, los encendieron con las ascuas de la chimenea y los arrojaron sobre el sofá, que al instante fue presa de las llamas. Al cabo de media hora, «no quedaba en todo el edificio ni una viga ni un tablón que no se hubiera consumido».

Los luditas aplicaron el mismo tratamiento a otros tres prominentes defensores de los Burton: sacaron todo su mobiliario a la calle y le prendieron fuego.

Hasta el general Ludd hizo acto de presencia, según el *Leeds Mercury*: [285]

> Una partida de entre cien y doscientos hombres, algunos provistos de mosquetes con la bayoneta calada y otros con picas de minero, marchó hacia el pueblo en procesión y se unió a la algarada. Los *banditti* armados llevaban en la cabecera un hombre de paja en representación del famoso general Ludd, cuyo portaestandarte ondeaba una especie de bandera roja.

Cuando los sublevados se congregaron ante la fábrica con la intención de acometer un nuevo intento de acabar con la maquinaria, llegaron los soldados de la Corona, el regimiento de dragones de los Reales Grises Escoceses, para unirse a los mercenarios de guardia y dispersar a la multitud.

Fue un baño de sangre. Algunos de los hombres armados se retiraron a posiciones elevadas para abrir fuego contra los militares que custodiaban la fábrica, que devolvieron el ataque sobrepasando rápidamente a los trabajadores. Como relató Bamford, las bajas no tardaron en llegar: «A John Nield, de Oldham, lo atravesó la bala de uno de los grises mientras intentaba escapar; a otro le dispararon y lo dieron por muerto cerca de

Tonge Lane; los soldados acertaron también a una mujer que estaba asomada a la ventana y le destrozaron el brazo».

En aquella carnicería, hubo un asesinato que enfureció a Bamford más que cualquier otro: «Un sargento de la milicia cometió la terrible abominación de disparar contra un anciano». El hombre, que se llamaba Johnson, ni siquiera había estado cerca de los disturbios en todo el día; había pasado la jornada en casa con su familia, esperando a que acabara la violencia, tomando cerveza en la cocina. Al anochecer, todo parecía haberse calmado, así que pensó que la revuelta había terminado y salió a pasear. Se había parado en el camposanto, al lado de la iglesia local, y estaba leyendo la inscripción de una lápida con las manos en los bolsillos cuando un sargento de la milicia privada reparó en él. «Hincó una rodilla, apuntó, disparó y le atravesó el cuello al anciano, que se desplomó en el acto».

La cifra de muertos de aquellos dos días de violencia no está clara; un periódico informó del fallecimiento de doce civiles, otro ampliaba el número de víctimas hasta treinta. Los historiadores lo han descrito como «uno de los episodios de insurrección civil más largos y sangrientos de la historia del Reino Unido».[286]

En vista de la destrucción y la masacre provocadas, los propietarios de la fábrica de paños que había dado pie a lo sucedido publicaron un breve comunicado: «El señor Burton y sus hijos han decidido que sus telares no volverán a ponerse en marcha».

Despidieron a sus cuatrocientos trabajadores y cerraron la tejeduría.

* * *

Todo esto podría haber encajado a la perfección en la imagen de la incipiente revolución que pintaban espías como B: cada vez más adeptos y más temeridad, una creciente violencia y desafíos frontales a la autoridad militar. Sin embargo, los objetivos seguían siendo fábricas llenas de maquinaria automatizada, casas construidas con los beneficios obtenidos a costa de arruinar a los trabajadores o lugares en los que se almacenaba o vendía comida. Incluso en su momento más violento, la rebelión ludita siguió siendo una lucha contra los instrumentos de la desigualdad o una forma de equilibrar la situación.

El 24 de abril, cincuenta luditas armados con picas, sables y garrotes salieron de Mánchester en dirección a una fábrica de Westhoughton que

había cambiado dos mil trabajadores por doscientos telares automatizados. Los guardias de la milicia habían huido por temor a un ataque, y el dueño, que corría a avisar al destacamento militar, se encontró por el camino la marcha ludita.

Los mecanoclastas rompieron las ventanas para entrar y prendieron con antorchas el paño que todavía reposaba en los telares. En pocos minutos, todo el edificio estaba en llamas.

Como Burton y sus hijos, los propietarios de la fábrica textil juzgaron que lo más prudente era abandonar la ciudad.

Por fácil que sea olvidar el rechazo que han suscitado ciertas tecnologías —desde las máquinas textiles a las centrales nucleares o la tecnología moderna de reconocimiento facial—, hay que tener presente que el «no» es, y siempre ha sido, una opción válida, ya sea mediante la negociación política o por la fuerza.

Los telares mecánicos no regresaron a Westhoughton en treinta años.

George Mellor

Abril de 1812

Si fueses George Mellor, un joven tenaz y sediento de justicia al que los demás ven como un líder en la lucha por defender el único futuro que parece estar a vuestro alcance, ¿qué harías?[287]

Has conocido tierras comunales de las que se han apropiado los más ricos. Has presenciado cómo trasladaban a las fábricas multitud de máquinas que presagiaban el fin de tu oficio. Has visto cómo las ponían en funcionamiento en un momento en el que la gente que te encontrabas por la calle sufría y pasaba hambre. Has organizado una poderosa respuesta que da esperanza a los trabajadores pobres, ganándote el respeto de amigos y compañeros que te han seguido a la batalla. Y ahora los ves morir en el barro.

Durante un tiempo, el ejército de Mellor parecía invencible. Un chaval de poco más de veinte años, sobre todo uno impulsivo y con sólidas convicciones morales, no siempre es capaz de calibrar con antelación las consecuencias de sus actos. Ese peso se le había venido encima como una losa. Una reacción de rabia habría sido lógica, pero a Mellor se lo veía deambular meditabundo por Huddersfield, paseando su corpulencia. Lucía en la muñeca «la pezuña del tundidor», ese callo cincelado por un trabajo del que pronto se encargarían las máquinas; llevaba el estigma de la obsolescencia. El último camino de esperanza, por difuso que fuese, había sido borrado del mapa con violencia.

Tras el fracaso de Rawfolds, George cayó en una delirante espiral de duelo y cólera. Según la crónica de Frank Peel, «solo podía pensar en la muerte de su amigo Booth», al que había convencido de unirse a los

luditas. Durante las revueltas que siguieron a la batalla, «parecía haber perdido el equilibrio. Cada día era más evidente su resentimiento contra los patronos que habían adoptado la nueva maquinaria, y ponía todo su ingenio al servicio de febriles planes de destrucción». No podía esconder su profunda desazón.

«Booth ejercía una influencia beneficiosa sobre él, de cierta contención, y ahora estaba muerto», escribió Peel.

> Mellor estaba totalmente absorto en lo que consideraba las injusticias que sufría su clase, y su único tema de conversación con sus compañeros era la forma de vengarlas. Su apariencia externa reflejaba las violentas pasiones que se habían apoderado de su alma. Se había vuelto descuidado y desaliñado, con el rostro marcado por la palidez y la preocupación, los ojos inyectados en sangre y la mirada casi siempre clavada en el suelo.[288]

El mundo fabril se alzaba imponente, y no había forma de pararlo por la fuerza. La vida regida por las tradiciones, las normas y la cultura con la que había crecido se había desvanecido como el humo. En su lugar, se presentaba un futuro de trabajo sin descanso siguiendo los dictados de las máquinas; una tecnología capaz de hacer desaparecer tu oficio, tu fuente de ingresos y tu identidad. La perspectiva de una vida preguntándote qué cambiará el próximo algoritmo y qué tendrás que hacer para cumplir sus deseos.

Un día, George estaba paseando cerca de la fábrica de Horsfall, en Marsden, cuando se encontró con la mujer de un tundidor desempleado. No la conocía, pero la oyó sollozar, con la respiración entrecortada, y fue a ver qué le sucedía. Según el relato de *Ben o' Bill's*, su marido llevaba tanto tiempo sin trabajo que no tenían nada que llevarse a la boca. Y ella acababa de dar a luz a una niña.

La madre estaba en tal estado de desnutrición que no podía amamantar a la pequeña, y aunque habían intentado darle leche de vaca, había sido en vano: la niña había muerto de hambre.[289]

La leyenda ludita cuenta que allí estaba la pequeña recién nacida, envuelta en una manta, todavía agarrada al pecho de su madre, que lloraba desconsolada. Mientras George intentaba calmarla, pasó Horsfall cabalgando de vuelta a casa. Más tarde contaría que no sabía lo que se

apoderó de él, pero George tomó a la niña muerta en sus manos y se colocó en medio del camino de un salto.

Horsfall le ordenó que se apartara, pero él se mantuvo firme.

—Contemple su obra, Horsfall, contemple esa obra de la que está tan satisfecho —le gritó, levantando el diminuto cadáver de la pequeña para que no tuviera más remedio que verlo. El caballo se encabritó y George vio un destello de miedo en los ojos del empresario, que al momento se recompuso y le respondió cruzándole la cara con la fusta.

—Fuera de mi camino —bramó mientras azuzaba a su semental para alejarse—. Te he marcado, George Mellor. Te he marcado y todos sabrán quién eres.

Ned Ludd

Abril de 1812

Se había abierto la veda. Los funcionarios de Huddersfield, con Joseph Radcliffe a la cabeza, habían iniciado una agresiva campaña para encontrar a cualquiera que hubiera participado en el ataque a la fábrica de Cartwright. Los supervivientes de Rawfolds abandonaban la localidad para evitar que los descubrieran. Otros, como Ben Bamforth, estaban fuera de combate, recuperándose de sus heridas. Algunos luditas abandonaron el movimiento por considerarlo condenado al fracaso, demasiado arriesgado o ambas cosas. Los restantes estaban más furiosos y desesperados que nunca.

Radcliffe los buscaba sin descanso. Una de las primeras pistas prometedoras llegó con James Haigh. El magistrado había oído rumores de que Haigh había ido al médico por una herida grave e inexplicable en el hombro. Haigh le contó a Radcliffe que se había caído y se había golpeado con una piedra, pero el magistrado no se lo creyó, lo dejó detenido y lo interrogó. Finalmente, dado que no tenía pruebas, tuvo que soltarlo.[290] La paranoia y la ira campaban a sus anchas; los luditas se sentían amenazados y algunos reaccionaron con la misma brutalidad que sus opresores. A Betty Armstrong, una vecina de la que se decía que había informado sobre los luditas, le dieron una paliza cuando salió de la oficina de Joseph Radcliffe y le fracturaron el cráneo.[291]

Incluso Radcliffe sufrió amenazas de muerte y, como B, estaba convencido de que la situación empeoraría si el Ejército no actuaba con decisión. (En Londres, la respuesta de Richard Ryder seguía siendo la misma, la única que parecía conocer: aumentar el contingente de soldados y ampliar la letanía de delitos castigados con la pena de muerte, que ya

incluían también los «juramentos ilegales», la destrucción de la propiedad y el robo). Radcliffe recibió una carta especialmente intensa que era tanto una predicción de las consecuencias últimas de la automatización como una promesa de represalias:

«Si esta maquinaria sigue esparciendo sufrimiento, es probable que la situación desemboque en una guerra civil, lo que desearía poder evitar», aseguraba.[292] Según el remitente, a no ser que se tomaran de inmediato ciertas medidas, como la derogación de la Ley de Guardia y Vigilancia, se desataría una «gran destrucción» que empezaría por los perseguidores más destacados. La carta advertía de que Atkinson, un importante fabricante de Huddersfield, y William Horsfall tenían «los días contados y pronto les convocará el sumo tribunal y tendrán que responder ante Dios, que juzga a todos los hombres por lo que han hecho por medio del cuerpo. Y Jesús, que sabe lo que ellos piensan, les dirá: "Todo reino dividido internamente acaba en la ruina. No hay casa o ciudad que permanezca, si internamente está dividida"».

Más que una intimidación, era el aviso del advenimiento de una guerra santa: Horsfall y sus máquinas, que automatizaban la desigualdad, estaban sembrando la discordia en el país, partiéndolo en dos y abocando a ambas partes al conflicto. No era un pensamiento descabellado, pues se creía que el apocalíptico «levantamiento total» del que advertían los confidentes iba a producirse en cuestión de días.

En Birmingham, una ciudad cuya rápida industrialización rivalizaría con la de Mánchester, circulaban numerosas octavillas que reflejaban el sentir general. La más reciente apuntaba al príncipe Jorge:

¿Desgraciados, hasta cuándo piensan seguir
moliendo a golpes el rostro de los pobres?
Pero se acerca el día, y agotaré hasta
el último aliento para ayudaros,
tan solo los que lo han sufrido
lo entenderán; acabad con
esas vidas tan miserables
para siempre, no temáis
derrocar al príncipe
y a su basura.
Volad, vuestro
valedor es fuerte.[293]

Derrocar al príncipe y a su basura. Existía la sensación real de que cualquier cosa podía suceder, ya fuera a la maquinaria que estaba transformando la tierra o a sus dueños.

Uno de los militares que presenció el asalto a la fábrica de Burton en Middleton lo expresó sin rodeos: «Si no envían más soldados a la zona, dejarán de ser convenientes para prevenir y serán necesarios para reconquistar».

William Horsfall

28 de abril de 1812

El martes 28 de abril de 1812, el mismo día que su fábrica completó su primer pedido de paño negro, Horsfall emprendió su peregrinación semanal al mercado.[294] Salió de la lonja al caer la tarde, después de cerrar todos sus tratos. En la calle se encontró con multitud de mendigos y tejedores desempleados, pero eso no alteró su buen humor.

En la primera reunión del Comité para la Eliminación de los Disturbios que se celebró tras la derrota ludita en Rawfolds, Horsfall felicitó entusiasmado a Cartwright por haber defendido su fábrica con «decisión y coraje».[295] Además, «expresó con ostensible vehemencia su voluntad de proteger hasta la última de sus máquinas en caso de que fuera necesario».

Su ira no recaía únicamente en los luditas, sino también en muchos de sus iguales, empresarios locales como Jonathan Brook, que tenía una herrería en Longroyd en la que solía fabricar tundidoras. Después de recibir una carta de un tal capitán Trabuco con la advertencia de que, si seguía construyendo ese tipo de máquinas, «Ned Ludd incendiaría su taller y lo reduciría a cenizas», Brook abandonó su empeño y puso un cartel anunciando su decisión. Incluso habló con uno de los tundidores de su calle (quizás con el propio Mellor), quien le aseguró que, si su intención era sincera, «no tendría que hacer nada más».

Cuando Horsfall se enteró de lo sucedido, montó en cólera y se presentó en la forja en la que trabajaba el maestro herrero. Brook le tendió la mano, pero Horsfall le negó el saludo dando un paso atrás: «He oído que no se atreve a hacer más máquinas para aprestar paños. No le daré la mano a un cobarde».

Aquel martes, a eso de las seis menos cuarto, Horsfall paró a tomar algo, según su costumbre, en la taberna Warren, un edificio de piedra de dos plantas a las afueras del pueblo. Después de compartir una ronda con otro empresario textil llamado Eastwood, montó en su caballo y puso rumbo a casa por el camino de Mánchester, una vía principal flanqueada por un muro de mampostería.

No había recorrido ni medio kilómetro cuando, justo delante de él, dos hombres que estaban escondidos en el campo colindante deslizaron el cañón de sus pistolas a través de unas aberturas que habían practicado antes en el muro y, a continuación, hicieron una seña a otros dos que esperaban a veinte metros. Horsfall vio de pronto dos armas que lo apuntaban, pero antes de que pudiera hacer algo más que tirar de las riendas de su montura, abrieron fuego. Le alcanzaron cinco tiros: en ambos muslos, en la ingle y en el estómago.

«¡Me matan!», gritó agonizante. Todavía era de día; un hombre que paseaba por allí y un par de niños que estaban recogiendo boñigas junto al camino acudieron a toda prisa. Eastwood, que estaba dando de beber a su caballo, corrió a su lado. «Buen hombre, me han disparado», balbuceó Horsfall antes de perder la conciencia y caerse del caballo. «La sangre empezó a manar a borbotones de las heridas» y el muslo se le hinchó de forma monstruosa.

Lo llevaron de vuelta al *pub* Warren, donde pasó sus últimas horas consciente, sufriendo un doloroso tormento.

Al día siguiente, todo cambió. Horsfall iba a convertirse en el primer mártir patronal de la Revolución Industrial.

Esto es todo lo que se sabía de los asesinos: después de llevar a cabo su «sanguinaria obra», se fueron andando —*andando*— y recorrieron cientos de metros por el campo antes de acelerar el paso para adentrarse entre los árboles del bosque de Dungeon. Nadie los siguió ni los buscó hasta que llegaron los soldados de la Corona casi una hora después.

Grabado del famoso artista victoriano Hablot Knight Browne, Phiz, que representa el asesinato de William Horsfall.

Daba la sensación de que se conocía su identidad y nadie iba a revelarla. La mayoría sabía que aquellos hombres eran luditas y que Horsfall había prometido «cabalgar entre ríos de sangre ludita que le llegaran a su caballo hasta la panza». Aunque demasiado tarde, había visto los cañones de los mosquetes, y los testigos creían que también había reconocido a los hombres que tenía en frente.

Entre estertores, Horsfall dedicó su último aliento a gritar a sus asesinos: «¿Qué? ¿Todavía no estáis contentos?».

* * *

La siguiente edición del *Leeds Mercury* publicó en portada un titular a página completa que constaba de solo dos palabras: «Asesinato atroz».

El periódico describía a uno de los asesinos como «fuerte, de algo más de metro ochenta; otro era un hombre de baja estatura y rollizo; los dos restantes, de alrededor de metro setenta, eran bastante delgados; todos llevaban chaquetón oscuro de lana gruesa y parecían trabajadores».

Como anticipo al tono que adoptaría la prensa para influir en la

opinión pública, el *Leeds Mercury* aseguró en su editorial:

> Los mecanoclastas, sabiendo que su fábrica estaba demasiado bien defendida y no merecía la pena atacar su propiedad, cometieron un delito contra su persona que cubrirá de amargura cada día que les reste de existencia y que, con toda probabilidad, gracias a la justicia que imparte el Todopoderoso, para quien no existen los secretos, deparará un final ignominioso para quienes tienen las manos manchadas de sangre por el más abyecto de los crímenes.

El periódico también anunciaba una recompensa de dos mil libras para cualquiera que aportara información.

La crónica no mencionaba que, mientras Horsfall se desangraba, acosado por las pesadillas, no pocos vecinos aceptaron de buen grado la responsabilidad de recriminar al moribundo el trato que había dispensado a los pobres.

Una máquina involuntaria

Charles Ball

Década de 1800

Charles Ball estaba cazando tortugas lagarto en la zona profunda de la ciénaga cuando oyó un inquietante tañido que llegaba desde la espesura. [296] Era raro que hubiera alguien más en un sitio tan apartado, así que se agazapó en un charco, con todos los sentidos alerta. El sonido de las «misteriosas campanas» parecía dirigirse directamente hacia él. Se quedó petrificado; estaba a cinco o seis kilómetros de la cabaña de la plantación, demasiado lejos para echar a correr y demasiado lejos para explicar qué hacía allí sin que la respuesta le costara una paliza si lo encontraban.

El repiqueteo no dejaba de acercarse, y la figura que apareció de pronto ante él le aterrorizó todavía más:

> Vi salir de detrás de un gran árbol la silueta imponente de un hombre negro que parecía muerto de hambre, totalmente desnudo, desgreñado y con la mirada desorbitada; llevaba sobre la cabeza una especie de arco que se elevaba unos tres pies por encima del pelo y del que colgaban tres campanillas.

Era un cepo de hierro negro apretado alrededor del cuello, todavía con el candado. Además, llevaba una vara metálica, también negra. Charles se preguntó si lo que estaba viendo era real o era un fantasma, un emisario

del purgatorio, un muerto resucitado enviado de vuelta a la tierra. Mientras lo miraba, «la aparición negra pasó a mi lado, se metió al agua y se arrodilló».

Pensó que era su fin: «Di mi vida por perdida y empecé a rezar en alto para que el cielo me protegiera». Sin embargo, cuando el espectro lo oyó rezar, fue él quien se retiró de un salto, aterrado. El hombre suplicó clemencia, rogándole que no lo devolviera a su amo. Charles respiró aliviado, además de bastante perplejo por haberse asustado tanto sin motivo. «En cuanto a devolverlo a su amo, estaba más dispuesto a pedir ayuda para que me liberaran del mío que a ayudar a nadie a encadenarlo a él de nuevo».

Después de haber pasado sus veintitantos años de vida como esclavo, Charles estaba acostumbrado a considerar cualquier cosa extraña como una amenaza, pues en la mayoría de las ocasiones lo era.

«La rapidez con la que pasamos de una pasión extrema —escribiría más tarde— a otra totalmente opuesta es inconcebible y debemos incluirla en el catálogo de las causas y los efectos desconocidos, a no ser que supongamos que el cuerpo humano es una máquina involuntaria accionada por los objetos que la rodean, que despiertan impulsos distintos y contradictorios». Quizás el antídoto —la vía para depurar los fallos de esta máquina involuntaria— era reconocer la humanidad de nuestros semejantes: «En cuanto oí una voz humana, todos mis miedos se disiparon, como una pavesa que salta de un montón de carbón al rojo vivo y al cabo se desvanece».

Ball tenía cuatro años cuando lo vendieron y lo apartaron de su madre. Creció en una plantación de Maryland con un amo tolerable, hasta que a los doce años lo compró un hombre brutal. Lo cedió a la Armada, volvió a venderlo y de nuevo lo trasladaron. En ese atroz mundo de arenas movedizas, se enamoró de Judah, una mujer esclavizada cuyo dueño vivía cerca, y con el tiempo se casaron y formaron una familia. Una vez a la semana le permitían ir a visitarla a ella y a los niños; ese momento era su refugio, un rayo de esperanza entre la violencia y la injusticia.

Esa esperanza también se la arrebataron. Una mañana, el amo de Charles le dijo que entrara en casa a desayunar; mientras lo hacía, oyó que hablaba en voz baja con un extraño. De repente: «ese hombre se acercó a mí, me cogió del cuello por el grillete y, agitándome con violencia, me dijo que era de su propiedad y que tenía que irme con él a Georgia. Al oír aquellas palabras, pensé en mi mujer y mis hijos y se me partió el corazón

para siempre». Ni siquiera le dieron la posibilidad de despedirse antes de encadenarlo a una cuerda de hombres y mujeres víctimas de la esclavitud que debían marchar de inmediato hacia el sur.

Lo que propició esta partida abrupta y traumática fue el deseo de unos hombres de ganar dinero con una materia prima, la misma que dio lugar a incontables separaciones como la de esta familia por todo el país: el algodón, germen de una floreciente industria internacional.

A pesar de que el levantamiento ludita se produjo en Inglaterra, los obreros de la pañería británica no eran ni mucho menos los únicos que sufrían por el auge de la estructura fabril, las tecnologías automatizadas y el irrefrenable capitalismo industrial. Estos sistemas, estrechamente interconectados, estaban extendiéndose rápidamente por todo el planeta. La incipiente automatización ofrecía a patronos e innovadores sin escrúpulos la posibilidad de sacar partido e imponer su dominio sobre los trabajadores en todos los eslabones de las cadenas de suministro industrial. Generó una inmensa riqueza, una espantosa explotación y atroces consecuencias imprevistas.

Esa horrible confluencia de sucesos históricos, guiada por el racismo y las fuerzas emergentes del capital global, por los dueños de las plantaciones, los tratantes y los barones del algodón de Mánchester, condujo a que sucesivos amos esclavizaran a Charles, la sangre que movía su máquina. Para trabajadores como él, supuso un sufrimiento extremo, un padecimiento llevado al límite. A las élites les brindó un medio para consolidar su poder.

En ningún sitio fue esto más evidente que en el sur de Estados Unidos, donde a la esclavitud se le sumó la automatización para producir la materia prima que las fábricas de Mánchester hilaban y tejían.

Recordemos que, durante siglos, la principal industria británica fue la producción de lana, una red económica en la que participaban miles de tejedores, artesanos, comerciantes, mecánicos y exportadores. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII emergió un nuevo sector: la pañería de algodón. [297] La ventaja fundamental del algodón era que las máquinas procesaban mejor esas fibras que las de la lana, lo que facilitaba la automatización de la producción. Además, se cultivaba a muy bajo precio en varios de los países que pertenecían al imperio colonial británico.

La reducida actividad algodonera inglesa de principios del XVIII se convirtió a finales de siglo en una fuerza casi imparable. Las *jennies*, la hiladora hidráulica y el telar mecánico le brindaron a Inglaterra la

capacidad de transformar el algodón en productos acabados a un ritmo y a una escala sin precedentes. Aunque la lana había preparado el terreno, fue el algodón —importado de Estados Unidos, donde se recogía casi en exclusiva con mano de obra esclavizada— el que desató la Revolución Industrial.

Las máquinas requerían una cantidad tan colosal de materia prima que el algodón no habría resultado rentable de no ser por el joven estadounidense Eli Whitney, quien, en 1793, pocos años antes de que a Charles lo secuestraran, lo encadenaran y lo enviaran al sur, inventó una máquina conocida como desmotadora. Movido por su deseo de hacer fortuna y pagar sus créditos estudiantiles, Whitney dio con la solución al problema que atenazaba los negocios sureños. Las plantaciones de tabaco decaían y la gran promesa era el algodón, pero las plantas que se cultivaban tierra adentro desarrollaban unas semillas verdes pegajosas, y separarlas de las esponjosas fibras blancas que se usaban para la confección del paño era un quebradero de cabeza, el cuello de botella del proceso.

La máquina de Whitney despegaba las semillas de las balas de algodón con solo girar una manivela o azuzar a un caballo, como el joven le explicó a su padre en una carta: «Un hombre y un caballo harán más que cincuenta hombres con las viejas máquinas. Quienes tienen algún conocimiento sobre el asunto opinan que ganaré una fortuna con ella».[298] Su plan era patentar el dispositivo, construir las máquinas y cobrar a los dueños de las plantaciones un porcentaje de los beneficios obtenidos gracias al uso de la desmotadora. Whitney incluso sugirió que su invento acabaría con la esclavitud, ya que los trabajadores no tendrían que ocuparse de la desagradable labor de retirar las semillas a mano.

No fue eso lo que sucedió. Al contrario, la desmotadora fue uno de los pecados originales de la tecnología automatizada y el ejemplo más ignominioso de consecuencias no deseadas en todo el mundo junto a la bomba atómica. Los propietarios de las plantaciones, que no tenían intención de pagar a Whitney por su invento, copiaron la máquina, la modificaron y empezaron a usarla sin reparos.[299] La desmotadora funcionó tan bien que disparó la demanda de mano de obra en la parte previa del proceso, la producción del algodón, sobre todo para la siembra y la recogida. La esclavitud, cuyo futuro era incierto en aquel momento debido al movimiento abolicionista de los estados del norte que estaba impulsando restricciones legales, recibió un balón de oxígeno, una razón de ser económica. La exportación de algodón se convirtió en la mayor

industria de Estados Unidos; acumuló tanto poder y generó tanta riqueza a los propietarios de las plantaciones que contribuyó a mantener la institución de la esclavitud durante setenta años más.

Y eso es lo que Charles vio cómo tomaba forma en los campos y los valles del sur de Estados Unidos cuando lo obligaron a marchar encadenado a principios de siglo. «El tabaco desaparecía de las tierras y su lugar lo ocupaba el algodón como cultivo imperante», observó cuando salieron de Virginia. Los subieron al transbordador que recorría el río Yadkin, y su nuevo amo les anunció que habían llegado. «Pasamos aquella noche en un pueblo llamado Lancaster; nunca olvidaré lo que sentí al caer el sol y verme allí, en el estado de Carolina del Sur, encadenado». (El pueblo se llamaba así por la casa de Lancaster, que también dio nombre al condado de Lancashire, corazón de la industria algodonera inglesa).[300]

Durante el viaje, Charles no había dejado de oír hablar de lo valiosos que eran el algodón y quienes lo recogían. El precio del algodón, según le había dicho un terrateniente a su amo, «no estaba tan alto desde hacía muchos años, y los muchachos y las muchachas de menos de veinte años podrían ser vendidos casi a cualquier precio en estos momentos». Y era así porque incluso la producción en serie automatizada requería manos humanas (igual que hoy). De acuerdo con un reportaje de la BBC basado en fuentes especializadas, «la esclavitud aportó la materia prima para el cambio y la expansión industrial. El crecimiento de la economía atlántica fue fundamental para el aumento de la actividad exportadora, como demuestra, por ejemplo, la venta de paños de algodón manufacturados a África. Se puede considerar ese sistema atlántico como el detonante de la mayor transformación de la historia económica moderna».[301]

El historiador y sociólogo Eric Williams apuntó: «Gran Bretaña pasó de importar algodón por valor de once millones de libras en 1784 a 283 millones en 1832. Gracias a Eli Whitney, el Nuevo Mundo había salido al rescate del Viejo Continente, como volvería a hacer más tarde».[302] Fue un crecimiento exponencial: la desmotadora automática y la mano de obra esclavizada de un lado del Atlántico respondió a la floreciente demanda de las fábricas automatizadas que producían tejidos como churros al otro lado del océano. Los dueños de las plantaciones de Carolina del Sur y los empresarios fabriles de Mánchester amasaron una fortuna a costa del creciente sufrimiento de las personas que manejaban las máquinas, los esclavos o los niños, las mujeres y los obreros no cualificados. Para poder mantener el ritmo de la producción, las jornadas eran cada vez más largas

y los descansos más escasos. Como escribió Williams:

> En 1785, el valor de las exportaciones británicas de manufacturas de algodón fue de poco más de un millón de libras, cifra que ascendió hasta los 31 millones en 1830. La cantidad de paño estampado en Gran Bretaña aumentó desde los 18 millones de metros en 1796 a unos 318 millones en 1830. En cuanto a la mano de obra que empleaba la industria, las trescientas cincuenta mil personas de 1788 se convirtieron en ochocientas mil en 1806. Si en Mánchester y Salford había 66 tejedurías en 1820, en 1832 eran ya 96. El algodón impulsó además un espectacular aumento de la población.

Mientras tanto, estaba provocando una expansión sin igual de la esclavitud. «El primer censo federal de 1790 contabilizó 697.897 esclavos; en 1810, eran 1,2 millones, lo que supone un incremento del 70 por ciento».[303]

Los beneficios se retroalimentaban, igual que las formas de trabajo. El sistema fabril, iniciado en Inglaterra y puesto a prueba en fábricas que operaban con mano de obra infantil y trabajadores sin cualificación, tuvo su réplica en las plantaciones de azúcar de las Indias Orientales y, después, en las plantaciones de algodón norteamericanas. Empleaba el brutal sistema de trabajo esclavo «por cuadrillas», que dividía a las personas esclavizadas en grupos encargados de tareas específicas y secuenciales, como si fuera una cadena de montaje, bajo la supervisión de los capataces. Ball recuerda que, mientras estuvo en los estados algodoneros, llegó a ver «a cuatrocientas o quinientas personas trabajando a la vez en un terreno inmenso». La organización era todavía más despiadada que el terrible «sistema por tareas», ya que este al menos permitía a las personas esclavizadas cierta libertad de movimientos para completar su trabajo. Era tan deshumanizante que la gente, desesperada, intentaba escapar una y otra vez, como el hombre encadenado y cargado de campanas con el que Charles se encontró en el pantano.

Se presentó como Paul y le contó que era del Congo, donde los negreros le habían separado de su esposa, su madre viuda y sus hijos. Había aprendido algo de inglés, aunque lo hablaba a trompicones, y tenía la espalda cubierta de verdugones tan abultados y profundos que habían cicatrizado formando una especie de masa anudada. Paul le dijo que su amo había desarrollado una animadversión irracional por él nada más verlo, que recibía palizas y latigazos casi a diario sin ningún motivo y que

ya no podía soportarlo más. Ya había huido antes a las ciénagas, pero habían vuelto a capturarlo y le habían colocado las campanas del ahorcado.

Charles se ofreció a ayudarlo en todo lo posible y le propuso que se quedara allí escondido, asegurándole que volvería al domingo siguiente con alguna herramienta para abrir los grilletes. Encendió una fogata haciendo saltar chispas del hierro que Paul llevaba alrededor del cuello y cocinó las tortugas y los huevos que había recogido durante el día. Después, se despidió de Paul, le dijo que aguantara y regresó en medio de la oscuridad a la plantación, una de las tantas que se extendían por Carolina del Sur.

* * *

Cuando estaba en Maryland, Charles, al igual que sus amigos y su familia, sentía auténtico pavor al escuchar las palabras «Carolina del Sur». Eran el símbolo de un tipo especial de infierno, incluso en el infernal contexto de la esclavitud. Nada más llegar al sur, sintió que se apoderaba de él ese miedo. En sus memorias, recordó su visión del nuevo sitio al que había ido a parar: «Me había convertido en el esclavo de uno de los terratenientes más ricos de Carolina, que cultivaba algodón, arroz, añil, maíz y patatas, y tenía doscientos sesenta esclavos». En cuanto a la hacienda, «la descripción de una gran plantación de algodón servirá para todas las demás».

Había treinta y ocho cabañas para toda la población esclavizada. Entre diez y doce trabajadores esclavos se encargaban del jardín y de la casa del amo. «A una distancia de unas cien yardas de las cabañas estaba la vivienda del capataz, un pequeño edificio de madera de dos plantas con patio y un huerto. Esa casita era la residencia de un déspota, más tirano y cruel que esos sobre los que leíamos en la Biblia». Más allá del huerto se levantaba un altísimo edificio, que constituía «el rasgo más destacado del paisaje de cualquier gran plantación de algodón». Allí estaban la desmotadora y los cobertizos anexos para guardar el algodón.

La mayoría trabajaba en el campo, como Charles. El capataz conducía a una «tropa de aspecto miserable» hasta las hileras de plantas de algodón. «Entre todos, no sumábamos ni una prenda entera. Más de la mitad de los componentes de la cuadrilla iban totalmente desnudos», ya fueran hombres, mujeres, chicos adolescentes o niñas. El primer día de trabajo, el único que llevaba sombrero era Charles, que todavía conservaba el que le

había hecho su mujer en Maryland, pero se lo quitó para no llamar la atención.

Era un régimen basado en el control, el trabajo mecánico y la vigilancia constante: un sistema fabril embrionario llevado a un atroz extremo de barbarie. En cierto modo, esa imagen infernal del trabajo deshumanizante en una fábrica que tanto temían los tejedores, los luditas y los trabajadores ingleses ya había cobrado vida, en su forma más sádica y cruel, en Estados Unidos. No sería correcto afirmar que ambas circunstancias derivaban de la misma causa fundamental —los trabajadores ingleses no tuvieron que soportar la pesada losa del racismo y el colonialismo—, pero aquellas máquinas automatizadas para generar beneficios, nunca vistas hasta el momento, espolearon tanto el comercio de esclavos africanos como la destrucción de la forma de vida de los tejedores británicos.

En ambos grupos, hubo muchos que presentaron resistencia. Entendían a la perfección la naturaleza de las desigualdades que iban a padecer. No obstante, su sufrimiento no era comparable en modo alguno. Los luditas podían pasar hambre y trabajar hasta la extenuación en unas condiciones opresivas, pero no estaban experimentando la absoluta dominación racista, la subordinación ni las constantes vejaciones físicas a la que se veían sometidas las personas negras esclavizadas, a las que les habían arrebatado por completo la libertad.

Sin embargo, a ambos lados del Atlántico tenían los mismos sueños de igualdad, y también de venganza y rebelión.

Según explica Charles en sus memorias:

> La idea de una revolución que transforme las condiciones de los blancos y los negros es el pilar de la religión de estos últimos, y, de hecho, me parece, como mínimo, bastante natural, cuando no el estricto cumplimiento de los preceptos de la Biblia; en ese libro, mire donde mire, leo que quienes se han apoderado de una parte excesiva de las cosas buenas de este mundo, esos que han vivido con comodidad y lujo a costa de sus semejantes, tendrán que rendir cuentas de sus actos y serán castigados por haber impedido que otros participaran de esas bendiciones de las que ellos siempre disfrutaron.

Ese pasaje recuerda a otro de E. P. Thompson sobre la angustia de los trabajadores ingleses: «La fe en una vida después de la muerte no solo

servía como consuelo para los pobres; aportaba también cierta compensación emocional por los sufrimientos y las desdichas presentes: hacía posible no solo imaginar la "recompensa" de los humildes, sino también disfrutar de la venganza anticipando los tormentos que habrían de sufrir sus opresores».[304]

«El esclavo ve a su amo viviendo en una enorme mansión, desplazándose en una elegante calesa, vestido con ropas caras, y atribuye la posesión de esos bienes a su trabajo; mientras, a él, que es la causa de que el otro disfrute de tantos goces y placeres, lo privan hasta de lo más básico para la vida humana», apostilló Charles.

Como en el caso de los luditas, esas ideas y anhelos no se limitaban al terreno de la imaginación; los trabajadores esclavizados se resistieron a la opresión rompiendo máquinas y desafiando a sus propietarios.[305] Según el historiador Peter Linebaugh: «El cercamiento estadounidense fue la conquista de las tierras de los nativos americanos y sus luditas fueron los esclavos insurrectos. La destrucción de maquinaria agrícola a manos de quienes trabajaban en las plantaciones de Estados Unidos se enmarca en la historia del ludismo, no solo porque también hicieran pedazos las herramientas, sino porque formaban parte de la transformación atlántica de las relaciones trabajo-poder en el sector textil. Cultivaban el algodón que se hilaba y tejía en Lancashire».[306]

Y quienes se levantaron fueron tan inteligentes y agresivos en su campaña mecanoclasta como los luditas. «Los esclavos demostraron su descontento de muy diversas formas —apuntan los historiadores John Hope Franklin y Loren Schweninger—. Muchos desafiaron abiertamente al sistema».[307] Participaban en actos de resistencia «cotidiana» que a menudo

> suponían «delitos» contra la propiedad. Los esclavos tiraban vallas, provocaban averías en el equipo agrícola, rompían herramientas, vandalizaban barcas y carros, estropeaban la ropa y se implicaban en otras formas de sabotaje. Quemaban almacenes, graneros y establos; maltrataban a los caballos, las mulas, las reses y el resto del ganado. Robaban con impunidad: ovejas, cerdos, gallinas, dinero, relojes, comida, licor, tabaco, harina, algodón, añil, maíz y casi cualquier cosa que no estuviera cerrada bajo llave (e, incluso así, a veces encontraban la llave).

Cuando las condiciones llegaban a límites intolerables, muchos se negaban

a trabajar o reclamaban concesiones, amenazaban a los capataces y a sus amos o recurrían a la fuerza: «Hubo enfrentamientos físicos y verbales con frecuencia, en todas las épocas y en todos los sitios».

En enero de 1811, justo antes de las primeras revueltas luditas en Nottingham, se produjo en lo que hoy es Luisiana una de las mayores rebeliones de personas esclavizadas de la historia de Estados Unidos. Cientos de trabajadores esclavos de las plantaciones de azúcar que bordeaban el río Misisipi emprendieron una marcha de dos días hasta Nueva Orleans, la mayoría de ellos armados con hachas y otras herramientas. Sus filas iban creciendo a medida que avanzaban y se desató una insurrección en toda regla. Quemaron cinco plantaciones y mataron a dos hombres blancos que trabajaban en ellas. El estallido se saldó con 95 esclavos heridos, asesinados o ejecutados.

Estos hechos coincidieron en el tiempo con el nacimiento del movimiento mecanoclasta organizado que desencadenó la mayor ocupación en territorio patrio del Ejército inglés. Fue un bárbaro y brutal detonante para el capitalismo industrial. No resulta demasiado sorprendente que la subordinación violenta de los trabajadores a los sistemas de producción en serie y a las primeras cadenas de suministro a gran escala se enfrentara a una ferviente y denodada oposición, ni tampoco que las medidas punitivas no consiguieran disuadir a la resistencia.

* * *

Una semana después, Charles regresó al claro en el que habían acordado encontrarse. No había nadie.

Vio huellas, así como los huesos de las ranas y tortugas que habían comido junto a la hoguera, de la que ya no quedaba ni rastro debido a la lluvia que había caído unos días antes. Mientras buscaba a Paul, temiendo que hubieran vuelto a capturarlo, le llegó un olor putrefacto. Pensó en la posibilidad de que Paul hubiera encontrado y matado alguna ternera para calmar el hambre y que los restos estuvieran descomponiéndose en la ciénaga, lo que explicaría la «nube de cornejas negras» que volaba en círculos sobre la charca. En cualquier caso, Charles decidió dirigirse a ese punto.

Cuando descubrió el origen, se le revolvió el estómago. El cuerpo sin vida de Paul, «desgarrado y mutilado», colgaba de una cuerda hecha con corteza de pacana atada a la rama de un árbol. El hedor era insoportable,

pero Charles consiguió controlarse lo suficiente para comprobar que «no había ninguna duda de quién era, pues lo delataban el cepo de hierro alrededor del cuello y las campanas que seguían colgando del arco». Al parecer, Paul había decidido arrancar la corteza, trepar al árbol, hacer el nudo corredizo y saltar al encuentro de su destino.

El siniestro carrillón había impedido que los animales devoraran el cadáver y lo devolvieran a la naturaleza: «Vi a un cuervo descender hacia él y darle un picotazo en la cara, pero el movimiento hizo tintinear las campanas y el pájaro echó a volar».

PARTE IV

MÁS VALOR QUE EL TRABAJO O EL ORO

El primer ministro

Mayo de 1812

El 9 de mayo, por las calles de Nottingham aparecieron pasquines con la letra de un himno que había circulado esa primavera.[308]

Bien hecho, Ned Ludd, noble es tu guía.
Pon a Perceval en la diana;
pues con muerte castiga su ley impía
dejar una máquina quebrada.
Con destreza, caerá el lencero,
tan malvado como toda su grey.
¡Adelante, valiente compañero!
Solo muerte traerá esta ley.
Bien podrías acabar en la horca
por destrozar un bastidor,
así que, desenfunda, llegó la hora
de hacérselo pagar sin rubor.
Estamos listos para unirnos a filas
cuando escuchemos tu llamada.
Y que libre corra la sangre indigna
de tiranos de toda calaña.
P. D. Quien ose esto desafiar
tendrá el destino de los tiranos,
pues atento y a la escucha
está Ned por todos lados.
Un enemigo de la tiranía.

No es de extrañar que el primer ministro Spencer Perceval fuera blanco de los dardos satíricos populares: la clase trabajadora lo despreciaba, culpaba a su Gobierno de la desenfrenada escalada de la pobreza y lo tenía por una persona cruel e insensible a la realidad. Era digno discípulo de su predecesor, el apóstol del libre mercado William Pitt, y rechazaba cualquier intervención o ayuda a la clase obrera necesitada. Seguía financiando con generosidad la guerra contra Napoleón gracias a los impuestos que cobraba a los británicos, había entregado el Ministerio del Interior al ansia punitiva de Richard Ryder y daba la impresión de no tener el menor interés por el bienestar de la ciudadanía.

«Parece mirar la naturaleza humana desde lo alto de Hampstead Hill»; ahí, en el barrio más rico de Londres, lo situó el clérigo Sydney Smith en una descripción que continuaba así: «y no piensa ni remotamente en nada que quede fuera de su estrecho campo de visión».[309]

Hacía unos meses, en febrero, la misiva firmada por «el trabajador Ned Ludd» había subrayado que «la causa inmediata» de sus acciones radicaba en la carta del príncipe regente a sus aliados *whigs* informándoles de su decisión de mantener a Perceval en el poder. Aquel movimiento arrebató a los luditas toda esperanza de cambio, ya que veían al primer ministro como el responsable «de todas las miserias de nuestro país».

El 11 de mayo, un hombre de aspecto corriente llamado John Bellingham se sentó en un banco en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes, observando a los estadistas que entraban y salían del edificio. Cuando por fin vio al primer ministro, se levantó, se dirigió hacia él y le disparó a bocajarro en el corazón.

«¡Me matan!», gritó Perceval.

Bellingham volvió a sentarse con total tranquilidad en el banco, detrás del ministro caído, con la pistola todavía humeante en el regazo. No opuso ninguna resistencia al arresto y la detención. Perceval murió en minutos, convirtiéndose en el primer y, hasta la fecha, único primer ministro inglés en ser asesinado durante el ejercicio de su cargo.

Bellingham confesaría más tarde que estaba convencido de que el país celebraría el asesinato como un acto de justicia. No iba del todo desencaminado, pues cuando lo sacaron de la Cámara detenido, ya se había congregado una muchedumbre en el exterior y fueron muchos los que le mostraron su apoyo. La gente se arremolinó en torno al carro en el que lo subieron para conducirlo a la cárcel y abrió las puertas, animándolo a escapar.

El parlamentario *sir* Samuel Romilly presenció los hechos: «Entre la muchedumbre, que se había enterado al momento en la calle de tan extraña y súbita catástrofe, y en los alrededores de la Cámara, se oyeron las expresiones más salvajes de júbilo y alegría, así como lamentos por que otros, en especial el fiscal general, no hubieran corrido la misma suerte». [310]

De inmediato se planteó la posibilidad de que el asesinato de Perceval fuera obra de los luditas —hacía solo dos semanas que habían matado a William Horsfall— o respondiera a una conspiración radical jacobina. De repente, aquellas predicciones apocalípticas de principios de mayo sobre un «levantamiento general» se tornaron mucho más creíbles. Lord Granville recibió una carta desde Wolverhampton, una ciudad de las Midlands situada entre Birmingham y Mánchester, que refleja muy bien el ambiente que se respiraba tras el suceso:

> Todas las personas serias y de buena voluntad están horrorizadas, pero, por desgracia, hay elementos de una naturaleza muy distinta que han estado demostrando su regocijo, disparando salvas durante la mayor parte del día y hasta casi medianoche. Bajo su tutela, los niños gritan por doquier: «¡Ahora que el gran hombre del Parlamento está muerto, tendremos una buena hogaza de pan!». Mientras paseaba por la calle, a mis oídos llegaban con angustia afirmaciones intimidatorias, casi amenazas, y tengo motivos fundados para temer que no falta mucho para que se produzcan sucesos de mayor gravedad, pues las clases bajas parecen estar más que preparadas para ello.[311]

El historiador Frank Peel apuntó lo siguiente:

> Cuando dispararon a Perceval, todavía no se había hallado ninguna pista que permitiera identificar a las personas que participaron en la batalla de Rawfolds ni en el asesinato de Crossland Moor; la primera respuesta lógica, por tanto, fue concluir que el tiroteo del vestíbulo de la Cámara de los Comunes formaba parte de las tácticas de los conspiradores luditas. Entre las élites cundió de forma generalizada la alarma y el temor por cómo evolucionaría la situación y por quién sería el siguiente en caer en manos de los asesinos.[312]

Puede que el espanto se hubiera apoderado de la clase alta, pero buena

parte de la ciudadanía festejó la muerte del primer ministro. En Nottingham, por ejemplo, «se formó una multitud que desfiló por las calles con una banda de música durante dos horas para deleite del público».[313]

Sin embargo, el asesinato no había sido un acto revolucionario. Bellingham declaró que había obrado movido por un resquemor personal contra la falta de disposición del Gobierno a ayudarlo a conseguir una compensación por un encarcelamiento injusto durante un viaje de negocios. Es imposible saber si el descontento general —las circunstancias que inspiraron las peticiones de los luditas de apartar a Perceval del poder, las amenazas públicas de muerte y otras acciones— influyó en su decisión de pasar a la acción.

De hecho, varios magistrados y funcionarios —como el coronel Ralph Fletcher, que tenía a sueldo al espía B— se negaron a creer que los actos de Bellingham no estuvieran relacionados de algún modo con la inminente rebelión.

Fletcher lo dejó claro en una carta en la que exponía que, a diferencia de «la turba» que celebraba las noticias: «los leales al Gobierno no debemos transigir con lo que dice la prensa, a saber, que tras el execrable acto de Bellingham no se esconde ninguna motivación política. En vista de lo que aquí sabemos por los discursos de los desafectos y por la información secreta recabada, que invitaba a pensar en una sublevación a principios de mayo, no podemos sino albergar la opinión de que los motivos de Bellingham eran revolucionarios».[314]

No tardó en celebrarse el juicio, en el que el acusado expuso un relato bastante extravagante, pero coherente, de las razones que lo habían llevado a asesinar al primer ministro. Explicó que, estando de viaje de negocios en Rusia, otro comerciante lo acusó en falso de adeudarle una enorme cantidad de dinero. A Bellingham lo metieron en una cárcel rusa, donde languideció durante cinco años, arruinado y furioso, sin que el embajador británico moviera un dedo. Dicho de otro modo, aunque el asesinato del jefe del Estado no tenía ninguna justificación, el sentimiento de agravio sí tenía fundamento.

Bellingham declaró que había perdido la cabeza,[315] no mostró ningún remordimiento y relató con tranquilidad todos los pasos que había dado para conseguir una compensación, inclusive el envío al Ministerio del Interior de múltiples cartas dirigidas Richard Ryder,[316] que las ignoró todas.

Cabe reseñar que presentó su causa como una lección sobre la

importancia de la acción gubernamental, proclamando: «se me negó esa justicia y era obligación del Gobierno proporcionármela, no como un favor, sino por derecho. [...] Confío en que esta catástrofe fatal sea un aviso para el resto de ministros».[317] No era precisamente una estrategia jurídica ganadora, pero Bellingham persistió: «Si me hubieran escuchado, este tribunal no estaría juzgando este asunto, pero la obstinada negativa del señor Perceval a dar curso a mi queja en el Paramento me llevó a la desesperación, unos sentimientos angustiosos que me impelieron a ese último recurso que por desgracia adopté».

Su acto dejaba entrever el descontento de la época, pero sus circunstancias eran radicalmente distintas: sentía que le habían arrebatado todas las opciones, «despojado de toda esperanza de reparación», como él mismo declaró, y por ello recurrió a una medida extrema.

Puede que uno de los últimos cometidos oficiales de Perceval fuera decantar la elección de los jueces de otro caso —el de las sublevaciones luditas de Stockport y Mánchester, en las que la clase trabajadora se sentía (con más motivos) despojada de toda esperanza de reparación— para asegurarse de que los acusados recibían su castigo.

De acuerdo con los historiadores John y Barbara Hammond, «los juicios por los delitos de Lancashire se celebraron ante una Comisión Especial entre finales de mayo y principios de junio de 1812. El tribunal lo compusieron el barón Thomson y el juez Le Blanc. Es posible que su designación fuera una de las últimas cosas que hizo Perceval antes de su asesinato».[318] Perceval había escrito a Ryder para informarle de que, si la instrucción se lo permitía, se encargaría de seleccionar a los jueces; su obvia intención era que el tribunal no simpatizara con los luditas ni los tratara con indulgencia.

A pesar del insulso testimonio de Bellingham y de su poco revolucionario objetivo, para muchos se convirtió en un héroe del pueblo.[319] Se organizó una colecta para su familia que, según se dice, recaudó diez veces más fondos de los que habrían podido conseguir de cualquier otro modo.

Había quien sostenía que la muerte del primer ministro brindaba uno de los momentos más propicios que había conocido Inglaterra para una revolución popular a gran escala, como señaló el historiador neoludita Kirkpatrick Sale: «Si iba a producirse un levantamiento en Gran Bretaña, no habría ocasión como aquella».[320]

Las cartas seguían llegando. Ryder recibió una al día siguiente en la

que le advertían sobre sus intentos de incluir los juramentos secretos en la lista de delitos castigados con la pena de muerte: «Cada enmienda que haga en las leyes de destrucción de telares solo servirá para acortar sus días». [321] También le encomendaban hacer los preparativos para «irse al infierno y hacer allí de secretario de Perceval». La misiva insistía en que se estaba formando un gran ejército que aniquilaría «a todos los odiosos de las dos Cámaras», ya que habían provocado enormes sufrimientos y destruido el país. Por eso: «ahora es su turno, van a caer. El remedio es la destrucción total sin detección. Prepárese para la partida y recomiende a sus amigos que hagan lo mismo». La firmaban «los luditas».

A Bellingham no le permitieron presentar ninguna prueba de su locura; el jurado deliberó durante apenas quince minutos antes de emitir el veredicto de culpabilidad y condenarlo a morir en la horca en una semana.

Lord Byron

Mayo de 1812

Lord Byron reservó un lugar privilegiado para ver la ejecución. Intrigado por el trascendental acontecimiento, buscó un apartamento cerca de la cárcel de Newgate, donde tendría lugar el ahorcamiento de Bellingham ante un público embelesado.

Byron había viajado a Londres con dos viejos amigos del colegio, John Madocks y Bailey, pero cuando llegaron, a las tres de la madrugada, encontraron cerrada la residencia que habían alquilado. Mientras Madocks buscaba la forma de entrar, Byron y Bailey se dedicaron a pasear por la calle cogidos del brazo. En su deambular, vieron a una mujer sin hogar recostada en una escalera.

El poeta se acercó para darle unos chelines, pero, como relataría más tarde su amigo en una carta, «en lugar de aceptarlos, ella le retiró la mano con violencia, se levantó entre risotadas y empezó a imitar su cojera. Él no pronunció una palabra, pero pude sentir cómo le temblaba el brazo mientras nos alejábamos».

Byron, cuya fama crecía día a día y que se consideraba defensor de los pobres, quedó conmocionado ante aquel desprecio.

Al día siguiente, Bellingham fue colgado ante una plaza atestada de gente. Allí estaban también los soldados de la Corona haciendo guardia, pues se rumoreaba que podrían aparecer los integrantes del movimiento «Rescatar a Bellingham» que habían organizado sus simpatizantes.[322] Justo antes de las ocho de la mañana, condujeron a Bellingham al cadalso, le vendaron los ojos y le pusieron la soga al cuello. La trampilla se abrió cuando el reloj marcó las ocho. Horas más tarde, cuando descolgaron el

cuerpo y los médicos procedieron a la disección, descubrieron que su corazón todavía latía débilmente.

Byron presenció la ejecución desde su habitación: «El lunes, después de una noche en vela, vi cómo ataban a Bellingham para su salto a la eternidad y, a las tres de la tarde, cómo se desataba el caos en el país».

Aprovechó su estancia en Londres para ir a un baile al que también asistió el príncipe regente, quien expresó su deseo de conocer a la joven celebridad.[323] (Casi podríamos asegurar que el príncipe Jorge no sabía que Byron se había burlado de él con el poema anónimo «A una dama que rompió a llorar» publicado pocas semanas antes en un importante periódico londinense).

Byron describió el encuentro con el príncipe en una carta dirigida a sir Walter Scott, que todavía era, aunque por poco tiempo, el poeta más eminente de la nación:

> Ordenó que nos presentaran en el baile; tras prodigarme varias lisonjas especialmente halagadoras por venir de tan regia boca, me habló de usted y su inmortalidad: sin duda lo prefiere a usted a cualquier otro bardo pasado o presente. Su gusto y su forma de hablar revelan su gran capacidad y sus exquisitas facultades, que hasta ahora tenía por una mera cuestión de modales, sin duda superiores a los de cualquier otro caballero.[324]

El príncipe lo invitó a asistir a un *levee*, una reunión formal en la que la realeza socializa con el público, pero Byron no llegó a acudir. «Ya había saciado suficientemente mi curiosidad —escribió el poeta— y, dado que mi credo político era tan malévolo como mis versos, nada podía hallar allí». Aunque, a decir verdad, el príncipe y el poeta tenían varios puntos en común. Ambos acumulaban escándalos provocados por su carácter mujeriego, que aunaba infidelidades y costumbres depredadoras, y ambos se deleitaban en su fama literaria. Parece que el encuentro con el príncipe despertó una fascinación real en Byron. La facilidad con la que se movía en las altas esferas de la sociedad y el placer con el que recibió los halagos del regente recuerdan la distancia entre Byron y la auténtica solidaridad con las personas a las que decía defender.

Quizás las ideas políticas del poeta transmitían cierta «malevolencia» —simpatizaban con los desheredados románticos en lugar de con el Estado —, pero su actitud se ajustaba lo suficiente al estrato social en el que se

movía como para garantizarle un cómodo acceso a ese círculo. En parte, lo que pretendía era desconcertar, sorprender, forjar su propia leyenda. Era un personaje famoso encantado de plantar cara al poder en público, pero incapaz de hacerlo en privado, cuando le miraba a los ojos. Eso dice mucho de las distancias que marca el poder, de la naturaleza performativa de la política liberal, y explica el motivo por el que es tan difícil cerrar esas brechas: incluso el defensor público más célebre, popular y estridente de los luditas anhelaba en privado las alabanzas del mismo príncipe que había autorizado su destrucción.

En descargo de Byron, hay que reconocer que no fue la última vez que publicó diatribas contra el príncipe regente y sus políticas. Y cuando volvió a hacerlo, fue abiertamente.

El capitán
Francis Raynes

Mayo de 1812

El capitán Francis Raynes, de 35 años, estaba de permiso cuando le llegó la noticia de que el Ejército británico se estaba movilizando para sofocar los «disturbios», la sublevación ludita en el norte del país.[325] El ministro del Interior, Richard Ryder, había decidido apostarlo todo a la estrategia de la represión y la ocupación militar. Durante el infausto discurso que pronunció ante el Parlamento para forzar la aprobación de la Ley de Bastidores, Ryder informó de que las tropas enviadas a Nottingham y las Midlands constituían el mayor contingente destacado jamás en suelo británico. Y no era nada comparado con la fuerza que se iba a desatar ahora: la influencia del general Ludd había llegado demasiado lejos.

Como Raynes escribiría más tarde:

> Durante los primeros compases de esta insurrección, se creyó que las autoridades civiles se bastarían para controlarla con la ayuda de las milicias locales y los cuerpos montados de reservistas; sin embargo, cuando arreciaron las algaradas, la asamblea legislativa, después de aprobar varias leyes para instaurar una política acorde al antiguo principio de guardia y vigilancia y para castigar la destrucción de maquinaria con la pena de muerte, decidió desplazar a las zonas de conflicto una gran fuerza militar con caballería, infantería y artillería bajo el mando del honorable teniente general T. Maitland [y] su segundo, el mayor general Acland.[326]

Maitland, un respetado y excéntrico estratega militar, tomó a sus órdenes a siete mil soldados, mil cuatrocientos de ellos montados. También controlaría a los cuatro mil hombres de los batallones destacados en las Midlands y a los mil ochocientos acantonados en el West Riding.[327] Según el historiador Robert Reid:

> Muchos generales habían iniciado importantes campañas en suelo extranjero con menos efectivos, y el contingente con el que Wellington se embarcó rumbo a la península ibérica en 1808 era muy inferior. Para entender la magnitud de estos datos, reflejo de la profunda y reciente preocupación del Gobierno británico y de sus nuevas políticas, es necesario interpretarlos en el contexto del discurso de Richard Ryder a la Cámara de los Comunes tres meses antes. En ese momento, el ministro de Interior describió el destacamento de tres mil soldados regulares enviado a las Midlands como el mayor empleado en toda la historia para sofocar una revuelta local. Ahora Maitland iba a comandar un ejército que cuadriplicaba con creces ese número. Y ni siquiera esas cifras ofrecen una idea real de la inmensa fuerza armada que tenía a su disposición. En las reuniones que convocó en Yorkshire, pudo comprobar que contaba con doce mil hombres adicionales de las milicias locales, a los que se sumaban otros tantos de Lancashire y Cheshire.

En total, Maitland estaba al mando de unos 35.000 soldados.

El primer movimiento del general fue trasladar una tropa que se medía por miles a Mánchester, donde las revueltas habían sido intensas, como demostración de fuerza. Hizo marchar a los soldados armados, un destacamento de cohetería y la artillería montada directamente hacia el centro vital de la industrialización como si se tratara de una capital extranjera hostil. Disponía de suficientes tropas para repetir esa maniobra en el resto de los núcleos disidentes.

Raynes estaba de permiso debido a unas fiebres que lo habían debilitado demasiado para luchar en tierras extrañas contra Napoleón. No obstante, como otros soldados y oficiales que se encontraban en Inglaterra cuando se fraguó la campaña contra los luditas, se apresuró a enrolarse. Raynes era un hombre impetuoso y dejó a su esposa y a su familia para unirse a Maitland, quien pronto le puso a cargo de dos compañías. En sus memorias, describió los apuros que pasaban los soldados y milicianos y lo poco que intimidaba a los luditas la ocupación ordenada por la Corona:

> Los luditas habían desarrollado un sistema de organización militar: celebraban sus reuniones en campos y páramos para hacer maniobras y apostaban centinelas para dar la alarma si los descubrían. Para dar las señales usaban sus armas y, en no pocas ocasiones, cohetes y bengalas. Pasaban lista con regularidad, mas no mencionaban nombres, sino que cada hombre respondía con el número que tenía asignado. Un domingo, durante el servicio religioso, los vieron formar en los alrededores de Ashton-under-Line como un auténtico batallón: en resumen, su grado de sintonía y organización era tan extraordinario que solo sería posible neutralizarlos o reprimirlos recurriendo a medidas firmes.

Por buenas que fueran la organización y las tácticas de los luditas, por difícil que fuera intimidarlos, la fuerza que estaba desplegando la Corona era enorme. En ese momento, la población total de Nottingham rondaba las 35.000 personas.[328] Un ejército de esas dimensiones, marcado por el inconfundible rojo imperial de los uniformes y pertrechado de las armas más sofisticadas del momento, marchando entre los civiles, enviaba un mensaje bastante claro a quienes vivían allí.

Según Reid: «El propósito de este colosal destacamento de más de 35.000 hombres era, en opinión de Maitland, evidente: subyugar todo el norte de Inglaterra».[329]

B

Mayo de 1812

Más delegaciones de Irlanda; más promesas de miles de personas preparadas para la sublevación; más noticias alarmantes de Huddersfield. En Mánchester, caos.

B escribió al coronel Fletcher para informarle de que se había reunido con un delegado llamado Taylor, de Staffordshire, al oeste de Nottingham. Allí habían prestado juramento siete mil hombres, que disponían de 2.300 pistolas y espadas, además de picas. También había noticias de los delegados irlandeses que hablaban de cientos de miles a punto de levantarse. En esencia, la misma historia que B llevaba contando al magistrado —y el magistrado al Ministerio del Interior— durante meses. [330]

Sin embargo, había un soniquete nuevo: en el último informe, casi parecía sobrecogido por el poder de la facción ludita de Yorkshire. B había descubierto por un hombre de Huddersfield el juramento que estaban prestando todos los tundidores locales; era una fórmula similar a la que ya conocían, pero con ciertas diferencias: «Se comprometen a ayudar y contribuir hasta donde les alcancen las fuerzas a destruir toda la maquinaria que pueda ser o considerarse perjudicial para ellos, además de a guardar el secreto a costa de su vida».

El espía añadía una advertencia más sobre los tundidores de Huddersfield: «en estos momentos, es imposible detenerlos».

Como siempre, es difícil saber si B contaba la verdad o estaba adornando su historia y, si era así, cuánto añadía de su cosecha; tampoco sabemos si los delegados que asistían a las asambleas exageraban sus

afirmaciones o si realmente había decenas de miles de hombres a la espera de un elemento de unión. No hay certeza de que la insurrección nacional fuera inminente, pero, sin duda, era posible.

Los militares ocupaban ya todos los espacios en los que se estaba construyendo el frente de la Revolución Industrial. En esas zonas, cada fábrica que seguía adelante con la producción automatizada, explotando a la mano de obra o amenazando con crear un futuro en el que los obreros no tuvieran nada que decir sobre las condiciones de trabajo, era un posible foco de rebelión y conflicto.

Los luditas habían prendido la mecha: su campaña contra la opresión tecnológica había desencadenado motines del pan, protestas y agitación social. Si alguna vez estuvo claro que la causa ludita no se basaba en un miedo injustificado, fue entonces. La clase trabajadora pudo asomarse al futuro que apoyaba el Estado y solo atisbó campamentos militares alrededor de fábricas automatizadas que empleaban a niños, niñas y personas sin cualificación.

Fue precisamente porque los hombres y las mujeres trabajadoras entendieron a las claras el origen de su explotación y el rumbo que tomaba el país —hacia un mundo de servilismo a los empresarios fabriles, con menos libertad y menos capacidad de decisión sobre su vida—, por lo que el rey Ludd lo combatió con tanta fuerza.

Además de lucrativo, ser espía en tiempos tan convulsos era peligroso. Corrió el rumor de que el 9 de mayo los luditas de Mánchester habían descubierto a un confidente y que, después de negarse a cambiar de bando, lo ahogaron.[331]

B sin duda estaba asustado, y no solo temía por su seguridad física. Las mujeres y los hombres entre los que se había infiltrado podían estar desesperados, sí, pero también estaban abriendo un espacio en medio del caos en el que parecía posible un cambio, incluso uno radical. Desbordaban ira, angustia y excitación, todo ello dirigido contra una élite relativamente reducida. Y resulta que B formaba parte de ese selecto grupo.

Se llamaba John Bent y era tratante de sobrantes de pañería en Mánchester.

Allá donde iba, Bent encontraba indicios de la inminente revuelta. En la siguiente asamblea, contó 37 delegados procedentes de toda la región. Los tejedores llamaban a una huelga general que empezaría en junio. Se decía que los luditas habían conseguido poner de su lado a los soldados locales y que el Comité de Guardia y Vigilancia del distrito había tenido

que advertir a sus tropas de no confraternizar con los vecinos. Circulaban planes para incautar y almacenar armas.

A pesar de no ser un artesano, Bent gozaba de suficiente confianza entre los hombres con los que hacía negocios como para que le permitieran entrar en sus círculos, en sus comités secretos y en las reuniones luditas. Sin embargo, no había ninguna garantía de que esa confianza durara para siempre.

George Mellor

Mayo de 1812

«El juez Radcliffe no descansaba —aseguró Ben Bamforth en *Ben o' Bill's*—. Cualquier habladuría que llegara a sus oídos era suficiente para justificar un arresto, y nadie sabía cuándo le tocaría el turno de presentarse en Milnsbridge House y pasar un mal rato en la sala de los sudores».

Sus engranajes funcionaban a toda máquina. Si sospechaba de alguien, lo encerraba en un cuarto de su mansión que había convertido en celda de detención, a veces durante días, en unas condiciones que empeoraban a marchas forzadas. Uno de esos sospechosos era James Haigh: Radcliffe estaba seguro de que su herida no era consecuencia de una caída, como él aseguraba, sino de un tiro de mosquete en Rawfolds, y ya lo había enviado a la prisión de York a la espera de juicio.

El magistrado había hecho uso de la Ley de Guardia y Vigilancia con fervor, ordenando a sus reclutas investigar y capturar a cualquier presunto ludita de la localidad. Como explica Frank Peel, «se formó un potente cuerpo de policía. Vigilaban tan de cerca [a los posibles luditas] que empezó a ser peligroso reunirse como antes».[332]

La recompensa por aportar información que condujera a encontrar al asesino de Horsfall multiplicaba por cuarenta el salario anual de un tundidor, pero seguía sin aparecer nadie.[333] Radcliffe tenía que actuar por iniciativa propia, arrastrando a sospechosos, testigos, viandantes y cualquier otra persona que pudiera tener alguna relación con el crimen a su prisión privada de Milnsbridge, reteniéndolos durante horas o días. Ben lo relataba así: «No sé qué derecho tenía el juez Radcliffe a hacer esos interrogatorios. Seguramente, ninguno; pero ¿cómo iban a saberlo los

pobres analfabetos del pueblo, que estaban aterrorizados? Y, si alguno lo sabía, ¿de qué le habría servido?».

La investigación de Radcliffe era agresiva y, casi con total certeza, ilegal. Aunque no se precisaban pruebas o causas probables para llevar a un sospechoso ante un magistrado, sí eran necesarias para mantenerlo detenido. Cuando las cartas luditas se referían a la opresión inherente a esas tácticas, eso era lo que querían decir y eso era lo que temían. Su hogar se había convertido en un Estado policial absurdo en el que, por obra y gracia de la Ley de Guardia y Vigilancia, los trabajadores y las trabajadoras, muchos de ellos luditas, se veían obligados a participar en milicias y redadas contra los suyos.

Milnsbridge pasó a ser la cárcel y el centro de interrogatorios local; recluían allí a los sospechosos, los soltaban y volvían a apresarlos.[334] Semanas después de la batalla de Rawfolds y el asesinato de Horsfall, Radcliffe apenas había avanzado.

Los fabricantes y propietarios fabriles vivían como si sobre ellos también pesara la amenaza de asesinato, y en algunos casos es posible que fuera así. A los herreros Enoch y James Taylor, los hermanos que forjaban tanto las tundidoras de las fábricas locales como los martillos que los luditas usaban para destruirlas, «se los consideraba marcados». Transformaron su taller en una base armada: «la fortificaron para resistir un asedio y contaban con soldados que hacían noche dentro de la manufactura».

Los herederos de Horsfall, por su parte, sacaron las tundidoras automáticas de Ottiwells, sabiendo que el emprendedor se habría revuelto en su tumba.[335]

Mientras tanto, la vida en las granjas y los pequeños talleres domésticos de los tejedores había llegado a un nivel de miseria nunca visto. Las colectas que los luditas organizaban para ayudar a los más pobres a menudo no bastaban.

Tras el asesinato de Horsfall, Ben pasó semanas sin ver a su primo George. Después de que le dispararan, George lo ayudó a llegar a casa, donde tuvo que esconderse, fingiendo estar enfermo para no despertar las sospechas de Radcliffe y los investigadores. Ben seguía en casa, recuperándose todavía de su herida, cuando por fin apareció su primo.

Parecía no haber dormido nada durante todo ese tiempo. Tenía las manos sucias y cubiertas de sangre seca, como si se las hubiera dejado en carne viva alguna mata llena de espinas. En ese momento, Ben supo quién

lo había planeado todo para apretar el gatillo. George se plantó en la cocina en dos pasos y levantó la mano sin mucho ánimo. Al ver que Ben no respondía con el mismo gesto, se dejó caer en una silla y empezó a sollozar.

Después de la derrota de Rawfolds, George se había roto. Desesperado, juró venganza. Según la crónica de Peel, el 28 de abril, «empleó un tono de extrema violencia al hablar con sus compañeros» y siguió «poblando sus conversaciones de invectivas», sobre todo con su amigo Thomas Smith, con quien le tocaba trabajar ese día.

Allí, en el taller de John Wood, su exaltación fue en aumento. Alguien mencionó la última andanada de burlas de Horsfall sobre los luditas y no pudo soportarlo; empezó a dar vueltas como un animal enjaulado, profiriendo amenazas y reniegos. «Dio rienda suelta a todas las perniciosas pasiones que había reprimido y rugió con furia. Al cabo empezó a calmarse y se hundió poco a poco en un humor sombrío».

Habían perdido a Hartley y a Dean, y habían perdido a Booth, aquel amigo idealista que, animado por George, se había unido a su causa por solidaridad con la convicción de que era posible hacer un mundo mejor. Habían oído violentas proclamas contra los luditas en Middleton, Mánchester y Stockport. Las milicias estaban abriendo fuego contra los manifestantes; los militares marchaban por las grandes ciudades al norte de Londres.

—Tenemos que dejar de destrozar perchadoras, no sirve para nada —aseguró George, adoptando un tono que recordaba al del delegado de Nottingham al que se había enfrentado solo unas semanas antes en la asamblea—. Ahora solo nos queda un camino. Ya lo he hablado con Smith. Vamos a matar a Horsfall hoy, y queremos que tú, Thorpe, y tú, Walker, nos ayudéis. Si dos no pudieron alcanzar a Cartwright el otro día, veamos si cuatro pueden hoy con Horsfall.[336]

Aunque no fue una sorpresa para ninguno de los presentes, seguía siendo un acto brutal difícil de digerir para unos jóvenes de poco más de veinte años.

—Yo seré uno de ellos, George —respondió Thorpe.

Smith ya estaba decidido, y juntos no tardaron en convencer a Ben Walker.

Otro ludita les facilitó las armas y George se llevó la suya, una pistola rusa que había conseguido en sus viajes por el extranjero en su época militar. Los cuatro salieron a cumplir su objetivo, y el resto era conocido, en mayor o menor medida, por todos en Huddersfield. Tras el asesinato de

Horsfall, se separaron, escondieron las armas, hicieron que todos los que estaban en el taller cuando trazaron el plan juraran guardar secreto y volvieron a trabajar para asegurarse una coartada. Ahora, con las incansables pesquisas de Radcliffe, el aumento de la presencia militar en la región y la muerte y la derrota que ya habían sufrido, los jóvenes luditas eran presa del dolor, la ira, la culpa y la desesperanza.

George parecía un fantasma sentado en aquella silla en la cocina de Ben. Estaba pálido, con los ojos hundidos, y tenía «una mirada atormentada, esquiva; cuando te miraba, lo que sucedía en raras ocasiones, daba la impresión de querer hacer una pregunta temiendo la respuesta». [337] Al final dio el paso.

—¿Ya lo sabes todo, Ben?

—Todo lo que temía, George.

—¿Y vas a apartarte de mí?

—Voy a apartarme.

George se puso en pie movido por un fugaz arrebato de ira; por un momento, le volvió el color a la cara. Empezó su diatriba contra «los opresores de los pobres», gritando que él había «asestado el golpe que otros no se atrevían a dar», pero a Ben le pareció que iba perdiendo la fe con cada palabra pronunciada. George arremetió entonces contra su primo por abandonar el movimiento ludita, amenazándole por romper su juramento, aunque hasta él sabía que no era más que una fanfarronada. Estaba totalmente hundido.

Suspiró, inquieto y derrotado.

—He pasado toda la noche deambulando por los campos y los caminos, y cien veces he puesto la vista más allá de las colinas con la intención de dejar atrás este maldito país.

Pero ¿adónde iría? Estaba unido a la tierra, a su comunidad y a su oficio, lo vinculaban las generaciones que lo precedieron, la tradición y la sangre. Era su hogar, por más que hubieran cercado los pastos, que sus vecinos hubieran sucumbido a la pobreza y que los emprendedores hubieran cercenado su trabajo.

George salió de la granja de su primo para no regresar nunca más.

* * *

Aquel mes de mayo de 1812, a las once en punto de la mañana, una descomunal explosión sacudió el subsuelo en el noroeste de Inglaterra. Se

pudo sentir en varios kilómetros a la redonda de la mina de Felling, en la que trabajaban ciento veinte hombres y niños. El aumento de la demanda de carbón para alimentar las máquinas a vapor que hacían funcionar las fábricas obligó a los mineros a picar a una profundidad cada vez mayor hasta toparse con vetas de gases muy inflamables. Esos mineros también llevaban lámparas y candiles para alumbrarse en la oscuridad.

El reverendo John Hodgson, cuya parroquia estaba al lado de la mina, escribió sobre los estragos que había causado la explosión y sobre sus consecuencias. Recordaba que de la mina había salido un polvo tan espeso que «todo se oscureció como si estuviera atardeciendo y se depositó una capa tan gruesa en los caminos que los viandantes dejaban sus huellas impresas». Las familias de los trabajadores, sus mujeres y sus hijos acudieron corriendo entre los escombros: «La locura y el terror se dibujaban en su rostro. Siguió llegando gente de todas partes y pronto se congregó una multitud, varios cientos de personas, algunas llorando a un esposo, otras a un padre o un hijo, todas hondamente afectadas por una mezcla de horror, ansiedad y dolor». En la explosión perecieron más de noventa mineros, algunos de tan solo ocho años.

La historiadora Jenny Uglow señaló que, a juzgar por los accidentes y la agitación de aquella época convulsa, «a veces parecía que todo el orgulloso conglomerado industrial tuviera un carácter homicida, pues su lista de bajas era tan terrible como la de un buque de guerra en llamas». [338]

Ned Ludd

Junio de 1812

«Los luditas siguen robando armas de fuego por la zona y no hay una sola noche en la que no merodee por los alrededores un buen número de ellos», publicaba el *Leeds Mercury*.[339] La estrategia de los luditas parecía estar cambiando. Los ataques a la maquinaria decaían tanto en ferocidad como en frecuencia; en Nottingham, habían cesado por completo. Mientras tanto, se intensificaba la campaña de búsqueda de armamento.

Ashton, 16 de junio de 1812.
El pasado domingo por la mañana, alrededor de las once, aparecieron de pronto en la colina de Hough entre doscientos y trescientos luditas, llegados como cuervos que sobrevuelan campos, setos y acequias. Desde ese monte cercano a Newt y Staley-Bridge, se divisa toda la zona de Mánchester y varias millas a la redonda.[340]

Formaron en filas de dos o tres hombres y desde la lejanía parecía que estuvieran haciendo algún tipo de maniobra militar. No permitieron que se acercara ningún extraño. Continuaron con su ejercicio durante unos tres cuartos de horas, hasta que sonó la señal: el disparo de una pistola que se oyó en los pueblos vecinos.

Si su única pretensión era alarmar a los magistrados y atraer a unos cuantos dragones de Mánchester, lograron su propósito, pues de inmediato partieron mensajeros a la ciudad y el lunes por la mañana ya había llegado a Ashton una partida de Grises Escoceses.

Durante la semana pasada, apenas hubo una noche sin que los luditas pasaran por el vecindario incautando armas. Se presentan de repente

> delante de la puerta de casa, pero no irrumpen dentro sin pedir permiso antes; si se les opone resistencia, al momento declaran que la consecuencia de la negativa será la muerte. Sin embargo, cuando les entregan las armas pacíficamente, no recurren a la violencia y, en algunos casos, incluso prometen devolverlas a la mayor brevedad posible.
>
> *Statesman*, Londres, 23 de junio de 1812

La campaña de recogida de armas de los luditas alcanzó tal éxito que a los magistrados de Mánchester se les autorizó a decomisarlas antes de que cayeran en sus manos. Según las noticias, habían visto a unos dos mil mecanoclastas cerca de Stockport, y un martes por la noche habían robado una cantidad especialmente grande de pistolas. Estas actividades también avanzaban a buen ritmo en Huddersfield y Wakefield, en el West Riding, donde habían avistado a cientos de hombres haciendo maniobras en plena noche.

De acuerdo con el *Bristol Mirror*, «la actividad de requisa forzosa de armas continúa con una intensidad alarmante en las localidades de Leeds, Huddersfield y Wakefield. Además, los luditas se llevan cualquier objeto de plomo que puedan encontrar, desde bombas de agua a grifos, para fabricar balas de mosquete».[341]

Los luditas estaban fundiendo los productos metálicos de la Revolución Industrial para convertirlos en balas.

Gravener Henson

Junio de 1812

Tras la segunda lectura de su proyecto de ley en el Parlamento, Henson se sentía optimista.[342]

Escribió a sus compañeros de Nottingham para contárselo: «A juzgar por el entusiasmo, parece que una gran mayoría de la Cámara está a favor». Los proyectos de ley se leían en voz alta y se debatían tres veces antes de la votación, y la reacción de los parlamentarios apuntaba a una opinión abrumadoramente positiva. Hasta el momento, todo iba bien. Incluso dos destacados ministros se habían pronunciado a favor de la existencia de reglas en el sector.

La propuesta legislativa de Henson se basaba en una serie de reuniones en las que había recibido un decidido apoyo de algunos de los políticos más poderosos de Londres. También se había entrevistado con el sustituto de Richard Ryder al frente del Ministerio del Interior, Henry Addington, vizconde de Sidmouth, que había mostrado su respaldo —y el del príncipe regente— a los calceteros y su penosa situación. Henson había escrito emocionado sobre las palabras de aliento de Addington: «Nos ha asegurado que el príncipe regente se inclina a favorecer nuestras manufacturas en todo lo que esté en su mano y que no tiene duda de que el regente lucirá nuestras medias con brocados para impulsar esta moda». El propio vizconde había pedido seis pares de seda para sus hijas y había querido comprar un chal de algodón de punto doble, aunque los calceteros habían insistido en regalárselo. Henson estaba exultante por los buenos deseos que el ministro le había manifestado en reiteradas ocasiones: «Muchachos, no hay oposición entre los lores».

Al día siguiente, intentaría ver al príncipe regente para presentarle sus mejores productos —medias, velos, aprestos negros y pañuelos— con el fin de enseñarle lo que estaba en juego, lo que podían perder si la maquinaria y las chapuzas de los lenceros llegaban a dominar el gremio.

Sin embargo, al principio había sido difícil. Henson y sus colegas llegaron a Londres en abril, entregaron su proyecto de ley al Parlamento y quedaron a la espera de que se formara un comité para estudiar la cuestión. Le exasperaba la falta de celeridad en un momento en el que la violencia consumía su región natal. «Acabo de leer el *Statesman* y no dice ni una sola palabra sobre nuestra iniciativa», escribió en mayo. Otro motivo de desesperación era el poco dinero que estaban dispuestos a enviarle sus compañeros del Comité Unido de Calceteros.

Por fin el Parlamento creó el comité y Henson prestó testimonio en mayo. Trazó un hábil relato que apelaba a la sensibilidad nacionalista de los parlamentarios, incidiendo en la superioridad de los calceteros británicos frente a los franceses. Detalló cómo habían caído los salarios de los medieros a pesar de su excelencia, explicó que la maquinaria de hilado había reducido la calidad de las hebras y denunció la práctica de los inversores de comprar bastidores y alquilárselos a los trabajadores pobres. Varios obreros pañeros respaldaron su exposición señalando el quebranto que les suponía que los emprendedores vendieran los productos hechos con bastidores anchos al mismo precio que sus labores de calidad. Los testimonios se prolongaron durante dos días. Henson estaba nervioso y frustrado por no haber recibido más muestras de tejidos de punto y encaje, así que escribió a Nottingham reclamando más con urgencia: «Si cualquier hombre del gremio rehúsa cumplir con su obligación de aportar labores para la recuperación de nuestro oficio, rompedle los dientes sin dudar».

Mientras el Parlamento redactaba su informe tras el periodo de audiencias, Henson y el Comité de Calceteros siguieron recabando apoyos. En esta ocasión, viajaron a Irlanda y concertaron una reunión con sus homólogos irlandeses, no sin dificultades. Hubo, por ejemplo, un tropiezo lingüístico que irritó lo suficiente a Henson como para reseñarlo al inicio de su informe sobre la reunión: «Esta tarde he tenido bastantes problemas para encontrar a las personas que buscaba debido a que el nombre de la calle a la que quería llegar se pronuncia de un modo distinto al que sugiere su escritura, resultando que Malpas se dice allí Maypas».

Su disgusto no hizo sino aumentar. Los irlandeses estaban convencidos de tenerlo todo bajo control; *su* actividad estaba sujeta a reglas estrictas y

nadie estaba pasándolo mal (todavía). Así se lo indicó el emisario irlandés a Henson: «Aquí no se emplean esas prácticas torticeras de las que, en justicia, se ha quejado con tanta vehemencia. No, señor, no se hacen medias por mitades ni ninguna de esas labores fraudulentas que ha descrito y que han de ser obra del maligno. No tenemos trabajando a mancebos ni a mujeres; cada hombre ha de cumplir sus siete años de aprendizaje antes de poder ejercer de oficial». Como sin duda Henson intentó recalcarles, esa era exactamente la situación en Inglaterra antes de que los emprendedores aprovecharan la crisis comercial para sacar tajada y echar por tierra esas normas. Ese futuro en el que los propietarios usaban la maquinaria para automatizar el trabajo y degradarlo era el que les esperaba a todos.

Pero en ese momento, en esa primera semana de junio, después de haber pasado la mayor parte del año viajando por Inglaterra, acudiendo al Parlamento y engatusando a sus compañeros para que le enviaran dinero, firmas e información, sentía que todo el esfuerzo al fin iba a dar frutos. El efusivo apoyo de Addington, que disfrutaba de un alto grado de influencia y poder, conquistaría a la mayoría.

Hasta entonces, la oposición más vehemente no había sido la de los *tories* conservadores, que habían impulsado la draconiana ley para castigar el destrozo de telares con la pena capital, sino la de los defensores de Adam Smith y el *laissez faire*, hombres como Joseph Hume o lord Holland, el mentor de Byron.

«Solo hemos de lidiar con los discípulos del doctor Smith, cuyos principios resultan aborrecibles en todo el reino», escribió Henson. Tenía razón en que, precisamente en esa época en la que los índices de pobreza y desigualdad estaban por las nubes y al Parlamento le llovían súplicas de ayuda desde todos los rincones del país, la idea de dejar que una mano invisible guiara la economía era tremendamente impopular, incluso «execrable» para la mayoría de los británicos. Los sonoros vítores escuchados en la Cámara, las garantías de lord Sidmouth y el poderoso respaldo del príncipe regente le habían tranquilizado. Creía que sería suficiente para imponerse a los acólitos de Adam Smith: «Tengo sobrados motivos para pensar que el ministro avalará el proyecto de ley. Lord Castlereagh ya ha expresado su aprobación, al igual que lord Sidmouth».

Parecía que tenían al alcance de la mano una solución pacífica y democrática, una forma de tender un puente entre los trabajadores agraviados y la clase propietaria.

Mary Godwin

Verano de 1812

Mary Godwin escribiría más tarde que los cinco meses que había pasado en Dundee, en la «vacía y sombría» costa este de Escocia, adonde había sido enviada por su atribulado padre anarquista a vivir con unos amigos suyos, los Baxter, le permitieron empezar a dar forma a su talento creativo.[343]

La orilla septentrional de la ensenada de Tay era «el nido[344] de libertad y la placentera región en la que podía conversar sin intromisiones con las criaturas que se me antojaran. Bajo los árboles del terreno con el que contaba la casa o en las lúgubres laderas de las desnudas montañas cercanas, mi imaginación echó a volar con ligereza; ahí nacieron y crecieron de verdad mis composiciones».[345]

Durante décadas, Dundee había sido la cuna del pensamiento radical y revolucionario, y su padre tenía la esperanza de que se contagiara del espíritu político de la región. Los Baxter eran todavía «audaces jacobinos», una tendencia radical prácticamente desaparecida de Londres, al menos en público, tras la campaña de represión política que Pitt, Perceval y los *tories* habían iniciado en la década de 1790. En Dundee, daba la impresión de que hasta los más jóvenes eran radicales: «Isabella, una de las cuatro hijas de la familia, que se convirtió al instante en la favorita de Mary, conocía los hechos de la Revolución francesa tan bien como si los hubiera vivido».[346]

A Mary le encantaba vivir con sus anfitriones, apreciaba su amabilidad y su inagotable curiosidad y disfrutaba del papel de hija adoptiva que le habían otorgado en aquella peculiar secta de la religión del igualitarismo.

Según otra de sus biógrafas, Florence Marshall, «los Baxter se encariñaron con su nueva compañera». La describían como «una muchacha agradable, vital y brillante de notable belleza, con el pelo claro y la piel blanca, luminosa, inmaculada».[347]

Los Baxter valoraban la educación y la cultura, eran personas instruidas y tenían una gran afición por la pintura y el dibujo. Mary asistía a las clases juveniles y a los servicios religiosos. Dado que eran sandemanianos, una estricta secta cristiana escindida de la Iglesia de Inglaterra, no faltaban esas ocupaciones. Mary seguía una dieta vegetariana, cumplía sus preceptos contra vicios como los juegos de apuestas y saludaba a los ancianos con un beso reverencial. Con todo, disfrutó mucho de aquellos meses. La desangelada costa de Dundee —las vistas desde la casa incluían laderas sin vegetación y cielos cubiertos de niebla sobre el inmenso vacío del océano— permanecería con ella durante el resto de su vida, aunque nunca volviera a pisar esas tierras.

«Dedicaron muchas horas a recorrer los alrededores, con largos paseos y excursiones por los páramos y las montañas de Forfarshire. Pusieron especial esmero en que Mary conociera el lugar en el que vivía», señaló Marshall.

Aquel paisaje desolado que invitaba a dejar vagar el pensamiento; la posibilidad de liberarse de los problemas financieros, el estrépito de Londres y las bruscas maneras de su padre; la compañía de otras mentes jóvenes, radicales y brillantes, y la visión de una existencia más justa abonaron el terreno para la creación más famosa e influyente de Mary: *Frankenstein*.

Edmund Cartwright

Junio de 1812

Durante un breve día, el mundo se desvanece,
ruido, problemas y desdichas huyen
y esa fugaz jornada sin nubes me concede
la amistad de la soledad más dulce.[348]

Este poema, escrito por Edmund Cartwright y recogido en una carta que le envió a un amigo el 4 de junio de 1812, refleja el estado de ánimo en el que se encontraba el inventor del telar mecánico pocas semanas después de que su máquina hubiera provocado la más sangrienta de las revueltas luditas. Cartwright, a sus más de sesenta años, se había retirado al campo, donde llevaba una vida acomodada, sin extravagancias ni excesos.

Si bien su invención había resultado tan transformadora como la hiladora hidráulica de Richard Arkwright, nunca disfrutó del mismo éxito económico.[349] Los acreedores le embargaron en solo unos años la fábrica que había abierto en Doncaster. Tiempo después, en 1792, un empresario llamado Grimshaw instaló varias decenas de sus telares en Mánchester con la intención de llegar a las doscientas unidades, pero la pañería ardió en misteriosas circunstancias. A pesar de que nunca pudo demostrarse, se dio por hecho que el incendio lo habían provocado unos tejedores sublevados. En cualquier caso, a Grimshaw aquel ingenio no le pareció lo suficientemente atractivo como para volver a intentarlo, de modo que el telar mecánico quedó relegado al olvido hasta 1803, cuando otro inventor mejoró el diseño de Cartwright para hacerlo rentable.

Con el tiempo, Cartwright vio cómo un propietario fabril tras otro

adoptaban su tecnología y cómo el telar mecánico iba cobrando relevancia en la Gran Bretaña industrial. El fracaso inicial de su invento había echado por tierra su reputación, además de suponerle la ruina económica. Y culpó de ello a los mecanoclastas.

A principios de siglo, Cartwright solicitó al Parlamento la compensación a la que creía tener derecho como «artífice de varias invenciones mecánicas de gran utilidad para las manufacturas del país». Argumentó que, si los luditas no hubieran quemado la fábrica de Mánchester con sus telares mecánicos, otros emprendedores habrían comprado su dispositivo.

Su petición, presentada en 1801, afirmaba que «el señor Cartwright fecha el origen de sus infortunios en el incendio de una pañería que, según todos los indicios, habría sido un ataque premeditado de personas malintencionadas». Insistía en que ese acto de sabotaje «tuvo como consecuencia disuadir a otros fabricantes de intentar emplear sus telares patentados», a pesar de que, con ellos, «un niño de diez años podría hacer el mismo trabajo que dos hombres adultos experimentados, obteniendo un resultado superior al del tisaje manual». Concluía enorgulleciéndose de que su telar mecánico garantizaba «el mismo número de hebras en cada yarda de tejido, con precisión matemática». (Cartwright no aportó ninguna prueba real de que las telas que producía su tecnología fueran mejores que las confeccionadas con telares manuales, tan solo pudo apuntar su teórica consistencia matemática).

Tras aquel revés inicial, no se le volvió a presentar la oportunidad de rentabilizar su telar. Además, fueron muchos los emprendedores que vulneraron su patente y perfeccionaron su máquina sin acreditarlo, de suerte que esos telares eran ya de dominio público y hombres de toda Inglaterra se estaban haciendo ricos con su invento, ganando sumas que pronto rondarían «el millón y medio de libras esterlinas anuales».

Cartwright y su abogado, Taylor, insistieron ante el Parlamento en que el telar mecánico automatizado *no* era perjudicial por definición para los trabajadores, que debían adaptarse en lugar de protestar:

> No podemos imputar indefectiblemente a esta máquina todos los males que han sufrido los tejedores manuales, quienes, de haberse valido de las ventajas que proporciona en lugar de oponerse con obstinación a ella, habrían evitado que los grandes empresarios se vieran obligados a extender el sistema fabril hasta el punto en que lo han hecho; de ese

modo, los tejedores manuales habrían podido conservar parte del negocio.

Estas líneas traslucen el esfuerzo de Cartwright por justificar su invento, no solo de cara al público, sino en conciencia, pues se consideraba un filántropo. Habría bastado con que los tejedores hubieran comprado su máquina, así habrían podido defenderse de los dueños de las fábricas, impidiendo que el sistema fabril arraigara con tal intensidad. No obstante, debería haber sabido que un tejedor de algodón corriente no podía permitirse invertir en una tecnología que todavía no se había probado, sobre todo cuando su funcionamiento requería una fuente de energía.

Con una simple conversación con su hermano mayor, Cartwright habría descubierto la nefasta situación en la que vivían los tejedores y los acuciantes problemas que su máquina había contribuido a crear. El mayor John Cartwright era un eminente reformista político. Mientras servía en el Ejército británico, rechazó un ascenso en plena guerra de independencia estadounidense aduciendo que su causa era justa. Desde entonces, se dedicaba a defender la democracia en Inglaterra. Así lo describió E. P. Thompson: «Incapaz de comulgar con lo que no estaba de acuerdo, excéntrico y valiente, el mayor mantuvo tenazmente el rumbo, enviando cartas, peticiones y panfletos desde su escaño de Boston, Lincolnshire, y sobreviviendo a juicios, tumultos, disputas e intentos de represión. Antes de que acabaran las guerras napoleónicas, fundó las primeras sociedades reformistas de la nueva era, los clubes Hampden, en las regiones industriales del norte en las que su hermano clérigo había acelerado otros procesos de cambio al inventar el telar mecánico».[350]

El Parlamento rechazó las peticiones de Edmund Cartwright hasta el mismo año en el que derogó las normas que protegían a los trabajadores de los oficios textiles, 1809, cuando le concedió la nada desdeñable suma de diez mil libras. Con ese dinero, Cartwright se retiró y compró una granja en Kent donde, según sus memorias, pasó sus últimos años «entreteniéndose con diversos experimentos agrícolas, químicos y mecánicos, y ocupándose, hasta donde le permitía su capacidad, de promover el bienestar de sus semejantes».

El ejemplo de Cartwright encarna la desconexión del inventor bienintencionado con las consecuencias imprevisibles que pueden tener sus descubrimientos. Según la historia original que él mismo contó, el telar mecánico nació como una simple curiosidad: inspirado por Arkwright,

convirtió el empeño en un estimulante reto intelectual, un rompecabezas tecnológico al que sumó ciertas aspiraciones de cambiar el mundo y hacer algo de dinero durante el proceso.

No hay duda de que en este relato hay parte de leyenda, pero demuestra que, si se crea una tecnología que ahorra mano de obra y se libera en un entorno capitalista, el sistema la usará para maximizar los beneficios, incluso aunque esa innovación no funcione del todo bien. La historia económica moderna está plagada de casos en los que un emprendedor ha mejorado o estandarizado una técnica conocida y la ha combinado con la explotación laboral para convertirla en un éxito de mercado. Eso fue exactamente lo que hizo Arkwright.

Los telares mecánicos no iban a beneficiar en ningún caso a los trabajadores a los que estaban sustituyendo, igual que no lo harán la inmensa mayoría de los intentos de automatización actuales: son medidas de ahorro de costes destinadas a quienes disponen del capital para invertir en maquinaria o *software* de optimización, esas personas que pueden rentabilizar una inversión aumentando la escala de la producción tanto como sea necesario. Mientras los trabajadores tengan tan poco poder y sigan supeditados a empresas bien financiadas, la clase obrera no percibirá ninguno de los beneficios de la automatización; de hecho, como le sucedió a Cartwright, esos frutos pueden ser escasos incluso para el *inventor* de la tecnología automatizadora.

Con todo, merece la pena incidir en esto: un emprendedor puede desarrollar un dispositivo con la mejor de las voluntades, pensando en lo positiva que será esa tecnología más eficiente o en lo maravilloso o divertido que sería poder hacer tal o cual cosa. Una década después, otro grupo industrial con más ambición y menos escrúpulos puede utilizar, perfeccionar o explotar esa tecnología. La figura del genio que descubre algo en solitario es casi una quimera, por lo que estas ideas surgirán siempre, independientemente del propósito inicial. Sin embargo, la lógica del capitalismo desatado garantiza que cualquier dispositivo de control o que ahorre costes y mano de obra llegará a imponerse, sea como sea la sociedad que va a transformar. Podemos considerarlo la regla de oro de la automatización con fines de lucro: si aparece una forma atractiva de eliminar costes con una máquina o un programa, sin duda se usará. Esta pauta se ha cumplido a lo largo de toda la era de Silicon Valley, de Facebook, Google, Amazon y Apple, cuyos fundadores, en muchos casos, «apenas vislumbran el poder que encierran sus creaciones y todos los usos

que pueden llegar a tener», como apunta la historiadora Margaret O'Mara. [351] En un contexto en el que hemos creado programas para automatizar casi cualquier proceso —hasta la búsqueda de procesos susceptibles de automatización, en el que quienes buscan beneficios tienen a su alcance todo un mundo digital en la que encontrar ideas—, esta tendencia solo puede multiplicarse.

Según cuenta en sus memorias, Cartwright estaba satisfecho con lo que le había pagado el Gobierno, pues le permitía descansar en su casa de campo, indiferente al avance imparable del telar mecánico que, tras la pausa provocada por las asonadas, llegó a desplazar casi por completo a los tejedores de algodón.

Mientras la gente trabajadora de Mánchester moría de hambre y el telar mecánico se alzaba como la tecnología más odiada de la ciudad, Cartwright escribió un poema sobre el vino.

Vino, elixir de gusto clásico,
resarces del yantar humilde.
El néctar de las uvas de Teos del que
bebió Anacreonte es ahora mío:
Y si mío es el poder, con el lograré
el ingenio del jónico, además de su vino.
¿Quién sabe qué más podrías obrar?
Si eres la fuente de su elocuencia,
achispado rivalizaría contigo,
sobrio su lengua perdería el filo.

El príncipe regente

Junio de 1812

El príncipe regente pasó las semanas posteriores al asesinato de Spencer Perceval «con los nervios destrozados, intentando calmarse mediante el consumo de generosas cantidades de alcohol y láudano».[352]

El problema no se limitaba a que hubieran asesinado al primer ministro inglés en público; además, el príncipe era incapaz de encontrar a alguien dispuesto a sustituirlo al frente del Gobierno.

Sin Perceval, y con la herida de la traición a los *whigs* todavía abierta, el regente se encontró sumido en una crisis política. Ninguno de los cuatro candidatos que había propuesto consiguió formar gobierno —el primero ni siquiera había aceptado su propuesta—, y hacía casi un mes que Inglaterra no tenía primer ministro. Al final, el príncipe Jorge se vio obligado a volver a nombrar al primer hombre al que había seleccionado para el cargo, el conde de Liverpool, hasta entonces ministro de la Guerra, que se impuso después de agotar todas las demás opciones.

En una de sus primeras alocuciones como primer ministro, Liverpool «perpetuó el mito de que el origen de todos los altercados de las Midlands» era «la nueva maquinaria»,[353] no el uso que se estaba haciendo de ella, y pidió nuevas leyes para protegerla de los luditas. Liverpool se había apresurado a destituir al ministro Richard Ryder, claramente abrumado por la situación, y colocar en su lugar a Henry Addington, vizconde de Sidmouth, quien asumiría con energía la tarea de aplastar el levantamiento ludita. El impulso autoritario fue una de las constantes de sus quince años de mandato. Según George Pellew, biógrafo (y cuñado) de Addington, «todos los intentos de generar agitación y parar los engranajes del Gobierno

fueron reprimidos de inmediato; tan pronto como asomaba la cabeza cualquier indicio de sedición, se aniquilaba de raíz».[354]

Mientras tanto, el bloqueo comercial de Inglaterra estaba resultando nefasto para Estados Unidos, lo que, unido a la política británica de reclutar por la fuerza a marineros de los barcos mercantes estadounidenses para su campaña contra Napoleón, estaba llevando a las dos naciones al borde del abismo. James Madison firmó la declaración de guerra del Congreso contra Gran Bretaña el 18 de junio. En un intento de atajar el conflicto, Liverpool decidió revocar las órdenes reales y, para alivio de comerciantes, propietarios fabriles y trabajadores, el príncipe regente aprobó su derogación el 23 de junio. Pero ya era demasiado tarde para parar la maquinaria de la guerra.

Al cabo de cuatro días —y casi un año y medio después de los primeros disturbios luditas—, la oficina del príncipe envió al Parlamento una bolsa sellada con documentos y pruebas, informando al Gobierno de que se habían producido «ciertos actos violentos y peligrosos» e instando a encontrar el modo de ponerles fin.

> Su real majestad el príncipe regente, en nombre y representación de su majestad Jorge III, ha dado orden de que se presenten ante la Cámara de los Comunes copias de la información recibida sobre ciertos comportamientos violentos y peligrosos que, en claro desafío de la legislación vigente, se han producido y siguen produciéndose en varios condados de Inglaterra. [...] Su alteza deposita su plena confianza en la sabiduría del Parlamento para que este adopte las medidas más adecuadas con el fin de garantizar la seguridad de sus pacíficos y leales súbditos y la protección de sus propiedades en los distritos afectados, así como la restauración del orden y la tranquilidad.
>
> J. P. R.

Varios parlamentarios reaccionaron con estupor: ¿el príncipe regente iba a intervenir en ese preciso momento? De acuerdo con las actas parlamentarias, un lord «expresó su preocupación ante el hecho de que, tras el largo periodo de altercados que se había vivido, su reconocimiento se hubiera postergado hasta una fase tan tardía».[355]

En la siguiente sesión, Addington se puso en pie, colocó el contenedor de pruebas sellado delante de él y afirmó, con una fórmula calculada al

milímetro, que confiaba «en que sus señorías mostrarían su acuerdo unánime en expresar su más honda gratitud» al regente por el mensaje y la información. Estaba dando a entender que lo más inteligente sería concederle las herramientas para apaciguar al príncipe. Addington propuso la creación de un comité confidencial para estudiar aquellos datos reservados y estudiar nuevas medidas coercitivas: «Aunque a la conducta de los agitadores pueda haber contribuido, hasta cierto punto, el alto precio de los suministros y la reducción del trabajo, no hay duda de que estas atrocidades responden al impulso de personas que tienen ciertas opiniones y un interés en promover las algaradas, una situación a la que el Gobierno tiene el deber de oponerse».

Como Ryder antes que él, Addington había hecho una breve mención a la disyuntiva de los luditas antes de asegurar que la auténtica amenaza era la conspiración subversiva, la cual sería castigada con todo el poder del Estado.

Addington afirmó que, a pesar de que la revocación de las órdenes reales que habían asfixiado la economía ayudaría a mejorar las perspectivas de los trabajadores, de que ya habían «movilizado al Ejército para ayudar a los funcionarios civiles» y de que varias personas habían sido juzgadas «por sus actos de amotinamiento y sabotaje, algunas de las cuales lo han pagado con su vida», a pesar de todo ello, la Cámara debía prepararse para ir más allá. Era una cuestión de seguridad nacional.

Se formaron dos comités confidenciales para analizar la información, que se componía en su mayoría de informes de inteligencia enviados desde «el distrito de los desórdenes» por espías como B. Este proceso era primordial, según el vizconde de Sidmouth, «para poder actuar en aras de la seguridad personal y la protección de los bienes de los súbditos pacíficos y leales de su majestad». Los comités, a los que se había encomendado la tarea de «estudiar las decisiones necesarias», no tardaron en concluir que los luditas no eran meros trabajadores desesperados. Determinaron que «algunas de las personas implicadas en estos altercados habían incurrido en actitudes revolucionarias del tipo más peligroso». «sus actos manifiestan un grado de cuidado y organización que parece derivarse de la dirección de cabecillas que influyen en sus actividades».[356]

Si los luditas resultaran ser un ejército revolucionario, no obreros organizados para luchar por la mejora de sus condiciones laborales, Addington podría justificar la adopción de estrategias más drásticas para someterlos.

«A continuación, pidió al Parlamento la aprobación de sendas leyes para ampliar las competencias de los magistrados en materia de interrogatorios e incautaciones en sus distritos y para castigar los juramentos secretos con la pena de muerte. Ambas se aprobaron sin problemas», escribió Kirkpatrick Sale.[357]

Lo que no solicitó al Parlamento, pero no tuvo ningún empacho en autorizar, fueron las políticas destinadas a incrementar el número de informantes que aportaran (o fabricaran) pruebas contra los luditas, animar a los soldados de las zonas industriales a ser más agresivos con los sospechosos luditas y acelerar los juicios de aquellos a los que fuera posible incriminar con las pruebas generadas.

Addington enmendó la Ley de Juramentos para incluir un ofrecimiento de clemencia a quienes se retractasen antes de octubre, con la esperanza de que eso ayudaría a conseguir confidentes. También consagró oficialmente a Thomas Maitland como general en el norte de Inglaterra. Maitland, encantado de poder canalizar la energía de su nuevo jefe, dirigía una hueste de espías y los envió a infiltrarse en asambleas y comités luditas como «miembros activos y eficaces».

Sería una empresa difícil, dada la estrecha unión de los luditas, pero no imposible, sobre todo después del tumulto, la pérdida y el caos que habían fracturado a muchos grupos y organizaciones mecanoclastas durante la primera mitad de 1812.

Los espías de Maitland empezaron pronto a cosechar resultados.

Ned Ludd

Julio de 1812

Una noche, aparecieron por el *pub* Saint Crispin dos desconocidos que contaron a todo el que quiso escuchar que eran tejedores y buscaban trabajo. Venían de Mánchester, donde las máquinas habían arrasado con todos los puestos dignos, y habían oído que en Halifax podrían encontrar algo.[358]

—Quien os haya dicho eso no sabía de lo que estaba hablando —se burló Charles Milnes, un simpático ludita que estaba sentado en la barra.

Los dos extraños, uno de los cuales se presentó como John Smith, se sentaron al lado de Milnes, le invitaron a una cerveza y después a otra. Tras un buen rato de charla, Smith y su compañero desviaron la conversación hacia los luditas.

—¿No conocerás a ese general Ludd? —preguntó uno de ellos.

—¿Al general Ludd? Qué pregunta tan graciosa. —Milnes soltó una carcajada—. No, no conozco a ningún general.

—¿Pero no fue él quien estuvo al mando del asunto de Cartwright? En Mánchester nos dijeron que tenían un comandante y lo llamaban general Ludd.

—Bueno, puede que lo llamaran así, pero ese no es su verdadero nombre. Resulta que eso sí lo sé —soltó Milnes sin pensar.

Tras ese comentario, los dos hombres confesaron que el verdadero motivo por el que estaban allí era su deseo de «entrar», prestar juramento y unirse a los luditas. Milnes les respondió que, si eso era lo que querían, sabía cómo solucionarlo. Llevó a «Smith» a casa de John Baines, el viejo sombrerero y reformista democrático que simpatizaba con la causa ludita y

que vivía en el pueblo con sus dos hijos.

—Vengo con un amigo. Es forastero, pero es un buen hombre y quiere ser nuestro hermano —anunció Milnes cuando Baines entreabrió la puerta. [359]

—Entonces, debemos apresurarnos, pues pronto tendremos por aquí a la patrulla de guardia y vigilancia. Algún vecino nos ha delatado y viene a menudo a registrar mi casa —susurró Baines.

El sombrerero los hizo entrar con nerviosismo. Tomó una Biblia y repitió el juramento ritual mientras su hijo vigilaba la puerta. «Smith» los invitó a tomar algo para celebrarlo, pero Baines rechazó la oferta; aquellos días había por ahí afuera demasiados confidentes.

Los dos hombres pasaron por el taller un par de veces y estuvieron con Milnes en el *pub*, relatándole sus infructuosos intentos de encontrar trabajo. Siguieron por el pueblo hasta que corrió la voz de que habían enviado a Halifax a dos «canallas», espías a sueldo del magistrado. «Smith» y su amigo desaparecieron esa misma noche.

Dos días después, los soldados rodearon la casa de Baines y lo arrestaron a él y a sus hijos por tomar juramentos ilegales; Charles Milnes y otros dos hombres fueron detenidos acusados de participar en los motines. Ambos delitos se castigaban con la pena de muerte.

Gravener Henson

Julio de 1812

Henson había subestimado a los discípulos de Adam Smith.

El día de la tercera y última lectura del proyecto, algo había cambiado. Joseph Hume se puso en pie e intervino para anunciar que se «oponía a nuestra propuesta basándose en el principio del libre comercio de A. Smith», relataría más tarde Henson. A continuación, la presidencia del Parlamento «aplazó la votación de la Cámara, pues no había cuarenta miembros presentes».[360]

Los propietarios de fábricas, los maestros lenceros y los poderosos empresarios habían estado enviando cartas para oponerse formalmente al proyecto de ley, dejando muy claro de qué parte estaba el capital. Incluso los parlamentarios afines sabían lo que presagiaba el patente desacuerdo de los industriales. Mientras los representantes de los calceteros esperaban frente a la Cámara todavía esperanzados, los parlamentarios «salieron corriendo al ver que el asunto se había descontrolado como un incendio en un bosque».

Henson pasó todo el mes buscando febrilmente apoyos entre pequeños lanceros, dueños de talleres y hombres de negocios dispuestos a respaldar a los trabajadores para sumar sus nombres a la lista. Sin embargo, ya era consciente de que las posibilidades de éxito se desvanecían. La segunda semana de julio supo que el proyecto había sido tumbado oficialmente.

Escribió a Nottingham para contárselo a sus compañeros: «Lamento tener que informar de que el Comité de la Cámara de los Comunes ha decidido desestimar las cláusulas de nuestro proyecto de ley referidas al oficio. Han emitido un dictamen favorable a los empresarios lenceros, satisfaciendo sus demandas, a pesar de todos los esfuerzos que hemos hecho».

El Parlamento se había decantado decididamente por los empresarios y los defensores del *laissez faire*. Había echado abajo las medidas más importantes del proyecto: los precios mínimos por las labores textiles y la prohibición de comercializar artículos fraudulentos de imitación. No habría protecciones salariales y los propietarios de la maquinaria podrían seguir produciendo géneros baratos de ínfima calidad. Todavía estaban estudiando posibles normas sobre el encaje y los límites a la práctica de pagar en especie, pero la parte fundamental del proyecto de ley se había evaporado.

«A pesar de la división, el Comité ha rechazado nuestra causa con total impasibilidad, dando muestra de la mayor de las necedades. Para regocijo de algunos, ahora está permitido descontar, fabricar artículos por mitades, trabajar con el peor algodón, engañar, robar, sisar y oprimir». Durante un breve instante, se mantuvo al menos el consuelo de que a los empresarios se les impediría pagar en especie, pero no fue más que un espejismo. Finalmente, la Cámara de los Comunes aprobó un proyecto de ley descafeinado.

El 23 de julio, el conde de Lauderdale anticipó el fatídico desenlace de la propuesta con una feroz diatriba contra el proyecto antes de su debate en la Cámara de los Lores. Lo calificó sin ambages como «detestable»:

> Si el Parlamento va a legislar de este modo, en lugar de dejar que el consumidor decida qué artículos son buenos y cuáles malos, no sabrá cuándo detenerse y sentará un peligrosísimo precedente. Aprobar este proyecto de ley supondría la destrucción inmediata de una valiosa actividad comercial de exportación, dejaría sin empleo a un gran número de personas y generaría considerables trastornos en el sector productivo al que se refiere.

Addington respondió que todavía no había podido leer el proyecto de ley, pero lo haría antes del pleno del día siguiente.

El conde de Lauderdale abrió el debate redoblando su agresiva defensa

del libre mercado. Vociferó que no podía «imaginar un principio legislativo más monstruoso» y proclamó que ese intento de «interferir en las negociaciones entre los maestros fabricantes y sus trabajadores [...] tendría indefectiblemente calamitosas consecuencias».[361] Insistió en que la idea misma de establecer unos salarios mínimos constituía «un error de proporciones inimaginables», ya que, si un empresario no podía permitirse pagar esa cantidad, se vería obligado a despedir a todos sus trabajadores. Volvió a denunciar el intento de prohibir los productos de baja calidad y expresó su confianza en que la Cámara de los Lores rechazaría el proyecto de ley por unanimidad.

Eso hicieron, uno tras otro. Algunos mencionaron las buenas intenciones de los trabajadores que habían redactado aquella propuesta contra la que estaban votando. Addington, que había cubierto a los calceteros de falsas promesas, adulando sus labores y asegurándoles que podían contar con el apoyo del príncipe regente, fue el último en consumar la traición. Tras dejar caer el proyecto de ley, Addington reiteró el argumento de Lauderdale de que los principios del salario mínimo y la regulación del comercio resultarían «calamitosos».

El esfuerzo de los trabajadores textiles por obtener algún tipo de protección, por exigua que fuese, había muerto oficialmente. Aquel fracaso contribuyó a afianzar la percepción de que, en cualquier economía con visión de futuro, las personas han de competir inexorablemente con los negocios y las empresas que pueden invertir en tecnología en sustitución de la mano de obra. Quedando, básicamente, a su merced. Así se fraguó la lógica fundacional de la economía industrial moderna: los sueldos mínimos, la regulación y las protecciones contra el fraude obstaculizaban el florecimiento del incipiente sector tecnológico inglés. A la Cámara parecía preocuparle más no incomodar a los emprendedores con restricciones a la producción que el sufrimiento de la clase trabajadora; de nuevo, el Estado daba prioridad a la maquinaria del lucro y relegaba a las personas que se encargaban de manejarla.

Addington dio carpetazo al asunto. Concluyó su voto de oposición con una rotunda afirmación: «Confío en que, con la ayuda de Dios, no volvamos a ver en esta Cámara ningún intento de introducir este tipo de principios en nuestro ordenamiento jurídico».

George Mellor

Otoño de 1812

Al igual que la práctica totalidad de los hombres sanos del West Riding, George Mellor y Ben Walker fueron arrastrados hasta Milnsbridge, la mansión de Radcliffe que hacía las veces de fortaleza personal, comisaría de policía y cárcel, donde les interrogaron con dureza por el homicidio de Horsfall.

Radcliffe estaba claramente nervioso, y quienes se cruzaban con él podían ver incluso cómo le temblaba la mano.[362] Seguía recibiendo cartas amenazantes; alguien había estado disparando al lado de su propiedad, y nadie decía ni una palabra sobre el asesinato, a pesar de que se había cometido a plena luz del día y delante de varios testigos.

Radcliffe tuvo que dejar que Mellor y Walker se fueran. No tenía ninguna prueba.

En Huddersfield, los meses posteriores a la derrota de Rawfolds y la muerte de Horsfall transcurrieron en un ambiente gris irrespirable. Fue un verano insoportable, obsesivo. Las noticias sobre el asesinato y la interminable ocupación hicieron que la popularidad de los luditas cayera en algunos barrios. Sin embargo, el movimiento seguía reuniendo armas en gran cantidad, tanto en el West Riding como en Lancashire. La creciente presencia militar provocó varias escaramuzas y los ataques a la maquinaria se ralentizaron.

Radcliffe había detenido a innumerables hombres, además de a muchas mujeres. A la mayoría los liberó llegada la hora por falta de pruebas. Pero no a todos.

Los hombres del magistrado arrestaron a Samuel Hartley, un pobre

tejedor que se había unido a los luditas por desesperación, y el episodio resultó tan traumático que a su mujer le dio un ataque al corazón y murió, como relata Peel:

> Cuando los alguaciles llegaron para arrestar a Hartley, su mujer sufrió una honda impresión al verlo indefenso rodeado de sus hijos llorosos y, de pronto, se desplomó con un grito ahogado. Pensaron que era un desmayo e intentaron reanimarla, pero pronto se dieron cuenta de que su atribulado corazón había dejado de latir, abandonando para siempre su pesada carga. [A Hartley lo trasladaron a una celda de York mientras] la afligida madre yacía muerta en la destartalada casucha que había sido su hogar.

Detuvieron a otros delincuentes menores, pero los asesinos de Horsfall y los principales implicados en el ataque a Rawfolds seguían sin aparecer. «A pesar de que muchos de los aliados luditas sabían la verdad, el secreto se mantuvo impenetrable durante varios meses. [...] La mayoría llegó a la conclusión de que nunca descubrirían a los homicidas».

Pero Radcliffe no desistió. Envío a sus hombres y a todos los vecinos a los que reclutó en virtud de la Ley de Guardia y Vigilancia a rastrear una y otra vez el pueblo y los alrededores.

Al final, la presión dio sus frutos con el joven tundidor William Hall, que un día fue a ver al magistrado y aceptó testificar contra sus compañeros a cambio de salvar el pellejo.[363] Admitió haber participado en la batalla de Rawfolds y en otras acciones luditas importantes, como el asalto a Francis Vickerman, y delató a Jonathan Dean, que ya estaba en la cárcel provisional de Radcliffe. Dean, acorralado, confesó.

Además, había aparecido otro testigo estelar.

Radcliffe se sentía más animado gracias al renovado fervor con el que Addington impulsaba la lucha contra los luditas desde Londres, a los informes de inteligencia que aportaban los confidentes de Maitland y al reciente «éxito» de los juicios de Mánchester: habían arrestado a más de una docena de luditas acusados por los motines del hambre y el incendio de la fábrica de Westhoughton, y los habían llevado a la cárcel del castillo de Lancaster a la espera de juicio. Las autoridades no hicieron ningún esfuerzo real por identificar y juzgar a los verdaderos organizadores o autores de los delitos; lo único que parecían tener en común los acusados era haber estado cerca de una zona en la que se habían producido

disturbios. Detuvieron a gente como Hannah Smith, una mujer discapacitada de cincuenta y cuatro años; a un hombre lisiado al que acusaban de haber usado las muletas para romper una ventana, o a Abraham Charlson, un chaval de solo dieciséis años.

Condenaron y sentenciaron a muerte a ocho personas, entre ellas, Hannah y Abraham.

Los convictos desfilaron por la ciudad camino del cadalso para el ahorcamiento público, un acto cuya obvia intención era enviar un espeluznante mensaje a la población. El periódico monárquico *Lancaster Gazette* publicó una crónica del suceso:

> El pasado domingo, a mediodía, se dio cumplimiento a la fatídica sentencia que pesaba sobre los ocho malhechores condenados a muerte por nuestro tribunal local: Hannah Smith (54 años), por amotinamiento y asalto de caminos, en Mánchester; Abraham Charlson (16), Job Fletcher (34), Thomas Kerfoot (26) y James Smith (31), por amotinamiento e incendio provocado de una fábrica, en West Houghton; John Howarth (30), John Lee (46) y Thomas Hoyle (27), por amotinamiento, allanamiento de un domicilio y robo de provisiones, en Mánchester.

Según la *Gazette*, se reunió «una amplia concurrencia» para presenciar el espectáculo. Sin embargo, la muchedumbre daba muestras de compasión y un palpable descontento.

Cuando el verdugo dejó caer la soga, Abraham, solo un adolescente, empezó a gritar aterrado y confuso. Un testigo de la ejecución, el doctor Taylor, lo describió como «un muchacho tan joven e infantil que llamó a su madre pidiendo ayuda en el momento de la ejecución, pensando que ella tenía el poder de salvarlo».[364]

Fue la «productividad» de los arrestos y los juicios de Mánchester lo que animó a Radcliffe a insistir con los sospechosos habituales. Publicó un recordatorio en el *Leeds Mercury* sobre la recompensa de dos mil libras y empezó a insinuar públicamente que estaba a punto de atrapar a los culpables, con la esperanza de que aparecieran los auténticos responsables. El plan funcionó. Poco después, el mismo periódico anunció el arresto y la imputación de varios hombres: «El magistrado local, Joseph Radcliffe, ha logrado recabar pruebas fehacientes y exhaustivas sobre el homicidio de William Horsfall. Los villanos acusados ya habían sido interrogados en varias ocasiones, pero en todas ellas quedaron en libertad porque las

evidencias disponibles resultaban insuficientes».

Uno de los sospechosos negó en rotundo todos los cargos hasta que comprendió quién lo había inculpado. Según el *Mercury*, «el acusado actuó con el mayor de los descaros hasta que vio al informante; entonces, le cambió el color y contuvo un grito. Cuando salió de la sala después de haber escuchado el testimonio del delator, exclamó "Maldita sea, me la ha jugado"».[365]

Lo habían delatado. El *Mercury* continuaba así: «Parece que ese hombre y otro han sido los cabecillas de todos los lamentables acontecimientos que se han producido en esta zona del país, en particular en el caso de la fábrica de Rawfolds. Esta operación conducirá a más detenciones».

El hombre al que habían identificado era George Mellor.

En el relato de *Ben o' Bill's*, Jack el Miliciano le cuenta a Ben cómo sucedió. George estaba trabajando cuando Radcliffe en persona salió hacia el taller de John Wood acompañado de un pelotón de seis soldados y un alguacil que llevaba la orden de arresto. Los soldados llegaron «en silencio», y Radcliffe se plantó en la puerta «con paso decidido» antes de que se dieran cuenta de que estaba allí. George «se mantuvo firme hasta el final», y Will Thorpe, al que también arrestaron, «estaba tan tranquilo como si estuviera acostumbrado a que lo acusaran de asesinato todos los días». También detuvieron a Thomas Smith.

Radcliffe hizo subir a los hombres al transporte que los conduciría hasta la celda. El pueblo de Huddersfield, que llevaba meses sufriendo el asedio de la ocupación militar, la vigilancia constante y la ley marcial, reaccionó en consecuencia.

«Cuando los empujaron al coche que los estaba esperando, George levantó la mano tanto como le permitieron los grilletes y gritó "¡Tres hurras por el general Ludd!"», aseguró Jack el Miliciano.

> Pero la gente estaba aterrada. Uno o dos compañeros respondieron entre la multitud y una mujer agitó su pañuelo, pero todos temían que los acusaran de colaboración; esas personas, que lo conocían desde que era un crío, se alejaron de él como si tuviera la peste.

Corrió el rumor de que Mellor había confesado el asesinato de Horsfall, pero el fiscal de Huddersfield se apresuró a desmentirlo. Escribió al general Acland, el oficial militar al mando de la región, para aclarar los hechos: en realidad, George se había negado a decir nada y tenía bastante

intimidados, o incluso asustados, a los agentes que lo custodiaban. También aprovechó para informarle de que, tras la caída de Mellor, habían detenido a un buen número de luditas en Huddersfield. Remitió la carta el 31 de octubre de 1812:

> Estimado general:
>
> No he tenido noticias de que Mellor haya confesado su culpabilidad ni considero probable que lo haga. Da la impresión de que morirá en la horca como el impasible villano que ha sido siempre.[366]

A George lo llevaron encadenado a la cárcel del castillo de York, donde lo encerraron en una celda solitaria. El líder de los mecanoclastas quedó atrapado entre las piedras de sus muros medievales.

Lady Ludd

Otoño de 1812

La estructura descentralizada del ludismo tenía sus puntos débiles, pero también le brindó a la rebelión la posibilidad de evolucionar y madurar como movimiento. Era un marco flexible que podía dar cabida a mucho más que el destrozo de la maquinaria, a medida que cambiaran los objetivos y las prioridades de sus participantes. El precio de los alimentos seguía estando por las nubes, así que, a finales de verano y ya entrado el otoño, en agosto y septiembre, las mujeres que encarnaban a lady Ludd encabezaron una serie de motines del pan, campañas de «descuentos por iniciativa propia» y ataques a máquinas en el West Riding y Nottingham.

Según un informe, se habían producido «notables alborotos entre la población durante toda la semana, tanto en esta localidad como en los pueblos colindantes, debido al alto coste del maíz». Tras la subida de precios decidida por un agricultor, los vecinos ya no podían permitírselo; se organizaron para incautar su maíz en el mercado y dejar sus sacos de trigo en la calle, al alcance de la gente hambrienta.

«Al atardecer, varios niños y mujeres, comandados por una de ellas, a la que distinguían con el tratamiento de lady Ludd, se pasearon por las calles formando un tumulto», informó el *Bristol Mirror*.[367] Por la noche, asaltaron un molino harinero y destrozaron las ventanas.

Se vivieron altercados similares en los pueblos cercanos, y en Sheffield

varios grupos, «encabezados principalmente por mujeres», obligaron a los vendedores de harina de trigo y avena a vender sus productos a un precio que los pobres pudieran pagar, en ese caso, tres chelines.

Dos días después, lady Ludd volvió a aparecer en Leeds, donde, con una turba a sus espaldas, confiscó verduras y forzó a los tenderos a bajar los precios. Al final, estas acciones llevaron a los propietarios a hacer una colecta, en la que se recaudaron setecientas libras, para ayudar a los necesitados que no tuvieran derecho a los servicios de beneficencia locales. El *Leeds Mercury* informaba: «la ciudad está sumida en la confusión, ya que nadie sabe hasta dónde pueden llegar estos actos de insubordinación una vez que han comenzado».[368]

Lady Ludd todavía no había terminado. En septiembre, su espíritu se hizo sentir en Nottingham ante la excesiva subida del precio del pan. El *Morning Chronicle* hizo esta crónica del reinado de lady Ludd:[369]

> El lunes por la mañana, un panadero de Nottingham cometió la temeridad de subir el precio de su harina dos peniques las catorce libras, a pesar de la terrible situación del mercado, lo que enfureció a las mujeres. Varias de ellas se hicieron con una caña de pescar, de la que colgaron una hogaza de medio penique teñida con ocre, de modo que parecía que la habían sumergido en sangre, y añadieron al conjunto un crespón [en señal de duelo]. Con este artilugio por estandarte, empezaron a recorrer las calles y pronto se les unió una gran multitud, incluidas dos mujeres que repartían octavillas y a las que se dirigían como madame y lady Ludd. La primera víctima de su venganza fue el panadero que había encarecido la harina: rompieron todos los cristales de la panadería y lo obligaron a bajar seis peniques el precio de las catorce libras. A continuación, la turba se dividió y actuó del mismo modo con prácticamente todos los panaderos y harineros de la zona, rompiendo cristales hasta que prometían cobrar el precio acordado.

En la algarada no participaron únicamente lady Ludd y sus seguidores, también se vio entre la multitud a varios de los soldados acantonados en Nottingham, que, en teoría, estaban allí para evitar ese tipo de disturbios. Aquella semana, el Ejército no les había entregado la ración de pan prometida por sus servicios.

B

Otoño de 1812

Aquellas asambleas sobre la destrucción de maquinaria y la difícil situación de los tejedores a las que B asistía en Mánchester se habían convertido en reuniones abiertas a impresores, recaudadores de deudas, sombrereros, hojalateros, albañiles, carpinteros y todo tipo de obreros.[370] Y, a pesar de los vaticinios de revolución de John Bent, los partidarios de la acción directa habían perdido terreno frente a quienes querían organizarse para lograr una reforma parlamentaria.

En junio hubo una reunión en el *pub* Prince Regent Arms, en Mánchester, para debatir y redactar una petición para el Parlamento a la que acudieron más de treinta hombres, algunos de ellos animados por el propio Bent. ¿Por qué deberían de haber desconfiado? Era un respetado comerciante de paños.

John Knight, un fabricante y político radical que rozaba los cincuenta, se encargó de presidir la sesión: hizo las presentaciones, pidió a todos que se identificaran con su nombre, oficio y ciudad, y leyó las resoluciones ya aprobadas. La petición reclamaba el fin de la guerra, representación democrática en la Cámara de los Comunes y la presentación al príncipe regente de un informe sobre la situación de la región. Los hombres debatieron la petición y Knight expuso a los presentes su oposición al destrozo de máquinas, asegurando que el camino que debían seguir era el de la reforma.

La charla continuó animada y sin incidentes hasta las once, cuando el adjunto del jefe de la guardia de Mánchester irrumpió en la sala armado con un trabuco y escoltado por treinta soldados. Todos los asistentes, un

total de 38 hombres, quedaron detenidos acusados de haber prestado un juramento ilegal.

B no se contaba entre ellos; quizás estaba al tanto de la redada o quizás se escabulló en el momento adecuado. En cualquier caso, fue otro espía, Samuel Fleming, un tejedor que actuaba como confidente, el que dio el soplo sobre la reunión. Los acusados, conocidos a partir de entonces como «los 38 de Mánchester» o «los 38 luditas», estuvieron en prisión hasta que se celebró el juicio dos meses después.

Mientras estaba en la cárcel, Knight escribió una carta a su esposa sobre las injusticias que querían combatir.

> Leemos sobre esos que suman casas a las casas y campos a los campos quedándose con el trabajo de los pobres a cambio de nada, y este sistema se perpetúa inalterable de tres modos. Primero, aumentando la renta de la tierra (aunque dicen que la tierra es del Señor y las personas somos las ovejas de sus pastos); segundo, aumentando los impuestos; tercero, mejorando rápidamente la maquinaria, que reduce la necesidad de trabajo manual y, por tanto, menoscaba los salarios.[371]

El juicio no tardó en convertirse en una auténtica vergüenza para la Corona. Fleming era su único testigo, y solo pudo confirmar la identidad de cuatro de los acusados. Aseguró que le habían propuesto «unirse» a la fraternidad ludita y que los hombres presentes le habían tomado juramento en el *pub*, pidiéndole que pusiera la mano sobre una Biblia, pero, por mucho que buscaron, las autoridades no encontraron ningún libro sagrado en aquella taberna. Además, el confidente se contradijo con la hora a la que afirmaba haber prestado juramento, antes de tomarse algo e irse.

En el estrado, un hombre, que no tenía ni idea de que Bent fuera un espía, argumentó que había asistido a la reunión porque lo había invitado el «respetable comerciante de paños».

Se trataba de la palabra de Fleming contra la de otros 37 hombres, quienes contaban con sobradas pruebas de que estaban colaborando en una iniciativa reformista, incluido un elaborado documento que plasmaba todas sus ideas. Fleming, por su parte, demostró ser tan poco fiable que incluso el juez se decantó por «cerrar la causa y liberar a los prisioneros», añadiendo que esa era solo su opinión y que la decisión correspondía al jurado.

A los 38 de Mánchester los pusieron en libertad casi de inmediato.

Sin embargo, resultaba obvio que aquellos hombres conocían las

tácticas luditas, y seguramente existían otros vínculos; además, que el ludismo estuviera evolucionando y algunas células optasen por vías reformistas pacíficas no iba a hacer desistir al Gobierno.

B empezó a perder la confianza del hombre que lo tenía a sueldo. Puede que el motivo fuera el bochorno por el fracaso judicial o el hecho de que el complot para derrocar a la monarquía del que insistía en avisar no llegara a materializarse nunca, pero lo cierto es que el coronel Fletcher y el Ministerio del Interior dejaron de prestar atención a sus informes. Al final, sus fantasiosas cartas se desvanecieron y el comerciante de paños convertido en espía y conocido como B desapareció de la historia.

El capitán
Francis Raynes

Otoño de 1812

El joven capitán Raynes había ordenado dirigir un destacamento al pueblo de Mottram, a las afueras de Manchester.

«Cuando llegamos, algunos de los caballeros más destacados, dueños de molinos y fábricas, me hicieron llamar para solicitarme ayuda militar en caso de que sus propiedades sufrieran algún ataque», relató más tarde en sus memorias.[372]

Raynes dudó, pues solo contaba con ochenta hombres y dividirlos habría dejado sus pelotones en inferioridad numérica frente a las nutridas fuerzas luditas de la zona. Finalmente, aceptó: «Dada de la necesidad de defender la propiedad de individuos de tanta importancia, a juzgar por las inmensas dimensiones de muchos de los edificios, y confiando en la superioridad de unos cuantos hombres armados y bien disciplinados frente a una banda de forajidos, decidí satisfacer su petición». El capitán recibía periódicamente informes sobre la actividad de los luditas, «que se reunían todas las noches a escasa distancia de nuestros cuarteles para hacer maniobras y celebrar sus asambleas», aunque sus patrullas nunca se los habían encontrado. Por supuesto, los luditas también tenían sus espías, «los cuales transmitían información al grupo sobre el camino que tomaban los soldados».

El capitán se propuso investigar esas reuniones junto con dos soldados y el coadjutor local. Salieron a medianoche y, tras haber recorrido poco más de dos kilómetros, se toparon con un buen número de luditas. A pesar de que Raynes había ordenado a sus hombres esconder las armas y ser

discretos, los mecanoclastas los oyeron llegar. La repentina presencia de militares armados los sobresaltó y empezaron a retirarse.

En lugar de huir, Raynes optó por ir tras ellos:

> Los seguimos, corriendo tan rápido como podíamos, mostrando nuestras armas y fingiendo que habíamos dado aviso al resto del pelotón. Me costó contener a mis soldados para que no abrieran fuego; eran orgullosos escoceses de las Tierras Altas, herederos del ardor por el que son conocidos los habitantes de esa zona, entregados fervientemente a la causa que defendíamos.

La treta de hacer ver que llamaban a más soldados para que diera la impresión de que tenían refuerzos no funcionaría durante mucho tiempo, y Raynes lo sabía: «Me pareció que lo más prudente era asegurar la retirada mientras todavía pudiéramos, ya que, en vista del número de hombres que aparecían en todas direcciones, pronto seríamos los perseguidos, en lugar de los perseguidores. Por ese motivo, nos refugiamos en una zanja a la espera de que todo estuviera despejado».

Era una táctica nueva para un ejército de ocupación que hasta entonces había estado bastante aletargado y que profesaba cierta simpatía por la clase trabajadora. Los luditas no estaban acostumbrados a que se acercaran por la noche a su propio terreno. «Puede parecer extraordinario que cuatro personas obligaran a huir a un grupo tan numeroso como el que había allí congregado, lo que solo se explica por la suposición de que hubiera muchos más soldados cerca y por el miedo que siempre está presente en estas actividades ilegales», escribió Raynes.

A la mañana siguiente peinaron la zona, sin encontrar ningún arma. El suelo estaba lleno de palos y garrotes, «que sin duda tiraron para acelerar su fuga».

Mary Godwin

Noviembre de 1812

Cuando Mary, de visita desde Escocia, volvió a la calle Skinner, le sorprendió encontrar a un huésped muy especial en casa. A la familia Godwin se había unido, por fin, Percy Shelley, el misterioso amigo por correspondencia de su padre.

El padre de Mary la tenía informada de las novedades sobre Percy desde que el joven heredero había anunciado unos meses antes que sería «el mayor honor»[373] servir a William Godwin como mecenas durante el resto de su vida. Le había hablado a Mary de las visitas de Shelley y sus amigos, que a Godwin le parecían bastante extraños, y de la vez que fue a visitar al poeta a su casa y se enteró de que este se había embarcado en una nueva aventura: estaba arrojando al mar botellas que contenían su nuevo tratado político, titulado *A Declaration of Rights* (Una declaración de derechos) [374]. (Una muestra de su contenido: «La generación presente no puede hipotecar la posteridad. Unos pocos no pueden comprometerse en nombre de muchos» [art.16] y «Ningún hombre tiene derecho a monopolizar más de lo que puede disfrutar» [art.28]).

No obstante, no se había materializado ninguna ayuda financiera. Y Godwin necesitaba el dinero desesperadamente; su librería había sufrido un incendio y las deudas lo asediaban. Antes de la visita de Shelley, el reformista Francis Place, amigo y asesor de Godwin, «le advirtió de que, de no conseguir una cuantiosa suma de dinero de su acaudalado y joven amigo, todo estaría perdido».[375]

Ahora, Mary acababa de regresar de la tierra de los sandemanianos, y allí estaba el alocado heredero y poeta, en carne y hueso. Christy, una

amiga de Mary, describió a Percy como «un joven encorvado, vestido sin ningún esmero, con la frente ancha y pálida, una alborotada melena de rizos castaños y unos ojos saltones de un color azul intenso». Aunque, si por algo causaba impresión, era por cómo consentía a su esposa, Harriet, que llevaba un espléndido vestido púrpura de satén. Percy seguía enemistado con su padre, que lo había repudiado, lo que estaba retrasando el mecenazgo prometido a Godwin.

Los Shelley quedaron fascinados con la familia Godwin, tanto por el arrogante intelecto de William como por la precocidad de su prole. A ello contribuyó que, durante los dos días que pasaron en Londres, estuvieron rodeados de notables personalidades de los círculos filosóficos, artísticos y literarios de la ciudad y pudieron conocer a pintores, escritores y eminentes pensadores. Mary, por su parte, estaba sacando lo mejor de sí misma. Ya se le había curado el brazo y la dermatitis pronto dejaría de molestarla. Sus amigos escoceses elogiaban constantemente «su inmaculada y luminosa piel, sus grandes ojos color avellana y la increíble gracia de su espectacular cabellera».[376] Era muy popular y recibía invitaciones para asistir a todas las reuniones sociales, en las que parecía que nunca dejarían de hacerle comentarios sobre sus padres y sobre las grandes expectativas que conllevaba ser su hija.

Otro eminente visitante de la casa de los Godwin era Robert Owen, empresario radical, propietario fabril y socialista utópico. Había llegado a Londres en busca de inversores y suministros para New Lanark, la fábrica y la comunidad que gestionaba de acuerdo con criterios de beneficio social. Se habían conocido durante una cena, y desde entonces, se habían hecho muy amigos y solían verse un par de veces a la semana. La filosofía de Godwin influyó en el pensamiento de Owen.

Owen se convirtió en un hombre rico gracias a sus fábricas, pero lo que lo hizo famoso fue su cruzada reformista. En New Lanark ofrecía mejores condiciones, educación y un sueldo más alto a los trabajadores, que estaban mucho más contentos que los de las fábricas de la competencia. En 1810, en un momento en el que los turnos de doce horas eran habituales, comenzó una campaña en favor de la jornada de ocho horas, que ya había instaurado en sus instalaciones. Políticos e industriales, entre ellos, personajes tan célebres como el futuro zar ruso, acudieron a New Lanark en busca de ideas para crear comunidades de trabajo y fábricas modélicas.

Las ideas de Owen no dejaban de evolucionar y crecer: por entonces, estaba pensando en cómo pulir y exportar los principios rectores de New

Lanark, e ideaba sus propias fórmulas comunales utópicas, con grupos de entre quinientos y tres mil trabajadores que podrían convivir en sociedades ideales autosuficientes. Como señaló el académico Paul R. Bernard, para él era primordial perfeccionar aquel entorno, y «los escritos de Godwin contribuyeron a afianzar la versión owenita del materialismo. Godwin sostenía que no existen las ideas innatas y que son las condiciones en las que viven los individuos las que determinan su carácter. Sin embargo, Owen no adoptó el anarquismo utilitarista de Godwin porque creía que la acción colectiva, coordinada mediante un órgano regulador, era el medio más eficaz para modelar una comunidad en beneficio de todos sus integrantes».[377] (También necesitaba que sus trabajadores siguieran cumpliendo sus normas para que la producción no se resintiese). Ambos «condenaban la agitación política» y «preferían la redistribución voluntaria de la riqueza, una meta que, a juicio de Owen, se podía lograr mediante la cooperación —señaló la historiadora Emma Barker—. Su ideal social definitivo era el de una sociedad descentralizada de pequeñas comunidades autónomas del tipo que Owen propondría en su modelo de aldeas. Podríamos considerar que Godwin se había quedado atrás y que Owen tomó su relevo en el nuevo siglo».[378]

Eso explica la popularidad de Owen y el interés que despertaba entre jóvenes como John Booth, quien lo veía como un estimulante ejemplo de fe en el progreso antes de ser asesinado por un sicario que defendía una fábrica automatizada.

Mary había visto a Owen en incontables ocasiones en la casa de la calle Skinner, e incluso llegó a hacerse muy amiga de su hijo. Pero fue el encuentro de aquella noche de noviembre, por lo demás anodino, el que dejaría una huella indeleble en su vida y en la cultura popular. De no ser por él, apenas habría cruzado unas palabras con Percy Shelley, ya que Mary llegaba exhausta del largo viaje por mar desde Escocia, y lo más probable es que hubiera pasado la velada en la cama, descansando, mientras los Shelley, Godwin y el resto de la familia cenaban. Según uno de los biógrafos de Shelley, «la reunión no tuvo ninguna importancia especial y transcurrió sin sobresaltos; nadie podía prever el drama que iba a producirse poco después». Shelley era un auténtico heraldo del drama; a sus veinte años, disparaba en todas direcciones y escribía feroces diatribas contra el Estado, la injusticia y, sí, la maquinaria.

Ya había compuesto varias estrofas de la que sería su primera obra importante publicada, que criticaba sin compasión la desmoralizante

influencia corruptora del poder. Godwin leyó las primeras páginas en diciembre y, a pesar de ser un poema épico radical que ponía en la diana algunos de sus blancos preferidos —la opresión gubernamental, el matrimonio y la cristiandad—, y a pesar de entroncar con muchas de sus ideas políticas, «no le impresionó». Se titulaba *Queen Mab* (La reina Mab), y esta es una de sus estrofas más famosas:

El hombre
de alma virtuosa ni manda ni obedece.
El poder, como una pestilencia desoladora,
contamina todo lo que toca; la obediencia,
flagelo de todo genio, virtud, libertad y verdad,
hace de los hombres esclavos y del cuerpo humano
un autómata mecanizado.

Lord Byron

Invierno de 1812

A Byron lo había convocado y adulado el príncipe regente; ahora lo citaban y lo cortejaban desde los círculos reformistas cercanos a la princesa Carolina, su esposa, de la que se había separado. La celebridad de Byron lo había convertido en un poderoso activo; a pesar de que hasta entonces su influencia parlamentaria había sido escasa, su prestigio en la cultura popular —y por tanto su potencial— era innegable. Los oponentes políticos del príncipe Jorge, los *whigs* a los que había desdeñado manteniendo a Perceval en su cargo, creían que Carolina podía ser una formidable aliada política, al igual que Byron.

Carolina Brunswick, princesa de Gales, había pasado años soportando las humillaciones y el desdén de su marido. Su relación siempre había sido una cuestión de conveniencia para el príncipe, que solo se había casado para conseguir que su padre pagara sus descomunales deudas. Cuando ella dio a luz a su hija, Jorge la acusó de adúltera, asegurando que la niña no era suya, e intentó que la excomulgaran para divorciarse de ella. Aunque la absolvieron, la prensa la vapuleó y ridiculizó. Hacía años que vivían separados.

Ahora su hija, la princesa Carlota —aquella joven que se puso en pie y alzó la voz cuando su padre traicionó a sus amigos y aliados políticos—, y los *whigs* estaban intentando aprovechar el descontento y sumar a su causa a los miembros de la realeza repudiados. Daba la casualidad de que Byron bebía los vientos en aquel momento por lady Oxford, una entusiasta reformista política amiga de Carolina. Ella tenía quince años más que él —el poeta la llamaba «mi hechicera»—, y supo conducirlo hasta el círculo

íntimo de la princesa, animándolo a unirse al empeño de la reforma política democrática. Lady Oxford era miembro del club Hampden, cuyo fundador y máximo activista era el mayor John Cartwright, el incansable reformista hermano de Edmund, el inventor del telar mecánico.

Byron pasaría largas veladas en Kensington, la mansión de la princesa Carolina. Adoraba a la princesa Carlota, y durante un tiempo fue su tutor. Lady Oxford, mientras tanto, intentaba instruirle sobre el movimiento reformista, pero el poeta ya estaba cansado de la política parlamentaria.

Había pasado el último medio año de escándalo en escándalo e intentando poner en orden su patrimonio y sus finanzas. A regañadientes, había aceptado vender la abadía de Newstead, su amada casa de la infancia, y, en cuanto la venta se hizo pública, aparecieron sus múltiples acreedores. Byron seguía teniendo deudas, a pesar de su espectacular éxito literario, y el comprador de Newstead todavía no le había pagado el importe acordado. Era un auténtico quebradero de cabeza.

Su perturbadora relación con Caroline Lamb se había convertido en un escándalo entre la alta sociedad. Tras unos cuantos meses de pasión, Byron había perdido el interés; empezó a tratarla con crueldad y ella se obsesionó todavía más, inundándolo de cartas. El poeta puso fin a la relación en octubre, pero siguió flirteando con ella, una situación que acabó con Lamb autolesionándose en público, haciéndose cortes en los brazos después de que él la insultara en un baile. Byron hablaba a menudo de irse de Inglaterra.

Su última incursión en la política fue un discurso en la Cámara de los Lores en defensa del mayor Cartwright, a quien habían detenido y llevado ante un magistrado en Huddersfield, donde estaba haciendo campaña a favor de la reforma democrática. Byron presentó una petición en nombre de Cartwright, un esfuerzo, el de salvar a un viejo radical, que no cosecharía ningún apoyo en el Parlamento. Con todo, dio el discurso, que fue mucho más directo y pragmático que su florida soflama en representación de los luditas.

Byron lamentó que Cartwright, un distinguido oficial con el rango de mayor, hubiera sido «secuestrado por una fuerza civil y militar y mantenido bajo custodia durante horas, sometido a las groseras y abusivas insinuaciones del oficial al mando», antes de «comparecer finalmente ante un magistrado, que no lo puso en libertad hasta haber examinado su documentación y comprobado que su detención no solo era injusta, sino que no podía imputársele cargo alguno».[379] Byron mencionó que la

afrenta a Cartwright, que defendía la democracia en Gran Bretaña de forma pacífica y paciente, era también una afrenta a sus miles de seguidores: «Espero que sus señorías tomen medidas para proteger y compensar al mayor, y no solo a él, sino también a todas las personas a las que se ha insultado y agraviado insultándolo y agraviándolo a él».

Ese fue el final de la carrera parlamentaria pública del poeta. Le disgustaba que el año dedicado a dar discursos y moverse en círculos políticos no hubiera supuesto ninguna victoria ni ningún cambio importante y, sin duda, le repugnaba el partido que ostentaba el poder. Según una de sus biógrafas, «la política lo había decepcionado totalmente. Byron aborrecía el talante aristocrático y conservador de lord Liverpool. [...] Su prioridad era derrotar a Napoleón y mantener el orden bajo la sombra de la locura del rey Jorge III. Al poeta le repugnaba la falta de visión del Gobierno, su ceguera ante la urgente necesidad de mejorar las condiciones de vida de los pobres».[380]

Durante la fiesta que el príncipe regente organizó para celebrar las victorias de Wellington en España, uno de los fuegos artificiales cayó por accidente en el vecindario y provocó un devastador incendio. A Byron, que estaba harto del príncipe regente, la política, Wellington, la guerra y todo lo demás, le pareció siniestramente divertido.

«Supongo que la luz de los fuegos se habrá visto esta vez desde Derby (o donde quiera que esté). Estamos recuperándonos del tumulto, los cortejos y los séquitos, de las frívolas cursilerías y de todo ese ruido y sinsentido de la victoria», le escribió a su amigo Thomas Moore.[381]

Gravener Henson

Invierno de 1812

Después de que la Cámara de los Lores enterrara el proyecto de ley de los calceteros contra los fraudes y los abusos, las élites y los funcionarios de Nottingham se prepararon para el resurgir de los mecanoclastas. Las instancias oficiales de las Midlands rogaron a Gravener Henson que hablara con los medieros para «calmar y moderar los ánimos».[382] Pero, a pesar de que había sido un golpe brutal y desconcertante, Henson estaba preparado para encajarlo. En vista del cambio de viento que hubo en verano, y antes de que la Cámara machacara el proyecto, Henson se volcó en la extensa red de contactos profesionales que había tejido, incluso en otros países, con el fin de diseñar una nueva forma de organización de los trabajadores.

Tras pasar la primera mitad de 1812 haciendo campaña por la protección laboral y los salarios decentes, dedicó el segundo semestre a poner en pie una estructura que pudiera luchar por esas metas de forma autónoma. Henson y el Comité Unido de Calceteros pretendían crear una alianza que fuera más allá de la petición de nuevas leyes y sirviera para aunar recursos y conseguir una influencia real frente a los propietarios fabriles de toda Inglaterra; una alianza capaz de hacer realidad los salarios mínimos sin ayuda externa. Bautizaron la alianza con un nombre tan inofensivo como insolente: Sociedad para la obtención de asistencia parlamentaria y para el fomento de la mecánica en aras de la mejora del mecanismo.

Sería «una asociación más estrecha y eficiente que todas las anteriores».[383] Redactaron sus normas y procedimientos con el máximo cuidado y solicitaron a varios abogados que revisaran los estatutos para

asegurarse de que no incumplían de ningún modo las Leyes de Asociación que prohibían la sindicación. La Sociedad era en realidad una federación de sociedades más pequeñas, cada una de ellas formada por entre treinta y cien miembros, con un comité ejecutivo que tenía sede en Nottingham. Cada socio pagaba una pequeña cuota que, multiplicada por miles de afiliados, sumaba un importe decente. Con todo ello, pusieron en marcha «un novedoso y sorprendente plan de acción»: «Las sociedades arrendarán todos los bastidores desocupados, aceptarán todos los encargos posibles y se los adjudicarán exclusivamente a las personas socias. Si un socio tiene un empleo con el que no está satisfecho, la sociedad le concederá un subsidio semanal hasta que encuentre un puesto mejor». Alquilar los telares parados mantendría la tensión en el mercado laboral, obligando a los empresarios lenceros a ofrecer salarios decentes y buenas condiciones o exponerse a que los trabajadores optaran por trabajar con las máquinas de la Sociedad. Después, la Sociedad vendería el paño directamente en Londres, generando beneficios para mantener el sistema en marcha.

Fue un año intenso para Henson. Se casó con Martha Farnsworth en la iglesia Saint Mary de Nottingham y, dos años después del comienzo de la rebelión ludita, encontró algo de paz en medio del caos y la decepción; ahora tenía ante sí otro rayo de esperanza.

A finales de 1813, la Sociedad que había ayudado a crear ya funcionaba a pleno rendimiento y había demostrado una notable eficacia: los trabajadores podían hacer huelga para reclamar subidas salariales sabiendo que contaban con un colchón. Aquel año, apenas hubo destrozos de telares en Nottingham. Poco a poco, las condiciones de los calceteros empezaron a mejorar. La Sociedad, que abría la puerta a un futuro en el que los trabajadores podrían negociar colectivamente, aprovechaba la única capacidad real de la que disponían para hacer frente a los propietarios de las máquinas: el apoyo mutuo, si bien los organizadores nunca estuvieron del todo seguros de que fuera completamente legal debido a la interpretación represiva de las leyes que tanto se practicaba.

Por este motivo, el escudo de armas de la Sociedad incluía, junto a los numerosos distritos representados, la imagen de un telar mecánico y un brazo empuñando un martillo. Su lema era *Taisez-vous*, que en la actualidad podría traducirse como «No abras la boca».

Ned Ludd

Invierno de 1812

Mientras el otoño de aquel año explosivo iba dejando paso al invierno, los escuadrones militares y las milicias comandadas por magistrados y emprendedores daban caza a los luditas, que parecían estar perdiendo fuelle.

Durante el último año, se habían anotado contundentes victorias, como la recuperación salarial, el abandono por parte de algunos emprendedores de la maquinaria automatizada o el hecho de haber captado la atención de todo el país sobre la penosa situación de los trabajadores industriales. También habían sufrido dolorosas derrotas: compañeros muertos o heridos en las acciones de Rawfolds y Stockport y otros ejecutados en Lancaster, el rechazo del Parlamento a todo intento de lograr reformas o compensaciones y la pérdida del apoyo público tras el asesinato de Horsfall. Eso era lo que había provocado la protección del emergente sistema fabril y la normalización de la automatización; una profunda incertidumbre se cernía todavía sobre el futuro.

El espectro de los luditas había crecido tanto que, a cualquier delito, ya fuera vandalismo, robo, amotinamiento o asociación ilegal, se le sumaba la acusación de ludismo. En una ocasión, Joseph Radcliffe arrestó a dos hombres que había asaltado y saqueado una casa; los acusó de «robo de corte ludita»[384] y los envió al castillo de York, a la espera de un juicio que podía saldarse con la pena de muerte. Allí se unieron a decenas de acusados de ludismo por el ataque a Rawfolds, por robo de armas o por juramento ilegal.[385] El destrozo de máquinas en el West Riding se ralentizó después del arresto de los presuntos cabecillas del movimiento en

la región: George Mellor, Will Thorpe, Thomas Smith y los demás. Solo en Huddersfield, habían investigado a más de un centenar de hombres.

Los espías seguían desplegados por toda la zona, presentando informes a los generales que ocupaban el norte de Inglaterra. «Se han alojado durante cinco semanas en casa de uno de los luditas, están ganándose su confianza y, aunque todavía no han entrado, esperan poder hacerlo pronto», decía uno de aquellos despachos.

Con todo, John Goodair, el empresario cuya casa había sido blanco de un asalto en Stockport, seguía decidido a abandonar la industria. Vendió su fábrica con todo su contenido, que, según el anuncio publicado en el *Manchester Advertiser*, incluía «maquinaria nueva y de gran valor, telares mecánicos y otros utensilios».[386]

Magistrados como Radcliffe y muchos grandes propietarios fabriles vivían como eremitas, sin salir de casa, con miedo a las represalias por su impopular e implacable persecución de los luditas.

El espíritu de la sublevación seguía vivo. Las acciones mecanoclastas había decaído en el West Riding, pero resurgían en Nottingham, quizás en respuesta al fracaso del proyecto de ley que los calceteros habían presentado en el Parlamento. Continuaban también los motines del hambre. En Gales, una estrategia organizada para detener el cercamiento de una tierra comunal obligó a los magistrados a solicitar ayuda militar al Ministerio del Interior.

La ciudadanía se resistía a la privatización de la tierra y protestaba contra la maquinaria política que erosionaba los bienes comunes.

Los luditas —unos escondidos; otros en la cárcel o fugados, dispersos por el país; algunos más todavía destrozando maquinaria en toda Inglaterra — tenían la vista puesta en un único lugar, el sitio en el que, cuando acabara aquel año turbulento, empezaría el juicio contra George Mellor, Thomas Smith y William Thorpe. Todos los ojos miraban hacia el castillo de York.

El juicio

George Mellor, William Thorpe
y Thomas Smith

Enero de 1813

Seis días después de otro lúgubre Año Nuevo, George Mellor, William Thorpe y Thomas Smith comparecieron ante el tribunal en el castillo de York.[387] Había tanta gente que a su abogado le costó abrirse paso para llegar a la parte delantera de la sala. De los sesenta y cuatro hombres encarcelados en ese momento en la fortaleza convertida en prisión, acusados de pertenencia al movimiento ludita, George, Will y Thomas fueron los primeros en ir a juicio. Según el informe de la Comisión Especial, los prisioneros «eran hombres jóvenes [...] de apariencia muy respetable».[388] A George le temblaba la mano.

El letrado Park, que encabezaba el equipo de ocho abogados encargado de la acusación, inició así su intervención:

> Parece imposible concebir un caso más claro que el que nos ocupa, a juzgar por la enorme cantidad de pruebas recabadas. La única conclusión posible es que los prisioneros que se sientan en el banquillo son culpables del delito que se les imputa. Solo podemos lamentar que tres jóvenes, el mayor de los cuales tiene apenas veintitrés años, se hayan puesto en esta situación. No obstante, también nos compadecemos del país, de todas esas personas que han sufrido en sus carnes o en sus propiedades los ataques de esta anárquica violencia.

A pesar de que lo que se juzgaba era el asesinato de Horsfall, la acusación también iba a convertirlos en el rostro visible del ludismo.

«Van ustedes a cumplir con el más importante de los deberes», señaló Park al jurado.

De acuerdo con el relato de *Ben o' Bill's*, la familia Bamforth había acudido a York para el juicio, incluidos Ben, el primo de George, y Faith, hermana del fallecido John Booth. Ben lo había pensado mucho antes de decidirse a perdonar a George: entendía sus motivos, compartía su dolor, pero no podía justificar en ningún caso el asesinato. La familia no obtuvo autorización para verlo. La noche antes del juicio, únicamente pudieron estar con él el abogado Blackburn, al que los Bamforth habían contratado por cien libras, y el pastor Webster, el clérigo que en una ocasión había advertido al padre de Ben sobre los peligros de la automatización.

Webster describió a Ben y al tío William su visita a aquella celda fría y oscura: «Pasó un tiempo hasta que mis ojos se acostumbraron a la falta de luz; sin embargo, en cuanto entramos, oí el ruido metálico de los grilletes y distinguí en la penumbra una forma que se levantaba en una esquina, debajo del ventanuco enrejado. Era George, pero no parecía él de tan delgado y demacrado. Sus ojos, esos ojos que yo conocía alegres y llenos de vida, han cambiado el brillo por una enfermiza desesperación. Olvidé el crimen por el que se le juzga y vi solo a un hermano, no, a un hijo, sufriendo una mortal agonía, y mi corazón lloró por él».

«¡Pobre George! ¡Pobre Matty!», musitó William Bamforth.

El pastor continuó su relato explicándoles que George, sin duda más acostumbrado a la falta de luz, lo reconoció al instante y le agradeció que estuviera allí: «Parecía que ni siquiera había reparado en el señor Blackburn. Las cadenas le impedían moverse con normalidad, pero estiró las manos hacia mí con tanta desesperación y ternura que las estreché entre las mías, y lo habría hecho aunque hubiera presenciado el crimen con mis propios ojos. George bajó la cabeza, llorando, con las lágrimas cayendo sobre esas manos entrelazadas que ya no eran del todo suyas ni mías; le levanté el rostro y lo besé en la frente».[389]

El primer pensamiento de George fue para su madre. Preguntó cómo estaba; mientras, el abogado revolvía sus papeles y tomaba compulsivamente polvo de rapé en una esquina. Webster le informó de que estaba allí Faith Booth, la hermana de John, y George dijo: «Quería a su hermano tanto como a Ben».

Entonces le tocó el turno a Blackburn, que repasó rápidamente sus

notas para el juicio del día siguiente. Cuando hubo acabado, el pastor Webster le pidió a George que rezara con él:

> No se negó. Se sentó en un pequeño bloque de piedra que le servía de asiento; yo me arrodillé, notando en el rostro los rayos de luz que se colaban entre los barrotes. Recé al buen Dios para que diera paz y consuelo a nuestro querido hermano, para que esta terrible pena pasase, desaparecieran los nubarrones negros y todo acabase con la enorme misericordia y compasión que su corazón alberga por todos y cada uno de nosotros, incluso por los parias y los pecadores.

El pastor empezó a sollozar y no pudo continuar hablando.

* * *

Cuatro días antes, el 2 de enero, el barón Thompson, uno de los hombres que presidían la Comisión Especial en York, se había dirigido al gran jurado que dictaminaría en el juicio. En su discurso, Thompson hizo una síntesis de los argumentos que solían emplear las autoridades contra los luditas, asegurando: «estos atroces actos contra las personas y la propiedad se produjeron de forma continuada, sin apenas remisión, durante prácticamente todo el año que acabamos de cerrar». Y añadió:

> Los luditas son una asociación malévola, muy peligrosa para la paz pública, con una enorme capacidad de destrucción de la propiedad y, en algunos casos, de la vida humana. [...] Su objetivo primordial es destruir la maquinaria, la cual, dado que reduce la cantidad de mano de obra necesaria en nuestras fábricas, consideran perjudicial para los intereses de las clases trabajadoras; una idea que sin duda les han inculcado personas insidiosas y con las peores intenciones, ya que no puede concebirse un argumento más falaz e infundado.

Thompson insinuó que los mecanoclastas eran borregos estúpidos que seguían ciegamente las órdenes de individuos «perversos» y manipuladores cuyo fin era obtener beneficios personales. Para la aristocracia era absurdo pensar que pudiera haber un movimiento organizado de la clase trabajadora y no iban a reconocer su existencia. Una de las claves de la condena de Thompson a los luditas era la necesidad de defender la

importancia de la automatización, así como los enormes beneficios de la fabricación en serie y la reducción de los precios para el consumidor. Insistió en que ese era el motivo por el que había que proteger la tecnología fabril costase lo que costase.

«Es probable que le debamos nuestra existencia a la maquinaria, que sin duda es la base de la excelencia de nuestras manufacturas. Cualquier cosa que rebaje los costes de producción de un artículo y, por tanto, su precio promoverá el consumo y la demanda. Dejar de usar maquinaria supondría el fin de nuestras fábricas». Como vemos, la agresiva condescendencia que suelen recibir quienes protestan contra la automatización, o contra la tecnología en sentido amplio, marcó el juicio de los luditas desde las primeras intervenciones.

Thompson erigió una falacia argumentativa que aún perdura: los luditas eran demasiado necios para entender que, a largo plazo, la automatización beneficiaría a todo el mundo.

No obstante, argumentar que un tejedor está ciego por pensar que una máquina que arruina su trabajo es «perjudicial» para sus intereses sí que es negarse a ver la realidad. Hay que ser muy iluso o muy hipócrita para sorprenderse de que una persona que tiene que trabajar para sobrevivir luche contra una tecnología que automatiza su oficio. Como apuntó con sorna el historiador Frank Peel, aquellos trabajadores «no entendieron que su obligación era tumbarse y dejarse morir», puesto que habían dejado de ser útiles para la industria y el Estado. La caricatura de la tecnofobia ludita, surgida de la mente de los emprendedores y las élites, cobró vida en aquel tribunal. Y ha perdurado durante siglos.

Ese desdén hacia el movimiento mecanoclasta, esa idea de que oponerse a la tecnología es oponerse al progreso, se sumó al desprecio generalizado por «las clases inferiores». Thompson se propuso impresionar al jurado alegando: «la insubordinación arde como la pólvora, [...] y es muy fácil dar el salto de arrasar la maquinaria usada en una fábrica a demoler el edificio. Cuando un gran número de hombres se asocian en pro de un objetivo ilegal, el paso de un delito grave a otro peor es muy rápido».

Esta descripción de los luditas como brutos que no pueden evitar cometer un delito tras otro se refleja también en el informe oficial de William Leman Rede, historiador del castillo de York:

> Las turbas luditas se componían de hombres a los que, por lo general, no afectaba el mal que decían combatir, el de la maquinaria. Eran hombres

> desocupados y disolutos, ignorantes y crueles, proclives a la brutalidad y el exceso, a quienes les resultaba más placentero robar por la fuerza que ganarse el pan con laboriosidad; hombres que, buscando algo con lo que entretenerse, se dejaban llevar por los efectos del alcohol y la presencia de numerosos colaboradores para perpetrar los crímenes más horrendos. [390]

Fue la combinación de estos dos prejuicios —la imagen de hordas bárbaras de pobres ignorantes que odiaban las máquinas porque no las entendían— lo que revistió al término ludita del carácter peyorativo que aún conserva. Del resto del discurso de Thompson se deduce también con bastante claridad que estos estereotipos surgieron para esconder la motivación real del Estado: el miedo.

«Ejércitos de hombres armados, formados en algunos casos por varios cientos de personas, a las órdenes de destacados cabecillas, atacaron, día y noche, los edificios en los que se empleaba maquinaria», recordó Thompson al jurado.

No podían tolerar una amenaza directa como esta, dirigida a los equipos que facilitaban la expansión del Estado industrial.

Traición

Desde su asiento en la parte de atrás de la agitada sala, Ben Bamforth veía la espalda de George mientras el fiscal esbozaba rápidamente la escena. Presentaron testigos que habían estado momentos antes con Horsfall en el *pub* Warren tomándose un ron con agua, testigos que presenciaron el asesinato público, testigos que lo vieron caer de su montura. Llamaron a declarar al hermano de Horsfall para que mostrara la bala con la que lo habían matado y los doctores que habían intentado salvarle la vida confirmaron que era esa. Pero ninguno de ellos podía señalar al culpable de haber apretado el gatillo. Para eso, necesitaban un delator.

Entonces apareció Ben Walker, el hombre al que Mary había llamado cobarde, el hombre que había ido con George, Will y Thomas a matar a Horsfall.

Cuando Radcliffe interrogó a Walker y a George en primavera, no consiguió nada y tuvo que dejarlos en libertad por falta de pruebas. Sin embargo, Walker estaba cada día más nervioso. No sabía leer, pero oyó decir a otro tundidor del taller, John Sowden, que ofrecían una recompensa

de dos mil libras, más de doscientos mil dólares actuales. Confesó su implicación a su madre, que fue a ver a Radcliffe para cobrar ese dinero. A George, Will y Thomas los arrestaron al día siguiente. Según las crónicas de los periódicos, fue Walker el que hizo que George palideciera.[391]

Walker era el testigo estelar de la Corona contra los líderes luditas y acababan de llamarlo para subir al estrado. Empezó su testimonio recordando una conversación sobre la derrota de Rawfolds.

«Entonces Mellor dijo que había que abandonar el método de atacar las perchadoras y empezar a disparar a los patronos. Eso fue más o menos lo que oí; dijeron que habían perdido dos hombres y que debían matar a los patronos», declaró.[392]

Walker describió con detalle todos los sucesos de aquel día: el plan había sido urdido espontáneamente en el taller de tundido de John Wood, y George lo había convencido para unirse al ataque a Horsfall. Los cuatro habían hecho el camino juntos; él y Tom Smith solo debían intervenir si George y Thorpe fallaban. Aseguró que él no llegó a apretar el gatillo.

> No recuerdo qué día dispararon a Horsfall, pero sí que aquel día yo estaba en el taller de Wood. Smith y Mellor estaban trabajando en una habitación y yo en otra. Estuve con Mellor alrededor de las cuatro o las cinco de la tarde, y allí estaban también William Hall, mi padre y Wm. Walker. Me preguntó si iría con él a disparar a Horsfall. Después se fue a tomar algo y estuvo fuera una media hora. Cuando volví, me encontré a Mellor en el taller; me dio una pistola cargada y dijo que tenía que ir con él a matar a Horsfall, me explicó que llevaba proyectiles grandes, que estaba cebada y llena de pólvora casi hasta arriba.

Ben Walker confirmó al tribunal que prestaba testimonio con la esperanza de conseguir la recompensa.

La prensa se deleitaba con el sensacionalismo del juicio, aportando testimonios adicionales que pintaban a George como el general Ludd del West Riding, un personaje que tenía más de leyenda que de realidad.

William Hall también testificó contra George, Thorpe y el resto de sus compañeros luditas, confirmando a grandes rasgos la historia de Walker y aportando, además, pruebas para inculpar a quienes participaron en el ataque a Rawfolds.

Hall se lo contó así al jurado: «Aquel día, entre las cuatro y las cinco de la tarde, Mellor se me acercó para pedirme la pistola rusa. Es un arma con

el extremo de hierro, tornillos en los laterales y el cañón de casi un pie de largo; en una ocasión me dijo que la había traído de Rusia».

El relato contra George quedó bien planteado y detallado, a pesar de ciertas lagunas y contradicciones.[393] (Para empezar, según las horas que había mencionado Walker, deberían haber salido de la tundiduría inmediatamente después de la propuesta de George de asesinar a Horsfall para que les hubiera dado tiempo a llegar al lugar de la emboscada). Se dijo que George había suplicado a Thorpe, Ben y Thomas que lo ayudaran a conseguir armas y que enseguida había encontrado la pistola. Los confidentes aseguraron haber visto cómo cargaba el arma y tramaba el plan para disparar desde los dos lados cuando llegara Horsfall.

Joseph Mellor, el primo de George, testificó que este le había dado dos pistolas a su aprendiz el día del asesinato de Horsfall y le había pedido que las escondiera. (En el West Riding sabían que Joseph Mellor había aceptado presentarse como testigo y alguien le había disparado fuera de su taller antes del juicio; ya fuera solo una advertencia o un intento real de asesinato, el objetivo era impedir que acudiera a prestar testimonio).

George no dijo absolutamente nada, ni dentro ni fuera del tribunal.

Sin confesión

La única esperanza de los luditas, si es que había alguna, era enmarañar el relato de los hechos presentado por la acusación.[394] La defensa intentó aportar coartadas gracias a compañeros leales, desacreditar a los informantes como mentirosos movidos por la avaricia y argumentar que los tres acusados ni estaban ni podrían haber estado presentes en el momento del tiroteo.

Varios hombres, la mayoría de ellos tundidores, herreros y tejedores, testificaron que estaban con ellos en el momento del asesinato y cuestionaron el carácter de los delatores. Un hombre llamado John Womersly afirmó haber estado con Mellor cuando se produjo el homicidio y dijo tener un documento relativo a un pedido de paño para demostrarlo. Otro aseguró que había visto a los hombres a las afueras de Huddersfield, en un lugar demasiado alejado como para que les hubiera dado tiempo a llegar al lugar del crimen.

Una docena de hombres subieron al estrado para dar fe de su carácter y rectitud, defendiéndolos hasta el final. No sirvió de nada.

El resultado del juicio estaba claro por múltiples motivos: George, Will y Thomas habían hablado abiertamente de sus intenciones en el taller, dando por hecho que nadie abriría la boca; los detalles aportados por los delatores eran muy convincentes, y el Gobierno había emprendido una entusiasta campaña para condenar a los mecanoclastas y los subversivos (los fiscales y los representantes municipales habían sorteado la obligación de convocar un jurado ordinario mediante la aprobación de uno de emergencia compuesto por fabricantes y otros potentados de la localidad).

A pesar de todo, los luditas se negaron a responder a las preguntas, manteniéndose fieles a su juramento. Al final del juicio, antes de que el jurado se retirara a deliberar, les dieron una última oportunidad de aportar cualquier información que pudiera interpretarse en su favor.

La deliberación duró solo veinticinco minutos. A los tres los declararon culpables de asesinato premeditado. El juez, Simon Le Blanc, preguntó a los hombres si había algún motivo por el que no debiera imponerles la pena de muerte.

—No diré nada salvo que no soy culpable —respondió George.

—No soy culpable, señoría; las pruebas presentadas contra mí son falsas, eso es todo lo que tengo que declarar —dijo Thorpe.

—No soy culpable, señoría —añadió Smith.

El juez no disimuló su desprecio:

> Estamos ante el crimen más horrendo. Lo cometieron contra un hombre que, según parece, no incurrió en ninguna falta contra ninguno de ustedes y al que solo podemos considerar sospechoso de haber demostrado su hombría, pues expresó su firme resolución de enfrentarse a quienes se han arrogado el derecho a atentar contra la propiedad y contra la vida de cualquiera que, como él, anime a otros a hacer lo que espero que todavía estén dispuestos a hacer muchos hombres de este país: defender su propiedad con arrojo y gallardía.

En el momento de ejercer su autoridad y decidir el destino de los luditas, el juez ni siquiera contempló los daños que Horsfall, sus máquinas y su fábrica podían haber infligido a los trabajadores; únicamente celebró la viril violencia con la que Horsfall había decidido conducirse en nombre del avance de sus intereses empresariales.

George, Thorpe y Thomas fueron condenados a morir en la horca y se fijó la fecha de la ejecución para dos días después.

* * *

La víspera de la ejecución, en la fría y húmeda oscuridad de la celda, el pastor Webster le imploró a George que confesara sus pecados. No lo hizo.

—Prefiero estar en esta situación, por espantosa que sea, que tener que responder por la atrocidad cometida por ese delator —aseguró, refiriéndose a Walker—. No me cambiaría por él ni siquiera por la libertad y las dos mil libras.

La justificada indignación de sus palabras sigue resonando incluso hoy. No habría confesión.

—Perdona a tus enemigos, hijo, y abandona este mundo pecaminoso en paz con la humanidad —insistió Webster.

—No tengo nada que perdonarle a nadie, salvo a Ben Walker —contestó George.

El viejo pastor aceptó transmitirle un mensaje, y un ruego, a su primo Ben: «Le deseo que sea muy feliz y le pido que olvide y perdone las horribles cosas que le dije la última vez que nos vimos».

Después pidió que durante la ejecución Ben se colocara en un sitio en el que pudiera verlo, para que en esos últimos segundos pudiera recordar su hogar y «a los seres queridos que dejaba allí».[395]

Perdón

Hacía un frío helador cuando condujeron a los tres hombres al cadalso. A su alrededor, no se percibía ni rastro del ambiente carnavalesco habitual en muchos de los ahorcamientos de aquella época, sino una doliente solemnidad. Los miles de personas allí congregadas parecían indispuestas, en un estado de ánimo a la altura de la opresiva y gélida niebla de enero. Los luditas eran héroes del pueblo, vándalos, los nuevos Robin Hood, asesinos, enemigos de Gran Bretaña, el sostén de los que se morían de hambre. Eso si aquellos hombres eran realmente luditas, porque ese era el quid de la cuestión: no había forma de saberlo. El ludismo, disperso y amorfo, podía morir en la horca o surgir de la multitud reunida ante el patíbulo.

Varias compañías de caballería vigilaban la zona para impedir cualquier intento de fuga o rebelión, dentro o fuera del castillo de York. Los soldados estaban apostados, listos para entrar en acción. Los que avanzaron fueron tres jóvenes de poco más de veinte años.

El verdugo les puso la soga al cuello. Había llegado el momento de las últimas palabras. Se hizo un silencio sepulcral; ricos y pobres ansiaban oír el discurso definitivo de este general Ludd. Como en el juicio, el desenlace les decepcionó, aunque, en el instante final, George miró a Webster, después a Ben, y habló.

—Puede que algunos de mis enemigos estén aquí. Si es así, les perdono sin reservas —proclamó, y tras una pausa añadió—: Perdono a todo el mundo.[396]

Se abrió la trampilla, los luditas cayeron al vacío y, de repente, se detuvieron. Todo el mundo se quedó estupefacto: no les quedaba más remedio que ver cómo los reos se retorcían y jadeaban intentando coger aire. En aquella época, la costumbre era que los cuerpos descendieran lo suficiente para que los condenados murieran fuera de la vista del público. Pero habían sido víctimas de una última innovación. Por orden del Estado, los verdugos de York habían reconfigurado el dispositivo letal, de modo que la caída se detuviera a medio camino y la gente, presa de la repulsión, pudiera contemplar el rostro y el torso de los ajusticiados.

La muerte de George a los veintitrés años, junto a sus amigos y compañeros luditas, quedó marcada por un último avance mecánico.

Ned Ludd en el juicio

Durante la semana siguiente, otros quince hombres fueron condenados por delitos relacionados con la actividad ludita —destrozo de maquinaria, robo de armas o destrucción de propiedad privada—, muchos de ellos por el asalto a Rawfolds.

William Cartwright testificó contra los hombres que habían atacado su fábrica, arrebatándoles toda esperanza. Blackburn, el abogado defensor, se encontró con Cartwright en el pueblo y, en un último intento de evitar más derramamiento de sangre, le insistió en que firmara una petición de clemencia para los luditas.

Cartwright le respondió por carta, expresándole su incredulidad y su rotunda negativa: «He leído con asombro las peticiones que me ha entregado. No puedo sino sentir una profunda compasión por esos hombres desgraciados a los que han manipulado y deploro tanto como cualquiera el engaño que han sufrido, pero el sentido del deber que me ha guiado siempre me obliga a no interferir en el curso de la justicia, no hasta

después de que haya dictado la más satisfactoria resolución».[397]

Se firmaron catorce sentencias de muerte, un número de ejecuciones simultáneas nunca visto en York. Cuando se dieron cuenta de las consecuencias prácticas de aquella cantidad inédita de condenas, los fiscales preguntaron al barón Thomson si los reos debían ser ajusticiados de uno en uno o todos a la vez.

Se dice que la respuesta del juez fue esta: «No, señorías, creo que colgarán más cómodamente en dos tandas».

A las once de la mañana del 16 de enero de 1813, los siete hombres que componían el primero de los dos grupos de luditas iniciaron su marcha hacia el cadalso. Custodiados por una nutrida guarnición de soldados y ante una gran multitud, se dirigieron a la muerte cantando el himno religioso «Contemplad al salvador de la humanidad».

Contemplad al salvador de la humanidad
clavado al árbol de la vergüenza.
Cuán grande es el amor que lo ha llevado
a derramar su sangre y morir por vosotros. […]

Tu pérdida reparó nuestra ruina;
aniquilando la muerte con la muerte;
Tu larga agonía nos elevará
hasta tu reino de gloria.

Cuando se abrieron las trampillas y los siete cayeron para encontrar su final, la multitud quedó horrorizada. Tantos hombres, la mayoría de ellos jóvenes, la mayoría con familia, ajusticiados en masa, colgados no por un crimen tan espeluznante como el asesinato, sino por organizar una rebelión para defender su medio de vida. Era el nuevo coste que había que pagar por intentar desmantelar a la fuerza aquella maquinaria pensada para el lucro.

Según el *Leeds Mercury*, «fue una escena de una crueldad inenarrable. La presencia de los guardias supuso un espanto todavía mayor, ya que hizo que pareciera una ejecución militar».

A petición de uno de los ajusticiados, William Hartley, el *Mercury* publicó la lista de los familiares que dejaba cada uno de los luditas: «La mayor parte de estos desdichados estaban casados y tenían familia. William Hartley tenía siete hijos; la madre, felizmente para ella, murió hace medio

año. John Ogden deja mujer y dos hijos; Nathan Hoyle, mujer y siete hijos; Joseph Crowther, a su esposa embarazada y cuatro hijos». El saldo total de aquel día ascendería a trece mujeres viudas y cincuenta y siete niños huérfanos de padre.

En aquellos tiempos, si la familia no reclamaba el cuerpo de un fallecido, se entregaba el cadáver a los médicos del Ejército para hacer prácticas y estudios forenses. La necesidad de cuerpos era tal que el año anterior se había disparado la profanación de tumbas. A los luditas ejecutados los diseccionaron.

Hubo más juicios; a decenas de condenados los deportaron a Australia y a muchos más los sentenciaron a morir en la horca, como a un calcetero acusado de robo en Nottingham. Otro ludita, John Lumb, que había escapado del cadalso en York, murió en un accidente a bordo del barco que lo llevaba a las colonias australianas. Al anciano John Baines, el artesano y reformista político, y a sus dos hijos los condenaron a siete años de exilio por tomar juramentos. Sumando los ajusticiamientos de la Corona y los asesinatos perpetrados por los guardias armados de los empresarios, desde el invierno de 1812 hasta el de 1813 murieron entre cuarenta y cincuenta luditas. Horsfall fue la única víctima de los trabajadores.

Se desató una espiral de juicios y de ejecuciones a los que se daba la máxima publicidad para hacer mella en la opinión pública. El objetivo era demostrar que, tras la lenta respuesta de 1811, la Inglaterra de lord Liverpool castigaría a conciencia cualquier amenaza a la capacidad industrial y el orden político del país. Más que procesos justos fueron farsas judiciales celebradas en beneficio de las élites y los emprendedores.

Después de las ejecuciones, un cuáquero llamado Thomas Shiltoe emprendió un viaje por el West Riding para dar consuelo a las familias de los luditas ejecutados.[398] Su diario ofrece una buena imagen del descarnado sufrimiento que atenazó a las familias de los fallecidos:

> Continuamos hasta la casa de la viuda y los cinco hijos de [Jonathan] Dean, en Longroyd Bridge, quien fue condenado por amotinamiento. La viuda parecía sufrir la mayor de las aflicciones ante el desamparo y la orfandad de sus hijos; el mayor tenía unos ocho años: el más pequeño, apenas unos meses. Hasta la última fibra de nuestro cuerpo capaz de sentir compasión se estremeció al verla en ese estado de angustia y nos sentimos en la obligación de actuar. Después visitamos a la viuda de John Walker, acusado también del mismo delito, y a sus tres hijos, uno

de los cuales era todavía un niño de pecho. El dolor que se apoderó de mí al conocer a aquella familia me hizo pensar por un instante que ningún ser humano sería capaz de soportar el tormento de las visitas que todavía nos restaban.

Cuando Percy Shelley, que todavía estaba trabajando en su revolucionario poema *Queen Mab*, leyó las noticias sobre las ejecuciones luditas, también quiso ayudar de algún modo. Pocos días después del ahorcamiento, «Harriet Shelley se ofreció, en nombre de su esposo, a organizar una colecta para socorrer a las familias de los catorce hombres ejecutados por su participación en actividades luditas».[399]

El Gobierno, por su parte, consideró que los juicios y su estrategia para acabar con el movimiento habían sido todo un éxito, de lo que dejó constancia la Comisión Especial de York: «Durante los meses previos a la audiencia judicial extraordinaria, los disturbios de Yorkshire y del resto de las regiones del reino dedicadas a la producción apenas remitieron; sin embargo, este colosal ejemplo, destinado a quienes pretendan infringir las leyes nacionales, ha servido para restaurar y afianzar la tranquilidad pública».

Los delatores habían escapado de la horca a costa de no volver a conocer la paz en toda su vida. William Hall sufrió tal rechazo y hostigamiento que dejó su trabajo en el taller de John Wood, se marchó del pueblo y no volvió a aparecer por Huddersfield. Ben Walker no huyó, pero se convirtió en *persona non grata* en el West Riding, «señalado para siempre por el dedo acusador del desprecio», rechazado por sus compañeros y tratado como un soplón oportunista. Nunca recibió la recompensa que le había prometido el Estado por testificar y acabó sus días mendigando en la calle.

Dijera lo que dijera la fiscalía de York, no fue una época tranquila. En Bristol, un grupo de ciudadanos iracundos derribó una estatua de Jorge III.[400] El capitán Francis Raynes arrestó a un individuo que amenazaba con cobrarse venganza en nombre de los luditas ejecutados. Joseph Mellor, que declaró que su primo George había escondido la pistola en su taller, también recibió una carta amenazante.

Contenía este texto: «El general Ludd reclama sangre por sangre».[401]

La invención de los luditas

«Si los luditas no hubieran existido, sus detractores los habrían inventado», escribió Theodore Roszak en la década de 1990.[402] Los defensores más ardientes de la industria tecnológica, los emprendedores y ejecutivos más entusiastas, necesitan un hombre del saco, un medio para imponer la idea de que oponerse a las nuevas tecnologías —y a sus productos y servicios— ha sido, es y será ridículo. Fue así con las tejedurías y las hiladoras hidráulicas en la década de 1810, y así siguió siendo con las cadenas de montaje automatizadas en los años cincuenta, los monopolios informáticos de los años noventa o las iniciativas de inteligencia artificial de la década de 2020.

El término ludita se distorsionó y pasó a la historia para designar a una persona ignorante (como poco), alguien que se opone a la tecnología ciegamente y, sobre todo, que hace gala de una resistencia condenada al fracaso. No lo usamos para referirnos a alguien que se dedica a recopilar y producir herramientas para una sublevación siguiendo una estrategia metódica y sistemática. Es probable que quien conociera la palabra antes de leer este libro la entendiera como un insulto. Incluso aunque no la pronunciemos habitualmente, los valores que encarna, tan antiguos como nuestros primeros contactos con la técnica, parecen estar siempre ahí: oponerse a la tecnología es oponerse al futuro y a la prosperidad, cuestionar la tecnología es un acto retrógrado. Sin embargo, como señala Roszak, «existe tal desprecio por los luditas que sus críticos nunca han sentido siquiera la necesidad de descubrir quiénes fueron y qué querían».

El auténtico ludismo fue, como no podía ser de otro modo, un movimiento complejo y poliédrico impulsado por distintas quejas y demandas. La imagen de los luditas que tenemos la mayoría, la de los estúpidos mecanoclastas, es una ficción. Es el mito que inventaron sus detractores, no la fuerza táctica, bien organizada y con una sólida justificación moral que desafió el auge de las fábricas y la gestión empresarial en la década de 1810. Basta con recurrir a la forma más rápida de buscar información en el siglo XXI: Google nos explica que ludita es un adjetivo peyorativo para describir a «una persona que se opone a las nuevas tecnologías o formas de trabajar», e incluye esta frase de ejemplo: «Un ludita corto de miras que se opone al progreso».[403]

Corto de miras. Nuestra fuente de consulta más accesible ofrece una definición despectiva y ofensiva; nos han contado que los luditas rompían las máquinas por miedo y cerrazón, presa de la ira y el dogmatismo. Piensa ahora en la filosofía de Silicon Valley que ha pasado a formar parte de la corriente dominante —los mantras de que hay que moverse rápido y alterar paradigmas, de la regulación como enemiga de la invención y de la necesidad de «disrupción» a cualquier coste— y en cómo estos axiomas han arraigado de tal modo en nuestra vida y nuestras políticas que parecen una cuestión de sentido común. Piensa en todas las críticas, dudas y recelos hacia la tecnología que se descartan sin miramientos con un despectivo «no seas ludita». O en lo conveniente que les resulta a las empresas defensoras de la disrupción y las transformaciones que se acuse de ludismo a quien se opone a sus rentables tecnologías.

¿Te parece lamentable que los únicos trabajos que te ofrecen sean encargos por horas gestionados mediante una aplicación, y que la empresa te pague según los dictados de un complejo y opaco algoritmo que da la impresión de cambiar los sistemas de cálculo de una semana para otra, de modo que nunca sabes lo que vas a cobrar? Pues te equivocas; esa aplicación es el futuro del trabajo flexible. Lo tuyo es ludismo; lo dicen bien claro los consejeros delegados, los consultores empresariales y los escribas corporativos que abogan por esta forma de trabajar.[404]

¿No te hace gracia la insinuación de tu empresa de que tu trabajo en el almacén lo va a hacer a partir de ahora un brazo robótico y de que, si no te despiden, vas a tener que producir al mismo ritmo que ese nuevo artilugio? Esa es una actitud ludita. ¿Te molesta tener que abrirte paso entre una maraña incomprensible de menús y páginas web para que la compañía de seguros, la empresa del gas o el Estado puedan aprobarte o denegarte

automáticamente ese servicio esencial? Sus incondicionales te dirán que tienes que ponerte al día, pues estos programas automáticos reducen costes y optimizan el proceso. Ludita, que eres un ludita. ¿Te desespera ese afán de meter la IA con calzador en absolutamente todo lo concebible e inconcebible con el fin de encontrar nuevas fuentes de ingresos? Ludita. ¿Te preguntas si no sería conveniente dar marcha atrás y dejar un poco de lado esos dispositivos móviles que nos han enganchado sin remedio a las pantallas? Ludita, más que ludita.

¿Te chirría que el primer resultado que te presenta Google al buscar la palabra ludita sea su propia definición del término, una definición según la cual los pioneros de la lucha obrera eran imbéciles que se oponían a la tecnología? Sí, tú también eres un ludita, Google acaba de etiquetarte.

Casi al mismo tiempo que los mecanoclastas, surgieron corrientes filosóficas críticas con la tecnología en general —o que mostraban una oposición frontal a ella— debido a la preocupación por lo que se podía perder o ganar con respecto a la experiencia vivida. La fusión de estas ideas con el ludismo fraguó un análisis erróneo de los objetivos originales del movimiento. En parte, fue un equívoco intencionado. Los propietarios fabriles y otros adalides de la industria necesitaban presentar a los luditas como idiotas reaccionarios para atemperar la disidencia. Pero fue un truco de feria. Los luditas protestaban contras las máquinas que consideraban «detestables» para su oficio; era una reivindicación económica, a pesar de sus consecuencias sociales. No se lamentaban por la repercusión de la maquinaria en su cultura, ni por cómo pudiera afectar a la capacidad de concentración, a la salud o al medio ambiente; lo que intentaban era proteger sus intereses económicos, su comunidad y su libertad personal.

Hay una larga tradición de críticas a la tecnología que se retrotrae al menos hasta el *Fedro* de Platón, donde encontramos un diálogo entre el rey egipcio Thamus y su principal inventor, el dios Theuth. Thamus está alabando los numerosos descubrimientos de Theuth cuando de pronto llega a la escritura, una novedad en la sociedad egipcia. En una célebre conversación diseccionada por teóricos como Marshall McLuhan y Neil Postman, Thamus advierte a Theuth contra la letra escrita, alegando que «quienes adquieran esa habilidad dejarán de utilizar la memoria y se tornarán olvidadizos».[405] Si hoy alguien usara ese argumento para sostener que los teléfonos inteligentes nos hacen más tontos, lo llamaríamos ludita.

La nómina de críticos con la innovación y el «progreso» es infinita e

incluye, entre otros, a Sigmund Freud, Henry David Thoreau, Ted Kaczynski o ciertas sectas *amish*. En *Walden*, Thoreau escribió unas palabras que han pasado a la historia: «Nuestras invenciones suelen ser bonitos juguetes que nos distraen de las cosas importantes. No son más que una forma mejor de lograr un fin que no ha mejorado ni un ápice y al que ya era demasiado fácil llegar». Sin embargo, sostener que debemos volver a una forma de vida más rural y centrada en la naturaleza no es ludismo, sino bucolismo. Y ese sentimiento que te asalta cuando el portátil se queda colgado y quieres tirarlo por la ventana no es ludismo, es pura y simple rabia.

Este solapamiento ha pervivido durante tanto tiempo porque una esfera engloba completamente a la otra; las generaciones más jóvenes de consumidores, usuarios tecnológicos y creadores culturales no dudan en tildar de desfasados a quienes despotrican contra las novedades que se ponen de moda: este menosprecio sirve para mantener el *statu quo*. En 1998, por ejemplo, cuando el Gobierno de Estados Unidos acusó a Microsoft de imponer un monopolio en el sector del *software*, su abogado defensor se puso en pie ante un tribunal de Washington para decirle al juez que el proceso judicial se había convertido en «el regreso de los luditas».[406] El letrado de Bill Gates, John Warden, explicó a una audiencia que no tenía ni idea de historia inglesa que los luditas fueron una banda de trabajadores que destrozaban máquinas «para interrumpir el avance del progreso impulsado por la ciencia y la tecnología». En 2014, la prensa conservadora llamó luditas a los grupos de presión del taxi cuando intentaron ralentizar el rápido crecimiento (debido a la elusión reglamentaria) de Uber y Lyft, un calificativo que se empleó con un despectivo tono de burla, dando a entender que su intento estaba condenado al fracaso. Un columnista[407] resumió así ese desdén: «No conozco a mucha gente que todavía lleve ropa cosida a mano».[408]

En parte, la descarnada ridiculización de la que han sido objeto los luditas se debe a lo fácil que es mirar alrededor y ver el resultado de su batalla perdida. El sistema fabril ha dominado los dos últimos siglos de producción industrial, un periodo marcado por el enfrentamiento entre patronos y trabajadores, así como por el abismo de desigualdad generado. Podemos afirmar indolentemente que esta situación es inevitable y siempre lo será: es la tecnología, no la gente, la que crea un mundo de ganadores y perdedores; además, dada su supuesta capacidad para acabar situando a más personas en el lado de los ganadores, es absurdo protestar contra su

avance.

No obstante, es todavía más absurdo pretender que no hay alternativas, pensar que la tecnología, ese producto colectivo del ingenio humano, solo puede llegar a la sociedad a través de transformaciones radicales y temerarias, o que es inconcebible integrar la tecnología en nuestra vida de forma prudente y democrática. Si somos capaces de automatizar la producción a gran escala, construir naves espaciales o inventar inteligencias artificiales, ¿no vamos a tener la capacidad para asegurarnos de que el avance de la tecnología beneficie a todo el mundo y no solo a unos pocos?

El auténtico ludismo consistió en identificar el punto exacto en el que las élites estaban usando la tecnología en detrimento de las personas y organizar el contraataque. Este es un aspecto fundamental: el ludismo es perfectamente compatible con la tecnología e, incluso, con el amor por la tecnología. El telar manual, por ejemplo, hizo posible el *modus vivendi* de los luditas mucho antes de que naciera el movimiento; de hecho, valoraban tanto ese estilo de vida que empuñaron las armas para defenderlo. La clave del asunto es, obviamente, cómo se despliega la tecnología.

Antes de que los gigantes tecnológicos actuales nos arrinconen por completo, debemos plantearnos estas preguntas: ¿esa tecnología sirve para canalizar beneficios hacia arriba a costa de degradar oficios y alterar sociedades?; ¿las personas que dependen de esos sistemas que la innovación va a transformar radicalmente han podido decidir de forma democrática sobre los cambios?

La historia de los luditas —los de verdad, no el estereotipo creado por la imaginación empresarial— nos aporta un marco para evaluar la utilidad de las tecnologías y sus consecuencias sociales. Borrar esa historia nos priva de herramientas para entender cómo influyen la tecnología y la automatización en nuestra vida laboral y qué opciones tenemos para hacer frente a la disrupción.

El príncipe regente

Febrero de 1813

El 1 de febrero de 1813, el gabinete del príncipe regente publicó otro pomposo edicto condenando a los luditas y respaldando los derechos de los emprendedores. El texto incidía y profundizaba en la idea de que los luditas eran hombres engañados que, actuando guiados por «las perversas falsedades y las estratagemas de personas taimadas»,[409] intentaban revertir el progreso en Inglaterra.

Según el príncipe, esos manipuladores «han embaucado a los ignorantes y los incautos con el falaz pretexto de que la destrucción de los diversos tipos de máquinas que se emplean del modo más beneficioso en las manufacturas del reino les procuraría más empleo y el cobro de mejores salarios por su trabajo».

Con el cuerpo de George Mellor todavía caliente, el edicto culminaba el replanteamiento de la narrativa ludita impulsado por la élite: el movimiento insurgente de los metódicos trabajadores aclamados como héroes por el pueblo se convirtió en un grupo de cretinos ilusos que rompían máquinas porque no las entendían.

«La extensión y el progreso del comercio y las fábricas del país, que no han dejado de avanzar gracias a las innovaciones y la mejora de la maquinaria, ofrecen la mejor demostración práctica de la falsedad de esos argumentos», proclamó el regente. El rápido crecimiento económico de la industria era prueba suficiente de que resistirse a cualquier elemento concreto del sistema, como las condiciones de trabajo, era una estupidez.

Quizás lo más importante del edicto era el llamamiento del príncipe regente a los industriales y propietarios fabriles a defender sus máquinas

por la fuerza, petición que iba acompañada de una dispensa real para el derramamiento de sangre: «Exhortamos a los propietarios de la maquinaria a no cejar en el uso y el empleo de esta, a mantenerse vigilantes y a conducirse con la mayor contundencia en la defensa de su propiedad».

George Mellor

Febrero de 1813

El mes siguiente a las ejecuciones de los luditas, el cuáquero Thomas Shiltoe volvió a Huddersfield, esta vez a casa de John Wood y de su mujer, la madre de George Mellor.

Shiltoe reseñó la visita en sus memorias:[410]

> Llegamos a la casa en la que se guardaba luto por [George Mellor] y nos sentamos con sus padres, que llevaban una vida respetable. En esta ocasión, encontramos motivos para reconocer la presencia de la ayuda divina, aportando sustento a sus almas afligidas y profundamente atribuladas. Tanto el padre como la madre agradecieron nuestra visita, la cual, como entendimos más tarde, fue como un trozo de pan en un momento en el que parecían a punto de morir de hambre. El padre confesó que la melancólica circunstancia los había abatido tanto que habían decidido trasladarse a otra zona del país.

Era una herida profunda. Los ataques a la maquinaria continuaron durante seis años, sobre todo en Nottingham. Hasta 1819, se organizaron asaltos esporádicos a las tejedurías bajo el estandarte de Ludd, y varios hombres más acabaron en la horca por blandir el martillo de Enoch. Pero el movimiento había pasado ya su punto álgido y la idea de una sublevación general capitaneada por el general Ludd, que debía incitar a los obreros textiles de todo el país a pasar a la acción, empezaba a desvanecerse. Al final de la década, la figura de Ludd como símbolo al que seguir en la batalla había muerto. El espíritu del ludismo evolucionó para transformarse

en una corriente política menos tangible, centrada en las reformas y la revolución, sin la destrucción física de las máquinas que encerraban las fábricas.

Los titanes de la tecnología habían ganado. Con su arrolladora y violenta victoria, sentaron un precedente que asedió a los trabajadores durante el resto de la Revolución Industrial, marcando un rumbo que todavía pervive.

Es evidente que se sembró una semilla, incluso en el legado de George Mellor. Los luditas eran demasiado precavidos como para guardar anotaciones o correspondencia, pero, cuando George estuvo en la cárcel, consiguió enviar una a su familia.[411]

«Me tomo la libertad de informarle de que me encuentro bien de salud, como espero que esté usted con la ayuda de Dios», empezaba la misiva, dirigida al tratante de lanas Thomas Hellice. Rogaba a sus compañeros que sostuvieran su coartada, con la vaga esperanza de que fuera posible ganar el juicio.

«Diga también a los muchachos que mantengan su primera declaración, pues, si no, habrán jurado en falso», escribió. Pedía a otros testigos que respondieran por él, y a un hombre llamado Rattiffe y a su esposa, que le demostraran su amistad, asegurándoles que no tendrían que preocuparse por nada, ya que si volvía a casa haría todo lo que estuviera en su mano por ellos. Entonces, por primera vez hasta donde sabemos, George le dedicó su atención a una campaña política organizada: había oído hablar de una petición al Parlamento para restringir el uso de maquinaria que podía mejorar mucho la situación de los artesanos y pedía que sumaran su nombre y el de los treinta compañeros luditas encarcelados a la solicitud de reforma.

«Presente mis respetos a todos los compañeros que están colaborando y acepte estas líneas de su amigo», concluía la carta.

Los agentes de la Corona interceptaron el mensaje de George en Huddersfield, antes de que llegara a su familia. No quedaba ningún futuro para él más allá de las máquinas hechas pedazos y las fábricas fortificadas, al final impenetrables, que habían acabado consumiéndolo. Los derechos naturales del hombre estaban desapareciendo, como tanto había temido, y la «tendencia apuntaba en una sola dirección». Sin embargo, todavía había esperanza para sus semejantes, para las generaciones futuras.

El hombre que abanderó una revuelta contra quienes usaban las máquinas para explotar al pueblo, y murió por ello, dejó escrito lo

siguiente: «Recuerden que el alma vale más que el trabajo o el oro».

Robert Blincoe

1813

La adivina le pidió a Robert que se sentara. Estaba muerto de miedo y obedeció de inmediato.[412] La vieja Beckka era una leyenda en Derbyshire; a Robert le habían dicho que hasta los ricos de Londres venían a verla para que les leyera el futuro. Le puso en las manos una taza llena de posos de té y le indicó que «la agitara bien». Beckka vacío el líquido y se dispuso a escrutar su porvenir.

Tras sobrevivir a diez años de tormento y servidumbre en la fábrica Litton, Robert Blincoe era ahora un hombre libre. Nadie le había enseñado el oficio de la calcetería, pero tenía los papeles que demostraban que ya era oficial. Se había quedado en Litton hasta conseguir ganar suficiente dinero para marcharse. Los capataces no habían vuelto a maltratarlo desde que fue a ver al magistrado, regresó con una carta que certificaba el inicio de la investigación por el abuso que había sufrido y fingió que en breve se llevarían a cabo pesquisas más exhaustivas al respecto.

Diez años: una década de trabajo invisible pero indispensable para el funcionamiento de aquellas máquinas tan vanguardistas. Sin trabajadores como Blincoe, la tecnología que el barón Thompson, William Cartwright y el príncipe regente tanto alababan y protegían —incluso a costa de la vida a los luditas— no habría producido nada. En cierto sentido, lo que estaban defendiendo no era la maquinaria, sino la prerrogativa de los propietarios de emplear por prácticamente nada a niños como Robert, en lugar de a trabajadores cualificados como George Mellor, que exigían un salario completo.

Después de cumplir veintiún años, Robert se liberó; una de las primeras

cosas que hizo fue ir a ver a la pitonisa.

—Eres de las afueras de Londres, ¿no? —le preguntó la vieja Beckka.

—Sí, así es.

—Llegaste en un carro, has estado en un lugar rodeado de altas rocas y aguas turbulentas, y te han dado peor trato que a una piedra —Blincoe no salía de su asombro mientras la vidente seguía hablando—. Tus problemas han llegado a su fin. Te alzarás por encima de los que te han pisado; verás su caída y podrás ir con la cabeza alta, mirándolos por encima del hombro. ¡Pobre muchacho! Qué terribles han sido tus sufrimientos. ¡Debes levantarte!

La vieja Beckka había visto su futuro, y lo peor ya había quedado atrás.

Robert pasó los años siguientes trabajando como oficial de tejedor y obrero fabril. No siempre le fue fácil encontrar un empleo debido a su escasa estatura y sus manos mutiladas, y tuvo que pelear por salarios decentes, como la mayoría de los calceteros de la época. Saltó de talleres a fábricas, de pueblos pequeños a la ciudad industrial de Mánchester, llevando una vida frugal y ahorrando todo lo posible. Al fin, consiguió suficiente dinero para poner en marcha un pequeño negocio de sobrantes de algodón y, en 1819, se casó. Incluso intentó invertir en el sector del hilado, pero las máquinas se quemaron en un incendio seis semanas después de haberlas puesto en marcha.

En 1822, el periodista y defensor de la reforma laboral John Brown estaba investigando las condiciones de las fábricas algodoneras cuando descubrió la historia de Robert y decidió escribir sus memorias. La publicación del libro casi una década después causó sensación.[413] La historia que contaba era un auténtico escándalo, una ignominia perpetrada por los industriales que decían estar construyendo el futuro. Según la crítica histórica, es posible que inspirara el personaje del huérfano más famoso de todos los tiempos, Oliver Twist, ya que la novela de Charles Dickens vio la luz cinco años después de que las memorias de Blincoe atrajeran la atención de todo el país.

El libro contribuyó a que el Parlamento aprobara por fin varias reformas de cierto calado: límites obligatorios a la duración de la jornada laboral, la prohibición de los contratos de servidumbre y el fin de la práctica de trasladar a los pobres desde las instituciones de beneficencia a la fábrica. Sin embargo, las fábricas podrían seguir contratando mano de obra infantil. Brown había descrito el sistema fabril como un motor de desigualdad, esclavitud e inmoralidad:

> Nunca una crisis comercial había hecho avanzar la avaricia a tal velocidad ni había provocado consecuencias tan devastadoras para los principios morales y el bienestar de la sociedad como la del periodo al que se refiere esta obra. Ese avance parece acelerarse al mismo ritmo que su perniciosa influencia, y tiene su origen en la impunidad con la que un puñado de impasibles capitalistas han acumulado una prodigiosa riqueza a costa de los derechos morales, la salud y la felicidad individual de millones de personas.

El periodo al que se refiere es el mismo en el que los luditas y sus predecesores vieron cómo empeoraba su situación y agotaron todos los recursos legales para intentar resolverla. Su levantamiento coincidió con los últimos años del contrato de servidumbre que ataba a Blincoe a aquel sistema injusto. Al tiempo que acababan con el medio de vida de los artesanos de la pañería, las fábricas daban forma a las espantosas condiciones de la siguiente generación de obreros. El telar de Cartwright, diseñado para facilitar la acumulación a gran escala, no reemplazó la mano de obra humana, por supuesto; solo permitió que niños como Blincoe hicieran el trabajo.

Las consecuencias en cascada de la automatización, accidentales o no, todavía perduran. Podemos maravillarnos ante el progreso de inventos como el coche sin conductor, pero su navegación autónoma requiere del trabajo de multitud de trabajadores invisibles que se encargan, a menudo cobrando sueldos ínfimos, de la ingrata, dura y monótona tarea de etiquetar imágenes y más imágenes para crear las bases de datos que necesita el algoritmo. Ya sea en la plataforma Mechanical Turk de Amazon o en los campos de refugiados en Europa, los trabajadores cobran una miseria por clasificar interminables resmas de datos con los que alimentar los programas de reconocimiento de imágenes o los coches autónomos.[414] Los investigadores Mary L. Gray y Siddharth Suri lo han llamado «trabajo fantasma»,[415] y es una realidad que no para de crecer.

Los robots autónomos que ya son habituales en los campus universitarios estadounidenses y en el centro de algunas ciudades sustituyen al personal de reparto, pero dependen de la supervisión digital de otros trabajadores que los controlan a distancia, desde lugares como Colombia, a dos dólares la hora. Es la misma historia repetida una y otra vez: una tecnología promete aliviar el trabajo, pero lo que hace es degradarlo. También podemos pensar en las cajas automáticas de los

supermercados, algo a lo que no solemos prestar demasiada atención más que para quejarnos del engorro que suponen cuando vamos a pagar: estos dispositivos le cuestan el puesto de trabajo a una persona y, además, obligan al resto de la plantilla a aprender nuevas habilidades para ayudar a los clientes, que inevitablemente necesitarán esa ayuda en algún momento. [416]

Con frecuencia, la automatización de la tecnología laboral no se traduce en menos trabajo, sino en un trabajo más difuso, precario, peor pagado y con menos protección. Ha sido una constante a lo largo de estos dos siglos de disrupción: si una potente tecnología que ahorra mano de obra acapara todos los titulares, en algún sitio hay también un Robert Blincoe que la hace posible. Siempre hay un humano dentro del autómata.

La adivina tenía razón, las cosas iban a cambiar. La fábrica, que estaba demasiado lejos y no era rentable, cerró en 1815 y su dueño, Ellis Needham, que había torturado a Blincoe durante casi una década siendo todavía un niño, lo perdió todo y murió en la pobreza en la década de 1820. No fue un final tan singular como podría parecer. Después de todo el daño y los abusos provocados por el sistema fabril, la automatización y los métodos de división y control de los trabajadores, muchos empresarios se veían obligados a cerrar si subía el precio de la materia prima o por un golpe de mala suerte. Habían impulsado el sufrimiento en serie para nada.

Blincoe no pudo despedirse por completo de los problemas. Pasó una temporada en una casa de trabajo hasta que pudo saldar las deudas que había contraído por el accidente con la maquinaria de hilado, pero se recuperó rápidamente y, en general, llevó una vida digna, manteniendo el negocio y a su familia. Como las decenas de miles de niños trabajadores de la época, su cuerpo quedó marcado por la infancia en la fábrica: su pequeño tamaño era consecuencia de la malnutrición y sufría malformaciones en las manos y las rodillas. A pesar de todo, como había predicho la vieja Beckka, al final se impuso a los patronos que lo habían encarcelado. Y su historia ayudó a muchos otros a lograr lo mismo.

Lo que ganaron los empresarios

Cartwright y Radcliffe

Junio de 1813

En la fábrica Rawfolds se hizo el silencio y se escuchó la voz de uno de los funcionarios municipales: «Estimado señor Cartwright, me gustaría transmitirle el profundo agradecimiento de los caballeros del West Riding del condado de York por su actuación durante los disturbios que hemos vivido».[417]

Aquel día no faltaron la pompa ni las celebraciones formales. Los actos empezaron cuando un grupo de aristócratas rurales, magistrados y propietarios fabriles de toda la región encabezado por un destacado agente del orden de Halifax, William Rawson, llegó a caballo al escenario de la infausta batalla contra los luditas. Una vez allí, Rawson leyó el discurso de agradecimiento al hombre que un año antes había asestado el golpe fatal a los mecanoclastas. Los empresarios habían redactado una declaración formal como reconocimiento a la «valerosa conducta» que Cartwright había demostrado, junto al magistrado Joseph Radcliffe, en 1812. El documento, firmado por decenas de potentados, resolvía que Cartwright debía posar para un retrato que se colocaría a la vista del público en el tribunal de Huddersfield.

Rawson continuó leyendo: «Los abajo firmantes, residentes del West Riding, condado de York, aplaudimos de corazón el modo en el que condujo la defensa de su propiedad y su persona, y deseamos presentarle nuestro sincero agradecimiento en este preciso lugar».

Ese lugar no era otro que el suelo que había empapado la sangre ludita, justo delante de las puertas de la fábrica. Cuando la delegación terminó su intervención, Cartwright dio un paso al frente para expresar «su más honda gratitud».[418] También dio las gracias solemnemente al coronel de las milicias locales «por la buena disposición con la que accedió a mi petición de armas y munición para defender mi propiedad, y por la confianza que depositó en mí cuando afirmé que no derramaría sangre innecesariamente». Insistió en que había actuado por sentido del deber:

> Durante los casi doce meses de vigilancia, ansiedad y privaciones domésticas, a pesar de todos los peligros y de las espantosas y deplorables escenas que tuvimos que presenciar en repetidas ocasiones, lo que me mantuvo en pie fue la conciencia, amparada por la divina Providencia, de que estaba cumpliendo con un deber ineludible. Siempre me enorgullecerá que los caballeros cuyos nombres figuran en este preciado documento hayan considerado mis actos merecedores de esta distinción.

Cuando concluyó la lectura formal del discurso, se dirigieron a Milnsbridge, la mansión de Radcliffe, donde se repitió la ceremonia. Radcliffe, por su parte, aseguró: «cumplir con las obligaciones asociadas al cargo público que ostento ha sido el mayor placer de mi vida». A continuación, todos acudieron a la taberna George Inn de Huddersfield para disfrutar de un festín y brindar por lo que habían logrado.

* * *

Esta fue solo la última de una serie de actuaciones destinadas a consagrar a Cartwright y Radcliffe como héroes. Se habían convocado reuniones para reunir fondos con los que recompensar sus esfuerzos, y la prensa local había publicado las alabanzas prodigadas por la clase empresarial y sus aliados. Con motivo del aniversario de la batalla de Rawfolds, el reverendo Hammond Roberson escribió un editorial para el *Leeds Intelligencer*: «Ha transcurrido todo un año y hemos tenido tiempo para reflexionar».[419]

Tras esas disquisiciones, decidió que era necesario dejar constancia para la posteridad de un hecho de suma importancia:

> Que fue el viril arrojo y la firme resolución de un hombre lo que consiguió dominar y desbaratar una de las conspiraciones más insidiosas, desesperadas y, por su alcance, alarmantes contra la seguridad de las personas y la propiedad de la sociedad civil que haya tenido la desdicha de vivir jamás un país de la cristiandad.

Se refería, obviamente, a Cartwright.

En cierto modo, todas esas reuniones, cartas y ceremonias públicas eran una intensa campaña de relaciones públicas para justificar, o incluso ensalzar, las acciones de los propietarios fabriles en un momento de gran incertidumbre. Después de los juicios luditas de York, el ambiente estaba tenso. A uno de los empleados de Cartwright lo habían asaltado cuando volvía a casa y le habían dado una paliza por seguir trabajando para él.

En marzo, el pueblo ya se había calmado y Cartwright decidió que podía empezar a reducir la guarnición militar que llevaba casi un año acantonada en Rawfolds.[420] Cartwright, que había optado por transformar su fábrica en una fortaleza en lugar de reducir el uso de tecnología o negociar con los trabajadores, había ganado. (Esa estrategia también había tenido un coste: montar esas defensas lo había dejado casi en la ruina y sus amigos empresarios habían tenido que presionar para que el Estado le concediera una recompensa con la que mantenerse a flote). En aquel momento no lo sabía —a pesar de la alta consideración que tenía de sí mismo y de su «deber ineludible» de proteger aquella lucrativa maquinaria —, pero había contribuido a despejar el camino a quienes planteaban una automatización todavía más ambiciosa.

Menos de dos décadas después de las revueltas luditas, empezaron los primeros intentos serios de imaginar y construir fábricas que no precisaran de mano de obra humana. Charles Babbage, que diseñó el prototipo de uno de los primeros ordenadores modernos, declaró entonces que su invento podría usarse para computarizar una fábrica entera. (Ironías del destino, fue la hija de lord Byron, Ada Lovelace, que nunca vivió con su padre, quien escribió los primeros programas informáticos de la historia basándose en el trabajo de Babbage). En 1832, Babbage publicó su *Tratado de mecánica práctica y economía política*, en el que defendía que las fábricas y la maquinaria eran los grandes motores de la prosperidad. Esta obra

inauguró una nueva tendencia, las denominadas guías fabriles, cuyo objetivo era suscitar el apoyo de la sociedad a la institución fabril en un momento de grandes dudas y ensalzar las virtudes de la maquinaria que la hacía posible. En la década de 1830, las quejas por las condiciones de trabajo se habían convertido en un clamor popular gracias a testimonios como el de Robert Blincoe y a movimientos obreros como el de los luditas, que pusieron de manifiesto las atrocidades que implicaba el sistema. Los artesanos cualificados, los reformistas radicales y hasta los *tories* conservadores, mucho más apegados a la tradición y al campo, se oponían a las factorías.

El de Babbage no fue el tratado proindustrial más famoso ni el más influyente; ese honor le corresponde a Andrew Ure, especialista en química e iniciador de la teoría de la empresa. Su entusiasmo por el potencial de esas visiones de futuro lo llevó a publicar en 1835 *The Philosophy of the Manufactures* (La filosofía de los fabricantes). En el libro sostenía, siguiendo la línea de Babbage, que la auténtica fuente del progreso residía en las fábricas mecanizadas, ya que aportaban «a los gobernantes del reino los recursos para la guerra y una gran masa de gente con la subsistencia asegurada», lo que convertiría a Inglaterra en «soberana de numerosas naciones y benefactora de todo el planeta». Reconoció estar al tanto de las acusaciones contra las fábricas, pero alegó que el maltrato a niños y trabajadores era muy poco habitual y se debía a la actuación de un puñado de capataces de mala catadura. Las enfermedades que parecían estar disparándose se atajarían fácilmente con la mejora de la ventilación y la alimentación. Además, muy pronto todo el sistema estaría automatizado. Ure fue uno de los primeros futuristas: conjuró una visión del siglo XIX llena de fábricas autónomas que producirían bienes las veinticuatro horas del día. Según el historiador del diseño Steve Edwards, «el libro de Ure se articula en torno a la fantasía social de la autogénesis: máquinas que producen sin la intervención de los trabajadores».[421]

Emprendedores, fabricantes y ejecutivos llevan persiguiendo esa fantasía desde entonces. En el siglo XXI, Amazon anda a la caza de estrategias para automatizar sus almacenes de principio a fin, las grandes tecnológicas aspiran a conseguir plantas «a oscuras» —instalaciones que no requieran personal y, por tanto, puedan funcionar con las luces apagadas— y las empresas de *software* y robótica ofrecen toda una gama de servicios y productos vanguardistas para los clientes que tienen miedo de quedarse atrás. Ahora, como entonces, nos han hecho creer que estamos viviendo un

incómodo pero necesario periodo de transición, la antesala de una era en la que la tecnología resolverá indefectiblemente todos nuestros males. Este tipo de percepciones ayudaron a los emprendedores a zanjar el debate sobre la maquinaria de una vez por todas en los círculos del poder. Y, sorpresa, sorpresa, ganaron las máquinas.

La Revolución Industrial transformó la vida moderna y convirtió la fábrica en el principal motor de la producción en todo el mundo, sentando las bases de la organización del trabajo que se ha mantenido durante dos siglos. Con la extensión del sistema fabril, la contaminación oscureció los cielos, la producción en serie inundó el mercado de todo tipo de productos asequibles de baja calidad y la salud de los trabajadores empeoró de forma dramática. Unos amasaron colosales fortunas mientras otros caían en la extrema pobreza.

Cuando Cartwright recibió a los luditas con una lluvia de balas aquella noche en Rawfolds, y cuando el Gobierno decidió condenar a cien latigazos al asalariado que se había negado a abrir fuego contra ellos y colgar a decenas de mecanoclastas en York, la senda quedó trazada. Dos siglos después, cuando los taxistas franceses organizaron airadas protestas contra la expansión de Uber, los ejecutivos de la compañía se plantearon si debían enviar a sus conductores a las zonas en las que hubiera altercados. Algunos pensaban que eso podría poner en peligro la vida de los trabajadores. El consejero delegado de Uber, Travis Kalanick, no opinaba lo mismo: «Creo que merece la pena. La violencia garantiza el éxito».[422]

El sistema de trabajo doméstico desapareció devorado por las fábricas, que provocaron el surgimiento de las oficinas, donde se pergeñaron las plataformas de trabajo algorítmicas. Desde la época de los luditas, los trabajadores siempre han estado, de un modo u otro, al albur de un supervisor que emplea la tecnología para controlar la división del trabajo. Eso es, por encima de todo, lo que ganaron los empresarios y el Estado cuando perdieron los luditas.

* * *

En la taberna George Inn, Cartwright, Radcliffe, los emprendedores y el resto de la élite comieron, bebieron y brindaron. Alzaron sus copas por el rey, por el príncipe regente y por Henry Lascelles, el político y defensor de la maquinaria que les había respaldado:

¡Que Dios y el rey lo bendigan! ¡Que así sea!
Por el príncipe regente. Por la reina y la familia real.
Por el magistrado Joseph Radcliffe. Por William Cartwright.
Por el honorable Henry Lascelles y por lord Milton.

Brindaron por muchos más, por la ciudad, por el comercio y por el condado; por la prosperidad. Se acordaron de los magistrados y los tribunales, de las milicias y los oficiales que habían garantizado su protección. Casi al final, volvieron a alzar sus copas: «Que nada detenga jamás a los fabricantes ni la maquinaria de Yorkshire».

Gravener Henson

Invierno de 1813

Si por algo destacaba Gravener Henson era por su perseverancia.[423]

Los propietarios de las fábricas se habían cansado de tratar con la Sociedad de Calceteros; de sus demandas de subidas salariales, su creciente influencia y la forma en que todo eso empezaba a afectar a su negocio, así que decidieron aplastarla. Primero pensaron en acusar a sus dirigentes de infringir las Leyes de Asociación, como habían temido Henson y otros compañeros, pero no encontraron ningún confidente que pudiera ofrecer información al respecto, así que idearon un plan.

Centraron su ataque en una huelga que los tejedores de seda estaban llevando adelante con el apoyo de la Sociedad y que les resultaba especialmente cara. Después de un mes, convencieron a los magistrados de disolver las milicias locales de Nottingham y los alrededores. Los soldados, que eran también trabajadores, se quedaron de repente sin ingresos. La idea era que esos nuevos desempleados desbordarían el mercado laboral, obligando a la Sociedad a desistir de la huelga, o bien conseguir que alguno de los milicianos se uniera a ella y aportara pruebas de la existencia de una asociación ilícita. Sucedió lo segundo y tres hombres resultaron imputados. La cuestión se saldó con penas mínimas, pues las autoridades querían evitar grandes alborotos, pero los magistrados pudieron acceder a los libros de la Sociedad y la cerraron.

Tras otro intento pacífico y otro fracaso, los medieros, que seguían siendo tan pobres como siempre, estallaron. En 1814, se desató otra oleada de ataques mecanoclastas en Nottingham, y el nombre del general Ludd volvió a sonar en las incursiones con martillos y los disturbios que se

produjeron. Las acciones seguían un patrón similar a las de años anteriores, aunque a menor escala. Los trabajadores se levantaron en las Midlands invocando el nombre de los luditas; se hicieron algunas concesiones, el Estado respondió con mano dura y, tras una batalla final —decenas de hombres atacaron una gran fábrica de encajes en Loughborough y destrozaron más de cincuenta máquinas en una hora—, los cabecillas luditas fueron ajusticiados.

En 1817, Henson fue encarcelado de nuevo, esta vez por preparar la defensa de un acusado de ludismo; la orden de detención la firmó Addington en persona.

El *Nottingham Journal*, un periódico subvencionado por el Estado, informó así del suceso: «Ese hombre, Gravener Henson, inquieta desde hace demasiado tiempo a la población de buena voluntad de Nottingham y los alrededores, tanto por la notable influencia que se cree que tuvo en el movimiento ludita como por sus supuestos principios políticos». Henson declaró ante las autoridades que nunca había pertenecido a los círculos luditas, que siempre había defendido estrategias pacíficas de organización y que incluso había estado en el punto de mira de los mecanoclastas por no abrazar su causa.

Pocos le creyeron, y ese escepticismo es compartido por la mayoría de los historiadores: estaba demasiado bien relacionado, demasiado integrado en el mundo de los calceteros como para no estar al tanto de sus actividades. Resulta difícil de creer que fuera una coincidencia que las incursiones luditas se interrumpieran mientras se estaba tramitando la reforma parlamentaria o durante el intento de organización sindical, y que resurgieran justo cuando esos esfuerzos se vieron frustrados. Incluso tras el fracaso del proyecto de ley y el desmantelamiento de su sociedad de calcetería, Henson siguió luchando por conseguir reformas y mejoras salariales y, sobre todo, para que se derogaran las Leyes de Asociación.

En 1823, Henson volvió a poner rumbo a Londres con un proyecto de ley bajo el brazo para establecer salarios mínimos y un estatuto de los trabajadores. Su enésimo intento tampoco tuvo éxito. Sin embargo, esa vez consiguió espolear al reformista radical Francis Place, que presentó su propio proyecto de ley, una propuesta a la que el Parlamento prestó más atención por ser menos agresiva que la de Henson. Las cámaras aprobaron la ley de Place, revocando las Leyes de Asociación y permitiendo al fin a los trabajadores organizarse legalmente para negociar mejores condiciones. Obviamente, tenía muchas limitaciones y todavía quedaba un largo camino

por delante para llegar a la sindicación real. Con todo, historiadores como E. P. Thompson han reivindicado la figura injustamente olvidada de Gravener Henson, que contribuyó en buena medida, junto con sus calceteros, a la formación de la clase obrera.

William Felkin, el mediero e historiador de Derbyshire que era todavía un adolescente cuando se produjo el levantamiento ludita, recordaba con cariño el trabajo de Gravener.

> Henson escribía con una sorprendente facilidad y una gramática impecable. Sus peticiones al Parlamento, sus informes para los ministros y sus cartas a los representantes públicos eran impactantes, aunque también poco prudentes, pues a menudo contenían insultantes invectivas. En una ocasión en la que tenía que redactar un informe para el Tesoro sobre un tema tan complejo como la exportación de maquinaria, apareció al día siguiente con doce folios escritos con una letra muy apretada y sin espacios en blanco ni tachones; tras el pertinente resumen y la eliminación de los comentarios fuera de tono, se convirtió en un documento muy convincente y eficaz.

También se rumoreaba que Henson había escrito una historia sobre los luditas que nunca llegó a ver la luz y que los historiadores han estado buscando durante años. Sí que publicó un libro en 1831, dos décadas después de la rebelión, que pretendía ser una historia exhaustiva de la pañería y su industrialización: *The Civil, Political, and Mechanical History of the Framework-Knitters in Europe and America*.[424] En él, Henson se esmeró por reflejar el éxito que había tenido en el pasado la negociación colectiva por medio de la revuelta y describió uno de los primeros ejemplos documentados de ludismo. También incluye una especie de historia popular de los inventos que impulsaron la Revolución Industrial, deteniéndose en las mejoras aportadas por los trabajadores, un aspecto que otras obras centradas en los inventores más ricos y famosos suelen pasar por alto.

Es un libro fascinante y complejo; alterna descripciones muy técnicas de los avances históricos en los métodos de producción textil con animadas historias sobre relaciones comerciales que favorecían claramente a la clase trabajadora o detalladas consideraciones sobre las representaciones bíblicas de los tejidos (empieza preguntándose si Noé habría adaptado la producción textil tras el diluvio y cómo lo habría hecho).

En todo el libro se trasluce el deseo de Henson de documentar las innumerables contribuciones hechas por los artesanos, los auténticos inventores que perfeccionaron aquella maquinaria de la que se aprovechaban los empresarios. Puede que fuera su forma de rendir homenaje a los trabajadores olvidados y de concederles el reconocimiento que merecían.

Con la edad, Henson se volvió cada vez más excéntrico e irascible mientras veía cómo sus iniciativas apenas daban frutos, sus peticiones eran denegadas una y otra vez, nadie prestaba atención a su libro y el movimiento obrero seguía avanzando. Sobrevivió a su mujer y murió solo y en la pobreza en Nottingham.

Charles Ball

1813

En la primavera de 1813, una flota británica fondeó en la ensenada en la que Charles Ball trabajaba de pescador y uno de los barcos se dirigió hacia él.

Tras incontables años de esclavitud, había escapado de la plantación. En el relato de su viaje de huida, Charles contaba que una noche se encontró perdido en medio de un paraje y pensó que «era peor equivocarse de camino que detenerse allí». En realidad, no había ningún sitio seguro al que ir tras la larga y peligrosa travesía de cientos de kilómetros hacia el norte. Se quedó cerca de Baltimore, donde trabajó en pequeñas granjas y barcos de pesca, volvió a enamorarse y a casarse, ahorró algo de dinero y llevó una vida tranquila con su nueva familia. Hasta que estalló la guerra de 1812.

Ahora veía cómo los soldados británicos hacían pedazos las redes de pesca de su patrón y prendían fuego a las cabañas. Tras desembarcar, marcharon tierra adentro, donde arrasaron la casa del dueño de una plantación y se incautaron del ganado. Charles estaba siendo testigo de cómo se abría un nuevo frente en el conflicto derivado de la prohibición de las exportaciones que había comenzado en el punto álgido del levantamiento ludita.

A finales de 1813, Charles se alistó en el ejército y sirvió en una flotilla atracada en el río Patuxent, entre Baltimore y Washington D. C. Pocos días después de enrolarse, participó en la batalla de Bladensburg, encargándose de los cañones con los que intentaban frenar el avance de las tropas británicas. La batalla allanó el camino para que los británicos tomaran la

capital y saquearan la Casa Blanca. En 1814, luchó en los combates que asolaron la región, incluida la célebre batalla de Baltimore, en la que se usó la tecnología militar más vanguardista de la época: los británicos emplearon la artillería de sus buques para disparar cohetes Congreve contra el fuerte McHenry, en el que se atrincheraban los estadounidenses. [425]

Charles no guardaba mal recuerdo de su época en el buque ni de la convivencia con los soldados blancos, que le contaban anécdotas bélicas a cambio de historias sobre la vida en la plantación. Después de un año, se licenció y se fue a trabajar a Baltimore como un hombre libre. Su esposa murió en 1816; él volvió a casarse y tuvo cuatro hijos más. En 1820, había conseguido ahorrar lo suficiente para comprar una pequeña granja de unas cinco hectáreas a las afueras de Baltimore y «anhelaba disfrutar de una vejez cómoda y tranquila, pero el sueño no tardó en desvanecerse». Dos décadas después de haber escapado, lo encontraron, lo capturaron y lo devolvieron a Carolina del Sur.

Las condiciones de vida de las personas esclavizadas a las que obligaban a trabajar en las cuadrillas algodoneras eran, si cabe, peores que antes. Así lo atestiguó Charles en sus memorias: «Pasamos por varias plantaciones y me pareció que la necesidad de ropa entre los esclavos era todavía más acuciante que veinte años atrás». Una institución que ya era brutal había traspasado todos los límites imaginables de la mano de propietarios racistas deseosos de alimentar la demanda de las tecnologías automatizadas.

Después de un tiempo, Charles se las ingenió para volver a huir. Cuando regresó a Baltimore, encontró su casa ocupada por un hombre blanco. No había rastro de su familia; un vecino le dijo que los habían capturado y vendido. Quedó totalmente devastado, sabiendo que nunca más volvería a verlos.

Encontró una casa en aquel estado libre y vivió en ella el resto de sus días, sin que lo abandonara jamás el miedo. En 1836, el abogado, escritor y abolicionista Isaac Fisher lo entrevistó y redactó sus memorias, que se publicaron con el título de *Slavery in the United States: A Narrative of the Life and Adventures of Charles Ball, a Black Man, Who Lived Forty Years in Maryland, South Carolina, and Georgia, as a Slave under Various Masters, and was One Year in the Navy with Commodore Barney, during the Late War* (Esclavitud en Estados Unidos: Un relato de la vida y aventuras de Charles Ball, un hombre negro que vivió cuarenta años en Maryland, Carolina del

Sur y Georgia como esclavo, al servicio de distintos amos, y pasó un año en la Armada con el capitán de navío Barney durante la guerra de 1812).

La historia de Charles fue uno de los primeros ejemplos del género autobiográfico al que el movimiento abolicionista recurrió para despertar la empatía con los esclavos y desatar la indignación contra la esclavitud. La autobiografía de Frederick Douglass publicada una década antes, *Narrative of the Life of Frederick Douglass, an American Slave*, había causado sensación, y las figuras más destacadas del abolicionismo solían citarla para describir las atroces condiciones de la esclavitud; fue tan popular que volvió a editarse veinte años después con un nuevo título: *Fifty Years in Chains; or, The Life of an American Slave* (Cincuenta años encadenado o la vida de un esclavo americano).[426]

«No tengo otra expectativa —confesó Charles— que pasar el otoño de mi vida trabajando duro para subsistir, sin la más mínima esperanza de ver de nuevo a mi mujer ni a mis hijos. No digo dónde vivo por miedo a que, a pesar de mi avanzada edad, me sigan considerando una propiedad que merece la pena recuperar». Puede que Charles no se viera como un revolucionario, pero sus actos de resistencia —la ayuda al hombre que había escapado de sus amos, sus reiteradas fugas o su aportación al floreciente canon de la narrativa de la esclavitud mientras todavía estaba en busca y captura— ayudaron a conformar la lucha contra la institución más opresiva de la historia.

El movimiento abolicionista estaba tomando impulso, y el relato de la vida de Charles contribuyó a avivar la llama. Había hecho mucho más de lo que creía para empezar a desgajar la máquina más bárbara de todas.

Lord Byron

En 1843, Henry Highland Garnet pronunció, ante la atenta mirada del joven Frederick Douglass, el que pronto sería considerado «uno de los discursos más radicales y provocadores del movimiento abolicionista». Lo hizo en la Convención Nacional de Ciudadanos de Color de Búfalo, Nueva York, donde Garnet instó a las personas negras esclavizadas a dejar de esperar soluciones políticas, levantarse y liberarse por la fuerza.

«Hermanos, ha llegado la hora de que toméis las riendas y paséis a la acción. Como bien dice un viejo proverbio, "si los siervos hereditarios desean la libertad, han de batirse por ella" —proclamó—.[427] Podéis defender vuestra propia causa y hacer el trabajo de la emancipación mejor que otros». El aclamado orador estaba citando a lord Byron, concretamente *Las peregrinaciones de Childe Harold*, libro que se había publicado décadas antes, en el momento culminante de la rebelión ludita. El texto original se refería a los griegos que sufrían la dominación del imperio otomano:

> *¡Siervos hereditarios! ¿Acaso no sabéis que*
> *quien desea la libertad ha de batirse por ella?*[428]

Muchos abolicionistas encontraron las palabras de Garnet demasiado incendiarias e incluso decidieron no publicarlas en las actas de la reunión, temiendo que pusieran en peligro el avance hacia una solución política. Sin embargo, su alegato tuvo una gran repercusión, igual que el verso de Byron sobre los «siervos hereditarios», que Douglass citó en su libro, como W. E. B. Du Bois en *Las almas del pueblo negro*.

Según el historiador Matt Sandler, «este pequeño fragmento de un poema británico romántico se plasmó en la mayoría de los grandes textos fundacionales de la tradición radical negra, como una especie de sello del

movimiento.[429] La cita se convirtió en una consigna del pensamiento radical del grupo, y durante todo el siglo XIX, los escritores negros la retomaron para señalar su pertenencia a la histórica lucha mundial por la emancipación. También constituyó un acto ritualizado de apropiación cultural mediante el que los abolicionistas negros presentaban sus alegatos más vehementes de violencia retributiva con la voz de un admirado prócer blanco de la cultura europea».

Puede que el interés de Byron por la política fuera efímero y que algunas de sus simpatías reflejaran ante todo su gusto por el escándalo y su deseo de forjarse una imagen mítica (la especialista en literatura romántica Clara Tuite señaló: «Byron es, en muchos sentidos, el arquetipo del liberal "sensiblero". De hecho, el término se acuñó para él»).[430] Pero esas simpatías y su talento para expresarlas tuvieron eco mucho más allá de sus propios intereses políticos. Para el historiador John Buchan, Byron fue «nuestro intérprete por excelencia del clima de desilusión, cinismo y agitación que, en toda Europa, acompañó la reacción contra la Revolución. La nota dominante de su poesía es la rebelión».[431]

La fama, el talento y la trascendencia cultural de Byron hacen que sus textos y sentimientos puedan servir de altavoz de causas revolucionarias e insurrecciones. A pesar de haberse relacionado con personajes como el príncipe regente y de haber disfrutado de sus halagos, Byron contribuyó a la simpatía por los luditas y a su recuerdo: su discurso en defensa del movimiento es quizás el documento público más potente y conmovedor de cuantos se conservan.

No obstante, el legado cultural más influyente de los luditas pervive en otro personaje aún más imperecedero: uno de nuestros mayores y más incomprendidos monstruos.

PARTE V

EL MODERNO PROMETEO

Frankenstein

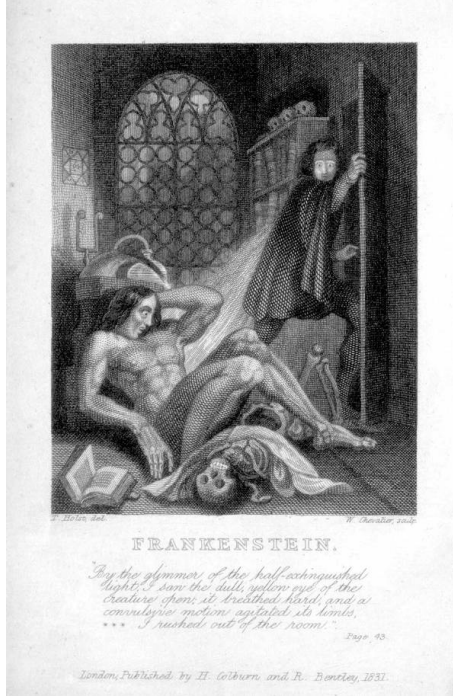
1816

Es una historia legendaria en todos los sentidos de la palabra, un relato sobre el origen de varios mitos: todo empezó en Ginebra, donde algunos de los escritores románticos más influyentes de la época disfrutaban de unas vacaciones de verano improvisadas. En teoría, iban a ser días de ocio, dedicados a dar paseos en barca, escribir y disfrutar del aire libre y del agradable clima de la zona. Pero el tiempo y la geología tenían otros planes. El año anterior, el volcán indonesio Tambora había entrado en erupción, provocando el episódico volcánico más mortífero de la historia desde que hay registros. Expulsó unos ciento treinta kilómetros cúbicos de ceniza y cubrió el planeta de una capa de gases de azufre que atenuaban el paso de la luz solar. El estío suizo se convirtió en una interminable sucesión de días lluviosos, y los veraneantes tuvieron que refugiarse en casa a la espera de que amainara.

Para pasar el rato, leían historias de fantasmas de una antología de terror que habían encontrado en la biblioteca local.[432] Los cuentos, que trataban sobre espíritus malditos de amantes abandonados y grotescos padres filicidas, le dieron una idea al más célebre de los poetas presentes.[433]

Byron sugirió que cada uno escribiera un relato de fantasmas, y, como recordaría Mary más tarde, todos aceptaron la propuesta.[434]

En aquel certamen literario nacieron dos de las criaturas míticas más notorias e inolvidables de la era moderna: el vampiro y el monstruo de Frankenstein.



La ilustración del frontispicio de la edición de 1831 de Frankenstein, obra de Theodore von Holst, retrata al inventor alejándose de su creación.

Mary Shelley

Cuando Mary Godwin llegó a Ginebra en mayo de 1816, ya se presentaba como la señora de Percy Shelley, el pupilo y benefactor de su padre con quien se había fugado dos años antes.[435] Mary y Percy se habían enamorado durante una de las visitas que la joven, que en aquel momento vivía en Escocia, solía hacer a su familia. Su intenso idilio clandestino incluyó un viaje de seis semanas por Europa que tendría infaustas consecuencias. Percy abandonó a su esposa, Harriet, y a sus dos hijos en Inglaterra; Mary dejó a su padre, que la repudió, furioso por su aventura. Ahora, Mary tenía diecinueve años y una hija de cuatro meses.

Mary no lo sabía, pero su hermanastra, Claire Clairmont, estaba embarazada de lord Byron. Naturalmente, él la evitaba después de su escarceo, así que Claire había pedido a Percy y Mary que invitaran al

taimado casanova a Ginebra para poder tenderle una emboscada. Byron llegó con su médico personal, el joven y taciturno John William Polidori, y ambos grupos se alojaron en sendas mansiones alquiladas junto al lago Lemán. La emboscada fue un fracaso, porque Byron, a la defensiva, se negaba a hablar con Claire si no estaba Mary presente, pero el poeta pronto se dejó llevar por el encanto de Villa Diodati, el paisaje y las circunstancias. Percy y Byron se admiraban mutuamente y no tardaron en trabar amistad. Percy se había convertido en una figura controvertida por su ateísmo y su defensa del amor libre, y Byron era Byron, así que no dejaron de conversar sobre poesía, política, filosofía y cualquier otro tema del pudieran hablar dos jóvenes y famosos literatos con un ego desmedido bajo un cielo apocalíptico. Mary pasaba los días atenta a sus desenfrenadas conversaciones, con toda su pompa y su pasión.

Mary se tomó muy en serio el desafío creativo de Byron, y dedicó tiempo a formular el argumento de su relato, que fue cogiendo forma a trompicones. Hacía mucho que sentía la presión de escribir, y de hacerlo bien, pues creía que eso era lo que se esperaba de ella, lo cual no quiere decir que no lo disfrutara: «Como hija de dos personas tocadas por el talento literario, la idea de escribir me acompañó desde muy pequeña. De niña ya garabateaba, y mi pasatiempo favorito en las horas de asueto era escribir cuentos».[436] Hasta entonces solo se los había mostrado a su mejor amiga, Isabella Baxter.

Ahora empezaba a tomar forma un nuevo relato sobre un monstruo surgido del uso imprudente de la tecnología.

Encontró la inspiración en retazos de su pasado —un sueño febril, la época que pasó en Escocia siendo adolescente y la muerte de su primera hija, nacida prematuramente el año anterior— y en el viaje que hizo con Shelley por Europa. En Alemania, había oído hablar de un joven alquimista obsesionado que afirmaba haber experimentado con cadáveres de animales con la esperanza de crear un valioso elixir que le reportara suficientes beneficios como para comprar la casa en la que había nacido: el castillo de Frankenstein.[437] El puzle narrativo se amplió con las charlas de aquellos dos poetas y herederos narcisistas que tenía al lado, y con la investigación científica de Luigi Galvani, cuyos intentos de resucitar a los muertos con electricidad habían causado un gran revuelo. También bebió del clima político que había marcado su juventud y que poblaba los pensamientos de su círculo cercano. Así como de los luditas.

«Inventar no consiste en crear de la nada, sino a partir del caos; lo

primero es disponer de los materiales», escribiría más tarde Mary al respecto de *Frankenstein*.

Los demás presentaron sus propuestas. En la de Byron, un viajero acompañaba a un anciano enfermo; cuando este moría, «el semblante se le ennegrecía en cuestión de minutos», víctima de una podredumbre fulminante que parecía obra de un veneno sobrenatural. Byron publicaría más tarde este relato bajo el título *Fragmento de una novela*, junto al poema *Mazeppa*.[438] Percy, «más dado a plasmar ideas y sentimientos a través del esplendor de una brillante imaginería», había optado por «comenzar una historia basada en sus primeras experiencias vitales».

John Polidori desarrolló la idea de Byron en *El vampiro*, una novelita sobre un aristócrata capaz de subyugar a aquellos a quienes declaraba su amor. Esta obra de Polidori, a quien corroían los celos y la envidia por las relaciones y la posición de su paciente, fraguó la imagen moderna del personaje homónimo. A pocos les sorprenderá descubrir que el legendario vampiro estaba inspirado en Byron.

Lord Byron

Byron abandonó Inglaterra en la primavera de 1816 para no volver jamás. Se había casado en 1814 con la baronesa Annabella Milbanke, en parte para intentar saldar sus innumerables deudas, y el matrimonio había sido un desastre. A sus múltiples aventuras, incluida una con su medio hermana Augusta —es probable que la hija que ella tuvo por aquella época fuera fruto de esa relación—, se sumaron episodios depresivos y arranques de furia. Annabella Byron pensaba que su marido estaba perdiendo la cabeza, y no en sentido figurado.

La pareja tuvo una hija, Augusta Ada, pero el poeta no dejó de empeorar. (Ada, que años después se casaría con el futuro conde de Lovelace, siguió el consejo de su madre de alejarse de las artes y de cualquier otra actividad que pudiera llevarla por el mismo camino que su padre y se interesó por las matemáticas. Forjó su propia leyenda colaborando con Charles Babbage, el inventor de la «máquina analítica», y escribió un artículo en el que planteó y explicó los posibles usos de aquel ordenador primigenio mejor de lo podría haber hecho su artífice. Hoy la recordamos como la primera programadora informática y la madre de la

computación. Byron no vivió para ver ninguno de esos logros, aunque intuía su talento. Cuando, años después de haber abandonado Inglaterra, Byron escribió a casa preguntando por Ada, Annabella le respondió que a su hija no le faltaba imaginación, pero la empleaba principalmente en beneficio de su genialidad mecánica).[439]

Annabella se fue de casa con Ada y pidió la separación legal. Aquel mes de abril, acosado por las deudas, los escándalos y los problemas maritales, Byron salió del país. «Mi hermana está ahora conmigo, pero se irá mañana. No volveremos a vernos en mucho tiempo, si es que lo hacemos», escribió.[440]

A pesar de que ya no tenía ningún interés en abanderar públicamente la causa de los luditas, sin duda no los había olvidado; el movimiento seguía oponiéndose a la maquinaria que perjudicaba el bien común, si bien de un modo menos incendiario que durante la fase previa a la batalla de Rawfolds. En junio, mientras el grupo de poetas se acomodaba junto al lago Lemán, una cuadrilla ludita iniciaba su último asalto importante a una gran fábrica al sur de Nottingham, en Loughborough.[441]

Entre su discurso de presentación en la Cámara de los Lores y la publicación de la «Oda a los mecanoclastas», en la que Byron se burlaba de Richard Ryder y lamentaba sus esfuerzos por castigar el ludismo con la pena capital, ninguna figura de la cultura popular había apoyado tanto la lucha mecanoclasta. Además, un año después de que su poema *A una dama que rompió a llorar* circulara de forma anónima, pidió a su editor que volviera a publicarlo reconociendo su autoría. En 1816, completaría su trilogía de composiciones en favor de los luditas con un himno que incluyó en una carta dirigida a su amigo Thomas Moore:

> ¿No conoce a los luditas? ¡Oh, Señor! Si hay disputa, yo me pondré de su lado. ¿Cómo siguen los tejedores, los destructores de telares, los luteranos de la política, los reformistas?[442]

1.

Como los libertarios de allende los mares
que compran barata libertad a precio de sangre,
nosotros, muchachos, nosotros también
moriremos luchando o viviremos libres
y solo el rey Ludd quedará en pie.

2.

Cuando hayamos acabado de tejer el paño
y cambiemos la lanzadera por la espada,
arrojaremos la mortaja
sobre el déspota caído
y lo sumergiremos en la sangre derramada.

3.

Pues, aunque su corazón sea negro
y le corra lodo por las venas,
será el fértil rocío
con el que crecerá el árbol
de la libertad plantado por Ludd.

El poema, que pasó a la posteridad como *Una canción para los luditas*, no se publicó hasta 1830, años después de la muerte de Byron, que ya creía, incluso entonces, que la influencia y el legado mecanoclastas llegarían mucho más allá de las ciudades industriales de Inglaterra.

Percy Bysshe Shelley

El primer poema épico de Percy Shelley, *Queen Mab*, alcanzó una gran difusión en contra de su voluntad: el poeta había hecho unas cuantas decenas de copias para sus amigos, pero un librero imprimió más. Entre otras cosas, a Percy le preocupaba que pudieran arrestarlo por el carácter revolucionario del texto: además de abogar por el ateísmo, el amor libre y el vegetarianismo, vilipendiaba la monarquía, el cristianismo y a las élites. Su visión de futuro presentaba un mundo en el que triunfarían las reformas y la igualdad, desaparecerían las espantosas desigualdades de la época y los «vulgares patronos»[443] de la industria se desvanecerían junto a sus máquinas:

Desde que los tiranos cambian vidas humanas
por montañas de extravagantes lujos y fama

con las que alimentar su inútil e insaciable orgullo,
el afán de éxito ha abocado a este crédulo mundo
a la ruina, la desgracia y los horrores de la guerra.
El déspota pasa revista a sus huestes,
ciegas y sumisas, y desde sus aposentos
maneja a estas marionetas según sus deseos,
incluso a los esclavos obligados por la fuerza o el hambre,
sometidos a un vulgar patrono, para que ejecuten
un trabajo duro y frío, monótono y brutal.
Insensibles a la esperanza, indiferentes al miedo,
poleas a duras penas vivas de una máquina muerta,
meros engranajes del trabajo y del comercio,
¡con eso nos bendice la ruidosa pompa de la riqueza!

Aunque su altavoz no fuera tan potente, Percy simpatizaba con los luditas tanto o más que Byron. Por ejemplo, consiguió reunir dinero para enviar a las familias de los mecanoclastas ejecutados en el West Riding, cuya lucha inmortalizó en *Queen Mab*. Los luditas estuvieron sin duda presentes en las incansables conversaciones de los poetas junto al lago, en las que puede que también mencionaran a los innovadores que habían abierto el camino a su sufrimiento.

El doctor Víctor Frankenstein

El protagonista de la historia de terror que Mary pergeñó en Ginebra aquel verano es el doctor Víctor Frankenstein, un joven genio que acaba de salir de la universidad y, movido por su deseo de hacerse un nombre con un gran logro, juega imprudentemente con tecnologías que no entiende. Como resultado, da vida a un ser que le repugna, así que lo descarta y lo abandona. El ser, desesperado y sin alternativas, recurre a una feroz violencia.

Es fácil identificar a los luditas como fuente de inspiración; de hecho, los académicos de la época argumentaron que el monstruo de Frankenstein era el trasunto simbólico de los mecanoclastas.

Mary no respaldaba los movimientos de la clase obrera y los luditas con tanta vehemencia como su marido. Tenía ideas políticas liberales, pero, como Byron, «se estremecía» ante la perspectiva de una revolución

sangrienta.[444] A pesar de todo, *Frankenstein* es claramente una obra alegórica, creada con el telón de fondo de un levantamiento durante los estertores de la Ilustración, como banda sonora de la cuestión de la maquinaria que los luditas sacaron a la palestra a escala nacional.

El médico loco bien puede verse como un emprendedor que emplea una tecnología puntera para obligar a alguien a vivir de una forma concreta —por ejemplo, en una fábrica automatizada—, y se sorprende después de que ese individuo monte en cólera ante una existencia estéril y desnortada. Víctor diseñó la vida del monstruo y las condiciones en las que se desarrollaría para dejarlo luego a su suerte. Según el académico Russell Smith:

> El monstruo de Frankenstein comparte muchas características con el movimiento ludita: sus demandas son claras, están bien razonadas y se fundamentan en la justicia natural; como él mismo dijo: «Yo era bueno y caritativo; la miseria me convirtió en un desalmado. Háganme feliz y volveré a abrazar la virtud». También él se vio abocado a la violencia después de que rechazaran todas sus legítimas súplicas y tampoco la suya fue una violencia indiscriminada, sino dirigida a objetivos muy concretos.[445]

Nótese el eco de aquello que dejó escrito Brontë: «la miseria genera odio», otra referencia literaria directa al ludismo. En la presión del monstruo a Frankenstein para lograr que aliviara su sufrimiento se observa una táctica: primero expuso el problema racionalmente; después rogó una compañera y mejoras de su condición social; finalmente, se dedicó a aterrorizarlo. Smith continúa así:

> Para los lectores del siglo XIX, Frankenstein era una obvia alegoría política: la ambigua figura del monstruo, tan argumentada como horripilante, simbolizaba a los grupos oprimidos —ya fueran trabajadores, esclavos o pueblos colonizados— cuyas demandas de justicia podían desembocar en una vengativa violencia de quedar desatendidas.

La figura a la que apela el monstruo es un creador con ideas emprendedoras que desata el potencial de la tecnología sin tener en cuenta las consecuencias, y que se niega a afrontarlas cuando surgen los

problemas. Esta es la crítica de Mary Shelley que, al igual que la de los luditas, con tanta frecuencia se ha malinterpretado: no es un discurso contra la ciencia y la tecnología, sino contra su uso interesado e irresponsable. El pecado de Víctor Frankenstein no fue crear al monstruo, sino rehuirlo y abandonarlo después de darle vida. «*Frankenstein,* como el ludismo con el que dialoga, es estrictamente agnóstico en lo que se refiere a la ciencia, la tecnología, la innovación o el progreso —añade Smith—. El ludismo no se opuso a la maquinaria, se enfrentó a la agresiva implantación de "máquinas perjudiciales para el bien común"». Ese es también el motivo por el que *Frankenstein* se ha convertido en una de las obras de ficción más influyentes de todos los tiempos.

Frankenstein pone sobre la mesa las fuerzas que impulsaron la evolución del mundo moderno y formula una crítica mordaz de los hombres que participaron en esos cambios. Es una parábola de la soberbia de quienes manipularon la tecnología irresponsablemente en beneficio personal. También es una crónica sentimental, el relato de la reacción social ante el primer intento humano de experimentar con la tecnología a gran escala. El monstruo lamenta la restringida visión del hombre como un «vagabundo y un esclavo, condenado a desperdiciar su potencial para el provecho de unos pocos elegidos».

La investigadora Ann Mellor (sin ninguna relación, que sepamos, con George) estableció varios paralelismos entre el doctor Frankenstein y los propietarios fabriles que reunían hombres para manejar sus máquinas. Víctor Frankenstein empezó su proyecto recogiendo cadáveres y tejido inerte. «Estos trabajadores pueden llegar a ser más poderosos que sus creadores y desencadenar revoluciones sangrientas que permitan a los oprimidos derrocar a sus amos».[446] La clase trabajadora que se solidarizaba con los luditas creía, con toda justicia, que tenía derecho a la satisfacción de necesidades básicas como la alimentación, un techo bajo el que vivir o el empleo, y que el Gobierno tenía la obligación de atender sus preocupaciones. Como señaló Edith Gardner, «Frankenstein, en calidad de creador, tenía ciertas responsabilidades con su creación, y a él era al único al que el monstruo podía pedir reparación. Frankenstein le debía la satisfacción de las mismas necesidades básicas que un Gobierno le debe a su pueblo».[447]

Este tipo de criatura fue creado por fuerzas insensatas que escapaban de su control, para servir a los caprichos de los poderosos, pero no se convirtió en un monstruo hasta que se vio abandonado, rechazado y sin

recursos. Hasta que no le quedó ninguna otra opción.

Los luditas o el moderno Prometeo

Mary Shelley contó que el rapto de inspiración definitivo para crear *Frankenstein* le llegó la noche que pasó escuchando a Byron y Percy hablar sobre la obra de Charles Darwin, sobre la posibilidad de hallar el verdadero origen de la vida y sobre los experimentos del galvanismo que pretendían dilucidar si era factible resucitar a los muertos.[448] (Esas investigaciones gozaban de gran popularidad en la Real Sociedad de Londres cuando los padres de Mary se conocieron).

Describió la chispa final como un vívido sueño de una claridad absoluta: «Lo vi con los ojos cerrados, con la aguda visión de la mente. Vi al pálido estudioso de las artes sacrílegas arrodillado junto a esa cosa que había ensamblado. Vi el espantoso espectro de un hombre tumbado que, de repente, por obra de un potente motor, mostraba signos de vida y se revolvía con un movimiento torpe, sin demasiada energía».

Percy la animó a ampliar aquel relato breve, tanto en temas como en extensión. En abril de 1817, mientras ajusticiaban a los últimos líderes luditas, Mary estaba revisando su novela. En 1818, vio la luz *Frankenstein o el moderno Prometeo.*

Cualquier calificativo se queda corto para dimensionar la importancia de *Frankenstein*. La parábola de Mary sobre las consecuencias de la búsqueda inconsciente de nuevas tecnologías es la obra más citada como el inicio de la ciencia ficción, uno de los géneros narrativos más influyentes e imperecederos. En su historia seminal de la ciencia ficción, *Billion Year Spree* (Mil millones de años de jolgorio), Brian Aldiss califica a *Frankenstein*

como «el origen de la especie» y recuerda que surgió del «cambiante clima cultural» de las primeras décadas de la Revolución Industrial.[449] Sus huellas todavía no se han desvanecido; incluso hoy, nuestras ficciones más críticas con la tecnología llevan el sello de *Frankenstein*. Las advertencias sobre una inteligencia artificial que se descontrola han perdurado en todas las obras de ficción de éxito. La diferencia es que ahora Víctor Frankenstein es una gran corporación o un emprendedor del sector tecnológico.[450]

En la franquicia *Terminator*, la compañía Cyberdyne Systems desarrolla SkyNet, una inteligencia artificial que se hace con el control de los sistemas militares de defensa.[451] SkyNet adquiere conciencia, determina que los seres humanos son la mayor amenaza para su existencia e inicia un genocidio nuclear. La Cyberdyne de la película es una contratista del Gobierno que inició su trayectoria empresarial como fabricante de ordenadores en Sunnyvale, California, una ciudad real situada entre Mountain View y Cupertino, donde tienen sus sedes Google y Apple, en el corazón de Silicon Valley. Los replicantes de la novela de Philip K. Dick *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* —y de su adaptación cinematográfica *Blade Runner*— son esclavos robóticos inteligentes construidos por Tyrell Corporation para encargarse de trabajos manuales peligrosos. Cuando llegan al final de su vida útil programada, se rebelan con furia, desesperados por sobrevivir más allá de lo que dictan sus especificaciones de fábrica. Puede que los replicantes sean la representación más pura de los luditas que nos ha brindado la ciencia ficción: trabajadores que se enfrentan a la obsolescencia tecnológica, recurren a la violencia y empuñan las armas contra la opresión. Y la serie de Netflix *Black Mirror* es, básicamente, una sucesión de historias distópicas frankensteinianas protagonizadas por lucrativas tecnologías invasivas que acaban fuera de control.

En todos estos ejemplos, la automatización alcanza su cénit —de un modo que habría fascinado a los promotores tecnológicos de la Revolución Industrial como Andrew Ure y Charles Babbage— y desplaza a la humanidad, normalmente por la fuerza, en beneficio de un doctor Frankenstein corporativo, lo que aboca a la violencia tecnológica, la distopía o incluso la extinción del ser humano. Si bien la ficción no suele quedarse corta con los finales, hemos ido acostumbrándonos al mensaje. Estas firmas tecnológicas y sus creaciones —Weyland-Yutani y sus replicantes, Cyberdyne y SkyNet— encarnan nuestros miedos colectivos. Son las fábricas que dirigieron Arkwright y Horsfall trasladadas al futuro,

los monstruos de Frankenstein actualizados a la nueva era de la reproducción cultural. En todas estas películas, la raíz del mal, el germen de nuestra destrucción, se expresa a través de la automatización tecnológica y de unas élites que aprovechan su potencial para eliminarnos. Eso es lo que nos asusta, incluso hoy en día:[452] que el ansia de beneficios de esa selecta minoría active el piloto automático de una tecnología disruptiva que destruya no solo nuestro modo de vida, sino la humanidad misma.[453]

En la primera versión famosa de *Frankenstein* para la gran pantalla (1931), que cimentó el mito en la cultura popular moderna, la criatura a la que daba vida Boris Karloff era un bobo, un niño pequeño en el cuerpo de un monstruo que no entendía el mundo en el que había despertado y no podía evitar generar el caos. Era una representación de los luditas tal y como las élites querían que los viéramos. En la novela, por el contrario, el monstruo muestra una gran inteligencia, reclama respeto, inspira piedad y también es mucho más violento. Es un ser elocuente y sagaz que sufre constantes malos tratos, hasta que siente que no le quedan más opciones: un reflejo de la opinión que Mary Shelley tenía de los luditas.

Cuando se publicó en 1818, *Frankenstein* fue un éxito de ventas, y hoy lo tenemos tan interiorizado como cualquier otra leyenda moderna; es un símbolo del riesgo que supone perseguir la tecnología a cualquier precio y forzar los límites de la ciencia por pura codicia. A pesar de que algunas de sus críticas originales han desaparecido del primer plano, sigue siendo de una clarividencia pasmosa. Víctor Frankenstein es el gigante de la tecnología uberizadora: consagra todos sus esfuerzos a una tecnología revolucionaria sin preocuparse por cuestiones éticas ni calibrar sus consecuencias; asume filosofías dudosas de predecesores desacreditados (en su caso, los alquimistas), y lo hace todo en aras de la gloria. Quiere dejar huella, una huella profunda, sea cual sea su forma. Cuando se da cuenta de lo que ha hecho, en lugar de afrontar el problema, finge que no existe.

Frankenstein se pasa la última parte de la novela lamentando su creación, dejándose llevar por la angustia y el pánico, y regodeándose en su propia miseria mientras el pueblo y sus seres queridos sufren daños irreparables.[454] No se decide a actuar hasta que el monstruo asesina a su hermano, a su mejor amigo y a su esposa; entonces, inicia una infructuosa persecución para dar muerte a su criatura, incapaz de corregir su comportamiento. Es asombroso: el doctor Frankenstein podría ser Richard Arkwright, Mark Zuckerberg, William Horsfall o Travis Kalanick. Y

seguimos ignorando los avisos, por muy perentorios y evidentes que sean.

«Aprenda de mí —si no a través de mis preceptos, al menos de mi ejemplo— lo peligrosa que resulta la adquisición de conocimientos, y cuánto más feliz es aquel que cree que el mundo acaba en su pueblo natal que aquel que aspira a ser más grande de lo que su naturaleza le permite», asegura el doctor Frankenstein en el libro.[455] Dicho de otro modo: aprended de mí y no implantéis ninguna tecnología a menos que conozcáis su potencial y sepáis cómo afectará a los demás; que vuestra ambición no entre en conflicto con los intereses de la sociedad.

Hablando de esos que hacen un uso irresponsable de la riqueza, el poder y la tecnología para obtener ganancias personales, Percy Shelley publicó en 1818 uno de sus poemas más célebres y atemporales, *Ozymandias*, una crítica a personajes como el príncipe regente, que sacrificó el bienestar de la sociedad en el altar del progreso.

> *Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes.*
> *¡Contemplad mis obras, potentados, y desesperad!*
> *Nada queda ya junto a ellas. En torno a la decadencia*
> *de esta colosal ruina, solo insípidas arenas desnudas,*
> *extendiendo en lontananza su infinita soledad.*

Ozymandias y Víctor Frankenstein comparten algo más que la ciega soberbia masculina y el ilimitado deseo de poder que acabaron condenándolos, un vínculo que también explica la vigencia de su mensaje: las condiciones que describen y los objetivos sobre los que nos previenen parecen más reales que nunca. El monstruo de Frankenstein —encarnado hoy en una masa hecha a retazos de trabajadores precarios de plataformas, empleados del sector servicios que se enfrentan al abismo de la automatización, obreros sobrecargados de trabajo y una ciudadanía cada vez más enfadada por la impasibilidad y la aparente incuestionabilidad de las grandes tecnológicas— se está revolviendo de nuevo, ¿y quién puede culpar al monstruo?

* * *

Las cosas no acabaron bien para los poetas. Después de que Byron lo despidiera, Polidori, deprimido y asediado por las deudas de juego, vio cómo se publicaba su manuscrito de *El vampiro* en contra de su voluntad y

bajo el nombre de Byron. Se suicidó tiempo después, con veinticinco años. En 1822, Percy Shelley, cuya fama iba creciendo a medida que se publicaban sus obras, se reunió con Byron y el editor Leigh Hunt en la ciudad italiana de Livorno para iniciar los preparativos de una nueva revista, *The Liberal*. En el viaje de regreso, una tormenta engulló su barco. Murió a los veintinueve años. Tras pasar varios años en Italia, Byron se cansó de la ociosa vida aristocrática y se trasladó a Grecia, decidido a contribuir a su campaña para independizarse del imperio otomano. Mientras apoyaba al bando rebelde y ayudaba a trazar planes para atacar a los turcos, cayó enfermo. El tratamiento con sangrías le provocó una sepsis y finalmente la muerte, a los treinta y seis años. Del grupo de Ginebra, solo Mary llegó a cumplir los cuarenta. Publicó más novelas, entre ellas la influyente obra de ciencia ficción apocalíptica *El último hombre*, y lo hizo en medio de la melancolía y la pérdida, pues solo la sobrevivió uno de sus hijos.

Cada uno de los miembros del grupo puso su granito de arena para suscitar y mantener el interés por el moderno Prometeo. Como escribió Peter Linebaugh, los poetas románticos «ampliaron nuestra visión desde lo local al macrocosmos revolucionario y contribuyeron a sembrar la idea de que el movimiento mecanoclasta era un medio para defender al pueblo». [456] A pesar de sus faltas, ayudaron a popularizar el épico lenguaje de la revolución y a exportarlo allá donde más se necesitaba y se sigue necesitando.

Hay ciertas máquinas que sí debemos hacer pedazos para que dejen de producir monstruos.

Lo que ganaron los luditas

Muchos luditas murieron a manos del Estado y de los propietarios de las máquinas, y muchos más cayeron en la pobreza. Otros tantos fueron perdiendo su identidad, su oficio, su estatus y su dignidad durante las siguientes generaciones. La Revolución Industrial dirigió sin remedio a millones de trabajadores a las temidas fábricas, un entorno laboral adaptado al ritmo de las máquinas, no de las personas. Mientras tanto, las élites grababan a fuego en el firmamento cultural la definición de ludita como sinónimo de un iluso insatisfecho que se opone a la tecnología y al progreso.

Al fin y al cabo, no es difícil llegar a la conclusión de que los luditas fueron unos perdedores y de que la suya fue una lucha inútil, sin sentido y condenada al fracaso. Pero no fue así. De hecho, les debemos mucho a los luditas, por haber plantado cara a las arremetidas de la automatización, a los albores del sistema fabril y a las primeras manifestaciones de la desmesura tecnológica y la explotación empresarial. Por haberse negado a «tumbarse y dejarse morir»,[457] como esperaban quienes ostentaban el poder.

En primer lugar, los luditas consiguieron victorias económicas y políticas reales. Los ejércitos de Ned Ludd contribuyeron a recuperar salarios decentes en toda la región, obligaron a los patronos a negociar y, aunque no pudieron impedir el uso de la maquinaria, sí ralentizaron la implantación de las perchadoras y los bastidores anchos en el peor momento de la crisis económica. Los mecanoclastas de Lancashire, que

emplearon una mayor violencia en sus acciones contra los propietarios, cosecharon todavía más éxitos. Su explosiva campaña retrasó varios años la adopción generalizada de los telares mecánicos. Según el historiador Adrian Randall, «lo que se vivió no fue una avalancha de máquinas, sino una pausa. La maquinaria no volvió hasta que no se produjo una crisis real de rentabilidad».[458]

Estos retrasos tuvieron su importancia. La incansable presión de grupos como el Comité Unido de Calceteros y la labor de aquel pionero de la representación sindical, Gravener Henson, se materializaron en la derogación de las Leyes de Asociación. Ese triunfo sentó las bases sobre las que construirían su futura oposición. «El mundo no cambia de repente», recordaba Randall. Los luditas inspiraron a la siguiente generación de resistentes y reformistas, tanto directamente como a través de su legado. «Lo que buscas es lograr pequeños avances en la retaguardia: sabes que vas a perder, que has perdido, pero sigues haciendo todo lo posible con la vista puesta en el futuro».

Sus novedosas tácticas tuvieron una gran influencia. Tanto las cartas, los pasquines y las amenazas en las que plasmaban sus quejas como sus eficaces exhibiciones coordinadas bajo una identidad oculta abrieron el camino a una forma de resistencia basada en símbolos y lemas. También tiñeron la lucha de solidaridad y controlaron el foco de atención. Su influjo se hizo sentir más tarde en las huelgas de la minería, en los movimientos reformistas y sindicales o en los posteriores estallidos controlados de sabotaje industrial.

Los disturbios de Swing de 1830 replicaron algunas de las estrategias luditas, imprimiéndoles aún más fuerza. Los trabajadores agrícolas, empobrecidos por los cercamientos, la mala coyuntura comercial y la introducción de las trilladoras automáticas, se organizaron bajo el mando del legendario capitán Swing: enviaban cartas intimidatorias, hacían maniobras y destrozaban máquinas cuando sus demandas quedaban sin respuesta.[459] Los terratenientes redujeron las rentas y las contribuciones, y el movimiento abonó el terreno para la reforma política de 1832, que amplió el derecho al voto a pequeños propietarios, comerciantes, arrendatarios agrícolas y otros trabajadores de clase media. Y desterraron el uso generalizado de trilladoras durante al menos una generación. El historiador George Rudé aseguró que «de todos los movimientos mecanoclastas del siglo XIX, el de aquellos indefensos y desorganizados agricultores resultó ser, con mucho, el más eficaz. El auténtico nombre del

rey Ludd era Swing».[460]

La incidencia del ludismo en la cultura también fue mayor de lo que podría parecer. Además de inspirar *Frankenstein* y sembrar el germen de las ficciones especulativas que critican el poder y la tecnología, la lucha mecanoclasta dejó huella en todas las artes. Novelistas como Charlotte Brontë retrataron la rebelión industrial en sus obras; los poetas inmortalizaron su trance y los pintores pusieron color al conflicto. Byron y Shelley compusieron versos sobre temas luditas, al igual que William Wordsworth y William Blake. El aclamado pintor Thomas Cole plasmó la destructiva tensión inherente al progreso del capitalismo industrial en obras como su célebre serie de cinco pinturas *El curso del imperio* (1836). Cole creció en Bolton, Lancashire, y presenció el ataque de los luditas a su enorme fábrica algodonera, un recuerdo de infancia que, según la crítica especializada, se refleja en las llamas del cuadro final, *Destrucción*.

Otra de sus aportaciones, quizás más trascendente, reside en el hecho de que forjaron un modelo y un lenguaje para presentar resistencia a los excesos del capitalismo industrial y la explotación tecnológica. Abrieron un espacio para cualquiera que quisiera levantarse contra la opresión económica señalando sus armas y atacándolas sin piedad. Con martillos si era preciso.

A juicio del historiador David Noble, los mecanoclastas no eran un movimiento retrógrado. No veían la tecnología como una fuerza ambigua cargada de futuribles, sino como un mecanismo que se ejecuta «en presente»[461] y se puede aceptar o rechazar, según convenga. Valoraban todas las implicaciones que una tecnología concreta podía tener en su forma de vida y respondían en consecuencia. Además, dejaron claro cuál era el origen de los abusos, que no estaba en las máquinas, sino en la clase propietaria de las fábricas. Con su rebelión, los luditas sacaron a la luz las múltiples crisis que afectaban a la clase trabajadora. Por eso, durante un tiempo, gozaron de tanta popularidad y apoyo e infundieron tanto miedo. Obligaron por la fuerza a la opinión pública a enfrentarse a un ejemplo de carne y hueso de aquello que llamaban la cuestión de la maquinaria, y al hacerlo, iniciaron un debate sobre la explotación, la tecnología y las condiciones laborales que todavía perdura.

Los mecanoclastas destrozaron miles de máquinas y asaltaron talleres, convoyes y fábricas. El Estado tuvo que emplear hasta el último resquicio de su poderío militar y convertir su código penal en la herramienta punitiva más cruel posible para poder reprimir el movimiento. Durante el

proceso, los luditas «desacreditaron de una vez por todas la idea de que la sociedad [industrial] era un espacio de valores compartidos y fines humanos», como señaló Geoffrey Bernstein.[462] Demostraron que no existe una inercia natural que conduzca hacia el progreso;[463] es una marcha forzada, con ganadores y perdedores. Y que el hecho de que la nación más rica y tecnologizada del mundo intentara detenerlos con tanta desesperación era una señal de la fortaleza de la creciente clase obrera. Según historiadores como E. P. Thompson, la feroz oposición que supuso el levantamiento ludita ayudó, en última instancia, a que muchos trabajadores distintos se vieran por primera vez como una clase con intereses comunes, alienada por los patronos y propietarios fabriles que los atacaban. En *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Thompson argumenta que la rebelión ludita fue precisamente una de las claves de esa concienciación.

Los luditas legaron tácticas a los futuros rebeldes: operar en células o grupos de confianza estrechamente unidos y abordar objetivos asequibles; aprovechar el miedo de las autoridades a que los disturbios industriales puedan desencadenar revueltas políticas; potenciar la confianza y la solidaridad; recordar que la amenaza de sabotaje puede ser un arma muy poderosa; escenificar esa amenaza, difundir los objetivos a través de la prensa y crear un marco para animar a futuros participantes.

«La violencia y las amenazas funcionan cuando se combinan con huelgas, presión social y acciones legales», escribió Kevin Binfield.[464] Otra enseñanza: dirigir la violencia exclusivamente a las máquinas, como sucedió en la inmensa mayoría de las incursiones luditas, nunca a las personas. «Era una violencia selectiva, controlada y orientada a objetivos concretos, que se complementaba y reforzaba con boicots más ortodoxos de sus organizaciones». Puede que los trabajadores estuvieran furiosos y que los discursos de George Mellor fueran rotundos y enérgicos, pero, hasta la derrota de Rawfolds, siempre hubo una estrategia, un método para decidir qué talleres iban a asaltar y cuándo.

Según Raymond Boudon, «dado que el destrozo de las máquinas interrumpía el funcionamiento de la fábrica, era una alternativa a la huelga no solo funcional, sino incluso más eficaz».[465] Quizás por ese motivo el sabotaje se ha impuesto como la táctica de protesta definitiva en el periodo posterior a la Revolución Industrial, que ha estado marcado por la constante integración de nuevas tecnologías en fábricas y oficinas. Los trabajadores llevan doscientos años recurriendo a huelgas combinadas con

actos planificados de boicot, siguiendo el ejemplo de los luditas. Y al menos algunos de los organizadores no lo han olvidado.

«Lo que perdió Inglaterra lo ganamos nosotros», aseguró en la década de 1970 John Baker, por entonces secretario general de uno de los mayores sindicatos australianos del sector de las telecomunicaciones.[466] Los luditas «trasladados» a Australia tuvieron una enorme influencia en la conformación de las actitudes laborales y demostraron la importancia de contar con sindicatos fuertes. Australia había liderado la lucha mundial por la jornada de ocho horas, la sindicación a gran escala y la democracia social.[467] Y Baker quería mantener vivo ese espíritu. En 1977, Baker reivindicó el uso de una pizca de «ludismo creativo» en su oposición a un nuevo sistema electrónico de telecomunicaciones, que cristalizó en una petición de moratoria de cinco años para todas las nuevas tecnologías laborales.

> La concienciación del sindicalista australiano ilustra la vieja objeción que los luditas planteaban a los propietarios fabriles: «No tiene ningún derecho a robar mis herramientas y habilidades e integrarlas en una máquina que es de su exclusiva propiedad y cuyos productos solo puede vender usted». Este argumento resurgió cuando los propietarios de la tecnología y el capital trasladaron las habilidades, la experiencia y los conocimientos de millones de trabajadores de fábricas y oficinas a los microprocesadores que los dejarían sin empleo.

Algún día, añadió, un líder «se atreverá a levantarse, como una vez hizo lord Byron en la Cámara de los Lores, para honrar a los mártires luditas como merecen su conciencia y sus sacrificios».

Puede que la clase empresarial lograra presentar a los luditas como reaccionarios contrarios a la tecnología, pero no consiguieron aniquilar el espíritu que invoca Baker. En San Francisco, en la década de 1930, cuando una cadena de teatros decidió sustituir las orquestas que tocaban en directo por grabaciones, los músicos contratacaron tirando bombas fétidas. En San Luis, «instalaron bombas con temporizador que dañaron el vitáfono, el sistema de cine sonoro que los había sustituido», recuerda Gavin Mueller en su historia del sabotaje laboral *Romper cosas en el trabajo: Los luditas saben por qué odias tu empleo.*[468] Durante los años cincuenta y sesenta del siglo XX, floreció la automatización informática de la industria moderna. En la década de 1960, se convocaron importantes huelgas contra esa

tendencia, «cuando los mineros salieron a la calle para protestar contra el equipo de minería continua, o el "matahombres", como ellos lo llamaban».

En aquellos años, en los que los fabricantes del sector del automóvil apostaron por la automatización, se desató «una oleada de huelgas salvajes, huelgas de brazos caídos y sabotajes —apuntó David Noble—. En Detroit, hubo planes de boicot que afectaron a plantas enteras, en las que los trabajadores dañaban los productos a propósito».[469]

Durante las protestas estudiantiles de la década de 1960, Marco Savio, cabeza visible de la organización Estudiantes por una Sociedad Democrática, dio un famoso discurso en el que condensaba la ética ludita. «Hay un momento en el que el funcionamiento de la máquina se vuelve tan odioso, tan enfermizo y repugnante, que tienes que apartarte —gritó desde las escalinatas del edificio Sprout Hall de la Universidad de Berkeley—. ¡Ni siquiera puedes quedarte mirando con pasividad! Entonces, hay que poner el cuerpo sobre los engranajes y las ruedas, sobre las palancas y todos los aparatos, ¡y hay que detenerla! Y tenemos que decirles a las personas que la manejan, a sus propietarios, que, si no somos libres, la máquina no volverá a funcionar».[470] El economista William Beveridge, arquitecto del moderno estado de bienestar inglés, plasmó la descripción de la lucha ludita de Charlotte Brontë en su informe de 1944 «Pleno empleo en una sociedad libre», cuyo subtítulo era «La miseria genera odio».

En 1982, una trabajadora del sector tecnológico que se identificaba con el pseudónimo Gidget Digit escribió un panegírico al sabotaje tecnológico en su artículo «Sabotage: The Ultimate Video Game» (Sabotaje: El videojuego definitivo) para la revista *Processed World*:[471] «Qué trabajadora de oficina no ha pensado en tirar una taza de café hirviendo encima del teclado de su ordenador o en estampar el teléfono contra el cristal del cubículo de su jefe». A juzgar por la popularidad que todavía tiene esa escena de la película de 1999 *Trabajo basura*, de Mike Judge, en la que la plantilla descarga contra una fotocopiadora toda la ira contenida y su deseo de venganza frente a sus jefes ignorantes, los despidos y una burocracia absurda, es probable que la respuesta sea: «muy pocas».

«El impulso de sabotear el entorno laboral debe de ser tan antiguo como el trabajo asalariado —escribió Gidget Digit—. La vida en la oficina implica a menudo soportar procedimientos sin sentido, los caprichos infantiles de los supervisores y la humillación de estar subordinada a alguien… Procesadores de texto, terminales remotos, teléfonos de datos e impresoras de alta velocidad son solo algunos de los nuevos dispositivos

rompibles que han llegado para dominar la oficina moderna. Están diseñados para el control y la vigilancia y suelen convertirse en fuente inmediata de frustración». También se esmeró por dejar claro que el sabotaje no es solo el deseo instintivo de romper algo:

> No es ni una simple manifestación de odio hacia las máquinas ni un fenómeno nuevo que haya aparecido con la introducción de la tecnología informática. Sus formas de expresión dependen en gran medida del entorno en el que se dan. El sabotaje de la nueva tecnología ofimática se enmarca en el contexto más amplio de la oficina moderna, un contexto que incluye también las condiciones de trabajo, los conflictos entre la dirección y la plantilla, los cambios radicales en los procesos de trabajo y, por último, las relaciones entre los trabajadores administrativos.

Desde que E. P. Thompson rescatara a los luditas de la «brutal condescendencia de la posteridad», rehabilitándolos como un movimiento histórico solidario e incluso heroico, siempre ha habido al menos un contingente de intelectuales que ha luchado por mantener su espíritu y difundir sus valores. El reservado novelista Thomas Pynchon dedicó uno de los pocos ensayos que ha publicado a responder a la pregunta de si está bien ser ludita.[472] David Noble, que pasó siete años estudiando la automatización del siglo XXI en el MIT, escribió en los años noventa un libro defendiendo los valores luditas e intentó organizar una exposición sobre tecnología centrada en su causa para el Smithsonian. Para la ocasión, incluso consiguió el último «martillo de Enoch» conocido, pero lo despidieron antes de poder llevar su polémico proyecto a buen puerto. El neoludismo tuvo su momento en esa década, encabezado por escritores como Kirkpatrick Sale, en respuesta al primer *boom* tecnológico, el auge de la informatización, la extensión de Internet y el ascenso de gigantes tecnológicos como Microsoft y Apple.

Es fundamental recordar lo que defendían los luditas y lo que consiguieron, sobre todo en un momento en el que la élite empresarial sigue ampliando su arsenal de tecnologías explotadoras y los sistemas que tiene bajo su control maduran, crecen y multiplican su capacidad para subvertir las normas que regulan nuestro trabajo y nuestra identidad.

Mientras sigamos sometidos a las mismas condiciones económicas, a las mismas actitudes hacia la tecnología y el emprendimiento, y a idénticas políticas de primacía empresarial que las surgidas en la época de los

luditas, todo seguirá repitiéndose. Una y otra vez. La clase obrera tendrá todavía menos capacidad de decisión, los sistemas de control y vigilancia serán cada vez más invasivos y extractivos, y los recursos tradicionales para la acción —la solidaridad comunitaria, la legislación laboral y el poder sindical— seguirán menguando.

Como escribió Charlotte Brontë en su novela de inspiración ludita *Shirley*, «el futuro a veces parece susurrar una tímida advertencia de los sucesos que nos depara».

Las fábricas del miedo

Pocas estructuras han representado con tanta nitidez el futuro que estaba por llegar como lo hizo la fábrica para los trabajadores de la pañería en el siglo XVIII. Imagina contemplar un edificio y sentir que vas a tener que doblegarte ante él. Así es como veían los artesanos la fábrica durante los primeros compases de la Revolución Industrial: era el presagio de un gris porvenir de trabajo a destajo.

Grandes, uniformes y a menudo con varios pisos más que las estructuras más altas de la ciudad, las fábricas transmitían una imagen monolítica. Recordaban a los asilos para pobres, donde enviaban a los deudores a trabajar hasta saldar sus deudas, o a una prisión. Representaban un cambio dramático y forzado de una forma de vida a otra, caracterizada por la vigilancia y la subyugación. Una condena de cárcel.

Nos han transmitido la idea de que el objetivo principal del odio y los ataques de los luditas era la maquinaria o la tecnología; sin embargo, el motivo último de su ira residía en el sistema fabril al que daban paso esas máquinas. Lo que les suscitaba tanta inquietud y rabia no eran solo la perchadora, el bastidor ancho o el telar mecánico, sino la forma de dominación concreta del trabajador que planteaba la fábrica.

Como señaló E. P. Thompson, «atribuir al telar mecánico o a cualquier otra tecnología automatizada la responsabilidad de la degradación de las condiciones de los tejedores es simplificar en exceso. El estatus de los tejedores ya había saltado por los aires en 1813, momento en el que se calcula que había un total de 2.400 telares mecánicos en todo el Reino

Unido y en el que la competencia entre el trabajo manual y el automático era sobre todo psicológica». Es decir, no había demasiadas máquinas automáticas cuando se convirtieron en el símbolo de la revuelta; si asumieron ese papel, fue fundamentalmente porque constituían los elementos básicos de la fábrica, que era el auténtico origen del malestar. El telar mecánico fue la ventana desde la que los trabajadores se asomaron al futuro; las máquinas aportaron un sangrante ejemplo de lo que les esperaba y contribuyeron a trazar el panorama de los riesgos vinculados al mercantilismo y la organización fabril. Lo que los trabajadores veían en el horizonte era un sistema diseñado claramente para rebajarlos y eliminarlos hasta donde fuera posible.

Desde los inicios de las fábricas mecanizadas, el objetivo siempre ha sido intentar subordinar la mano de obra humana a un poder centralizado y avanzar hacia su desaparición mediante el logro de una producción totalmente automatizada. Andrew Ure formuló así su visión del futuro empresarial en 1835:

> En el ámbito de la tecnología, el término fábrica, o factoría, designa el funcionamiento combinado de múltiples órdenes de trabajadores, adultos y jóvenes, que se ocupan con diligencia de un conjunto de máquinas productivas impulsadas de forma continua por una fuente de energía centralizada. [...] Creo que este término, en sentido estricto, lleva asociada la idea de un enorme autómata compuesto por diversos órganos mecánicos e intelectuales que funcionan sin interrupciones en la producción de un artículo y que se subordinan a una fuerza motriz autorregulada.[473]

Ese sigue siendo el sueño de los hombres de negocios. Incluso dos siglos después, las más sofisticadas fábricas «oscuras» requieren grandes equipos de personal para supervisar las operaciones, hacer tareas básicas y encargarse del mantenimiento y las funciones auxiliares. Con el impulso de emprendedores como Richard Arkwright, y apoyándose en la división del trabajo propugnada por Adam Smith, la fábrica no dejó de estandarizar y acelerar el proceso de producción. Arrebató el control a los pequeños propietarios, desprofesionalizó a los trabajadores y concentró la riqueza en unas pocas manos. Esta reorganización del trabajo alteraba los antiguos equilibrios de la comunidad, con tecnología automatizadora o sin ella: «Las “fábricas” en las que se usaban telares manuales ya vulneraban valores

morales profundamente arraigados antes de la llegada de los dispositivos mecánicos».[474] Esta canción anterior a la época ludita reflejaba muy bien ese resentimiento:

> *Muy pronto os tenéis que levantar, tejedores de algodón,*
> *pues en las fábricas os obligan a trabajar de sol a sol,*
> *No podéis dedicar dos o tres horas al día a pasear,*
> *estáis a sus órdenes y las lanzaderas tienen que volar.*

Según Thompson, «ese "estar a sus órdenes" era la afrenta que más dolía. Porque los trabajadores se veían, de verdad, como los auténticos artífices del paño». ¡Y lo eran! Era su trabajo el que convertía la materia prima en un producto deseable; les resultaba humillante que alguien les dijera cómo hacer su trabajo, seguir reglas deshumanizantes —lo que podría equivaler a «soportar procedimientos sin sentido» y «los caprichos infantiles de los supervisores»— mientras otros cosechaban el beneficio. Las fábricas eran para indigentes y huérfanos, no para trabajadores libres y cualificados. (Las fábricas, por supuesto, no eran adecuadas para nadie). «Empezar a trabajar en una fábrica suponía bajar de categoría, pasar de ser un hombre con motivación propia, por pobre que uno fuera, a un siervo o mera "mano de obra"».[475]

Es una expresión turbadora que, doscientos años después, aborda de lleno la cuestión de por qué sigue irritándonos aceptar nuevos sistemas de trabajo subordinado, ya se trate de fábricas, oficinas o plataformas algorítmicas de trabajo a demanda. Detestamos «estar a sus órdenes» con independencia del canal por el que se transmitan las directrices. ¿Y quién no lo detestaría?

Ahora se está produciendo otro cataclismo, no muy distinto al del florecimiento de la fábrica en la época ludita, y esta vez implica un tipo distinto de maquinaria automatizada. Estamos presenciando el paso del empleo asalariado seguro en oficinas, heredero del modelo fabril, a una realidad en la que se imponen los trabajos sueltos, precarios y subcontratados, a menudo gestionados mediante algoritmos, servicios de IA y aplicaciones a demanda. De nuevo, esas tecnologías ofrecen a ciertos empresarios y ejecutivos excusas para saltarse la regulación y las leyes que protegen a los trabajadores, para transformar la imagen de lo que es o debe ser el trabajo, reducir los sueldos y degradar las condiciones laborales.

Así, los trabajadores del siglo XXI se exasperan ante el creciente

número de afrentas que deben soportar. Los repartidores y los trabajadores de los almacenes de Amazon están hartos de la vigilancia y los porcentajes de productividad. Las teletrabajadoras tienen que conectarse a programas de seguimiento cada vez más intrusivos.[476] Las conductoras de los servicios de taxi que funcionan mediante aplicaciones se quejan de la caída de los salarios, la impredecibilidad de los algoritmos y los sistemas de recursos humanos automatizados. Y quienes han asistido al traslado de su trabajo a una plataforma sufren las devastadoras consecuencias de perder la nómina y un oficio digno. Cuando Uber y Lyft llenaron las calles de conductores, a los taxistas les resultó casi imposible competir. Esos taxistas que llevaban gran parte de su vida laboral ahorrando para comprar una licencia se desesperaron. Algunos protestaron, otros hablaron de organizarse, unos cuantos tomaron un camino más oscuro.

* * *

La pérdida del empleo, con independencia de que se deba a un algoritmo, a la automatización de un proceso, a la deslocalización o a cualquier otro motivo, puede suponer un duro golpe personal. Nuestra identidad está muy vinculada al trabajo, incluso cuando se trata de ocupaciones precarias, sujetas a supervisión o a merced de una tecnología que controla o tiene en propiedad otra persona. En su libro de 2020 *Muertes por desesperación*, los sociólogos Anne Case y Angus Deaton demuestran que la eliminación o degradación de un oficio o su transformación en una tarea auxiliar pueden provocar exactamente eso, desesperación: «Un empleo no es únicamente una fuente de ingresos; es la base de los rituales, costumbres y rutinas de la vida de la clase trabajadora. La desesperación no se debe solo ni fundamentalmente a la cuestión económica, sino que surge de la pérdida de sentido, dignidad, orgullo y amor propio que se deriva de la pérdida de lazos y de la comunidad».[477]

El trabajo suele ser la base social sobre la que construimos nuestra vida familiar. Precisamente por eso, los tejedores sintieron «los efectos del sistema fabril en sus relaciones afectivas». Todos en la familia participaban en la labor y pasaban la mayor parte del día bajo el mismo techo, hilando, tejiendo y compartiendo comidas. Según Andrea Komlosy, historiadora y autora del libro *Work: The Last 1,000 Years* (Trabajo: Los últimos mil años), «la separación entre el hogar y el lugar de trabajo, es decir, entre el tiempo libre y la jornada laboral, fue excepcional durante la mayor parte de la

historia de la humanidad y no empezó a generalizarse hasta la Revolución Industrial, cuando el empleo remunerado se concentró en las fábricas y oficinas de los países occidentales industrializados a finales del siglo XVIII». [478]

«Eso es lo peor: si el sistema fabril se impone, a todos los hombres trabajadores pobres se los arrastrará desde sus casas a las fábricas, donde no disfrutarán de la ayuda y las ventajas que brinda la familia», aseguró un obrero pañero llamado Joseph Coope a principios del siglo XIX.[479] Mientras se mantuvo el sistema doméstico, «la familia estaba junta y, por pobres que fueran sus comidas, al menos podían sentarse a compartirlas. En torno a los talleres se había desarrollado toda una forma de vida familiar y comunitaria; el trabajo no impedía conversar o cantar», recordaba Thompson. «Se resistieron a trabajar en las fábricas de hilado —que empleaban a niños, al igual que las instalaciones con telares mecánicos empleaban exclusivamente a mujeres y adolescentes— hasta que la pobreza extrema hizo olvidar todas las reticencias».[480]

Cuando finalmente los trabajadores se vieron obligados a acudir a las fábricas, descubrieron que sus miedos no eran infundados: las jornadas eran largas y monótonas, los accidentes industriales eran frecuentes y el trabajo se hacía según dictaban las normas del propietario.

La clase obrera ni siquiera podía contar con contratos anuales. En 1806, la contratación por jornada era habitual, lo que impedía hacer previsiones salariales a largo plazo, igual que sucede hoy con la proliferación de contratos temporales y trabajos esporádicos. William Child, un tejedor reconvertido en obrero en una fábrica, se quejaba de esto: «los opulentos comerciantes pañeros han convertido en norma su deseo de disponer de un tercio más de los hombres que pueden emplear, por lo que debemos dedicar parte de nuestro tiempo a esperar». Como los trabajadores que hoy usan aplicaciones de encargos por horas, no cobraban el tiempo que pasaban esperando entre turnos.

Con las fábricas nacieron las colonias industriales, una fuente adicional de beneficios para los propietarios, que seguían explotando a los trabajadores precarios ofreciéndoles alojamiento. «Se convirtió en práctica habitual contratar a oficiales durante periodos muy breves, y en muchas ocasiones estos se veían obligados a vivir en casas construidas en los alrededores, en tierras que también eran de los empresarios pañeros», escribió el historiador Adrian Randall.[481] La mayoría de los trabajadores ya no contaba con telares propios: «Esos tejedores abocados a buscar

trabajo en las fábricas textiles [...] estaban de acuerdo en que el empleo fabril era mucho menos regular y fiable».

Esta situación cristalizó en el empeoramiento de las condiciones laborales prácticamente para todo el mundo, a excepción de los propietarios de las fábricas y los emprendedores de más éxito; hasta los maestros pañeros y los comerciantes vieron cómo su fortuna menguaba ante el auge de la industrialización. Como apuntó el pañero James Ellis, «muchos que antaño fueron maestros se convirtieron en operarios».[482] Los emprendedores acaudalados redujeron los salarios e iniciaron un ciclo que obligó a los pequeños propietarios de la competencia a seguir su ejemplo y abrir pequeñas fábricas.

«La fábrica se consideró el arma de los hombres que estaban dispuestos a derribar las estructuras del pasado», escribió Randall.[483]

Eso es lo que hicieron. El bucólico sistema doméstico de talleres en granjas se desvaneció y su lugar lo ocuparon las fábricas, incansables motores del crecimiento económico durante la Revolución Industrial. La fábrica ha sido desde entonces el modo dominante de producción y organización del trabajo, y sus propietarios han pasado los dos últimos siglos intentando mejorar su eficiencia al máximo. En el siglo XX, esos propietarios llegaron a creer que lo tenían todo bajo control.

«A principios del siglo XX, estrategas de la eficiencia empresarial como Frederick Winslow Taylor o Frank y Lillian Gilbreth usaban películas y fotografías para estudiar los movimientos humanos y reducir el tiempo necesario para cada tarea. Los Gilbreth ponían pequeñas bombillas a los trabajadores en la punta de los dedos y usaban fotografías tomadas a cámara lenta para captar las estelas de luz y deducir la forma más corta y rápida de llegar del punto A al B. Taylor abogaba por una vigilancia total, ya que creía que un trabajador sin control era un trabajador ineficiente», señala la historiadora de la arquitectura Saima Akhtar.[484]

El taylorismo, el sistema de gestión resultante, cuyo objetivo era incrementar la eficiencia mediante la división del trabajo, se topó con una feroz resistencia obrera, convirtiéndose en el principal inspirador del movimiento sindical que arrasó en Detroit en la primera década del siglo XX y culminó con la creación del sindicato United Auto Workers. A mediados de siglo, las empresas automovilísticas, lideradas de nuevo por Ford, impulsaron una nueva mecanización de la línea de montaje; fue un vicepresidente de Ford, Delmar Harder, quien acuñó el término automatización para describir el proceso. El movimiento provocó tantas

protestas entre los trabajadores que, en 1955, el Congreso se reunió en varias ocasiones para evaluar sus consecuencias.

La inercia automatizadora ha continuado en el siglo XXI. Empresas como Amazon y Tesla combinan las tecnologías más vanguardistas con métodos clásicos de explotación laboral para lograr la máxima eficiencia. Según un informe de Reuters, «Amazon emplea herramientas como *software* de navegación, escáneres, muñequeras, cámaras térmicas, cámaras de seguridad y grabaciones para vigilar a su plantilla en naves y almacenes».[485] Dispone de un infame sistema de registro del «tiempo sin actividad» que controla a los empleados cuando hacen cualquier otra cosa que no sea producir, así que tienen que moverse a toda prisa y limitar las pausas para ir al baño a diez minutos diarios si no quieren recibir penalizaciones. Sus sueldos son tan bajos que todos los trabajadores, desde los de Nueva York a los de San Bernadino, California, se quejan de que no les llega para pagar el alquiler.[486]

Por su parte, Elon Musk, consejero delegado de Tesla, se propuso crear una fábrica totalmente automatizada en la década de 2010.[487] Los resultados de su plan son bien conocidos: problemas de producción y una plantilla abocada a hacer horas extra para resolverlos manualmente. «Sí, la excesiva automatización de Tesla fue un error —admitió Musk en un tuit en 2018—.[488] Las personas están infravaloradas». Es importante señalar que, por muy sofisticada que sea nuestra tecnología, la producción totalmente automatizada sigue siendo una entelequia, como en los inicios de la Revolución Industrial. La escritora Astra Taylor denomina «falsa automatización»[489] a la estrategia empresarial de usar la promesa de la automatización como excusa, no para eliminar mano de obra, sino para esconderla y degradar sus condiciones. Ya sea en una gigafactoría futurista de coches eléctricos o en una tejeduría del siglo XVIII, sin trabajadores, la maquinaria deja de funcionar.

* * *

El ansia de control, beneficios y productividad de los emprendedores de la época de la Regencia abrió el camino al sistema fabril industrial, una estructura que transformó la vida y el trabajo; ahora, otra fuerza amenaza con hacer lo mismo. Hoy en día, las fábricas han perdido terreno y, en algunos casos, han quedado desfasadas. El motivo no es que hayan dejado de ser un sistema de control eficaz, lo que está fuera de toda duda, sino

que, en ocasiones, ya no son el método más eficaz.

El modelo de trabajo esporádico basado en algoritmos es el siguiente paso en la evolución, un modo de control que trasciende la producción en serie y es superior en casi todos los aspectos. Por eso Amazon, el segundo mayor empleador de Estados Unidos, ha adoptado este paradigma, con su programa Flex —al estilo de Uber— para los repartidores, y con sistemas de contratación y de recursos humanos totalmente automatizados. Las plataformas de aplicaciones y la gestión algorítmica pretenden reducir o eliminar la necesidad de mandos intermedios y departamentos de personal, al menos para los «contratistas independientes» de la clase trabajadora, que constituyen el grueso de la mano de obra de la compañía.

Imperturbables algoritmos deciden adónde van las trabajadoras y cuánto cobrarán. No se requieren grandes instalaciones para oficinas, ya que la plantilla está desperdigada. Y lo mejor de todo (para la dirección) es la invisibilidad: los trabajadores disfrutan, al menos durante un tiempo, de una ilusión de libertad, trabajando sin horarios, en su propio coche, con su propio material o desde su casa.

La realidad es que el sistema avanza sigilosamente hacia un control todavía más estricto, aleccionando a los trabajadores para plegarse a las demandas del algoritmo: trabajar más cuando anuncia una bonificación; seguir las rutas que sugiere aunque no sean las mejores ni las más seguras; estar disponible en los momentos de máxima actividad, cuando mejor se pagan los servicios. Hay quien ni siquiera se da cuenta de que está adaptando su vida a las peticiones de un algoritmo. Así, sin necesidad de cargos directivos intermedios, representantes regionales de recursos humanos ni pagas de beneficios, la proporción de ingresos que llega a las altas esferas es cada vez mayor.

El modelo de plataformas está calando en la vida de los trabajadores, imponiéndose metódicamente como una especie de fábrica psíquica. Es tanto una inversión como una evolución: los trabajadores interiorizan la lógica fabril, aceptan trabajos de forma mecánica pulsando en la aplicación que tienen instalada en el teléfono y siguen las instrucciones al pie de la letra para no perder oportunidades de trabajo y evitar penalizaciones por bajo rendimiento.

«La economía *gig* promete flexibilidad y más tiempo libre; sin embargo, los trabajadores están cada vez más atados al trabajo debido a la naturaleza bajo demanda del mismo —explica la socióloga Alexandra J. Ravenelle, que ha entrevistado a cientos de conductores de Uber—. La jornada puede

parecer más flexible, pero nunca acaba. Y aunque los trabajadores son "autónomos" que no tienen que responder ante un jefe, están bajo la constante vigilancia de un panóptico tecnológico. [...] En el mundo del trabajo por encargos, todo queda registrado y puede revisarse en cualquier momento».[490]

Las fábricas de corte carcelario a las que se enfrentaban los artesanos del siglo XIX daban la impresión de ser edificios hechos para la dominación.

El modelo de las plataformas resulta menos evidente. A pesar de que al principio parece incluso divertido, su diseño se basa en los mandamientos del control. Como en los albores del sistema fabril, no ha surgido de repente ni es consecuencia de la mejora tecnológica. La maquinaria automática se sumó a un cambio en la organización del trabajo que ya había comenzado, del mismo modo que los algoritmos de Uber y Lyft solo potencian un sistema precario de subcontratación laboral que lleva décadas gestándose.[491]

El historiador económico Louis Hyman ha demostrado que, casi inmediatamente después de que las medidas sociales del New Deal sentarán las bases de la prosperidad económica estadounidense de la posguerra —empleo estable, salarios generosos, protección laboral y un modelo de grandes empresas que defendían el crecimiento a largo plazo—, un batallón de emprendedores y consultores de recursos humanos se dispuso a desmantelarla.[492] Hablaban de flexibilidad, instauraron la idea de que la capacidad de adaptación era esencial para las empresas y empezaron a cortar los lazos del trabajo de la clase media. Los asesores sustituyeron a ejecutivos y directivos, la temporalidad ganó terreno en las oficinas y los jornaleros irrumpieron en trabajos poco especializados caracterizados antaño por la sindicación. Según Hyman, fue un esfuerzo concertado y se llevó a cabo con el decidido apoyo de un número cada vez mayor de figuras públicas.

La nueva maquinaria que ha puesto en marcha Uber no es tan novedosa, más bien es la culminación perfecta de décadas de iniciativas para potenciar la «eficiencia», rebajar salarios e impulsar la innovación empresarial. Después de generaciones adaptando nuestras costumbres y nuestra forma de vida a una jornada laboral de nueve a cinco, que permitía a padres y madres verse en casa después del trabajo y cenar en familia, ahora los horarios de trabajo algorítmicos han vuelto a hacer saltar por los aires todas las normas.

Es difícil calibrar con exactitud el alcance de esta economía basada en la subcontratación esporádica, pero según una encuesta realizada en 2018 por el Instituto Marist de Opinión Pública y la cadena de radio NPR, uno de cada cinco trabajadores estadounidenses participa en ella.[493] Uber tiene más de un millón de conductores solo en Estados Unidos, y Amazon supera con creces esa cifra. Los contratos por obra y servicio son cada vez más habituales, incluso en empresas conocidas hasta ahora por sus buenas condiciones laborales, como Google, donde ya hay más trabajadores externos y subcontratados que personal en plantilla.[494] Esta «fragmentación» se está extendiendo también en profesiones como el periodismo, el derecho o la publicidad.[495]

Y el universo de aplicaciones a demanda que facilitan la transferencia de trabajo independiente y bien remunerado a estos algoritmos opacos controlados por compañías tecnológicas no deja de crecer, derribando barreras que nos parecían infranqueables. En 2021, *Vice* informó de que el Departamento de Defensa estaba diseñando una aplicación para subcontratar tareas, lo que aumenta la probabilidad de que la próxima generación de analistas de seguridad y empleados militares sean trabajadores por horas.[496] Citizen, una empresa dedicada a crear aplicaciones de seguridad, está experimentando con un «servicio policial por suscripción»,[497] que permitiría a los usuarios pedir una patrulla armada del mismo modo que ahora llaman a un Uber.

Puede que estas aplicaciones ofrezcan una fuente de mano de obra más barata, pero la seguridad y los ingresos que aportan palidecen en comparación con el sistema anterior, lo que resulta especialmente sangrante en países como Estados Unidos, con una red de seguridad social tan exigua y una sanidad privatizada. Son buenas para las empresas, que pueden repartir más beneficios entre los altos ejecutivos, y malas para los trabajadores, que ven cómo se evapora su sustento una vez más.

«Lo que presagia el futuro es una mano de obra extremadamente precaria», asegura Veena Dubal, profesora de Derecho en Hastings, Universidad de California.[498] Dubal, pionera en el estudio académico de la legislación laboral de las plataformas, investiga el efecto de empresas como Uber, Amazon o InstaCart en la fuerza de trabajo.

«No hay duda de que las empresas tecnológicas y de servicios están intentando volver a 1099», a un tiempo de autonomía precaria sin trabajos asalariados estables, explica Dubal, que añade lo siguiente:

> Así se reducen radicalmente los costes laborales y se transfieren los riesgos y responsabilidades. Esta estrategia está alcanzando unas cotas sin precedentes. Lo veremos cada vez más en comercios y restaurantes, en educación, sanidad y en el sector hostelero. Además de arrebatar derechos y seguridad a personas que realmente los necesitan, estas prácticas empresariales se caracterizan por la gestión algorítmica. La ley establece hasta qué punto la empresa puede controlar al empleado; sin embargo, en este sistema el control se ejerce mediante algoritmos que juegan con la psicología social. Parece que tienes capacidad de decisión, pero en realidad te están enseñando a trabajar para la plataforma de un modo concreto.

Según Dubal, la asimetría de la información es deliberada. Los trabajadores nunca saben con certeza cuánto van a ganar ni hasta cuándo van a trabajar. «Las decisiones algorítmicas de contratación y despido se han convertido en algo cotidiano, ya sea para operadores de atención al cliente o para mozos de almacén». El objetivo es crear una mano de obra ansiosa y acosada por la incertidumbre que no tenga más opción que transigir con las demandas del algoritmo. «Estos experimentos, que están adentrándose en otros ámbitos económicos, van en aumento».

También está creciendo el uso de servicios de IA, que se disparó en 2023 de la mano de empresas como OpenAI. La aplicación de la IA a estas estructuras laborales precarias augura un incremento acelerado de la inseguridad y el desplazamiento de la mano de obra.

Las fábricas y la maquinaria automatizada sacaron a los trabajadores de casa y los alejaron de sus familias. Las aplicaciones que funcionan con algoritmos patentados los están separando de sus iguales e imponiendo una lógica fabril a personas que trabajan solas, sentadas delante de un ordenador o al volante de un coche, obedeciendo órdenes que deben cumplir con precisión marcial. El resultado es el mismo en ambos casos: trabajos peor pagados y trabajadores con menos control sobre sus vidas y con menos apoyo.

Las empresas propietarias de estas aplicaciones a demanda se benefician de una ventaja básica que suele pasar desapercibida: el aislamiento de los trabajadores dificulta la creación de vínculos de solidaridad y reduce las posibilidades de que se unan para reclamar mejores condiciones. Al menos, al principio. También hemos asistido al nacimiento de movimientos entre los trabajadores de Amazon, los conductores de Uber, Lyft o InstaCart y el precariado en general que han

logrado una trascendencia sorprendente; si el ludismo va a ser nuestro descarnado corolario laboral, no ha hecho más que empezar.

Cuando los luditas se levantaron, las autoridades no entendían por qué los trabajadores que no sufrían la amenaza de la automatización se unían a los que se quedaban sin trabajo. Les desconcertaba la solidaridad.

Basta con que la automatización, los regímenes de control algorítmico, la mecanización o la explotación afecten a un pequeño segmento de la sociedad para que prenda la llama de una revuelta de mayor calado. Los zapateros, los artesanos, los mineros y los herreros entendieron que el destino de los luditas estaba íntimamente unido al suyo y que las fuerzas que estaban llevando a la miseria a los tejedores también se cruzarían en su camino. Los trabajadores de Amazon, los conductores de Uber, los empleados temporales y los autónomos con condiciones medievales saben muy bien por qué tantas personas «a las que no les afecta» están protestando, organizándose y sumándose a su lucha por una mejora de las condiciones. Todos intuimos la precariedad tecnológica, la ansiedad y la explotación que implica la revolución industrial del siglo XXI.

Es obvio que el trabajo algorítmico e informal está creciendo, que los empleos asalariados y estables son cada vez más escasos y que, de mantenerse la tendencia, este fenómeno acabará engulléndonos a todos. O a casi todos.

PARTE VI

LOS DUEÑOS DE LA NUEVA ERA DE LAS MÁQUINAS

Douglas Schifter

2018

«A las empresas no les importa someternos a cualquier tipo de abusos, siempre que los ejecutivos reciban su prima», escribió el chófer de coches de alquiler Douglas Schifter en Facebook una mañana de febrero de 2018.[499] Su visceral publicación de mil setecientas palabras atacaba a los directivos de las compañías de aplicaciones de trabajo flexible como Uber —y a los políticos que las permiten— por usar sus plataformas para explotar su sector. Continuaba así: «Gracias al enorme número de coches disponibles con conductores desesperados que solo intentan alimentar a sus familias, arrastran las tarifas por debajo de los costes operativos y expulsan del negocio a profesionales como yo. Mientras ellos cuentan su dinero, nosotros nos quedamos en la calle, en una de esas calles por las que solíamos conducir, sin casa y sin nada que llevarnos a la boca».

El texto recuerda a una carta ludita de hace dos siglos. Es un relato enfurecido y concreto de sus quejas, detalla los problemas de los conductores y carga con acritud contra los emprendedores y las élites que están utilizando una nueva tecnología para degradar las condiciones de los trabajadores. «Trabajaba hasta cien o ciento veinte horas seguidas casi cada semana», reconoció Schifter, que en ese momento tenía 61 años.

Schifter conocía las calles de Nueva York mejor que nadie. Tras varias décadas en la profesión, había llevado a multitud de famosos por Manhattan y su cuenta de kilómetros superaba los ocho millones, el equivalente a dar casi doscientas vueltas al mundo. Estaba tan orgulloso de sus conocimientos, sus habilidades y su profesionalidad como enfadado con quienes se los habían arrebatado: Uber y sus aliados políticos.[500] «Cuando

empecé en 1981, trabajaba unas cuarenta o cincuenta horas. ¡Ahora ya no pudo sobrevivir con ciento veinte! No soy un esclavo y me niego a serlo».

Texto publicado en la página de Facebook de Douglas Schifter el 5 de febrero de 2018.

Schifter, de espaldas anchas y espíritu generoso, era conocido entre sus compañeros y amigos como un hombre carismático, culto y fiable por su sentido de la justicia moral.[501] Llevaba años sufriendo problemas de salud y tenía que hacer frente a una abultada deuda por los tratamientos médicos. Además, gracias a Uber y sus acólitos, que habían estrangulado su sector, también iba retrasado con los pagos de la hipoteca y la tarjeta de crédito.

No reprimía su carácter inquisidor y tajante en «The Driver's Seat», la columna que escribía para la revista del sector *Black Car News*, en la que abordó en múltiples ocasiones el tema de Uber y las plataformas, las cuales, en su opinión, estaban provocando «un enorme sufrimiento a cientos de miles de personas». Imploró a sus compañeros que se pusieran en pie y actuaran.

«Hermanos y hermanas —escribió en uno de los números—. Todos acabaremos siendo esclavos de Uber. [...] Estoy intentando organizar un ejército en el que seamos miles. Uníos a la larga tradición de lucha contra la tiranía».

El regreso del gran cometa

Doscientos años después de que el gran cometa brillara en el cielo de Inglaterra en plena era de la industrialización, han vuelto a aparecer los malos presagios. Todo apunta a que la última encarnación de emprendedores y propietarios fabriles —los fundadores de empresas emergentes y los ejecutivos de las tecnológicas— están utilizando las nuevas tecnologías para remodelar el mundo del trabajo en detrimento de los trabajadores. Puede que ahora no veamos un astro celeste al mirar arriba, pero, durante toda la década de 2010, no han faltado los avisos aquí abajo.

Cada vez son más los negocios familiares que echan la persiana y los centros comerciales que quedan reducidos a un enorme cascarón vacío abandonado a las afueras de las ciudades, víctimas del auge de Amazon y los gigantes del comercio electrónico, y con ellos desaparecen también cientos de miles de puestos de trabajo.[502]

Los conductores de Uber duermen en su coche en aparcamientos y áreas de descanso, incluso después de jornadas interminables e innumerables servicios registrados en la aplicación del teléfono, sin posibilidad de pagar un alquiler en el país más rico del mundo.

Se han hecho virales las imágenes de las botellas en las que los repartidores de Amazon —el mayor comercio del mundo, propiedad del segundo hombre más rico del planeta— se ven obligados a orinar porque están tan desbordados de trabajo y sujetos a una vigilancia digital tan estricta que no pueden arriesgarse a parar para ir al baño.

Por el suelo de las fábricas y los almacenes modernos se mueven sin cesar carretillas recogepedidos y apiladoras robotizadas, entre trabajadores cuyas tareas son ahora menos especializadas y más lesivas y repetitivas. Fuera, los piquetes protestan por las condiciones inhumanas.

Las imágenes generadas por IA inundan la red, llevando a artistas, ilustradores y servicios de fotos de archivo a demandar a las empresas que, a su juicio, han copiado, reproducido y degradado su trabajo.

¿De dónde proceden los materiales que arrastra la cola de este cometa?

La historia del crecimiento de Silicon Valley se ha convertido casi en una leyenda: de ser tierra de frutales a paraíso de los fabricantes de microchips, del despegue de la Universidad de Standford al dominio de los contratistas de defensa y los arquitectos del Internet primigenio, de cuna comercial de los ordenadores personales a centro neurálgico financiero y, finalmente, motor principal de toda la economía estadounidense. Allí nacieron HP, Intel, Apple, Microsoft, Amazon, Google, Facebook, Tesla o Uber. A finales de la década de los 2000, en San José y San Francisco vivían más millonarios y milmillonarios que en ningún otro lugar del mundo.[503] Los innovadores actuales, cortados por el mismo patrón que los emprendedores de la Revolución Industrial, concentraron su poder en esta región y aumentaron su influencia hasta nuevas cotas. Las grandes tecnológicas rivalizaron con los mastodontes corporativos del siglo pasado hasta eclipsar a petroleras, bancos y empresas de telecomunicaciones. Cuando los representantes políticos de la Casa Blanca acababan su mandato en Washington, no se recolocaban en el sector financiero, sino en el tecnológico.[504] Quedó claro en qué consistía ser el nuevo centro del poder.

Mientras tanto, la crisis financiera de 2008 condujo a años de sufrimiento y precariedad para la clase media, la llamada recuperación sin empleo, aunque millones de personas no llegaron a verla nunca. La nueva década se inauguró con los mismos aprietos para la clase trabajadora, una guerra en suelo extranjero que parecía no tener fin y un brutal aumento de la desigualdad, lo que alimentó las explosivas protestas de movimientos descentralizados como Occupy Wall Street. Este fue el contexto que brindó a los gigantes tecnológicos la oportunidad de introducir nuevas tecnologías laborales disruptivas y redoblar el uso de las antiguas.

En lugar de telares mecánicos, fue el *software* automático de atención al cliente. En lugar de perchadoras, aplicaciones de trabajo flexible.

Durante las primeras décadas del siglo XIX, los emprendedores,

respaldados por los magistrados y la Corona, aprovecharon la depresión comercial y las malas cosechas, la desesperación de los trabajadores y su pérdida de influencia, para impulsar las tecnologías fabriles. En las primeras décadas del siglo XXI, los emprendedores, con el apoyo del Estado y el capital riesgo, se han valido del crac de 2008, que acabó con ahorros y empleos en todo el mundo, para espolear la automatización y las aplicaciones de trabajo a demanda. Amazon, Uber, Lyft, DoorDash, InstaCart, TaskRabbit y otras empresas han popularizado las plataformas laborales gestionadas mediante algoritmos, normalizando una forma de trabajo que deja a los trabajadores desprotegidos. Reparto a domicilio, limpieza, carpintería, masajes, no se salva ningún sector: el siglo XXI ha supuesto el auge de los trabajos precarios por encargos que se consiguen a través de plataformas, con el consiguiente declive de las relaciones laborales tradicionales. Los estragos de las compras por Internet y Amazon han provocado el cierre de pequeñas tiendas y centros comerciales. La prensa se ha llenado de titulares sobre robots que van a quitarnos el trabajo y anuncios de sistemas logísticos y de IA ultrainteligentes. ¿Estas tendencias conducirán a un futuro en el que los *bots* y los algoritmos se encarguen del trabajo sucio, haciéndonos la vida más fácil y próspera? ¿O las máquinas nos sustituirán y nos sumirán en una distopía? De nuevo las elucubraciones sobre la cuestión de la maquinaria, prácticamente en los mismos términos.

Como resultado, los propietarios de estas herramientas se han alzado con una cantidad casi inconcebible de poder y riqueza. En 2022, siete de las diez personas más ricas del mundo eran milmillonarios tecnológicos. Esta moderna hornada de emprendedores ha consolidado su fortuna e influencia de un modo muy similar a sus homólogos decimonónicos: empleando la nueva tecnología —o la idea de lo que esta puede ofrecer— para exprimir a los trabajadores todavía más y de formas más creativas. Pensemos en los dos ejemplos más notorios de la década de 2020.

Jeff Bezos cimentó el dominio de Amazon con la promesa de aportar una alternativa más barata y práctica a las tiendas físicas: un portal de compra en línea combinado con nodos de distribución y centros logísticos hipereficientes. Obviamente, lo que le ha permitido a Amazon cerrar tantos comercios familiares no es su tecnología, sino el ejército de trabajadores temporales que se dejan la piel para seguir el ritmo frenético que imponen los almacenes robotizados y los plazos de entrega, siempre bajo una constante vigilancia.

Elon Musk, por su parte, se ha ganado la adulación del público comprando y arruinando empresas que perseguían ambiciosos proyectos más propios de la ciencia ficción. Sus lujosos coches eléctricos semiautónomos no serían posibles sin las personas que trabajan en sus fábricas en condiciones brutales, con la atenta supervisión de directores acusados de comportamientos racistas y discriminatorios.

Bezos y Musk encarnan la idea moderna del emprendedor tecnológico. Ambos se han opuesto ferozmente a los intentos de sindicación en sus empresas y ahora son los hombres más ricos del planeta.

* * *

Mientras tanto, los trabajadores cualificados como Douglas Schifter han visto cómo se hundían su estatus, sus salarios y su calidad de vida. Muy rápido, en todas partes y no siempre en silencio.

En 2015, en París, Uber animó a sus conductores a usar su servicio de coches con chófer privado, UberPOP, con la intención de sortear la legislación francesa, lo que les permitiría operar sin licencia y restar cuota de mercado a los taxistas locales. El sector del taxi francés se levantó y organizó violentas protestas contra la llegada de Uber, bloqueando carreteras y destrozando coches de los conductores de la empresa. Recibieron duras críticas de los medios estadounidenses, pero se apuntaron una victoria importante y retrasaron la implantación de la aplicación. El ministro del Interior francés, Bernard Cazeneuve, anunció la suspensión de ese servicio de Uber en Francia: «Es ilegal y, por lo tanto, debemos cerrarlo. El Gobierno no aceptará la ley de la selva. Aplicaremos sanciones sistemáticas y los vehículos de los conductores de UberPOP que infrinjan la ley acabarán en los depósitos municipales».[505]

En Estados Unidos, Douglas Schifter se había tomado en serio el intento de organizar el contraataque del gremio, pero no sabía por dónde empezar. En 2016, creó un grupo llamado NY Black Car Drivers Association y publicó un llamamiento en Facebook animando a sus compañeros a unirse, pero no tuvo demasiado éxito. En su siguiente columna, elevó el tono: «Nos enfrentamos a la extinción. Tenemos que organizarnos. Es ahora o nunca».[506]

Los nuevos gigantes tecnológicos

Andrew Yang

2018

«Nuestros niveles de desigualdad, que ya alcanzan cifras récord, llegarán a cotas sin precedentes, y habrá personas con una riqueza extraordinaria, lo que, en mi opinión, no es necesariamente bueno para ellas ni para nadie», me explicó el empresario y candidato a la presidencia Andrew Yang en 2020 en su sede de campaña.[507]

Esas personas, a las que Yang se refería como «mis amigos de Silicon Valley», son los emprendedores que han revolucionado nuestro sistema económico, amasando colosales fortunas en el proceso. Los nombres sonarán familiares: Bezos, el Arkwright moderno; Travis Kalanick, de Uber, correlato de Horsfall; además del dueño de Facebook, Mark Zuckerberg, y de los fundadores de Google, Sergey Brin y Larry Page.

Estos hombres —como hace dos siglos, son casi todos hombres— han logrado un poder que a los titanes del siglo XIX les habría parecido inconcebible. Han transformado y limitado radicalmente incontables formas de ganarse la vida, no solo la de los taxistas o los repartidores a domicilio, sino también la de los propietarios de pequeños negocios, que ahora dependen del posicionamiento de sus empresas en el buscador de Google o de conseguir un buen acuerdo en el mercado virtual de Amazon. O la de los desarrolladores que deben pasar por caja y pagar un 30 por ciento de sus ingresos a Apple si quieren vender en App Store. Y ahí están

también los agentes de viajes, a los que se suman traductoras, asesores financieros, periodistas, contables o trabajadoras de atención al cliente. Y esta es solo una pequeña muestra de las profesiones amenazadas por monopolios tecnológicos como Facebook, Microsoft o Intuit. Ya sea mediante la implantación de la IA o con la automatización del trabajo, estos grupos mastodónticos ejercen un control sin parangón sobre la vida laboral de la mayoría de la población. El motivo por el que Yang sostenía que esta situación «no es necesariamente buena» ni para quienes se han beneficiado a manos de ella es que, tras años atribuyendo las pérdidas a la inevitabilidad del cambio tecnológico, la ira popular ha puesto en el punto de mira a los dueños de los algoritmos, y el descontento puede convertirse en violencia.

Yang aseguró que la nefanda visión de un mundo en el que unos cuantos billonarios tecnológicos aceleran la automatización y la degradación digital del trabajo va camino de hacerse realidad. La brecha de la desigualdad será todavía más abismal que la actual: «Más personas se verán abocadas a la privación y la desesperación, y esas cifras no harán sino multiplicarse por miles y cientos de miles».

La sede de campaña de Yang en Manhattan estaba en ese momento totalmente vacía, salvo por un par de mesas y unas sillas plegables. En abril de 2018, la situación era nueva para él. A sus 43 años, había fundado una exitosa empresa académica dedicada a la preparación de exámenes, pero no tenía experiencia política. Y acababa de anunciar su candidatura a la presidencia de Estados Unidos. Su motivación era una hipótesis tan sencilla como alarmante: que la inteligencia artificial y la automatización estaban destruyendo millones de puestos de trabajo y nadie estaba haciendo nada al respecto.

«Pensemos en lo que puede ocurrir si tres millones de camioneros se quedan sin trabajo a la vez». Recurría con frecuencia a esta profesión como ejemplo de sector amenazado por la automatización, ya que, según su plataforma de campaña, es la ocupación más común en veintinueve estados. Además, es uno de los empleos mejor remunerados al que se puede acceder sin formación universitaria y uno de los más susceptibles a la tecnología: de acuerdo con su plataforma, en 2030 empezará la producción en serie de camiones autónomos para largas distancias.[508] «La sustitución de esos trabajadores por camiones sin conductor puede generar graves altercados si no se gestiona correctamente».

Cuando su campaña ya estaba algo más avanzada, Yang participó en el

pódcast de Joe Rogan y amplió su argumento: «Esta cuestión suscitará mucha resistencia, una oposición visceral. Si alguien cree que los camioneros se encogerán de hombros y volverán a sus casas tan tranquilos a pensar cómo se las arreglarán en el futuro, está muy equivocado. Es mucho más probable que su respuesta sea pedir la ilegalización de esos camiones automatizados».[509]

Las especulaciones de Yang no acababan ahí: «Si eso no funciona, simplemente cruzarán sus camiones en medio de una autovía y sacarán sus armas, porque muchos de esos tipos han estado en el ejército, y amenazarán con no moverse hasta que no les devuelvan el trabajo. Y habrá muchos camioneros en esa situación».

Andrew Yang, con su estilo de empresario desenfadado y su curioso optimismo apocalíptico, se convirtió de inmediato en uno de los rostros más reconocibles y mediáticos de la campaña electoral. Es probable que también fuera el primer candidato popular moderno en pronosticar con cierta seriedad el retorno del ludismo. Sin duda, fue quien con más vehemencia presentó la capacidad de la tecnología para degradar el empleo como una amenaza acuciante, una cuestión que adoptó como seña de identidad de su campaña. Yang incluso propuso soluciones políticas no muy distintas a la idea que plantearon los tejedores antes de la rebelión ludita de gravar los telares mecánicos: quería imponer un «impuesto robótico» a empresas como Amazon, que no deja de automatizar sus procesos.[510] Su intención era invertir los ingresos en financiar un programa de renta básica universal (RBU) al que llamaba Dividendo de la Libertad, que aportaría mil dólares mensuales a cada ciudadano, a modo de reserva de fondos para paliar el desempleo tecnológico.[511]

En cierto sentido, el enfoque de Yang es heredero del utopismo paternalista de Robert Owen. Los dos temían de verdad las repercusiones de la automatización y la desigualdad y ambos creían en la posibilidad de resolver la situación con un ajuste técnico a gran escala. Durante un tiempo, Yang hasta consiguió congregar un grupo de seguidores que, cual encarnación moderna de John Booth, tomaron las redes sociales para demostrarle su apoyo sin complejos.

Sin embargo, Yang no es ni mucho menos el único que prevé una era turbulenta de despidos masivos debido a la inteligencia artificial. Dada la inmensa cantidad de dinero invertida en IA, robótica y programas de automatización en la década de 2010, los analistas profetizan la llegada de «la segunda era de la máquina», «la cuarta revolución industrial»[512] o «el

mundo sin trabajo», una época en la que la maquinaria y el *software* estarán tan avanzados que el ser humano no podrá competir con ellos.[513] Yang lo llama «la guerra a la gente normal», una expresión que también da título a su libro de 2018. Los economistas y teóricos de la automatización insisten en destacar las investigaciones que apuntan a la vulnerabilidad de la mitad de los empleos de Estados Unidos. Esos resultados han sido objeto de minuciosos exámenes y numerosas críticas, pero está claro que los ejecutivos tecnológicos se los toman en serio.

Los emprendedores modernos, como alumnos deseosos de aventajar a sus maestros de la Revolución Industrial, buscan incansablemente nuevas formas de disrupción. El listón ya estaba muy alto, y pretenden superarlo.

«A veces estoy por ahí con esos genios de la tecnología de Silicon Valley y no puedo evitar preguntarles si van a automatizar esos trabajos del todo», relató Yang en ese episodio de *Joe Rogan Experience*, en el que también desveló la respuesta de sus interlocutores:[514]

> Y me contestan: «Sí, claro que vamos a hacerlo». Entonces, ¿quién tiene la responsabilidad de ir y decirle a la gente: «mirad, esto es la tecnología»? De explicar que ha transformado la economía radicalmente y que debemos hacer las cosas de modo que todo el mundo se beneficie de ella. No podemos crear un puñado hiperconcentrado de ganadores y un enorme batallón de perdedores.

Yang tiene razón en que la desigualdad sigue creciendo a un ritmo alarmante. Un informe de 2020 del Instituto de Política Económica determinó que «la relación entre las retribuciones medias de un consejero delegado y un trabajador era de 320 a 1», una escandalosa diferencia que supone un crecimiento exponencial desde 1965, cuando la cifra era 21 veces más alta, pasando a 61 en 1989 y 293 en 2018.[515] La tendencia, como diría George Mellor, apunta en una sola dirección. Según una investigación del *New York Times*, «el 0,1 por ciento más rico de los hogares estadounidenses posee el 19,6 por ciento de la riqueza total de la nación, en comparación con el 15,9 por ciento de 2005 y el 7,4 por ciento de 1980. El valor neto combinado de las posesiones del 0,1 por ciento más rico es igual que el del 85 por ciento inferior de la escala de rentas».[516]

Estas cifras ayudan a entender las medias verdades distópicas a las que ya nos hemos acostumbrado: en Estados Unidos, la esperanza de vida ha empezado a descender por primera vez desde que existen registros; el

acceso a la atención sanitaria está mediado por los privilegios, y las muertes por desesperación —suicidios y sobredosis— están aumentando. La realidad es que ahora los ricos viven una media de trece años más que los pobres. A resultas de todo ello, se está extendiendo la ira hacia los ultrarricos, incluso en Estados Unidos, una nación que históricamente los ha admirado. «¿Por qué de repente todo el mundo odia a los milmillonarios? Porque lo ponen fácil», reflexionaba el *Washington Post* en 2019.[517] Más allá de las percepciones, su influencia política resulta cada vez más perversa, y eso incluye a los milmillonarios tecnológicos, que antaño fueron los emprendedores más reverenciados del siglo XXI. Una serie de encuestas realizadas en 2021[518] puso de manifiesto la tremenda impopularidad del consejero delegado de Facebook, Mark Zuckerberg, o que Jeff Bezos, el fundador de Amazon, tiene más detractores que adeptos. Ese desprecio tiene además un carácter bipartidista: los progresistas les reprochan su poder monopolístico y las malas condiciones de trabajo de sus empresas; los conservadores los acusan de censura y sesgos políticos.

Por cada incondicional de Elon Musk, hay un crítico que quiere que vuelva a poner los pies en la tierra. Hilos de Twitter, editoriales y un creciente número de políticos, como Bernie Sanders y Elizabeth Warren a la izquierda o Josh Hawley y Ron DeSantis en la derecha, se quejan por el desmesurado poder de los monopolios tecnológicos. Y, como en los primeros años de la Revolución Industrial, quienes más furia concitan son los dueños de las nuevas fábricas.

El retorno de las fábricas del miedo

Christian Smalls

Marzo de 2020

A principios de marzo de 2020, Christian Smalls, ayudante de dirección del almacén JFK8 de Amazon, se dio cuenta de que cada vez más compañeros parecían ir a trabajar pálidos y cansados.[519]

El virus de la COVID-19 había empezado a propagarse por el país, paralizando buena parte de la economía. Sin embargo, fue una época de actividad frenética en la empresa en la que trabajaba Smalls. Cientos de millones de personas estaban confinadas en su casa y compraban por Internet, muchas veces a través de Amazon. La pandemia aceleró una tendencia previa: los pequeños negocios, cuyos márgenes suelen ser exiguos y que dependen de la afluencia de gente y los clientes locales habituales, empezaron a cerrar por miles, muchos de forma permanente. Amazon, que había estado haciendo grandes inversiones en automatización y *software* logístico y acababa de ampliar sus centros de procesamiento —el descomunal JFK8, que daba servicio a la mayor parte de la ciudad de Nueva York, solo tenía dos años—, disparó sus contrataciones. Los analistas predijeron otro aumento de la automatización, con las máquinas encargándose de un trabajo que resultaba demasiado peligroso para las personas en una época de pandemia. Pero los almacenes de Amazon seguían estando llenos de gente; la mayoría, trabajadores temporales y a tiempo parcial sin ninguna red de seguridad. Y creían que Amazon no iba a

hacer gran cosa por protegerlos.

Smalls, padre de tres niños pequeños, estaba preocupado por la salud de su familia y sus compañeros. No se sabía mucho del virus, salvo que era muy contagioso y podía ser mortal. La plantilla expresó sus temores a la dirección; Amazon descartó tomar medidas, ofreciéndoles solo permisos sin sueldo y unos protocolos de seguridad muy poco estrictos. Smalls se quedó unos días en casa, recurriendo a los ahorros para pagar el alquiler y sabiendo que no podría seguir así mucho tiempo.

Entonces, uno de sus compañeros dio positivo y el departamento de personal de Amazon les pidió que lo mantuvieran «en secreto».[520] Fue la gota que colmó el vaso.

Smalls y otros trabajadores empezaron a reclamar mejoras; en concreto, equipos de protección más eficaces, una limpieza completa de la planta y permisos pagados para los trabajadores vulnerables o que hubieran estado expuestos al virus. Cuando Amazon ignoró sus demandas, iniciaron una huelga. El 30 de marzo, más de un centenar de empleados salieron a la calle con pancartas en las que podía leerse: «Nuestra salud también es esencial» o «Tratad a vuestros trabajadores como a los clientes». A Smalls, que llevaba cinco años en la empresa, lo despidieron ese mismo día.

La cúpula de Amazon, incluido Jeff Bezos y el vicepresidente Jay Carney (exsecretario de prensa de la Casa Blanca), se reunió poco después para planear una campaña de relaciones públicas como respuesta. Alguien filtró las notas de la reunión a *Vice News*.

La conversación se centró en aquel joven ayudante de dirección que se había erigido en defensor de la seguridad laboral. «No es muy inteligente ni elocuente; mientras la prensa quiera enfocar la cuestión como una lucha entre él y nosotros, podremos dar buena imagen y mantener una posición fuerte —anotó David Zapolsky, el asesor jurídico de Amazon, en el resumen que más tarde se distribuiría por toda la empresa—. Debemos centrar la primera parte de la respuesta en explicar enérgicamente, con todo lujo de detalles, los motivos por los que la conducta del organizador ha sido inmoral, inaceptable y, posiblemente, ilegal. Solo después, pasaremos a exponer los argumentos habituales sobre seguridad laboral. Hay que convertirlo en la parte más interesante de la historia y, si es posible, en el rostro de todo el movimiento sindical».[521]

Zapolsky estaba dando por hecho que Smalls no sería demasiado «inteligente ni elocuente» —un comentario que muchos consideraron

racista, dado que Smalls es negro— y que eso contribuiría a volver a la opinión pública, y a los empleados con aspiraciones sindicales, en contra de los sindicatos.

Era un terreno nuevo y preocupante para el gigante tecnológico. Tras décadas evitando la organización colectiva en sus plantas de Estados Unidos, Amazon estaba viendo cómo sus empleados empezaban a mostrar interés en esa posibilidad. En muchas instalaciones, desde Chicago al sur de California o Alabama, se habían producido ya algunos intentos. En 2019, trabajadores de Amazon, colectivos de inmigrantes y organizaciones por los derechos digitales habían creado la Coalición Athena para plantarle cara al monstruo del comercio electrónico. Los rumores de sindicación corrían por todo el país, hasta el punto de que Amazon decidió poner en marcha programas internos para vigilar estrechamente los grupos de Facebook de la plantilla y los servidores de correo privados.[522]

No era solo la falta de seguridad laboral o de protección frente a la pandemia. Fue la suma de las deplorables condiciones, la ausencia de beneficios, el control constante y la congelación salarial. Fue el hecho de que los trabajadores se deslomaban para seguirle el ritmo a las máquinas mientras la fortuna del dueño batía récords, sumando miles de millones de dólares. Ese mismo hombre que va camino de ser, si no lo es ya, el mayor propietario fabril de la historia: Jeff Bezos.

El periodista Luis Feliz Leon, especializado en temas laborales, escribió en 2021: «Amazon y Walmart constituyen la quintaesencia de la fábrica en el siglo XXI».[523]

Lo que distingue a Amazon de sus predecesores y lo vincula a empresas contemporáneas como Uber o InstaCart es el modo en que estas fábricas de nueva generación aíslan, alienan y robotizan a sus trabajadores en aras de lograr la máxima productividad. Andrew Ure ensalzó a Richard Arkwright por haber enseñado a las personas a trabajar durante horas junto a la maquinaria; puede que los futuros teóricos de la empresa ensalcen a Jeff Bezos por conseguir que los propios trabajadores actúen como máquinas y por deshumanizar la experiencia de trabajo hasta lo inconcebible. En Amazon, esa experiencia comienza con el proceso de solicitud de un puesto de trabajo, que está totalmente automatizado.

La persona interesada entra en el portal de contratación, selecciona el lugar y los puestos de trabajo deseados, envía su currículo junto a sus datos personales y acepta someterse a la comprobación de antecedentes y a un

control de drogas. Entonces recibe un correo electrónico automático ofreciéndole asistir a una sesión de orientación previa que puede corresponderse o no con las que ha visto antes. Una sesión en línea, por supuesto. Superada esa fase, podrá postularse a vacantes concretas respondiendo a ofertas que también son automáticas. Cuando alguien sale del centro de tratamiento logístico —quizá un edificio que se alza como una mastodóntica caja de zapatos brutalista en un desierto del sur de California o en la zona interior del estado de Nueva York—, se da cuenta de que ha presentado su candidatura, asistido a la orientación, hecho la prueba de drogas y conseguido un puesto en Amazon sin cruzar ni una palabra con nadie que trabaje en la empresa.

De las grandes compañías tecnológicas, Amazon es la que más mano de obra emplea y, por tanto, la que más interés tiene y más invierte en automatización. Su meta es contar con almacenes totalmente autónomos en 2030, cuando Bezos espera disponer de una colección de robots de clasificación, recogida y transporte que se ocupen de lo que ahora hacen sus trabajadores. Hasta entonces, Amazon seguirá siendo uno de los mayores empleadores de Estados Unidos, con una plantilla que en 2022 alcanzaba los 1,6 millones de trabajadores, solo por detrás de la de Walmart.[524] El equipo de analistas de *MarketWatch* calcula que por cada puesto de trabajo que crea el gigante se destruyen entre dos y tres, debido a su modelo de negocio ultraeficiente y a la cuota de mercado que arrebata a las tiendas físicas.[525] Es decir, la pérdida de estatus, seguridad e identidad suele producirse antes de que alguien presente su currículo en una empresa como la de Bezos.

Esos cientos de miles de trabajadores todavía no son robots, pero los ejecutivos de la compañía los tratan como si lo fueran. La plantilla está sometida a medidas de vigilancia para garantizar el cumplimiento de los implacables objetivos de producción y el seguimiento es tal que muchos se saltan las comidas o prescinden de ir al baño. Además, es un trabajo físico exigente. Según diversos estudios independientes, la tasa de enfermedades laborales de Amazon es muy superior a la de otras empresas logísticas: un informe de 2021 reveló que está un 80 por ciento por encima de la media del sector.[526] La historia de la empresa está salpicada de lacerantes relatos de agotamiento extremo y sobrecargas de trabajo letales, como la de aquella planta en la que un empleado sufrió un ataque al corazón y nadie se dio cuenta hasta veinte minutos después. Ningún sistema automático detectó la pérdida. Cuando lo declararon muerto, sus

compañeros recibieron la orden de «volver al trabajo» de inmediato.[527] Bezos ha descubierto que, en algunos almacenes, es más económico no instalar aire acondicionado y sustituirlo por una ambulancia situada en la entrada para atender a los trabajadores que se desmayen por el calor. A Robert Blincoe le habría resultado muy familiar el sistema.

Este ritmo frenético de trabajo dictado por la tecnología tiene su origen, como en la época de los luditas, en un emprendedor que se atreve a llevar un paso más allá su deseo de lucrarse y no duda en aplicar sistemas que otros considerarían inhumanos, solo para aumentar sus beneficios. La consecuencia también es la misma que hace dos siglos: esa estrategia obliga a otras personas y empresas a adoptar políticas y tecnologías similares con la esperanza de poder competir. Jeff Bezos ha asegurado que las personas son «perezosas por naturaleza», de ahí la necesidad de vigilancia constante y el uso de toda una serie de dispositivos de seguimiento digitales e incentivos tecnológicos para espolear al trabajador. Las políticas laborales de Amazon están pensadas para aumentar al máximo la productividad, sea cual sea el coste humano, y descartar a aquellos trabajadores que ya no pueden mantener ese ritmo extenuante. Y, dado que Amazon lo hace, todo el mundo debe seguir su estela e intentar que su plantilla funcione como una máquina.

* * *

El departamento de personal de Amazon informó a Christian Smalls de que había infringido una orden de cuarentena al acudir a la manifestación, lo que constituía motivo de despido. Sin embargo, de todos los empleados que marcharon frente a la planta de Staten Island, fue al único al que despidieron.

«Es vergonzoso —declaró Smalls a *Vice News*—. Despedir a alguien después de cinco años de trabajo solo por defender al personal y alzar la voz es la prueba de que no les importamos ni lo más mínimo».

El caso levantó una ola de protestas e indignación. Bill de Blasio, Bernie Sanders o la fiscal general de Nueva York, entre otros, apoyaron a Smalls y solicitaron que la Junta Nacional de Relaciones Laborales investigara lo que parecía, a todas luces, un despido como represalia.

Igual que Uber y otras plataformas, Amazon da la impresión de estar buscando el límite, intentando descubrir hasta qué punto puede seguir empeorando las condiciones antes de que los trabajadores decidan

contratacar, quizás con algo más violento que un simple paro laboral.

«No van a pararme. Seguiré peleando», aseguró Smalls.

Y no estaba solo.

La revuelta de los trabajadores de las plataformas

Nicole Moore, Veena Dubal, Abed,
Eric, Tammy y los conductores

Noviembre de 2020

—Espero que Tammy no se haya dormido —dijo uno de los conductores de Uber que participaba en aquella videollamada nocturna. [528]

—Yo espero que sí, seguro que así aprovecharía mejor el tiempo.

El comentario cosechó risas desganadas y gestos de resignación.

Esa conversación tuvo lugar durante la noche electoral de noviembre de 2020. Era ya tarde y los conductores que se habían organizado para intentar impedir la aprobación de la Proposición 22 en California (que les negaba la categoría de empleados por cuenta ajena, lo que les impediría conseguir beneficios laborales y sindicarse) esperaban a que se publicaran los resultados.

—No tiene buena pinta —presagió Nicole Moore, conductora de Uber, organizadora y presidenta de Rideshare Drivers United, una asociación con sede en Los Ángeles que defendía los derechos de trabajadores como ella. No hacía más que señalar lo obvio: solo un milagro podría evitar que la proposición se convirtiera en ley después de la campaña de apoyo que Uber, Lyft, InstaCart y DoorDash habían financiado con una cantidad récord de doscientos millones de dólares.

Había sido una década de retrocesos en el mundo del trabajo a demanda. Cuando comenzó la tendencia, a principios de los años 2010,

eran habituales los salarios relativamente altos, los horarios flexibles y los encargos interesantes, ya que Uber y Lyft intentaban atraer trabajadores. Pero resultó que el origen de los buenos sueldos era el dinero con el que los fondos de inversión de capital riesgo estaban regando a esas nuevas empresas de aplicaciones para hacerse con mercados clave.[529] Uber consiguió convencer a los chóferes de vehículos de alquiler para que se unieran por miles a su plataforma y orquestó un agresivo ataque para entrar en el terreno de los taxistas. En cuanto Uber aseguró su posición, los sueldos cayeron.

Uber, Lyft, InstaCart y DoorDash nunca han sido rentables de forma constante, a pesar de las astronómicas valoraciones y las continuas inyecciones de capital. Para allanar el camino y mejorar la cuenta de resultados después de una década de funcionamiento, decidieron bajar las retribuciones mediante estrategias como complicar el opaco sistema de algoritmos que determinaba lo que ganaba cada conductor. Modificaron funciones e introdujeron tarifas dinámicas, factores de corrección por zonas y bonificaciones por número de servicios, cambiando constantemente la fórmula para que los conductores no supieran cuánto iban a cobrar. Pronto, muchas de esas personas, que ya dependían de las plataformas, se dieron cuenta de que estaban ganando menos, incluso menos de lo que ingresaban en sus antiguas empresas antes de unirse a Uber. Mientras taxistas y chóferes como Douglas Schifter se dejaban la piel intentando competir con las aplicaciones, los trabajadores de las plataformas luchaban por llegar a fin de mes.

En 2019, cuando Uber y Lyft salieron a bolsa, sus ángeles inversores se hicieron millonarios y milmillonarios. Los conductores que sostenían el negocio apenas ganaban diez euros la hora después de descontar los gastos de mantenimiento y la gasolina.[530] Su historia no es tan distinta de la de los calceteros del siglo XIX. Muchos calceteros carecían de bastidores propios y tenían que alquilárselos a los maestros lenceros, igual que muchos conductores de Uber alquilan el coche a Uber (el propietario del dispositivo cobra dos veces y el trabajador paga por trabajar). Por norma general, el salario de los calceteros no era suficiente para cubrir las necesidades básicas de alimentación y vivienda, como también les sucede a los conductores.

Ante esta situación, algunos de los conductores más implicados de Uber y Lyft se propusieron organizarse. Publicaron consejos y estrategias en Reddit y foros de Internet; pusieron en marcha los primeros intentos de

coordinación, por ejemplo, rechazando servicios en ciertas zonas hasta que el algoritmo ofreciera una tarifa más justa, y crearon los grupos Gig Workers Rising y Rideshare Drivers United. Aquellos trabajadores atrapados en un sistema diseñado específicamente para aislarlos empezaron a unirse. Tejieron lazos de solidaridad, se manifestaron y convocaron huelgas. Así nació un nuevo movimiento descentralizado en defensa de los derechos de los trabajadores de las plataformas. Su estrategia fue esencialmente la misma que la de los obreros de la pañería durante la década anterior al levantamiento ludita: presionar para mejorar las condiciones y reclamar cambios legislativos. En 2019, un grupo de representantes políticos encabezados por Lorena Gonzalez aprobó la AB5, una ley según la cual los conductores no eran contratistas independientes, sino empleados por cuenta ajena, con los mismos derechos legales que el resto de los trabajadores.

La negativa de Uber y Lyft a acatar la AB5 —mientras preparaban en la sombra la Proposición 22 para derogarla— llevó a los conductores a organizarse de nuevo para reclamar su cumplimiento.

«Nos hemos levantado para defender nuestros derechos», aseguró Abed, un conductor de Uber de sesenta años, en una manifestación poco antes del inicio de la pandemia. Se había reunido en el centro de San Francisco con un enorme grupo de activistas, entre los que se contaba la especialista en derecho laboral Veena Dubal, para demandar a la empresa por seguir tratando a los conductores como contratistas. Abed se había presentado voluntario de buen grado. Era conductor desde hacía mucho y había visto cómo se reducían sus ingresos a pesar de llevar años registrado en la plataforma: «La empresa gana millones al día, pero no deja de explotar a los empleados. Necesitamos trabajo, tenemos que pagar las facturas. Se están aprovechando de nosotros y eso no está bien. ¿Cómo puede pasar esto en este país en el siglo XXI?».

Describió la caída de las tarifas, la creciente dificultad para conseguir bonificaciones y la cada vez más escasa información de Uber sobre lo que estaba sucediendo. Siguió hablando, visiblemente agitado: «Tienes que tratar bien a la gente. Solo quieren pagarnos menos y menos hasta que trabajemos gratis. Pero vamos a demostrar lo fuertes que podemos ser». Después de una pausa, añadió: «Todos los compañeros con los que he hablado opinan lo mismo».

Otro conductor de treinta y cuatro años al que llamaremos Eric explicó los problemas que surgen cuando tu jefe es un algoritmo: «Tenemos que

poder establecer nuestros propios precios». Además, reivindicó la necesidad de saber adónde puede llevarte un servicio para decidir si aceptarlo o no: «Tenemos entre diez y doce segundos para tomar una decisión sobre un servicio que puede requerir unos minutos o varias horas. Necesitamos información. Solo sabemos cuál es el punto de recogida». Y, por supuesto, reclamó un pago justo y transparente: «Una remuneración adecuada, eso es lo principal».

Entre los presentes también estaba un conductor y trabajador del sector tecnológico que había desarrollado una herramienta automática para ayudar a sus compañeros a reclamar salarios atrasados: «El sistema asume que hacemos un trabajo a destajo, como cosechar fresas, así que rellenar los formularios es un dolor de cabeza». Su hoja de cálculo ayudaría a los conductores a cumplimentar el formulario de tres páginas sobre el tiempo de trabajo, incluidos los datos sobre gastos por horas extra, descansos y daños, y a calcular el importe automáticamente, «para que sea más fácil cobrar los salarios perdidos».

Estas herramientas son fundamentales porque, a diferencia de los empleados por cuenta ajena, los profesionales independientes no tienen derecho a cosas tan básicas como un salario mínimo, horas extras remuneradas, bajas médicas, seguro de salud, permisos retribuidos o dietas. No pueden permitirse renunciar a nada a lo que tengan derecho. Uber y Lyft sostienen que los conductores —las personas que trasladan a los clientes de un lado a otro— no son «esenciales» para su negocio. Aseguran que no son empresas de transportes, sino de tecnología, y, por lo tanto, no hay ningún motivo para considerar empleados a los conductores. Es una táctica centenaria. Recordemos que cuando los grandes fabricantes de paños adoptaron la maquinaria automatizada, también argumentaron que la regulación del sector estaba desfasada y no debía aplicarse en su caso. Sin embargo, sin conductores, no habría Uber ni Lyft. De hecho, es difícil imaginar algo más imprescindible para un servicio de transporte de viajeros que la persona que conduce el vehículo.

Los luditas se opusieron tanto a la tendencia que los abocaba a las fábricas como a las máquinas que los sustituían. Hoy en día, los trabajadores de las plataformas se están levantando para protestar contra un sistema de trabajo basado en algoritmos que ya está extraordinariamente automatizado. El trabajo basado en aplicaciones es precario, está sujeto a cambios repentinos en la carga de trabajo y la remuneración, apenas tiene protección o beneficios sociales, es totalmente

impredecible y volátil, y somete al trabajador a una estrecha vigilancia. Y el jefe es un algoritmo; el departamento de personal es un cuadro de texto en el que puedes escribir una queja, pero del que no sabes si obtendrás respuesta.

La clase trabajadora moderna percibe las implicaciones de esta realidad. No son solo los servicios de taxi; los generadores de imagen con IA como DALL-E y las herramientas de escritura basadas en redes neuronales como ChatGPT amenazan el sustento de ilustradoras, diseñadores gráficos, redactoras o asistentes editoriales. Las plataformas de *streaming* como Spotify han supuesto el desplome de los sueldos en el sector de la música, que perdió hace años la fuente de ingresos que suponía la venta de discos.

Puede que Andrew Yang levante muchas suspicacias, pero acertó al predecir que la ira se extendería como la pólvora cuando los trabajadores cualificados se dieran cuenta de que los algoritmos, la IA y las plataformas tecnológicas están menoscabando sus ingresos y su categoría. La siguiente fase de su profecía es el salto de la rabia al sabotaje organizado. Quizás sea la plantilla de Amazon, harta de la injusticia de tener que hacer pis en una botella para poder cumplir unos objetivos de productividad implacables mientras a su alrededor revolotean cientos de carísimos robots. Tal vez se haga realidad la visión de Yang del batallón de camioneros armados protestando por los camiones articulados autónomos. También podrían ser las trabajadoras de las plataformas, organizadas y furiosas por el indigno trato que reciben, una y otra vez, de la clase ejecutiva y su interminable reserva de capital riesgo. Puede que todos ellos juntos.

Antes de que los luditas se sublevaran, tejedores, tundidores y obreros pañeros llevaban más de una década intentando que el Parlamento prestara atención a sus quejas y recibiendo desplantes, desprecios y acusaciones de agitación ilegal por toda respuesta. Ahora, en Estados Unidos y en el Reino Unido los sindicatos son legales, pero su poder no ha dejado de menguar en las últimas décadas. Muchos estados republicanos han aprobado leyes «por el derecho al trabajo» que dificultan la labor sindical. Y en el mundo de las aplicaciones de trabajo flexible —uno de los sectores económicos más importantes, tecnologizados y de mayor crecimiento—, los trabajadores tienen prohibido sindicarse.

* * *

Durante aquella noche electoral de 2020, quedó claro que la Proposición 22 se había aprobado. El enfado contenido, la incredulidad e incluso la desesperación se apoderaron de la reunión en línea del colectivo de conductores.

«No ha sido una pelea justa, estábamos en desventaja —dijo Nicole Moore—. Y no es fácil cuando tus oponentes usan armas de destrucción masiva, cuando tienen doscientos millones de dólares y tú solo doce». No había que darle vueltas. Moore tenía razón: además de gastar veinte veces más en la campaña, de empapelar todas las vallas publicitarias y llenar los buzones de correo y YouTube con anuncios, Uber, Lyft, InstaCart y DoorDash habían usado tácticas engañosas muy cuestionables, como enviar cartas en las que insinuaban que Bernie Sanders apoyaba la Proposición 22.

Moore siguió hablando y devolvió los ánimos a la reunión: «Pero os miro y veo espíritus guerreros. Algunas de las personas más trabajadoras y luchadoras que conozco. No puedo darle la espalda a ninguno de los presentes. Saldremos ahí fuera y demostraremos que podemos ganar en la calle. No estoy dispuesta a abandonar. No voy a tirar la toalla, ¡joder!».

Uno de los golpes más dolorosos que les asestaba la Proposición 22, además de consagrar a los conductores como contratistas independientes sin derecho a beneficios laborales, era la prohibición expresa de formar un sindicato. Y derogarla requeriría una mayoría cualificada de siete octavos en la Asamblea Estatal de California, un umbral que, para algunos académicos, es tan excesivo que podría considerarse inconstitucional.

Otra de las organizadoras, Marie Harrison, tomó la palabra: «Tenemos que manifestarnos. En todas partes. Que nos vean. No podemos permitir que se olviden de nosotros. Estas empresas nos han destrozado económicamente. Pero tenemos algo de nuestra parte: la unión, una unión perfecta, porque sabemos llevar el volante y no vamos a dejar que nos cambien el rumbo. Por mucho que duela la derrota, es un motivo más para seguir adelante».

Harrison también apostó por adoptar tácticas más agresivas: «Acciones de guerrilla. Empezar a apuntar contra los comerciantes».

En 2020, puede que pareciera que las mastodónticas empresas tecnológicas habían aplastado el intento de los conductores de organizarse y mejorar sus condiciones. Pero es un sector joven; una comunidad dinámica que ya ha demostrado su capacidad táctica, su inteligencia y su tenacidad. Y son muchos.

Puede que lleve años, el tiempo necesario para que las nuevas

comunidades de trabajo estrechen lazos, forjen vínculos sólidos y la confianza necesaria para participar en acciones colectivas. En el siglo XXI, eso sucede en llamadas de Zoom, foros de Reddit, chats de Signal y mensajes grupales, no en habitaciones secretas ni *pubs* en los que corre la cerveza. Como señala Dubal, «si buscas los lugares de los que surge la resistencia, te darás cuenta de que son aquellos en los que la gente ha creado vínculos. Conversaciones muy largas de Zoom. No hace falta que sea en persona. Los trabajadores que se están organizando están en todas partes, pero se ven por Zoom. Una vez a la semana. Lo saben todo unos de otros. Se envían dinero aunque estén dispersos por el mundo». Si Uber mantiene su incesante presión, si el Gobierno los ignora, si sigue sin haber ningún partido que les ofrezca una solución, es razonable pensar que el número de trabajadoras y trabajadores de plataformas solo puede continuar aumentando, mientras se acumula gas en la cola del gran cometa. No podemos descartar ni siquiera otro levantamiento ludita.

Los nuevos luditas

«Necesitamos una revolución ludita», aseguró el trabajador tecnológico y fundador de la revista *Logic* Ben Tarnoff en un artículo publicado en *The Guardian* en 2019.[531]

Hoy, entre la normalización de Uber y Lyft, la dominación de Amazon, el auge de las nuevas empresas que ofrecen servicios de IA y la omnipresente desconfianza en las tecnológicas, cada vez son más las voces de la cultura, la universidad, el activismo o la literatura que expresan públicamente su apoyo a los luditas y sus tácticas. «Los luditas protestaban en realidad contra los costes sociales del "progreso" tecnológico que la clase trabajadora se veía obligada a aceptar», escribió la socióloga Ruha Benjamin en *Race after Technology* (La raza según la tecnología). «Romper una máquina era, en cierto sentido, oponerse a la idea de convertirse en una máquina para que otros pudieran acumular riqueza», apunta la especialista en teoría de la cultura Imani Perry.

Gavin Mueller, investigadora dedicada a la cultura digital y los nuevos medios de prensa, publicó su breve tratado *Romper cosas en el trabajo* en 2021. El escritor Cory Doctorow ha empezado a usar su plataforma como altavoz para defender la política ludita y ha afirmado que toda la ciencia ficción es «literatura ludita».[532]

«Adoro a los luditas», proclamó Veena Dubal. En 2021, Paris Marx, escritor y presentador del pódcast *Tech Won't Save Us*, puso en marcha un boletín titulado *The Hammer* en honor del arma favorita de los luditas. Wendy Liu, tecnóloga y autora del incendiario libro *Abolish Silicon Valley* (Abolir Silicon Valley),[533] dio la bienvenida a 2022 tuiteando una imagen

de una camiseta estampada con el lema «Los luditas tenían razón».

Cada vez más gente añade el adjetivo ludita a sus perfiles en las redes sociales sin ninguna intención sarcástica.

A la vanguardia de lo que podríamos calificar como el nuevo movimiento ludita está el pódcast *This Machine Kills*, presentado por el periodista tecnológico Edward Ongweso Jr. y el sociólogo Jathan Sadowski, y producido por Jereme Brown. *TMK* asume el ludismo como marco para explorar —y condenar— el dominio de los gigantes tecnológicos y de Silicon Valley. Pronto se convirtió en uno de los programas de cabecera de especialistas, sectores críticos y trabajadores que intentan abrirse paso en el mundo creado por las tecnológicas.

«A decir verdad, me sorprendió gratamente —confesó Sadowski entre risas durante una charla por Zoom junto a su compañero de programa— ver que iba apareciendo tanto público, tantos neoluditas. Tuvimos muy buena acogida cuando hablamos del ludismo. Mucha de la gente que nos mencionó en Twitter decía que, si eso era el ludismo, ellos eran luditas». Por el cumpleaños de Ongweso, una seguidora le envió una foto de una cámara de seguridad totalmente destrozada, que él agradeció sinceramente: «Bendita seas».

Sadowski continuó explicando el fenómeno: «Me anima encontrarme a personas que se identifican como luditas. Se está produciendo un movimiento más amplio. La gente quiere una política que critique a Silicon Valley sin paños calientes. No es primitivismo, no rechazamos toda la tecnología, solo la que nos imponen. Porque esperamos algo mejor».

Las empresas que recurren al trabajo flexible mediante aplicaciones —Uber, Lyft, InstaCart— son blanco habitual de la ira de *TMK*. No en vano son una nueva iteración de emprendedores que usan la tecnología para degradar y devaluar la mano de obra.

«¿Qué posibilita el trabajo a demanda? El empobrecimiento generalizado. El sufrimiento. Todas esas cosas a las que se oponían los luditas —aseguró Ongweso—. Hay una línea que va desde los luditas a los colectivos organizados de las plataformas. Y es lógico, porque los dos son grupos de personas explotadas, asediadas por el capital y sacrificadas al progreso. Y si los engranajes del progreso te pasan por encima, ese es el precio que hay que pagar por avanzar».

Ambos sostienen que el fenómeno *techlash* —la reacción contra las grandes empresas tecnológicas que surgió tras el escándalo de Cambridge Analytica y Facebook, sumado a la creciente preocupación por el poder

monopolístico de Google y Amazon y otras cuestiones similares— demuestra un profundo enfado por el dominio de las grandes tecnológicas, pero que la industria ya se lo ha apropiado. El diccionario Oxford seleccionó *techlash* entre las candidatas a palabra del año de 2018.[534] La define como «una extendida e intensa reacción negativa ante el creciente poder y la influencia de las grandes empresas tecnológicas, en especial las radicadas en Silicon Valley». A pesar de ser terreno fértil para el ludismo, los presentadores no lo consideran adecuado por sus connotaciones actuales:

—No hace tanto que la tecnología solo recibía alabanzas, pero ahora Silicon Valley se ha adueñado de esa idea *techlash* —argumentó Sadowski.

—El lenguaje apocalíptico se mantiene, pero las recomendaciones son absurdas. Por ejemplo, dicen que debería haber un supervisor estatal. Si crees que es una amenaza para la vida humana y para la democracia, ¿de qué va a servir esa supervisión? —replicó Ongweso.

—La reacción que necesitamos, la que la gente quiere y espera, se parece más al ludismo. No se trata de que Silicon Valley sea más agradable. No, Silicon Valley está podrido desde la raíz. Es un problema estructural, y eso requiere una respuesta ludita.

La respuesta ludita pasa por hacer aflorar estrategias que no siempre están bien vistas. *TMK* citó la revuelta de los chalecos amarillos en Francia, cuyos integrantes destrozaron innumerables cámaras de vigilancia. Y el movimiento Black Lives Matter, que desencadenó uno de los episodios de agitación civil más cruciales de la historia reciente de Estados Unidos durante el verano de 2020, provocando tanto protestas pacíficas como la quema de comisarías de policía y asaltos a centros comerciales.

«Esas cosas son muy importantes; necesitamos ideas que legitimen el vandalismo como forma de acción política. Todos esos ejemplos de gente que sale a la calle, como Black Lives Matter, lo convierten en una respuesta legítima», defendió Sadowski.

Según Ongweso, esos hechos que la prensa califica con desdén como «saqueos» son, en muchos casos, aunque no siempre, acciones planificadas, algo que se parece bastante a las incursiones luditas: «Lo que vemos una y otra vez es que la realidad es más compleja cuando la vemos desde el barrio. Cuando saquean una tienda de Target o de otra cadena y te paras a investigar, descubres una historia, una tensión subyacente en la comunidad que ha provocado esos disturbios. Puede que en esos sitios hayan despedido a alguien por su perfil racial y que la gente tenga motivos para

detestarlos».

Sadowski añadió: «El Gobierno, el capital llevan siglos saqueando a las comunidades de color. Es curioso comprobar a quién denigramos como saqueador y a quién encumbramos como innovador y emprendedor».

Saben que no es el primer resurgir neoludita que luego se desvanece: «Estas cosas tienen algo de burbuja; pueden ser flor de un día o un mero flirteo académico. Pero lo que hemos conseguido con el pódcast es mantener viva la llama creando una comunidad real en torno al ludismo». Les llegan historias de oyentes que han descubierto la sindicación en el sector tecnológico, que se han dado cuenta de que oponerse a una tecnología no significa estar en contra del progreso y que ahora disponen de un vocabulario para resistir la acometida cultural de la aceleración imparable de las tecnologías con ánimo de lucro. «Lo más importante —aseguró Sadowski— es que ahora esas personas saben que no están solas».

El espíritu del ludismo parece estar cada vez más presente en incipientes actitudes hacia las nuevas tecnologías, sobre todo entre las generaciones más jóvenes. Como George Mellor y sus compañeros, muchos han crecido en un mundo lleno de tecnología que parece diseñada en su contra, una realidad en la que el cambio climático amenaza su futuro, los bienes públicos se han convertido en productos digitales privados, Silicon Valley ha exacerbado la desigualdad y da la impresión de que es inútil recurrir a los cauces legales.

También se percibe cierta predisposición a atacar o rechazar nuevas tecnologías y productos que no existían hace una década. Los posibles méritos de tendencias tecnológicas de la década de 2020 como el metaverso, la web 3.0 o las criptomonedas generan controversia. Además, nos encontramos ante un nuevo sector insurgente que no teme expresar su oposición frontal a conceptos o infraestructuras en su conjunto: no es que ciertas tecnologías deban diseñarse con cuidado, es que algunas no deberían existir. O deberíamos desmantelarlas, a martillazos si es necesario. Ese debate no es ajeno a las personas que trabajan diseñando tecnologías. La campaña #techwontbuildit de los trabajadores en contra de los lucrativos contratos militares que se disponían a firmar Google y Microsoft contribuyó a torpedear algunos de esos proyectos. Las criptomonedas y la tecnología NFT han recibido multitud de críticas por su desmedido consumo de energía, por su pretensión de privatizar hasta el último resquicio del universo digital público y por ofrecer una vía de blanqueo a defraudadores y estafadores. (La burbuja de las criptomonedas

explotó en 2022, fundamentalmente debido al fraude generalizado).

El conocido libro de Andreas Malm *Cómo dinamitar un oleoducto*, publicado en 2021, argumenta que, tras décadas de intentos fallidos de abordar el cambio climático de forma pacífica y democrática, la mejor opción que nos queda es destruir físicamente la infraestructura de los combustibles fósiles. «Esto es lo que debe hacer ese movimiento de millones de personas para empezar», escribió Malm. Primer paso: prohibir nuevos combustibles fósiles. Después: «Anunciar la prohibición y garantizar que se cumple. Sabotear y destruir los nuevos dispositivos que emitan CO_2. Dejarlos fuera de servicio, retirarlos, demolerlos, quemarlos, dinamitarlos. Que los capitalistas que siguen invirtiendo en la combustión sepan que sus propiedades serán arrasadas». Es decir, ludismo climático.

Gavin Mueller aseguró en su libro *Romper cosas en el trabajo*: «Mi esperanza es que el reconocimiento del ludismo en las oficinas, los talleres, las escuelas y las calles dé paso a un sentimiento antitecnológico que ancle sus raíces en la historia y se distinga por su sofisticación teórica y su relevancia política. Podemos descubrirnos unos a otros a través de una miríada de prácticas antagónicas en toda su extraordinaria diversidad».[535]

Hasta ahora, Meta, la matriz de Facebook, ha sido probablemente la gran empresa tecnológica que más ira ha suscitado, al menos en los medios, por su pasividad ante el auge de la desinformación en su plataforma, por permitir la difusión de mensajes de odio y, lo más sangrante, por consentir que tanto usuarios corrientes como poderosos regímenes políticos ataquen a grupos vulnerables, sometiéndolos a un nivel inconcebible de violencia, como en el caso de Myanmar y la minoría rohinyá. No en vano las encuestas sitúan sistemáticamente a Mark Zuckerberg como el consejero delegado peor valorado del sector.[536] Pero en la década de 2020, hay indignación de sobra en el ambiente. Y el blanco de la cólera más encendida e incendiaria es el grupo de los gigantes tecnológicos que están pisoteando las normas laborales.

Los gigantes tecnológicos que abrazan sin reparos tecnologías que están transformando y empeorando no solo las condiciones laborales, sino también la forma de trabajar.

Los gigantes tecnológicos cuyos directivos demuestran abiertamente su hostilidad a su plantilla: aplastan intentos de sindicación, aprueban directrices de trabajo opresivas y exasperantes e incumplen la legislación laboral sabiendo que tienen una sobrada capacidad económica para afrontar las consecuencias.

Los gigantes tecnológicos cuyos directivos son los hombres más ricos del planeta o pretenden serlo.

Los gigantes tecnológicos que llevan demasiado tiempo pensando que son intocables y están empezando a darse cuenta de su error gracias a la resistencia organizada.

Christian Smalls

Junio de 2022

Chris Smalls salió del almacén JFK8 de Amazon cansado y exultante y descorchó una botella de champán. Vestido totalmente de rojo, desde la gorra de béisbol de los Yankees a la sudadera con el logotipo de ALU —las siglas del sindicato Amazon Labor Union—, Smalls ofrecía una estampa curiosa, rodeado de periodistas y trabajadores. Pronto se hicieron virales los vídeos en los que se veía la marea de gente, hombro con hombro, coreando el nombre del sindicato.

Smalls y sus compañeros acababan de saber que la votación se había saldado con 2.654 votos a favor y 2.131 en contra: habían conseguido crear el primer sindicato de Amazon en suelo estadounidense. La noticia provocó un estallido de júbilo fuera del JFK8, el moderno centro de procesamiento en constante expansión del que Smalls había sido despedido dos años antes.

Esto fue lo que declaró a la CBS aquel día: «Quería asegurarme de que no vuelve a sucederle a nadie. Esto es una revolución para mejorar la calidad de vida. Vamos a luchar por un salario de treinta dólares la hora, por descansos más largos, por participar de los beneficios de la empresa, por la seguridad laboral».

La prensa presentó la noticia como la lucha de David contra Goliat, y eso es lo que fue: sin ningún apoyo importante, Chris Smalls y unos cuantos compañeros habían plantado cara a Amazon y habían ganado. Justo después de su despido, decidieron empezar a hablar con las miles de personas que trabajaban en la planta JFK8 clasificando, seleccionando y moviendo paquetes. Se pasaban por la parada del autobús, organizaban barbacoas y, sobre todo, escuchaban a sus compañeros. Oían hablar de

sueldos demasiado bajos, jornadas demasiado largas y descansos demasiado breves.

«No es una cuestión de dinero ni de recursos —explicaría Smalls más tarde—. La campaña que hicimos en Staten Island, en realidad, se basó en crear una cultura que demostrara a los trabajadores que nos preocupamos unos por otros. Si alguien va a escucharte, si alguien va a preocuparse de verdad por ti, somos nosotros, no Amazon, obviamente. Esa es la cultura que está empezando a difundirse por todo el país».[537]

Así era. Lo que nació como una ola de sindicación en medios digitales como *Gawker* y el *Huffington Post*, se extendió por todo el país, en todos los sectores. La llama prendió incluso en el ámbito tecnológico, siempre refractario a la organización de los trabajadores. Las plantillas de Google, Starbucks, Kickstarter, Apple y, por supuesto, Amazon se estaban movilizando y se iban sumando victorias. Hay un motivo por el que este movimiento está floreciendo en los centros de trabajo gestionados por los gigantes tecnológicos y las empresas emergentes más modernas: igual que en el siglo XIX, son los lugares en los que los propietarios usan la tecnología para subvertir las normas y llevar a las personas al límite, donde más extremas son las desigualdades y más evidente resulta quién pone la sangre para que las máquinas sigan funcionando y quién se queda con los beneficios que genera la maquinaria. Parece que las personas se cansan rápido de que las traten como a autómatas. En ese sentido, todos somos luditas.

En Amazon, ya había aflorado el interés por la labor sindical incluso antes de la histórica victoria del ALU.[538] Se habían convocado paros laborales, la organización colectiva cobraba fuerza e incluso se había puesto en marcha una campaña de sindicalización en el centro de procesamiento de Bessemer, Alabama, que fracasó tras las injerencias de la empresa en las votaciones (una actuación que fue declarada ilegal en los tribunales). También han surgido iniciativas locales, como la asociación IE Amazonians Unite en la planta californiana de Inland Empire, y actos de resistencia que son cada vez más habituales y van ganando apoyo. Después del triunfo del ALU en Nueva York, se abrió un mundo de posibilidades y los trabajadores de Amazon convocaron consultas sindicales por todo el país.

«Nos llaman trabajadores todos los días para pedirnos colaboración, ya sea a través del ALU o para fomentar la cultura sindical en su centro. Podemos compartir conocimientos y experiencia, contarles lo que sucederá

cuando sus esfuerzos se hagan públicos. Y es increíble poder hacerlo», contó Smalls.

Si ha de producirse un cambio, no solo en las modernas instalaciones de Amazon y otros gigantes de las plataformas como Uber, sino para todos los que tenemos que enfrentarnos constantemente a la forma en que los empresarios usan la tecnología para trastocar nuestra vida, sin duda surgirá de los movimientos de base, de esas anticuadas prácticas que pasan por organizarse, protestar y tejer lazos. Así es como conquistaron la victoria Smalls o los conductores de Uber, marcando el rumbo para seguir avanzando entre la IA, la automatización y los algoritmos de trabajo flexible de las plataformas. (Es muy poco probable que el cambio surja de las prescripciones políticas de tecnofuturistas, gurús y laboratorios de ideas que se contentan con gritar que los robots van a quitarnos el trabajo, pero no parecen tener demasiado interés en hacer nada al respecto. En 2022, Andrew Yang, tras el fracaso de sus candidaturas a la presidencia y a la alcaldía de Nueva York, dejó de lado sus teorías sobre la automatización y se centró en crear un nuevo partido político centrista en cuyo programa no aparecía, en verano de 2022, ninguna mención a la renta básica universal ni a nada parecido).

En una concurrida charla en Los Ángeles, durante la gira veraniega que hizo tras su crucial victoria, Smalls animó a los trabajadores a seguir adelante, a devolverle el golpe a Bezos y Elon Musk, a «poner nerviosos a los milmillonarios». Ataviado con unas gafas de sol de diseño y fundas de oro asomándole en la boca —lo que él llamaba «estilo sindical»—, todavía estaba acostumbrándose a su papel de abanderado de la clase obrera en la lucha cada vez más organizada contra los gigantes tecnológicos. Con un carisma natural, pero sin demasiada experiencia, sujetaba nervioso el micrófono mientras espoleaba a voz en cuello a los trabajadores para levantarse y luchar.

«Me pasé trescientos días en la parada del autobús», aseguró. No se trataba únicamente de organizarse, sino de tejer una red de cuidados y confianza.

Cuando una mujer del público le preguntó por las iniciativas de automatización de Amazon, Smalls respondió con contundencia.

«Tenemos que cortarlo de raíz. Muchas de esas ideas de automatización están todavía a años luz. Amazon está intentándolo, pero ya sabéis, no les apoyéis, no vayáis a tiendas con cajas y máquinas automáticas, porque eso es lo que los anima a seguir por ahí. Tenemos que presentarnos allí y

acabar con esa mierda, de verdad. Ya hablaremos de eso sin micros delante». Puede parecer sorprendente que Smalls defendiera lo que eran, esencialmente, estrategias luditas, pero tiene sentido. La forma en que se había volcado en forjar vínculos comunitarios y crear grupos de resistencia que escaparan a las garras de Amazon también recordaba al ludismo. La lucha contra la explotación tecnológica requeriría un movimiento de masas: «Tenemos que conseguir poder en todos los sectores para parar este proceso, impedir que piensen siquiera en sustituirnos por máquinas. Merecemos tener trabajo. Merecemos un trabajo para toda la vida».

Pero estamos hablando de las empresas tecnológicas más grandes y poderosas de la historia, dirigidas por los gigantes más ricos e influyentes. Los trabajadores a los que Smalls se dirigía como «guerreros» tendrán muchos frentes abiertos.

«Vais a tener que enfrentaros a tácticas muy desagradables. Os van a demonizar, os van a aislar, os van a difamar con propaganda. Tenéis que prepararos mentalmente, crear una base sólida con la que podáis contar y una cultura de la que formaréis parte para librar esta batalla».

Hizo una pausa y continuó: «La lucha ya ha empezado».

Hizo falta poner en marcha todos los resortes de un Estado violento —una legislación tiránica, un descomunal despliegue militar y decenas de ejecuciones públicas— para sofocar el movimiento ludita, defender la instauración del sistema fabril, normalizar la automatización impuesta de arriba abajo y consagrar las tecnologías y su filosofía como la lógica dominante desde la Revolución Industrial.

Hoy en día, ante la degradación de las condiciones laborales provocada por las aplicaciones de trabajo flexible, el uso de servicios de IA para bajar los salarios y la implacable presión por automatizar todavía más almacenes y líneas de montaje, la clase trabajadora puede recordar lo cerca que estuvieron los luditas de repeler las tecnologías que los oprimían. Puede recordar lo que funcionó (una estrecha solidaridad, modelos de organización descentralizados, muestras de poder y creatividad capaces de inspirar a figuras culturales influyentes y ataques persistentes dirigidos específicamente contra las tecnologías opresivas) y lo que falló (la violencia personal, la falta de coordinación con un órgano político con suficiente poder y la inconstancia de los esfuerzos para crear uno). Puede reconocer que los luditas cayeron ante el autoritarismo y que esas circunstancias no son inamovibles. Todavía podemos oponernos a la imposición de un

control totalitario. Podemos fijarnos en ciertas tecnologías y ciertos modos de dominio y decir, simplemente, que no.

El ludismo vuelve a emerger como una opción viable; si la clase trabajadora, los estudiantes y la ciudadanía de un mundo que está cada vez más a la merced de los dictados de Silicon Valley suman voluntades, pueden optar por rechazarlos. Pueden aplicar el potencial de la ética ludita a colectivos más organizados y estructurados. Pueden oponerse a los monopolios tecnológicos y presionar para disolverlos. Pueden negarse a aceptar tecnologías intrusivas o lesivas y decir que no quieren jefes algorítmicos que no asuman responsabilidades, dispositivos digitales de vigilancia masiva que escudriñen hasta el más mínimo aspecto de su vida ni inteligencias artificiales que generen contenidos en su lugar de trabajo. Es una opción. Pueden decir que Amazon y Uber, o Starbucks y Walmart, tienen la obligación de pagar sueldos justos a sus empleados y garantizarles los derechos correspondientes, entre ellos, el derecho a la sindicación.

Quizás todavía no sea necesario hacer pedazos la infraestructura física de esas tecnologías opresivas. No obstante, con toda la información histórica disponible sobre la contribución de estas fuerzas a la degradación de la calidad de vida en el pasado, también pueden adoptar una actitud más asertiva a la hora de decidir cómo quieren que la tecnología influya en la suya. Todos podemos. No tenemos la obligación de dejar que los emprendedores, los fondos de capital riesgo y sus aliados decidan por nosotros.

Será una batalla difícil y todavía no sabemos hasta dónde llegarán las palancas gubernamentales de las élites empresariales actuales. Todavía no sabemos si la clase trabajadora del siglo XXI se verá abocada a un nuevo sistema fabril, forzada por los portales digitales, las plataformas de aplicaciones y la precariedad permanente, o si cambiará la marea de esta segunda o tercera o séptima u octava revolución industrial. Las compañías tecnológicas más poderosas del mundo no renunciarán a su posición por las buenas. Y como los gigantes del siglo XIX, estarán dispuestas a destruir la vida de la gente trabajadora para conseguirlo.

Douglas Schifter

2018

Había llevado a sus pasajeros a lo largo de millones de kilómetros, dedicándole decenas o puede que cientos de miles de horas a su trabajo, y había escrito más de cuarenta y cinco mil palabras en su columna de la revista *Black Car News*. Había recorrido más calles y autovías que casi cualquier otra persona del planeta y había acumulado ideas y anécdotas como para escribir un libro. Como sus esforzados predecesores luditas, Douglas Schifter era una persona muy productiva.

Sin embargo, cuando escribió aquella publicación de Facebook en febrero de 2018, ya tenía claro que no podía seguirles el ritmo a aquellos algoritmos opresivos y que no podría ganarse la vida compitiendo con sus propietarios. La publicación acabó convirtiéndose en una petición, pero, igual que el Gobierno británico se negó en su momento a aliviar el sufrimiento de los tejedores que se morían de hambre, a regular el comercio de paños y a prohibir los tejidos baratos de mala calidad, la corporación municipal de Nueva York, las agencias estatales y los organismos federales decidieron no hacer nada para ayudar a los taxistas a los que Uber estaba machacando.

Schifter escribió: «Ya no somos el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Nos hemos convertido en el gobierno de las compañías que manejan al pueblo en beneficio de los ricos. Los políticos y las empresas, con ayuda de los millonarios y las corporaciones que controlan, están esclavizando y destruyendo al pueblo. Lo consiguen manipulando las leyes o saltándoselas. Nos están robando el país. Están robando tu futuro y el de tu familia ahora mismo».

Después de publicar este texto en su página de Facebook, recogió sus cosas y se dispuso a subir al coche para conducir desde el norte del estado de Nueva York al centro de Manhattan.[539] Era tan temprano que todavía estaba oscuro. Antes de salir, le envió un mensaje de texto a un amigo.

«Haz que cuente», le pidió.

Schifter llegó ante el edificio del ayuntamiento al amanecer. Entró por la puerta este, aparcó y, sin ni siquiera desabrocharse el cinturón, se pegó un tiro.

«No me convertiré en un esclavo que trabaja por calderilla. Prefiero la muerte», había escrito en una ocasión. Doug Schifter fue víctima de las mismas fuerzas que sobrepasaron a los luditas. Durante los años siguientes, más de una docena de conductores siguieron sus pasos.

Como los luditas, como George Mellor en sus últimas horas, Schifter había expresado la esperanza, por muy desesperado que fuera su final, de que la gente normal triunfará sobre las máquinas y sus amos.[540] *Los Angeles Times* describió la muerte de Schifter como el «grito de auxilio del agonizante sector del taxi de Nueva York».

Y eso era exactamente lo que pretendía ser.

Su última publicación concluía así: «Sé que estoy haciendo todo lo que puedo. El resto os corresponde a vosotros. ¡Despertad y resistid!».

Epílogo

¿Los robots nos quitarán el trabajo?

Desde la represión de la revuelta ludita en la década de 1810, la clase trabajadora ha estado sumida en un estado de ansiedad por la incidencia de la tecnología en nuestro modo de vida. Durante doscientos años, apenas hemos podido desprendernos de la inquietud de que esta máquina o aquel programa acaben con nuestro oficio, lo degraden o empeoren sus condiciones. No hemos dejado de preocuparnos de que los robots nos quiten el trabajo.

Dicho de otro modo, nunca hemos encontrado una respuesta satisfactoria a la cuestión de la maquinaria. O a la de la automatización. O a la de la inteligencia artificial. A lo largo de toda nuestra historia posindustrial, estas preguntas han vuelto a aflorar de cuando en cuando, y por un buen motivo: al fin y al cabo, las fábricas supusieron la desaparición del sistema doméstico de tejeduría, las líneas de montaje automáticas pusieron fin a los empleos manufactureros y Expedia acabó con los agentes de viajes.

¿Hasta qué punto deberíamos preocuparnos ahora? ¿Ya está aquí el apocalipsis robot?

Por una parte, la respuesta es no; las contundentes evidencias recabadas por historiadores económicos como Aaron Benanav[541] y economistas laborales como Susan Houseman demuestran que la mayor amenaza al empleo estable no es la automatización sino la falta endémica de buenos puestos de trabajo (que son cada vez más escasos debido a las plataformas de trabajo flexible y a las tecnologías diseñadas para ahorrar mano de obra, pero no han desaparecido del mapa). Por otra parte, se habla sin cesar de la inteligencia artificial y de brillantes dispositivos

robóticos de última generación en almacenes, supermercados y fábricas, así que la respuesta... sigue siendo no.

Si algo nos han enseñado los luditas es que no son las máquinas las que nos quitan el trabajo, sino los jefes.

Los robots no tienen conciencia; no tienen la capacidad de robarnos el trabajo ni de amenazarnos con acabar con él. Esas habilidades están reservadas a directivos, asesores y consejos de administración, a los ejecutivos de las tecnológicas y de las empresas de trabajo por horas. Sin embargo, no dejamos de encontrar titulares como estos en los medios más importantes:

> «Los robots inteligentes podrían robarte muy pronto el trabajo», *CNN*.
> «Los robots de oficina ya están listos para hacer tu trabajo», The *Wall Street Journal*.
> «Los robots han llegado para quedarse: El empleo en la era de los humanos y las máquinas», *Wired*.
> «¿Te quitarán el trabajo los robots? Sí, con el tiempo», The *New York Times*.
> «Los robots ya están aquí y quieren tu trabajo», *Vice*.

Desde la época de los luditas,[542] cuando se formuló este debate como «la cuestión de la maquinaria» en lugar de «la cuestión de los propietarios fabriles», esa perspectiva ha contribuido a ocultar el agente que está detrás de la decisión de automatizar puestos de trabajo. Quienes deciden no son los robots, sino propietarios de negocios, emprendedores o directivos, y su intención suele ser ahorrar dinero reduciendo los costes de la mano de obra (o incrementar la eficiencia y mejorar las operaciones y la seguridad). Es una decisión humana que desencadena una transformación radical.

Si hablamos de la «llegada» de la maquinaria o los robots como si aparecieran de la nada y privaran de su sustento a multitud de personas indefensas, estamos planteando un fenómeno que se produce de forma independiente, del que no se puede culpar a nadie y ante el que solo cabe asumir las consecuencias. Desde esa perspectiva, no se puede culpar a los ejecutivos, persuadidos por consultorías que insisten en que la generación de texto mediante IA o los *bots* de atención al cliente son el futuro; ni a los gigantes tecnológicos, que utilizan plataformas algorítmicas para sustituir a los trabajadores tradicionales; ni a los directivos, que ven las cajas automáticas como una oportunidad para reducir plantilla y mejorar los

márgenes de beneficios; ni a los gerentes de las compañías navieras, que deciden reemplazar a los estibadores por una flota de vehículos autónomos.

Estos ejecutivos pueden creer que no tienen elección, que actúan movidos por accionistas, consejos de administración y superiores en un sistema que incentiva estas decisiones, pero eso es exactamente lo que son: decisiones tomadas por personas. Fingir lo contrario, que los robots son inevitables, es determinismo tecnológico y supone renunciar a pensar críticamente cómo y cuándo debería implementarse la automatización.

Los luditas sabían exactamente quiénes eran los dueños de las máquinas que destrozaban. Entendieron que la automatización no es un fenómeno sin rostro al que debemos someternos. En buena parte de los casos, la automatización es algo bastante más sencillo: son las clases ejecutivas buscando nuevas formas de enriquecerse, como los propietarios fabriles de la época ludita.

Un ejemplo muy revelador. En 2019, el periodista del *New York Times* Kevin Roose redactó un informe sobre Davos en el que detalló el enorme interés por la automatización de los líderes empresariales y los consejeros delegados del sector tecnológico que asistieron al Foro Económico Mundial (FEM) aquel año.

«Nunca lo admitirán en público, pero muchos de vuestros jefes quieren máquinas que os sustituyan lo antes posible», escribió Roose. De cara a la galería, las élites prefieren defender la necesidad abstracta de prepararnos para «la cuarta revolución industrial» o «la segunda era de la máquina». En privado, son más directos. Mohit Joshi, presidente de la empresa de servicios tecnológicos Infosys, que trabaja con los directivos de estas grandes compañías y organizaciones, lo sabía bien: «Buscan grandes rentabilidades. Antes, los objetivos de reducción de la mano de obra eran progresivos, de un 5 por ciento o un 10 por ciento. Ahora se preguntan si no sería posible mantener el negocio quedándose solo con un 1 por ciento de su plantilla actual».

Desde entonces, los ejecutivos se han propuesto comprar y diseñar más robots y programas de *software* que, idealmente, dejarán a la gente sin trabajo. Lejos de brotar espontáneamente en el suelo de las fábricas, el ejército de robots e inteligencias artificiales «que vienen a por nuestros empleos» se desplegará en nombre del tipo de élites que acuden a Davos.

Esa selecta minoría es el motivo principal por el que seguimos tratando la automatización como un fenómeno impersonal: los institutos que financian, las asesorías que contratan y los bancos con los que trabajan

publican frecuentes informes en los que abordan la automatización como una inevitabilidad tecnológica. El informe «El futuro del empleo» que el Foro de Davos presentó en 2020 afirmaba que «las tecnologías de la cuarta revolución Industrial, impulsadas por la IA, [...] cambiarán el mundo de forma radical». Animaba a los lectores a «no temer a la IA», ya que, aunque esta tecnología va a destruir 85 millones de puestos de trabajo, a largo plazo creará 97 millones de empleos nuevos. Economistas y asesores recurren habitualmente a esta compensación —sí, las nuevas tecnologías acabarán con ciertas profesiones, pero crearán otras— como estrategia para mitigar el miedo a los despidos masivos. En 2017, McKinsey título así un estudio sobre el futuro laboral: «Trabajos perdidos, trabajos ganados». Sin embargo, imagina decirle a un tejedor famélico de 1811 o a un taxista desesperado de 2021 que no se preocupe, que en el futuro habrá más trabajo para compensar el que ha perdido. No debería sorprendernos que se nieguen a someterse a la obligación de «tumbarse y dejarse morir», parafraseando de nuevo a Frank Peel.

Otros informes sobre el auge de los robots parecen profecías autocumplidas. Un estudio de Goldman Sachs de 2023 estimó que trescientos millones de puestos de trabajo en todo el mundo corrían el riesgo de ser sustituidos por sistemas de IA generativa, sugiriendo a quienes estaban en condiciones de adquirir dicha tecnología que había llegado el momento de hacerlo. Organizaciones como el Fondo Monetario Internacional, consultorías como Accenture y Deloitte y empresas de servicios profesionales como PwC también han elaborado informes sobre el futuro laboral, todos ellos pronosticando una colosal disrupción y un importante crecimiento económico. También tienen en común la vaguedad de sus menciones a los riesgos de la automatización y la superficialidad de las soluciones propuestas, centradas en enfatizar la importancia de la educación y pedir modestas ayudas gubernamentales para programas de reciclaje profesional. El tono dramático de estos informes encuentra su reflejo en el gusto de la prensa por las historias de ciencia ficción que parecen hacerse realidad, por lo que el relato está servido: los robots ya están aquí. Sin embargo, podríamos tomar mejores decisiones sobre la automatización si entendiéramos que, en realidad, «los robots van a quitarnos el trabajo» significa más bien «un consejero delegado quiere rebajar un 15 por ciento sus gastos operativos y ha decidido contratar a una empresa de *software* que promete hacer el mismo trabajo que treinta empleados y cuyo pago se imputará a la partida de cuentas por pagar a los

proveedores».

Esta implacable e incontestable presentación de la automatización en serie como nuestro único destino tecnológico posible es una de las razones por las que tantas personas siguen siendo vulnerables a ese miedo. Y es un miedo que las empresas pueden aprovechar y usar contra los trabajadores. Cuando el personal de los restaurantes de comida rápida se organizó para reclamar un sueldo de quince dólares la hora, Andrew Puzder, el candidato de Donald Trump al cargo de secretario de Trabajo, publicó en el *Wall Street Journal* un editorial titulado «El salario mínimo debería llamarse Ley de Empleo de los Robots». Ed Rensi, exconsejero delegado de McDonald's, se mostró de acuerdo: esos sueldos decentes provocarían «una increíble pérdida de puestos de trabajo», ya que el sector aceleraría la automatización.

Es la amenaza que se esgrime siempre contra la clase trabajadora, incluso aunque la automatización no vaya a acabar al día siguiente con su trabajo; básicamente, porque no es posible. Lo más habitual, como en la época de los luditas, es que sirva para degradar condiciones y bajar salarios. Los datos parecen demostrar que la tecnología no está borrando del mapa grandes bolsas de trabajo y que el miedo a ese difuso apocalipsis laboral provocado por los robots favorece a los gigantes tecnológicos y los grandes ejecutivos. Siempre ha sido así.

«El discurso de la automatización es una explicación muy potente de las tendencias actuales, al menos a nivel superficial, y es una teoría que tiene su historia: es obvio que se ha usado en incontables ocasiones», explica Aaron Benanav.[543] Este historiador económico recuerda que la teoría de que los robots van a quitarnos el trabajo ya gozó de gran popularidad en varios momentos del siglo XX, en concreto, en los años treinta, cincuenta, sesenta, ochenta y noventa.

Uno de esos periodos fue la continuación del fenómeno cultural originado por la obra teatral que acuñó el término «robot», *Robots Universales Rossum*, del escritor checo Karel Čapek, estrenada en 1921. El autor, que bebe del *Frankenstein* de Mary Shelley, cuenta la historia de un temerario científico que crea un ejército de «robots» —en checo, *robota* significa «trabajo forzado»— como mano de obra para las empresas. «El joven Rossum es el científico moderno al que no le preocupan las ideas metafísicas; para él, la experimentación es el camino a la producción industrial», declaró Čapek en una ocasión.[544] La obra es una acerada crítica a los efectos deshumanizadores de la automatización y la tecnología.

Los robots, como los luditas antes que ellos, se levantan contra sus amos, articulando una ansiedad que sigue reverberando un siglo después, el espectro apocalíptico de un mundo en el que las máquinas arrebatan el sustento a los seres humanos.

«La teoría de la automatización sugiere que los inventores y los científicos se esfuerzan por encontrar innovaciones que mejoran nuestra vida, lo que es cierto, pero que la traslación de la ciencia a la economía resulta problemática. También sostiene que los fundamentos económicos son sólidos y que el único problema real es cómo repartir el botín», asegura Benanav.[545] Además, este modelo defiende que la mejor forma de dar a la gente corriente una pequeña parte de las ganancias es una renta básica universal. Benanav describe así las consecuencias de la teoría:

> Este marco valida el poder y la increíble riqueza de la élite tecnológica, justificándolos mediante la afirmación de que necesitan todo ese dinero porque son quienes harán las inversiones que nos permitirán disfrutar de la automatización total, salvar el planeta del cambio climático, llegar a Marte y muchas cosas más. Cualquiera que haya leído revistas de divulgación científica o visto algo de ciencia ficción atará cabos al momento. Casi nos vemos recitando el lema de *Expediente X*: «Quiero creer».

Entonces, si no se avecina ningún apocalipsis laboral liderado por los robots o la IA, ¿qué es lo que está pasando? Lo mismo que sucedió hace doscientos años: la élite empresarial está alimentando el sueño dorado de un futuro en el que las máquinas hacen todo el trabajo y nos aportan prosperidad económica. Estas visiones de robots que asumen nuestros empleos pueden provocarnos desasosiego, pero también nos impulsan a fijarnos en un mañana lejano y brillante en el que hayamos dejado atrás la precariedad, las injusticias y las desdichas del presente; mientras tanto, esas élites que han forjado el relato disponen de una cortina de humo que oculta las decisiones que toman para seguir aprovechándose de la fuerza laboral. Quizás los empresarios no puedan sustituir a todos sus trabajadores por máquinas —en el caso de que quisieran hacerlo—, pero sí pueden desprofesionalizarlos, recortar sus beneficios y protecciones y bajar sus salarios. Algunas profesiones son más vulnerables a los emprendedores y ejecutivos que pretenden transformarlas —los tejedores, los trabajadores de líneas de montaje, los taxistas, los agentes de viajes—, pero los

trabajadores sustituidos no son víctimas de los robots.

Fijarnos en las dinámicas de la lucha de los luditas nos ayudaría a descartar todas estas proyecciones de futuro deterministas; pensemos, por ejemplo, en aquellos empresarios que veían cómo sus competidores instalaban máquinas automáticas y debían decidir si querían entrar en el juego. Hoy en día, las cadenas de suministro cruzan todo el planeta, pero el principio básico es el mismo; la raíz del problema es un fenómeno social. Dejar que un ambiguo concepto de «robot» asuma la culpa permite a la clase directiva eludir el control por sus decisiones tecnológicas, zanja imprescindibles debates sobre los límites reales del fenómeno y nos impide cuestionar el avance de este destino robótico que nos presentan como obvio. Así que, por amor de los luditas, hablemos claro.

Los robots no amenazan nuestro trabajo. Lo amenazan los dueños de las aplicaciones de trabajo flexible que ven la oportunidad de saltarse la ley y explotar sectores regulados desde antaño. Lo amenazan los comerciales que venden servicios a empresas con la promesa de aportar infalibles soluciones de automatización y generación de contenidos mediante IA.

Los robots no están destruyendo empleos. Quienes los destruyen son los directivos que consideran rentable sustituir a una persona por una función algorítmica y deciden hacerlo.

Los robots no vienen a quitarnos el trabajo. Los que nos quitan el trabajo son los consejeros delegados que ven la posibilidad de comprar una máquina, rentabilizarla en 3,7 años, mejorar los márgenes de beneficios y dedicar las ganancias de la operación al pago de dividendos.

Cómo empiezan las rebeliones contra los gigantes tecnológicos

La razón por la que hay tantas semejanzas entre el mundo actual y la época de los luditas es que apenas ha habido cambios en nuestra actitud hacia los emprendedores y la innovación, la organización de la economía o la forma en la que incorporamos la tecnología a nuestra vida y la sociedad. Existe una tensión constante entre las empresas con acceso a tecnologías productivas y los trabajadores que quedan a su merced. Pero esa tensión no siempre desemboca en una insurrección violenta. Entonces, ¿cómo empiezan los levantamientos contra los gigantes tecnológicos y los propietarios de las máquinas?

Cuando los emprendedores y ejecutivos implantan nuevas tecnologías

destinadas a reemplazar a la mano de obra cualificada, eludir normas legales o degradar oficios tradicionales, especialmente en épocas de crisis económica. La situación se agrava si los trabajadores afectados no tienen recursos.

Cuando la tecnología destruye o degrada la identidad, la categoría o la profesión de un trabajador; cuando es difícil o imposible organizarse para negociar compensaciones, o cuando no existe ningún apoyo, las personas afectadas se sienten arrinconadas, enfadadas y dispuestas a tomar medidas drásticas. Quizás sea obvio, pero se diría que no lo es tanto para la clase política estadounidense, a juzgar por la forma en que han gestionado el trabajo flexible, la automatización y la vigilancia laboral en el siglo XXI. Como en tiempos de los luditas, hoy los representantes políticos se benefician activamente de la generosidad de la élite tecnológica, esos donantes de campaña de Silicon Valley que tienen los bolsillos llenos y además «crean empleo». Demasiados dirigentes han decidido ignorar las consecuencias; ellos, por lo que parece, también se apresurarían a enviar a la Guardia Nacional a detener la hemorragia con contundencia.

Nada de esto significa que los trabajadores de Estados Unidos vayan a empezar de repente a despedazar las máquinas con las que los explotan, pero sí implica que, en algunos casos, canalizarán esa ira hacia los políticos o la dirigirán contra «los otros», los de fuera: inmigrantes, minorías u oponentes políticos. Un estudio de Brookings Institution[546] reveló que el número de votantes que se decantó por Donald Trump en 2016 fue más alto en las regiones en las que la población sufre un mayor grado de automatización. Trump adoptó una retórica pensada para transformar este resentimiento en rabia y prometió devolver el país a los viejos tiempos de gloria de la época industrial. Según las conclusiones del estudio de Brookings, «la automatización perpetúa la brecha entre el bloque demócrata y el republicano».

Cadenas de suministro opacas y complejas, décadas de deslocalización y otros aspectos consustanciales a la economía globalizada se han confabulado para difuminar las causas concretas de prácticas específicas de explotación laboral. George Mellor veía la tejeduría de Horsfall, con sus perchadoras automáticas, extendiéndose a las afueras de Huddersfield; la clase trabajadora actual ve escaparates vacíos y fábricas de coches abandonadas, pero no suele tener la ocasión de contemplar esas instalaciones nuevas en las que se supone que los robots están haciendo su trabajo. Es más difícil aplastar una máquina si no la tienes cerca, o si es

invisible, si está hecha de líneas de código. Esta confusión es uno de los motivos por los que se han producido menos protestas obreras violentas contra las grandes empresas durante las últimas décadas; el origen del oprobio está escondido en el complejo mecanismo del capitalismo global, por lo que la indignación se vuelve difusa. A pesar de todo, los trabajadores empiezan a entender con claridad los métodos de explotación de los modernos propietarios fabriles y la posibilidad de emplear estrategias luditas sigue siendo muy real.

En un San Francisco gentrificado por las compañías tecnológicas, un grupo de inquilinos desplazados y de residentes con órdenes de desahucio bloquearon la ruta de los tristemente famosos autobuses de Google y acabaron apedreando los vehículos. Hemos visto cómo reaccionaron los taxistas franceses a la llegada de Uber a su mercado: con disturbios y el proverbial martillo de Enoch. Y los nuevos luditas han señalado el vandalismo selectivo de las protestas del verano de 2020 por la muerte de George Floyd como ejemplo para las represalias estratégicas por injusticias económicas.

Mientras tanto, los Gobiernos han exacerbado el problema aprobando políticas punitivas que restringen los derechos de la clase trabajadora. Sin duda, las leyes que decretó el Parlamento en la época ludita fueron mucho más duras y sangrientas, pero la lógica que guía la economía estadounidense actual es muy similar, al menos en lo referido a quién goza de protección y quién recibe el castigo. Las compañías tecnológicas y sus aliados gubernamentales intentan evitar por todos los medios que las personas que trabajan para empresas como Amazon o Uber por horas o de forma esporádica puedan organizarse. Los empresarios están arrebatando a sus trabajadores su única defensa frente al despliegue de la tecnología en su entorno laboral. La clase obrera se ve privada de alternativas y protecciones, incluso cuando parece que podría tener alguna capacidad de maniobra. Como escribió en 2021 Ezra Klein, columnista del *New York Times*, «la economía estadounidense funciona gracias a la pobreza o, al menos, a la amenaza constante de caer en ella. Hasta el más mínimo atisbo de poder del trabajador se trata como una emergencia política, y la respuesta es siempre el palo de la pobreza, no la zanahoria de un salario más alto».[547]

Cuando las tecnologías, nuevas o viejas, se usan sistemáticamente para minar las costumbres y las normas sociales de las personas trabajadoras.

Del mismo modo que fue la forma en la que los emprendedores estaban

modelando el advenimiento del sistema fabril lo que motivó los asaltos luditas —y que la ampliación y la automatización de ese sistema han inspirado recurrentes protestas desde entonces—, los trabajadores actuales están sintiendo la presión de las empresas de aplicaciones a demanda como Uber, Lyft o DoorDash, por no hablar de aquellos que han quedado relegados a hacer lo que Veena Dubal ha descrito como «destajo digital». [548]

Un grupo cuya situación se parece mucho a la de los luditas es el formado por el creciente número de trabajadores de plataformas que están contra la espada y la pared. Muchos son profesionales cualificados que en otro tiempo cobraban mucho más, como Douglas Schifter; otros han perdido sus beneficios y el derecho a la protección social. Su vida se ha visto totalmente alterada, y ahora su régimen de trabajo lo dictan algoritmos normalmente inescrutables que los obligan a competir entre sí por cada encargo. Esta nueva generación de estructuras laborales precarias organizadas mediante algoritmos está permeando todos los sectores y ya afecta a abogados, escritores, servicios de emergencias y fuerzas de seguridad. Y, en muchos casos, el auge de la IA generativa solo acelerará el proceso. Uno de los objetivos de la huelga de guionistas de 2023 fue evitar que los estudios usaran la IA para crear guiones y los salarios se desplomaran.

Mientras tanto, las leyes «por el derecho al trabajo» dificultan la organización colectiva, y medidas como la Proposición 22 impiden que los trabajadores de las plataformas disfruten de un empleo estable con sus correspondientes derechos o que se sindiquen. Uber y Lyft pueden modificar sus tarifas a su antojo. El sueño americano del trabajo en horario de nueve a cinco, con sus beneficios y su pensión de jubilación, ha sufrido el mismo proceso de desmantelamiento, destrucción e idealización que el estilo de vida de los tundidores y los tejedores preindustriales a principios del siglo XIX. Los luditas lucharon por defender un modo de vida que valoraban, que estaba vinculado a la tradición y que les permitía pasar tiempo con su familia y mantener su autonomía. Hoy en día, cada vez más trabajadores están dispuestos a pelear para defender lo mismo.

Cuando se generaliza la percepción de que la élite empresarial está dominada por la codicia y el egoísmo. Cuando la clase trabajadora ve que los gigantes tecnológicos están dispuestos a lucrarse a costa del sufrimiento de los demás.

Si hay una figura que, a lo largo de toda la historia, ha despertado la

rabia y el sentimiento de clase, esa es la del magnate avaro y sin escrúpulos; cuando es evidente que esos magnates están usando una nueva tecnología para explotar todavía más a sus trabajadores, se desata la furia, que suele dirigirse contra esa tecnología. Los luditas remitieron sus cartas a emprendedores y propietarios fabriles, a los magistrados locales que los auspiciaban e incluso al príncipe regente y a sus ministros. Estaba claro quién actuaba de forma inmoral (e ilegal) y quién era el artífice del nuevo régimen industrial mecanizado que los estaba dejando sin trabajo y que estaba alterando, contra su voluntad, las normas y costumbres que hacían que su vida valiera la pena.

Elon Musk era un empresario bastante admirado, incluso en los círculos progresistas, hasta que se opuso airadamente a la sindicación en su fábrica de Tesla. Después compró Twitter, despidió a la mitad de su personal —miles de trabajadores— y se convirtió en uno de los nombres más polémicos del sector tecnológico. La plantilla de los almacenes de Amazon sigue organizándose bajo la alargada sombra de las brutales e inhumanas políticas laborales de Jeff Bezos. Las encuestas de opinión de Gallup han demostrado que Mark Zuckerberg suscita más antipatías que la empresa que dirige. El número de milmillonarios y fundadores de empresas envueltos en escándalos y acusados de fraude o actividades ilícitas no para de crecer: la lista es larga e incluye ejemplos como Sam Bankman-Fried, de la empresa FTX, o Elizabeth Holmesy, de la firma Theranos. La animadversión por las élites de Silicon Valley ha crecido al mismo ritmo que su poder.

Cuando los directivos usan la tecnología para degradar la categoría de los trabajadores e impedir cualquier mejora profesional.

Los trabajadores de Amazon Flex, los conductores de Uber y los repartidores de InstaCart tienen una cosa en común: no hay ninguna forma de que los asciendan ni de mejorar su estatus en la organización. Un taxista puede ahorrar para comprarse su propia licencia. Un mozo de almacén puede ascender a capataz. El repartidor de un restaurante puede trabajar de camarero o llegar a gerente del local. Existe la posibilidad de cosechar la recompensa por un buen trabajo en forma de aumento salarial o mejora de la categoría profesional. Con las aplicaciones de trabajos por horas, los servicios de IA encargándose de las tareas que solían hacer los principiantes y los almacenes de Amazon llenos de dispositivos, muchas de esas vías se han cerrado. Tu calificación puede mejorar, pero no tu sueldo. Durante los cinco años que trabajó para Amazon, Chris Smalls solicitó un

ascenso decenas de veces y todas ellas se lo denegaron, a pesar de su excelente historial de productividad.

La imposición del sistema fabril interrumpió las trayectorias profesionales que permitían a los tejedores y tundidores pasar de oficiales a maestros, y ese fue uno de los motivos que más contribuyó a su malestar. Hoy, la alienación y el aislamiento vinculados al trabajo de plataformas, que amenaza el sustento de trabajadores cualificados como Douglas Schifter, también condena a otros a desempeñar la labor que le ha asignado un algoritmo exclusivo, sin ninguna aspiración de progresar. La esperanza de mejorar nuestra situación gracias al trabajo duro y al dominio del oficio es un estímulo esencial en cualquier economía saludable, y los sistemas de generación de contenidos por IA y las aplicaciones la han aplastado.

Cuando el desarrollo tecnológico se impone desde arriba y es antidemocrático y a la clase trabajadora se le niega la posibilidad de decidir sobre la automatización y los algoritmos que influyen en su vida.

La razón principal por la que durante los dos últimos siglos no han dejado de producirse conflictos entre las empresas que implantan la tecnología y los trabajadores obligados a lidiar con ella es que seguimos sometidos a un sistema de desarrollo, introducción e incorporación de la tecnología en la sociedad profundamente antidemocrático. Los empresarios individuales, las grandes corporaciones y los nuevos doctores Frankenstein tienen patente de corso para establecer las condiciones de esos procesos usando el lucro como guía. Incluso se les anima a hacerlo. Puede que el capital riesgo sea el culmen de este método de desarrollo tecnológico, dada su capacidad para dirigir colosales sumas de dinero a empresas tecnológicas que pueden decidir cómo quieren diseñar y poner en circulación productos y servicios que modelan la sociedad.

Pensemos en el auge de la IA generativa. Varias *start-ups* ambiciosas como Midjourney y empresas bien situadas en Silicon Valley como OpenAI están ofreciendo servicios a demanda de generación de texto e imágenes con IA. DALL-E generó rechazo cuando salió al mercado en 2022, sobre todo entre artistas e ilustradores, que temían que les restara trabajo y bajara los precios. Si tenemos en cuenta los precedentes históricos, es muy probable que tuvieran razón. No hay duda de que DALL-E no ofrece la misma calidad que un profesional cualificado ni podrá hacerlo a corto plazo, si es que llega a conseguirlo, pero, como en el caso de los hábiles obreros pañeros del siglo XIX, lo que cuenta no es eso. Esta herramienta es más barata y produce imágenes como churros en segundos; las empresas

considerarán que los resultados son aceptables y usarán el programa para ahorrar costes. Los artistas que dependen de los encargos editoriales y corporativos verán cómo caen las tarifas, solo porque una compañía ha introducido una tecnología disruptiva sin ni siquiera pedir opinión a los profesionales del sector.

Si la ciudadanía y la clase trabajadora no participan en las decisiones sobre el uso de estas tecnologías, sobre todo cuando tienen el potencial de arruinar su modo de vida, la rabia volverá a aflorar una y otra vez en toda su intensidad. Y si a los trabajadores se les niega incluso el derecho a organizarse legalmente para amortiguar el golpe, si se ven desamparados y sin nada a lo que recurrir, solo les quedará la opción de desmantelar esa tecnología.

* * *

La rebelión ludita se produjo en un momento en el que la clase trabajadora estaba atrapada entre múltiples crisis que nos resultan demasiado familiares: depresión económica, estancamiento de la demanda, inflación galopante, subida de precios, impuestos injustos para sufragar una guerra impopular y, como colofón, un Gobierno que vetaba los sindicatos, descartaba tomar medidas serias para ayudar a los pobres y se desentendía de la regulación sectorial. En ese contexto, emprendedores e industriales presionaban para poner en marcha nuevos modos de producción de dudosa legalidad, con un alto grado de automatización y destinados a ahorrar mano de obra.

«Sinceramente, me siento como uno de aquellos maestros calceteros que tejían medias en los albores de la Revolución Industrial», escribió Will Butler, un músico que perdió buena parte de sus ingresos con la llegada de Spotify y otras plataformas de *streaming* que desbancaron a los CD y convirtieron la compra de descargas en la forma habitual de escuchar música. Spotify paga a los artistas una media de 0,004 dólares por reproducción. «La gente seguirá llevando medias, aunque sean de peor calidad que antes. Y, al final, la tecnología nos enterrará».

«No son solo los conductores cuyas familias se mueren de hambre —aseguró Marie Harrison, una veterana trabajadora de Uber de setenta y dos años, durante una protesta por las malas condiciones de trabajo que tuvo lugar en el aparcamiento del aeropuerto de Los Ángeles durante el verano de 2021—. Lo que está pasando es horrible. Esas compañías nos han

devuelto al siglo XIX, cuando la gente tenía que suplicar para que les pagaran el duro trabajo que hacían».

Con nuestros trabajos en riesgo, también lo estamos nosotros. La salud, la seguridad, la posibilidad de pensar en las generaciones futuras: ahora mismo, todo depende del acceso a un trabajo decente con derechos dignos. Nuestra capacidad para disfrutar de una vida plena y estable está a merced de la élite empresarial.

En el siglo XXI, oímos hablar constantemente de que ya hemos entrado en una nueva era de la máquina, la versión más reciente de las condiciones sistémicas que llevaron a la Revolución Industrial. Tanto si nuestro tiempo acaba consumido por la automatización como si no, tanto si la degradación laboral a manos de los regímenes de trabajo algorítmicos es total como si se salva algo, es una época caracterizada por la pérdida de tradiciones, identidades y buenos empleos que se produce en paralelo al aumento del poder de los emprendedores, los propietarios fabriles y sus aliados. Es la era de la dominación de los gigantes tecnológicos.

Es hora de poner de nuevo en el punto de mira la «maquinaria perjudicial para el bien común», las plataformas de aplicaciones de trabajo flexible, los dispositivos de vigilancia de los centros logísticos, los robots repartidores o los servicios de IA, entre otras tantas. De su debida identificación se encargarán aquellas personas a las que los gigantes tecnológicos de esta generación les han arrebatado su medio de vida, degradando su profesión con sistemas automatizados o transformándola en un servicio que se presta en implacables plataformas tecnológicas.

La gente corriente lleva siglos perdiendo autonomía a manos de nuevas y elaboradas tecnologías explotadoras. Para que la maquinaria del lucro funcione, cada vez debemos aportar más tiempo, más trabajo y más sangre, recibiendo menos a cambio. Puede que los artesanos del siglo XIX no tuvieran mucho, pero dirigían sus propios talleres y cerraban tratos, y lo hacían junto a sus familias y estableciendo sus propias condiciones. Disfrutaban de una libertad real, y tenían los medios para negociar sus salarios, sus horarios y su futuro. Eso era por lo que peleaban los luditas.

Cuando la desesperada situación de los luditas llegó al límite, se unieron y se levantaron contra los artífices de su explotación tecnológica. Puede que solo sea cuestión de tiempo que la clase trabajadora rebelde de esta nueva era de las máquinas decida que ya ha soportado demasiadas injusticias de las plataformas algorítmicas, que los dispositivos de vigilancia de las grandes tecnológicas son demasiado intrusivos o que el

ritmo de trabajo de los robots es inhumano.

Y si sienten la rabia del monstruo de Frankenstein, renacido en una nueva era de aventuras empresariales sin límites, y atisban esos vehículos autónomos reuniéndose como fantasmas a lo lejos, puede que vuelvan a empuñar una vez más sus martillos.

AGRADECI-
MIENTOS

La primera ronda de agradecimientos debe ir para los mecanoclastas: manifestantes, activistas, artistas y artesanos, poetas y visionarios, trabajadores y voces críticas, hombres y mujeres, luditas todos ellos que contratacaron —aunque los llamaran idiotas, ilusos o cosas peores— en lugar de quedarse atrapados en la maquinaria ajena. Les debemos muchas cosas.

Más cerca de casa, este libro no habría sido posible sin mi familia y, ante todo, sin el incansable e infinito apoyo de mi mujer y compañera, Corrina Laughlin, que a estas alturas estoy seguro de que desearía tanto como yo que los luditas hubieran triunfado y hubieran destrozado de una vez por todas las máquinas de la injusticia, aunque solo fuera para no volver a oír hablar de ellos nunca más. Le estaré siempre agradecido por sus reflexivos y agudos comentarios, sus entusiastas sugerencias y todo el amor y la ayuda durante la enorme cantidad de tiempo que he necesitado para acabar este proyecto. Y a mis chicos, Aldus y Russell, por ser una inagotable fuente de inspiración: auténticos destructores —¡y constructores!— de máquinas en formación. Los tres sois los mejores.

También le debo un enorme agradecimiento a mi extraordinario e infatigable agente, Eric Lupfer, por aliarse con este ludita, y a Michael Szczerban, mi fiel editor, que vio en lo que podía convertirse este libro y le dio una oportunidad (y que no dejó de contestar a mis llamadas cuando le dije que, después de escribir un superventas sobre el poder revolucionario del iPhone, quería contar la historia de unos obreros pañeros inconformistas del siglo XIX).

Al historiador y especialista en la época Alan Brooke, y a la maravillosa Pam Brooke, no solo quiero darles las gracias, sino también dedicarles un saludo ludita en toda regla: gracias por la hospitalidad, la amabilidad y la generosidad. Alan, gracias a ti y a tus interminables conocimientos sobre los mecanoclastas, siento que he podido contemplar la rebelión ludita desde el asiento más cercano a la primera fila que se pueda encontrar. Gracias a Adrian Randall por las lecturas y los comentarios, por sus exhaustivos trabajos sobre el tema y por todos los deliciosos y polémicos

correos electrónicos que intercambiamos.

Gracias a todas las personas que han leído el borrador del libro y me han ofrecido reflexiones, ideas, notas y ánimos: Mike Pearl, Paris Marx, Wendy Liu, Tim Maughan, Edward Ongweso Jr, Jathan Sadowski, Claire L. Evans y Cory Doctorow. Gracias a Naomi Klein, Farhad Manjoo, Christopher Leonard, Malcolm Harris, Kim Kelly y Margaret O'Mara por tomarse el tiempo de sumergirse en este cuento tradicional ludita y por sus generosas palabras sobre el libro. Un agradecimiento especial a Elvia Wilk por la atenta lectura y las soberbias ideas, sugerencias y correcciones; gracias, mil gracias.

Un saludo enorme al increíble equipo de Little & Brown, que se aseguró de que la historia de los luditas y el resurgir de la revuelta contra los gigantes tecnológicos consiguiera toda la gloria que se merece; a mi editora de producción, Linda Arends, por su minuciosa y excelente labor en el diseño y la producción del libro; a Thea Diklich-Newell, por mantener el vehículo en marcha a pesar de los baches y las curvas; a Lauren Ortiz, por gestionar magistralmente la publicidad de aquellos que hasta ahora solo habían tenido mala prensa; y a Danielle Finnegan por contribuir a promocionar a los mecanoclastas. Gracias a Lucy Kim por la espléndida ilustración de la portada; y a mi infalible corrector Albert LaFarge, por preocuparse de los pequeños detalles y dedicarle una lectura atenta a un libro tan largo. Gracias también a Xian Lee, coordinador de producción digital; a Danielle Finnegan, publicista; a Deboleena Maitra, supervisora de producción de audio; a Stacy Schuck, coordinadora de fabricación; a Allison Merchant, directora del estudio artístico; a Emma Tamayo, becaria; a Kameel Mir, asistente de publicación; a Dan Lynch, director de producción sénior; y a los correctores de ortotipografía Ian Gibbs y Leslie Keros.

Además de a los luditas, me gustaría dar las gracias a todas las personas que han trabajado para preservar su escurridiza historia. Así que gracias a todos los historiadores, investigadores, trabajadores, organizadores y archivistas que han rastreado pistas para este libro y han ayudado en la investigación. No habría llegado hasta aquí sin la fenomenal labor precedente de Frank Peel, F. O. Darvall, Barbara y J. L. Hammond, E. P. Thompson, Eric Hobsbawm, Katrina Navickas, Lesley Kipling y otros tantos y tantas.

Gracias a Richard Holland por crear y mantener el blog *Luddite Bicentenary*, un recurso de valor incalculable para cualquier mecanoclasta

moderno, y por resolver mis indescifrables consultas sobre erratas luditas. ¡Tres hurras! Gracias también al paciente y atento personal del Servicio de Archivos de West Yorkshire, en Kirklees, Huddersfield, y del WYAS de Leeds, además de al personal del archivo Prints & Drawings del Museo Británico y a la plantilla del Museo de Calceteros de Nottingham.

Sería imperdonable que esta lista de agradecimientos no incluyera a una pareja que se contó entre las primeras en leer el libro: Sharon y Thomas Merchant. ¡Gracias, mamá y papá! Espero que no sigáis creyendo que he sido demasiado duro con Jeff Bezos. Muchas gracias por todo. Me han sido de gran ayuda vuestras reflexiones, vuestros ánimos, el apoyo y la ayuda con los niños, que me han permitido llegar a la meta. Gracias también a mis cuñados, Teresa y Tim Laughlin, por toda su ayuda en este frente, además de por las fructíferas, apasionadas y, en ocasiones, etílicas charlas sobre política, economía y desigualdad que hemos mantenido durante estos años. Un agradecimiento muy especial a mis abuelos, Joan y Al Merchant, por brindarme una sede en Silicon Valley y por todo lo demás; y a Russell y Nancy Walker por el apoyo y la inspiración.

Gracias a Jeff Bercovici, mi intrépido editor de *Los Angeles Times*, por defender una obra tan crítica con la tecnología en uno de los grandes periódicos, por afinar y ampliar mis ideas sobre el tema, y por esos debates tan enriquecedores sobre el poder de Silicon Valley, la inteligencia artificial y nuestro gigante tecnológico favorito, Elon Musk. Gracias a las asociaciones sindicales LA Times Guild y Media Guild of the West, que están librando las batallas que hay que librar por el periodismo y los periodistas.

Gracias a Kelly Bourdet y a Andrew Couts por ayudarme a probar Automaton en Gizmodo y por darme espacio para investigar sobre IA, automatización y el futuro del trabajo desde una perspectiva extraña, agresiva y crítica. Os escribiré pronto.

Gracias a mi equipo de exiliados de Medium & OneZero por ayudarme a ampliar conocimientos sobre la tecnología y el trabajo durante la pandemia mientras montaba las piezas de este libro: Damon Beres, Sarah Kessler, Will Oremus, Sarah Emerson, Megan Morrone, Dave Gershgorn, Yasmin Tayag, Drew Costley, Emily Mullin y Peter Slattery. Y a todo el Medium Workers Union: Lyra, Aster, Aleida, An, Danial, Jean, Bob, Erik, Tirhakah, Kelli y todas las demás personas que estuvieron a punto de convertir una plataforma de blogs en una sección sindical de afiliación obligatoria: siempre hay una próxima vez.

Le estoy muy agradecido a Kevin Binfield por las charlas sobre luditas durante la pandemia y a Veena Dubal por ser una incansable fuente —y una incomparable investigadora— sobre temas laborales en esta era de explotación tecnológica. Muchas gracias también a Adrienne Mayor, Kanta Dihal y Antone Martinho-Truswell por mostrarme el contexto histórico de la inteligencia artificial; a Aaron Benenav, por su escepticismo informado sobre la teoría de la automatización; a Arguella Glaxo-Kline, Nicole Moore, Christian Smalls y Marie Harrison, por la perspectiva laboral moderna sobre el control tecnológico; a Andrew Yang y Bill de Blasio, por sus puntos de vista administrativos; y a todas y todos los trabajadores de las plataformas, las conductoras y los conductores que me han dedicado su tiempo y me han contado sus historias para este libro: ¡sois demasiados para daros las gracias como merecéis!

Gracias a todos los amigos y colegas que han colaborado de un modo u otro a lo largo de los años con sus ideas, sus ánimos y su apoyo: Keith Wagstaff, Brian y Tatiana Parisi, Jason Koebler, Lorenzo Franceschi-Bicchierai, Craig Mikasa, Carole Kishi, Alex Pasternack, Geoff Manaugh, Ryan Hall, Nick Rutherford, Alex and Christina Huie, Trevor y Sandy Perry, Stephen Messenger, Matt Letunic, Scott Keene y Kevin Murray, entre otros muchos.

Por último, gracias a la nueva generación de luditas por su inspiración y por empuñar el proverbial martillo de Enoch por todo el mundo: Gavin Mueller, Ben Tarnoff, Ruha Benjamin, Zachary Loeb, Meredith Whittaker, Jürgen Geuter, Molly Crabapple y otras tantas personas a las que ya he citado. Puede que las cosas sean difíciles, pero se están abriendo nuevas posibilidades y, en cierto sentido, estamos en mejor posición que nunca para acabar con la maquinaria que perjudica el bien común. Brindemos por esos nuevos luditas, hombres y mujeres que saben que el alma vale más que el trabajo o el oro y que están respondiendo a la llamada.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Aldiss, Brian Wilson, *Billion Year Spree: The True History of Science Fiction*, Garden City (Nueva York) y Doubleday (Londres): Weidenfeld & Nicolson, 1973.

Armstrong, Isobel y Blain, Virginia (eds.), *Women's Poetry in the Enlightenment: The Making of a Canon, 1730–1820*, Londres: Palgrave Macmillan, 1999.

Axon, William Edward Armytage, *Lancashire Gleanings*, Londres, 1883.

Babbage, Charles, *On the Economy of Machinery and Manufactures*, Londres: Charles Knight, 1832 [hay trad. cast.: *Tratado de mecánica práctica y economía política*, Madrid: Miño y Dávila Editores, 2015, trad. de José Díez Imbrechts].

Bailey, Brian, *The Luddite Rebellion*, Nueva York: New York University Press, 1998.

Ball, Charles, *Slavery in the United States: A Narrative of the Life and Adventures of Charles Ball, a Black Man, Who Lived Forty Years in Maryland, South Carolina and Georgia, as a Slave, Under Various Masters, and Was One Year in the Navy with Commodore Barney, During the Late War*, Nueva York, 1837, reed. *Fifty Years in Chains; or, The Life of an American Slave*, Nueva York, 1859.

Bamford, Samuel, *Passages in the Life of a Radical*, Londres, 1841.

Benanav, Aaron, *Automation and the Future of Work*, Londres y Nueva York: Verso, 2020 [hay trad. cast.: *La automatización y el futuro del trabajo*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2021, trad. de José María Amoroto].

Benjamin, Ruha, *Race after Technology: Abolitionist Tools for the New Jim Code*, Cambridge (Reino Unido) y Medford (Massachusetts): Polity, 2019.

Bennett, Betty T. (ed.), *The Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, 3 vols., Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1980-1988.

Berg, Maxine, *The Machinery Question and the Making of Political Economy, 1815–1848*, Cambridge: Cambridge University Press, 1980.

Binfield, Kevin, «Industrial Gender: Manly Men and Cross-Dressers in the Luddite Movement», en Jay Losey y William Dean Brewer (eds.), *Mapping Male Sexuality: Nineteenth-Century England*, Teaneck (Nueva Jersey): Fairleigh Dickinson University Press, 2000.

Binfield, Kevin (ed.), *Writings of the Luddites*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2004.

Blackner, John, *The History of Nottingham, Embracing Its Antiquities, Trade, and Manufactures, from the Earliest Authentic Records, to the Present Period*, Nottingham (Reino Unido): Sutton & Son, 1815.

Boldrin, Michele y Levine, David K., *Against Intellectual Monopoly*, Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

Boudon, Raymond, *The Analysis of Ideology*, trad. al inglés de Malcolm Slater, Chicago: University of Chicago Press, 1989.

Brontë, Charlotte, *Shirley, A Tale*, Londres, 1849 [hay trad. cast.: *Shirley*, Barcelona: Alba Editorial, 2021, trad. de Gema Moral].

Brooke, Alan y Kipling, Leslie, *Liberty or Death: Radicals, Republicans and Luddites 1728–1828*, Huddersfield (Reino Unido): Huddersfield Local History Society, 2012.

Brown, John, *A Memoir of Robert Blincoe, an Orphan Boy; Sent from the Workhouse of St. Pancras, London, at Severn Years of Age, to Endure the Horrors of a Cotton-Mill, through his Infancy and Youth, with a Minute Detail of His Sufferings, Being the First Memoir of the Kind Published*, Manchester (Reino Unido): J. Doherty, 1832.

Brynjolfsson, Erik y McAfee, Andrew, *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, Nueva York: W. W. Norton, 2014.

Carlsson, Chris (ed.), *Bad Attitude: The "Processed World" Anthology*, Londres: Verso, 1990.

Carlyle, Thomas, *Chartism*, Londres: James Fraser, Boston: Little & Brown, 1840.

Case, Anne y Deaton, Angus, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2020 [hay trad. cast.: *Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo*, Barcelona: Deusto editorial, 2020, trad. de Ramón González y Marta Valdivieso].

Crouzet, François, *Formation of Capital in the Industrial Revolution*, Londres: Methuen, 1972.

Crump, William Bunting y Ghorbal, Gertrude, *History of the Huddersfield Woollen Industry*, Huddersfield (Reino Unido), 1935.

Darvall, F[rank]. O[gley]., *Popular Disturbances and Public Order in Regency England: Being an Account of the Luddite and Other Disorders in England During the Years 1811–1817 and of the Attitude and Activity of the Authorities*, Oxford: Oxford University Press, 1934.

David, Saul, *Prince of Pleasure: The Prince of Wales and the Making of the Regency*, Nueva York: Grove, 1999.

Defoe, Daniel, *A Tour thro' the Whole Island of Great Britain*, Londres, 1724.

Dick, Philip K., *Do Androids Dream of Electric Sheep?*, Garden City (Nueva York): Doubleday, 1968 [hay trad. cast.: *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, Barcelona: Ediciones Minotauro, 2020, trad. de Miguel Antón].

Erickson, Carolly, *Our Tempestuous Day: A History of Regency England*, Nueva York: William Morrow, 1986.

Evans, Claire L., *Broad Band: The Untold Story of the Women Who Made the Internet*, Nueva York: Portfolio, 2018.

Felkin, William, *A History of the Machine-Wrought Hosiery and Lace Manufactures*,

Cambridge (Reino Unido), 1867.
Fitton, R. S., *The Arkwrights: Spinners of Fortune*, Mánchester (Reino Unido): Manchester University Press, 1989.
Fitton, R. S. y Wadsworth, Alfred P., *The Strutts and the Arkwrights, 1758–1830: A Study of the Early Factory System*, Mánchester (Reino Unido): Manchester University Press, 1958.
Franklin, John Hope y Schweninger, Loren, *Runaway Slaves: Rebels on the Plantation*, Nueva York: Oxford University Press, 1999.
Furniss, Tom, «Mary Wollstonecraft's French Revolution», en Johnson, Claudia (ed.), *The Cambridge Companion to Mary Wollstonecraft*, Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
Gardiner, William, *Music and Friends; or, Pleasant Recollections of a Dilettante*, 2 vols., Londres, 1838.
Gardner, Edith, «Revolutionary Readings: Mary Shelley's *Frankenstein* and the Luddite Uprisings», en *Iowa Journal of Cultural Studies*, vol. 13, 1994, pp. 70-91.
Gaskell, Elizabeth Cleghorn, *The Life of Charlotte Brontë*, Cambridge: Cambridge University Press, 2010 [hay trad. cast.: *Vida de Charlotte Brontë*, Barcelona: Alba Editorial, 2016, trad. de Ángela Pérez].
Godwin, William, *An Enquiry Concerning Political Justice*, Londres, 1793 [hay trad. cast.: *Investigación acerca de la justicia política*, Gijón: Ediciones Júcar, 1985, trad. de J. Prince].
Gray, Mary L. y Suri, Siddharth, *Ghost Work: How to Stop Silicon Valley from Building a New Global Underclass*, Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2019.
Hammond, J. L. y Hammond, Barbara, *The Skilled Labourer: 1760–1832*, Londres: Longmans & Green, 1919.
Henson, Gravener, *The Civil, Political, and Mechanical History of the Framework-Knitters in Europe and America, Including a Review of the Political State and Condition of the People of England, and an Account of the Rise, Progress, and Present State of the Machinery for Superseding Human Labour, in the Various Manufactures of Europe, since the Fifteenth Century, Exhibiting the True and Real Cause of The Present Convulsed State of the Western World*, Nottingham (Reino Unido), 1831.
An Historical Account of the Luddites of 1811, 1812,and 1813, with Report of Their Trials at York Castle, from 2nd to the 12th January, 1813, before Sir Alexander Thompson and Sir Simon Le Blanc, Knights, Judges of the Special Commission, Huddersfield (Reino Unido): John Cowgill, 1862.
Hobsbawm, Eric, *The Age of Revolution: 1789–1848*, Nueva York: Vintage, 1996 [hay trad. cast.: *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona: Editorial Crítica, 2001, trad. de Felipe Ximénez de Sandoval].

Hobsbawm, Eric, *Industry and Empire: The Making of Modern English Society, from 1750 to the Present Day*, Nueva York: Pantheon, 1968 [hay trad. cast.: *Industria e imperio: historia de Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días*, Barcelona: Editorial Crítica, 2001, trad. de Gonzalo Pontón].

Hobsbawm, Eric, *Labouring Men: Studies in the History of Labour*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1964, Charlottesville: University of Virginia Press, 1965, reed. Nueva York: Basic Books, 2009 [hay trad. cast.: *Trabajadores: estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona: Editorial Crítica, 1979, trad. de Ricardo Pochtar].

Hobsbawm, Eric, «The Machine Breakers», en *Past and Present*, n.º 1, febrero de 1952, pp. 57-70, reeditado en Hobsbawm, *Labouring Men*, pp. 5-22.

Hobsbawm, Eric y Rudé, George, *Captain Swing*, Londres: Lawrence & Wishart, 1969, reed. Londres y Nueva York: Verso, 2014 [hay trad. cast.: *Revolución industrial y revuelta agraria: el capitán Swing*, Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2009, trad. de Ofelia Castillo].

Honeyman, Katrina, *Child Workers in England, 1780–1820: Parish Apprentices and the Making of the Early Industrial Labour Force*, Londres: Routledge, 2007.

Hudson, Pat, *The Genesis of Industrial Capital: A Study of West Riding Wool Textile Industry, c. 1750–1850*, Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

Hyman, Louis, *Temp: How American Work, American Business, and the American Dream Became Temporary*, Nueva York: Viking, 2018.

Isaac, Mike, *Super Pumped: The Battle for Uber*, Nueva York: W. W. Norton, 2019 [hay trad. cast.: *Super Pumped. La batalla por Uber. Una ambición desenfrenada*, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2020, trad. de Mariella Rosso].

Jackson, George, *The Bath Archives: A Further Selection from the Diaries and Letters of Sir George Jackson, from 1809 to 1816*, 2 vols., Londres, 1873.

Jones, Frederick L. (ed.). *The Letters of Percy Bysshe Shelley*, 2 vols. Oxford: Clarendon Press, 1964.

Jones, Phil, *Work without the Worker*, Londres: Verso, 2021.

Kessler, Sarah, *Gigged: The End of the Job and the Future of Work*, Nueva York: St. Martin's Press, 2018.

Komlosy, Andrea, *Work: The Last 1,000 Years*, trad. al inglés de Jacob K. Watson y Loren Balhorn, Londres y Nueva York: Verso, 2018.

Linebaugh, Peter, *Ned Ludd and Queen Mab: Machine-Breaking, Romanticism, and the Several Commons of 1811–12*, Oakland (California): PM Press, 2012 [hay trad. cast.: *Ned Ludd y la Reina Mab: Destrucción de máquinas, Romanticismo y los Comunales de 1811-12*, Barcelona: Descontrol Ediciones, 2019].

Liu, Wendy, *Abolish Silicon Valley: How to Liberate Technology from Capitalism*, Londres: Repeater, 2020.

MacCarthy, Fiona, *Byron: Life and Legend*, Nueva York: Farrar, Straus & Giroux,

Londres: John Murray, 2002 [hay trad. cast.: *Byron: vida y leyenda*, Barcelona: Editorial Debate, 2024, trad. de Pablo Hermida y Teófilo de Lozoya].

Malm, Andreas, *How to Blow Up a Pipeline*, Londres y Nueva York: Verso, 2021 [hay trad. cast.: *Cómo dinamitar un oleoducto. Nuevas luchas para un mundo en llamas*, Madrid: Errata Naturae, 2022, trad. de David Muñoz].

Marchand, Leslie A. (ed.), *Byron's Letters and Journals*, 12 vols, Londres: John Murray, Cambridge, (Massachusetts): Belknap Press of Harvard University Press, 1973-1982.

Marshall, Florence Ashton, *The Life and Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, 2 vols., Londres, 1889.

Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Manifesto of the Communist Party*, Londres, 1848 [hay trad. cast.: *Manifiesto comunista*, Madrid: Alianza Editorial, Pedro Ribas].

Marx, Paris, *Road to Nowhere: What Silicon Valley Gets Wrong about the Future of Transportation*, Londres y Nueva York: Verso, 2022.

Mathias, Peter, *The First Industrial Nation: An Economic History of Britain, 1700–1914*, Londres: Methuen, 1983.

Mayor, Adrienne, *Gods and Robots: Myths, Machines, and Ancient Dreams of Technology*, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2018 [hay trad. cast.: *Dioses y robots: mitos, máquinas y sueños tecnológicos en la Antigüedad*, Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019, trad. de Tomás Aguilera].

McAfee, Andrew y Brynjolfsson, Erik, *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, Nueva York: W. W. Norton, 2016.

Mellor, Anne K., *Mary Shelley, Her Life, Her Fiction, Her Monsters*, Nueva York y Londres: Routledge, 1989 [hay trad. cast.: *Mary Shelley: su vida, su ficción, sus monstruos*, Madrid: Ediciones Akal, 2019, trad. de Ana Useros].

Mills, Stephanie (ed.), *Turning Away from Technology: A New Vision for the Twenty-First Century*, San Francisco: Sierra Club Books, 1997. Con prólogo de Theodore Roszak, «In Defense of the Living Earth».

Moore, Thomas, *The Life of Lord Byron, with his Letters and Journals*, 2 vols. Filadelfia: Thomas Wardle, 1840.

Mueller, Gavin, *Breaking Things at Work: The Luddites Were Right about Why You Hate Your Job*, Londres y Nueva York: Verso, 2021 [hay trad. cast.: *Romper cosas en el trabajo: Los luditas saben por qué odias tu empleo*, Santa Cruz de Tenerife: Editorial Melusina, 2023, trad. de Albert Fuentes].

Munger, Mike, «Division of Labor», *EconLib*, s. f., www.econlib.org/library/Enc/DivisionofLabor.html.

Noble, David, *Progress without People: New Technology, Unemployment, and the Message of Resistance*, Toronto: Between the Lines, 1995.

Noble, David, «Present Tense Technology: Technology's Politics», en *Democracy: A Journal of Political Renewal and Radical Change*, vol. 4, n.º 2, 1983, pp. 8-24.

Oakes, James, *Slavery and Freedom: An Interpretation of the Old South*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1990.

O'Flinn, Paul, «Production and Reproduction: The Case of Frankenstein», en *Popular Fictions: Essays in Literature and History*, Londres: Methuen, 1986, pp. 194-213.

O'Mara, Margaret, *The Code: Silicon Valley and the Remaking of America*, Nueva York: Penguin Press, 2019.

Peel, Frank, *The Risings of the Luddites, Chartists, and Plugdrawers*, Heckmondwike (Reino Unido), 1880, reed. en E. P. Thompson (ed.), *The Risings of the Luddites: Chartists, and Plug-Drawers*, Londres: Routledge, 1968 (4.a ed. 2019).

Pellew, George, *The Life and Correspondence of Henry Addington, First Viscount Sidmouth*, 3 vols., Londres: John Murray, 1847.

Polidori, John William, *The Vampyre; a Tale*, Londres, 1819 [hay trad. cast.: *El vampiro*, Barcelona: La Otra Orilla, 2009, trad. de Camilla Loew].

Postman, Neil, *Technopoly: The Surrender of Culture to Technology.*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1992.

Randall, Adrian, *Before the Luddites: Custom, Community, and Machinery in the English Woollen Industry, 1776–1809*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

Randall, Adrian, *Riotous Assemblies: Popular Protest in Hanoverian England*, Oxford: Oxford University Press, 2006.

Ravenelle, Alexandrea J., *Hustle and Gig: Struggling and Surviving in the Sharing Economy*, Berkeley: University of California Press, 2019 [hay trad. cast.: *Precariedad y pérdida de derechos: historias de la economía gig*, Madrid: Alianza Editorial, 2020, trad. de Francisco Muñoz].

Raynes, Francis, *An Appeal to the Public: Containing an Account of Services Rendered during the Disturbances in the North of England in the Year 1812*, 1817.

Rede, William Leman, *York Castle in the Nineteenth Century: Being an Account of All the Principal Offences Committed in Yorkshire from the Year 1800 to the Present Period, with the Lives of the Capital Offenders*, Londres, 1831.

Reid, Robert, *Land of Lost Content: The Luddite Revolt*, Londres: Heinemann, 1986.

Romilly, Samuel, *The Life of Sir Samuel Romilly Written by Himself, with a Selection from His Correspondence*, 2 vols., Londres: John Murray, 1842.

Sale, Kirkpatrick, *Rebels against the Future: The Luddites and Their War on the Industrial Revolution; Lessons for the Computer Age*, Reading (Massachusetts): Addison-Wesley, 1995.

Sandler, Matt, *The Black Romantic Revolution: Abolitionist Poets at the End of Slavery*,, Londres: Verso, 2020.

Say, Jean-Baptiste, *A Treatise on Political Economy*, trad. al inglés de Charles Robert Trinsop, Londres, 1821. Publicado originalmente como *Traité*

d'économie politique, ou simple exposition de la manière dont se forment les richesses, 1803 [hay trad. cast.: *Tratado de economía política*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2001].

Seymour, Miranda, *Mary Shelley*, Nueva York: Grove Press, Londres: John Murray, 2000.

Shelley, Mary Wollstonecraft, *Frankenstein; or, The Modern Prometheus*, Londres, 1818 (ed. rev. 1831) [hay trad. cast.: *Frankenstein*, Madrid: Nórdica Libros, 2018, trad. de Francisco Torres].

Shelley, Mary Wollstonecraft, *The Last Man*, Londres, 1826 [hay trad. cast.: *El último hombre*, Madrid: Libros Mablaz, 2017, trad. de Antonio Aura].

Smith, Russell, «Frankenstein in the Automatic Factory», en *Nineteenth-Century Contexts*, vol. 41, n.º 3, 2019, pp. 303-319.

Smith, Sydney (ed.), *Peter Plymley's Letters, and Selected Essays*, Londres, 1886.

Strickland, Mary (ed.), *A Memoir of the Life, Writings, and Mechanical Inventions of Edmund Cartwright*, Londres, 1843.

Sykes, D. F. E. y Walker, George Henry, *Ben o' Bill's, The Luddite: A Yorkshire Tale*, Londres: Simpkin, Marshall, Hamilton & Kent, 1898.

Thomis, Malcolm I., *The Luddites: Machine-Breaking in Regency England*, Newton Abbot (Reino Unido): David & Charles, 1970.

Thomis, Malcolm I. y Grimmett, Jennifer, *Women in Protest, 1800–1850*, Londres: Croom Helm, 1982.

Thompson, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres: Gallancz, 1965, reed. Nueva York: Vintage, 1966 [hay trad. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid: Capitán Swing, 2012, trad. de Elena Grau].

Uglow, Jenny, *In These Times: Living in Britain through Napoleon's Wars, 1793–1815*, Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 2015.

Ure, Andrew, *The Philosophy of Manufactures: Or, An Exposition of the Scientific, Moral, and Commercial Economy of the Factory System of Great Britain*, Londres, 1835.

Williams, Eric, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994 (1.ª ed. 1944) [hay trad. cast.: *Capitalismo y esclavitud*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2011, Martin Gerber].

Willis, Kirk, «The Role in Parliament of the Economic Ideas of Adam Smith, 1776–1800», en *History of Political Economy*, vol. 11, invierno de 1979, pp. 505-544.

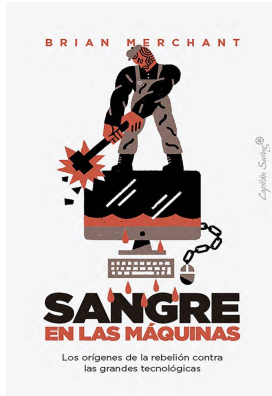
Wilson, Ellen Gibson, *Mass Politics in England Before the Age of Reform: The Great Yorkshire Election of 1807*, Lancaster (Reino Unido): Carnegie Publishing, 2015.

Wollstonecraft, Mary, *A Vindication of the Rights of Men*, Londres, 1790.

Wollstonecraft, Mary, *A Vindication of the Rights of Woman*, Boston, 1792 [hay trad. cast.: *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid: Ediciones Cátedra, 2018, trad. de Carmen Martínez Gimeno].

Wootton, Sarah, *Byronic Heroes in Nineteenth-Century Women's Writing and Screen Adaptation*, Londres: Palgrave Macmillan, 2016.

Yang, Andrew, *The War on Normal People: The Truth about America's Disappearing Jobs and Why Universal Basic Income Is Our Future*, Nueva York: Hachette, 2018.



La historia más urgente de la tecnología moderna no comienza en Silicon Valley, sino hace doscientos años en la Inglaterra rural, cuando los trabajadores conocidos como los luditas se rebelaron para no morir de hambre a manos de los dueños de las fábricas que usaban máquinas automatizadas para aniquilar sus medios de vida. Los luditas organizaron incursiones guerrilleras para destruir esas máquinas —bajo pena de muerte— y consiguieron el apoyo de Lord Byron, enfurecieron al príncipe regente e inspiraron el nacimiento de la ciencia ficción. Esta lucha de clases, casi olvidada, sometió a la Inglaterra del siglo XIX.

Hoy en día la tecnología pone en peligro millones de empleos, los robots abarrotan las fábricas y la inteligencia artificial pronto impregnará todos los aspectos de nuestra economía. ¿Cómo cambiará esto nuestra forma de vida? ¿Y qué podemos hacer al respecto? Las respuestas se encuentran en *Sangre en la máquina*.

Brian Merchant. Periodista tecnológico y autor estadounidense. Fue columnista de tecnología en *Los Angeles Times*, editor sénior de Motherboard y reportero independiente de tecnología y medio ambiente. Escribe frecuentemente sobre automatización, trabajo y el impacto de la tecnología en el medio ambiente, entre otros temas. También ha cubierto la crisis climática, la pérdida de biodiversidad y las energías limpias. Su reciente artículo «Click Here to Kill» fue la portada del número de enero de 2020 de la revista Harper's. En 2019, dirigió un proyecto llamado «Automaton at Gizmodo», en el que investigaba y opinaba sobre la automatización, la IA y el futuro del trabajo. Sus escritos han aparecido en *The New York Times, Harper's, Wired, The Atlantic, Los Angeles Times, The Guardian, Slate, VICE Magazine, The Verge, Gizmodo, The Outline, Fast Company, Fortune, Paste* y otros medios. También ha producido algunos documentales cortos y ha publicado un par de relatos, entre ellos *The Convoy*, que fue recogido por Boing Boing, Digg y la portada de Vice.com. De vez en cuando participa en televisión y radio para hablar de tecnología, trabajo, cambio climático, sueños utópicos y realidades distópicas.

Título original: *Blood in the Machine: The Origins of the Rebellion Against Big Tech* (2023)

© Del libro: Brian Merchant
© De la traducción: Ángela Blum
Edición en ebook: septiembre de 2025

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 979-13-99030-35-8

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Carlos Vidania
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] Con el fin de mantener el rigor que corresponde a un trabajo de investigación, hemos conservado todos los datos de las referencias bibliográficas originales, de modo que quien lo desee pueda consultar o verificar las fuentes que ha utilizado el autor. Para las obras que se han publicado traducidas al castellano, añadimos la referencia entre corchetes en la bibliografía final y usamos el título traducido en el cuerpo del texto para facilitar la lectura. Cuando no existe ninguna edición en español, mantenemos la referencia original y facilitamos una versión del título entre paréntesis.

Merchant recoge numerosísimos extractos y citas de diversas fuentes; hemos optado por traducirlos *ad hoc*, haya o no otras versiones publicadas en castellano, para mantener la coherencia del texto, salvo cuando se trata de fragmentos escritos originalmente en un idioma distinto al inglés, en cuyo caso se cita a la autora o al autor de la traducción en nota al pie. (*N. de la T.*).

[2] Escenas como la que abre este libro, así como numerosas crónicas periodistas, se repiten en prácticamente todas las obras básicas sobre la historia del ludismo, entre ellas: Alan Brooke y Leslie Kipling, *Liberty or Death: Radicals, Republicans and Luddites 1728–1828*, Huddersfield (Reino Unido): Huddersfield Local History Society, 2012; Frank Peel, *The Risings of the Luddites, Chartists, and Plugdrawers*, Heckmondwike (Reino Unido), 1880; y Kirkpatrick Sale, *Rebels against the Future: The Luddites and Their War on the Industrial Revolution; Lessons for the Computer Age*, Reading (Massachusetts): Addison-Wesley, 1995. El episodio describe cómo se reunían los luditas antes de iniciar un asalto contra un empresario que utilizaba maquinaria automatizada.

[3] F[rank]. O[gley]. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England: Being an Account of the Luddite and Other Disorders in England During the Years 1811–1817 and of the Attitude and Activity of the Authorities*, Londres: Oxford University Press, 1934, reed. 1969, introducción.

[4] Angus Macintyre en Darvall, *Popular Disturbances*, p. XVI, introducción.

[5] El término entrepreneur es uno de los que se utilizan en inglés para designar a los empresarios. La correspondencia con el castellano sería tanto «empresario» como «emprendedor», pero es obvio que las connotaciones en nuestro idioma son distintas. Precisamente, el uso del término que Merchant hace a lo largo del libro remite no solo al concepto clásico, sino también al uso extendido actualmente en el lenguaje empresarial y en el de cierta economía que trata de escaparse con aparente inocencia de las connotaciones de clase que acumuló durante el periodo de mayor fuerza del movimiento obrero, de modo que aparecerá frecuentemente traducido como «emprendedor». Véase también al respecto la p. 153. (N. de E.).

[6] Carl Benedikt Frey y Michael A. Osborne, «The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs to Computerisation?», Oxford Martin School, 17 de

septiembre de 2013.

[7] Lauren Kaori Gurley, «Amazon Denies Workers Pee in Bottles. Here Are the Pee Bottles», *Vice*, 25 de marzo de 2021.

[8] La conversación sobre la fábrica de Richard Arkwright y su posible automatización se recoge en Mary Strickland (ed.), *A Memoir of the Life, Writings, and Mechanical Inventions of Edmund Cartwright*, Londres, 1843, p. 55.

[9] Según la definición de la Sociedad Internacional de Automatización e IBM.

[10] Diálogo tomado de Strickland, *Memoir*, p. 56.

[11] Los datos sobre la historia de la lana en Inglaterra proceden de W. B. Crump y Gertrude Ghorbal, *History of the Huddersfield Woollen Industry*, 1935.

[12] Del capítulo 8 de E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres: Gallancz, 1965 [hay trad. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. de Elena Grau, Madrid: Capitán Swing, 2012]: «De acuerdo con las estimaciones del Comité Especial de 1834-1835, entre los tejedores y sus familiares eran entre 800.000 y 840.000 las personas que dependían totalmente del telar para su sustento, una cifra de la que se exceptúan los calceteros. En 1841, la población total de Inglaterra y Gales ascendía a 15,9 millones».

[13] Es probable que la historia real sobre el origen del bastidor de medias de William Lee de Calverton sea mucho más mundana y que fuera un calcetero pobre que solo intentaba mejorar sus ingresos.

[14] La reina no se equivocó al predecir que el bastidor de medias provocaría un cataclismo y que los calceteros manuales se verían sustituidos casi en su totalidad por operarios que manejaban la máquina de punto. No obstante, a diferencia de futuras innovaciones, estos ingenios solían ser propiedad del artesano, que podía usarlos en su domicilio, sin desplazarse a una fábrica.

[15] Strickland, *Memoir*, p. 56.

[16] Los detalles biográficos, incluido el nacimiento de Mary Godwin (a quien la historia recuerda como Mary Wollstonecraft Shelley), proceden de Miranda Seymour, *Mary Shelley*, Nueva York: Grove Press, Londres: John Murray, 2000.

[17] La historia de la London Corresponding Society se detalla en E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres: Gallancz, 1965, reed. Nueva York: Vintage, 1966 [hay trad. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid: Capitán Swing, 2012, trad. de Elena Grau].

[18] El relato del viaje de Blincoe aparece en John Brown, *A Memoir of Robert Blincoe, an Orphan Boy*, p. 17.

[19] La descripción de la pañería de Lowdham está tomada del proyecto de la UNESCO *Nottingham, City of Literature*.

[20] Brown, *Memoirs*.

[21] Adrian Randall, *Before the Luddites: Custom, Community, and Machinery in the English Woollen Industry, 1776–1809*, Cambridge: Cambridge University Press,

1991.

[22] Randall, *Before the Luddites*.

[23] *Nottingham Review*, 20 de diciembre de 1811. Se considera una de las primeras referencias escritas a la historia original de Ned Ludd.

[24] Incidente recogido en Randall, *Before the Luddites*.

[25] Conversiones hechas con la calculadora para divisas británicas de la página web *Measuring Worth*.

[26] Descripción publicada en P. A. Nemnich, *Neuste Reise Durch England*, 1807, recogida en Adrian Randall, *Riotous Assemblies: Popular Protest in Hanoverian England*, Oxford: Oxford University Press, 2006, pp. 255-256.

[27] Eric Hobsbawm, «The Machine Breakers», en *Past and Present*, n.º 1, febrero de 1952, pp. 57-70; reeditado en Eric Hobsbawm, *Labouring Men: Studies in the History of Labour*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1964, Charlottesville: University of Virginia Press, 1965, pp. 5-22 [hay trad. cast.: *Trabajadores: estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona: Editorial Crítica, 1979, trad. de Ricardo Pochtar].

[28] David Noble, *Progress without People: New Technology, Unemployment, and the Message of Resistance*, Toronto: Between the Lines, 1995.

[29] El incidente del destrozo de maquinaria está tomado de Gravener Henson, *The Civil, Political, and Mechanical History of the Framework-Knitters in Europe and America*, Nottingham (Reino Unido), 1831, p. 95.

[30] De «Honouring Trowbridge Martyr Thomas Helliker at Wreath-Laying», *Wiltshire Times*, 2 de marzo de 2020.

[31] Descripción del gran cometa en Lev Tolstói, *Guerra y paz*, Barcelona: Alba Editorial, 2021, trad. de Joaquín Fernández-Valdés, vol. I, pp. 839-840.

[32] Malcolm I. Thomis, *The Luddites: Machine-Breaking in Regency England*, Newton Abbot (Reino Unido): David & Charles, 1970, p. 45.

[33] David Mellor, archivos de la Keyworth & District Local History Society. Los detalles sobre el carácter y el temperamento de George se citan en Peel, *Risings*; D. F. E. Sykes y George Henry Walker, *Ben o' Bill's: A Luddite Tale*, Londres: Simpkin, Marshall, Hamilton & Kent, 1898, y en las actas judiciales del Tribunal Penal de York.

[34] Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*.

[35] Randall, *Before the Luddites*.

[36] Es una descripción habitual que aparece, por ejemplo, en Robert Reid, *Land of Lost Content*, Londres: Heinemann, 1986, p. 51.

[37] Brooke y Kipling, *Liberty or Death*, p. 27.

[38] Daniel Defoe, *A Tour thro' the Whole Island of Great Britain*, Londres: 1724, vol. 3, p. 153.

[39] Crump y Ghorbal, *History of the Huddersfield Woollen Industry*, p. 8. «La

industria lanera de la zona de Huddersfield se enmarca en la actividad textil que se desarrolla desde la Edad Media en la vertiente meridional de los montes Peninos, tanto en Lancashire como en el West Riding de Yorkshire».

[40] *Ben o' Bill's, The Luddite: A Yorkshire Tale*, Londres: Simpkin, Marshall, Hamilton & Kent, 1898, escrito por el historiador de Huddersfield D. F. E. Sykes en colaboración con George H. Walker. Este libro, fruto de la investigación y las entrevistas que hicieron a personas que conocían lo sucedido, presenta episodios reales y a sus verdaderos protagonistas, pero Sykes y Walker decidieron publicarlo como una obra de ficción con el siguiente aviso: «La historia de *Ben o' Bill's* es fundamentalmente cierta y los autores no han caído en la tentación de desviarse en ningún aspecto sustancial de los hechos que se deducen, por un lado, de los testimonios y, por otro, de los legajos del narrador». (El narrador es Ben Bamforth, primo de George Mellor). Es una exposición de acontecimientos de gran importancia, como corroboran otras crónicas, periódicos y actas judiciales de la época, y tiene un enorme valor documental como descripción del sentir regional, la política interna y la organización del movimiento ludita. Pero, como señala la introducción de una de las ediciones, «es interesante que, como historiador, Sykes optara por embellecer los hechos que conocía en aquel momento con detalles de ficción, por lo que su propósito debió de ser literario».

[41] Como ya se ha indicado, debemos tomar con ciertas reservas los diálogos y ciertos pormenores argumentales de *Ben o' Bill's*. Lo incluyo como fuente por diversas razones: en lo fundamental, se corresponde con otros relatos históricos objetivos sobre Mellor, como el libro *Risings of the Luddites* de Frank Peel y las actas oficiales del tribunal; permite conocer la forma de hablar de George y de otros tantos tundidores y agitadores que vivieron lo mismo que él; transmite partes fundamentales de la leyenda de los luditas, y plasma con precisión y viveza los sentimientos de los artesanos asfixiados por la situación económica.

[42] William Gardiner, *Music and Friends*, p. 55. Nótese que Gardiner pinta una estampa bastante edulcorada de la vida de los medieros antes de la llegada de la automatización; es el clásico caso de un trabajador que recuerda los buenos tiempos de antaño con demasiada benevolencia. Aunque se trate de una idealización fruto de la nostalgia, vale la pena tener en cuenta que, como señala E. P. Thompson, esa era la imagen de la época previa a la mecanización que tenían también otros medieros. Fuera realista o no, sentían que esa era la vida que les habían arrebatado.

[43] Darvall, *Popular Disturbances*, p. 53. «Los bastidores de medias generaban rendimientos de hasta el 30 por ciento de su valor real. Esas cifras atraían a empresarios sin relación previa ni conocimientos del mundo textil, que invertían grandes sumas en maquinaria y se la arrendaban a precios exorbitados a los desdichados trabajadores».

[44] *Nottingham Journal*, 23 de enero de 1811.

[45] La descripción física de Gravener Henson se puede consultar en William Felkin, *A History of the Machine-Wrought Hosiery and Lace Manufactures*, 1867.

[46] Henson explicó este incidente en 1824, en una declaración incluida en el primero de los informes del Comité Especial de la Cámara de los Comunes que investigó el levantamiento de los artesanos contra la maquinaria, conservado en el archivo del Parlamento británico (*First Report from Select Committee on Artizans and Machinery of the House of Commons*).

[47] Los detalles de la protesta convertida en motín se encuentran en la edición del 15 de marzo del *Morning Chronicle*, la del 16 de marzo del *Nottingham Journal* y en Malcolm Thomis, *The Luddites*.

[48] Padrón del municipio de Nottingham, procedente de los archivos de la Corporación Municipal de Nottingham. El crecimiento demográfico se mantuvo imparable: «En 1811, la población había aumentado hasta los 34.358 habitantes, en 1821 hasta los 40.505, y el hacinamiento resultante repercutió de forma alarmante en las condiciones de vida y la salud pública».

[49] William Felkin, *A History of the Machine-Wrought Hosiery and Lace Manufactures*, Cambridge (Reino Unido), 1867.

[50] Thomis, *The Luddites*, p. 50.

[51] *Derby Mercury*, 28 de marzo de 1811. Esas muertes por desesperación tienen mucho en común con las que están provocando hoy el malestar económico, la externalización y la automatización moderna. Véase Anne Case y Angus Deaton, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2020 [hay trad. cast.: *Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo*, Barcelona: Deusto, 2020, trad. de Ramón González y Marta Valdivieso].

[52] Los detalles de la algarada se pueden consultar en el *Nottingham Journal*.

[53] Randall, *Riotous Assemblies*, p. 271.

[54] *Nottingham Journal*, 30 de marzo de 1811.

[55] Randall, *Before the Luddites*.

[56] Ellen Gibson Wilson, «Mass Politics in England before the Age of Reform», en *The Great Yorkshire Election of 1807*, Lancaster (Reino Unido): Carnegie Publishing, 2015, p. 1.

[57] François Crouzet, *Formation of Capital in the Industrial Revolution*, Londres: Methuen, 1972.

[58] *Leeds Mercury*, 15 de abril de 1812.

[59] Cabe destacar que el pastor Webster también alude al pasaje bíblico sobre la vara de Aarón:

Cuídese de que no suceda ahora como en los días del faraón, cuando la vara de Aarón se tragó las varas de los sabios y los hechiceros de Egipto, pues pudiera ser

que esa vara suya también la engullera alguien. Si llegara a pasar lo que he leído y oído, no habrá sitio en este valle para los hombres de moderada riqueza. Puede construir una fábrica de paños, pero hombres más grandes construirán otras mayores que devorarán todas las inferiores, y usted y su hijo e incluso los hijos que Mary pueda traer al mundo, usted en su vejez y ellos en la flor de la vida, dependerán del salario que les entregue otra mano, y tendrán que trabajar como mercenarios en la fábrica de otro.

Ben Bamforth recuerda después la decisión de su padre: «Si al cabeza de familia lo conmovió más la imagen de sus amigos y vecinos abocados a la indigencia o verse a sí mismo y a los suyos trabajando para otros después de haber desempeñado siempre el papel de quienes encargan trabajo a los demás, eso no lo sé; sin embargo, a partir de aquel día y durante mucho tiempo, no volvió a hablarse de ningún cambio en las costumbres que conocíamos desde antaño, y, por lo que se refiere a las nuevas máquinas, mi madre murió en la creencia de que sobre ellas pesaba una maldición divina».

[60] Noble, *Progress without People*, p. 95.

[61] Aunque la causa de su enfermedad sigue siendo desconocida, una de las teorías más extendidas es que Jorge III sufría porfiria, una enfermedad hereditaria que puede provocar psicosis.

[62] Carolly Erickson, *Our Tempestuous Day: A History of Regency England*, Nueva York: William Morrow, 1986, p. 48.

[63] George Jackson, *The Bath Archives: A Further Selection from the Diaries and Letters of Sir George Jackson, from 1809 to 1816*, 2 vols., Londres: 1873, p. 269.

[64] Erickson, p. 49.

[65] Erickson, p. 38.

[66] Saul David, *Prince of Pleasure: The Prince of Wales and the Making of the Regency*, Nueva York: Grove, 1999, p. 2.

[67] Joseph Farington, *The Farington Diaries*, vol. 10, del 1 de diciembre de 1809 al 28 de febrero de 1813.

[68] Tanto Carolly Erickson como Saul David usan este término para describir la Regencia inglesa.

[69] Frederick L. Jones (ed.), *The Letters of Percy Bysshe Shelley*, 2 vols., Oxford: Clarendon Press, 1964, vol. 1, pp. 99-100. Para más contexto sobre la fiesta: Saul David, *Prince of Pleasure*, p. 321.

[70] *Memoirs of the Life of Sir Samuel Romilly*, vol. 2.

[71] Peel, *Risings*, p. 25.

[72] Este diálogo está tomado de una escena de la novela *Ben o' Bill's*.

[73] Randall, *Before the Luddites*, pp. 60-61. El contexto de este fragmento es muy revelador:

Las consecuencias de la primera mecanización fueron relativamente más leves

para los hombres que para las mujeres y los niños, que soportaron los efectos más graves. Incluso aceptando las cifras tal y como están, queda claro que fue la primera oleada de maquinaria la más devastadora para los trabajadores de la lana en general y para las mujeres en particular. Con la introducción de máquinas en la fase de preparación de la lana, la cantidad necesaria de mujeres para confeccionar el paño se redujo a apenas un 18 por ciento del total inicial, mientras que la caída en el caso de los hombres se contuvo en el 39 por ciento. La causa fundamental de esta sustitución masiva fue el abandono del hilado manual en favor de la torcedora y de la hiladora Jenny. Con la adopción de las *jennies*, la labor de 153 mujeres y sus 241 ayudantes infantiles podía completarse con solo siete hombres, seis mujeres y catorce niños. Es decir, la redundancia de mano de obra era colosal. Los datos de Austin sugieren que la mano de obra total que se necesitaba para producir un paño fino cayó alrededor de un 75 por ciento entre 1796 y 1828 debido al uso de maquinaria.

[74] Barbara Hammond y J. L. Hammond, *The Skilled Labourer: 1760–1832*, Londres: Longmans & Green, 1919. «En la agricultura, los años que transcurrieron entre 1760 y 1820 son los años del cercamiento generalizado y de la pérdida, pueblo tras pueblo, de los derechos comunales». También coinciden con el argumento de E. P. Thompson de que «el cercamiento (entendido en toda su complejidad) fue un caso bastante evidente de robo de clase».

[75] La ley de cercamiento del señorío de Huddersfield se aprobó en 1785, lo que significa que se llevó a la práctica durante su juventud.

[76] Descripción de las causas primarias de la desigualdad en Inglaterra de Hammond y Hammond, *Skilled Labourer*, p. 2.

[77] Edward Jenner descubrió la vacuna en 1796; en dos años empezó a circular y poco después estuvo ampliamente disponible para la población.

[78] Romola Jane Davenport, Max Satchell y Leigh Matthew William Shaw-Taylor, «The Geography of Smallpox in England before Vaccination: A Conundrum Resolved», en *Social Science & Medicine*, vol. 206, junio de 2018, pp. 75-85.

[79] Romola Davenport, Leonard Schwarz y Jeremy Boulton, «The Decline of Adult Smallpox in Eighteenth-Century London», en *Economic History Review*, vol. 64, n.º 4, 2011, pp. 1289-1314.

[80] Richard Milnes, *The Warning Voice of a Hermit Abroad*, 1825, p. 172.

[81] Entrevista a Adrienne Mayor; véase también su libro *Gods and Robots: Myths, Machines, and Ancient Dreams of Technology*, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2018 [hay trad. cast.: *Dioses y robots: mitos, máquinas y sueños tecnológicos en la Antigüedad*, Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019, trad. de Tomás Aguilera], una historia de las aspiraciones tecnológicas de la humanidad y sus sueños en materia de inteligencia artificial.

[82] Kanta Dihal analiza, junto a sus colegas del Centro Leverhulme para el

Futuro de la Inteligencia de la Universidad de Cambridge, las narrativas históricas sobre la inteligencia artificial y los sistemas automatizados desde la antigua Grecia a la actualidad. La entrevista a Dihal tuvo lugar en 2019.

[83] Fragmento de la entrevista a Dihal: «En la historia inicial, la de las criadas doradas de Hefesto, las androides eran una combinación de cuidadoras y asistentes personales. Estaban pensadas para hacer que el duro trabajo de un dios fuera mucho más fácil, lo que indica que debían de ser muy poderosas».

[84] Aristóteles, *Política*, Madrid: Gredos, 2022, trad. de Manuela García Valdés, p. 55.

[85] Maxine Berg, *The Machinery Question and the Making of Political Economy, 1815–1848*, Cambridge: Cambridge University Press, 1980, p. 2.

[86] Thomas Carlyle, *Chartism*, Londres: James Fraser, Boston: Little & Brown, 1840, cap. 5.

[87] En una ocasión, cuando el barco atracó en el puerto, el ruido mecánico hizo salir corriendo a los lugareños, que pensaron que el estrépito se debía a que el gran cometa había caído en el río.

[88] Archivo del Ministerio del Interior (HO, por sus siglas en inglés); véase Sale, *Rebels against the Future*, p. 69.

[89] Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/117.

[90] El relato sobre la muerte y el funeral de John Westley se publicó en el *Leeds Mercury*, 23 de noviembre de 1811.

[91] Los detalles sobre estos ataques proceden de las crónicas del *Leeds Mercury* y del *Derby Mercury*, así como de los informes de los dos magistrados de Londres, Nathaniel Conant y Robert Baker, que fueron enviados a Nottingham para valorar la evolución de los acontecimientos en noviembre de 1811. Su informe se puede consultar en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/119.

[92] Felkin contó su experiencia como aprendiz durante la revuelta en su libro de 1867 *A History of the Machine-Wrought Hosiery and Lace Manufactures.*

[93] John Blackner, *The History of Nottingham*, Nottingham (Reino Unido), 1815.

[94] En Kevin Binfield (ed.), *Writings of the Luddites*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2004, p. 73.

[95] Hay multitud de biografías buenas de Byron, pero la que más he consultado por su meticulosa atención al detalle y su minuciosidad es la de Fiona MacCarthy: *Byron: Life and Legend*, Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, Londres: John Murray, 2002 [hay trad. cast.: *Byron: vida y leyenda*, Barcelona: Editorial Debate, 2024, trad. de Pablo Hermida y Teófilo de Lozoya]. La descripción de la vida de Byron en esta época se basa fundamentalmente en el libro de MacCarthy, sus cartas personales, su correspondencia con el editor John Murray, artículos de prensa y archivos parlamentarios.

[96] 29 de junio de 1811; en Thomas Moore, *The Life of Lord Byron, with His Letters and Journals*, 2 vols., Filadelfia: Thomas Wardle, 1840.

[97] Byron, *Don Juan*, canto XIII, LVI. 1-3.

[98] Se cita en MacCarthy, *Byron*, p. 144.

[99] *Leeds Mercury*, 7 de diciembre de 1811. Los sucesos descritos tuvieron lugar varios días antes, pero muchos periódicos solo publicaban una edición semanal.

[100] Darvall, *Popular Disturbances*, p. 107.

[101] El diálogo de este capítulo aparece aquí tal y como se recogió en la historia oral de Frank Peel *The Risings of the Luddites, Chartists, and Plug Drawers*, 1880, p. 19.

[102] La descripción de Thorpe está tomada de Peel, *Risings*.

[103] Felkin, *History*.

[104] Sykes y Walker, *Ben o'Bill's*.

[105] Reformulación del comentario de David Noble sobre los luditas en «Present Tense Technology: Technology's Politics», en *Democracy*, vol. 4, no. 2, 1983, p. 12.

[106] Sale, Kirkpatrick, *Rebels Against the Future*, 1995, p. 62.

[107] Hammond y Hammond, *Skilled Labourer*, p. 1.

[108] Klein, Naomi, *The Shock Doctrine*, Knopf Canada, 2007 [hay trad. cast.: *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2007, trad. de Isabel Fuentes].

[109] A este respecto, George y sus compañeros no eran el grupo más perjudicado por la automatización, simplemente entendieron el mensaje y tenían más capacidad de acción debido a la importancia de su gremio. Como señaló Adrian Randall en *Before the Luddites*, «la violencia fue una elección calculada y preventiva de una poderosa élite trabajadora, no el desesperado grito final de un sector desmoralizado».

[110] Carta ludita conservada en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/119. Se puede consultar su contexto en Binfield, *Writings*.

[111] *Bristol Mirror*, 13 de junio de 1812.

[112] Brian Bailey, *The Luddite Rebellion*, Nueva York: New York University Press, 1998.

[113] Katrina Navickas, «The Search for 'General Ludd': The Mythology of Luddism», en *Social History*, vol. 30, n.º 3, pp. 281-295. Navickas cita a Binfield, *Writings*.

[114] Saul David, *Prince of Pleasure*, p. 323.

[115] Richard Ryder, el ministro del Interior, desveló en un discurso ante el Parlamento la cifra de soldados enviados a las regiones del norte.

[116] *Leeds Mercury*, 7 de diciembre de 1811.

[117] Pitt el Joven fue el principal adalid de la corriente de los nuevos *tories* y

tuvo una gran influencia en la conformación de la política conservadora de la época. Convertido en el primer ministro más joven de la historia de Gran Bretaña, defendió la emancipación católica y la abolición de la esclavitud. También fue un halcón de la guerra que espoleó la campaña contra Napoleón, lo que condujo al crecimiento de la industria militar nacional y la aprobación de impuestos impopulares. Como convencido discípulo de Adam Smith, supervisó la derogación de las normas que protegían a los artesanos y adoptó una postura autoritaria de mano dura contra los reformistas y disidentes.

[118] Saul David, *Prince of Pleasure*, p. 324.

[119] En el relato de Walter Thornbury «The Luddites», publicado, entre otros, en la antología *The Casquet of Literature*, 1882.

[120] Las fechas y los detalles sobre la defensa de la automatización de Horsfall y Cartwright proceden de Randall, *Riotous Assemblies*, p. 283.

[121] La historia de la familia de Horsfall aparece en numerosas obras sobre los luditas, como Reid, *Land of Lost Content* y Randall, *Before the Luddites*.

[122] La primera novela de Charlotte Brontë, *Jane Eyre*, también incluye un pasaje referido a los luditas: la hermosa y frívola heredera, la señorita Oliver, habla de confraternizar con los soldados que han acudido para sofocar la revuelta y asegura que le gustan más que los trabajadores de clase baja y los mercaderes del pueblo. Brontë describe despectivamente al desapasionado pretendiente de Jane Eyre, el señor Rivers, como un hombre «que casi parece un autómata».

[123] Elizabeth Cleghorn Gaskell, *The Life of Charlotte Brontë*, Cambridge: Cambridge University Press, 2010 [hay trad. cast.: *Vida de Charlotte Brontë*, Barcelona: Alba Editorial, 2016, trad. de Ángela Pérez].

[124] Charlotte Brontë, *Shirley*, p. 23.

[125] Randall, *Before the Luddites*, p 45. «La introducción de la maquinaria no fue un fenómeno repentino y a gran escala ni en el oeste de Inglaterra ni en Yorkshire, sino un proceso gradual que pasó casi desapercibido. En la mayoría de los casos, las innovaciones se produjeron en tiempos de bonanza, cuando había una gran demanda de mano de obra».

[126] Estas valoraciones aparecen en un informe de 1810 firmado por dos jueces de paz de Mánchester que hicieron una inspección en la fábrica Merryweather Weaving de Ancoats. Katrina Honeyman, *Child Workers in England, 1780–1820: Parish Apprentices and the Making of the Early Industrial Labour Force*, Londres: Routledge, 2007.

[127] Randall, *Before the Luddites*.

[128] Berg, *Machinery Question*, p. 2.

[129] Margaret O'Mara, *The Code: Silicon Valley and the Remaking of America*, Nueva York: Penguin Press, 2019, p. 7.

[130] Bailey, *Luddite Rebellion*, p. xv.

[131] Kirk Willis, «The Role in Parliament of the Economic Ideas of Adam Smith, 1776–1800», en *History of Political Economy*, vol. 11, n.º 4, 1979.

[132] Mike Munger, «Division of Labor», parte 1, en *EconLib*, 2019. https://www.econlib.org/library/Enc/DivisionofLabor.html

[133] Kirk Willis, «The Role in Parliament of the Economic Ideas of Adam Smith, 1776–1800», en *History of Political Economy*, vol. 11, n.º 4, 1979, pp. 505-544. «El primer punto de la agenda [de Shelburne] era la firma de tratados de paz con Francia, España, Holanda y los nuevos Estados Unidos de América. Shelburne consideraba que con el fin de la guerra y "la irrevocable pérdida de nuestras colonias americanas", la realidad de Gran Bretaña había cambiado de forma radical y permanente, y que esa transformación requería nuevas políticas basadas en los principios de la teoría ilustrada».

[134] También fueron cruciales las ideas del economista Thomas Malthus, que sostenía que los periodos de sufrimiento generalizado de la clase pobre trabajadora son inevitables en cualquier economía próspera, ya que la población crece a un ritmo superior al de la producción de alimentos.

[135] Ralph Fletcher remitía los informes de B al Ministerio del Interior, donde todavía se conservan. La primera carta que envió tenía fecha del 10 de octubre; la siguiente, en la que se describe la reunión de Falstaff, era del 8 de noviembre. Presentó también una factura por los gastos de veintidós días de actividad por un importe equivalente a unos 350 dólares actuales. Las cartas se pueden consultar en los Archivos del Ministerio del Interior, bajo la signatura HO 42/117.

[136] La investigación histórica insiste en este aspecto; E. P. Thompson lo reitera en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*: los informes de espionaje son un valioso testimonio histórico, pero es difícil descifrarlos de forma concluyente.

[137] Thompson, *Making* [*op. cit.*]. En el capítulo «Un ejército de reparadores», Thompson narra la historia de los espías que se infiltraban en grupos radicales de la época de la London Corresponding Society y lo fácil que les resultaba conseguirlo en grupos con vínculos menos estrechos que los luditas.

[138] Berg, *Machinery Question*, p. 23.

[139] Jane Humphries, Universidad de Oxford University. Entrevista en el pódcast *Casualties of History*. «Hay multitud de textos publicados sobre los mineros del carbón o los tejedores, pero apenas nada sobre las hilanderas».

[140] La política económica de Mánchester en la época del telar algodonero se aborda en detalle en el capítulo «Los tejedores» de Thompson, *Making* [*op. cit.*].

[141] La carta de Ryder se puede consultar en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/128.

[142] Sale, *Rebels against the Future*, p. 83.

[143] Se conserva una copia del edicto en los Archivos del Ministerio del

Interior, HO 42/119.

[144] Frederick L. Jones (ed.), *The Letters of Percy Bysshe Shelley*, 2 vols., Oxford: Clarendon Press, 1964, vol. 1, 26 de diciembre de 1811.

[145] La información sobre este bando de respuesta se puede consultar en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/119.

[146] Este episodio se basa principalmente en Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*, pero el relato se corresponde con la situación objetiva de la región en aquella época.

[147] La afirmación de Horsfall sobre su intención de «cabalgar aunque la sangre ludita llegara hasta a la cincha de su montura» está documentada en numerosas historias y es su opinión más infame al respecto, pero todas las crónicas coinciden en su hostilidad a cualquier simpatía ludita en general.

[148] Al igual que los empresarios tenían sus dudas con respecto a la automatización, los trabajadores textiles dedicaban largas reflexiones a la idea de unirse a la lucha armada de los luditas. Las notas de las reuniones de B y las crónicas de Peel demuestran que muchos obreros fueron cautos y tardaron en dar el paso, como se observa en esta escena.

[149] La cita que inicia el capítulo es de las memorias de Blincoe, p. 26; las descripciones sobre las actitudes frente a las condiciones fabriles son de Randall, *Before the Luddites*.

[150] Samuel Kydd, *The History of the Factory Movement: From the Year 1902, to the Enactment of the Ten Hours' Bill in 1847*, vol. 1, Londres: Simpkin & Marshall, 1857, p. 30.

[151] Todos estos artículos se pueden consultar en la hemeroteca British Newspaper Archives.

[152] La mitología popular del emprendimiento surgió de combinar los preceptos que Richard Cantillon expuso en su *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, el principio del *laissez faire* por el que abogaban los fisiócratas franceses y el intento de Adam Smith de transformar todas estas ideas en algo parecido a una ciencia en *La riqueza de las naciones* (1776).

[153] Jean-Baptiste Say, *A Treatise on Political Economy*, trad. al inglés de Charles Robert Trinsop, Londres, 1821. Publicado originalmente como *Traité d'économie politique*, 1803 [hay trad. cast.: *Tratado de economía política*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2001].

[154] El ascenso laboral mediante el aprendizaje o el trabajo como oficial se detalla en Randall, *Before the Luddites* y Thompson, *Making* [*op. cit.*].

[155] Crouzet, *Formation of Capital*.

[156] R. S. Fitton, *The Arkwrights: Spinners of Fortune*, Mánchester (Reino Unido): Manchester University Press, 1989, p. 10.

[157] Fitton, *The Arkwrights*, p. xiii.

[158] R. S. Fitton y Alfred P. Wadsworth, *The Strutts and the Arkwrights, 1758–*

1830: A Study of the Early Factory System, Mánchester (Reino Unido): Manchester University Press, 1958, p. 226.

[159] Andrew Ure, *The Philosophy of Manufactures: Or, An Exposition of the Scientific, Moral, and Commercial Economy of the Factory System of Great Britain*, Londres: Charles Knight, 1835, p. 16.

[160] Al cofundador y emblemático consejero delegado de Apple le gustaba citar a Picasso: «Él dijo "Los buenos artistas copian, los grandes artistas roban". A nosotros nunca nos dará vergüenza robar grandes ideas». A lo largo de su historia, Apple ha usurpado o plagiado importantes innovaciones a la competencia; quizás el caso más sonado fue el del concepto de interfaz gráfica de usuario que tomaron de Xerox, como se narra en el documental de 1996 *Triumph of the Nerds*, del que se ha tomado la cita de Jobs. Otro paralelismo entre sus historias lo encontramos en la decisión judicial de invalidar la patente concedida a Arkwright por su invento más destacado, la hiladora hidráulica, que en realidad fue un diseño de un antiguo socio, John Kay, quien, en un giro de los acontecimientos no muy distinto al que vivió el cofundador de Apple Steve Wozniak, fue apartado de la empresa y perdió su derecho a la mayor parte de los beneficios generados.

[161] Se puede trazar una línea desde Jeff Bezos y Amazon, cuyos almacenes son auténticos laboratorios en los que se desarrollan nuevas tecnologías para disciplinar a los trabajadores y obtener la máxima productividad; pasando por las grandes plantas de producción de los fabricantes de coches de la década de 1960, que sometieron nuevamente a los trabajadores a las necesidades de la maquinaria pesada; por las teorías de la organización científica del trabajo de la década de 1910 impulsadas por Frederick Winslow Taylor, quien cronometraba a los trabajadores para asegurarse de que cumplían los objetivos de productividad; hasta llegar a las fábricas textiles de la Revolución Industrial de comienzos del siglo XIX y a Arkwright, el máximo exponente de este modelo.

[162] La máquina de vapor más utilizada hasta entonces era la Newcomen, que, en la mayoría de los casos, no era lo bastante eficiente para resultar rentable.

[163] Michele Boldrin y David K. Levine, *Against Intellectual Monopoly*, Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

[164] Jill Lepore, «The Disruption Machine», en *The New Yorker*, 13 de junio de 2014.

[165] Brooke y Kipling, *Liberty or Death*, p. 29.

[166] Brooke y Kipling, *Liberty or Death*.

[167] El contexto y la recepción del poema de Anna Lætitia Barbauld se explica, entre otros, en este artículo: Maggie Favretti, «The Politics of Vision: Anna Barbauld's 'Eighteen Hundred and Eleven», en Isobel Armstrong y Virginia Blain (eds.), *Women's Poetry in the Enlightenment: The Making of a Canon, 1730–1820*, Londres: Palgrave Macmillan, 1999, p. 101.

[168] Sobre la determinación del príncipe regente de continuar la guerra se habla en Saul David, *Prince of Pleasure*.

[169] *Leeds Mercury,* sábado, 8 de febrero de 1812.

[170] Se puede consultar la transcripción completa en Kevin Binfield, *Writings of the Luddites*, p. 90.

[171] Comentario publicado en el anuario *Nottingham Annual Register, Or, A View of the History, Politics, and Literature for the Year 1812*.

[172] Carta transcrita en Binfield, *Writings*, p. 101.

[173] *Leeds Mercury*, sábado, 29 de febrero de 1812.

[174] *Records of the Borough of Nottingham*, vol. 8, 1800-1835, p. 137, a través del blog *Luddite Bicentenary, 1811–1817*.

[175] Transcripción completa en el blog de Richard Holland *Luddite Bicentenary, 1811–1817*, http://lludditebicentenary.blogspot.com.

[176] La carta de B a Fletcher se puede consultar en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/119.

[177] *Leeds Mercury*, 22 de febrero de 1812.

[178] Hammond y Hammond, *Skilled Labourer*, p. 273.

[179] *Selection of Reports and Papers of the House of Commons*, vol. 17, 1836.

[180] El código se describe en Thompson, *Making*, p. 582 [*op. cit.*], donde el autor señala de nuevo que estos testimonios de los informantes deben tomarse con cautela, en el mejor de los casos, aunque es probable que los luditas dispusieran de algún sistema para garantizar la seguridad en sus reuniones. Por ejemplo, cuando pasaban revista en las maniobras y antes de los asaltos, se identificaban con un número, no por su nombre.

[181] Esta escena aparece en Peel, *Risings*.

[182] El diálogo y las descripciones del taller de tundido proceden de la crónica de Frank Peel, que, como ya se ha señalado, se basa en testimonios y recuerdos recogidos varios años después de los hechos, probablemente adornados con fines literarios. También incluye una imprecisión temporal sobre la notoriedad de Robert Owen.

[183] *Leeds Mercury*, 7 de marzo de 1812.

[184] Para más información sobre la incidencia de las acciones luditas en las concesiones de los patronos, véase el capítulo 14, «Un ejército de reparadores», de Thompson, *Making* [*op. cit.*].

[185] El énfasis es mío.

[186] Berg, *Machinery Question*, p. 2. Cabe reseñar que la cuestión de la maquinaria también puso el crecimiento económico en primer plano, una posición que no ha abandonado desde entonces: «El crecimiento económico, con el potencial de aumento ilimitado que le otorgaba el avance tecnológico, adquirió una importancia central, no solo en el ámbito de la economía, sino también en el

análisis de la política y la sociedad. La economía, que ya no se concebía como algo subordinado a ideales sociales y políticos más amplios, asumió una función distintiva y dominante. El estudio de la cuestión de la maquinaria es consustancial a la creación de una economía política que devino en "la ciencia natural" de la economía y la sociedad».

[187] Thomas Carlyle hace una feroz crítica de esta idea en su libro *Chartism*, 1840:

Asegurar a los pobres burros de carga que sus condiciones están mejorando parece una burla cruel. *Laissez faire, laissez passer!* Tras las labores de verano, el dueño de los pencos tiene que alimentarlos en invierno. O acaso va a decirles: «Cuadrúpedos, no tengo más trabajo para vosotros, pero hay faena de sobra por todo el mundo. ¿Sois tan ignorantes que no sabéis (quizás debería leeros artículos sobre economía política) que la máquina de vapor siempre creará más empleo a largo plazo? En una cuarta parte del planeta se están construyendo ferrocarriles; en otra, canales; la necesidad de bestias para transportar mercancías es enorme; no lo dudéis, en alguna parte de Europa, de Asia, de África o de América hacen falta tiros; id en busca de vuestra yunta y buena suerte».

La burla sigue vigente. La doctrina económica de nuestra época es que la automatización originará en última instancia tantos puestos de trabajo como los que destruirá gracias a la mejora de la producción y a la generación de valor añadido, lo que, obviamente, es un escaso consuelo para las personas a las que despiden para dar entrada a un proceso automatizado.

[188] Randall, *Before the Luddites*, p 7.

[189] Owen presentó oficialmente su plan al Parlamento en 1817. En su discurso en la Cámara de los Comunes explicó con elocuencia y claridad que la automatización generalizada conduce a la riqueza de una élite y a la pobreza de los trabajadores:

La causa inmediata del malestar actual es la depreciación del trabajo humano. Esta se ha debido a la adopción en masa del maquinismo entre los fabricantes europeos y americanos, una tendencia aún más marcada en el caso de Gran Bretaña, donde el cambio se ha visto acelerado enormemente por las invenciones de Arkwright y Watt. [...] La aplicación de la mecanización a la manufactura de los objetos que desea la sociedad reduce su precio; esa contención del precio incrementa la demanda, y, por lo general, lo hace hasta tal punto que es necesario contratar más mano de obra de la que se empleaba antes de la introducción de las máquinas. [...] Los primeros efectos de estas combinaciones mecánicas han sido aumentar la riqueza individual y estimular nuevos inventos.

[190] Bernard Marr, «The 4 Ds of Robotization: Dull, Dirty, Dangerous and Dear», en *Forbes*, 16 de octubre de 2017.

[191] John Maynard Keynes, «Economic Possibilities for Our Grandchildren», en

Essays in Persuasion, Londres: Macmillan, 1931, Nueva York: Norton, 1963 [hay trad. cast.: *Ensayos de persuasión*, Barcelona: Editorial Crítica, 1988, trad. de Jordi Pascual].

[192] Florence Ashton Marshall, *The Life and Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, 2 vols., Londres, 1889, p. 21-22.

[193] Tom Furniss, «Mary Wollstonecraft's French Revolution», en *The Cambridge Companion to Mary Wollstonecraft*, Cambridge University Press, 2002.

[194] Marshall, *Life and Letters*, p. 14.

[195] Joseph Radcliffe al Ministerio del Interior, HO 40/1/1.

[196] Sobre el Ministerio del Interior británico (el *Home Office*), su falta de financiación y personal, y sus dudas a la hora de responder a crisis de esta naturaleza, véase Reid, *Land of Lost Content*, que se centra en la actuación del Estado y del Ejército ante la insurrección ludita.

[197] Nathan Ashley Bend, *The Home Office and Public Disturbance, c. 1800–1832*, Hatfield (Reino Unido): University of Hertfordshire, 2019.

[198] Malcolm I. Thomis, *The Luddites*, p. 155.

[199] Darvall, *Popular Disturbances*, p. 173.

[200] Las actas parlamentarias británicas, que reciben tradicionalmente el nombre de Hansard por el primer impresor oficial de la institución, se conservan en un archivo junto a las transcripciones de los debates y las sesiones y las peticiones presentadas al Parlamento. Las notas sobre el discurso de Ryder se pueden consultar en el documento «Frame Breaking and Nottingham Peace Bills», HC Deb, 14 de febrero de 1812, vol. 21, cc807-24.

[201] Saul David, *Prince of Pleasure*, p. 328.

[202] A. Aspinall (ed.), *The Letters of King George IV, 1812-1830*, vol. 2, Cambridge: Cambridge University Press, 1938, p. 32.

[203] *Morning Post*, 19 de marzo de 1812.

[204] Duque de Buckingham y Chandos, *Memoirs of the Courts and Cabinets of George III*, vol. 2, pp. 1.853-1.855.

[205] *Morning Post*, 7 de marzo de 1812.

[206] Leslie A. Marchand (ed.), *Byron's Letters and Journals*, 12 vols., Londres: John Murray, Cambridge (Massachusetts): Belknap Press of Harvard University Press, 1973-1982, vol. 2 (agosto de 1811-abril de 1814).

[207] Marchand, *Byron's Letters and Journals*, vol. 2, n.º 226, a lord Holland, 8, St. James's Street, 25 de febrero de 1812.

[208] Hobsbawm, «The Machine Breakers», p. 5-22. Hobsbawm aporta más detalles sobre la influencia de la política parlamentaria británica en la Revolución Industrial en los libros *Industry and Empire: The Making of Modern English Society, from 1750 to the Present Day*, Nueva York: Pantheon, 1968 [hay trad. cast.: *Industria e imperio: historia de Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días*,

Barcelona: Editorial Crítica, 2001, trad. de Gonzalo Pontón] y *The Age of Revolution: Europe: 1789–1848*, Nueva York: Vintage, 1996 [hay trad. cast.: *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona: Editorial Crítica, 2001, trad. de Felipe Ximénez de Sandoval].

[209] Hobsbawm, «The Machine Breakers».

[210] O'Mara, *The Code*, p. 2.

[211] Hobsbawm, *Industry and Empire*, pp. 58-59 [*Industria e imperio*].

[212] *Nottingham Journal*, sábado, 22 de febrero de 1812, consultado a través de la hemeroteca British Newspaper Archives.

[213] Brooke y Kipling, *Liberty or Death*. «En lugar de entregarse a la violencia gratuita, los luditas se propusieron actuar con la menor agresividad posible en la mayoría de las situaciones».

[214] Darvall, *Popular Disturbances*, p. 172. Darvall, uno de los primeros especialistas en la materia que fue más allá de la historia oral, apuntó también que «uno de los propósitos fundamentales de los luditas, sobre todo en la industria del algodón, pero en cierta medida en cualquier área con problemas, era protestar de forma radical y eficaz contra las condiciones existentes».

[215] La letra completa se puede consultar, entre otros, en Binfield, *Writings*.

[216] El texto del discurso de Byron quedó registrado en el acta parlamentaria (HL Deb, 27 de febrero de 1812, vol. 21, cc964-79), además de en numerosos periódicos, biografías y volúmenes históricos. Puede que sea la defensa pública de los luditas más famosa de la historia, y, sin duda, fue la más sonada de su época.

[217] Aquí cadalso hace referencia a cualquier instrumento de ejecución pública, como la horca.

[218] La declaración con los detalles del asalto se conserva en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 40/1/7. Richard Holland publicó en el blog *Luddite Bicentenary* una crónica del ataque basada en la documentación disponible en los Archivos: «27th February 1812: Attack on Workshop of William Hinchcliffe at Leymoor, Golcar, near Huddersfield».

[219] Se conserva una copia del pasquín en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/120.

[220] Alan Brooke, «Huddersfield Manufacturers and Merchants Form 'Committee for Suppressing the Outrages'», en *Luddite Bicentenary*, 2012.

[221] Reid, *Land of Lost Content*, p. 19.

[222] Sale, *Rebels against the Future*.

[223] Correspondencia recogida en Bailey, *Luddite Rebellion*, p. 47.

[224] Peel, *Risings*, p. 47.

[225] Brooke y Kipling, *Liberty or Death*, p. 17. Las declaraciones de los testigos del asalto se pueden consultar en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/120.

[226] De las cartas de Byron. *Una oda a los artífices de la Ley de Bastidores* apareció en el *Morning Chronicle* el lunes 2 de marzo de 1812.

[227] MacCarthy, *Byron*, p. 157 [*op. cit.*].

[228] Según las actas del Parlamento, el proyecto de la Ley de Bastidores se ratificó el 20 de marzo de 1812.

[229] Brooke y Kipling, *Liberty or Death*, p. 30.

[230] El texto de la carta, cuyo autor podría haber sido el propio Mellor, se puede consultar en Binfield, *Writings*, p. 209.

[231] Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*, p. 104.

[232] Thompson, *Making*, p. 524-526 [*op. cit.*].

[233] Thompson, *Making*, p. 524-526 [*op. cit.*].

[234] Randall, *Before the Luddites*, p. 10.

[235] Thompson, *Making*, p. 526 [*op. cit.*].

[236] «Retraining and Reskilling Workers in the Age of Automation», McKinsey Global Institute, enero de 2018.

[237] Escribí un reportaje para *Gizmodo* sobre esta cuestión en julio de 2019: «Amazon Says It Will Retrain Workers It's Automating Out of Jobs. But Does 'Upskilling' Even Work?»

[238] Entrevista de diciembre de 2018 a Argüello-Kline. Algunos fragmentos de esta entrevista se publicaron originalmente en mi artículo para *Gizmodo*, «This Was the Year the Robot Takeover of Service Jobs Began», 20 de diciembre de 2018.

[239] El sindicato presentó las conquistas logradas con el convenio de 2019 en una entrada de su blog: «Contract Language: Automation & Technology», *Culinary Workers Union Local 226*, 20 de marzo de 2019, www.culinaryunion226.org/blog/contract-language-automation-technology.

[240] El sitio web de la campaña de 2020 a la presidencia de Andrew Yang detalla su propuesta sobre el IVA en https://2020.yang2020.com/policies/value-added-tax/.

[241] La entrevista a Bill Gates en la que expone sus ideas políticas sobre impuestos a la automatización se publicó en 2017 en *Quartz* con el titular «The Robot That Takes Your Job Should Pay Taxes, Says Bill Gates».

[242] Las citas proceden de una entrevista telefónica que le hice a de Blasio durante su campaña a la presidencia en 2019.

[243] Randall, *Before the Luddites*, p 237.

[244] El excelente reportaje de Mike Isaac sobre Uber se puede leer tanto en el *New York Times* como en su libro *Super Pumped: The Battle for Uber*, Nueva York: Norton, 2019 [hay trad. cast.: *Super Pumped. La batalla por Uber. Una ambición desenfrenada*, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2020, trad. de Mariella Rosso].

[245] El comportamiento de Uber ha desencadenado en múltiples ocasiones

reacciones, protestas e incluso disturbios violentos. Véase, por ejemplo, «Cab Drivers Protest Uber, Rideshare Apps in Mexico City», *AP News*, 12 de octubre de 2016.

[246] Randall, *Before the Luddites*, p. 237.

[247] Clive Thompson recoge estas declaraciones de Uglow en un artículo de enero de 2017 publicado en la revista *Smithsonian*: «When Robots Take All of Our Jobs, Remember the Luddites».

[248] Reid, *Land of Lost Content*, p. 103.

[249] El título completo de esta ley de 1812 es «Una ley para el mantenimiento más eficaz de la paz mediante el cumplimiento de las obligaciones de guardia y vigilancia, vigente hasta el primer día de marzo de 1814 en aquellos lugares en los que prendan o prevalezcan los disturbios». Se puede consultar un resumen en: www.calderdale.gov.uk/.

[250] Seymour, *Mary Shelley*, p. 68.

[251] William Godwin, *An Enquiry Concerning Political Justice*, vol. 1, p. 13 [hay trad. cast.: *Investigación acerca de la justicia política*, Gijón: Ediciones Júcar, 1985, trad. de J. Prince].

[252] PBS a WG, 4 de marzo de 1812; carta citada en Seymour, *Mary Shelley*, p. 67.

[253] PBS a WG, 4 de julio de 1812; carta citada en Seymour, *Mary Shelley*, p. 68.

[254] WG a PBS, 30 de marzo de 1812; carta citada en Seymour, *Mary Shelley*, p. 66.

[255] La crónica de esta sección sobre el código secreto y la reunión está tomada de la historia oral de Frank Peel *The Risings of the Luddites* (1880). El diálogo es de Peel y del relato de Sykes y Walker *Ben o' Bill's*.

[256] Aunque tanto Peel como Sykes y Walker mencionan la escena en la que George Mellor y los luditas del West Riding deciden qué gran fábrica será su siguiente objetivo, únicamente Peel da la palabra al reformista democrático Baines y al delegado de Nottingham. Es evidente que el diálogo está distorsionado por los recuerdos (en el mejor de los casos), y da la sensación de que se trata de distintas reuniones condensadas en una sola con fines narrativos. Sin embargo, también es muy probable que el relato de aquella asamblea que iba a tornarse trascendental diera mucho que hablar, calara en la memoria y pasara a la historia transmitido de boca en boca. En mi opinión, como en el caso de la discusión de George con John Booth en el taller de tundido, la crónica describe con precisión el ambiente y la idea general (el aspecto y la atmósfera del *pub*, el sentido de los argumentos y debates, las personas que habrían asistido), pero no es un registro textual fiable de lo acontecido. No hay duda de que estos encuentros transcurrían fundamentalmente así, envueltos en secretismo, animación y debates filosóficos.

[257] La contraseña aparece en Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*.

[258] Sobre estas entradas se habla en Bailey, *Luddite Rebellion*, y en el capítulo 14, «Un ejército de reparadores», de Thompson, *Making* [*op. cit.*].

[259] «Lo que el popular escritor y agitador William Cobbett y sus correligionarios radicales llamaban "la vieja corrupción" era un sistema parasitario —que adquirió unas proporciones monstruosas durante las guerras napoleónicas— mediante el cual la élite satisfacía su insaciable apetito de poder y dinero a costa del pueblo». Philip Harling, «Rethinking 'Old Corruption'», en *Past & Present,* n.º 147, mayo de 1995, pp. 127-158.

[260] Este poema aparece transcrito en Binfield, *Writings*, p. 130, y se conserva en los Archivos del Ministerio del Interior.

[261] Del trato de Perceval a los obreros pañeros se habla en Randall, *Before the Luddites*.

[262] El relato sobre las actividades de B se basa en un artículo de Richard Holland sobre la carta de Fletcher que incluía el informe del espía, así como en las declaraciones de otro confidente, Humphrey Yarwood, en la sesión del 9 de abril del «Comité Ejecutivo de Mánchester para frustrar los planes de ataques a fábricas». Las fuentes originales se conservan en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 40/1/1.

[263] Los esfuerzos de Horsfall por transformar su fábrica en una fortaleza aparecen reflejados en las noticias del *Leeds Mercury* y en numerosos estudios históricos sobre los luditas, como el de Reid y Sale.

[264] Byron se había convertido en una auténtica celebridad cultural, quizás la primera merecedora de ese nombre. «Childe Harold's Pilgrimage», *In Our Time*, BBC Radio 4, 6 de enero de 2011.

[265] Descripción en MacCarthy, *Byron*.

[266] El propio Byron acabaría comparándose con Napoleón, afirmando que era la única persona con una influencia equiparable a la suya.

[267] La batalla de Rawfolds fue crucial y quizás el momento más legendario de la historia popular ludita, junto con los juicios que le siguieron. Los periódicos locales, como el *Leeds Mercury*, publicaron extensas crónicas. Los detalles de este capítulo se basan en artículos de prensa, declaraciones que se conservan en el Archivo del Ministerio del Interior, las actas del juicio y los trabajos de Peel, Sykes, Darvall, los Hammond, Thomis, Sale y Reid, entre otros. Todas las fuentes coinciden en los datos básicos: murieron al menos dos hombres, George Mellor desempeñó un papel fundamental y William Cartwright abrió fuego con agresividad contra los luditas. También hay acuerdo en cuanto a las consecuencias, la negativa a confesar de los testigos agonizantes, las sospechas de traslados ilegales y torturas y el baño de sangre que supuso el enfrentamiento.

[268] La herida de Ben está muy presente en el relato de *Ben o'Bills*, que

describe la confusión que se apoderó de los luditas, muchos de ellos heridos, al enfrentarse a su primera derrota.

[269] A pesar de su dramatismo, la burla de John Booth en su lecho de muerte es una célebre anécdota del acervo popular sobre los luditas. Está documentada en la crónica de Peel y otras obras derivadas y pervive como se narró en un artículo de prensa anónimo sobre su fallecimiento en la taberna: «Barfly: The Star, Roberttown, Liversedge», *Yorkshire Evening Post*, 17 de agosto de 2018.

[270] *Memoirs of Jonathan Saville*, 1845, pp. 25-26.

[271] Brontë, *Shirley*, p. 303.

[272] El veredicto del jurado tuvo una amplia repercusión en la prensa y se registró en el Ministerio del Interior.

[273] *Leeds Mercury*, 25 de abril de 1812.

[274] Las cartas de Gravener Henson de este periodo se pueden consultar en *Records of the Borough of Nottingham,* vol. 8, 1800-1835.

[275] John Blackner, escritor, editor e historiador al que acusaron de simpatizante ludita, llegó a dirigir The *Nottingham Review*.

[276] La petición de los tejedores se publicó en el *Liverpool Mercury*, 24 de abril de 1812.

[277] Binfield, *Writings*.

[278] Malcolm I. Thomis y Jennifer Grimmett, *Women in Protest, 1800–1850*, Londres: Croom Helm, 1982, p. 10.

[279] Sobre las cuestiones «homoindustriales» del ludismo, véase Kevin Binfield, «Industrial Gender: Manly Men and Cross-Dressers in the Luddite Movement», en Jay Losey y William Dean Brewer (eds.), *Mapping Male Sexuality: Nineteenth-Century England*, Teaneck (Nueva Jersey): Fairleigh Dickinson University Press, 2000: «Entre 1811 y 1813, los luditas, forzados a defender la solidaridad homosocial/homoindustrial de la clase trabajadora contra la alienación del heteroindustrialismo, abrazaron la variabilidad tanto en su organización como en los nombres y el atuendo. El producto del trabajo masculino, la ropa, sustituyó al trabajo mismo como símbolo de solidaridad entre los trabajadores, que asumieron el empeño colectivo de vestirse con las prendas que confeccionaban. […] El héroe ludita es un hombre que se envolvía con un símbolo femenino del trabajo masculino, condenado a fracasar, pero decidido a demostrar una profunda sociabilidad masculina y una concepción más amplia de la masculinidad».

[280] La carta del coronel se puede consultar en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/122. Richard Holland publicó su transcripción en el blog *Luddite Bicentenary* en abril de 2012 bajo el título «Colonel Campbell writes to his commanding officer on the state of the West Riding».

[281] La imagen del cartel se conserva en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/122.

[282] El suceso se describe en una carta de John Pilkington, teniente destacado en Bolton, al conde de Derby; véase Holland, «18th April 1812: Spinning Factory Set Alight in Bolton», en *Luddite Bicentenary*.

[283] Samuel Bamford, *Passages in the Life of a Radical*, 1841.

[284] Hammond y Hammond, *Skilled Labourer*, p. 89.

[285] *Leeds Mercury*, citado en Sale, *Rebels against the Future*, pp. 37-38 y en Thompson, *Making* [*op. cit.*].

[286] Holland, «20th April 1812: Attack on Burton's Mill at Middleton—Day 1», en *Luddite Bicentenary*.

[287] Los detalles sobre la reacción de George a la derrota de Rawfolds se basan en las obras de Sykes y Peel. No hay motivos para dudar de que se enfureciera o se sintiera acechado por la culpa y el dolor tras la muerte de su amigo John Booth.

[288] Frank Peel, *The Risings of the Luddites*.

[289] La historia sobre el fallecimiento de la recién nacida, uno de los episodios más conmovedores de la leyenda ludita, procede de *Ben o' Bill's* y debe tomarse con reservas, lo que no significa que no sucediera ese hecho u otro similar en algún momento.

[290] Holland, «24th April 1812: James Haigh is brought before the magistrate, Joseph Radcliffe», en *Luddite Bicentenary*.

[291] *Leeds Mercury*, 2 de mayo de 1812; Holland, «25th April 1812: A suspected informer is attacked in Huddersfield», en *Luddite Bicentenary*.

[292] Binfield, *Writings*, p. 222. Se sospecha que el autor de esta carta no fue otro que George Mellor.

[293] Se conserva en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/122.

[294] Los acontecimientos que se narran en este episodio se basan en las noticias publicadas por el *Leeds Mercury,* las declaraciones, las actas del juicio y la historia oral de Peel.

[295] Peel, *Risings*, p. 69.

[296] La historia de Charles Ball se basa principalmente en sus memorias, que escribió con la ayuda del abolicionista Isaac Fisher, y en crónicas históricas de la época, en particular en documentos sobre la batalla de Bladensburg y en un texto conmemorativo del episodio que habla de tres soldados, uno de los cuales era Ball. Sus memorias, tituladas *Slavery in the United States: A Narrative of the Life and Adventures of Charles Ball, a Black Man, Who Lived Forty Years in Maryland, South Carolina, and Georgia, as a Slave, under Various Masters, and Was One Year in the Navy with Commodore Barney, during the Late War* (Esclavitud en Estados Unidos: Un relato de la vida y aventuras de Charles Ball, un hombre negro que vivió cuarenta años en Maryland, Carolina del Sur y Georgia como esclavo, al servicio de distintos amos, y pasó un año en la Armada con el capitán de navío Barney

durante la guerra de 1812), vieron la luz en 1837 de la mano del editor John S. Taylor y tuvieron tanto éxito que se publicaron múltiples ediciones, incluidas versiones abreviadas. La edición original de 1837 que hemos usado como fuente se puede consultar en línea y forma parte del proyecto de 1999 «Documenting the American South» de la Universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill. El incidente que abre este capítulo aparece en la página 325.

[297] La importación de algodón estuvo prohibida en Gran Bretaña en virtud de la Ley del Calicó, promulgada a comienzos del siglo XVIII debido a que los tejedores no podían competir con los bajos precios del algodón procedente de la India. La norma se derogó en 1774, cuando la maquinaria industrial abarató el proceso.

[298] La carta de Whitney a su padre se conserva en el Archivo Nacional de Estados Unidos y se puede consultar en línea a través de DocsTeach.

[299] En sus memorias, Ball describe el funcionamiento de la desmotadora valiéndose de su experiencia:

Dado que me veo obligado a referirme con frecuencia a la desmotadora, quizás sea conveniente describirla. Antaño, no había más forma de separar el algodón de las semillas que tirando de ellas con los dedos, una tarea muy tediosa y pesada, pero un hombre del norte, de nombre Whitney, inventó hace tiempo la desmotadora, una máquina sencilla pero muy potente. Se compone de un cilindro de madera, de entre seis y ocho pies de largo, cubierto de unas pequeñas sierras circulares bastante juntas, de tal modo que, cuando se gira rápidamente el cilindro mediante una correa de cuero sujeta a un extremo, como en un torno, los dientes de la sierra cortan sin cesar lo que haya delante del cilindro. El cilindro se coloca junto a una tolva grande, de la misma longitud, que se dispone tan pegado que las semillas de algodón no se cuelan entre medias. Este cilindro da vueltas con una rapidez casi inconcebible, por lo que cuando se trabaja con la desmotadora hay que tener el máximo cuidado para no tocar las sierras. Como uno de los lados del cilindro y la tolva están ligeramente elevados, cuando las semillas se separan de la borra, van moviéndose poco a poco hacia el lado más bajo, desde donde caen formando un montón, después de haberse desprendido del algodón con tanta perfección como si la operación la hubieran ejecutado los dedos más habilidosos.

Las rápidas revoluciones del cilindro se consiguen con la ayuda de engranajes y piñones, similares a los que se emplean en los pequeños molinos de grano. Es necesario prestar mucha atención al manejar la desmotadora, especialmente cuando se retiran las semillas de delante de las sierras, porque con solo rozar la mano provocan una herida enorme. Conocí a un hombre negro al que la hoja le arrancó todos los tendones de la parte interior de la mano derecha —algunos le colgaban más de un pie fuera del cuerpo— y le hizo trizas toda la palma; el accidente ocurrió por acercar la mano a las sierras sin ninguna precaución,

mientras se estaban moviendo, con el vano propósito de sentir la fuerza de la corriente de aire que genera el cilindro al girar. Una buena desmotadora limpiará varios miles de libras de algodón al día. Para accionar la desmotadora hacen falta dos caballos, aunque muchas veces obligan a uno solo a hacer la labor.

[300] Según la historia oficial de la ciudad: www.lancastercitysc.com/history-of-lancaster/.

[301] «Slave Trade and the British Economy», *BBC,* www.bbc.co.uk/bitesize/guides/zc92xnb/revision/4.

[302] Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994 (publicado por primera vez en 1944). También es reseñable este dato: «La población aumentó rápidamente en los centros algodoneros. Los diecisiete mil habitantes que tenía Leeds en vísperas de la guerra de independencia estadounidense se habían multiplicado por siete para 1831».

[303] James P. Stobaugh, *American History*, 2012, a través de PBS, *Growth and Entrenchment of Slavery*.

[304] Thompson, *Making*, p. 34 [*op. cit.*].

[305] James Oakes, *Slavery and Freedom: An Interpretation of the Old South*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1990, p. 138.

[306] Peter Linebaugh, *Ned Ludd and Queen Mab: Machine-Breaking, Romanticism, and the Several Commons of 1811–12*, Oakland (California): PM Press, 2012, p. 23 [hay trad. cast.: *Ned Ludd y la Reina Mab: Destrucción de máquinas, Romanticismo y los Comunales de 1811-12*, Barcelona: Descontrol Ediciones, 2019].

[307] John Hope Franklin y Loren Schweninger, *Runaway Slaves: Rebels on the Plantation,* Nueva York: Oxford University Press, 1999, p. 2.

[308] Ya habíamos citado antes algún verso de *Bienvenido, Ned Ludd*; este es el texto completo, impreso en forma de octavilla, según aparece transcrito en Binfield, *Writings*.

[309] Sydney Smith (ed.), *Peter Plymley's Letters and Selected Essays*, Londres, 1886, carta X.

[310] *The Life of Sir Samuel Romilly Written by Himself with a Selection from His Correspondence*, 1842, vol. 2, p. 256.

[311] Gordon Pentland, «Responses to the Assassination of Spencer Perceval», en *Journal of British Studies*, vol. 51, n.º 2, abril de 2012, pp. 340-363.

[312] Peel, *Risings*, p. 87.

[313] Thompson, *Making*, p. 301 [*op. cit.*].

[314] La carta de Fletcher se cita en el estudio de Pentland y se conserva en el Archivo del Ministerio del Interior. Los que temían un «levantamiento general» todavía tenían fresco el recuerdo de otra multitud: la que había asistido a la intervención del parlamentario radical *sir* Francis Burdett en defensa de otro reformista encarcelado por criticar la ley de los *tories* que prohibía a la prensa

acceder al Parlamento. Burdett, que, a pesar de su título de baronet, era un reformista sin complejos, un excelente orador y una figura muy popular entre la clase trabajadora de Londres, también acabó en prisión. Su nombre aparecía de cuando en cuando en los mensajes y las misivas de los espías de las Midlands, pues a los magistrados les preocupaba que pudiera convertirse en ese líder populista del que carecían los luditas y los ayudara a organizar una rebelión más disciplinada en todo el norte del país.

[315] «When the PM Met His High Noon», *Antiques Trade Gazette*, septiembre de 2003.

[316] Se ha especulado con que Bellingham estuviera en realidad esperando a Ryder, que había sido incapaz de dar una respuesta satisfactoria a sus múltiples súplicas, y que, impaciente, atacó a Perceval solo porque apareció primero.

[317] La transcripción del testimonio de Bellingham se conserva en las actas judiciales *Proceedings of Old Bailey, London's Central Criminal Court, 1674 to 1913*, *s. v.* John Bellingham, 13 de mayo de 1812.

[318] Hammond y Hammond, *Skilled Labourer*, p. 292.

[319] René Martin Pillet, *Views of England, during a Residence of Ten Years; Six of Them as a Prisoner*, 1818, p. 25 [hay trad. cast.: *La Inglaterra vista en Londres y sus provincias*, Zaragoza: Imp. de Luis Cueto, 1820, trad. de F. de P. P.].

[320] Sale, *Rebels against the Future*, p. 156.

[321] Binfield, *Writings*, p. 187. Este era el texto íntegro de la carta:

Honorable señor:

Cada enmienda que haga en las leyes de destrucción de telares solo servirá para acortar sus días. Puede ir preparándose para irse al infierno y hacer allí de secretario de Perceval. Gran cantidad de tropas se acercan ya por tierra y por mar, y no fallarán en su objetivo de aniquilar a todos los odiosos de las dos Cámaras que han provocado tantos sufrimientos y han destruido gran parte del país. Ahora es su turno, van a caer. El remedio es la destrucción total sin detección. Prepárese para la partida y recomiende a sus amigos que hagan lo mismo.

Sus humildes servidores

Los luditas

[322] Crónica extraída de *A Full and Authentic Report of the Trial of John Bellingham, at the Sessions' House, in the Old Bailey, on Friday, May 15, 1812, for the Murder of the Right Honourable Spencer Perceval, Chancellor of the Exchequer, in the Lobby of the House of Commons*, Londres: Sherwood, Neely & Jones, 1812.

[323] Saul David, *Prince of Pleasure*, p. 332.

[324] Byron a Walter Scott, 6 de julio de 1812, en *Letters and Journals*, vol. 2 (agosto 1811-abril 1814), p. 241.

[325] Este capítulo se basa fundamentalmente en las memorias de Raynes, cuya publicación se debió, en parte, al deseo de ganarse el apoyo público, ya que nunca

recibió el pago por su lucha contra los luditas. El libro vio la luz en 1817 con el título *An Appeal to the Public: Containing an Account of Services Rendered during the Disturbances in the North of England, in the Year 1812: with an Account of the Means Adopted, Which Eventually Led to Their Suppression. Together with a Correspondence with Government, and Others, on the Subject of a Remuneration for Those Services* (Un llamamiento público que incluye el relato de los servicios prestados durante los disturbios en el norte de Inglaterra en el año 1812, junto con la descripción de los medios utilizados para su represión y la correspondencia con el Gobierno y otros entes sobre la cuestión de la remuneración de estos servicios).

[326] Francis Raynes, *An Appeal to the Public*, p. 21.

[327] Reid, *Land of Lost Content*. Describe con detalle el número de soldados convocados y sus movimientos.

[328] Los datos de población proceden de *Vision of Great Britain*, www.visionofbritain.org.uk/unit/10168600/cube/TOT_POP.

[329] Reid, *Land of Lost Content*, pp. 151-152.

[330] Las cartas de B a Fletcher se conservan en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 40/1/1; también se puede consultar la recopilación de Richard Holland en la entrada «The Manchester Spy, John Bent, Files His Latest Report for Colonel Fletcher» del blog *Luddite Bicentenary*.

[331] *Leeds Mercury*, 16 de mayo de 1812.

[332] Peel, *Risings*, p. 91.

[333] Sale, *Rebels against the Future*, p. 127.

[334] Sale, *Rebels against the Future*, p. 127.

[335] Richard Holland, «The Death of William Horsfall», en *Luddite Bicentenary*: «Según Frank Peel (1968, p. 145), la familia Horsfall dejó de usar tundidoras en la fábrica de Ottiwells, lo que significaba que, en un contexto local específico, como ya había sucedido en la pañería de Burton de Middleton y en la manufactura Westhoughton, el ludismo funcionaba».

[336] La descripción de la escena y la conversación en la que los tundidores planean matar a Horsfall proceden tanto de Frank Peel, cuya obra *Risings of the Luddites* incluye una crónica de los hechos, como de la declaración de Ben Walker y su testimonio en el juicio.

[337] Este diálogo entre Ben y George está tomado de *Ben O' Bill's*.

[338] Jenny Uglow, *In These Times: Living in Britain through Napoleon's Wars, 1793–1815*, Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 2015, p. 554.

[339] *Leeds Mercury* a través del *Sussex Advertiser*, lunes, 15 de junio de 1812.

[340] *Statesman*, Londres, lunes, 23 de junio de 1812.

[341] *Bristol Mirror*, sábado, 13 de junio de 1812.

[342] La fuente primaria de los escritos de Henson sigue siendo *Records of the Borough of Nottingham,* vol. 8, 1800-1835.

[343] Seymour, *Mary Shelley*, p. 72.

[344] En el texto original de Mary Godwin, eyry, forma arcaica de aerie, que designa tanto el nido de un ave rapaz como una vivienda en un punto elevado y con buenas vistas.

[345] Del prefacio de la edición del 1831 de *Frankenstein*.

[346] El único retrato que se conserva de Isabella Baxter, pintado cuando tenía veintitrés años (después de casarse con David Booth), sugiere que «tenía un sorprendente parecido con Percy Shelley». Seymour, *Mary Shelley*, pp. 74-75.

[347] Florence A. Marshall (ed.), *The Life and Letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, 2 vols., Londres, 1889, vol. 1, pp. 1, 31.

[348] Strickland, *Memoir*, p. 247.

[349] Cartwright habla largo y tendido en sus memorias de la época posterior a la invención del telar mecánico, de sus fiascos empresariales, del juicio que perdió y de su vejez. Pasó sus últimos días en el campo, trasteando con nuevos artilugios, escribiendo poesía y viviendo de una generosa indemnización que le había concedido el Estado, casi un premio de consolación por haber conseguido dar forma al telar mecánico y fracasar en su intento de capitalizarlo.

[350] Thompson, *Making*, p. 84 [*op. cit.*].

[351] Véase O'Mara, *The Code*, p. 7.

[352] Saul David, *Prince of Pleasure*, p. 335.

[353] Bailey, *Luddite Rebellion*, p. 76.

[354] George Pellew, *The Life and Correspondence of Henry Addington, First Viscount Sidmouth*, 3 vols., Londres: John Murray, 1847, p. 79.

[355] *Parliamentary Register*, vol. 3, 1812, p. 435. Nótense las similitudes con el discurso de Ryder justificando la pena de muerte y las expresiones que lamentan la necesidad de llegar a tal extremo. Addington también aseguró: «a los servidores de su majestad les embarga el dolor por verse en la obligación de hacer uso de este último recurso».

[356] *Parliamentary Debates*, primera serie, vol. 23, col. 1.036.

[357] Sale, *Rebels against the Future*, pp. 170-171.

[358] La conversación en el bar está tomada de Peel, *Risings*.

[359] Thomas Jones Howell relata la escena con detalle en *A Complete Collection of State Trials and Proceedings for High Treason and Other Crimes and Misdemeanors from the Earliest Period to the Year 1783*, vol. 31, p. 1.823.

[360] Las cartas de Henson están tomadas, como ya se ha indicado, de los archivos *Records of the Borough of Nottingham*.

[361] Las intervenciones del debate y el consiguiente rechazo al proyecto de ley se pueden consultar en *Parliamentary Debates*, vol. 23, p. 1248.

[362] Las tácticas de Radcliffe, agresivas y de dudosa legalidad, se documentan en Sale, *Rebels against the Future*.

[363] La declaración de William Hall se puede consultar en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/129, y en la publicación «A new informer appears & Jonathan Dean confesses to being at the 'Rawfolds Fight» del blog *Luddite Bicentenary*.

[364] William Edward Armytage Axon, *Lancashire Gleanings*, 1883, p. 322.

[365] *Leeds Mercury*, 7 de noviembre de 1812; el anuncio se había publicado antes en el *Courier* de Huddersfield, el 24 de octubre de 1812.

[366] La carta a Maitland se puede consultar en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 40/2/3.

[367] *Bristol Mirror*, 29 de agosto de 1812.

[368] *Leeds Mercury*, 22 de agosto de 1812.

[369] *Morning Post*, viernes, 11 de septiembre de 1812.

[370] El episodio sobre los luditas de Mánchester se basa en las cartas de Knight (véase abajo) y en el libro de los Hammond, *The Skilled Labourer*, pp. 297-300.

[371] La carta de John Knight a su esposa se conserva en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/129, y se puede consultar en la entrada «John Knight of the 'Manchester 38' writes to his wife from Lancaster Castle» del blog *Luddite Bicentenary*.

[372] Raynes, *An Appeal to the Public*, p. 23.

[373] *Letters to William Godwin*, vol. 1; *Letters from Percy Bysshe Shelley to William Godwin in Two Volumes*, vol. 1.

[374] Percy Bysshe Shelley, *A Declaration of Rights*, 1812, disponible en línea en *The Romantic Circles*, https://romantic-circles.org/editions/shelley/devil/declright.html.

[375] Seymour, *Mary Shelley*, p. 81.

[376] Seymour, *Mary Shelley*, p. 85.

[377] Paul R. Bernard, «Irreconcilable Opinions: The Social and Educational Theories of Robert Owen and William Maclure», en *Journal of the Early Republic*, vol. 8, n.º 1, primavera de 1988, pp. 21-24.

[378] Emma Barker, «Robert Owen and New Lanark», en *The Open University*, www.open.edu/openlearn/mod/oucontent/view.php?id=1658.

[379] Byron, *The Parliamentary Speeches of Lord Byron*, Londres, 1824, p. 40.

[380] MacCarthy, *Byron*, p. 200 [*op. cit.*].

[381] Marchand, *Byron's Letters and Journals*, vol. 2.

[382] Documento conservado en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/166.

[383] Hammond y Hammond, *Skilled Labourer*, p. 230.

[384] *Leeds Mercury*, 20 de junio de 1812.

[385] *Leeds Mercury*, 3 y 10 de octubre de 1812.

[386] Vale la pena leer la descripción de la maquinaria incluida en el anuncio,

que el *Manchester Mercury* publicó del 1 al 15 de septiembre de 1812, para hacerse una idea más precisa de todas las tecnologías y dispositivos que se empleaban en las fábricas más modernas de la época:

Una amplia variedad de maquinaria de gran valor y otros utensilios, como máquinas de desgranaje, cardadoras, bastidores de hilado y madejadoras, bastidores de anillo, mulas, devanaderas y urdidoras, aprestadoras, telares patentados, correas, cubas, peines, bobinas, batanes, mesas, encimeras, estantes, barras, balanzas y pesos. Gran cantidad de herramientas de carpintería, mecánica, forja, fundición y hojalatería, además de tarjetas nuevas para los telares y diversos accesorios y materiales prácticos y necesarios para el hilado y el tisaje. La mayor parte de los útiles mencionados, adquiridos a los talleres más prestigiosos, están en perfecto estado, pues son casi nuevos y han estado en uso hasta hace poco.

[387] La prensa cubrió de cerca el juicio a George Mellor, Will Thorpe y Thomas Smith. Toda la documentación relativa al proceso judicial se publicó en *An Historical Account of the Luddites of 1811, 1812, and 1813, with Report of Their Trials at York Castle, from the 2nd to the 12th of January, 1813, before Sir Alexander Thompson and Sir Simon Le Blanc, Knights, Judges of the Special Commission*, Huddersfield (Reino Unido): John Cowgill, 1862.

[388] *An Historical Account*, p. 21.

[389] Los detalles y la conversación del encuentro entre George y el pastor se basan en Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*.

[390] William Leman Rede, *York Castle in the Nineteenth Century,*, pp. 550-551.

[391] *Leeds Mercury*, 10 de agosto de 1812.

[392] *Report of the Trials at York*, p. 30.

[393] Algunos historiadores tienen dudas sobre la culpabilidad de George Mellor y atribuyen su obstinado silencio a su firme compromiso con el juramento ludita.

[394] Este apartado se basa en las actas judiciales y en noticias de prensa de la época.

[395] Esta cita es de Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*.

[396] Las últimas palabras de George se hicieron famosas por la crónica publicada en el *Leeds Mercury*. Algunos entendieron otra cosa y la prensa local alimentó durante semanas el debate sobre lo que había dicho realmente antes de morir. Al menos uno de los asistentes aseguró haber oído a Mellor referirse a sí mismo y a sus compañeros luditas como «nosotros, pobres asesinos», pero la mayoría negó rotundamente esa posibilidad. La polémica que se desató en la prensa da una idea del nivel de interés y curiosidad que suscitó el suceso entre los lectores de la época; tenía su parte de sensacionalismo, pero también era un reflejo de las pasiones que la causa y los personajes despertaban entre el público. Incluso hubo quien, admitiendo no haber estado presente, escribió numerosos artículos defendiendo que Mellor nunca confesó.

[397] La carta de William Cartwright a Blackburn se conserva en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/132.

[398] La crónica de Thomas Shiltoe se conserva en los archivos de Huddersfield, en Yorkshire. También se puede consultar el texto en la entrada «A Quaker missionary, Thomas Shillitoe, visits the families of George Mellor, Jonathan Dean & John Walker» del blog *Luddite Bicentenary*.

[399] Russell Smith, «Frankenstein in the Automatic Factory», *Nineteenth-Century Contexts*, vol. 41, n.º 3, 2019, pp. 303-319.

[400] *Leeds Mercury*, 3 de abril de 1813.

[401] *Leeds Mercury*, 25 de enero de 1813.

[402] Theodore Roszak, «In Defense of the Living Earth», prólogo de Stephanie Mills (ed.), *Turning Away from Technology: A New Vision for the Twenty-First Century*, San Francisco: Sierra Club Books, 1997.

[403] Consulta hecha en octubre de 2022.

[404] Esta es una pequeña muestra de artículos firmados por consejeros delegados y gurús conservadores que utilizan el término ludita para atacar la regulación y a quienes criticaron a Uber en la década de 2010. Todos los textos están disponibles en línea en Inc.com, CNBC.com, Forbes.com (detrás de un muro de pago) y Reason.com: «How Uber Is Defeating the Luddites. Uber is fighting the Neo-Luddism of the Establishment», de Tim Askew, consejero delegado de Corporate Rain International (*Inc.*, 10 de agosto de 2015); «In Uber Fight, de Blasio Played the Luddite», del consejero delegado de CA Technologies, Michael P. Grigoire (CNBC, 24 de julio de 2015); «The Uber Fracas: Luddite Regulators Target Innovation», de Richard Levick, presidente y consejero delegado de la empresa de comunicación y relaciones públicas Levick (*Forbes*, 17 de junio de 2014); «Uber Faces Backlash from the New Luddites: Americans Have Become So Accustomed to Regulations, We've Ceased to See How Freedom Might Operate», de Steven Greenhut (*Reason*, 4 de abril de 2014).

[405] El primer capítulo del libro de Neil Postman *Technopoly: The Surrender of Culture to Technology*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1992 [hay trad. cast.: *Tecnópolis: la rendición de la cultura a la tecnología*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1994, trad. de Vicente Campos], se titula «El juicio de Thamus» y comienza con una conversación entre Thamus y Theuth sobre la posibilidad de que la tecnología merme ciertas capacidades del ser humano.

[406] William Safire, «Return of the Luddites», On Language, The *New York Times*, 6 de diciembre de 1998.

[407] Steven Greenhut, «Uber Faces Backlash from New Luddites», *Chicago Tribune*, 31 de marzo de 2014.

[408] Los luditas no tejían a mano, empleaban sus propios telares y otras máquinas.

[409] Se conserva una copia del edicto en *An Historical Account of the Luddites*, Huddersfield (Reino Unido), 1862, p. 134.

[410] Los detalles de esta escena se basan en los mismos documentos en los que Thomas Shiltoe plasmó sus visitas anteriores.

[411] Esta es la única carta escrita por George Mellor cuya autoría ha sido confirmada y una de las pocas cartas luditas firmadas que existen. Se conserva una copia en los Archivos del Ministerio del Interior, HO 42/132, y otra, que pude ver, en los Archivos de West Yorkshire. La transcripción del texto se puede consultar también en el blog *Luddite Bicentenary*, 30 de noviembre de 1812. La misiva, dirigida a «Thomas Hellice, tratante de lanas, Lockwood, vecindad de Huddersfield», dice así:

Me tomo la libertad de informarle de que me encuentro bien de salud, como espero que esté usted con la ayuda de Dios. Por favor, presente mis respetos a mi primo y aconséjele que mantenga el testimonio que prestó la primera vez ante Rattiffe, y espero que su esposa haga lo mismo; que confirmen que me fui de su casa a las cinco en punto y no dejé nada allí, y si el mozo dice otra cosa, dígale a mi primo que lo contradiga y recuerde que le había contado una historia distinta antes, que estuvo allí un hombre al que no conocía; en cuanto a la chica, no puede declarar nada que me perjudique. Diga también a los muchachos que mantengan su primera declaración, pues si no, habrán jurado en falso. Dígales a él y a su esposa que espero que me demuestren su amistad y no se preocupen por nada, ya que si vuelvo a casa haré todo lo que esté en mi mano por ellos. No olviden que un alma vale más que el trabajo o el oro. He oído que va a presentar una petición de reforma en el Parlamento y deseo que añada estos nombres como siguen: G. M. Mark Hill, James Haigh, Josh Thornton, Wm Thorp, Geo Rigg, Saml Booth, John Hogdin, C. Cockcroft, Jas Brook, Jno Brook, Geo Brook, James Brook, C. Thornton, Jonathan Deane, Jno Walker, Joshua Schorsfiend, Jno [Schersfield], Thomas Smith, James Starkey, Anthony Walker, Joseph Greewood, Thomas Green, Benjamin Sigg, Geo Ludge, Wm Hodgson, Geo Brook, William Barnard, Geo Beamont, David Moerhouse, William Whitehead, Joseph Fisher, Jon Batley, Jon Lum, Jon Shore, Benjamin Hinchcliff, Geo Hanlin, Jon Laild, Jon Fawset, James Whitehouse. Presente mis respetos a todos los compañeros que están colaborando y acepte estas líneas de su amigo.

[412] Esta sección se basa en *A Memoir of Robert Blincoe, an Orphan Boy*, una obra biográfica escrita por John Brown. La visita de Blincoe a la vieja Beckka aparece en la página 56.

[413] Entre tanto, Brown había caído enfermo y aseguraba que los propietarios fabriles estaban haciendo todo lo posible para que el libro no se publicara. Acabó suicidándose y fue un colega quien acabó la obra.

[414] Phil Jones estudia el fenómeno de las empresas tecnológicas que

consiguen productos «automatizados» recurriendo a trabajadores mal pagados de todo el mundo, especialmente del sur global, buscando mano de obra incluso en los campos de refugiados, en *Work without the Worker: Labour in the Age of Platform Capitalism*, Londres: Verso, 2021.

[415] Sobre este tema versa el interesante libro de los investigadores Mary L. Gray y Siddharth Suri: *Ghost Work: How to Stop Silicon Valley from Building a New Global Underclass*, Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2019.

[416] Alexandra Mateescu y Madeleine Clare Elish hicieron un estudio sobre las cajas automáticas y publicaron los resultados en el artículo «AI in Context: The Labor of Integrating New Technologies», en *Data & Society*, 30 de enero de 2019. Escribí sobre su trabajo y la historia de estos dispositivos para *Gizmodo* en «Why Self-Checkout Is and Has Always Been the Worst».

[417] El *Leeds Mercury* publicó una detallada crónica de las celebraciones de aquel día, incluido el discurso de agradecimiento a Cartwright, el 12 de junio de 1813.

[418] A mi juicio, este discurso es un claro ejemplo de cómo se estaba ahondando la brecha de clase y de que los empresarios y propietarios habían empezado a verse como un grupo enfrentado a sus vecinos, a los trabajadores que necesitaban para manejar sus máquinas. Lo que los propietarios estaban celebrando era, en esencia, la derrota de los trabajadores que habían intentado seguir viviendo su vida de forma autónoma.

[419] *Leeds Mercury*, 19 de abril de 1813.

[420] Archivos del Ministerio del Interior, HO 40/2/3. El capitán Raynes informó al Ministerio del Interior: «Cartwright confía tanto en el cambio de ánimo del pueblo que me ha consultado si me parecería apropiado reducir la guarnición que defiende su fábrica».

[421] Steve Edwards, «Factory and Fantasy in Andrew Ure», en *Journal of Design History,* vol. 14, n.º 1, 2001, pp. 17-33.

[422] Harry Davies, Simon Goodley, Felicity Lawrence, Paul Lewis y Lisa O'Carroll, «The Uber Files: Uber Broke Laws, Duped Police, and Secretly Lobbied Governments, Leak Reveals», *The Guardian*, Londres, 11 de julio de 2022.

[423] Sobre la vida de Gravener Henson tras las revueltas luditas se habla en la autobiografía de William Felkin, en las cartas de Henson conservadas en los archivos *Record of the Borough of Nottingham* y en la obra de Thompson, *Making* [*op. cit.*]. Thompson dedica un espacio reseñable a destacar la perseverante labor de Henson en pro de las reformas legislativas y lo distingue como una de las tres grandes figuras olvidadas que abrieron el camino a la creación de la conciencia de clase en Inglaterra.

[424] El título completo del libro de Henson es *The Civil, Political, and Mechanical History of the Framework-Knitters in Europe and America, Including a*

Review of the Political State and Condition of the People of England, and an Account of the Rise, Progress, and Present State of the Machinery for Superseding Human Labour, in the Various Manufactures of Europe, since the Fifteenth Century, Exhibiting the True and Real Cause of the Present Convulsed State of the Western World (La historia civil, política y mecánica de los calceteros de Europa y América, incluida una revisión de la condición y el estatus político del pueblo de Inglaterra, así como una crónica del auge, el avance y la situación actual de la maquinaria destinada a sustituir la mano de obra humana en varias manufacturas europeas desde el siglo xv, con la que se expone la causa auténtica y real de las convulsiones que vive Occidente en la actualidad). Se publicó en Nottingham en 1831.

[425] Aunque sin duda estos cohetes iluminarían con su resplandor rojo el campo de batalla, no consiguieron minar las defensas del fuerte. Los diseñó el científico militar británico William Congreve, que se dedicó a estudiar y desarrollar la cohetería inglesa durante la primera década del siglo xix, después de comprobar lo eficaces que habían resultado contra la Compañía de las Indias Orientales durante su expansión colonial en el subcontinente. La iniciativa de Congreve fue tan celebrada que no solo le valió el ingreso en la Real Sociedad, sino también una estrecha amistad con el príncipe regente, que apoyó directamente su trabajo. Los cohetes fueron «muy efectivos para quemar gran parte de la ciudad de Boulogne» en 1806 e incendiar Copenhague en 1807, convirtiéndose en una magnífica herramienta para sembrar el terror. En 1811, cuando los disturbios luditas cobraban importancia en Inglaterra, el príncipe regente nombró a Congreve caballerizo mayor de su corte.

[426] Hay trad. cast.: *Vida de un esclavo americano escrita por él mismo*, Madrid: Capitán Swing, 2019, trad. de Carlos García e Íñigo Jáuregui. (*N. de la T.*)

[427] Se cita en Matt Sandler, *The Black Romantic Revolution: Abolitionist Poets at the End of Slavery*, Londres: Verso, 2020, p. 25.

[428] La famosa cita de *Las peregrinaciones de Childe Harold* aparece en la estrofa LXXVI.

[429] Sandler, *Black Romantic Revolution*, p. 27.

[430] Clara Tuite, «Lord Byron's Preposterous Liberalism: Perversity, or the Fear That Pleases», en *Occasion*, vol. 11, 2019.

[431] John Buchan (ed.), *A History of English Literature*, Nueva York: Thomas Nelson, 1948, p. 433. Vale la pena reseñar aquí algunas consideraciones adicionales, cortesía de la especialista en literatura romántica Sarah Wootton, de la Universidad de Durham: «Byron contribuyó de forma significativa a la ideología del liberalismo. Su nombre se asoció a libertad, rebelión y revolución durante todo el siglo xix, y escritores como Thomas Carlyle y John Stuart Mill lo consideraron un poeta político del periodo victoriano temprano. Sin embargo, el liberalismo progresista de Mill no se amolda a la "elocuencia transgresora" de

Byron, una poética que se dirige a las masas, en lugar de hablar de ellas o en su nombre». Sarah Wootton, *Byronic Heroes in Nineteenth-Century Women's Writing and Screen Adaptation*, Londres: Palgrave Macmillan, 2016.

[432] La antología se titulaba *Fantasmagoriana* y era una traducción al francés de una colección de relatos alemanes publicada en 1812.

[433] A Mary le impresionó mucho un cuento titulado «La historia del amante inconstante», en el que «un hombre que creía abrazar a la mujer con la que se había comprometido se encontraba de repente en los brazos del pálido fantasma de aquella a la que había abandonado». También le llamó la atención otro sobre «el vil iniciador de una estirpe condenado a un destino miserable, el de dar el beso de la muerte a todos los vástagos varones de su malhadada casa al llegar a la pubertad».

[434] Mary Shelley, prefacio de *Frankenstein* (ed. de 1831).

[435] No se casaron hasta finales de 1816, después del suicidio de Harriet, la primera esposa de Percy.

[436] Mary Shelley, prefacio de *Frankenstein* (ed. de 1831).

[437] Seymour, *Mary Shelley*, p. 111:

Cualquier lugareño deseoso de ganar unas monedas a cambio de una buena historia habría hablado a los jóvenes viajeros de Konrad Dippel [el hijo de un párroco nacido en el castillo de Frankenstein]. El sueño de este médico, que había estudiado alquimia y estaba siempre al tanto de todas las novedades, era comprar la residencia en la que había nacido y vivir en ella. (Acostumbraba a firmar como «Dippel Frankensteina», es decir, Dippel de Frankenstein). Lo expulsaron de la Universidad de Estrasburgo acusado de haber saqueado tumbas en busca de materiales para sus experimentos anatómicos: estaba convencido de poder resucitar a los muertos con un brebaje hecho de sangre y huesos, procedentes, en muchos casos, de cadáveres humanos y de otros mamíferos.

[438] El cuento de Byron, también conocido como *Un fragmento*, se publicó el 17 de junio de 1816.

[439] Betsy Morais exploró el legado y la filosofía tecnológica de Augusta Ada Byron en el artículo «Ada Lovelace, the First Tech Visionary», publicado en *The New Yorker* el 15 de octubre de 2013; en la misma línea, podemos citar el libro de Claire L. Evans *Broad Band: The Untold Story of the Women Who Made the Internet*, Nueva York: Portfolio, 2018. «No creo que mi padre fuera (ni hubiera podido llegar a ser) tan buen poeta como lo soy yo, con mi capacidad analítica y metafísica», escribió Lovelace en una de sus cartas a Babbage (Evans, p. 15).

[440] Marchand, *Byron's Letters and Journals*, vol. 3.

[441] *Nottingham Review*, 29 de junio de 1816.

[442] Marchand, *Byron's Letters and Journals*, vol. 3, p. 349.

[443] Shelley, *Queen Mab*, 1813, 5.64-78.

[444] Betty T. Bennett (ed.), *The Letters of Mary Wollstonecraft*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 3 vols., 1980-1988, vol. 1, p. 49. Como señaló Paul O'Flinn, el miedo a la violencia revolucionaria atemperó la simpatía de Mary por los luditas y su pasión por la reforma social: «Sus ideas políticas [...] son, en resumen, las de una liberal radical atormentada por las alternativas que parecían obvias, es decir, "anarquía y opresión"» (Paul O'Flinn, «Production and Reproduction: The Case of *Frankenstein*», en *Popular Fictions: Essays in Literature and History*, Londres: Methuen, 1986, pp. 194-213). La expresión «anarquía y opresión» pertenece al discurso de Percy Shelley «An Address to the People on the Death of the Princess Charlotte» (1817).

[445] Russell Smith, «Frankenstein in the Automatic Factory», *Nineteenth-Century Contexts*, vol. 41, n.º 3, 2019, pp. 303-319.

[446] Anne K. Mellor, *Mary Shelley, Her Life, Her Fiction, Her Monsters*, Nueva York y Londres: Routledge, 1989, p. 112 [hay trad. cast.: *Mary Shelley: su vida, su ficción, sus monstruos*, Madrid: Ediciones Akal, 2019, trad. de Ana Useros].

[447] Edith Gardner, «Revolutionary Readings: Mary Shelley's *Frankenstein* and the Luddite Uprisings», en *Iowa Journal of Cultural Studies*, vol. 13, 1994, pp. 70-91.

[448] La cita completa sobre ese inspirador momento procede del prefacio a la edición de 1831:

Fueron muchas y muy largas las conversaciones entre lord Byron y Shelley a las que asistí con un genuino interés, pero prácticamente en silencio. En el curso de una de ellas, abordaron diversas doctrinas filosóficas, entre ellas, la naturaleza del principio de la vida y la posibilidad de descubrirlo y transferirlo. Hablaron de los experimentos del doctor Darwin (no me refiero aquí a lo que hizo o dijo haber hecho en realidad, sino a lo que entonces se decía que había hecho), que conservó un trozo de un fideo en un frasco de vidrio hasta que, por algún medio extraordinario, comenzó a moverse por voluntad propia. Sin embargo, nada de eso se asemeja a lo que es dar vida. Quizá sea posible resucitar un cadáver, el galvanismo ha dado ciertas pruebas en ese sentido; quizás exista la posibilidad de fabricar las piezas que componen una criatura, unirlas e imbuirles el aliento vital.

[449] Brian Wilson Aldiss, *Billion Year Spree: The History of Science Fiction*, Londres: Weidenfeld & Nicolson; Nueva York: Doubleday, 1973, p. 29.

[450] Entre los modernos doctores Frankenstein de la ficción más actual, podemos citar a Oscar Isaac, que encarnó al fundador de la empresa de IA de *Ex Machina*; a Eric Andre, que puso voz a uno de los personajes de la parodia *Los Mitchell contra las máquinas*; o a James Spader en el papel de Ultrón en *Los vengadores 2*, entre otros muchos.

[451] Como la empresa Cyberdyne Systems de las películas de *Terminator*, Yahoo! y LinkedIn también tienen su sede en Sunnyvale, California, al igual que

una de las divisiones de Lockheed Martin, uno de los principales contratistas militares del país.

[452] Ni siquiera la IA más famosa de la historia del cine, HAL-9000 de *2001: Una odisea del espacio*, se libra de estos siniestros vínculos con el mundo empresarial: como han señalado sus seguidores, el acrónimo HAL es el resultado de sustituir cada una de las letras de IBM por la letra anterior del abecedario; además, HAL afirma en un momento de la película que lo activaron en Urbana, Illinois, donde tiene su sede la empresa real HAL Communications. Aunque no fuera esa la intención de Arthur C. Clarke ni de Stanley Kubrick, la imagen de HAL está unida indisolublemente a la del monolítico IBM de los años sesenta (IBM hizo labores de asesoramiento durante la producción e incluso se ve su logotipo en varios productos tecnológicos) y representa una crítica al control que hemos cedido a los ordenadores.

[453] En el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels señalaron que «la sociedad burguesa moderna [...] ha puesto en marcha unos medios de producción e intercambio tan colosales que se asemeja a un hechicero incapaz de seguir controlando los poderes del inframundo que ha convocado mediante sus conjuros». En ese fragmento resuena la célebre ley de Arthur C. Clarke de que «cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia»: indistinguible porque ayuda a las élites a seguir siéndolo, por lo vastas y opacas que son las redes de explotación y porque el producto final también lo es. Karl Marx y Frederick Engels, *Manifesto of the Communist Party*, trad. al inglés de Samuel Moore, en *Selected Works*, 3 vols., Moscú: Progress Publishers, 1973, vol. 1, a través del sitio web *Marxist Internet Archive* www.marxists.org/archive/marx/works/1848/communist-manifesto/index.htm [hay trad. cast.: *Manifiesto comunista*, Madrid: Alianza Editorial, 2011, Pedro Ribas].

[454] Cabe mencionar que Mary Shelley plantea la novela partiendo de la premisa de que es un hecho real contado desde un punto de vista objetivo: «El interés de esta historia reside en que está exenta de las desventajas de los simples cuentos de espectros o encantamientos», explica en las primeras páginas el metanarrador, Marlow (el capitán que, al final del libro, encuentra a Frankenstein solo y a punto de congelarse en el Ártico). Esta elección también es reseñable: Shelley habla sobre Frankenstein a través de una voz masculina, la de otro explorador que lo rescata y queda impresionado por su obra, a pesar de haber escuchado el relato de todo el sufrimiento y el daño que ha provocado. Ese trato paciente y solidario es el que suelen recibir los consejeros delegados de las tecnológicas, incluso después de haber desencadenado auténticos desastres. La prensa y los políticos no pueden sino alabar su valentía y su ambición, por más que hayan causado dolor. Quizás Mary Shelley percibió lo peligrosa que es esta reverencia, cómo alimenta una cultura que engendra nuevos innovadores

irresponsables. En el fondo, *Frankenstein* trata de lo que sucede cuando no nos ocupamos de quienes han de soportar el peso de esas ambiciones, de esa temeridad, del desastre. Además, la forma en la que el explorador de Shelley, que está solo y aislado, idolatra la grandeza del atribulado doctor, en quien seguramente se reconoce, presagia el culto a las mentes introvertidas de Silicon Valley, a esos genios atormentados ensalzados por la cultura popular.

[455] Al final del primer capítulo, Shelley describe a la familia de Frankenstein como igualitaria y equilibrada: «ninguno poseía la más mínima preeminencia sobre los otros; jamás se escuchó entre nosotros una voz de mando, pues el mutuo afecto que nos unía nos impelía a satisfacer y obedecer hasta el más nimio deseo de los demás».

[456] Peter Linebaugh, *Ned Ludd and Queen Mab: Machine-Breaking, Romanticism, and the Several Commons of 1811–12*, Oakland (California): PM Press, 2012, p. 8 [hay trad. cast.: *Ned Ludd y la Reina Mab: Destrucción de máquinas, Romanticismo y los Comunales de 1811-12*, Barcelona: Descontrol Ediciones, 2019].

[457] Expresión tomada de los mordaces comentarios de Frank Peel que se citan por primera vez en la página 79.

[458] Esta cita y las siguientes proceden de una entrevista que el autor le hizo a Adrian Randall en 2020.

[459] He aquí un ejemplo de 1811, casi de la misma época de las revueltas luditas; se trata del fragmento de una carta enviada al *London Gazette* y publicada el 7 de septiembre de 1811: «Sangre y venganza contra su vida y su propiedad por robarnos el trabajo con su máquina trilladora. Siete de nosotros, reunidos al lado de su casa, acordamos que, si no detiene las trilladoras, prenderemos fuego a su pajar y bañaremos su cuerpo en sangre».

[460] Eric Hobsbawm y George Rudé, *Captain Swing*, Londres: Lawrence & Wishart, 1969, p. 460 [hay trad. cast.: *Revolución industrial y revuelta agraria: el capitán Swing*, Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2009, trad. de Ofelia Castillo].

[461] David Noble, *Progress without People: New Technology, Unemployment, and the Message of Resistance*, Toronto: Between the Lines, 1995.

[462] Geoffrey Bernstein, «General Ludd and Captain Swing: Machine Breaking as Tactic and Strategy», 1981 (artículo no publicado citado por David Noble).

[463] El desarrollo de la disciplina de la economía política se debió a la necesidad de resolver esta cuestión. Como explica Maxine Berg en *Machinery Question* (La cuestión de la maquinaria), la clase empresarial «tenía que encontrar una explicación al impacto social y económico de las máquinas. Las manifestaciones de asombro ante la perfección técnica de la maquinaria no bastaban. Así fue como la clase media se hizo con una teoría "científica", la economía política». Los nuevos economistas políticos «aportaron largas y

rimbombantes justificaciones para la introducción de la maquinaria» y destacaron «por encima de todos los demás [...] por su optimismo o ceguera, posiblemente ambos, ante las condiciones de la clase trabajadora». Dicho de otro modo, fraguaron un razonamiento cuasicientífico que todavía hoy justifica la preeminencia del progreso tecnológico sobre cualquier otra prioridad política. Los economistas políticos respondieron a la cuestión de la maquinaria poniendo en primer lugar los beneficios irrefutables de la tecnología y la automatización, y relegando a un segundo plano los problemas del trabajador, exactamente igual que ahora.

[464] Binfield, *Writings*, p. 50.

[465] Raymond Boudon, *The Analysis of Ideology*, trad. al inglés de Malcolm Slater, Chicago: University of Chicago Press, 1989.

[466] John Baker, citado en el artículo de David Noble «Present Tense Technology: Technology's Politics» (parte 3, p. 79), publicado en *Democracy*, vol. 3, n.º 3, otoño de 1983, pp. 71-93. «Cuando los trabajadores responden de forma activa, positiva y asertiva en función de sus intereses inmediatos, esa actitud se contagia al resto de la sociedad, lo que tiene consecuencias bastante beneficiosas para la mayoría de las instituciones comunitarias».

[467] Se cita en Noble, *Progress without People*.

[468] Gavin Mueller, *Breaking Things at Work: The Luddites Were Right about Why You Hate Your Job*, Londres y Nueva York: Verso, 2021, p. 53 [hay trad. cast.: *Romper cosas en el trabajo: Los luditas saben por qué odias tu empleo*, Santa Cruz de Tenerife: Editorial Melusina, 2023, trad. de Albert Fuentes].

[469] Noble, *Progress without People*, p. 27.

[470] Marco Savio. La grabación, que se conserva en la Human Rights Foundation, se puede ver en YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=lsO_SlA7E8k.

[471] «Sabotage: The Ultimate Video Game» se publicó en el número 5 de *Processed World*, una revista radical de San Francisco que pone en la mira al sector tecnológico y la cultura del trabajo de oficina. Se recoge en Chris Carlsson (ed.), *Bad Attitude: The "Processed World" Anthology*, Londres: Verso, 1990.

[472] Thomas Pynchon, «Is It OK to Be a Luddite?», The *New York Times*, 28 de octubre de 1984.

[473] Ure, *Philosophy of Manufactures*, p. 13.

[474] Thompson, *Making*, p. 281 [*op. cit.*].

[475] Thompson, *Making*, p. 306 [*op. cit.*].

[476] Kate Dwyer, «Don't Worry, We're Not Actually Monitoring Your Productivity», The *New York Times*, 19 de agosto de 2022.

[477] Anne Case y Angus Deaton, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2020, p. 8 [hay trad. cast.:

Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo, Barcelona: Deusto Editorial, 2020, trad. de Ramón González y Marta Valdivieso].

[478] Andrea Komlosy, *Work: The Last 1,000 Years*, trad. al inglés de Jacob K. Watson y Loren Balhorn, Londres y Nueva York: Verso, 2018, p. 1.

[479] Carta de Joseph Coope, transcrita en Randall, *Before the Luddites*, p. 218.

[480] Thompson, *Making*, p. 307 [*op. cit.*].

[481] Randall, *Before the Luddites*, p. 202.

[482] Pat Hudson, *The Genesis of Industrial Capital: A Study of West Riding Wool Textile Industry, c. 1750–1850*, Cambridge: Cambridge University Press, 1986, p. 35.

[483] Randall, *Before the Luddites*, p. 219.

[484] Saima Akhtar, «Employers' New Tools to Surveil and Monitor Workers Are Historically Rooted», The *Washington Post*, 6 de mayo de 2021.

[485] Nandita Bose, «Amazon's Surveillance Can Boost Output and Possibly Limit Unions—Study», Reuters, 15 de septiembre de 2020.

[486] Lauren Kaori Gurley, «A Homeless Amazon Warehouse Worker in New York City Tells Her Story», *Vice*, 18 de junio de 2021.

[487] Paris Marx, *Road to Nowhere: What Silicon Valley Gets Wrong about the Future of Transportation*, Londres y Nueva York: Verso, 2022.

[488] Elon Musk, publicación en Twitter, 13 de abril de 2018, 12:54 p. m., http://twitter.com/elonmusk: «Sí, la excesiva automatización de Tesla fue un error. Para ser exactos, fue un error mío. Las personas están infravaloradas».

[489] Astra Taylor, «The Automation Charade», en *Logic*, n. 5, 1 de agosto de 2018, https://logicmag.io/failure/the-automation-charade/.

[490] Alexandrea J. Ravenelle, *Hustle and Gig: Struggling and Surviving in the Sharing Economy*, Berkeley: University of California Press, 2019, p. 15 [hay trad. cast.: *Precariedad y pérdida de derechos: historias de la economía gig*, Madrid: Alianza Editorial, 2020, trad. de Francisco Muñoz].

[491] Paradójicamente, la tecnología, con todos sus avances, ha recuperado ciertas formas de trabajo a destajo típicas de la era preindustrial a través de sitios web y aplicaciones como Etsy o eBay, con la diferencia de que ahora las compañías tecnológicas cobran una cuota a los trabajadores por el privilegio de hacer negocios en su plataforma. El trabajador compra los materiales, elabora el producto y lo promociona entre compradores potenciales, pero ahora Etsy se queda con un pedazo de la tarta por el alojamiento en el sitio web.

[492] La historia del fulminante ataque corporativo a los derechos de los trabajadores y de la transición al trabajo a tiempo parcial es el tema principal del libro de Louis Hyman *Temp: How American Work, American Business, and the American Dream Became Temporary*, Nueva York: Viking, 2018.

[493] Yuki Noguchi, «Freelanced: The Rise of the Contract Workforce», *All*

Things Considered, NPR, 22 de enero de 2018.

[494] Daisuke Wakabayashi, «Google's Shadow Work Force: Temps Who Outnumber Full-Time Employees», The *New York Times*, 28 de mayo de 2019.

[495] Noguchi, «Freelanced».

[496] Edward Ongweso Jr., «The Military Is Creating a 'Gig Eagle' App to Uberize Its Workforce», *Motherboard/Vice*, 20 de mayo de 2021.

[497] Joseph Cox, «'Find This Fuck': Inside Citizen's Dangerous Effort to Cash In on Vigilantism», *Motherboard/Vice*, 27 de mayo de 2021.

[498] Entrevisté a Veena Dubal varias veces para escribir este libro y otros artículos sobre el mismo tema. Las citas proceden de esas entrevistas.

[499] Douglas Schifter, publicación de Facebook, 5 de febrero de 2018.

[500] Ginia Bellafante, «A Driver's Suicide Reveals the Dark Side of the Gig Economy», The *New York Times*, 6 de febrero de 2018.

[501] Jessica Bruder, «Driven to Despair», *New York Magazine*, mayo de 2018.

[502] «Retail Trade Employment: Before, During, and After the Pandemic», Bureau of Labor Statistics, en *Beyond the Numbers*, vol. 11, n.º 4, abril de 2022.

[503] Según *Forbes*, en 2007, «el núcleo tecnológico de San José lideró la lista Forbes 400 de milmillonarios per cápita». El segundo puesto lo ocupaba San Francisco.

[504] Jay Carney, secretario de prensa de Barack Obama, fue más tarde vicepresidente sénior de relaciones públicas de Amazon. David Plouffe y Jim Messina han ocupado puestos ejecutivos y de asesoría en Uber. Lisa Jackson, directora de la Agencia de Protección Ambiental en la era Obama, pasó a ser vicepresidenta de Apple.

[505] «French Government Vows to Shut Down Uber», *Deutsche Welle*, 26 de junio de 2015.

[506] Douglas Schifter, *Black Car News*, citado en Jessica Bruder, «Driven to Despair».

[507] Esta y muchas de las citas siguientes proceden de la entrevista que le hice en 2008 al entonces candidato a la presidencia.

[508] «Ease the Transition to Self-Driving Vehicles», Yang2020.com.

[509] *The Joe Rogan Experience*, episodio 1.245, 12 de febrero de 2019. Vídeo de YouTube, 1:52:02, youtu.be/cTsEzmFamZ8?t=1390.

[510] Recordemos que algunos tejedores sugirieron gravar el paño producido a máquina con una tasa que ayudara a pagar un subsidio de desempleo a los trabajadores sustituidos (véase la página 236).

[511] «How a New Hampshire Family Spent Andrew Yang's 'Freedom Dividend'», Reuters, 10 de febrero de 2020.

[512] Njuguna Ndung'u y Landry Signé, «The Fourth Industrial Revolution and Digitization Will Transform Africa into a Global Powerhouse», Brookings

Institution, 8 de enero de 2020.

[513] El mejor ejemplo de este tipo de predicciones es el libro *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, Nueva York: Norton, 2014, de los economistas del MIT Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee.

[514] *Joe Rogan Experience*, vídeo de YouTube, 46:37.

[515] Lawrence Mishel y Jori Kandra, «CEO Compensation Surged 14 Percent in 2019 to $21.3 Million», *Economic Policy Institute*, 18 de agosto de 2020. «Hoy en día, los consejeros delegados ganan trescientas veinte veces más que un trabajador promedio».

[516] David Leonhardt y Yaryna Serkez, «America Will Struggle after Coronavirus. These Charts Show Why», The *New York Times*, 10 de abril de 2020.

[517] Roxanne Roberts, «Why Does Everybody Suddenly Hate Billionaires? Because They've Made It Easy», The *Washington Post*, 13 de marzo de 2019.

[518] Theodore Schleifer, «What Americans Really Think about Billionaires during the Pandemic», *Vox*, 30 de marzo de 2021.

[519] La historia de Christian Smalls tuvo una amplia cobertura mediática y se publicaron reportajes en The *New York Times*, *Motherboard/Vice* y *Bloomberg*, entre otros muchos.

[520] Ginia Bellafante, «'We Didn't Sign Up for This': Amazon Workers on the Front Lines», *New York Times*, 3 de abril de 2020.

[521] Paul Blest, «Leaked Amazon Memo Details Plan to Smear Fired Warehouse Organizer: 'He's Not Smart or Articulate'», *Vice News*, 2 de abril de 2020.

[522] Lauren Kaori Gurley y Joseph Cox, «Inside Amazon's Secret Program to Spy On Workers' Private Facebook Groups», *Motherboard/Vice*, 1 de septiembre de 2020; Lauren Kaori Gurley y Janus Rose, «Amazon Employee Warns Internal Groups They're Being Monitored for Labor Organizing», *Motherboard/Vice*, 24 de septiembre de 2020.

[523] Luis Feliz Leon, «Workers of the World Unite against Amazon», *In These Times*, abril de 2021.

[524] Jodi Kantor, Karen Weise y Grace Ashford, «The Amazon That Customers Don't See», The *New York Times*, 15 de junio de 2021.

[525] Rex Nutting, «Amazon Is Going to Kill More Jobs than China Did», *MarketWatch*, 15 de marzo de 2017.

[526] «Amazon Warehouse Injuries '80% higher' than Competitors, Report Claims», *BBC News*, 2 de junio de 2021. Estudio realizado a instancia de la federación sindical Strategic Organizing Center (SOC).

[527] Michael Sainato, «'Go Back to Work': Outcry over Deaths on Amazon's Warehouse Floor», *The Guardian*, 18 de octubre de 2019.

[528] He asistido a varias protestas y huelgas junto a trabajadores de

plataformas en Los Ángeles y San Francisco y he hablado con muchos de ellos. Durante la noche electoral de 2020, participé en la sesión de Zoom organizada por el movimiento Gig Workers Rising en espera de que se conocieran los resultados sobre la Proposición 22.

[529] Un ejemplo especialmente llamativo: en 2016, Uber recibió 3.500 millones de dólares del fondo soberano de inversión de Arabia Saudí.

[530] Ni Uber ni Lyft publican datos sobre pagos ni ingresos, por lo que es difícil confirmar las cifras, pero hay varios estudios sobre los rendimientos brutos de los conductores. Uno de los más destacados es el de James A. Parrott y Michael Reich, *A Minimum Compensation Standard for Seattle TNC Drivers. Report for the City of Seattle*, de julio de 2020, en colaboración con el Centro de Dinámicas Salariales y de Empleo de la Universidad de California, Berkeley.

[531] Ben Tarnoff, «To Decarbonize We Must Decomputerize: Why We Need a Luddite Revolution», *The Guardian*, 18 de septiembre de 2019.

[532] Cory Doctorow, «Science Fiction Is a Luddite Literature», *Locus*, 3 de enero de 2022; también se menciona en una publicación de *Medium*, 15 de noviembre de 2021, https://doctorow.medium.com/science-fiction-is-a-luddite-literature-e454bf5a5076.

[533] Wendy Liu, *Abolish Silicon Valley: How to Liberate Technology from Capitalism*, Londres: Repeater, 2020.

[534] «Word of the Year 2018: Shortlist», *Oxford Languages*, https://languages.oup.com/word-of-the-year/2018-shortlist/. En 2023, el *OED Online* definía así *techlash*: «Significado original: Oposición a la tecnología digital o informática. Uso posterior: Una extendida e intensa reacción negativa ante el vasto poder y la influencia de las grandes empresas tecnológicas, en especial en lo relativo al control de datos personales, las redes sociales, la regulación del contenido y el acceso a la red, etc.».

[535] Mueller, *Breaking Things at Work*, p. 135 [*op. cit.*].

[536] Es muy probable que los «me gusta» de Facebook y Twitter enfaden más a la intelectualidad de clase alta que a quienes se enfrentan a un futuro de desesperación económica a manos de una tecnología que solo busca generar beneficios. (Facebook ha degradado algunos sectores, como el periodismo, pero no despierta especial resentimiento por destruir empleos o por sus malas condiciones laborales. Sin embargo, sus moderadores externos, que han denunciado abusos, precariedad salarial y el daño psicológico que supone pasar el día revisando material grotesco, tienen una larga lista de quejas más que justificadas).

[537] The Century Foundation, «What Can Labor Do to Build on This Unusually Promising Moment?», mesa redonda celebrada el 28 de julio de 2022, con la participación de Steven Greenhouse y Christian Smalls.

[538] Asistí a varios de los actos en los que Smalls habló sobre el movimiento

sindical y mantuve con él una charla sobre la sindicación en Amazon en Los Ángeles. Las citas sobre las tiendas Amazon Go son de un acto celebrado en la librería Stories de Los Ángeles.

[539] Jessica Bruder, «Driven to Despair», *New York Magazine*, mayo de 2018.

[540] A finales del año siguiente, el ayuntamiento limitó el número de conductores de Uber y Lyft que podían prestar servicio en la ciudad, lo que supuso un salvavidas para los compañeros taxistas de Schifter.

[541] Aaron Benanav, *Automation and the Future of Work*, Londres y Nueva York: Verso, 2020 [hay trad. cast.: *La automatización y el futuro del trabajo*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2021, trad. de José María Amoroto].

[542] Algunas partes de este epílogo se basan en un ensayo publicado originalmente en *Gizmodo* en 2019.

[543] Las citas son de una entrevista que le hice a Aaron Benanav en 2020.

[544] Karel Čapek le concedió una entrevista a la revista londinense *Saturday Review* en 1921.

[545] Así explica Aaron Benanav el motivo por el que sigue atrayéndonos la teoría de la automatización y por qué les resulta tan oportuna a economistas y políticos, aunque, de hecho, no sea cierto que los robots van a robarnos el trabajo. Y por qué la conclusión es que debemos reorganizar la economía a una escala mucho mayor de lo que la mayoría de los economistas están dispuestos a considerar:

Por otra parte, si lo que estoy diciendo es cierto y la economía está avanzando mucho más despacio, la historia se complica bastante. No basta con que cambiemos la distribución, también hemos de modificar la producción. Tenemos que descubrir cómo conseguir que la economía no dependa tanto de la inversión o crear un sistema distinto para gestionar las inversiones. Cualquier iniciativa en ese sentido requeriría ir contra los intereses de gente muy poderosa que no quiere que cambie nada. Muchas personas se benefician del inmovilismo porque significa que la clase trabajadora carece de seguridad, lo que la vuelve más dócil, y que los políticos pueden seguir considerando a las empresas «creadoras de empleo» y todo puede seguir igual.

[546] Mark Muro, Jacob Whiton y Robert Maxim, «Automation Perpetuates the Red-Blue Divide», *Brookings*, 19 de marzo de 2019.

[547] Ezra Klein, «What the Rich Don’t Want to Admit about the Poor», The *New York Times*, 13 de junio de 2021.

[548] Veena Dubal, «Digital Piecework», *Dissent*, otoño de 2020.

Índice

Portada
Sangre en las maquinas
Los personajes
La maquinaria
Breve nota sobre las fuentes
Introducción
    El West Riding inglés
Preludio. Los telares mecánicos
    Edmund Cartwright
    Mary Godwin
    Robert Blincoe
    Ned Ludd
Parte 1. El gran cometa
    George Mellor, primavera de 1811
    Gravener Henson, marzo de 1811
    Los mecanoclastas, marzo de 1811
    Los empresarios, década de 1800
    El príncipe regente, verano de 1811
    George Mellor, verano de 1811
    La cuestión de la maquinaria, década de 1800
    Ned Ludd, otoño de 1811
    Lord Byron, otoño de 1811
    George Mellor, otoño de 1811
    Ned Ludd, noviembre de 1811
    El príncipe regente, noviembre de 1811
    William Horsfall, otoño de 1811
    B, noviembre de 181
    Ned Ludd y el príncipe regente, diciembre de 1811
    George Mellor, día de Navidad de 1811
    Robert Blincoe, 1811
    Los primeros gigantes tecnológicos

Parte 2. La metrópolis del descontento
George Mellor, invierno de 1812
Anna Lætitia Barbauld, febrero de 1812
Ned Ludd, invierno de 1812
Gravener Henson, febrero de 1812
B, febrero de 1812
George Mellor contra John Booth, invierno de 1812
Mary Godwin, febrero de 1812
Richard Ryder, 14 de febrero de 1812
El príncipe, febrero de 1812
Lord Byron, invierno de 1812
Ned Ludd, invierno de 1812
Lord Byron, 27 de febrero de 1812
Ned Ludd, 27 de febrero de 1812
William Horsfall, 27 de febrero de 1812
George Mellor y Ned Ludd, marzo de 1812
Lord Byron, marzo de 1812
George Mellor y Ned Ludd, marzo de 1812
Dos siglos de disrupción
Parte 3. Romper telares, romper huesos
El príncipe regente, primavera de 1812
William Godwin y Percy Bysshe Shelley, marzo de 1812
George Mellor, primavera de 1812
B y los espías, abril de 1812
William Horsfall, primavera de 1812
Lord Byron, primavera de 1812
La batalla de Rawfolds, abril de 1812
William Cartwright, abril de 1812
Gravener Henson, abril de 1812
Lady Ludd, primavera y verano de 1812
Insurrección, abril de 1812
George Mellor, abril de 1812
Ned Ludd, abril de 1812
William Horsfall, 28 de abril de 1812
Una máquina involuntaria, década de 1800
Parte 4. Más valor que el trabajo o el oro
El primer ministro, mayo de 1812
Lord Byron, mayo de 1812
El capitán Francis Raynes, mayo de 1812
B, mayo de 1812
George Mellor, mayo de 1812
Ned Ludd, junio de 1812

Gravener Henson, junio de 1812
Mary Godwin, verano de 1812
Edmund Cartwright, junio de 1812
El príncipe regente, junio de 1812
Ned Ludd, julio de 1812
Gravener Henson, julio de 1812
George Mellor, otoño de 1812
Lady Ludd, otoño de 1812
B, otoño de 1812
El capitán Francis Raynes, otoño de 1812
Mary Godwin, noviembre de 1812
Lord Byron, invierno de 1812
Gravener Henson, invierno de 1812
Ned Ludd, invierno de 1812
El juicio, enero de 1813
Traición
Sin confesión
Perdón
Ned Ludd en el juicio
La invención de los luditas
El príncipe regente, febrero de 1813
George Mellor, febrero de 1813
Robert Blincoe, 1813
Lo que ganaron los empresarios, junio de 1813
Gravener Henson, invierno de 1813
Charles Ball, 1813
Lord Byron
Parte 5. El moderno Prometeo
Frankenstein, 1816
Los luditas o el moderno Prometeo
Los que ganaron los luditas
Las fábricas del miedo
Parte 6. Los dueños de la nueva era de las máquinas
Douglas Schifter, 2018
El regreso del gran cometa
Los nuevos gigantes tecnológicos, 2018
El retorno de las fábricas del miedo, marzo de 2020
La revuelta de los trabajadores de plataformas, noviembre de 2020
Los nuevos luditas
Christian Smalls, junio de 2022
Douglas Schifter, 2018
Epílogo

¿Los robots nos quitarán el trabajo?
Cómo empiezan las rebeliones contra los gigantes tecnológicos
Agradecimientos
Selección bibliográfica
Sobre este libro
Sobre Brian Merchant
Créditos
Notas